

Trilogía *La chica invisible* 2

BLUE JEANS EL PUZLE DE CRISTAL

Índice

Sinopsis
Portadilla
Guía de personajes (en orden alfabético)
Prólogo

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

Epílogo

Agradecimientos

Querida lectora, querido lector

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Tras la explosión en la estación de metro, Julia no es la misma. Se ha convertido en una chica insegura, a veces insolente, y a la que le cuesta encontrar motivación para disfrutar de la vida como lo hacía antes. También las cosas han cambiado para Emilio. El joven del pelo azul se encuentra repleto de dudas respecto a su futuro inmediato. Además, conoce a alguien muy especial, que le hará replantearse su situación. Vanesa, por su parte, fue la más perjudicada del grupo por la explosión del artefacto. ¿Eso le está influyendo en su relación con Ingrid?

El primer martes de enero del nuevo año, Julia recibe una inquietante e inesperada llamada. Hugo Velero, uno de los compañeros de piso de Iván Pardo, le asegura que el chico del *piercing* en la ceja ha desaparecido. Iván le ha hablado mucho a su amigo de su inteligencia y su capacidad deductiva, por lo que le pide ayuda a Julia para encontrarlo. La joven, en principio, piensa que es una broma y no acepta. Pero, casualmente, su abuela Pilar, una entrañable y curiosa septuagenaria, con las mismas capacidades mentales que su nieta, vive cerca del edificio en el que ahora reside el joven del que estuvo enamorada y del que no sabe nada desde hace unos meses.

Julia decide pasar unos días con su abuela en la ciudad para encontrarse a sí misma. Sin embargo, no será una visita tranquila. Y es que la muerte aparecerá de nuevo en su vida.

Una extraña desaparición, un misterioso crimen en el que todos parecen sospechosos y un puzle de cristal por resolver se cruzan en el camino de la chica de la memoria prodigiosa.

¿Le sonreirá la suerte en esta ocasión?

El puzle de cristal es la esperada 2.^a parte de la Trilogía LA CHICA INVISIBLE.

Blue Jeans

El puzle de cristal



GUÍA DE PERSONAJES
(EN ORDEN ALFABÉTICO)

Aitana Álvarez: madre de Julia, forense.

Alfonso Cuevas: inspector del Grupo de Homicidios de la Policía Nacional.

Almudena Díaz: madre de Emilio, abogada.

Ana Rincón: mujer de Marcos Frade y periodista.

Antonio Viñales: padre de Emilio, abogado.

Aretha Solano: joven afroamericana que trabajó para la empresa de Dionisio y Javier.

Ariadna Barrios: hermana del director del diario *El Pulpo* y estudiante de Periodismo.

Aurora Ríos: era la chica invisible, asesinada en mayo de 2017.

Claudio Delgado: inspector jefe del Grupo de Homicidios de la Policía Nacional.

Dionisio Bautista: fundador de la empresa en la que trabajan Iván y sus compañeros.

Emilio Viñales: estudiante de segundo de bachillerato y mejor amigo de Julia.

Fran Duque: compañero de piso de Iván y estudiante de INEF.

Gloria Gómez: madre de Vanesa, regenta un hotel.

Hipólito San Juan: padre de Ingrid y dueño de un bar en el pueblo.

Hugo Velero: compañero de piso de Iván y estudiante de Ingeniería Informática.

Ingrid San Juan: compañera de clase de Julia y pareja de Vanesa.

Iván Pardo: antiguo amor de Julia.

Jacobo Bautista: hermano de Javier, el jefe de Iván, Hugo, Jorge, Duque y Rafa.

Javier Bautista: jefe de la empresa en la que trabajan Iván y sus compañeros de piso.

Jonathan Vila: exprofesor de Filosofía en el Rubén Darío al que se atribuye el asesinato de Aurora Ríos.

Jorge Hurón: compañero de piso de Iván y estudiante de Telecomunicaciones.

Julia Plaza: estudiante de segundo de bachillerato y protagonista de esta historia.

Kerstin Olsson: joven sueca, compañera de clase y novia de Emilio.

Marcos Frade: responsable de la explosión en la estación de metro del aeropuerto.

Marilia Guillén: pareja de Fran Duque y estudiante de Veterinaria.

Miguel Ángel Plaza: padre de Julia y sargento de la Policía Judicial.

Omar Barrios: director del periódico *El Pulpo*, donde trabaja Ana Rincón.

Patricia Herrero: compañera de Julia que fue asesinada por el director de su instituto, Lázaro Martínez.

Pilar Plaza: abuela paterna de Julia.

Rafa Verona: compañero de piso de Iván y estudiante de Telecomunicaciones.

Rima Adebayor: amiga de Hugo Velero.

Sergio Martín Gallardo: joven que trabajó para la empresa de Javier y Dionisio.

Vanesa Izquierdo: compañera de clase de Julia y una de sus mejores amigas.

PRÓLOGO

Martes, 19 de diciembre de 2017

Sabe que va a morir. No hay marcha atrás.

El sábado anterior lo decidió. Lleva días concienciándose y por fin se siente listo. Aunque para lo que va a hacer una persona nunca puede estar completamente preparada.

Marcos ha visualizado muchas veces el momento. Demasiadas. Incluso ha soñado con él y se ha despertado en mitad de la noche jadeante y sudoroso. Realmente está obsesionado con ese instante. Lógico. ¿Cómo no va a estar obsesionado con su propia muerte?

Entra en el cuarto de baño y se desnuda. Se mete en la ducha y regula la temperatura del agua hasta que sale muy caliente. Le encanta que esté hirviendo. Sin embargo, apenas se queda un par de minutos debajo del chorro. Son las normas de la casa. Debe ahorrar. Todos los gastos se han reducido al máximo desde que lo echaron del trabajo hace ya un año, tres meses y catorce días. Creía que enseguida encontraría algo. Se equivocaba.

Y encima se ha fundido casi todos sus ahorros en lo que no debía. Apenas le quedan mil seiscientos euros en la cuenta del banco. Bueno, ya ni eso. Esos mil quinientos ochenta y siete euros los acaba de invertir. Su última gran apuesta.

Mientras se seca con una toalla verde, piensa en ella. En la mujer que a las siete de la mañana se levantó y se marchó a trabajar sin tan siquiera darle un beso de despedida. Hace semanas que Ana y él casi ni se dirigen la palabra. Todo por su culpa. Por sus excesos. Por su adicción. Por su mala cabeza.

Es un problema, una situación, que ya no tiene remedio. No hay solución.

Pero las cosas cambiarán cuando él ya no esté. Va a compensarla. Y seguro que Ana volverá a quererle como le quería antes. ¿La podrá ver desde alguna parte? Confía en que sí, en que en el cielo, o adonde vaya, existirá una ventanita desde la que le permitan observar cómo su mujer llora su muerte y, poco a poco, recupera esos sentimientos que los llevaron al matrimonio. El veinte de mayo hicieron cuatro años de casados. ¡Eran tan felices entonces! Y, tal vez, demasiado jóvenes.

A Marcos se le caen unas cuantas lágrimas delante del espejo. Se las limpia con la toalla, agacha la cabeza y suspira melancólico.

¿Tendrá en otra vida una segunda oportunidad con ella?

Se trata solo de una fantasía, pero la idea de un más allá compartido es una de las razones por las que apretar el botoncito rojo no le da tanto miedo. Quién sabe si después llegará un futuro mejor para él y para su querida Ana. Una nueva existencia en la que no cometerá los mismos errores. Espera que Dios, quizá los dioses, si es que existen, sean benévolos y perdonen sus pecados.

Aquella mañana se viste de una forma sencilla: una sudadera negra encima de una camiseta lisa del mismo color y un pantalón vaquero azul claro bastante gastado, roto por la zona de las rodillas. Antes de salir del piso coge un chaquetón gris ceniza, que cuelga de la percha de la entrada, y se lo pone mientras espera el ascensor. Viven en un sexto, a las afueras de la ciudad. Sesenta metros cuadrados que al comienzo de la relación eran un perfecto nidito de amor y que han terminado convirtiéndose en una jaula sin escapatoria. No se pueden permitir algo más grande, ni que alguno de los dos se vaya a vivir a otro lugar. Tras descubrir las mentiras y adicciones de su marido, Ana se lo planteó. Sin embargo, al final optó por continuar allí durante una temporada. Son ya más de veinte semanas y la situación no ha variado. Al contrario: cada vez va a peor.

Marcos no pulsa el cero, que conduce a la planta baja, sino que le da al menos uno, que es donde se encuentran los trasteros. A falta de espacio en el piso, cada propietario o alquilado del bloque cuenta con una habitación en el sótano en la que guardar lo que no les cabe en el apartamento.

El joven abandona el ascensor y camina hasta el almacén número dieciséis. Saca una llave del bolsillo del abrigo y abre una vieja puerta de metal. Cuando enciende la luz, ve un montón de chismes a los que ya no dan uso. En realidad, muchos de esos objetos podrían haber ido a la basura. Ni él ni Ana los utilizan desde hace bastante tiempo y la mayor parte de ellos no tienen ni siquiera un significado simbólico.

Marcos se adentra en el cuartucho y se abre paso hasta la esquina de la derecha. Se agacha y aparta un almohadón agujereado. Debajo localiza lo que ha ido a buscar. Se trata de una maleta de herramientas, aunque lo que contiene ahora no son martillos, destornilladores ni clavos. La abre con sumo cuidado y expulsa un bufido de aire al contemplar el objeto que hay dentro. Lleva muchos días trabajando en ese artefacto. Sus conocimientos en electrónica y la información que ha encontrado en varias páginas de Internet le han servido para elaborarlo: un explosivo que terminará con su vida.

Transporta la maleta de herramientas hasta la calle. En un descampado está aparcada una vieja furgoneta blanca que adquirió hace unos meses, después de vender el Corolla que tenía antes de la maldita crisis económica que les ha tocado vivir. Le dio mucha pena deshacerse de aquel vehículo que tanto le gustaba, pero no le quedó más remedio. Sin embargo, el dinero del coche solo los ayudó durante unos meses.

Marcos abre la puerta del copiloto y coloca el maletín sobre el asiento. Lo hace con precaución, aunque sabe que el riesgo de que la bomba explote allí mismo es mínimo. Se ha asegurado bien de que solo se active cuando él pulse el botoncito rojo del control remoto que ha fabricado. Cuando lo haga, serán cinco segundos los que transcurrirán antes de que todo vuele por los aires. No le vale que ocurra ahora. Necesita que la explosión se produzca en el lugar indicado: la estación de metro del aeropuerto.

CAPÍTULO 1

Martes, 2 de enero de 2018

—¿Seguro que no quieres comer nada?

—Segurísimo.

—Todavía queda algo del asado que sobró ayer. Tu padre se ha comido un buen trozo. ¿Te sirvo un plato con patatas fritas y te lo subo? ¿Quieres?

Julia juega con un mechón de su cabello; no se lo ha cortado en los últimos meses, y lo lleva más largo que en los últimos años. Aparta los ojos del portátil y mira fijamente a su madre con cara de pocos amigos antes de regresar al capítulo cuatro de la segunda temporada de *Black Mirror*. Su expresión lo dice todo. Aitana capta a la primera el mensaje de su hija. Chasquea la lengua, aunque no se da por vencida. Se sienta en la cama, a su lado, y reclama su atención dándole unos golpecitos en el brazo. Insistentemente. La chica refunfuña, pero finalmente sucumbe a la cariñosa presión de su madre.

—¿Vas a pasarte todo el día metida en la cama viendo series?

—Estoy de vacaciones. ¿Qué hay de malo en ello?

—Que llevas todas las Navidades así —protesta la mujer al tiempo que la destapa.

—¡No hagas eso! ¡Hace frío!

La joven agarra con fuerza la manta y se vuelve a cubrir. Le da al botón de pausa y, con un gesto, invita a su madre a salir de la habitación. En cambio, Aitana vuelve a la carga.

—Cariño, entiendo que todavía es pronto para...

—Estoy bien, mamá —la interrumpe Julia—. No quiero hablar otra vez de lo mismo. Ya casi ni pienso en lo que pasó.

Miente. Y lo saben tanto ella como su madre. Constantemente le vienen a la cabeza fragmentos de lo que sucedió hace dos semanas en la

estación de metro del aeropuerto. Los primeros segundos fueron de confusión. Luego, al darse cuenta de lo que había ocurrido, entró en pánico. Se palpó a sí misma para comprobar que no le faltaba ninguna parte de su cuerpo. Tenía los oídos taponados y le costaba mucho respirar. Además, el humo y el polvo le dificultaban la visión. Fueron instantes dramáticos, imposibles de olvidar.

—Has vivido una situación extrema y traumática, Julia —insiste Aitana, que acaricia el brazo de su hija mientras habla—. Es normal que no te apetezca hacer nada y que te quedes en casa, donde te sientes protegida. Pero la vida continúa, cielo. Y no puedes pasarte el día aquí metida.

—Me queda menos de una semana de vacaciones. Cuando empiecen otra vez las clases, todo volverá a la normalidad.

Normalidad. ¿A quién pretende engañar? Después de los asesinatos de Aurora y de Patri, a manos de dos de sus profesores, nada ha vuelto a ser normal. Ni el final del curso anterior, ni el verano, ni el comienzo de segundo de bachillerato. Y su vida es todavía menos normal desde el diecinueve de diciembre, cuando Marcos Frade Villanueva decidió suicidarse haciendo explotar una bomba a escasos metros de donde estaban ella y sus amigos. Julia solo sufrió cortes y alguna herida superficial. Sin embargo, Emilio se partió una ceja y se hizo un fuerte esguince en el tobillo; incluso le escayolaron la pierna derecha. Kerstin, la novia de Emi, regresó a Suecia, a la mañana siguiente, con el brazo izquierdo enyesado como consecuencia de una fractura de radio. Y Vanesa... Vanesa fue la que salió peor parada y tuvo que pasar la Nochebuena ingresada en el hospital. Por suerte, hace tres días le dieron el alta y se marchó a su casa, aunque todavía tiene secuelas y dolores por todo el cuerpo. Julia aún no ha ido a verla, aunque han hablado varias veces por el móvil. Se siente culpable de que estuviera allí en un momento tan inoportuno, ya que fue ella quien le pidió que la acompañara al aeropuerto a recibir a Emilio. Así que, si ya se encuentra mal por las circunstancias que le ha tocado vivir, no quiere ni imaginarse cómo estaría si a Vanesa le hubiera pasado algo peor.

—Voy a subirte un poco de asado —sentencia Aitana antes de ponerse de pie—. Quieras o no, debes comer algo.

—Mamá, ya te he dicho que...

—Has perdido por lo menos tres kilos en estas Navidades. ¡Y las Navidades están para ganar peso, no para adelgazar! ¡Y de postre te

zamparás una porción de la tarta de manzana que hizo tu abuela Pilar!
¡Entera!

—Pero, mamá...

—Ni peros ni peras. De manzana. ¡La tarta de la abuela es de manzana! ¡La de toda la vida! ¡La que trae todos los años el uno de enero! En quince minutos subo con la comida. ¡Y vas a devorar hasta las migas!

Sin darle oportunidad de réplica a su hija, la mujer sale de la habitación acompañada del impactante taconeo de sus zapatos. Julia se queda embobada observando la puerta. No está acostumbrada a que su madre se muestre tan inflexible con ella. Aunque admite que tiene razón. Desde el día del incidente en el metro, casi no ha probado bocado. Ni en Nochebuena ni en Nochevieja. Tampoco ayer, uno de enero, cuando su abuela Pilar y sus tíos fueron a comer a casa. La madre de su padre había preparado su tradicional tarta de manzana, que tanto le gusta. Sin embargo, la chica no aceptó darle ni un mordisco al pastel.

¿Hasta cuándo va a sentirse así?

Se tumba en la cama bocarriba, se lleva las dos manos a la nuca y cierra los ojos. Un nuevo *flash* acude a su mente: el momento en que vio a Emilio después de la explosión, tras unos segundos de no comprender absolutamente nada.

Sangra por la nariz y la ceja derecha y no lleva puestas las gafas. Parece muy desorientado. Es ella la que se desliza como puede hasta su amigo y se sienta junto a él.

—¿Estás bien? —Julia lo examina de arriba abajo. Se le hace raro verlo sin sus gafas de pasta.

—No lo sé. Me duele mucho el pie derecho. ¿Qué ha pasado?

—Creo que ha sido una bomba.

A pesar de que Emilio lo sospechaba, escucharlo de la boca de Julia hace que la situación le impresione y le aterre todavía más. Entonces es cuando cae en la cuenta de dónde se encuentra y de qué está haciendo allí.

—¿Y Kerstin? ¡Dios mío! ¿Dónde está Kerstin? —exclama asustado mientras se vuelve hacia un lado y otro para localizar a su chica.

—Es aquella, ¿no? —Julia señala a una joven rubia que está sentada en el suelo y se sujeta el brazo izquierdo con la mano derecha. Pero no es a la única que ve en aquel caos de escombros, polvo y humo—. ¡Vane!

¡No! —grita despavorida al localizar a su amiga: está tumbada en el suelo de la estación.

Julia se levanta del suelo rauda, apoyándose con dolor en las palmas de las manos para incorporarse, y camina encorvada hacia ella. Está a unos diez o doce metros. Vanesa no se mueve y tiene sangre por todas partes, pero respira. Por suerte respira.

El sonido de una llamada de Skype provoca que Julia regrese a la realidad. Son las dos y media de la tarde de aquel dos de enero. Es Emilio.

La chica se sienta en el colchón y sitúa el portátil sobre las piernas. Se peina un poco con las manos y acepta la videoconferencia. En la ventana aparece la imagen del chico con el pelo tintado de azul. Lleva puestas sus nuevas gafas de montura roja.

—Hola, Emi —lo saluda tímidamente Julia, que dibuja una tibia sonrisa. Enseguida descubre que su amigo está preocupado. Y cree conocer el motivo.

—Hola.

—¿Va todo bien?

—No. Va todo mal —se queja Emilio, que se ajusta las gafas en un gesto que denota nerviosismo—. He discutido con Kerstin.

A Julia está a punto de escapársele que no es la primera vez, ni la segunda, y que terminará arreglándolo como en las otras ocasiones. De cada dos conversaciones que han mantenido durante las Navidades, una ha sido para hablar de los conflictos entre el chico y su pareja sueca.

—¿Por qué habéis discutido esta vez?

—Porque le he dicho que no tengo ganas de hacer un trabajo de clase. —Emilio se cruza de brazos—. Es por parejas. Tenemos que entregarlo en unos días, pero soy incapaz de ponerme delante del ordenador a pensar en ese estúpido trabajo.

—Normal.

—Pues ella no lo entiende. ¿Te lo puedes creer? A pesar de que también estaba allí, es incapaz de comprender que no tengo el cuerpo para hacer trabajos. ¿Por qué los escandinavos son tan fríos?

Emilio se toma diez minutos para explicarle a Julia la situación. La chica escucha a medias. Realmente, no le interesan los problemas entre su amigo y su novia. Se limita a asentir y a hacer alguna que otra pregunta intrascendente para que no parezca que ha desconectado del

todo. Pero está deseando que acabe de soltarle aquel rollo. Con disimulo, observa el reloj del ordenador. Su madre tiene que estar a punto de subir con la comida. Eso le servirá de excusa para abandonar aquella insípida conversación.

Mientras Emi sigue hablando, Julia se pregunta a sí misma cuánto durarán la desidia y la apatía que la han poseído en las últimas dos semanas. Las palabras de su amigo no le importan. Incluso le fastidia que le cuente sus encontronazos con Kerstin. Si no lo interrumpe y lo manda a paseo es porque todavía sigue siendo amable y entiende que lo que le ocurre es más por ella que por él.

¿Y si la antigua Julia no regresa jamás?

Ayer, su abuela Pilar habló con ella sobre el asunto. La madre de su padre es una mujer sabia. Todos dicen que se parecen y que ha heredado de aquella septuagenaria su inteligencia y la capacidad para darse cuenta de las cosas antes que nadie.

—Aunque no vas a olvidar nunca lo sucedido, tu mente lo irá asumiendo y conseguirás vivir con ello. Solo es cuestión de tiempo.

—No sé, abuela. Me siento muy rara.

—No han pasado ni dos semanas, querida. ¿Por qué no te vienes unos días a mi casa a descansar y a pensar en otras cosas?

—No te preocupes, abuela. Estoy bien aquí.

—Ambas sabemos que eso no es verdad. No hago milagros, pero puedo ayudarte a que te encuentres mejor.

La proposición de su abuela quedó en un «gracias, me lo pensaré» de Julia y una sonrisa. Una de las pocas sonrisas sinceras que ha esbozado desde la explosión en la estación de metro.

—Oye, ¿me estás escuchando?

La chica mira la pantalla de su portátil. Emilio ha acercado la cara a la cámara y parece molesto.

—Perdona, se me ha ido el santo al cielo. ¿Qué decías?

—Da igual. ¿Cuándo vas a venir a verme? Me aburro en casa. Mi madre está más pesada que de costumbre.

—Hoy no puedo. Esta semana a lo mejor me paso un día. ¿Cuándo te quitan la escayola?

—Pasado mañana. ¡Tengo unas ganas!

En ese instante, suena el móvil de Julia. La chica examina la pantalla rápidamente y descubre que no tiene apuntado ese número entre sus contactos. Duda entre responder o no. En los últimos catorce días, varios periodistas se han puesto en contacto con ella. ¿Cómo conseguirán su

teléfono? No le apetece hablar con la prensa. Aunque es posible que no sea ningún medio. En cualquier caso, su madre aparecerá de un momento a otro y no tiene ganas de charlar con nadie. Así que opta por dejar que la llamada se pierda.

—¿Quién era? —pregunta Emilio, incapaz de ocultar su curiosidad.

—Ni idea.

—¿Periodistas?

—Probablemente —responde Julia con poco entusiasmo—. Emi, me voy a comer. Luego hablamos.

—Vale. Y anímate y ven a visitarme.

La chica asiente con la cabeza, aunque sabe que no va a hacerlo. Por lo menos, no hoy. Ni tampoco cree que vaya a ir al día siguiente. No entiende la razón, pero algo se ha apagado en su relación con Emilio. Aunque sigue siendo alguien especial para ella, no es como antes.

—¡Julia! ¡Ábreme! —se escucha al otro lado de la puerta de su habitación—. ¡Te traigo la comida!

Resignada, la joven se frota los ojos con ambas manos y se incorpora. Aitana ha cumplido su palabra: quince minutos exactos ha tardado en regresar. Le abre para dejar que entre en el cuarto. Su madre sujeta a duras penas una bandeja en la que no cabría ni un alfiler. Al prometido asado con patatas panaderas y la porción de tarta de manzana de su abuela, ha sumado un plato con media docena de croquetas y otra media de empanadillas, una barrita entera de pan, un plátano y una lata de Coca-Cola.

—Mamá, te has pasado. ¡Es demasiado!

—Para nada —dice la mujer, que coloca la bandeja encima del escritorio—. Tienes que alimentarte bien. Así que no quiero que sobre nada. ¡Nada!

Julia está a punto de quejarse otra vez, cuando su teléfono suena de nuevo. Comprueba que el número que aparece en la pantalla es el mismo de antes.

—¿No vas a responder? —le pregunta extrañada su madre.

—Seguramente será un periodista.

—¿Otra vez? ¡Es indignante! ¡Además eres menor de edad! Deja que conteste yo.

La mujer le arrebató el móvil a su hija, que no opone resistencia, y pulsa el botón verde para responder.

—¿Sí? ¿Quién es? —Aitana oye la voz de un joven al otro lado de la línea. Escucha atentamente lo que le dice, después mira a su hija y

termina devolviéndole el teléfono—. Dice que se llama Hugo. No es periodista. Es... amigo de Iván Pardo. Necesita hablar contigo.

CAPÍTULO 2

Martes, 2 de enero de 2018

Termina la videoconferencia con Julia y sale de Skype. Emilio tiene una sensación extraña. Le ha parecido que su amiga estaba deseando finalizar la charla y marcharse. La ha notado fría y distante. Incluso más que últimamente. Es lógico que, como les ha ocurrido a él, a Kerstin y a la pobre Vanesa, la explosión la haya afectado mucho. Pero no termina de entender por qué es la que peor lo lleva cuando sus lesiones fueron las más leves del grupo.

Entra en la carpeta de su escritorio reservada para K-Pop y selecciona la del grupo BTS. Elige el tema *Save me* y pulsa el *play*. Durante aquellas dos semanas con la pierna escayolada no ha parado de escuchar esa canción. Es la misma que se ponía en bucle en los primeros días en Estocolmo, cuando todavía no conocía a nadie y se sentía solo. Como ya había imaginado antes de marcharse, no le resultó nada fácil adaptarse. Si en su propio pueblo apenas se relacionaba con la gente de su edad, en Suecia, siendo nuevo, hablando otro idioma, las cosas no podían ser sencillas. Todo cambió al aparecer Kerstin. A Emilio le gustó desde que la vio por primera vez, aunque no fue hasta un mes después cuando se atrevió a hablar con ella. Para entonces, su inglés había mejorado bastante, así que, entre clase y clase, se animó a preguntarle a aquella joven rubia, de piel anaranjada, si sabía de alguna biblioteca cerca de la residencia en la que vivía. Ella le dio indicaciones con todo lujo de detalles y una sonrisa permanente que el chico consideró maravillosa. Empezaron a conversar más a menudo e incluso decidieron hacer juntos algunos trabajos. Hasta que hace dos meses y medio se besaron en mitad de la calle, bajo el cielo gris de Estocolmo, y empezaron a salir como pareja. La chica le presentó a sus amigos. Y de esa manera Emilio se vio,

por primera vez en su vida, con novia y una especie de pandilla con la que quedar.

—¿Otra vez esa música de japoneses? —pregunta su padre desde el umbral de la puerta de la habitación. El chico no se ha percatado de su presencia hasta que ha hablado.

—No son japoneses, son coreanos.

—¿Coreanos? Juraría que me habías dicho que eran japoneses.

—Estos no. En verano empecé a escuchar K-Pop. Lo otro es J-Pop. Son diferentes.

Antonio Viñales se rasca la cabeza, bastante confuso, pero no incide en el tema. A él le parecen y le suenan todos iguales. Entra en el cuarto de su hijo y se sienta en la cama. Emilio pulsa el botón de *stop* del reproductor y mira a su padre. El hombre echa un vistazo a la pierna escayolada del joven.

—¿Te duele? —le pregunta, aunque sabe la respuesta de antemano. Todos los días le consulta lo mismo en varias ocasiones.

—No, pero estoy harto de llevar el yeso.

—Ya solo te quedan dos días con él.

—¿Solo? Dos días son una eternidad.

—Paciencia. Cuando te lo quiten, se te quedará una piernecita muy fina. Perderás casi toda la musculatura.

—Nunca he tenido musculatura en las piernas, papá —dice Emilio—. Ni en los brazos. Soy muy blandito.

El hombre suelta una carcajada y niega con la cabeza tras la ocurrencia de su hijo. Los dos acaban sonriendo. La relación entre ellos ha cambiado desde la charla que tuvieron a finales de mayo, después de la gran crisis en casa. Incluso puede decirse que ambos se han echado de menos en los meses que Emilio ha vivido en Estocolmo, aunque hablaban bastante por teléfono.

Antonio borra la sonrisa de su rostro y se pone muy serio. Tiene algo que contarle a Emilio. El chico enseguida se percata de ello.

—¿Qué pasa, papá? Te ha cambiado la expresión de la cara de repente.

—Me ha llamado al móvil Ana Rincón, la viuda de Marcos Frade. Le gustaría hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Para qué?

—De alguna forma, quiere disculparse por lo ocurrido.

Emilio no sabe muy bien cómo encajar lo que acaba de contarle su padre. La mujer del tipo que se suicidó con un explosivo casero en la

estación de metro del aeropuerto desea pedirle perdón.

—¿Y qué le has dicho?

—Que te preguntaría si aceptabas verla. Por tu madre y por mí no hay inconveniente. Incluso podríamos estar presentes si así te sientes más cómodo.

—No sé. No me apetece recordarlo todo otra vez. No es nada agradable.

—Te entiendo. Como tú veas. Piénsatelo. He quedado en llamarla luego.

—Vale. Aunque prefiero no hablar más de ese tema.

Antonio asiente, coloca una mano en la rodilla de su hijo y la aprieta suavemente. Se levanta de la cama y se despide de él con un «descansa».

Emilio se queda pensativo, mientras mira por la ventana de la habitación. El solo hecho de recordar lo sucedido en la estación de metro le da escalofríos. Ahora podría estar muerto. ¿Qué se le pasaría por la cabeza a aquel hombre para hacer algo así? Nadie ha dado una explicación razonable todavía. Los medios de comunicación han ido soltando muchos rumores e hipótesis. Parece descartado que perteneciera a algún grupo terrorista o a una célula yihadista para cometer atentados. Fue un acto individual del que se desconocen las circunstancias.

¿Sabrá la que fue pareja de Frade las razones por las que su marido se suicidó?

Conoce a esa mujer de verla alguna vez en la televisión. La prensa no ha dejado de intentar sonsacarle cualquier tipo de información en aquellas dos semanas. Emilio siente entonces una repentina curiosidad. Vuelve a centrarse en el portátil y entra en YouTube. En la barra escribe «Ana Rincón» y pulsa el *enter* del teclado. Enseguida descubre que existen varios vídeos en los que aparece; en la mayoría de ellos, rodeada de micrófonos. Visualiza el primero de la lista. Fue grabado el veintidós de diciembre.

Se trata de una mujer no muy alta y con el cabello oscuro. Se lo ha recogido en una coleta. Tiene cierto parecido a Ana Guerra, la concursante de *Operación Triunfo*, aunque es algo mayor. Aparenta entre veintisiete y treinta años. Lleva gafas de sol y un abrigo granate cuya cremallera tiene subida hasta arriba. Su voz suena bastante aguda y está algo afónica.

—¿Podría decirnos si tenía alguna sospecha de lo que iba a hacer su marido? —le pregunta un periodista de rostro ancho y ojos claros.

La mujer se queda mirándolo en silencio. Luego se toca las gafas de sol, nerviosa, y le responde.

—¿Usted cree que si yo hubiera sabido lo que iba a hacer no lo habría denunciado?

—Entonces, ¿no sabía nada? —insiste el mismo reportero recordete.

—No, claro que no.

—¿Por qué cree que lo hizo? —interviene ahora una joven de pelo rubio y liso que, en cuanto lanza la pregunta, aproxima demasiado su micrófono a la boca de Ana Rincón.

—No lo sé. De verdad que no lo sé.

Emilio continúa viendo el vídeo y se pregunta si él algún día tendrá que realizar un trabajo parecido al que están haciendo esos periodistas. La mujer parece agobiada, pero su testimonio es muy importante. Julia diría que solo es carnaza televisiva, pero él lo ve como una información necesaria y fundamental. Es nada más y nada menos que la viuda de Marcos Frade, el hombre que hizo explotar una bomba en la estación de metro del aeropuerto. Ningún medio puede desaprovechar la ocasión de preguntarle sobre aquel asunto.

—¿Cómo es posible que no viera a su marido con el explosivo si, al parecer, lo fabricó en su propia casa? —le pregunta ahora un chico con gafas que alarga el brazo y coloca en primera línea su micrófono amarillo.

—No fue en casa. Fue en el trastero que tenemos en el sótano de nuestro edificio.

—¿Y nunca baja al trastero?

—No, casi nunca. Allí solo hay objetos viejos que nunca utilizábamos.

—¿Y no sabía que su marido iba al trastero a... fabricar una bomba?

—No, no... Lo siento, pero...

A Emilio le da la impresión de que Ana está llegando al límite. Muy nerviosa, agacha la cabeza y comienza a caminar hacia su derecha, deprisa, abriéndose paso entre los periodistas. Estos la persiguen, pero ella no se detiene. Ahí termina el vídeo.

Al joven del pelo tintado de azul le da lástima aquella mujer. Debe de estar pasando un trago muy amargo. Quedará marcada para siempre. No solo ha perdido a su marido, sino que la prensa va tras ella, como el Coyote persigue al Correcaminos. Que quiera contactar con él para pedirle disculpas por algo de lo que ni siquiera es responsable es un gesto que la engrandece y la honra. A lo mejor se siente culpable y lo que desea es quitarse de encima esa pesadísima carga.

¿Les habrá pedido o les pedirá lo mismo a Vanesa y a Julia?
¿También querrá disculparse con ellas? ¿Sabrá algo de Kerstin?

Kerstin...

Últimamente, su novia y él discuten demasiado. Es curioso que en Estocolmo apenas tuvieran un par de enfados tontos sin importancia y sin embargo, desde la explosión, es raro el día en que no se enfrentan por cualquier cosa. Ella viajó a España con mucha ilusión y regresó a la mañana siguiente a Suecia, obligada por sus padres, con el radio del brazo izquierdo roto. En pocas ocasiones ya la escucha reír por el móvil o la ve sonreír a través de Skype. Echa de menos la relación que tenían hasta hace dos semanas.

Y, para colmo, Julia también se comporta de forma extraña con él.

Es increíble lo que puede cambiar la vida de las personas por las acciones de otra. Solo hay que estar en ese lugar, en el instante determinado, y el mundo toma una dirección diferente. Gira hacia el otro lado. Irremediablemente. Sin saber por qué.

Sus ojos vuelven a la pantalla del ordenador. Allí continúa la imagen de Ana Rincón, ataviada con su abrigo granate de cremallera y sus gafas de sol, y un montón de reporteros a su alrededor. Emilio resopla. Quizá se haya precipitado. Tal vez lo más adecuado sea hablar con aquella mujer y permitir que le diga lo que tenga que decirle. Aunque eso le obligue a recordar el peor día de su vida.

CAPÍTULO 3

Martes, 2 de enero de 2018

Julia espera a que su madre salga de la habitación para hablar por el móvil. Aitana cierra la puerta tras de sí y la chica se sienta sobre el tablero de madera del escritorio. Está algo confusa, aunque también siente una gran curiosidad. ¿Un amigo de Iván? Hace varios meses que no sabe nada de él. La última vez que tuvo noticias del joven del *piercing* en la ceja fue en septiembre, a través de un mensaje directo en Instagram.

«Hola, Julia. Espero que hayas pasado un buen verano. Finalmente pude presentarme a selectividad en la convocatoria extraordinaria y he aprobado, aunque no me ha servido de mucho. No voy a estudiar este año ninguna carrera. Me he apuntado a una especie de módulo de Informática. Pero no te voy a aburrir con mi vida. Solo quería pedirte perdón por todo lo que pasó. Si vienes por la ciudad algún día, podríamos quedar y hablamos mejor en persona. ¿Qué te parece? Sigo pensando mucho en ti. Respóndeme cuando puedas... y si quieres».

Pero Julia no contestó al privado de Iván. No le apetecía volver a mantener contacto con el tipo que había jugado con ella y sus sentimientos. Cinco días más tarde, Vanesa le anunció que, cotilleando en Internet, había descubierto que el joven había cerrado su Instagram y eliminado su perfil de Twitter.

—¿Sí?

—¿Eres Julia?

—Sí, soy yo —responde la joven, que no reconoce la voz de su interlocutor—. Me ha dicho mi madre que te llamas Hugo y que eres amigo de Iván Pardo.

—Así es. Encantado.

—Igualmente.

Definitivamente, nunca ha oído la voz de aquel chico. Tampoco le suena su nombre. No hay ningún Hugo en su instituto, ni nadie que conozca del pueblo se llama así.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dice nada. Julia espera a que sea él quien continúe hablando; no quiere parecer impaciente y preguntarle el motivo de su llamada. Al final, logra su propósito y el muchacho reactiva de nuevo la conversación.

—No solo soy amigo de Iván, también es uno de mis compañeros de piso. Llevamos viviendo juntos desde finales de septiembre.

No estaba al tanto de que Iván vivía con más gente. Tampoco podía saberlo tras la desaparición del chico de las redes sociales. Un par de veces entró en sus cuentas, pero estas continuaban desactivadas; estaba claro que había optado por quitarse de en medio. En ocasiones se había preguntado si ese hecho estaría relacionado con que ella no le respondiera al mensaje privado en Instagram.

—¿Para qué me llamas, Hugo? —pregunta Julia impaciente tras producirse otro incómodo silencio—. No sé nada de él desde hace mucho tiempo.

—Sin embargo, él no ha parado de hablar de ti en estos meses.

—¿Habla de mí?

—Sí, continuamente. Y está muy arrepentido de lo que te hizo. Me lo ha contado todo.

—Ya. Te lo ha contado.

A Julia aquella conversación empieza a no hacerle ninguna gracia. Por lo que se ve, Iván va hablando por ahí de ella. No tenía ningún derecho a contarle nada a ese chico, por muy compañeros de piso que sean.

—No te enfades, por favor —le ruega Hugo. Parece tenso—. Él solo cuenta cosas buenas de ti.

—Vale. Pero todavía no me has dicho la razón por la que me llamas. ¿Está ahí a tu lado? ¿Os estáis riendo de mí? Te advierto que no estoy de humor para bromas.

—No. Para nada. Nadie se está riendo de ti. Te lo prometo. Esta es una llamada seria.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres, Hugo?

El joven vuelve a guardar silencio. A Julia ese comportamiento empieza a resultarle familiar. Aquel chico se piensa bastante las cosas antes de soltarlas. Eso significa que se trata de alguien prudente. O de una persona calculadora.

—Iván ha desaparecido —revela por fin Hugo, sin más rodeos.

—¿Que ha desaparecido? ¿Cuándo?

—Se fue a una fiesta en Nochevieja y todavía no ha vuelto.

—¿No ha vuelto?

—No. No sé nada de él desde ese momento.

—¿Has hablado con sus padres? Tal vez esté con ellos.

—Imposible. Se encuentran de viaje en Asia. Regresan el día cinco — argumenta el joven—. Los cinco compañeros de piso habíamos quedado ayer para cenar con unos amigos. No se presentó. Y tiene el móvil apagado.

Julia se frota la frente y se muerde el labio. Otra vez no. No puede volver a estar sucediendo. Los recuerdos del año anterior comienzan a bombardear su cerebro.

—¿Y su WhatsApp? ¿Has mirado desde cuándo no se conecta?

—Tiene desactivada esa opción. No se puede saber.

—Igual está en la casa de algún amigo y se ha quedado sin batería en el teléfono.

—Nos habría avisado de alguna manera. Ya te digo que la relación entre nosotros es muy estrecha. Nos lo contamos casi todo.

—¿Habéis llamado a la policía?

—No... No podemos.

—¿Por qué?

—Eso no te lo puedo decir. —El tono de voz empleado por Hugo ha sido muy seco—. Por esa razón te he llamado a ti. Iván dice que eres la persona más inteligente del mundo. Que eres capaz de resolver cualquier enigma. A lo mejor tú puedes ayudarnos a...

—¿Y de dónde has sacado mi número?

—De una agenda. Iván también apunta sus contactos a mano. Estudia Informática. Sabe que los aparatos pueden estropearse.

Aquello le suena rarísimo. Las explicaciones de Hugo son rápidas y coherentes, pero no la convencen. Le suenan como si estuvieran preparadas. Lo más probable es que los dos amigos estén gastándole algún tipo de broma estúpida y se estén partiendo de risa a su costa.

—Si ayudaste a la policía a resolver aquellos crímenes, quizá puedas encontrar a Iván. Dios, espero que no le haya pasado nada.

Los medios de comunicación habían evitado mencionar la colaboración de Julia Plaza en la detención de Lázaro Martínez y de Jonathan Vila. Durante el transcurso de los dos juicios, la chica tuvo que declarar, pero lo hizo tras un biombo y, al ser menor de edad, su nombre

no apareció en la prensa. Aun así, no fue una situación sencilla para ella, ya que en el pueblo todos se enteraron de lo sucedido, aunque se dieron una infinidad de versiones diferentes.

—Estará bien —dice Julia sin mucha convicción—. Seguro.

—Ojalá. Pero es muy extraño que no nos haya llamado a ninguno de nosotros y que tenga el teléfono apagado desde hace casi dos días.

—¿Adónde fue en fin de año?

—A una fiesta en una discoteca, en el centro de la ciudad.

—¿Con quién?

—No lo dijo. Cenó y se comió las uvas con nosotros y después se marchó solo.

—¿Había quedado con alguien?

—No lo sé... No tiene novia, si es a lo que te refieres.

En realidad no lo había pensado. O no directamente. Aunque si fue a una fiesta en Nochevieja a una discoteca, es poco probable que lo hiciera solo.

—No sé, Hugo. Ya aparecerá. Y si no lo hace, tienes que avisar a su familia y a la policía.

—Ya te he dicho que no puedo —insiste con rotundidad el chico—. Julia, ¿por qué no vienes y nos ayudas a encontrar a Iván? Puede que tú descubras algo que a nosotros se nos haya pasado por alto. Por favor. Estamos desesperados.

—Lo siento, ahora mismo es imposible. Seguro que pronto sabréis de él. Tengo que irme. Adiós.

La chica cuelga sin permitir que Hugo continúe con sus plegarias. Suelta el móvil y, de un brinco, se baja del escritorio. Sabe que ha actuado a la defensiva y que, si la llamada se hubiera producido hace unos meses, se habría comportado de otra forma.

¿Debería preocuparse por Iván? No. Por supuesto que no. Sin embargo...

Julia resopla y se fija en la bandeja repleta de comida que su madre le ha subido. El olor del asado penetra por sus fosas nasales y, en lugar de darle hambre, le provoca náuseas. Tampoco le apetecen las croquetas ni las empanadillas. Pero su madre se enfadará mucho con ella si sube y ve que no ha probado nada.

Debe hacer un esfuerzo y comer un poco. Pincha con el tenedor una patata y se la introduce en la boca. Mastica desganada.

Si Iván no ha regresado a su piso desde Nochevieja es que estará con alguien en cualquier otro lugar. Posiblemente salió de fiesta hasta las

tantas. Bebió. Tuvo una resaca de las buenas, de esas que pillan muchos jóvenes durante las fiestas de Año Nuevo. Y el día uno de enero lo pasó entero metido en la cama. ¿Y el móvil desconectado? Sin duda, se le ha agotado la batería y ni se habrá dado cuenta todavía. O, a lo mejor, sí se ha dado cuenta, pero no tiene un cargador a mano compatible con su teléfono. Esa es la explicación lógica y más real que le da a la desaparición del chico que tanto la decepcionó hace unos meses.

Atraviesa violentamente otra patata con el tenedor y se la come.

Este no puede ser otro caso como el de Aurora. No. Se niega a pensarlo. Aunque ese chico ya no tiene un hueco en su corazón y hace tiempo que es historia, se le remueve el estómago solo de imaginar que ha podido pasarle algo malo.

Después de cinco patatas y de darle muchas vueltas al tema de Iván, Julia es incapaz de seguir comiendo. Le da igual que su madre se enfade. Su estómago se ha encogido completamente y las náuseas son cada vez mayores.

Ese tío fue un capullo con ella y también con Vanesa. Se portó fatal con ambas. Evitar cualquier contacto con él fue una decisión acertada. Pero no le desea ningún mal. Ella no es así.

Su móvil vuelve a sonar. Julia se precipita sobre el teléfono y descubre que es un WhatsApp del número que la ha llamado hace unos minutos.

«Siento molestarte de nuevo. No sé si habrás pensado en lo que te he pedido. Realmente, serías de mucha ayuda. Estamos muy preocupados por Iván. He vuelto a llamarle y su móvil sigue desconectado. Julia, te necesitamos. Esto no es una broma, de verdad. Te voy a pasar la dirección de donde vivimos por si te animas a venir».

En el siguiente mensaje, Hugo le envía a Julia la localización de la calle en la que residen y el número del portal más el del piso. La chica se sorprende cuando lee el WhatsApp. El apartamento de Hugo e Iván está en el mismo barrio y muy cerca de la casa de su abuela Pilar. De hecho, calcula que no debe de haber más de ocho o nueve minutos andando entre un edificio y otro. Es la misma parada de metro para ambos.

—Esto sí que es una casualidad —dice la joven en voz baja antes de abandonar el teléfono encima de la cama.

Durante unos minutos, Julia reflexiona sobre su situación actual y los acontecimientos que se le han ido viniendo encima. No puede creerse

el rumbo inesperado que ha tomado su vida en los últimos meses. Es de locos. Absolutamente de locos.

Sigue sintiéndose apática. Triste. Incluso se nota extraña, como si tuviera parte de su mente bloqueada. Pero le toca reaccionar. Tiene que buscar a la Julia de antes.

Recupera el móvil para entrar en Google. Necesita saber el horario de autobuses que salen por la tarde rumbo a la ciudad. Finalmente, va a hacerle caso a su abuela y aceptará pasar unos días con ella. Le irá bien salir del pueblo. Y de paso podrá hacer alguna que otra comprobación acerca de la presunta y misteriosa desaparición de Iván Pardo. Aunque, sobre ese asunto, no las tiene todas consigo. Ni mucho menos.

CAPÍTULO 4

Martes, 2 de enero de 2018

Sus padres le han dado el visto bueno: Julia tiene permiso para quedarse unos días con su abuela. Les ha parecido una gran idea. Tanto Aitana como Miguel Ángel piensan que Pilar puede hacerle ver las cosas de otra forma a su hija. Sobre todo animarla y lograr que recupere la sonrisa perdida. La explosión en el metro nunca la olvidará, pero debe empezar a asumir que aquello ocurrió. De lo que no les ha hablado la chica es de la presunta desaparición de Iván y de lo cerca que él vive de su abuela paterna.

Ya ha avisado a Pilar, por WhatsApp, de que cogerá el autobús de las seis y diez.

«Me alegro de que te hayas decidido a venir, querida nieta. Lo pasaremos muy bien juntas».

No tiene dudas de ello. Aunque se ven menos de lo que a ambas les gustaría, su entrañable abuela es de esas personas capaces de hacerla feliz. A Julia le encanta escucharla contar historias de las que nunca explica su procedencia o si están basadas en hechos reales o no. Fue quien la enseñó a jugar al ajedrez y comparten la afición casi enfermiza por los libros de Agatha Christie.

—¿Ya has acabado con la maleta? —pregunta la voz grave de un hombre. Su padre se encuentra bajo el marco de la puerta de la habitación.

La joven se vuelve y mueve la cabeza de un lado al otro. Dobla una camiseta roja y la coloca sobre otra blanca. Miguel Ángel se acerca a su hija y la obsequia con un beso en la coronilla.

—Me tengo que ir al cuartel en cinco minutos. ¿Te acerco a la estación de autobuses?

—No te preocupes, papá. El bus no sale hasta las seis y diez.

El hombre mira su reloj y comprueba que son las cinco y veinte. No puede esperarla tanto.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte con la abuela?

—Mi idea es volver el sábado o el domingo. Tampoco quiero darle mucho trabajo.

—Ella está encantada de que vayas. Ya lo sabes —comenta el sargento mientras sonríe—. Creo que te irá muy bien desconectar de todo esto, Julia. Aunque sean cuatro o cinco días.

La chica asiente a pesar de que su mente está más centrada en lo que le ha contado Hugo de Iván que en la tranquilidad que pueda encontrar ella en la casa de su abuela. Es cierto que necesita desconectar de los acontecimientos que ha vivido en los últimos meses, pero eso es mucho más difícil hacerlo que decirlo.

Su padre se despide de ella y le pide que lo llame en cuanto llegue. Él también lo ha pasado mal últimamente y se le nota en el rostro cansado y en las profundas ojeras. El caso de las chicas asesinadas del Instituto Rubén Darío lo dejó sin energías. El juicio no fue plato de buen gusto para nadie y menos para el principal responsable de la investigación policial, que tuvo que justificar cada acción realizada ante el jurado. Además, justo el día en que declararon culpable a Jonathan Vila, tuvo lugar la explosión en el metro que hirió a Julia y sus amigos. Tampoco Miguel Ángel puede olvidar aquel instante en el que hablaba por teléfono con su hija y escuchó el terrible estruendo. Fue el mayor susto de su vida.

Julia no quiere meter demasiada ropa en la maleta. Si le pesa mucho, luego le costará llevarla de un lado para otro. Y, en la estación de metro más cercana a la casa de su abuela, no hay escaleras mecánicas ni ascensor. Pero están en invierno, hace frío y necesita prendas que abriguen. Y esas son las que más espacio ocupan.

¿Dónde está su gorro blanco de lana? No lo encuentra en el cajón de la cómoda en el que guarda los guantes y las bufandas. ¡Es verdad! Se lo prestó a Vanesa. Su memoria no la habría hecho dudar hace unas semanas.

Mira el reloj del móvil y comprueba que son las seis menos veinticinco. Si se da prisa, le dará tiempo a ir a casa de su amiga, que está de camino a la estación de autobuses.

Su madre se marchó hace un rato. A Julia le había caído una bronca por no haber comido apenas; pero, como Aitana estaba contenta de que

su hija se fuera unos días con su abuela Pilar, el rapapolvo fue menor del esperado.

En la calle siente frío. Diría que están cerca de los cero grados. Ya ha anochecido y no se ve a demasiada gente. Por lo menos no llueve.

Julia arrastra su maleta por la acera. Las ruedecitas chirrían mucho y teme que se le rompan antes de llegar a la estación. Quizá haya introducido demasiado peso, pero ya no hay marcha atrás. No tarda en llegar al edificio en el que vive Vanesa. Llama al portero automático, al segundo A.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunta una mujer a la que la joven enseguida identifica. Se trata de Gloria, la madre de su amiga.

—Hola. Soy Julia. Vengo a ver a Vanesa.

Se escucha un sonoro pitido, unido a un clic metálico, y la puerta se abre. La chica entra y se dirige hacia el ascensor, situado al fondo del vestíbulo. Por suerte no tiene que subir escaleras con la maleta a cuestas. En aquel pueblo, muchos edificios han instalado ascensores en los últimos quince años; antes, sobre todo en la parte antigua, casi ningún piso disponía de ellos.

En la segunda planta, la puerta del A se encuentra entreabierta. Una mujer con el pelo largo y rubio, ataviada con un vestido blanco que le llega hasta los tobillos, la espera. Nunca había tenido relación con Gloria hasta que Vanesa y ella empezaron a pasar más tiempo juntas. En realidad, ni siquiera habían hablado hasta el último verano.

—¿Y esa maleta? ¿Te vas a alguna parte? —le pregunta la mujer después de darle dos besos. Entran juntas en el apartamento.

—Sí, a la ciudad. Me voy a pasar lo que queda de vacaciones de Navidad con mi abuela.

—Haces bien. Todo lo que sea salir de este lugar es positivo.

Julia sabe que Gloria está deseando marcharse del pueblo desde hace tiempo. Se lo ha contado Vanesa. Pero, junto a su marido, regenta un pequeño hotel de tres estrellas que es su medio de vida. Su amiga le ha revelado que, en varias ocasiones, se han planteado venderlo. Sin embargo, siempre que ha surgido un posible comprador se han arrepentido y han descartado la oportunidad.

—Solo he venido para pedirle a tu hija un gorro blanco de lana que le presté. ¿Cómo está?

—Bueno, continúa con muchos dolores. Duerme un poco mejor, aunque sigue teniendo pesadillas. Deja la maleta aquí.

La joven obedece y abandona momentáneamente su equipaje en el recibidor. Ella también sueña a menudo con el momento de la explosión y le consta que a Emilio le sucede lo mismo. Es algo con lo que van a tener que lidiar durante un tiempo. Ya se lo advirtió el psicólogo que la atendió en el hospital.

Gloria y Julia llegan a la habitación de Vanesa, al final de un largo pasillo provisto de suelo de losa y paredes pintadas en ocre. La mujer toca a la puerta y le susurra a Julia: «Ingrid está con ella». Inmediatamente, se escucha la voz de la chica dando permiso para pasar. Es Gloria la que abre, aunque cede a su joven acompañante la opción de entrar primero.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! —exclama muy ilusionada Vanesa, aunque enseguida dibuja una mueca de dolor cuando hace el esfuerzo de incorporarse.

Julia camina sonriente hasta la cama. Efectivamente, su amiga no se encuentra sola. Ingrid está a su lado. Y no pone la mejor cara al ver a su compañera de clase. Vanesa, en cambio, se agarra al cuello de la recién llegada y le da dos ruidosos besos en la cara.

—¿Cómo va todo? —pregunta Julia, que coge durante unos segundos la mano de la chica—. Tienes buen aspecto.

—Gracias, pero sé que no lo dices en serio. Estoy horrible.

—Tú siempre estás preciosa.

—No mientas. Parezco la novia cadáver. Tim Burton podría inspirarse en mí para su próxima película.

Vanesa suelta una risita nerviosa y de nuevo se queja, esta vez de un pinchazo en la zona lumbar. Ingrid se inclina hacia ella y le coloca una almohada en la espalda. A continuación, le acaricia dulcemente la cabeza y le da un pico en los labios.

—Julia ha venido para recuperar un gorro que te prestó —le explica Gloria—. ¿Sabes dónde está?

—Sí, en el armario. Segundo cajón —responde su hija—. Perdona por no habértelo devuelto antes.

—No te preocupes. Es que me voy a la ciudad unos días y quería llevármelo. Es el más calentito que tengo.

Gloria busca donde Vanesa le ha indicado. Rápidamente lo encuentra, porque es el único de ese color. Saca el gorro blanco de lana y se lo entrega a Julia.

—¿Te vas a la ciudad?

—Sí, con mi abuela Pilar. Me lo propuso ayer y mis padres lo ven bien.

—Te envidio. Yo no veo el momento de volver a pisar la calle. Estoy harta de estar encerrada día y noche.

—Seguro que pronto te recuperas del todo —dice Julia. El reloj le confirma que debe darse prisa—. Tengo que marcharme. Mi autobús sale a las seis y diez.

—¡Oh! ¿Tan pronto? Me da pena que te vayas.

—Cuando regrese vendré a verte de nuevo y seguro que estarás mucho mejor. Nos iremos a tomar algo y a celebrar las Navidades que no has tenido.

Vanesa sonrío con tristeza y le pide que se lo prometa. Se cuelga de nuevo del cuello de su amiga y la besa en la mejilla. Las dos se despiden con la promesa de que pronto las cosas volverán a ser como antes.

—Te acompaño —suelta de improviso Ingrid, que sale de la habitación junto a Gloria y a Julia después de darle otro pico en los labios a su novia.

Las tres llegan a la puerta del piso. La mujer le desea lo mejor a Julia y la abraza antes de que esta se dirija al ascensor. Ingrid, en cambio, continúa caminando junto a su compañera de clase. Bajan en silencio. Sin embargo, en el vestíbulo, la novia de Vanesa acelera y se interpone entre la chica y la salida del edificio.

—¡Basta ya! —exclama usando un tono de voz desafiante—. ¡Aléjate de ella!

—¿Que me aleje? No te entiendo.

—No te hagas la tonta conmigo —insiste Ingrid, que se aparta con vehemencia un mechón de pelo de la cara—. Eres muy lista, pero no paras de ocasionar problemas a todo el que se acerca a ti. ¡Mira cómo terminó Patricia Herrero! ¡O Emilio! ¡O la pobre Vanesa!

—Eso que dices no es justo.

—¿Que no es justo? ¡Lo que no es justo es que mi novia casi no se pueda mover de la cama! ¡Que tenga pesadillas todas las noches! ¡Y que le duelan hasta las pestañas incluso cuando va al cuarto de baño! ¡Eso sí que no es justo!

—Yo no tengo la culpa de...

—¡Claro que es tu culpa! ¡Así que no te acerques más a ella! ¿Me oyes? ¡Déjala en paz para siempre! ¡Para siempre!

CAPÍTULO 5

Martes, 2 de enero de 2018

Suena el timbre. Es Antonio el que se levanta y acude a abrir la puerta. Emilio está sentado en el sofá del salón, con la pierna escayolada estirada. Su madre se encuentra en una silla frente a él.

—Creo que has hecho bien en querer hablar con ella —comenta Almudena, que nota a su hijo nervioso—. Tal vez te sirva de terapia.

El joven se encoge de hombros. No está muy seguro de que aquella charla vaya a reportarle algo positivo. Pero, después de ver los vídeos en YouTube de Ana Rincón, ha sentido la necesidad de darle esa oportunidad a la que fue esposa de Marcos Frade. En realidad, ella es otra de las víctimas de aquella historia.

Ana entra en el salón acompañada de Antonio. Lleva el mismo abrigo granate de cremallera que tenía puesto el día que atendió a los medios de comunicación. La mujer se acerca a Emilio y lo saluda con dos besos. Luego repite el mismo procedimiento con Almudena.

—Gracias por aceptar verme —dice Ana, que ocupa el sillón que le ofrecen al unísono los padres del chico. Se quita el abrigo y lo deja en el reposabrazos derecho—. Sé que no habrá sido fácil para ti.

—Creo que lo que ha sucedido no ha sido fácil para nadie —responde Emilio, sorprendido por la entereza que muestra aquella mujer al hablar. Está mucho más tranquila que en los vídeos que ha visto de ella y su voz suena menos aguda.

—Tienes razón.

Ana se echa hacia delante y se masajea las sienes con ambas manos. Por un instante, da la impresión de que su mente se ha fugado de allí. Parece ausente. Son unos segundos de absoluta y completa dispersión. Después mira a Emilio y esboza una sonrisa a medio camino entre el dolor y la sinceridad.

—Han sido unos días horribles. Aún no lo he asimilado. Cuando pienso que fue él quien detonó la bomba en la estación de metro del aeropuerto, me entran escalofríos por todo el cuerpo y me pregunto si yo podría haber hecho algo para evitarlo. —Ni Emilio ni sus padres se atreven a interrumpirla o a dar su opinión. Prefieren permanecer en silencio y continuar escuchando lo que Ana Rincón relata—. Hacía bastante tiempo que Marcos y yo no estábamos bien. El hombre que yo conocí, y con el que me casé, se parecía muy poco a la persona en la que se había transformado en los últimos meses. Aun así, le quería. O creo que le quería. No de la misma forma que al comienzo de la relación, está claro, pero era mi pareja y de vez en cuando soñaba con que las cosas regresaran a como eran al principio. —Suspira y vuelve a frotarse las sienes, aunque en esta ocasión solo durante un par de segundos—. Siento lo que mi marido hizo y que te vieras perjudicado por ello, Emilio. Si quería quitarse la vida, tendría que haberlo hecho sin dañar a nadie más.

El joven observa a la mujer con atención, pero sigue sin saber qué contestarle. Le tiemblan las rodillas y los recuerdos de la explosión van reproduciéndose constantemente en su mente. Es su padre quien toma la palabra.

—Ni es tu responsabilidad ni es culpa tuya lo que ha pasado, Ana. Debes quedarte tranquila. El único culpable de lo ocurrido fue Marcos. Por nuestra parte y por la de Emilio, no existe ni un gramo de rencor hacia ti.

Emilio asiente para mostrar que está de acuerdo con lo que acaba de decir su padre. Es verdad, no alberga ningún tipo de animadversión hacia aquella mujer. Al contrario: entiende que estar en su lugar debe de ser muy duro.

—Muchas gracias. Pero, en cierta manera, me veía en la obligación de venir a pedirlos perdón. No sé si en nombre de mi difunto marido o en el mío propio. Lo único que sé es que mi alma está rota y que siento muchísimo todo esto. No es justo que este chico esté con una pierna escayolada, ni que haya vivido una experiencia como la del diecinueve de diciembre.

La fuerza y el aplomo con los que Ana Rincón inició la conversación se han ido diluyendo. Hace lo posible para aguantar firme, pero es obvio que se está derrumbando poco a poco. Los ojos se le han enrojecido y la voz se le va apagando.

—¿Te has puesto en contacto con las otras personas que se encontraban ese día en la estación de metro? —pregunta Emilio, que se

da cuenta del mal momento por el que está pasando aquella mujer.

—No. Con nadie más —contesta Ana, que busca algo en los bolsillos de su chaqueta. Saca un pañuelo y se seca las lágrimas. Se le ha corrido un poco el rímel—. Tú eres el primero. No sabía cómo iba a reaccionar al estar al lado de uno de los afectados por la explosión. Tengo entendido que entre los damnificados hay varias amigas tuyas, ¿verdad?

—Sí. Dos de ellas son buenas amigas y otra es mi novia. Aunque Kerstin está en Estocolmo. Yo estudio allí. Nuestro avión acababa de aterrizar e íbamos a pasar juntos las vacaciones de Navidad en España. Me iba a enseñar a esquiar.

—Dios mío. Lo siento de veras. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor. Se partió el radio del brazo izquierdo y volvió al día siguiente a Suecia. Sus padres la obligaron a regresar tras la explosión.

—Cuando hables con ella, ¿puedes pedirle disculpas de mi parte, por favor?

—Insisto, Ana —interviene de nuevo Antonio, anticipándose a su hijo—. Tú no tienes que disculparte por nada. No eres la responsable de lo sucedido.

La mujer se muerde los labios y derrama algunas lágrimas que enseguida limpia de sus mejillas. Almudena le pregunta si quiere un vaso de agua y ella asiente.

—Ahora te lo traigo. Y voy a preparar café. ¿Alguien quiere?

Finalmente, los cuatro terminan tomando una taza. Ana Rincón lo bebe con leche. La viuda de Marcos Frade pasa gran parte de la tarde de aquel dos de enero con Emilio y sus padres. Durante un rato, continúan conversando sobre el incidente en el metro. Sin embargo, el tema va quedando atrás conforme transcurren los minutos y la mujer va ganando confianza con la familia. Las lágrimas son sustituidas por sonrisas y hasta se atreve a contar alguna que otra anécdota de su vida. Les explica que trabaja como redactora en un pequeño periódico de la ciudad, ocupándose principalmente de la página web. Es un dato que a Emilio se le había escapado. El chico le revela que va a estudiar Periodismo y que su objetivo es trabajar en un medio de comunicación. Si ya sentía simpatía por aquella mujer, ahora, que sabe a qué se dedica, le cae todavía mejor.

—Puedes llamarme para cualquier cosa que necesites o quieras saber. Quién sabe si algún día trabajaremos en la misma redacción. —Ana le sonrío al joven después de una entretenida charla entre ambos sobre periodismo y medios informativos. Incluso han debatido sobre el trato

que sus propios compañeros de profesión le han dado a raíz de ser la protagonista de la noticia.

La mujer comprueba la hora en su reloj y repara en que se le ha hecho tarde. Se despide de Emilio y de sus padres y queda con ellos en verse pronto.

—Tiene el cielo ganado —comenta Almudena a su marido y a su hijo tras quedarse solos—. No quisiera estar en su piel. Menuda situación.

—Es complicado. Pero no debe sentirse culpable. Ella no ha hecho nada malo. Lo que necesita es rehacer su vida cuanto antes —apunta Antonio al tiempo que coloca en una bandeja las tazas vacías para llevárselas a la cocina.

—¿Por qué motivo su marido haría algo así?

—Según ha explicado ella misma, Marcos no era el mismo desde hacía un tiempo —responde el hombre a su esposa—. No podría aguantar más y se quitó la vida. Tú y yo hemos llevado algún caso de este tipo.

—Ya. Pero ¿por qué una bomba en el metro? —se pregunta Almudena—. Si quería suicidarse, lo normal era que lo hiciera solo. En su casa. O que se tirara por un puente. Yo qué sé. Sin embargo, con el explosivo podría haber matado a más personas. Y ese hombre no formaba parte de ninguna célula terrorista. Actuaba solo. Su suicidio podría haberse convertido en una masacre.

—Sí, resulta extraño. Imagino que nunca sabremos el motivo real por el que lo hizo así —señala Antonio, que se marcha del salón con la bandeja en las manos.

Emilio tampoco entiende el comportamiento de Marcos Frade. Su manera de actuar se sale de cualquier lógica. De acuerdo que tuviera problemas graves con Ana y que eso le llevara a lanzarse a una solución trágica, pero, igual que le sucede a su madre, no comprende por qué puso en riesgo la vida de un montón de gente.

Su esposa tampoco lo ha aclarado.

Aquella mujer le ha gustado. Mucho. Se la ve una persona íntegra. Luchadora. Inteligente. Y tiene una bonita sonrisa. Frade debió de cometer errores muy importantes para que Ana se alejara de él. La charla que han mantenido, especialmente desde que comenzaron a hablar sobre periodismo, lo ha puesto de buen humor. Hacía días que no se encontraba tan bien. Hasta le han dado ganas de llamar a Kerstin y solucionar su última discusión.

—¿Me pasas las muletas? —le pide Emilio a su madre—. Me voy a mi cuarto.

Almudena se las entrega y ayuda a su hijo a ponerse de pie. Al chico le cuesta un poco enderezarse, pero lo consigue.

—¿Quieres que te acompañe hasta tu habitación?

—No hace falta. Gracias, mamá.

Ya en su dormitorio, cierra la puerta y se dirige hasta el escritorio donde tiene el ordenador. Deja las muletas a un lado, se sienta con alguna dificultad y enciende el portátil. Mientras Windows se carga, piensa de nuevo en Ana Rincón y en todo lo que le espera a partir de ahora. Serán unos meses duros. En los que llorará más que sonreirá. Y eso le molesta. Le fastidia que aquella mujer tenga que cargar con lo que ha hecho su marido. No se lo merece.

El sistema está preparado para comenzar a funcionar. Entra en Skype y constata que su novia aparece entre los conectados. Bien. Es buen momento para hacer las paces. Sonríe y solicita una videoconferencia con ella. Transcurren unos minutos en los que Emilio sigue sin quitarse de la cabeza a la mujer que los ha visitado. Kerstin, por su parte, continúa sin aceptar la petición. No quiere agobiarla. Quizá aún está enfadada con él. Si insiste, podría incomodarla todavía más. Pero le apetece hablar con ella y disculparse si algo de lo que le ha dicho ha podido ofenderla.

Finalmente, opta por enviarle un WhatsApp y avisarla de sus intenciones. Coge el móvil y le escribe en inglés.

«Cariño, ¿hablamos por Skype? Quiero decirte algo importante. Espero que no estés enfadada conmigo. A veces no mido bien mis palabras. Acepta mi solicitud de videoconferencia, por favor. Te quiero».

Los *ticks* del mensaje enseguida se colorean de azul. Kerstin lo ha leído. Sin embargo, su respuesta tarda en llegar más de quince minutos. El ruidito en su teléfono alivia a Emilio, que empezaba a preocuparse. En cambio, su rostro se pone tan blanco como la escayola que lleva en la pierna derecha al leer la respuesta de su novia sueca.

«Creo que lo de la explosión fue una señal. Quiero romper nuestra relación. Lo siento. Por favor, no me llames ni me escribas. Necesito estar sola. Cuídate mucho».

CAPÍTULO 6

Martes, 2 de enero de 2018

Llueve durante todo el trayecto en autobús hasta la ciudad. Julia no para de mirar por la ventana. Melancólica, reflexiva. Las palabras de Ingrid se han reproducido en su cabeza una vez tras otra. Es lo último que le faltaba para terminar de venirse abajo: que la novia de una de sus mejores amigas piense que su compañía es dañina y perjudicial para todos los que la rodean. Aunque se siente responsable, no tiene la culpa de que un loco hiciera explotar una bomba en la estación de metro del aeropuerto justo en el momento en que ellos estaban allí.

Nunca le ha caído bien a Ingrid. Eso lo sabe. Ni antes ni después de que se uniera más a Vanesa y empezaran a ser amigas. Al principio, siempre iba con las dos e hizo un esfuerzo por agradarla, sin éxito. No era fácil encontrarlas separadas. Pero desde que comenzó el nuevo curso, Julia ha logrado quedar en ocasiones a solas con Vane, algo que no le hace demasiada gracia a su novia.

—No son celos. Simplemente, es que Ingrid es así —le aseguró su amiga una tarde en la que ambas habían quedado para tomar café—. Si algo no le gusta o está incómoda, se le nota demasiado. No tiene filtros. Pero te prometo que no es nada personal contra ti.

Quizá sí sea algo personal. Lo ha comprobado hace un rato, cuando Ingrid la ha atacado directamente. Incluso le ha gritado y se le ha acercado demasiado al hablar, en una actitud amenazante. Como si se tratase de una matona de barrio, marcando su territorio. ¿Debe amedrentarse y olvidarse durante un tiempo de su amiga?

No tiene la cabeza preparada para tomar decisiones importantes. En cualquier caso, el enfrentamiento con Ingrid la ha afectado. Da igual quién haya puesto la última gota. El vaso se ha llenado hasta rebosar. Recorre con los dedos el borde de sus ojos y se da cuenta de que está

llorando. Otra vez. No puede ser. No debe permitir que las palabras de la novia de su amiga le duelan tanto. No. Pero le resulta imposible contener las lágrimas.

Afortunadamente, no hay nadie sentado a su lado. Julia llora en silencio durante unos minutos. Lloro por los gritos de Ingrid, por las muertes pasadas de Aurora y de Patricia, por el suicidio de Virginia, su profesora de Matemáticas, por la presión que sintió durante el juicio, por la explosión en la estación de metro... Y, para colmo, Iván ha desaparecido. O eso le han dicho.

Se seca las lágrimas con un pañuelo de papel, mientras se calma. Coge el móvil y busca el Instagram del chico por si hubiera vuelto a abrir su cuenta. Nada, no existe. Tampoco su cuenta de Twitter. Iván sigue desaparecido de las redes sociales. Si es cierto lo que Hugo le ha contado, ¿dónde puede estar? ¿Por qué no ha avisado a su familia o a la policía?

Todo aquel asunto le sigue pareciendo muy raro. Cierra los ojos e intenta concentrarse y repasar mentalmente la conversación que antes ha mantenido con el compañero de piso del que fue su amor platónico hasta hace unos meses. No lo logra. Escucha una especie de zumbido que le va de lado a lado de la cabeza y se le instala en ambos oídos. Es una sensación muy desagradable. Abre los ojos y vuelve a mirar por la ventana. Están entrando en la estación de autobuses. Fin del trayecto.

Se baja del vehículo y, arrastrando la maleta, se dirige hacia la parada de metro, que se encuentra muy cerca. Ambas estaciones están comunicadas, por lo que no necesita salir a la calle. Así evita mojarse, ya que afuera llueve muchísimo en esos momentos.

Se sienta en un banco y espera a que el metro llegue. De nuevo, experimenta esa sensación de desolación e impotencia al pensar en los acontecimientos del año pasado. Se niega a llorar, algo que solo consigue a medias. Vuelve a derramar unas cuantas lágrimas, pero logra controlar sus emociones justo antes de que aparezca el tren que la llevará hasta el barrio en el que vive su abuela. Aunque su mente enseguida le recuerda que por aquella zona también reside Iván.

¿Por qué ha regresado a su vida si ya se había olvidado completamente de él?

Son seis paradas y catorce minutos lo que Julia tarda en llegar a su destino. Aquella estación no tiene ascensor, por lo que le toca subir la maleta a pulso. Un chico se ofrece a ayudarla, pero ella se niega amablemente. Puede sola, claro que puede. Pese a su aparente fragilidad, es capaz de cargar con su propio equipaje.

—Este barrio no es muy seguro para una chica como tú —le dice el muchacho, que sube la escalera en paralelo a Julia—. ¿Quieres que te acompañe?

No le responde. No desea superhéroes a su lado, ni escoltas. Conoce la zona perfectamente. Sabe qué calles pueden resultar más complicadas y las que están más concurridas e iluminadas por la noche. Además, ¡todavía es Navidad! Hay luz por todas partes.

Cuando llega arriba, el chico se detiene junto a ella. No ha vuelto a decirle nada más. Julia lo observa de reojo. No parece un mal tipo, pero que siga allí la agobia bastante.

—¿Necesitas algo? —pregunta la joven, que suelta la maleta para descansar un instante.

—¿Tienes paraguas?

—¿Paraguas? No —responde, y maldice en voz baja. Ese tipo de olvidos son nuevos para ella.

—¿Has visto la que está cayendo?

Julia da unos pasos adelante, saca la cabeza y mira hacia la calle. Llueve muchísimo. Lo que le faltaba.

—Esperaré a que escampe —comenta la chica, que resopla.

—Te puedo acompañar hasta donde vayas. Aquí entramos los dos.

La joven observa el paraguas negro que lleva en las manos. Después clava la mirada en aquel insistente muchacho que no aparta sus ojos de los de ella. No debe de tener más de veinte años. Es moreno y su peinado es similar al de los Beatles en sus inicios, durante los años sesenta. Tiene los ojos pequeños, pero muy vivos, como los de un zorro alerta en busca de su próxima presa. Luce un intento de perilla a la que le falta vello para ser considerada como tal. No es muy alto y viste de una forma sencilla, con vaqueros azules y un anorak de color amarillo pálido.

—No hace falta, gracias.

—¿Eres una de esas?

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir?

—Que si eres una de esas chicas que no quiere nada de los tíos. Aunque lo único que intente sea ayudarte —replica molesto el joven—. No pretendo ligar contigo ni llevarte a un callejón para... nada.

—No sería la primera a la que le pasa.

—¿Tú me ves con pinta de hacer eso?

—Nadie tiene pinta de hacer cosas así.

El joven mueve la cabeza de un lado a otro, negando. Después se encoge de hombros y chasquea la lengua.

—No insisto más. Solo quería echarte una mano y que no te mojaras. Creo que ha llegado un momento en el que todos estamos pagando los errores de unos cuantos.

El chico se despide con un simple gesto de la mano y avanza hacia la salida de la estación de metro. Julia se le queda mirando hasta que desaparece de su campo de visión. Suspira profundamente, y se lamenta. Tal vez no ha estado muy afortunada con él. No le gusta que la presionen y no necesita a ningún salvador desconocido, pero le da la impresión de que aquel chaval, que se parece a John Lennon, solo quería ser amable.

Agarra la maleta y sale a la calle tirando de ella.

—¡Espera! ¡Oye! ¡Espera! —grita Julia mientras corre bajo la lluvia.

El muchacho se detiene al oír la voz de la chica. Se vuelve y sonrío. No es una sonrisa de prepotencia o de suficiencia. Es una sonrisa de complicidad. O eso es lo que interpreta Julia cuando llega a su lado.

—Lo siento si he sido algo brusca contigo.

—No te preocupes. Es normal. Perdona si yo he sido un poco pesado. No quería molestarte. Solo he visto que no tenías paraguas y que vas cargada con una maleta. Simplemente quería ayudar.

—Ya. Gracias por ofrecerte a acompañarme.

—De nada. ¿Adónde vas?

Julia le indica la dirección de su abuela y juntos, bajo el aguacero y cobijados en el paraguas del joven, caminan hacia allí.

—¿Te quedarás mucho tiempo por el barrio? —pregunta el chico tras unos segundos en silencio.

—Hasta el fin de semana. No quiero molestar demasiado a mi abuela. Tiene setenta y siete años y no es plan tenerla muchos días pendiente de mí.

—Ya me gustaría a mí que alguna de mis abuelas estuviera viva. Las echo de menos. Ellas me criaron —comenta el joven, que aprieta con más fuerza el paraguas—. Desde que mi abuela Magdalena falleció, hace cuatro años, estoy solo. Mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía nueve meses. Así que siempre me ha tocado remar a contracorriente.

A Julia se le hace un nudo en la garganta al escuchar hablar a su acompañante. Ella no lo está pasando bien y también ha perdido a seres queridos, pero que él no conociera a sus padres debe de haberle condicionado toda la vida.

—Lo siento mucho. De verdad.

—Gracias. Estoy bien. Todas estas desgracias me han hecho fuerte. Soy una especie de superviviente del destino.

Ella no está muy segura de que exista eso a lo que llaman destino. Pero es cierto que en ocasiones se dan circunstancias que, sumadas a otras, te llevan a un lugar imposible de imaginar. Un lugar en el recorrido que parece pactado y al que solo accederás si ese conjunto de vivencias concretas se producen en un determinado orden.

—El destino es así de caprichoso —prosigue el joven—. A mí me ha quitado mucho y todavía no me ha devuelto todo lo que merezco.

—¿Esperas que algún día te compense?

—No lo sé. De momento no ha puesto demasiado de su parte.

Al chico se le escapa una sonrisa sarcástica que enseguida borra de su cara. Se remueve el pelo con la mano que tiene libre y se detiene en un semáforo en rojo. Mira a Julia y sonrío otra vez, aunque de manera distinta.

—No te has dado cuenta de nada, ¿verdad?

—¿Darme cuenta de qué?

El semáforo se pone en verde y el joven avanza caminando deprisa. Julia tarda en reaccionar. Acelera y, a mitad del paso de cebra, llega a su altura.

—Pensaba que sabrías quién soy.

—¿Nos conocemos?

Terminan de cruzar la calle y se paran en la acera. La lluvia continúa cayendo con fuerza. Julia observa inquieta al chico y se maldice a sí misma por no saber a qué se refiere. No le suena de nada. ¿Qué ha sido de su memoria prodigiosa?

—No sé quién eres.

—Nunca me has visto, aunque yo a ti sí. Muchas veces.

—Oye, no estoy para juegucitos. O me dices quién eres o me voy sola.

—Claro. No quiero que te enfades conmigo. —El chico no cesa de sonreír—. Creía que reconocerías mi voz. Hemos hablado por teléfono. Soy Hugo, el compañero de piso de Iván. Que, por cierto, sigue sin aparecer... Me alegro de que te hayas animado a venir.

CAPÍTULO 7

Martes, 2 de enero de 2018

No ha intentado volver a ponerse en contacto con Kerstin. Ella se lo rogó en su último mensaje: «Por favor, no me llames ni me escribas. Necesito estar sola». Tampoco ha hablado con nadie más. Ni siquiera ha llamado a Julia para contarle que ya no tiene novia. Es eso lo que ha pasado, ¿no?

Vuelve a estar solo. Sin nadie que le ame, sin nadie a quien amar. Se acabó.

Es la primera vez que Emilio rompe con alguien. Se siente vacío. No ha derramado ni una lágrima, pero se ha instalado en su pecho una especie de angustia que se cuela entre las costillas y el alma. A veces tiene que acordarse de respirar porque se asfixia sin darse cuenta. A sus pulmones les falta el aire y sufre un agudo y desagradable dolor en la zona cercana al corazón.

Una ruptura amorosa. ¡Quién se lo iba a decir a él hace unos meses!

No estaba preparado. Aunque sospecha que para eso uno nunca lo está. Pero es que no lo vio venir ni remotamente. En los últimos tiempos discutían. Demasiado. Por temas poco relevantes. Sin embargo, la posibilidad de que todo terminara esa tarde no aparecía ni en la peor de sus pesadillas.

¿Y ahora qué? Se viene una época de nubes negras.

Se incorpora con dificultad y se sienta en la cama, donde lleva tumbado desde hace un par de horas. Agarra una de las muletas y se apoya en ella para desplazarse otra vez hasta el escritorio, donde tiene el portátil. Se acomoda en la silla y enciende el ordenador.

¿Qué pasa con Suecia? Tendrá que volver en unos días y compartir clase con Kerstin. La herida no habrá sanado aún. Solo el hecho de pensar que estarán juntos en el mismo espacio le provoca escalofríos.

¿Y si no regresa?

La idea no es ninguna locura. Reflexiona y lo analiza mientras visiona vídeos en YouTube de la serie *Glee*. *We are young*, *Empire State of mind* y *Valerie* son sus *performances* preferidas. Las ve en ese orden e intenta distraerse. En cambio, en esta ocasión no logra concentrarse en la música. Su cabeza se encuentra muy lejos de aquella habitación: en Estocolmo.

¿De verdad que han roto definitivamente?

Resulta irreal. Estúpidamente irreal.

Emilio se sobresalta y da un brinco en la silla al escuchar el sonido de su móvil. Incluso golpea con la escayola la madera del escritorio y se muerde el labio para no gritar. Por un instante se ilusiona con la posibilidad de que sea Kerstin la que llama. ¡Tal vez se haya echado atrás en su decisión y lo ha reconsiderado! Pero la ilusión dura dos segundos. No es ella. El chico se sorprende al leer el nombre de Vanesa en la pantalla de su *smartphone*. Es bastante extraño. No hablan desde el día de la explosión y solo han intercambiado algún que otro mensaje a través de WhatsApp.

—¿Vane?

—Hola, Emi. ¿Cómo estás?

—Regular.

—¿Y eso? ¿Te está dando muchos problemas el tobillo?

—Me acaba de dejar mi novia —suelta el joven de improviso.

¿Para qué ocultarlo? ¿Para qué andarse con más rodeos? Es la verdad. Aunque le duela, es lo que hay. Y no le apetece andar escondiéndolo en ese momento.

—¿En serio? Joder. Lo siento, tío. ¿Quieres que te llame en otro momento?

Otro momento será peor o igual de malo que este, y encima se quedará sin saber el motivo por el que lo llama Vanesa.

—No. No te preocupes. No pasa nada.

—De verdad, Emi. Te llamo luego o mañana. No importa. O llámame tú cuando...

—Me viene bien charlar con alguien —la interrumpe el chico—. Llevo dándole vueltas a este tema toda la tarde. Me voy a volver loco. No cuelgues, por favor.

—¿Estás seguro?

—Seguro —responde Emilio, aunque no está seguro de nada—. ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?

La joven hace una pausa y tarda en contestar. Se hace de rogar antes de revelar le a su amigo la razón de la llamada.

—Ha venido a verme la viuda.

—¿La viuda? ¿Te refieres a Ana?

—Sí, a esa. Ana Rincón, la que fue mujer del desgraciado que puso la bomba en el metro y me ha jodido la vida.

—¿Qué te ha dicho?

—Poco. No me apetecía hablar con ella —le explica Vanesa bastante enojada—. Quería pedirme perdón por lo que hizo su marido.

—También ha venido hoy a mi casa.

—Lo sé. Me lo ha contado. Aunque creo que tú has sido más simpático que yo.

—Simplemente hemos estado hablando.

—¿Sabes qué pienso?

—¿El qué?

—Que está implicada —dice Vanesa bajando el volumen de la voz—. No me creo que ella no supiera lo que iba a hacer su marido.

—¿Insinúas que Ana lo ayudó con el explosivo?

—No lo insinúo. Lo afirmo.

—¿Y para qué iba a hacer eso?

—No lo sé, pero lo hizo.

—¿Tienes alguna prueba?

—No. Solo mi instinto. En el poco tiempo que ha estado aquí, la he mirado directamente a los ojos y no me ha transmitido nada bueno. Su mirada mostraba culpabilidad.

Emilio se quita las gafas y se frota los ojos. La sensación que él ha tenido con aquella mujer es justo la contraria: le ha parecido alguien en quien sí se puede confiar. Una persona íntegra. Y, por supuesto, en ningún caso la involucraría en la explosión de hace dos semanas en la estación.

—¿Por qué necesitaba pedirnos perdón si no es culpable de nada? —continúa la joven—. Porque, de alguna forma, ella también está relacionada con lo que hizo ese tío. Piénsalo.

—Lo he pensado.

—¿Y no te da mala espina?

—Imagino que la policía la habrá investigado y habrá sacado sus conclusiones. No la han acusado de nada.

—Entre tú y yo, Emi: ¿nos podemos fiar realmente de la policía? —pregunta Vanesa bajando de nuevo la voz—. Ahí tienes los casos de los

asesinatos de Aurora y de Patri. Cometieron un montón de errores.

—Pero los resolvieron.

—Sí. Y los dos sabemos cómo los resolvieron. ¿Es normal que una adolescente sea quien descubra la identidad de dos asesinos? Si no es por nuestra querida Julia, el director y Jonathan Vila todavía estarían en la calle.

Emilio piensa lo mismo: sin la participación de su amiga, las cosas habrían sido muy distintas. Quizá la policía no habría llegado a una resolución tan rápida o habrían acusado a las personas equivocadas. Pero no va a ponerse de parte de Vanesa si piensa de Ana de esa forma. Así que el joven responde:

—No podemos asegurarlo.

—¡Vamos, Emi! ¡Lo sabemos! ¡Como también sé que esta mujer no es trigo limpio! —exclama alterada la chica—. Está tan claro como que Amaia va a ganar *Operación Triunfo* 2017. Y eso que yo soy más de Miriam y de Roi.

—Yo no lo veo así, Vane. Ana ha sido muy amable conmigo y me ha parecido sincera. No creo que supiera nada de lo que su marido iba a hacer.

—Estás equivocado.

—A lo mejor la que se equivoca eres tú.

—Bien. Ya lo veremos.

—Pues sí. Lo veremos.

Emilio siente un doloroso pinchazo a la altura de la rodilla y estira la pierna escayolada hasta apoyarla sobre la cama. Respira hondo e intenta calmarse. Ese tipo de enfrentamientos no es lo que más le conviene. Bastante ha tenido ya por ese día. Resopla y se dirige a la chica de una forma más sosegada.

—No quiero discutir.

—Yo tampoco, perdona.

—Asunto zanjado.

—Muy bien. Aunque no solo te llamaba por lo de Ana Rincón —dice Vanesa, que también suena más relajada—. También ha estado aquí Julia.

—¿En tu casa? ¿Cuándo?

—Antes. Ha venido a por un gorro de lana que me prestó. Se va a pasar unos días con su abuela.

¿Julia se ha ido a la ciudad y no le ha dicho nada? No tiene por qué avisarle, está claro, pero le resulta extraño que antes hayan hablado y no

se lo haya comentado. Eso solo significa lo que intuye desde hace tiempo: la relación entre ambos se ha enfriado demasiado.

—El caso es que la he visto muy rara —reflexiona Vanesa—. Desde el día de la explosión lo está. Me lo había parecido por teléfono y hoy he podido confirmarlo cuando ha venido a visitarme.

—Yo también estoy diferente desde ese día. Es lógico.

—Lo sé. En estas dos últimas semanas, las cosas no han sido fáciles para ninguno de nosotros, pero Julia está tan afectada que no parece ella. Me preocupa. Me preocupa de verdad.

Él también se ha dado cuenta del cambio que ha sufrido su amiga. Se muestra más fría y distante cuando hablan por Skype o por teléfono. Está muy claro que no es la misma de siempre. Pero a él lo que le preocupa sobre todo es el estado actual de su amistad.

—Seguro que es algo transitorio. Dentro de nada, Julia volverá a ser la de antes.

—Eso espero —dice Vanesa poco convencida—. Oye, te tengo que dejar. Mi madre me está llamando. Es la hora.

—¿La hora de qué?

—De ponerme la inyección. Ya me pincho yo misma. Estoy harta de esto.

—Pronto te recuperarás.

—Ojalá. No puedo más.

—En cuanto pueda, iré a verte. En principio, me quitan la escayola el jueves.

—Gracias, Emi. Y siento lo de tu novia. De verdad. Seguro que pronto encuentras a otra chica que te quiera.

Aquellas palabras provocan que al joven se le agite el estómago. La vida se está mostrando poco generosa con él. Los golpes van y vienen sin descanso. También él está harto.

—Son cosas que pasan —se limita a responder de nuevo. Siente la boca seca.

—Sí, pero duele. He pasado por ello. Si necesitas charlar o desahogarte con alguien, no dudes en llamarme.

—Gracias, Vane. Que te mejores.

—Igualmente. Te deseo lo mismo. Y, Emi..., no te fíes de Ana Rincón, por favor. Estoy segura de que oculta algo. Me lo dicen sus ojos.

CAPÍTULO 8

Martes, 2 de enero de 2018

—¡Querida nieta! ¡Qué bien que hayas venido!

Pilar sujeta con suavidad el rostro de Julia con ambas manos y le planta dos sonoros besos en las mejillas. La chica sonríe tímidamente y entran juntas en el piso.

—Te he preparado la habitación del fondo, porque es la más grande y tiene cuarto de baño propio. ¿Te parece bien?

—Perfecto, abuela.

—Te he dejado toallas limpias y una manta muy calentita por si tienes frío de noche. No me gusta poner la calefacción mientras duermo.

—No te preocupes, no soy friolera. Muchas gracias.

—Estoy acabando de preparar la cena. Yo ceno muy tempranito. Sobre las ocho y cuarto, pero, si quieres, podemos cenar más tarde.

—A las ocho y cuarto está bien.

—Fantástico, querida. Coloca tu ropa en el armario, ponte cómoda y avisa a tus padres de que has llegado bien. Ahora hablamos.

La chica asiente y recibe otro beso de su abuela en la frente. Pilar le da una palmadita en la espalda y después se dirige a la cocina, situada en el extremo opuesto de la casa respecto a la habitación de Julia. La joven arrastra la maleta hasta el cuarto y la coloca encima de la cama. Se sienta sobre el colchón, cierra los ojos y se masajea las sienes con las yemas de los dedos, dibujando pequeñas circunferencias imaginarias. Así durante casi un minuto. Se siente cansada, pero debe activarse. Mira a su alrededor y observa detenidamente el que será su dormitorio durante los próximos días. Es bastante grande y dispone de una ventana que da a la calle. Las paredes son de color amarillo clarito y el suelo está cubierto de losas grisáceas que parecen despintadas. Además de una cama, que es de matrimonio, en la habitación hay un armario empotrado, una mesa

amplia con dos sillas, una cómoda y varias estanterías de madera repletas de figuritas de porcelana, fotografías enmarcadas y alguna que otra cajita joyero. No es un lugar especialmente bonito, pero sí le resulta acogedor. Tampoco necesita más.

Del bolsillo de su pantalón saca el móvil y manda un mensaje de WhatsApp al grupo que tiene con su padre y su madre.

«Ya estoy en casa de la abuela Pilar. Todo bien. Os llamo antes de irme a dormir».

A continuación, abre el armario y comprueba que hay espacio suficiente para su ropa. Mientras la guarda, se le viene a la cabeza lo que ha sucedido hace tan solo unos minutos, cuando ha salido del metro y se ha encontrado con aquel chico. El muchacho que parecía sacado de los años sesenta y que la ha acompañado hasta allí.

—¿Eres Hugo? —La sorpresa de Julia resulta evidente—. ¿El compañero de piso de...?

—Sí, el mismo. Encantado. —El chico esboza media sonrisa de satisfacción—. Te he visto en el metro y no me he podido resistir: tenía que acercarme a ti.

—¿Me has seguido?

—No. Bueno, tal vez —responde Hugo nervioso—. Solo un poco. Veníamos a la misma estación. Ha sido casualidad. Me he llevado una gran sorpresa al verte en el vagón. No creía que fueras a venir después de colgarme y dejarme claro que no aparecerías por aquí.

—Vengo a visitar a mi abuela. Ya te lo he dicho.

—Abuela que casualmente vive cerca de donde vivimos Iván y yo.

La chica se pone roja cuando Hugo menciona al joven del *piercing*. No quiere reconocerlo, pero que esté allí tiene mucho que ver con él y su presunta desaparición. Más del cincuenta por ciento. Quizá el sesenta.

—Sigue sin aparecer, ¿no?

—Sí. No sabemos nada de él todavía. Aunque estoy seguro de que con tu ayuda lo encontraremos. Nos echarás una mano, ¿verdad?

La joven resopla y agacha la cabeza. Continúa sin verlo claro. ¿Cómo es posible que Hugo y ella viajaran en el mismo vagón de metro? ¿Simplemente ha sido una coincidencia?

—Todavía no sé lo que haré. —Su tono de voz suena cortante.

—Por favor. Necesitamos que nos ayudes. ¿Por qué no vienes a cenar a nuestra casa? Te presentaré al resto de los chicos con los que compartimos piso y podrás echar una ojeada a la habitación de Iván para ver si descubres algo.

—No puedo. Cenaré con mi abuela. Me está esperando.

—Pues después de cenar. Ven luego. Yo mismo podría ir a recogerte y acompañarte a...

—¡Hugo! ¡Ya! Me estoy agobiando —le interrumpe la joven—. He venido para estar unos días tranquila. Para descansar. No quiero más presiones.

—Muy bien. Perdona.

El chico tuerce el gesto y cambia la expresión de su cara durante unos segundos, aunque pronto recupera la sonrisa y el tono amable que estaba usando hasta ese instante.

—Estamos desesperados. De ahí mi insistencia. No sabemos si a Iván le ha pasado algo malo. Él me ha hablado tan bien de ti que he creído que tú eras la solución. Pero no deseo presionarte. De verdad.

—No hago magia, ni tampoco milagros.

—Pero diste con la identidad de los dos asesinos de tu pueblo, algo que no logró la policía. Eres muy inteligente y observadora. Y posees una memoria prodigiosa, ¿no es así?

Julia vuelve a ruborizarse al escuchar los halagos del joven. Por lo que se ve, Iván le ha hablado mucho y bien de ella.

—Eso no significa que vaya a averiguar dónde está. Sería como buscar una aguja en un pajar.

—Lo sé. Pero al menos contigo tendremos más posibilidades de dar con él. Tienes que ayudarnos, Julia.

La joven vuelve a sacudir la cabeza. Hugo confía demasiado en sus capacidades y no sabe que ella ahora mismo no está atravesando por su mejor momento. Agobiada, se separa del chico y empieza a caminar sola bajo la lluvia.

—¿Adónde vas? ¡Espera! —grita el muchacho, que corre tras ella. La alcanza enseguida y la protege bajo el paraguas para que no se moje.

—Déjame, por favor —le ordena Julia sin dejar de caminar.

—Vale. No te lo pediré más. Si no quieres, no lo hagas.

—No es que no quiera. Es que ahora mismo... no creo que pueda.

—¿No puedes?

—Eso he dicho. No puedo.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes? —insiste Hugo.

La chica se detiene de repente y con la mirada señala el edificio que tienen ante ellos.

—Mi abuela vive aquí. Gracias por acompañarme.

—De nada. Ha sido un placer —dice el joven, que no aparta sus ojos de ella—. ¿Por qué no puedes ayudarnos?

—Hugo, ya nos veremos. Adiós.

Julia se aproxima hasta el portero automático y pulsa el botón correspondiente al segundo E. Hugo no se ha marchado. La contempla sin pestañear debajo del paraguas que lo cobija del aguacero. La chica se vuelve un instante y también lo ve. Qué tipo tan curioso y tan pesado. Debe de llevarse muy bien con Iván para insistir tanto.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunta la voz de una mujer desde el interfono.

—Soy yo, abuela.

—¡Julia! ¡Qué alegría!

Suena un pitido y luego un chasquido metálico que confirma que la puerta se ha abierto. La chica la empuja para entrar en el edificio, pero echa un último vistazo a la calle. Hugo continúa allí. Saluda con una mano y Julia imita su gesto. Y entonces algo se le remueve en el interior. Ha ido allí para estar con su abuela, pero sobre todo para investigar el paradero de Iván. Entonces, ¿por qué no aceptar lo que aquel joven le propone? A lo mejor puede ayudar. Si no va, se quedará con la duda.

—¡Hugo! ¡Después de cenar te digo algo! —grita Julia antes de entrar en el edificio.

La respuesta del chico es una amplia sonrisa y el dedo pulgar alzado en señal de conformidad. Ella no sonrío. Cierra la puerta rápidamente y camina hacia el ascensor. No ha tomado una decisión, pero por lo menos ha ganado tiempo hasta que lo haga.

—¿No te gusta?

Julia levanta la cabeza y se encuentra con los ojos castaños de su abuela. A pesar de haber cumplido ya los setenta y siete y de las arrugas que los rodean, sus ojos están repletos de vitalidad.

—Sí, está muy bueno.

—Quién lo diría. Apenas has probado la cena. —Pilar arrima su silla a la de su nieta—. Creía que la sopa de pescado era tu favorita.

—Y lo es. Pero no tengo mucha hambre.

—Tu madre me ha dicho que comes muy poco últimamente.

—Mi madre exagera.

—Yo te veo más delgada.

La chica no responde. Coge la cuchara y la introduce en el plato de sopa. La llena y se la lleva a la boca. Está muy rica, aunque solo lo hace para contentar a su abuela. Porque, en realidad, no tiene apetito. Lo perdió casi por completo el día de la explosión. Ese día perdió muchas cosas.

—Después de cenar, voy a salir. —Julia por fin se ha decidido.

—¿A salir? ¿Con este tiempo? ¿Adónde vas a ir?

—Un amigo mío vive aquí al lado. Se fue del pueblo y hace tiempo que no lo veo. Voy a ir a darle una sorpresa.

La anciana se queda mirando a la joven, analizándola durante unos segundos. Va a decirle algo, pero opta por guardar silencio. Asiente con la cabeza y le pide que se termine la sopa. Luego la obliga a comerse una manzana de postre. La chica al principio rechaza la fruta, pero termina por hacerle caso a la mujer.

—Tienes que alimentarte bien, Julia. Es importante que tu cuerpo tenga fuerzas para afrontar cada momento del día. Si tienes energía, tu mente funciona mejor.

—Estoy muy bien de energías, abuela.

—No intentes convencerme de lo contrario porque lo estoy viendo con mis propios ojos: andas muy justa de fuerzas, querida. Y eso hace que no puedas pensar con claridad. Sé muy bien de lo que hablo.

Julia no responde a su abuela. Da un mordisco a la manzana y examina el reloj del móvil. Son las nueve menos cuarto. Tampoco quiere que se le haga más tarde. Entra en WhatsApp y envía un mensaje a Hugo para avisarlo de que en quince minutos estará en su piso. El chico le responde inmediatamente.

«Genial. Aquí te espero. Muchas gracias, Julia».

La joven le pega un último bocado a la manzana. Lleva el plato y el vaso que ha utilizado a la cocina, los friega y regresa al comedor. Su abuela la está esperando con un paraguas azul en la mano. Se lo entrega y, juntas, se dirigen al recibidor.

—Ten cuidado y no vuelvas muy tarde.

—No te preocupes. Será solo un rato —dice la joven mientras se pone el abrigo.

Julia se despide de su abuela con un beso y sale del segundo E. Decide bajar por las escaleras en lugar de coger el ascensor. Fuera llueve bastante. Por suerte, el edificio donde viven Hugo e Iván está a pocos minutos de allí. No hay mucha gente en la calle; eso no le da miedo, pero sí la inquieta. No es precisamente el barrio más seguro del mundo, así que procura ir por la zona más iluminada. Un par de tipos se la quedan mirando y le sonríen cuando pasa por su lado. No les dice nada, aunque piensa en un insulto para cada uno de ellos. Para qué perder el tiempo con esos estúpidos cuando tiene problemas más graves. Además, el bloque de pisos al que va se encuentra justo enfrente, en la otra acera. Cruza corriendo un semáforo en verde y se para delante de un edificio enorme. Julia mira hacia arriba. Por lo menos debe de tener una docena de plantas. Pulsa el timbre del octavo F y espera a que alguien le conteste.

Un extraño cosquilleo sacude sus piernas. Le tiemblan las rodillas. Está muy nerviosa. ¿Es normal? Mil cosas se le pasan por la cabeza en ese instante, y una por encima de todas: ¿dónde está Iván y por qué ha desaparecido? El recuerdo de Aurora flota por su mente. No desea enfrentarse a nada que se le parezca. Otra vez no, por favor.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunta una voz masculina que no reconoce.

—Hola, ¿está Hugo? Soy Julia, una amiga.

No obtiene respuesta, pero suena un desagradable chirrido y la puerta se abre. La chica cierra el paraguas azul y entra en el edificio. Esta vez sí coge el ascensor. Los segundos que transcurren hasta que llega a la octava planta se le hacen eternos. No es normal que esté tan tensa. Lo sería si fuera a ver a Iván. Sin embargo, el encuentro es con su compañero de piso, a quien ha conocido hace tan solo un rato.

Cuando el ascensor se detiene, esos nervios aumentan. Abre y rápidamente contempla la letra F en la primera puerta de la derecha. Se coloca frente a ella y pulsa el timbre. La adrenalina se le dispara y el corazón se le acelera. Ni la propia Julia se explica el motivo por el que está experimentando todo aquello.

Cuando la puerta se abre, las emociones que siente se multiplican por mil.

—Hola. Cuánto tiempo. Me alegro de que al final hayas venido.

Iván ha cambiado bastante físicamente. Ni siquiera lleva el *piercing*, pero sigue teniendo una sonrisa hipnotizadora. La misma sonrisa que la enamoró un día de junio en el ascensor de aquel supermercado.

CAPÍTULO 9

Sábado, 23 de septiembre de 2017

Después de un verano muy duro, Iván había logrado el perdón del Instituto Rubén Darío con la condición de que tenía que realizar los exámenes de recuperación de todas las asignaturas si quería superar segundo de bachillerato. En septiembre lo ha aprobado todo de nuevo y también selectividad. Sin embargo, ya no quedaban plazas libres para ninguna de las carreras que quería hacer. Finalmente, su grave error ha tenido consecuencias. Ha perdido la cuenta de las veces que se ha arrepentido de haber entrado en el despacho de la profesora de Historia y de haber cambiado la nota de su examen. Pero ya no hay marcha atrás.

No está dispuesto a tirarse un año sin hacer nada, así que se ha propuesto mejorar en algunos aspectos que le podrían ser útiles en el futuro. Va a hacer un módulo de Informática, que le apasiona, y más adelante se pondrá a estudiar inglés y francés en una academia. Para ello se tiene que mudar definitivamente a la ciudad, algo que viene meditando desde hace varios meses. Sus padres le pagarán el alojamiento hasta que encuentre un trabajo, pero debe ser en un piso compartido, ya que su asignación no le da para más. Se terminaron los privilegios.

En una página de Internet ha encontrado el anuncio de unos jóvenes que buscan a alguien que se incorpore de inmediato y ocupe una habitación. El precio del alquiler es asequible y la zona de la ciudad en la que se encuentra el edificio no es de las mejores, pero está bien comunicada.

—No hace falta que me esperes —le dice Iván a su madre antes de bajarse del coche—. Luego daré una vuelta por la ciudad. Y quizá visite al primo.

—¿Vienes a comer?

—No lo sé. Hasta luego.

El joven sale del vehículo y se dirige hacia la calle que está justo detrás de aquella en la que su madre ha aparcado. Los últimos meses no han resultado nada fáciles para él, y sus padres tampoco es que hayan sido un gran apoyo. Al contrario: le han echado en cara continuamente su metedura de pata y su poca cabeza para gestionar las cosas. Aunque hay errores de los que Iván se arrepiente más. Errores que no cree que tengan solución.

El edificio al que va es muy alto y, aunque no tiene pinta de ser nuevo, está bien conservado y parece recién pintado. El piso que está en alquiler es un octavo. Toca el botón correspondiente al 8F y espera delante del portero automático. La voz de un joven le da la bienvenida y le dice que suba, que lo están esperando. Es el mismo que, nada más salir del ascensor, le abre la puerta y le recibe.

—Hola, Iván. Me llamo Hugo. —El chico lo saluda estrechándole la mano—. Pasa, por favor.

Aquel tipo le cae bien de inmediato. Tiene un aspecto curioso, con un corte de pelo peculiar que le recuerda a un champiñón o al guitarrista de moda de alguna banda de la década de los sesenta. Es bastante más bajo que él y lleva puestos unos vaqueros gastados y una camisa de cuadros roja y negra que no le queda precisamente bien.

Los dos entran en el apartamento y caminan hasta un salón bastante amplio. Allí esperan sentados tres chicos que deben de rondar los veintipocos años. Se levantan de sus asientos y saludan al recién llegado también apretándole la mano. Se presentan como Jorge, Duque y Rafa.

—Creo que lo primero que debemos hacer es enseñarte el piso y la que sería tu habitación —propone el más alto de ellos.

Duque mide más de un metro noventa de altura. Tiene los ojos claros y la cabeza rapada al uno y su voz suena rotunda. A Iván le impresiona su aspecto físico, conseguido a base de horas dedicadas a levantar pesas y hacer abdominales. Seguro que va al gimnasio por lo menos cuatro veces a la semana desde que era un adolescente.

El piso está diseñado en forma de ele y es muy espacioso. Hugo le cuenta que disponen de más de ciento setenta metros cuadrados y que en un principio eran dos apartamentos, pero que, para hacerlo más grande, los antiguos propietarios tiraron tabiques y paredes y lo convirtieron en uno solo. El actual dueño es un tío de Rafa que, según le explican, tiene dinero para aburrir y solo desea que aquel lugar esté más o menos limpio y los inquilinos no monten jaleos.

—Así que no hacemos fiestas —comenta Jorge con resignación—. Aunque nos compensa, porque cada uno paga solo doscientos cincuenta euros de alquiler y tiene su propia habitación.

Aquel muchacho cuenta con unos cuantos kilos de más que intenta disimular, sin éxito, con una camiseta ancha de color verde oscuro. Viste con un pantalón corto vaquero y unas zapatillas deportivas negras sobre calcetines blancos. Su pelo es rizado y lo lleva casi por los hombros, y tiene cara de buena persona.

—Esta es la cocina —dice Hugo mientras invita a Iván a pasar primero—. Cada mes ponemos setenta euros de bote para los productos en común como el aceite, la sal, las servilletas de papel... Y luego cada uno compra la comida que quiera por su cuenta.

El chico le explica que todos disponen de una balda individual en el frigorífico y dos en los armarios de la cocina para guardar su comida. Lo llevan organizando de esa forma desde que entraron a vivir allí hace algo más de dos años.

—Lo tenéis todo muy bien planteado —dice Iván gratamente sorprendido.

—Convivir no es fácil. Cuanto más claras estén las cosas, mejor funcionan —señala Rafa—. También tenemos un cuadro de limpieza y turnos semanales para hacer la compra general y sacar la basura.

—Y no intentes escaquearte —añade Jorge al tiempo que se atusa su cabello rizado—, porque entonces te las verás con el señor Rafael Verona.

—Si no me pusiera pesado, estos se pasarían el día jugando a la Play.

Iván sonríe ante las quejas de Rafa. Le gusta la camiseta que lleva puesta, con el rostro de Groucho Marx en el centro. Es un tío atractivo, de prácticamente su misma altura, tres o cuatro centímetros más bajo que él como mucho. Ojos oscuros, piel morena y pelo negro, perfectamente cortado. Habla con autoridad y tiene una cicatriz reciente en el pómulo derecho.

—Intentamos discutir lo menos posible —interviene ahora Duque mientras salen de la cocina—. Tenemos mucho que hacer como para estar peleándonos entre nosotros.

—¿A qué os dedicáis?

Los cuatro se miran entre sí y es Hugo quien finalmente responde que todos estudian y trabajan, pero que ya se lo contarán con tranquilidad si es el inquilino elegido.

—Bueno, vamos a mostrarte tu cuarto. No es el más pequeño del piso, llega bien Internet y es bastante luminoso —apunta Duque, que

señala la última puerta, a la derecha, del pasillo.

—Y es el que está más cerca del cuarto de baño —añade Jorge.

—¿Solo hay un cuarto de baño?

—No. Hay tres. Pero uno es muy pequeño y lo usamos de trastero y otro está dentro de la habitación de Rafa.

—Que para eso el dueño es mi tío.

El joven de la camiseta de Groucho Marx sonrío y arquea las cejas. Luego le guiña un ojo a Iván y se adelanta a abrir la puerta de la habitación que todavía está libre.

—Sergio, el chico que se fue, dejó su estantería y una mesa con dos sillas —dice Hugo. Iván contempla el dormitorio desde el umbral—. La cama es del tío de Rafa y el resto de las cosas que ves, también. ¿Qué te parece?

Como antes le ha dicho Duque, el cuarto no es demasiado grande. Sin embargo, el suave color verde de las paredes le agrada. También le gusta la luz que entra por la ventana, que da a la calle. Iván se dirige hasta ella y la abre. Una refrescante brisilla le da en la cara y de pronto se siente bien. Muy bien. Es justo lo que andaba buscando y todos parecen buenos chicos. Quizá pueda volver a tener amigos y recobrar su vida. Tal vez sea el lugar idóneo para empezar de nuevo y borrar de su cabeza los últimos meses. Sí, puede ser el sitio ideal en el que olvidarse de todo.

—Quiero esta habitación —concluye Iván después de sentarse en la cama y comprobar que el colchón está duro, como a él le gusta—. ¿Cuándo puedo mudarme?

CAPÍTULO 10

Martes, 2 de enero de 2018

—¿No vas a decir nada?

Julia se ha quedado bloqueada al ver a Iván. Lleva unos cuantos segundos sin moverse. Tampoco ha hablado. Al final lo de Hugo era un farol y entre los dos la han engañado para llevarla hasta aquel lugar. Qué tonta ha sido. Lo vio venir y no ha sido capaz de negarse a participar en aquella mentira. Tal vez lo más conveniente sea salir corriendo de allí y no querer saber nada más de él en lo que le quede de vida. En cambio, continúa inmóvil. Petrificada. Sin reacción. Ni siquiera es capaz de pensar.

—¿Por qué no entras y hablamos? Me gustaría explicarte el motivo por el que...

La chica no permite que termine la frase y por fin se mueve. Se lleva una mano a la cabeza y se da la vuelta. Camina despacio hasta la escalera y se sienta en el primer escalón. Mira hacia delante, aunque sus ojos no están fijos en nada. Iván la sigue y se acomoda a su lado. Julia no hace ningún gesto para impedirlo ni protesta.

—Entiendo que estés enfadada conmigo. Y confusa. Pero tenía que hacer algo para poder hablar contigo y pedirte perdón por lo que te hice. Mi comportamiento no fue... el adecuado. —El joven hace una pausa para tomar aire y continúa hablando—: No puedo avanzar si no me perdonas. Lo he intentado. Te juro que lo he intentado, Julia. Eliminé mis redes sociales, cambié mi número de móvil y hasta me fui del pueblo para no coincidir contigo ni siquiera en el supermercado en el que hablamos por primera vez. Ha sido imposible.

Las palabras de Iván no encuentran réplica alguna. La joven continúa sin decir nada, con la mirada perdida.

—Lo siento, de verdad. Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, cambiaría muchas cosas.

—No lo creo. —La respuesta de Julia llega en un susurro.

—Te aseguro que...

—No me asegures nada, por favor —reacciona la chica, molesta, aunque sin levantar la voz—. No podemos regresar al pasado. Nos comportamos en cada instante, en cada situación, como lo sentimos. Seguro que actuarías igual, Iván. Exactamente igual.

La frialdad con la que Julia se expresa impacta de lleno en los sentimientos del joven, que encaja el golpe como puede.

—Tienes razón. Merezco que me odies.

—No te odio. ¿Y quieres mi perdón? Lo tienes. Sigue con tu vida. Yo estoy intentando seguir con la mía. Y esto no me ayuda.

—Siento que hayas tenido que venir.

—Yo también.

La chica se pone de pie y se dirige hacia el ascensor. Entra en él y cierra la puerta ante la atenta mirada de Iván, que la contempla sentado desde el escalón. Su plan ha fracasado rotundamente.

Fuera apenas llueve, aunque hace mucho frío. La calle está vacía a pesar de que solo son las nueve y diez de la noche y empieza a levantarse una espesa niebla.

Julia camina deprisa y se demora muy poco en llegar al edificio en el que vive su abuela. Esta no tarda en darse cuenta de que algo va mal en cuanto la ve, pero no le dice nada. La chica se marcha directamente a su habitación. Se quita el abrigo, que deja encima de la cama, y se sienta sobre el colchón. Se masajea la frente durante unos segundos y luego se frota los ojos con fuerza. Todo se torna negro, del mismo tono oscuro que su presente.

¿Qué está pasando? ¿Por qué le están sucediendo tantas cosas extrañas? Es incapaz de controlar su vida ni los acontecimientos que la ponen continuamente en jaque.

—¿Por qué no hablas conmigo? —le pregunta su abuela, que entra en el cuarto sigilosamente. Julia no responde—. Te voy a preparar un té. Y yo me tomaré otro. Te gusta el té, ¿verdad?

—Sí, pero no me apetece.

—Te apetecerá. Preparo el mejor té del mundo.

Pilar le acaricia la barbilla a su nieta y sale de la habitación. Julia resopla y se queda sentada en la cama. Cuando vuelve a cerrar los ojos, escucha la explosión. El sonido aterrador de hace unos días en la estación

de metro del aeropuerto. Jadea nerviosa. Le cuesta respirar. Y siente ganas de llorar. No quiere hacerlo, pero nota como las mejillas se le mojan. Abre los ojos y se seca la cara con las mangas del suéter.

Maldice, para sus adentros, aquellas lágrimas. No ha ido allí para lamentarse, pero se siente incapaz de manejar sus emociones.

El móvil suena oportuno: Julia agradece que el sonido del teléfono la aparte de aquel silencio desolador. Sin embargo, enfurece en cuanto comprueba quién la llama. Con rabia, pulsa el botón verde de su *smartphone* y paga con Hugo el malestar que acumula en su interior.

—¿Cómo te atreves a llamarme después de haberme engañado como a una estúpida?! —grita Julia. Y, aunque se percata de lo alta y contundente que ha sonado su voz, no baja el tono—. ¡Hay que ser muy... Hay que ser muy... mala persona para... hacer algo...!

De pronto, la chica se queda sin palabras. No puede hablar y siente que le falta el aire. Se está ahogando.

—¿Julia? ¿Estás bien? —pregunta Hugo preocupado—. ¿Qué te pasa?

Pero la joven no contesta. Cuelga e intenta calmarse. Sabe que tiene que hacerlo. Ignora la nueva llamada de Hugo y pone el móvil en silencio. Toma todo el aire que puede y lo expulsa despacio. De forma acompasada. Repite la acción hasta en cinco ocasiones. Poco a poco se tranquiliza y su respiración vuelve a la normalidad.

—¡Julia! ¡Ven! ¡El té está listo! —escucha gritar a su abuela.

La chica sale de la habitación con el móvil en la mano. Hugo le ha dejado varios mensajes de WhatsApp y los lee de camino a la cocina.

«Espero que estés bien y que me perdones por haberte metido en este lío. Iván me acaba de decir que las cosas no han salido como le hubiera gustado».

Otro que le pide perdón. Disculpas que no valen para nada. Ni siquiera cree que sean sinceras. Se acaban de conocer, por mucho que su amigo le haya hablado de ella durante los últimos meses.

Hay más mensajes.

«Te aseguro que Iván está arrepentido de lo que hizo. Pero entiendo que te hayas molestado por esta especie de encerrona que te hemos hecho. Solo quería ayudarle. Es un buen compañero de piso y, sobre todo, un gran amigo».

Al llegar a la cocina, Julia contempla a su abuela sentada en una mesita con una taza blanca humeante en las manos. Hay otra igual

preparada para ella. Huele muy bien. La chica se sienta al lado de la anciana y le da las gracias por la infusión. Bebe un pequeño sorbo y lee el último WhatsApp que le ha enviado Hugo.

«En cualquier caso, a partir de ahora, es cosa tuya y de él. Yo me desentiendo por completo. Ha sido un placer conocerte y me gustaría que nos viéramos mañana, pasado o cuando sea para compensarte. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme. Que seas muy feliz, Julia».

—¿Está bueno el té? —pregunta Pilar tras soplar sobre su taza.

—Sí. Está rico.

—Lo compro por gramos en una tienda del barrio. Nunca he probado un té mejor que este. Ni siquiera en Londres.

—No sabía que habías estado en Londres.

—Fue hace mucho. Fui con tu abuelo. No habías nacido.

Durante varios minutos, Pilar relata a su nieta el viaje a la capital inglesa que hizo con su difunto marido, narrándolo como si de una cuentacuentos se tratase. Julia se deja embelesar por el tono de voz dulzón y agradable de su abuela y se relaja completamente. El té también ayuda. Siente una paz, una calma en su mente y en su interior, que hacía tiempo que no disfrutaba. Cada vez que da un sorbo a la taza, nota que le pesan más los párpados y que la relajación es mayor.

—Abuela, perdona, me estoy durmiendo —confiesa después de cerrar los ojos un par de veces—. No es que me aburras. Al contrario: me encantan tus historias.

—No te preocupes. Es normal que te duermas. Te he puesto tranquilizantes en el té. Son naturales, nada de química.

—¿Qué? ¿Me has drogado?

—Dicho así suena muy mal, querida nieta —dice Pilar con una sonrisa lineal dibujada en su arrugada boca—. Necesitas dormir y olvidarte de todo por unas horas.

—Tengo que llamar a mis padres.

—No te preocupes, ahora los llamaré yo y les diré que te has ido a la cama. Tienes que descansar. Mañana hablaremos de los asuntos que te preocupan.

La chica no puede creerse que su abuela le haya echado tranquilizantes en la bebida. Pero está tan agotada que no discute con ella. Se levanta de la silla y sale de la cocina. Pilar va detrás. Las dos

entran en la habitación y, mientras la joven se cambia de ropa como buenamente puede, la mujer le prepara la cama.

—Te despertaré a las ocho y desayunaremos juntas —le anuncia la anciana mientras guarda el abrigo de su nieta en el armario.

—¿A las ocho? ¿No es muy temprano?

—No. Es la hora perfecta. Así aprovecharemos más el día.

Julia no se siente capaz de llevarle la contraria a su abuela en ese instante. Cada vez tiene más sueño y lo único que desea es dormir. Con el pijama ya puesto, se tumba en la cama y se tapa hasta el cuello. Pilar se acerca a ella y le da un beso en la frente.

—Que descanses, querida. Mañana será otro día. Buenas noches.

La joven asiente con la cabeza, cierra los ojos y balbucea algo parecido a un «buenas noches». Se apoya sobre su hombro izquierdo y enseguida se queda dormida.

Es una noche de viento, frío y lluvia, aunque Julia no se entera de nada. A lo largo de la madrugada, tiene varios sueños que le será imposible recordar al día siguiente.

De repente, abre los ojos. Su abuela, que se ha sentado en el borde de la cama, la está zarandeando.

—¿Ya son las ocho? —pregunta después de bostezar y estirar los brazos.

—No. Ni siquiera son las seis. Te han llamado unas cuantas veces al móvil.

—¿Qué? ¿Quién?

—No lo sé. Pero lo he escuchado desde mi cuarto y he dado por hecho que no te habías enterado. Esos tranquilizantes son mano de santo.

La joven se destapa rápidamente y va hacia la mesa donde dejó el teléfono antes de irse a la cama. Efectivamente, se encuentra con varias llamadas perdidas. La última, de hace un par de minutos. Todas son de Iván.

—¿Quién es el que te ha llamado tantas veces?

—Un amigo. El chico al que fui a ver ayer...

—¡Ah! Ese chico. ¿Es tu novio?

—¡No! ¡Claro que no!

En ese instante suena otra vez el móvil. Esta vez Julia sí lo coge. Son las cinco y cincuenta y cinco.

—¿Iván? ¿Por qué me llamas a estas horas? —responde la chica muy inquieta.

—Lo siento, Julia. Perdona... Perdona. No sabía qué hacer —dice el joven. Se le nota muy nervioso—. Es... es que... Hugo. Joder. Hugo...

—¿Qué le pasa a Hugo?

—Está muerto. Alguien lo ha asesinado.

CAPÍTULO 11

Miércoles, 3 de enero de 2018

Escucha ladrar a su perro y se despierta sobresaltado. ¿Qué hora es? Emilio busca su móvil bajo la almohada y comprueba que no son más que las seis de la madrugada. Solo ha dormido tres o cuatro horas. En cambio, no se siente tan cansado como debería estar. Hace un esfuerzo para levantarse y, a la pata coja, sin apoyar la escayola en el suelo, se acerca a la silla del escritorio. El ordenador permanece encendido y la página de Skype está abierta. Anoche estuvo hablando hasta muy tarde con ella.

El perro continúa ladrando. ¿Qué le pasará?

El joven mira por la ventana y se da cuenta de que está lloviendo muchísimo y el viento sopla con fuerza. El pobre Cásper lo está pasando mal. Es un miedica y les tiene terror a las tormentas. Espera que se le pase pronto.

Pero no es así. El labrador aúlla y ladra con más fuerza. Por lo que se ve, sus padres no van a hacer nada para calmarlo. Le toca ir a él. Alcanza las muletas y se dirige al cuartito en el que duerme Cásper. Cuando abre la puerta, el animal se le abalanza y casi lo tira al suelo. Por suerte, Emilio logra apoyar la espalda en la pared y evita caerse.

—Para. No seas baboso —protesta el joven, que recibe los continuos lametones de su perro—. Tienes que tranquilizarte o vas a despertar a todo el barrio.

El animal parece entender a su dueño. Se tumba en su cesta y, gracias a las caricias de Emilio, se duerme otra vez. Cuando el chico regresa a su habitación, mira por la ventana y ve que la tormenta ha cesado. Lluve mucho menos y el viento ha amainado. Tal vez él también debería irse a dormir como Cásper. Sin embargo, se ve incapaz. Abandona las muletas sobre la cama y se sienta en la silla frente al escritorio.

«Me lo he pasado muy bien hablando contigo. Hasta mañana, Emi».

Es lo último que ella le ha escrito en Skype, justo después de desconectar la cámara, antes de despedirse. Lo relee un par de veces más y después piensa en Kerstin. De ella no ha vuelto a saber nada en todo el día. Quizá si Ana Rincón no hubiera aparecido, la ruptura con la sueca habría sido diferente. Más traumática. Le duele, por supuesto. Mucho. En ocasiones, muchísimo. Pero aquella mujer ha logrado entretenerle y hacer que piense en otras cosas durante un día tan complicado y duro.

Pese a las advertencias de Vanesa, Emilio ha decidido confiar en la que fue esposa de Marcos Frade. En realidad, no tiene ningún motivo para no fiarse de ella. Solo la intuición de su amiga. A él Ana le cae bien desde que la vio en los vídeos de YouTube, acosada por la prensa.

—Los periodistas somos así, Emi —asegura la mujer, que se ha hecho una coleta alta para estar más cómoda mientras habla con el joven a través de la cámara de su ordenador—. Si un periodista es noticia, se le trata como si no perteneciera al gremio. No hay ningún tipo de concesión. Lo importante es la noticia. Y, por desgracia, yo he sido el foco de atención durante unos días.

—¿Te persiguen mucho?

—Ya no. Pero pasé una primera semana muy mala. No solo por lo que había pasado con... con Marcos. Es que cada día tenía en la puerta de casa varias cámaras de televisión.

—Qué horror. Menudo agobio.

Emilio observa como Ana se encoge de hombros y aprieta los labios, en un gesto que ya le ha visto varias veces.

—Es el precio que hay que pagar por estar de actualidad. Afortunadamente para mí, una noticia se prolonga en el tiempo lo que tarda en llegar la siguiente. Un acontecimiento pisa al anterior y todo resulta muy efímero.

—Espero que la prensa te respete a partir de ahora.

—Me ha respetado siempre. A su manera, eso sí.

Ana sonríe y a Emilio le parece que es una mujer muy guapa. En los pómulos se le forman unos hoyuelos de los que no se había percatado hasta ese instante. Sí, definitivamente es una mujer muy atractiva.

—Yo quiero ser un buen periodista. Me voy a preparar para ello y seré riguroso con la información. No caeré en el sensacionalismo.

—No seas idealista, Emi. Todos empezamos la carrera pensando que vamos a cambiar el mundo, que hay otra manera de informar. Pero luego... Luego las cosas son diferentes. Especialmente en los grandes medios. Por eso yo estoy muy bien en el pequeño periódico en el que escribo ahora, ocupándome de la web. Más o menos puedo hacer lo que quiero.

—¿Has trabajado en medios grandes?

—Hice prácticas en varios. He tocado prensa, radio y tele. En ninguna parte fui del todo feliz ni me sentí valorada.

—¿Y eso por qué?

—Era joven, inexperta y mujer. ¿Te parece poco?

Durante unos minutos, Emilio escucha las explicaciones de Ana acerca de los problemas que todavía sufren las mujeres en el universo de los medios de comunicación.

—Por suerte, aunque hay mucho por lo que luchar todavía, el mundo está cambiando. Y las mujeres nos estamos haciendo fuertes. Nos estamos haciendo escuchar. También en los medios. Pero tenemos muchísimo trabajo por delante. El primero, llegar a los puestos directivos de esos medios, ocupados en su mayoría por hombres.

—Entiendo. Es vuestro momento.

—Sí, nuestro momento está llegando. No estoy en contra de los hombres ni los odio. Ni yo, ni creo que ninguna mujer. A pesar de que algunos lo piensen o lo malentiendan. Hombres y mujeres debemos estar en la misma sintonía y colaborar para lograr un mundo más justo. Tú eres un hombre y me caes muy bien.

De nuevo, Ana esboza esa sonrisa que provoca la aparición de esos hoyuelos guadianescos. A Emilio también se le escapa una sonrisa, aunque el día no ha sido precisamente alegre. No lo dice abiertamente, mirando a cámara, pero en su interior lo piensa: «Tú también me caes muy bien».



La tormenta la ha desvelado y ahora no puede dormir. De pronto, la ventana de su habitación se abre violentamente y el viento comienza a agitar la cortina como si bailara con ella. Vanesa gimotea al ser consciente

de que le tocará ponerse de pie para ir a cerrarla. Aunque se encuentra mejor, el cuerpo le duele cada vez que se levanta. Se va a volver loca todo el día allí metida, sin salir, pero debe tener paciencia. El explosivo estalló muy cerca de ella, así que es una suerte que pueda contarlo.

Apoyándose en todos los muebles del cuarto que encuentra a su paso, consigue llegar hasta la ventana. El viento es muy fuerte y le genera problemas. Pese a las dificultades, Vanesa aprieta los dientes y logra su propósito. Sin embargo, tras el esfuerzo, trastabilla y cae al suelo. El golpetazo hace que vea las estrellas y se le salten las lágrimas. Tiene ganas de gritar, pero se reprime. No quiere despertar a su familia y que se preocupen.

Como buenamente puede, reptando hasta la alfombra y logra sentarse sobre ella. Escucha cómo las gotas de lluvia se estrellan feroces contra los cristales. Un trueno sacude el cielo. Odia las tormentas.

Sentada en el suelo de la habitación, Vanesa se va tranquilizando al mismo ritmo que la tempestad se calma también. El dolor perdura, pero es menos intenso que antes. Transcurridos unos minutos, se cansa de estar allí sin hacer nada y decide que ya es hora de reaccionar. Pelea contra sí misma y contra el dolor de sus huesos para incorporarse y, unos segundos más tarde, sale victoriosa. Da un grito de euforia y se tumba bocarriba en la cama. Resopla y se pregunta hasta cuándo no va a poder llevar una vida normal. Y, lo que es peor, ¿qué secuelas le quedarán a su cuerpo?

Instintivamente, se toca el codo y se llena los dedos de sangre. Lo que le faltaba. Se ha hecho una herida; no es muy grave, pero sí bastante incómoda.

Maldice el día en que se le ocurrió acompañar a Julia al aeropuerto y se incorpora de nuevo. En la mesita de noche hay un paquete de pañuelos. Saca uno y se limpia el raspón que se ha hecho en el codo. Le duele, aunque nada comparable al dolor que siente en la espalda, en la cadera o en las rodillas en cuanto se mueve. Salió despedida en la explosión y el impacto que sufrió fue tremendo. Además, numerosos trocitos de metralla y de cristales se le incrustaron en la piel.

Una vez curada la herida, se echa en la cama e intenta dormir, pero sin éxito. Alcanza el móvil y, para pasar el rato, revisa las redes sociales; últimamente las tiene muy abandonadas. Antes, no se podía despegar de las aplicaciones de su teléfono ni un minuto y ahora, en cambio, no les hace ni caso. Entra en Instagram. No sube fotos desde el lunes, dieciocho de diciembre, el día anterior a la detonación del explosivo en la estación

de metro. En la última imagen aparecen ella e Ingrid de espaldas, cogidas de la mano. Lee la frase escrita debajo y recuerda perfectamente el momento en que se la tomaron: «Siempre juntas hasta siempre».

La nostalgia rápidamente se apodera de ella. Vanesa siente que ha pasado mucho tiempo desde que se hicieron esa foto. En cambio, solo han transcurrido un par de semanas. Todo ha cambiado. ¿Y sus sentimientos? ¿También?

Sale de su cuenta y busca la de Julia. Tampoco ha subido nada desde el día de la explosión. Examina sus fotos, una a una, hasta que llega a la del veintiuno de noviembre. Ambas posan juntas en clase, con la pizarra como fondo. Ponen morritos, un gesto inusual en su amiga, que no se presta habitualmente a ese tipo de gracias. Vanesa la había obligado a hacerlo. Celebraban que la profesora de Inglés no había venido esa mañana y tenían la hora libre. Se acuerda perfectamente. La fotógrafa fue Yi, que usó su *smartphone* y luego se la pasó por WhatsApp.

Echa de menos a Julia y la bonita amistad que han fraguado en esos últimos meses. El verse cada día de la semana o el quedar para tomar café y hablar con ella de mil cosas. Echa de menos su inteligencia y su capacidad para darse cuenta de lo que sucede antes que nadie.

—El caballo se mueve en forma de ele. ¿Te acuerdas?

—No, pero da lo mismo.

—¡No da lo mismo! ¡Quiero que aprendas a jugar!

—¡Es muy complicado! ¡Y para qué voy a aprender si nunca te voy a ganar!

—Porque el ajedrez te da cosas mucho más importantes que una victoria o una derrota. Aprendes a tener paciencia, a organizarte, a anticiparte o a pensar en lo que puede estar pensando el otro. No solo es un juego de mesa, es una actitud ante la vida.

—Vamos, que el ajedrez te da más que un buen polvo.

—¡Vane! ¡Qué dices! ¡Siempre estás igual!

Y acabaron entre risas una vez más, como habitualmente sucedía entre las dos. Si no fuera por su amiga, nunca se habría molestado en aprender a mover las piezas en el tablero. Pero jugar con ella, simplemente por pasar un rato a su lado, merecía la pena.

Ingrid y Julia quizá sean sus dos personas favoritas en el mundo. Aunque a ambas las ve diferentes en los últimos tiempos. Tensas, nerviosas. De hecho, con su novia tuvo una pequeña discusión ayer por la tarde, justo después de que Julia se fuera. Una más. Ingrid le contestó mal un par de veces y ella tuvo que pararle los pies. Luego le pidió

disculpas y sellaron la paz con unos cuantos besos. Ha sido así desde aquel día en el que su vida dio un vuelco.

Sale de Instagram y entra en WhatsApp. Tiene varios mensajes sin leer, sobre todo en los grupos de los que forma parte. En el de clase se quejan de lo rápido que se están yendo las vacaciones de Navidad. A ella se le están haciendo eternas.

Casi por casualidad, entra en la conversación con Julia. Le sorprende que esté en línea. ¿Qué hace su amiga despierta a esa hora? Tal vez se ha desvelado por alguna pesadilla relacionada con la explosión. Le suele pasar. O quizá se ha despertado por la tormenta. Sea lo que sea, no está durmiendo ahora. Y eso la alegra. No sabe por qué, pero la hace feliz. Y sonrío. Le apetece saludarla al menos.

«¡Hola! ¡Sí que te has despertado pronto hoy! ¡Qué madrugadora! ¿Necesitas una buena conversación antes de que amanezca?».

Sin embargo, Julia no responde el mensaje, algo que entristece a Vanesa y la hace sentirse mal. Lo que ella no sabe es el motivo por el que no obtiene respuesta de su amiga, que en ese instante está adentrándose en un peligroso y diabólico enjambre de acontecimientos.

CAPÍTULO 12

Miércoles, 3 de enero de 2018

Si su abuela supiera el motivo real por el que ha salido de casa a esas horas, no se lo habría permitido. Habría llamado a sus padres o a la policía y, seguramente, le habría preparado un té para tranquilizarla. Pero después de la llamada de Iván, la chica ha improvisado de una forma tan convincente que la anciana hasta ha comprendido que fuera a ayudar a su amigo.

—Tiene un ataque de ansiedad tremendo, abuela —miente Julia después de colgar el teléfono—. Está solo y me ha rogado que vaya.

Pilar observa atentamente a su nieta. No la cuestiona. Ella nunca miente y eso le sirve de aval. Solo le pide que tenga muchísimo cuidado y que se lleve un paraguas.

La joven camina deprisa por la calle. No deja de pensar en lo que Iván le ha contado hace unos minutos.

—Está muerto. Alguien lo ha asesinado.

—¿Cómo dices?

—Que alguien ha matado a Hugo. Está en su habitación... muerto. Creo... creo que le... han apuñalado.

—Espera un segundo.

Julia no puede creer lo que está escuchando. Le pide por favor a su abuela que la deje sola en la habitación. No quiere que la mujer oiga lo que Iván le está diciendo. Pilar se marcha del cuarto sin plantear ninguna objeción y la chica continúa la conversación telefónica.

—¿No será otra de vuestras bromas?

—¡¿Cómo voy a bromear con... algo así?! ¿Me crees tan cruel como para gastar una broma con la muerte de un amigo?

Está realmente nervioso, no parece que mienta. Aunque las dudas siguen en su cabeza, porque con Iván no se puede tener la certeza de nada

al cien por cien. Es como en el cuento del lobo. Al final sucede algo que parece imposible, pero que resulta que es verdad.

—¿Has llamado a la policía?

—No. Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque no —responde el joven. Su tono de voz es cortante—. ¿Puedes venir, por favor? Estoy en el piso solo y bloqueado. Me tiembla todo el cuerpo. Hugo está muerto en su habitación.

—¿Y tus compañeros?

—Jorge ha salido corriendo cuando lo he avisado. Y los otros dos no están. Por favor, Julia, necesito que vengas. Te juro que no miento.

La chica se da golpecitos en la frente, inquieta. La historia se repite. Se le ha secado la garganta y le sudan las manos. No debería ir, algo en su interior se lo advierte. Si lo que Iván le cuenta es cierto, no se trata de ningún juego. Un crimen solo debe ser asunto de la policía. No tiene necesidad de implicarse y formar parte de aquella historia.

—Está bien. En quince minutos estoy ahí.

Al aceptar la petición de acudir al piso en el que se ha cometido el asesinato, sabe que se está metiendo en la boca del lobo. De camino al lugar, cae en varias circunstancias a tener en cuenta para el futuro próximo: conoce a la víctima, ha hablado con aquel chico en las últimas veinticuatro horas y, para colmo, han intercambiado mensajes de WhatsApp. Eso significa que, cuando comience la investigación, la policía querrá hablar con ella y conocer a ciencia cierta qué relación tenía con Hugo.

Siente como si existiera una especie de maldición. Que la desgracia la persigue. No ha salido de una y ya se ha metido en otra.

No se cruza con demasiada gente en la calle. Evita cualquier contacto visual con quienes se la quedan mirando y camina lo más rápido posible. Cuando llega a las inmediaciones del edificio, para su sorpresa, Iván se encuentra en el portal. Esperaba no volver a verlo en su vida y no han pasado ni diez horas y de nuevo se encuentran. El joven la recibe nervioso. No le da dos besos ni la abraza. Simplemente, sonrío con tristeza y la saluda con un sencillo y escueto «hola». Pese al frío que hace, viste con una camiseta de manga corta y un pantalón largo de chándal.

—Muchas gracias por venir. —Iván tiene los ojos rojos. Ha estado llorando—. Sé que ha supuesto un gran esfuerzo para ti.

A la chica se le hace un nudo en la garganta y solo consigue asentir con la cabeza. Él tampoco comenta nada más y, con un gesto de la mano,

le pide que lo acompañe. Los dos entran en el edificio y suben en silencio, en ascensor, hasta el octavo piso. Frente a la puerta del 8F, Iván se detiene, la mira fijamente y le advierte de la situación.

—¿Eres consciente de que vas a ver un cadáver? ¿Estás preparada para eso?

—¿Se está alguna vez preparado para algo así?

A Julia le vienen a la mente las fotografías que vio en la carpeta de su padre del caso de Aurora Ríos. Eran imágenes impactantes, en las que su compañera de clase aparecía tumbada en el suelo, cubierta de sangre, desde diferentes ángulos. Aunque han pasado varios meses desde aquel momento, lo recuerda como si lo acabara de vivir.

El joven abre la puerta y pasa en primer lugar. Enciende la luz del recibidor y suspira mientras camina hasta un pasillo largo y bastante ancho.

—La de allí es mi habitación. —Iván señala el último cuarto de la derecha. Y se para delante de una puerta cerrada que está en la mitad del corredor, en la pared de la izquierda—. Es aquí.

A Julia la recorre un escalofrío de arriba abajo. Jamás habría sospechado que volvería a enfrentarse a una situación en la que una persona hubiera sido asesinada. En mayo murieron Aurora y Patri a manos de dos de sus profesores. ¿No fue eso suficiente castigo?! Solo han transcurrido algo más de siete meses de aquellos horribles sucesos.

—¿Estás bien? —le pregunta Iván. Precisamente es él quien parece encontrarse fatal: se le nota muy afectado, sus ojos están aún más irritados y le tiembla el pulso.

—Sí. No te preocupes.

—Bien. Vamos.

El joven abre la puerta sigilosamente y enciende la luz de la habitación. Julia enseguida ve el cuerpo de Hugo inclinado sobre un escritorio, con la cabeza apoyada en el teclado del ordenador portátil.

—Dios —susurra antes de llevarse las manos a la nuca. Pese a sentirse muy impresionada, se acerca al cadáver—. Pobre Hugo.

La chica aguanta las lágrimas e intenta controlar los nervios que la están devorando por dentro. Lo primero en lo que se fija detenidamente es en una enorme mancha de sangre que se extiende por la espalda, aunque no hay ningún objeto clavado en su cuerpo.

—Hay que llamar a la policía —dice Julia, que intenta reponerse del impacto sufrido.

—No. Todavía no.

—¿Por qué?

—Ahora te lo explicaré.

—No lo entiendo. Hay que avisar de que han asesinado a...

—¡Te he dicho que ahora te lo explicaré! No podemos llamar a la policía aún.

—Vale... ¿Estaba exactamente así cuando lo encontraste? —pregunta Julia. Se ha colocado a la derecha del cuerpo para observarlo desde ese ángulo.

—Sí. No lo he tocado. Solo le tomé el pulso para asegurarme de que... eso.

—¿Y la luz estaba apagada?

—No, estaba encendida. Y la puerta, semiabierta. Por eso entré. Me extrañó que estuviera despierto —le aclara Iván—. Al encontrarlo... muerto..., apagué la luz y cerré. Fue... un gesto instintivo.

Julia asiente con la cabeza y saca su móvil del bolsillo del abrigo. De izquierda a derecha hace fotografías de todo cuanto observa en torno al cadáver de Hugo. Iván la mira inquieto.

—¿Crees que hacerle fotos es buena idea?

—La mejor idea es llamar a la policía. Y no quieres hacerlo.

El joven resopla y protesta en voz baja. Coge de la mano a Julia y la saca de la habitación.

—¿Qué estás haciendo?

—Hablemos, por favor —dice Iván mientras conduce a la chica hasta su cuarto—. Tengo que aclararte algunas cosas.

Entran en la última habitación de la pared de la derecha y le pide que se siente sobre la cama. Ella le hace caso y él se acomoda a su lado. No tarda en soltar lo que pasa por su cabeza, y lo hace sin miramientos.

—Si avisas a la policía, pensarán que yo soy el principal sospechoso de haberlo asesinado.

—¿Por qué dices eso?

—Es obvio: Jorge y yo somos los únicos del piso que hemos estado aquí esta noche —le explica Iván, que no para de gesticular muy nervioso—. Jorge salió corriendo cuando le dije que había encontrado a Hugo muerto.

—¿Lo has llamado?

—Sí, pero se ha dejado el móvil en su cuarto.

—¿Y si ha sido él?

—¿Jorge? No pondría la mano en el fuego por nadie, pero es incapaz de hacerle daño a una mosca. Veo imposible que él matara a Hugo.

—¿Entonces? ¿Solo quedas tú?

—Sí. Y no.

—¿Sí y no? Explícate.

Iván se pone de pie y comienza a andar de un lado a otro de la habitación, cabeceando y moviendo mucho las manos al hablar.

—Cuando Hugo regresó a casa esta noche, era ya muy tarde. Algo más de las dos. Sí, eran las dos y tres minutos, para ser exactos. Me acuerdo porque miré el móvil. Pero no llegó solo. Alguien venía con él.

—¿Quién venía con él?

—No lo sé. Yo estaba en mi habitación cuando lo escuché llegar. Oí su voz y sus pasos y los de otra persona. Entraron en su cuarto, cerraron la puerta y pusieron música. Un tema de los años sesenta. A Hugo le encantaba la música de esa década.

—¿No escuchaste la voz de la otra persona?

—No. La música lo impedía. Me dormí enseguida. Estaba agotado.

—¿No sabes si era un chico o una chica?

—Ya te digo que no oí ninguna voz. Aunque estoy seguro de que en su habitación no entró solo. Escuché claramente los pasos de más de una persona.

—¿Hugo tenía pareja?

—Estaba más o menos con una chica.

—¿Podría ser ella la que vino con Hugo?

—Podría ser, claro.

Julia cruza las piernas y apoya la barbilla en la palma de la mano. Durante unos segundos se queda pensativa. Iván la contempla en silencio, aunque no ha terminado de contárselo todo.

—Hay algo más. El motivo por el que no quiero que avisemos todavía a la policía —dice el chico, que llama de esa forma la atención de Julia—. Tuve una fuerte discusión con él delante de todos nuestros compañeros de piso. Un enfrentamiento en el que nos amenazamos y casi llegamos a las manos. Antes de que la policía intervenga, necesito hablar con el resto de los chicos y que no cuenten nada de esa discusión. Si no..., seré el principal sospechoso del asesinato de mi amigo. Y con toda la razón del mundo.

CAPÍTULO 13

Martes, 2 de enero de 2018. Hace unas horas...

Todo ha ido mal. Fatal. ¿Qué esperaba? ¿Que Julia apareciera con una sonrisa, disculpara sus meteduras de pata y se hicieran amigos de nuevo? Recuperar lo que un día tuvieron solo era una fantasía.

Tampoco el método que ha usado para atraerla hasta allí ha sido el más adecuado. Pero no se le ocurrió otra cosa. Seguro que no habría aceptado quedar a charlar con él sin más. Fingir su desaparición, con la colaboración de Hugo, era lo único que podía llevar a Julia hasta su piso y, al menos, poder tener así la oportunidad de dialogar con ella.

Ahora todo ha terminado. No va a insistirle más. Tendrá que seguir adelante con el mal sabor de boca que le ha dejado aquel encuentro. Aunque ella lo ha perdonado, sabe que en el fondo solo lo ha dicho para que la dejara en paz y no la molestara más.

—Toc, toc. ¿Puedo pasar?

Iván observa a Hugo en la entrada de la habitación. Asiente con la cabeza y su compañero de piso se acerca para sentarse a su lado en la cama.

—Tienes mala cara. ¿Tan mal ha ido?

—Peor. Apenas hemos hablado. Pero me ha dejado claro que no quiere volver a verme.

—Bueno, por lo menos lo has intentado.

—He sido un estúpido al pensar que podíamos solucionarlo hablando —comenta Iván, que aprieta con fuerza la almohada—. Me equivoqué hace unos meses y me he vuelto a equivocar ahora. Soy un desastre.

Hugo le da una palmadita en la pierna y se pone otra vez de pie. Camina hacia la mesa, donde Iván tiene el ordenador, y se da la vuelta para contemplar de nuevo a su amigo.

—Quizá ha sido un error engañarla.

—Ha sido un gran error. Me he equivocado.

—Te lo advertí. —Hugo deja escapar una sonrisa.

—Ya lo sé, pero era la única forma de que viniera.

—Eso no lo sabremos jamás. Por cierto, es más guapa en persona que en las fotos que me enseñaste. ¿Sabes si está con alguien?

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio?

Hugo suelta una pequeña carcajada. Se aproxima otra vez a Iván y se inclina frente a él. Le agarra la cabeza con las dos manos y se miran directamente a los ojos.

—No, claro que no hablaba en serio.

—Pues no me ha hecho gracia la broma.

—Vamos, tío. Olvídate de ella —le sugiere Hugo mientras se dirige hacia la puerta del dormitorio—. ¿Cuándo me vas a pagar?

—Cuando pueda.

—Espero que sea pronto. Estoy fatal de dinero.

—Ese no es mi problema.

—Me debes pasta, así que es problema de los dos.

Antes de marcharse de la habitación, Hugo se despide de él alzando el dedo corazón de su mano derecha. Iván se queda solo en el cuarto, quejándose y lamentando lo mal que ha jugado sus cartas. No solo ha perdido a Julia para siempre, sino que tiene que compensar a su compañero de piso por ayudarle.

¿Está mal de dinero? ¿Cómo es posible? No lo entiende. De los cinco compañeros, es el que más gana. ¿En qué se lo fundirá?

En realidad, le importa muy poco. Bastante tiene él con sus propias preocupaciones. La principal ahora mismo es recuperar la autoestima e intentar olvidarse de una vez por todas de Julia y de lo que ella representa. No va a ser fácil. Cuando la ha visto, su corazón se ha disparado. Desde el anonimato, seguía sus cuentas en las redes sociales; en aquellos meses no la había perdido de vista. Siempre en la sombra, sin dar señales de vida. Sin embargo, tenerla delante, volver a mirarla a los ojos, estar tan cerca, ha sido completamente distinto.

Eso debe acabar. Esta noche tiene que ser la última en la que la figura de Julia Plaza esté presente en su mente. Necesita convencerse de ello.

Iván escucha las risas de sus compañeros de piso en el salón. Pasar tiempo con ellos quizá sea la mejor medicina para tratar de superar el trance. En los meses que lleva viviendo allí, es otra persona. Ha

recuperado parte de lo que había perdido en el pueblo. La otra parte está en proceso.

—¿Qué os hace tanta gracia? —pregunta Iván tras unirse al grupo.

—Estos, que son idiotas y no paran de meterse con mi abrigo. Dicen que me parezco a la mala de *101 dálmatas*.

—Yo no he dicho nada, Marilia. Así que a mí no me metas en el mismo saco.

—Tú eres el único que se libra, Jorge.

La novia de Duque sonrío al joven exculpado y le acaricia el brazo cariñosamente. Este se sonroja y le devuelve una tímida sonrisa a la chica.

Marilia y Fran Duque llevan saliendo exactamente diez meses. Todos la consideran la sexta componente del piso, ya que pasa mucho tiempo allí y se queda a dormir algunas noches con su novio.

Aquella muchacha de metro setenta y cinco, ojos azules y larga melena rubia ha hecho sus pinitos en la tele, en el cine y en el mundo de la moda. Sin embargo, finalmente se decantó por estudiar Veterinaria. Ya está en tercero.

—Pues que Jorge salga contigo a cenar hoy —bromea Duque—. Una pena, porque había reservado mesa en un restaurante que te iba a encantar.

—No fastidies. ¿Cuál?

—Es una sorpresa. No todos los días celebra uno diez meses de relación con alguien.

Marilia chasquea la lengua y mueve la cabeza negativamente, con una sonrisa de resignación dibujada en la cara. Se inclina sobre su novio y lo obsequia con un intenso beso en los labios.

—Marchaos a un hotel a daros el lote —protesta Rafa, que pone cara de asco.

—Lo haremos luego —dice Marilia, que le guiña un ojo a su chico. Por la expresión de Duque, lo ha pillado desprevenido—. ¡Esa era mi sorpresa por nuestros diez meses juntos! Aunque no sé si quieres pasar la noche con Cruella de Vil, cariño.

—¿La habitación tiene *jacuzzi*?

—Por supuesto.

—¿Sí? ¡Joder! Perdona por todo lo que he dicho sobre tu abrigo. ¡Es precioso! Casi tanto como tú.

Los halagos de Duque a Marilia son la antesala de otro beso en la boca. Esta vez es él quien toma la iniciativa.

—¿Qué vais a hacer vosotros esta noche? —Jorge prefiere ignorar a la pareja, que continúa besándose en el sofá del salón.

—Yo me voy ahora. He quedado con alguien para tomar algo — comenta Rafa, que se ha arreglado bastante para su cita—. Hay que aprovechar lo que queda de vacaciones de Navidad. El lunes vuelve la universidad.

Todos, excepto Iván, que cursa un módulo de Informática, estudian en la facultad. Hugo hace Ingeniería Informática, Rafa y Jorge estudian Telecomunicaciones y Duque está matriculado en INEF. Además, los cinco están trabajando en Único, una empresa de creación de contenidos digitales y *marketing online*.

—A mí no me apetece salir —indica Iván—. Así que me quedo en casa.

—¿Y tú, Hugo? ¿Vas a salir?

El chico al que se dirige Jorge parece no haber escuchado la pregunta, porque no responde. Está muy centrado en lo que escribe en su móvil. Iván lo observa con cierta desconfianza.

—Tío, ¿me oyes? —insiste Jorge, que por fin recibe la atención de Hugo.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que si vas a salir esta noche o te quedas aquí.

—Pues todavía no lo sé. Estoy hablando con la exnovia de Iván por WhatsApp a ver si quiere dar una vuelta. —Tras soltar aquella respuesta, todos se vuelven hacia él al unísono—. Es broma, chicos. No me miréis así.

—Estoy harto de esas bromas —dice Iván antes de lanzarse a por Hugo, que no hace ademán ni de levantarse del sillón—. ¡Eres un cabrón!

Jorge y Rafa se dan prisa para interponerse entre ambos. La tensión es tan palpable que se puede cortar con un cuchillo.

—¡Vamos, tío! ¡No pagues tus problemas conmigo! ¡Que solo es una broma!

—¡Métete las bromas donde te quepan! —grita Iván, al que sujeta Jorge para impedir que se acerque más al otro chico—. ¿Qué coño te pasa?

—¡No tienes sentido del humor!

—¡Muérete y pasa de mí, gilipollas!

—¡Cuando me pagues lo que me debes! ¡Estoy sin blanca por tu culpa!

—¿Por mi culpa? ¡Qué dices! ¡Estás loco!

Hugo sonríe con ironía y se levanta del sillón. No dice nada más. Al cabo de unos segundos, un portazo a lo lejos anuncia que se ha marchado del piso.

En el salón, todos se quedan en silencio. La calma después de la tempestad. Hasta que Marilia se pone de pie y habla.

—A mí tampoco me ha hecho gracia —comenta la joven—. Ha sido una gran estupidez por su parte. Una más. Como siga así, algún día lo pagará caro. Tiempo al tiempo.

CAPÍTULO 14

Miércoles, 3 de enero de 2018

Julia escucha atentamente lo que Iván le cuenta acerca de la fuerte discusión que ha mantenido con Hugo hace unas horas. Ahora entiende por qué quiere hablar con sus compañeros de piso antes de avisar a la policía: necesita elaborar con ellos un plan para no parecer el principal sospechoso del asesinato. Él estaba en el apartamento cuando mataron al chico y él fue quien protagonizó un enfrentamiento con la víctima poco antes de que la mataran.

—La policía creerá que yo soy el asesino de Hugo. Es lo más lógico y lo que parece más probable —concluye apesadumbrado.

La chica no responde ni hace ningún gesto para consolarlo. En realidad, no sabe muy bien cómo actuar. Sin duda, Iván ha comprado muchas papeletas para que la investigación policial se centre en él. Tuvo tanto el motivo como la oportunidad. Y, para colmo de males, cuando revisen su ficha encontrarán en su expediente lo que hizo hace unos meses en el Rubén Darío. Aquella metedura de pata no le implica en nada en este otro caso, pero seguro que pondrá en duda su credibilidad todavía más.

—Voy a enviar un mensaje al grupo de WhatsApp que tenemos los del piso para contarles a Rafa y a Duque lo que ha pasado. Es hora de informarlos.

—¿Todavía no lo saben?

—No. Después de que Jorge huyera de casa, a ti ha sido la única a la que he avisado.

—¿Y por qué a mí?

—No lo sé, Julia. No lo sé. Estaba bloqueado. No sabía qué hacer. Siento haberte metido en esto. Pero algo en mi interior me impulsó a llamarte. Y lo siento, aunque no me arrepiento.

Iván se levanta sin mirar a la chica y, con el móvil en la mano, sale de la habitación. Julia suspira y permanece sentada en la cama del cuarto del chico. Echa un vistazo a su alrededor y se fija en algunos detalles, como el póster de Alberto Contador, colocado en una de las paredes, o los cuarenta y tantos libros que puede contar en la única estantería que hay. También observa una pequeña bola del mundo sobre la mesa y unas mancuernas debajo del escritorio. Es el dormitorio típico de un estudiante universitario. Resopla y piensa en que está nada menos que en el cuarto del chico de quien estaba enamorada hasta hace unos meses, pero con un cadáver a escasos metros de distancia. ¿Cómo es posible que vuelva a estar metida en un caso de asesinato? Apenas conocía a Hugo, pero ha muerto, casualmente, horas después de saber de su existencia. ¿Tendrá algo que ver eso con el crimen? Esa extraña y remota conclusión le atraviesa la mente fulgurante como un rayo. Y la analiza a conciencia. ¿De qué forma ha podido influir su presencia en la muerte del chico? No encuentra ninguna respuesta satisfactoria. ¡Porque no la hay! Ha sido otra macabra casualidad. Ya está. Iván es el único nexo y no cree que este asesinara a su compañero de piso por una discusión tras una estúpida broma. No tiene ningún sentido.

Mientras espera a que el joven regrese a la habitación, Julia recibe dos mensajes de WhatsApp prácticamente seguidos. El primero es de su abuela preguntándole si va todo bien. Le responde que sí, que no se preocupe, y que volverá a casa dentro de un rato para desayunar con ella. El segundo mensaje no lo esperaba. Es de Vanesa:

«¡Hola! ¡Sí que te has despertado pronto hoy! ¡Qué madrugadora! ¿Necesitas una buena conversación antes de que amanezca?».

Está a punto de contestarle, pero recuerda lo que Ingrid le ha ordenado. Parecía que iba muy en serio y no desea más líos de momento. Además, las circunstancias no son las más apropiadas para mantener una conversación con su amiga. Dentro de unas horas, cuando las cosas se calmen, si es que eso ocurre, decidirá si le responde o no.

Como Iván está tardando mucho y no se siente demasiado cómoda allí sola sin hacer nada, opta por salir de la habitación para ir en su busca. Atraviesa el pasillo y, cuando pasa por delante del cuarto de Hugo, un fuerte e irresistible impulso la empuja a entrar. Otra vez la misma curiosidad que se despertó en ella hace unos meses y que había desaparecido en los últimos tiempos. Abre la puerta, que deja encajada, y

enciende la luz. Caminando despacio, se aproxima hasta el chico y revisa otra vez los detalles de la escena. Parece evidente que lo acuchillaron por detrás y que el peso del cuerpo hizo que su cabeza cayera sobre el teclado del ordenador. Presta atención a las heridas que tiene en la espalda. Juraría que por lo menos hay cuatro incisiones, aunque no lo puede asegurar, ya que la sangre es abundante. Eso significa que hubo ensañamiento o quizá el asesino quiso asegurarse de hacer bien su trabajo. ¿Con qué lo habrán matado? ¿Un cuchillo? ¿Una daga? ¿Un punzón de picar hielo? No tiene ni idea, pero el arma del crimen se la han llevado. ¿Seguirá en el piso? Es poco probable.

Julia no se atreve a tocar nada para no dejar sus huellas en ninguna parte, aunque está tentada de pulsar el botón de encendido del ordenador. Hay una lucecita roja parpadeando que indica que no está completamente apagado, solo con el monitor en reposo. ¿Qué estaría haciendo aquel chico, de madrugada, sentado frente a su portátil? ¿A qué hora moriría?

Demasiadas preguntas pendientes que seguro que la Policía Nacional y la Científica resolverían a las primeras de cambio.

A la joven, entonces, se le ocurre otra cosa. ¿Y el móvil? No lo ve. Recuerda los casos de Aurora y de Patricia; en ambos, los teléfonos desaparecieron del escenario del crimen. ¿Ha sucedido lo mismo esta vez? Julia se acerca a la cama de Hugo, que está deshecha. Bingo. A la primera. Allí está el móvil, que sobresale bajo la almohada. No lo coge, ni tampoco lo toca. Sabe que esa va a ser una prueba fundamental para la investigación. El contenido del teléfono de Hugo tal vez revele alguna información importante. Un contenido que inevitablemente la implicará, ya que hay llamadas y mensajes de WhatsApp entre ambos.

¿Y si se lo lleva?

De repente, la puerta de la habitación se abre. La chica espera a Iván. Sin embargo, no es él. Julia contempla a un tipo grandullón con el pelo rizado, cortado por los hombros, y vestido de una manera muy peculiar. Él también parece sorprendido.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta el muchacho, que desvía rápidamente la mirada hacia el cuerpo de Hugo—. Joder... Joder.

Y, sin decir nada más, el chico se marcha del cuarto apresuradamente. Julia reacciona deprisa y va tras él. Lo sigue hasta el salón, donde encuentra sentado en el sofá a Iván, que habla por teléfono.

—Ahora nos vemos —dice el chico a su interlocutor en cuanto aparecen su compañero de piso y la chica—. ¿Ya os habéis conocido? —les

pregunta nada más colgar.

Julia y el joven del pelo rizado se miran y ninguno asiente. Iván se pone de pie y los presenta.

—Este es Jorge, uno de los chicos con los que vivo. Esta es...

—Julia. Ya lo sé. Me has enseñado muchas fotos de ella.

Los ojos de la joven se abren de par en par y después lanza una mirada acusatoria a Iván. Por lo visto, todos en ese piso la conocen muy bien. Se dispone a protestar, pero es Jorge quien continúa hablando.

—¿Has llamado a la policía?

—No, todavía no. Estoy esperando a que vengan Rafa y Duque. Entre todos decidiremos qué hacer.

—¿Y qué vamos a hacer, tío? ¿Hay otra opción que no sea llamar a la poli?

—No lo sé, Jorge. Primero quiero hablar con todos —dice Iván. Julia sigue viéndolo muy nervioso—. ¿Por qué saliste corriendo?

—¡Porque pensé que te lo habías cargado tú y que ibas a ir a por mí!

—¿Yo? ¿Pensabas que yo lo había asesinado?

—¡Claro, tío! ¡Solo estábamos tú y yo en el piso! Y si no fui yo...

—¡Yo no lo hice! —exclama alterado Iván.

—¡Pues yo tampoco! —asegura Jorge, más alterado aún—. Y entonces, ¿quién ha asesinado a Hugo?

Julia escucha la conversación entre los dos chicos sin intervenir, mientras piensa en varias posibilidades. No cuenta con demasiada información para dar un veredicto. Los dos parecen sinceros, aunque ya no se fía de nadie. Si ellos no han hecho nada, ¿quién lo hizo? A lo mejor la respuesta está en la persona que acompañó a Hugo. La que entró con él en su habitación.

—Oye, Jorge, ¿tú escuchaste que Hugo llegara con alguien cuando regresó por la noche? —interrumpe Julia la charla entre los dos chicos, que empezaban a repetirse.

—No. No escuché nada.

—Cuando duerme, podría estallar una bomba atómica a su lado y no se despertaría —aclara Iván—. Yo estoy seguro de que Hugo no volvió solo a casa y de que entró en su habitación con alguien.

—¿Sí? Ni idea, tío. No oí nada de nada. Me desperté cuando me llamaste para avisarme de lo que había pasado. Me costó un poco reaccionar y distinguir que aquello no era un sueño. Cuando me di cuenta de que era real, me puse las deportivas y salí pitando del piso. Por suerte,

este pijama parece un chándal y no he dado mucho el cante en la calle. Eso sí, he pasado un frío tremendo.

—No te llevaste ni el móvil.

—No. Con las prisas se me olvidó en el cuarto —explica Jorge, que se rasca el intento de barba que se está dejando—. He vuelto cuando he pensado que no tenía mucho sentido que quisieras matarme si no lo habías hecho mientras dormía. Aunque no las tenía todas conmigo.

—¿En serio?

—Sí, tío. En serio. ¡Han asesinado a Hugo en nuestro piso! —exclama Jorge, que se está mareando y, por ello, se ve obligado a sentarse en el sofá—. ¿Cómo voy a pensar con claridad? ¡Está muerto ahí al lado! ¡En su habitación! ¡Han asesinado a Hugo en nuestra propia casa, delante de nuestras narices! ¡Es una locura!

Tanto Iván como Julia le dicen a Jorge que deje de gritar o despertará a los vecinos. El joven del cabello rizado ha perdido el control por completo y cabecea adelante y atrás muy nervioso.

—Voy a traerte un vaso de agua —dice Iván antes de salir corriendo hacia la cocina.

Julia se sienta al lado de Jorge para pedirle que se calme y decirle que necesita estar tranquilo para afrontar la situación. El joven la escucha con atención, aunque sigue sin conseguir que remita su ataque de pánico.

—Bueno, imagino que ya lo sabrás, pero yo he vivido algo similar a lo que estás viviendo tú ahora —le comenta la chica, que usa un tono dulce y pausado para dirigirse a él—. De hecho, creo que todavía lo estoy superando. Pero tienes que relajarte, Jorge. Que esto no pueda contigo.

—Está muerto. En su habitación. ¿Cómo no va a poder conmigo? ¿Cómo lo asimilo?

—No puedes asimilarlo. Todavía no, por lo menos.

Iván aparece con un vaso de agua y se lo da a su compañero de piso. Este se lo bebe entero de dos tragos.

—¿Hay cámaras en el edificio? —le pregunta Julia a Iván.

—Me parece que solo hay una en la entrada. Pero no funciona desde hace años. Aunque está recién pintado, este bloque de pisos es bastante antiguo —responde el joven, y se fija en su amigo—. ¿Quieres que te traiga otro vaso de agua?

Jorge niega con la cabeza y se echa hacia atrás en el sofá. Estira las piernas, que apoya en la mesita ubicada en el centro del salón. Sigue algo mareado, aunque poco a poco va sintiéndose mejor.

—Si funcionara esa cámara, habría grabado a quien vino con Hugo — asegura la chica—. Es una lástima que no funcione. En esa grabación tendríamos al posible asesino. O asesina.

—No habría sido tan sencillo. El ascensor se puede coger desde el garaje y subir desde ahí directamente hasta nuestra planta. Si Hugo salió y regresó en su coche, seguro que la cámara no lo habría grabado. No hay ninguna en el garaje.

—¿Tenía coche? Yo lo conocí en el metro.

Iván duda un instante antes de responder. Mira a Jorge, que tiene los ojos cerrados y está resoplando, intentando regular su respiración.

—Tenía coche. Un Opel Astra rojo que debe de estar aparcado ahora en el garaje del edificio. Pero en ocasiones usaba el transporte público para desplazarse por la ciudad. Le resultaba más cómodo.

—Tío, dile la verdad —susurra Jorge—. No le mientas. Ahora qué más da. Es justo que lo sepa.

—¿Que sepa qué? ¿Qué verdad? —pregunta confusa Julia mientras clava sus ojos en Iván, que se remueve incómodo en el sillón.

—Eres un bocazas.

—Debe saberlo. Cuéntaselo ya.

La mirada de Julia fulmina a Iván, que no sabe dónde meterse. Insulta de nuevo a su amigo en voz baja y se echa hacia delante. Junta las manos y se pone serio. Tiene algo importante que revelarles a aquella joven y lo hace sin rodeos:

—Hugo te hackeó el móvil. El encuentro en el metro no fue casual. Sabía que venías. Los dos lo sabíamos.

CAPÍTULO 15

Domingo, 17 de noviembre de 2013

La noche anterior fue muy lluviosa, pero el sol brilla a esa hora de la mañana. Su abuela ha dejado de llorar desde el cielo y seguro que ahora está presenciando su propio entierro, tumbada cómodamente sobre alguna nube. Hugo la siente muy cerca, pero ¡cuánto la echará de menos! Debe resignarse y asumir que se ha marchado para siempre.

Magda era su último pariente vivo. La persona con la que lo ha compartido todo después de que sus padres fallecieran en un accidente de tráfico hace más de quince años. Él solo tenía nueve meses.

Su vida nunca ha sido fácil. Jamás ha tenido la sensación de ser feliz ni de disfrutar plenamente de nada. Y eso que su abuela no andaba escasa de fortuna precisamente. Ahora él lo heredará todo. Aunque, como bien indica el dicho, el dinero no da la felicidad. Al menos, la cantidad que recibirá en los próximos días le servirá para sobrevivir durante unos cuantos años sin problemas. Terminará el instituto y se irá a la ciudad a estudiar una carrera. Los pasos lógicos que daría cualquier chaval de su edad. Aunque él no es el típico adolescente de dieciséis años.

Al funeral acude bastante gente, ya que Magda era una mujer muy popular en toda la provincia. A la mayoría solo los conoce de vista, o ni siquiera eso. Es la primera vez que Hugo coincide con muchas de esas personas. Algunos se acercan a darle el pésame y a recordarle lo buena que era su abuela. Y es cierto, ella era una mujer excepcional. Agradable, bondadosa y muy querida. Él, en cambio, ni siquiera se considera buena persona.

La ceremonia no es excesivamente larga y el chico lo agradece. Se queda el último en el cementerio y, antes de regresar a casa, se sienta en un banquito que encuentra en uno de los caminos del camposanto.

—Abuela, voy a intentar ser mejor de lo que he sido hasta ahora, pero no te prometo nada —dice en voz baja, mirando hacia el cielo—. No sé si ahí arriba te enterarás de a lo que me dedico cuando estoy solo en mi habitación. Espero que me perdones. Y si a tu lado está Dios, o quien sea que controle el acceso de las buenas personas al paraíso, dile que me perdone también. No quiero estar solo en el infierno.

Hugo entonces derrama las primeras lágrimas desde que se enteró de que su abuela había fallecido en la cama de un hospital, como consecuencia de un fatídico derrame cerebral. Se seca las lágrimas con la manga de la chaqueta del traje que se ha comprado para esa ocasión y piensa en lo mal que lo han tratado la vida y la muerte en aquellos dieciséis años.

Mientras reflexiona, sentado en aquel banquito del cementerio, observa como se aproximan dos personas. Son dos hombres impecablemente vestidos con trajes negros, camisas blancas y corbatas oscuras. Uno es más o menos de la edad que tenía su abuela y el otro tendrá alrededor de treinta y cinco o cuarenta años. Le suena haberlos visto en el entierro, pero está casi convencido de que no son de por allí.

Cuando llegan a su altura, se detienen. El mayor se sienta a su lado. Se trata de un señor de cabello blanco, desgarrado y de más de uno ochenta de altura. Tiene la piel bronceada y los ojos claros.

—Hola, Hugo. Siento lo de tu abuela —le dice con voz ronca y hueca mientras le golpea suavemente el brazo—. Hacía mucho que no te veía.

—Muchas gracias, señor. —El chico trata de buscar rápidamente entre sus recuerdos aquel rostro agrietado por los años, pero sin éxito—. Perdome, no sé quién es usted.

—Normal. Eras un niño de cuatro o cinco años la última vez que os vine a visitar. Me llamo Dionisio Bautista y este es mi hijo Javier.

El hombre más joven saluda a Hugo alzando la mano. Se parece bastante a su padre. También tiene los ojos claros y la tez oscura. Su cabello es negro y ya presenta ciertas entradas en las sienes. No se sienta en el banquito junto a ellos, opta por quedarse de pie.

—¿De qué conocía a mi abuela?

—Yo era muy amigo de Magda y de Germán, tu abuelo. Aunque últimamente solo hablábamos por teléfono, porque he vivido muchos años fuera del país.

Aquel hombre le cuenta que conoció a sus abuelos en un crucero por el Nilo, hace más de treinta años. Viajaba con su mujer, Lola, que

también falleció no hace demasiado tiempo. A partir de esas vacaciones, intercambiaron teléfonos y se hicieron amigos.

—Lo pasábamos muy bien los cuatro juntos —le explica Dionisio, que sonríe con nostalgia—. Hicimos varios viajes por el mundo y salimos bastantes veces a cenar. A tu abuela y a mi mujer les encantaba bailar.

—No lo sabía.

—Pues bailaban como los ángeles. Germán y yo no estábamos a su altura. Se movían con una agilidad y un sentido del ritmo fuera de lo normal. Magdalena era una gran mujer. —Dionisio se emociona al recordar a la recién fallecida. Espera unos segundos para recuperarse y continúa—: Pero no solo hemos venido a darte el pésame y a despedirnos de tu abuela. Queríamos hablar contigo de otro asunto.

Aquel cambio de rumbo en la conversación sorprende a Hugo y, al mismo tiempo, despierta en él una enorme curiosidad.

—¿De qué asunto?

—Te lo explicará Javier —responde el hombre—. ¿Por qué no os vais a dar un paseo y charláis? Este cementerio es una auténtica obra de arte. A mí me duelen las rodillas, la edad no perdona. Os espero aquí.

Hugo acepta la propuesta de Dionisio. Se levanta del banco y se une al otro hombre. Los dos comienzan a caminar bajo un cielo que vuelve a amenazar lluvia.

—Perdona las batallitas de mi padre. A sus setenta y un años, recuerda más lo que hizo hace tres o cuatro décadas que lo que cenó anoche.

—No te preocupes. Me ha parecido una persona muy interesante.

—Eso es porque no vives con él —bromea Javier, que suelta una carcajada y se mete las manos en los bolsillos—. Yo solo vi a tu abuela un par de veces, hace mucho tiempo. Creo que tú todavía no habías nacido. Tienes dieciséis años, ¿verdad?

—Sí, los cumplí en septiembre. El día diecisiete.

—Yo también —dice Javier, que no parece sorprendido por aquella tremenda coincidencia—. Pero de 1976.

—¿Nacimos el mismo día? ¿En serio?

El hombre saca del bolsillo interior de la chaqueta una cartera de piel marrón, la abre y le muestra al joven su documento nacional de identidad. Hugo lo observa asombrado. No le ha mentado. Javier nació el diecisiete de septiembre de 1976.

—Si te soy sincero, ya sabía el día que habías nacido.

—¿Lo sabías? ¿Cómo?

Javier se guarda de nuevo la cartera con su DNI y vuelve a ocultar sus manos en los bolsillos del pantalón. Hugo lo observa expectante mientras caminan juntos. Da la impresión de ser un tipo tranquilo, de los que no se alteran por nada.

—El cómo ahora da lo mismo. Sé muchas cosas sobre ti.

—¿Qué cosas?

—Prácticamente todo. —Javier suena contundente en su afirmación—. Tus notas en el instituto, los seguidores que tienes en las redes sociales o tus gustos musicales. Por cierto, a mí también me encanta la música de los años sesenta.

Hugo se detiene petrificado. Con la boca abierta, pero sin decir ni una palabra. ¿Cómo es posible que sepa tanto sobre él? Precisamente, si de algo se ha preocupado durante los últimos años, ha sido de cuidar todo lo referente a su privacidad.

—¿Me has hackeado el ordenador? —logra preguntar al fin.

El hombre saca las manos de los bolsillos del pantalón. En la derecha lleva una tarjeta que entrega a Hugo. Este lee su contenido, aunque no comprende absolutamente nada de lo que está ocurriendo.

—Sabemos que eres el mejor. No hay nadie con tu edad que ni siquiera se te acerque. Pero puedes mejorar mucho —le asegura Javier—. Queremos que dejes de ir por libre y trabajes con nosotros. Te aseguro que no te arrepentirás.

CAPÍTULO 16

Miércoles, 3 de enero de 2018

Iván le repite a Julia que Hugo le hackeó el móvil. Todavía incrédula, y también enfadada, ella niega con la cabeza. Los dos sabían en todo momento sus movimientos y que ayer por la tarde iría a la casa de su abuela, que vive cerca de ellos.

—¿Cómo me lo hackeó? —pregunta pese a continuar en estado de *shock*.

—No te lo puedo decir. Solo Hugo sabía hacer ese tipo de operaciones.

—Esto es increíble.

—Lo siento, Julia. No debí pedírselo. Estaba tan desesperado por hablar contigo que no encontré otra solución.

—Has hecho muchas cosas mal desde que te conozco, Iván. Pero esto ya...

Los tres escuchan como se abre la puerta del piso en ese instante. Enseguida entran en el salón un chico muy alto con la cabeza rapada y una joven rubia y muy esbelta que parece una modelo escandinava.

—¿Dónde está Hugo? —pregunta Duque. Pese a que se le nota muy alterado, repara en la presencia de Julia y se abre de brazos frente a sus compañeros—. ¿Qué hace ella aquí?

—La he llamado yo —responde Iván.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Duque está en total desacuerdo. Lo refleja la expresión de su cara. Pero opta por guardar silencio, dar media vuelta y salir del salón.

—Yo soy Marilia, la novia de Fran, el tío alto y rapado con malas pulgas. Encantada —se presenta la joven rubia, que se acerca a Julia para

darle dos besos. Luego se quita el abrigo y se sienta en el sofá—. Bonita manera de terminar la celebración de nuestros diez meses. ¿Y Rafa?

—No ha venido todavía —contesta Iván—. Acabo de hablar con él por teléfono. Estará a punto de llegar.

—Cuando su tío se entere de esto, os va a echar a todos de aquí.

—Eso es lo que menos me preocupa ahora.

Iván se pone de pie y va en busca de Duque. Jorge hace un esfuerzo por levantarse y sigue a su compañero de piso.

—¿Tú has visto a Hugo? —le pregunta Marilia a Julia cuando se quedan solas en el salón—. Me refiero a... muerto.

—Sí... Lo he visto.

—¿Cómo lo han asesinado?

—Pues... creo que... le han clavado algo en la espalda.

—Joder. Qué horror. Asesinado en tu propia casa —comenta Marilia mientras se quita los tacones—. ¿Hay algún sospechoso?

Julia observa desconcertada a aquella joven. No está muy segura de si la muerte de Hugo la ha afectado o no. Parece excesivamente tranquila. Aunque, por otra parte, algo en su forma de hablar le sugiere que está inquieta: pese a que trata de disimularlo, le tiembla un poco la voz.

—No lo sé. Todavía no han llamado a la policía.

—¿Tú has investigado?

—¿Yo?

—Iván nos lo ha contado todo —le confiesa la joven. Tiene un zapato en la mano—: que fuiste capaz de resolver dos asesinatos en tu pueblo.

—Bueno..., ayudé a la policía, pero no...

—No seas modesta, cariño. Si eres una *genia* de la criminología, se dice y ya está —la alaba Marilia antes de soltar un gran resoplido—. Qué ganas tenía de quitarme estos zapatos. No sé cómo podía desfilarse en la pasarela con estas agujas. Ahora me las pongo un rato y luego no siento los pies. Pero un día es un día, ¿verdad?

—Imagino que sí.

—Ayer hicimos diez meses Fran y yo. Él me regaló una cena en un restaurante de los buenos; y yo, una noche romántica en un hotel de aquí cerca. Con *jacuzzi* incluido. Estaba a punto de darme un baño cuando sonó el maldito WhatsApp. Menos mal que ya habíamos echado el polvo conmemorativo.

Marilia le cuenta más cosas de las que Julia quisiera y debiera saber acerca de su «noche romántica» en un hotel a menos de quinientos metros de allí. Son dos o tres minutos repletos de surrealismo y detalles

morbosos. La joven deja de hablar por fin cuando la puerta del 8F vuelve a abrirse.

El que aparece esta vez en el salón es un chico muy bien vestido y que parece recién salido de una peluquería. Es un tío guapo y se nota que sabe que lo es. Camina muy recto y hace sonar sus zapatos italianos a cada paso que da. Primero se fija en Marilia, a la que ignora, y después sus ojos se clavan en Julia. Le hace un repaso de arriba abajo y sonrío de una manera algo forzada.

—Hola. Eres Julia, ¿verdad? Iván me ha dicho por teléfono que habías venido. Me llamo Rafa.

El chico se inclina sobre ella y le da dos besos en las mejillas. Una vez que se ha presentado, se vuelve hacia la otra joven y cambia el tono de voz. Ahora suena mucho más brusco.

—¿Dónde están todos?

—En el cuarto de Hugo.

—Joder. La que nos espera.

Y después de colocar cuidadosamente su abrigo en el respaldo de un sillón del salón, Rafa toma el mismo camino que sus tres compañeros de piso. De nuevo las dos chicas se quedan solas. Sin embargo, en esta ocasión es Julia quien toma la palabra.

—Oye, Marilia, ¿a qué se dedicaba Hugo?

—¿No te lo han contado?

—No. No me han dicho nada.

La joven se agacha y se toca los talones de los pies antes de responder. Se queja y después vuelve a mirar a Julia.

—A ver... Hugo estudiaba en la universidad. Ingeniería Informática. Tercer curso —dice Marilia en voz baja—. Pero no solo hacía eso.

—¿No? ¿Qué más hacía?

—Trabajaba para una empresa. Todos lo hacen.

—¿Todos trabajan para la misma empresa?

—Sí. Una que está relacionada con los ordenadores y con Internet. Fran no me habla mucho de ello. Solo sé que él, Jorge, Hugo y Rafa se conocieron en ese trabajo y que se pasan un montón de horas delante de la pantalla.

—¿Y en qué consiste ese trabajo?

—Está relacionado con la informática. Imagino que diseñan páginas web, matan virus y ese tipo de cosas.

—¿Iván también trabaja con ellos?

—Desde octubre —asegura Marilia—. Cuando entró a vivir en el piso, rápidamente se hizo muy amigo de todos los chicos, sobre todo de Hugo. Me parece que fue él quien le propuso entrar en la empresa.

No sabía que Iván trabajaba. Recuerda que le contó en aquel privado de Instagram, que le envió en septiembre, que iba a empezar un módulo de Informática. Pero desconocía por completo lo que Marilia le ha explicado. En realidad, a pesar de llevar en aquel piso un buen rato, apenas ha hablado con él. Lo que le resulta más raro es que los cinco trabajen para la misma empresa y que Hugo fuese el que le ofreció el empleo.

—Yo estudio Veterinaria —continúa la chica—. Tú aún estás en el instituto, ¿no?

—Sí, acabo este año.

—Aprovecha. Luego todo es más complicado.

¿Más complicado? Julia no cree que nada de lo que surja durante el resto de su vida sea más complicado que lo que ha vivido a lo largo de los últimos meses. La madurez no va con los años, sino con las circunstancias que te envía la vida. Y ella tiene hecho un máster en un montón de circunstancias que la han llevado al límite.

—Necesito una copa. ¿Te apetece beber algo? —pregunta Marilia justo antes de incorporarse.

Julia niega con la cabeza y se limita a contemplar cómo se marcha del salón la chica. A pesar de ir descalza, anda de forma elegante y mueve las caderas de una manera que da vértigo. Es muy diferente a ella, pero le ha caído bien. No debe de ser fácil estar tanto tiempo en el mismo lugar que cinco tíos y, sin embargo, a Marilia se la ve segura. Maneja la situación y va a su bola.

La reunión entre los cuatro compañeros de piso se alarga bastante. Julia no desea molestarlos y permanece sentada en el salón esperando a que Iván aparezca y la ponga al día. Marilia, por su parte, va y viene de la cocina, llenando y vaciando un vaso de tubo con ron y Coca-Cola. Su nueva amiga repite la operación hasta en tres ocasiones. En ese periodo de tiempo sigue contándole cosas acerca de su novio, Fran Duque, su pasión por los animales y cómo es tener una pandilla en la que todos son tíos. En un momento de la conversación, se echa a llorar al recordar a Hugo y lo que le ha sucedido. Julia la consuela, hasta que la muchacha se queda dormida en su regazo.

—¿Habéis intimado tanto como para que te utilice de almohada? —le pregunta Iván, que, con pasos sigilosos, acaba de entrar en el salón.

—Nos hemos hecho las mejores amigas —suelta Julia con cierta ironía—. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis tomado alguna decisión?

—Sí. Lo tenemos bastante claro ahora. O eso parece.

El chico se sienta en uno de los sillones y respira hondo antes de hablar. Julia aguarda ansiosa a que Iván se explique.

—Vamos a llamar a la policía. Tenemos que informar del asesinato de Hugo.

—Me parece muy razonable. No había otro camino posible.

—Llamaré Rafa, ya que su tío es el dueño del piso.

—Lógico también.

—Y ninguno mencionará la discusión que tuvimos Hugo y yo anoche. —Iván deja escapar un suspiro—. Además, los cuatro seremos una piña. Ninguno hablará mal a la policía de los otros cuando nos interroguen. Estamos seguros de que todos vamos a ser sospechosos, pero también estamos convencidos de que ninguno mató a Hugo. Así que intentaremos que la investigación se centre en la persona que vino con él. Jorge dirá que también la escuchó.

—Pero no lo oyó. Mentirá a la policía.

—Sí, mentirá. Todos tendremos que mentir en algún momento dado —reconoce Iván con el semblante muy serio—. No nos quedará otro remedio. Hay demasiadas cosas que la policía no puede ni debe saber. La muerte de Hugo nos ha metido a todos en un buen lío.

—¿Qué lío?

—Prefiero no contarte nada. No quiero implicarte.

—¿Implicarme en qué, Iván? ¿Qué está ocurriendo?

Pero el joven no responde. Rafa, Duque y Jorge aparecen de nuevo en el salón. Los tres observan a Julia, que se siente algo intimidada y presionada por ellos.

—Es mejor que te vayas —le dice Duque, que avanza hasta donde ella está sentada, con Marilia acostada a su lado.

Fran le da unos suaves golpecitos a su novia en el hombro para que se despierte. Esta abre los ojos y murmura algo ininteligible.

—Y, por favor, no le cuentes a nadie nada de esto hasta que lo arreglemos nosotros —añade Rafa—. Necesitamos controlar la situación. Por eso es muy importante que no reveles que has estado aquí. Todavía no, ¿de acuerdo?

Julia mira a Iván, que asiente con la cabeza. La joven accede, aunque sabe que tarde o temprano también la interrogarán a ella. Su número aparece en el móvil de Hugo, en las llamadas efectuadas y en las perdidas,

junto a varios mensajes de WhatsApp. Pero prefiere no discutir con ellos en este momento. Se levanta del sofá y sale del salón. El clima en aquel lugar se ha vuelto gélido y la tensión se masca en cada rincón.

—Te llamaré en cuanto pueda. Te lo prometo —le asegura Iván, que la acompaña hasta la salida.

—Aún no se me ha olvidado que me hackeasteis el móvil.

—Lo siento. Todo se nos ha ido de las manos. No sé qué nos va a pasar.

—No debes tener miedo de la policía. Ellos solo harán su trabajo y averiguarán quién ha matado a Hugo.

—Hay muchas circunstancias que desconoces, Julia —insiste Iván mientras abre la puerta del piso. Al percatarse de que alguien los ha seguido, ambos se vuelven. Rafa los contempla desde el pasillo, a pocos metros de distancia, con las manos metidas en los bolsillos—. Ya hablaremos y perdóname... por todo.

Y, después de aquella última disculpa, la chica abandona el 8F del edificio en el que minutos más tarde irrumpirán varios departamentos de la Policía Nacional. Una llamada telefónica ha alertado del asesinato del joven Hugo Velero. Un asesinato repleto de dudas e incertidumbres.

CAPÍTULO 17

Miércoles, 3 de enero de 2018

El dolor en la pierna derecha despierta a Emilio. Ya no solo le molesta el tobillo, que es donde se produjo el esguince: los pinchazos también los siente en la rodilla. Se incorpora en la cama como buenamente puede y resopla al comprobar en el móvil que apenas son las ocho de la mañana. Está harto de la escayola y de no poder moverse con destreza. Su paciencia se ha agotado. Aunque mañana por fin será libre. Solo tiene que soportar un día más con el yeso.

No ha sido una buena noche. Consiguió dormirse de nuevo tras el paso de la tormenta y después de tranquilizar a su perro. En sus sueños ha aparecido Kerstin. Curiosamente, le hablaba en castellano. La chica sueca le repetía una y otra vez que no quería seguir con él. Que su relación había finalizado y que lo mejor para los dos era que no volviera a Estocolmo.

No cesa de darle vueltas a ese asunto. ¿Debe regresar a Suecia? Si no lo hace, perderá un año de clases y sus padres tirarán a la basura un montón de dinero que han invertido en ese curso. Estudiar fuera, sin ningún tipo de beca, no es precisamente barato. Además, tendría que vivir otra vez en el pueblo, en casa, algo que no entra en sus planes y para lo que no se siente preparado.

Pero si vuelve a Estocolmo, tendrá que compartir aula con su exnovia y con los amigos de ella, que, seguramente, ya habrán tomado partido por Kerstin. Posiblemente, pasará solo el resto del curso y se encontrará perdido en aquel país tan frío.

Su situación actual no puede resultar más incómoda e inestable. Lleva dos semanas escayolado por culpa de un loco que hizo estallar una bomba casera en el metro del aeropuerto, acaba de romper con su primera y única pareja y no tiene ni idea de dónde va a pasar los

próximos meses. Por si fuera poco, cree que su mejor amiga, la chica de la que ha estado enamorado tanto tiempo, no confía en él como lo hacía antes.

Necesita desahogarse. Agarra la almohada y la aprieta contra su rostro, mordiéndola. Grita. Suelta lo que tiene dentro, aunque su voz casi no se oye. Es un grito ahogado, de desesperación, que repite hasta que queda exhausto.

Emilio se tumba en la cama, jadeante. Piensa ahora en Aurora y en lo que tuvo que sufrir en aquellos años en los que nadie le hacía caso. Ni siquiera él, otro incomprendido, fue capaz de preguntarle si podía hacer algo por ella. Ayudarla de alguna manera. No, ni siquiera él le echó una mano.

Tal vez los que la ignoraron están siendo castigados y la chica invisible se está riendo de todos desde su tumba.

El sonido del móvil sobresalta a Emilio. El corazón le acaba de dar un vuelco. ¿Quién será tan pronto? Examina el teléfono y descubre que el mensaje de WhatsApp es de Ana Rincón.

«¿Estás despierto? ¿Te apetece desayunar conmigo? Conozco una cafetería en el pueblo de al lado del tuyo en el que ponen unos churros con chocolate impresionantes. Te recojo en mi coche y te llevo. ¿Te animas? Dicen que no va a llover más».

A Emilio le sorprende la proposición de aquella mujer. ¿Por qué muestra tanto interés en él? Es muy extraño, aunque anoche la charla por Skype fue muy entretenida. A lo mejor simplemente le da pena y se comporta así hasta que su conciencia quede en paz. Le fastidiaría que fuera ese el motivo de su amabilidad. Sin embargo, el plan del desayuno juntos le parece atractivo. Y saldría de su habitación después de varios días encerrado allí. Contesta enseguida:

«Me encanta el chocolate con churros. Te espero a las nueve. Aunque tendrás que tener paciencia conmigo. Soy muy torpe con las muletas».

El siguiente WhatsApp de Ana Rincón es un «OK» acompañado de unos cuantos emoticonos sonrientes que guiñan el ojo.

Emilio se pone, no sin gran dificultad, un pantalón ancho de chándal y una sudadera y sale de la habitación a trompicones, apoyado en las muletas. En la cocina encuentra a sus padres. Los dos interrumpen la conversación que mantenían para centrarse en su hijo.

—No sabía que estabas despierto. ¿Quieres desayunar? —le pregunta su madre, que acude hasta él para ayudarlo a sentarse—. Podrías haber avisado y te habríamos llevado la bandeja a tu cuarto.

—Me voy a desayunar fuera.

—¿Fuera? ¿Adónde? —interviene ahora su padre, sorprendido.

—Me ha escrito un WhatsApp Ana Rincón. Quiere invitarme a desayunar.

—¿Ana Rincón? ¿Por qué quiere invitarte?

—No lo sé, mamá. Le habré caído bien —responde Emilio, algo molesto por el tono que ha usado la mujer—. Se sentirá todavía culpable por lo que hizo su marido y querrá compensarme.

Almudena mira a Antonio, que se encoge de hombros y a continuación da un sorbo a una taza blanca.

—Por mí no hay ningún problema. Así sales de casa y te da un poco el aire —comenta el hombre tras soltar el café sobre la mesa.

—¿Es buena idea que vaya?

—No entiendo por qué no va a serlo, cariño. Tú misma le recomendaste que hablase con Ana, que le podría servir de terapia. Y ella te cayó bien cuando estuvo en casa ayer.

La mujer asiente con la cabeza y no dice nada más. Se sirve un poco más de café en su taza y se sienta en la mesa, al lado de su marido.

—¿A qué hora viene?

—A las nueve. Me va a llevar a desayunar chocolate con churros.

—¿Me puedo apuntar? —bromea Antonio.

—No, papá. No puedes.

Emilio responde a su padre con una sonrisa. Este chasquea la lengua y bebe otra vez de su taza. A pesar de que no desea vivir otra vez en el pueblo, la relación con él y con su madre ha cambiado mucho en los últimos meses. Para bien. Hace nada, ni siquiera podían dirigirse la palabra sin gritarse o faltarse al respeto. El verano le sentó genial a la familia; y la mudanza del chico a Suecia, todavía mejor. ¿Qué pensarían sus padres de un posible regreso a casa? ¿Lo entenderían? De momento, ni siquiera están informados de que Kerstin y él ya no son pareja.

El timbre suena puntual, a las nueve en punto. Ana Rincón saluda amablemente a Almudena y Antonio, a quienes informa de sus planes. Irán en coche a una cafetería que le encanta y que está en el pueblo de al lado. Después de desayunar lo traerá de vuelta o quizá lo lleve al periódico en el que trabaja para que lo vea, si no está muy cansado. Emilio no dice nada hasta que salen a la calle.

—Hace más frío del que imaginaba. Parece que estemos a cero grados.

—Estamos exactamente a tres grados. Deberías haberte puesto un abrigo. Aunque el coche lo tengo aparcado a un par de minutos de aquí. Lo he dejado lo más cerca que he podido. ¿Vas bien?

—Sí, no te preocupes.

—Igual no te apetece ir a la redacción en la que trabajo. Lo he pensado mientras venía. Tengo unos días libres, pero creí que te haría ilusión ver nuestro pequeño periódico.

—Me gusta la idea. De verdad. Será divertido.

La mujer le sonríe e insiste en preguntarle si puede desplazarse bien. El joven le repite que sí. En realidad, le cuesta moverse ágilmente con las muletas, aunque no va a reconocerlo. Una vez llegan al coche, Ana le pide que se siente detrás para que vaya más cómodo y pueda estirar la pierna escayolada. Emilio se niega al principio, pero acaba aceptando ante la insistencia de la mujer.

El viaje no es muy largo. Siete kilómetros. Lo pasan charlando sobre varios asuntos: el tiempo; lo mal que han dormido los dos esa noche; los ladridos de Cásper, amedrentado por la tormenta...

—Yo también tenía un perro. Se llamaba Veleta. Era un pastor alemán precioso —comenta Ana—. Pero, cuando murió, me di cuenta de que es como perder a un familiar. Y decidí que no volvería a tener mascota. A pesar de que mi... de que Marcos quería un perro. Por suerte, no adoptamos ninguno. El pobre animal no lo habría pasado bien con nosotros.

—¿Discutíais mucho?

—Sí. Bueno, sobre todo últimamente. Aunque hacía tiempo que casi ni nos dirigíamos la palabra —dice Ana con tristeza.

Emilio observa desde la parte de atrás del coche como la mujer se frota los ojos y aprieta los labios. Debió de ser muy duro convivir con aquel hombre.

—¿Por qué no lo dejasteis y que cada uno siguiera por su lado? —se atreve a preguntar.

—Lo pensé muchas veces, pero no tenía el suficiente dinero como para irme a vivir a otro lugar. Aun así, debería haberlo hecho. Tendría que haberme separado de Marcos hace algunos meses —reconoce Ana, que se detiene en un semáforo en rojo. El único que se han encontrado desde que han entrado en aquel pueblo—. Es en esta calle. Voy a intentar

dejar el coche lo más cerca posible de la cafetería para que no tengas que andar mucho.

Tienen suerte. A cincuenta metros del establecimiento al que van, localizan un sitio libre en el que la mujer aparca. Con algunas dificultades, y la ayuda de Ana, Emilio sale del vehículo.

—Espero que el esfuerzo que estás haciendo merezca la pena y te gusten los churros y el chocolate de aquí —dice la mujer, sonriente, mientras se dirigen a la cafetería—. Para mí son los mejores de toda esta zona.

—Seguro que me encantarán.

Y, aunque no sea así, el esfuerzo ya está mereciendo la pena. Emilio se siente muy a gusto con Ana. Es como si la conociera de toda la vida. Ni siquiera la gran diferencia de edad que hay entre ambos supone un inconveniente. ¿Qué pensará ella exactamente de él? ¿Cómo lo verá?

Entran en la cafetería y se sientan en la mesa más próxima a la puerta. La mujer ayuda al chico a ocupar una silla y a apoyar la pierna enyesada en otra. Ana también se encarga de colocar las muletas de forma que no molesten a nadie. Un camarero enseguida los atiende y la pareja pide el desayuno del que tanto han hablado durante esa mañana: dos raciones de churros con chocolate. Emilio recuerda la última vez que los comió. Fue con Julia, en El Mirador, uno de los restaurantes de la plaza principal de su pueblo. Acababan de morir Aurora y Aria y todavía no se habían resuelto sus crímenes. Han pasado más de siete meses y, aunque no tiene la sensación de que haya transcurrido tanto tiempo, las cosas han cambiado mucho. Sobre todo con su mejor amiga. Y él tampoco es el mismo.

—¿Qué tal con Kerstin? ¿Cuánto hace que estáis juntos? —le pregunta Ana a Emilio. Lo ha notado distraído.

Al joven le cambia el semblante al oír la pregunta de su nueva amiga. Primero mira hacia otro lado; después junta las manos y clava sus ojos en los de ella. Nota como le tiemblan un poco los dedos.

—Lo hemos dejado —responde apesadumbrado Emilio—. En realidad, ella me ha dejado a mí. Ayer. Después de que vinieras.

—Joder. Lo siento mucho. No debí preguntarte. He sido muy inoportuna.

—No pasa nada. No lo sabías.

—Joder, de verdad me sabe muy mal. Y yo aquí, contándote mis penas. ¿Quieres hablar sobre ello?

El chico va a decirle que no, que prefiere que se centren únicamente en ellos y en aquel fantástico desayuno que están a punto de devorar, que no desea perder el tiempo hablando de su exnovia y de las innumerables dudas que le invaden desde que Kerstin rompió la relación..., pero, cuando se dispone a contestarle, escucha algo que llama totalmente su atención. La cafetería tiene puesta la radio y, en ese instante, hay un boletín informativo. Emi oye un nombre y le pide a Ana que guarde silencio un instante.

«... Así es, compañero. Según fuentes policiales, lo han encontrado sobre las siete de la mañana. Ha sido trasladado a la UCI del Hospital General con pronóstico muy grave. Al parecer, ha intentado suicidarse en su celda. No hay más información de momento sobre el estado de Jonathan Vila, el asesino de Aurora Ríos...».

CAPÍTULO 18

Miércoles, 3 de enero de 2018

No le ha contado nada a su abuela sobre la muerte de Hugo Velero, tal como le han pedido Iván y sus compañeros de piso. Así que debe esforzarse para disimular su nerviosismo frente a ella. Se siente intranquila: espera que en cualquier instante suene su móvil y alguien de la policía le pregunte por la relación que tenía con la víctima, el intercambio de mensajes de WhatsApp y los motivos por los que acudió al edificio del fallecido durante la noche en que lo asesinaron.

Su vida ha vuelto a complicarse.

La chica intenta concentrarse en la tostada con mantequilla que sostiene en la mano. Teme alzar la mirada porque nota los vivarachos ojos de Pilar sobre ella, pero al final le resulta imposible evitarlo. Y entonces constata lo que ya sabía: que su abuela la observa fijamente, muy seria, como si estuviera intentando leer sus pensamientos.

—Abuela, ¿por qué me miras así?

—No sé de qué me hablas. Te miro como siempre.

—Ya. Seguro.

Julia da un mordisco al pan crujiente y desvía la vista hacia la televisión. Están emitiendo un documental sobre el pingüino rey en las islas subantárticas. A su abuela le encantan ese tipo de programas. Dice que, como no pudo ir demasiados años a la escuela, le ha tocado aprender las cosas de otra manera. Y esa es una de ellas. Sin embargo, la anciana presta más atención a su nieta que a la pantalla.

—Así que tu amigo está mejor del ataque de ansiedad —comenta Pilar. Da la impresión de que mastica cada palabra cuando habla.

—Sí. Mucho mejor. Solo ha sido un susto. Demasiada presión.

La chica ha tenido que continuar con la mentira que inventó antes para no revelarle a su abuela lo que está sucediendo en realidad. Ya

llegará la hora en que tendrá que contarle la verdad. Está convencida de que la noticia no tardará en salir en los medios de comunicación y se extenderá por todas partes como la pólvora.

—Me alegro. La salud mental es muy importante. La gente no se da cuenta de eso. Para estar bien, la cabeza debe funcionar correctamente. Muchos problemas físicos empiezan por la mente. ¿No crees?

—Sí, imagino que sí.

—Tu mente ha sufrido mucho, ¿verdad?

—¿La mía? Un poco.

—Tienes que empezar a hacer cosas que te liberen.

—No voy a tomar más tranquilizantes mezclados con tus infusiones, si es a lo que te refieres. —Julia se termina la tostada y se sacude las miguitas de las manos sobre el mantel.

La anciana sonríe traviesa. Da un sorbo a su taza de té mientras niega con la cabeza. A su nieta también se le escapa una sonrisa.

—Date una buena ducha de agua caliente. Te irá fenomenal. Yo voy a recoger todo esto y después te llevaré a un sitio.

—¿Adónde?

—Es una pequeña sorpresa. Pero te gustará. Ya lo verás.

La chica está a punto de negarse a ir a ninguna parte. Se ha despertado muy pronto y está muy cansada. Además, ha tenido que soportar una gran tensión durante las últimas horas. Sin embargo, cree que quizá le venga bien distraerse un rato. Si se queda allí metida, va a estar pendiente del móvil todo el tiempo y las preguntas no van a dejar de removerse incómodas en su cabeza.

La ducha la reconforta a pesar de que no puede dejar de pensar en Iván y en el resto de los chicos que ha conocido. Le resulta imposible sacar conclusiones definitivas sobre cualquiera de ellos. ¿Será alguno el asesino de Hugo? Solo de pensarlo, le entran escalofríos. Cierra los ojos bajo el chorro caliente del agua y recrea en su mente la escena del crimen. Le sorprende recordarla con tanta nitidez. Hacía bastantes días que su memoria no era tan precisa. Siente como si estuviera en aquella habitación en ese mismo instante. Lo ve muy claro. El cuerpo del joven inclinado sobre el escritorio, con la cabeza apoyada en el teclado del ordenador y las cuatro incisiones provocadas por un objeto punzante marcadas en su espalda ensangrentada.

Cuatro puñaladas.

Abre los ojos de golpe. Una idea macabra le viene de repente. Pero es algo que no puede ser. ¡Una locura! No, definitivamente eso no puede ser.

Aun así, mientras termina de ducharse, se seca y se viste, no puede apartar de la cabeza lo que se le ha ocurrido.

¿Es posible que...?

Pese a que la sangre dificultaba la visibilidad de las heridas en la espalda de Hugo..., sí, está casi segura de que fueron cuatro puñaladas las que recibió.

—¡Julia! ¿Te queda mucho? —pregunta su abuela al otro lado de la puerta de su habitación, interrumpiendo sus cábalas.

—¡No! ¡Ya casi estoy!

La chica se da prisa en terminar de vestirse. Coge el abrigo y sale del cuarto. Pilar la espera en el pasillo. La anciana se ha puesto un sombrero morado de lana y lleva un paraguas negro en la mano.

—Han anunciado que no va a llover más, pero por si acaso. El tiempo en esta ciudad es tan cambiante como las novias de tu tío Federico.

—¡Abuela! ¡Por favor! ¡No digas esas cosas!

Pilar sonríe maliciosa, torciendo un poco el labio, y sale del piso, satisfecha de su ocurrencia. Julia va tras ella, también con media sonrisa en la boca. Aquella señora de setenta y siete años es una auténtica caja de sorpresas.

—¿Me vas a decir ya adónde vamos?

—Al metro.

—¿Tenemos que coger el metro? —pregunta la chica mientras se pone el abrigo.

—Sí, son solo tres paradas. —Pilar echa un vistazo al cielo para analizar las nubes que planean sobre su cabeza y asegurarse de que las predicciones meteorológicas que ha visto en la televisión son correctas—. Podríamos ir andando, pero mis piernas ya no dan para tanto. Me he hecho mayor, querida. Mmm. No estoy tan segura de que no vaya a llover.

Las dos entran en la estación y se encuentran con que el tren que deben tomar llega casualmente en ese momento. Suben y se acomodan en los dos únicos asientos que están libres.

—Doblemente afortunadas —susurra Pilar al oído de Julia.

—La verdad es que sí. Hemos tenido suerte.

—También la vida nos regala en ocasiones estos pequeños golpes de fortuna. No todo va a ser malo, ¿verdad? Aunque les damos más importancia a las fatalidades. El ser humano es negativo por naturaleza.

La joven asiente sin hacer demasiado caso a lo que dice su abuela. Saca su móvil del bolsillo del abrigo, pero se lo vuelve a guardar

rápidamente, sin ni siquiera revisarlo. Si la noticia del asesinato de Hugo no ha salido ya en los medios digitales, faltará poco. Y no está en el mejor lugar para leer lo que insinuará la prensa, ni las conjeturas que hará la gente en las redes sociales.

—¿Va todo bien? —pregunta Pilar, que se ha dado cuenta del gesto de su nieta con el teléfono.

—Sí. Aunque estoy muy intrigada por saber a qué sitio me llevas.

—Eres muy buena.

—¿Que soy muy buena?

—Cambiano de tema. Disimulando. Haciendo ver que no pasa nada. Aunque conmigo eso no te vale de mucho. Soy igual de lista que tú, pero mucho más vieja. Y eso me da ventaja, querida.

Julia trata de no ruborizarse, pero enseguida siente como le arden las mejillas. Su abuela le sonrío de esa manera tan característica suya, invitándola a soltar todo lo que se está guardando desde hace unas horas. La chica no sabe qué decir ni cómo actuar. Pero la fortuna vuelve a estar de su parte esa mañana. El móvil suena y la salva de aquel compromiso momentáneamente. Es su padre.

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Desconcertado.

—¿Desconcertado? ¿Y eso?

—No te has enterado, por lo que veo.

—¿De qué?

—Jonathan Vila ha intentado suicidarse en la cárcel.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Miguel Ángel le explica a su hija lo que sabe del suceso. Un celador dio el aviso a primera hora de la mañana. Por lo visto, el profesor de Filosofía ha intentado quitarse la vida ayudándose de una soga hecha con su propia ropa.

—Ahora mismo está en la UCI, muy grave.

La chica experimenta una sensación extraña. El asesino de Aurora ha tratado de suicidarse, aunque no ha completado su propósito. ¿Se alegraría si muriese? El corazón le late muy deprisa y los recuerdos del juicio le vienen a la mente, uno tras otro, a una velocidad supersónica.

—¿Va a morir...? ¿Papá? ¿Papá, estás ahí? ¿Hola?

La llamada se corta. Julia observa la pantalla y comprueba que el móvil se ha quedado sin cobertura. Después mira a su abuela y le revela lo que su padre acaba de contarle.

—Jonathan Vila ha intentado ahorcarse en su celda.

—Ya lo sé —admite la mujer con una tranquilidad pasmosa.

—¿Lo sabes?

—Claro. Lo he visto en las noticias mientras te vestías.

—¿Y por qué no me has dicho nada? —pregunta la joven. No entiende el comportamiento de su abuela.

—Porque sabía que te alterarías y te haría recordar todo lo que has pasado en estos últimos meses.

—Me iba a enterar de todas formas.

—Por supuesto. Pero cabía la posibilidad de que fuera más tarde y no me estropeará los planes de la mañana. Bueno, ya está, querida. Ya lo sabes. ¿Cómo te sientes?

—Creo que me va a explotar la cabeza.

—Mmm. Esto es justo lo que pretendía evitar. ¿Quieres un tranquilizante? Es de fabricación natural. Llevo una cajita en el bolso.

—No, abuela. No quiero tranquilizantes.

—Bien. Pero debes relajarte —dice la anciana en voz baja—. Es muy importante que aprendas a controlar la mente. Que elijas en lo que quieres pensar.

—Eso no es fácil.

—Claro que no lo es. Pero tampoco es imposible —dice convencida Pilar—. Dame el móvil.

—¿Para qué?

—No lo vas a necesitar. Hazme caso y dámelo.

La joven duda, pero termina entregándole el teléfono a su abuela, que lo apaga y se lo guarda en el bolso.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Estaré incomunicada! —protesta Julia—. ¿Y si me llaman mis padres?

—Si es algo urgente, seguro que acaban llamándome a mí. No te preocupes. De todas maneras, cuando llegemos a donde vamos, les mandaré un WhatsApp.

—Pero...

—La mañana será solo para nosotras. Ninguna interrupción más. Cuando acabemos, te lo entregaré de nuevo. Sobrevivirás.

En ese momento, el tren frena y se detiene en la parada a la que se dirigen. La anciana es la primera en bajar del vagón. Julia la contempla: aunque le haya dicho que no está bien de las piernas, camina con agilidad y bastante deprisa. Parece en plena forma.

—¿Todavía no vas a decirme adónde vamos?

—Ya falta poco, querida. Ten paciencia —le pide la mujer a su nieta—. Y hasta que lleguemos, intenta liberar tu mente. Piensa en algo que no te haga daño. Libérate. Porque dentro de un rato vas a necesitar que tu privilegiada cabecita funcione mejor que nunca. Te lo aseguro.

CAPÍTULO 19

Miércoles, 3 de enero de 2018

Primero llegó una patrulla de la Policía Local, la más cercana a la calle desde la que se hizo el aviso. Aunque enseguida se personaron en el edificio miembros de la Brigada de Homicidios, varios componentes de la Policía Científica, la forense y la jueza de instrucción a la que han asignado el caso. Iván ha perdido la cuenta del número de personas que ahora mismo se encuentran en el piso. Él y sus tres compañeros están sentados en el salón. Les han pedido que se queden allí y no vayan a ninguna parte hasta que se lo comuniquen.

—Estoy muy nervioso —comenta Jorge, que ha recogido su cabello rizado en una especie de moño coleta muy llamativo—. Vamos a ir todos a la cárcel.

—Nadie va a ir a la cárcel —le corrige Rafa—. Ninguno de nosotros ha hecho nada. ¿Estamos de acuerdo? Todos somos inocentes.

Mira a Duque y luego a Iván. Los dos asienten con la cabeza. A pesar de que tratan de conservar la calma, la tensión se desborda por momentos.

Ven salir del piso a un policía nacional uniformado. Los cuatro le han oído decir a su superior que va a hablar con los vecinos para ver si alguno escuchó algo durante la noche que pudiera servirles.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí sentados? —interviene de nuevo Jorge. Al menos en apariencia, es el más tenso de todos—. Me gustaría salir a tomar el aire. Creo que me estoy asfixiando.

—Tranquilo. Imagino que pronto hablarán con nosotros —le responde Fran—. Nos interrogarán y después nos dejarán marchar.

—¿Y si piensan que uno de los cuatro ha matado a Hugo?

—Los cuatro somos inocentes, Jorge. Iván y tú estabais durmiendo. Y Rafa y yo estábamos fuera. El culpable es quien acompañó a Hugo a casa.

La persona a la que escuchasteis entrar con él y con la que estuvo en su cuarto. Estamos de acuerdo en eso.

—Sí, pero...

—Estamos de acuerdo —sentencia Rafa.

Ninguno dice nada en los siguientes minutos; salvo Jorge, que habla consigo mismo e incluso reza en voz baja. Iván lo mira fijamente y siente lástima por él. De los cuatro, sin duda, es el más débil y al que la policía podría sacar más información si se lo propusiera.

El silencio se desvanece cuando aparece en el salón un hombre alto y desgarrado, de hombros anchos, ojos claros y un gran bigote. Rondará los cincuenta años. Va vestido con una gabardina gris y un pantalón azul oscuro. Los cuatro chicos se ponen de pie y saludan al recién llegado, que se presenta estrechando la mano de cada uno.

—Soy el inspector jefe Claudio Delgado y me han asignado el caso del asesinato de Hugo Velero —dice con voz grave aquel hombre—. En primer lugar, siento la pérdida de su compañero de piso. Les acompaño en el sentimiento.

—Gracias, señor —responde Rafa, que es quien toma la palabra.

—Necesito hablar con los cuatro, pero declararán en la comisaría. No están retenidos ni detenidos, evidentemente. Es por puro formalismo y para hacer las cosas adecuadamente. Irán en uno de nuestros coches —les explica el inspector jefe antes de volverse hacia otro hombre que tampoco va uniformado y que acaba de entrar en el salón. Este saluda con un gesto de la mano a los chicos. Luego Delgado se centra en uno de los jóvenes para reclamar su atención—. Si no tiene inconveniente, con usted deseo conversar primero aquí. Serán solo unos minutos.

Claudio Delgado se está dirigiendo a Iván. La petición del inspector jefe acentúa la inquietud del chico, pero no pone ningún tipo de pega y toma asiento de nuevo en el sillón del que se acababa de levantar. El policía, por su parte, ocupa el más cercano a él. Los dos escuchan cómo Rafa, Jorge y Duque, acompañados por un agente uniformado, salen del piso, camino de la comisaría.

El hombre saca de un bolsillo interior de la gabardina un bolígrafo y una pequeña libreta. La abre aproximadamente por la mitad y anota algo. A continuación, mira al joven y espera cinco o seis segundos antes de hablar.

—Usted se llama... Iván Pardo González —dice con cierta parsimonia—. Dieciocho años. Y vive aquí ¿desde...?

—Finales de septiembre. Creo que me mudé el veinticinco. Sí, fue el lunes, veinticinco de septiembre, cuando me vine a este piso.

—¿Cómo se llevaba con Hugo Velero?

—Bien. Muy bien. No solo éramos compañeros de piso, sino buenos amigos.

—Fue usted el que lo encontró muerto, ¿verdad?

—Sí. Fui yo el que... lo encontré.

—¿Qué hora era exactamente?

—Las cinco y media de la madrugada. Más o menos. Cinco minutos arriba o abajo.

—¿Y por qué tardó tanto en llamarnos? —pregunta el inspector jefe, que repasa sus notas—. Según tengo aquí anotado, el aviso fue a las ocho y tres minutos de la mañana.

Iván se pasa la mano por la frente antes de responder. Sabía que le harían esa pregunta tarde o temprano. No le pilla desprevenido. Es una de las cuestiones sobre la que los cuatro compañeros de piso han debatido anteriormente.

—Porque quería que estuviéramos todos antes de hacer cualquier movimiento —responde Iván intentando transmitir seguridad con sus palabras—. Yo he sido el último en instalarme aquí. Y uno no se enfrenta a algo así todos los días. Cuando estuvimos los cuatro juntos, hablamos y después llamamos a la policía.

—¿Hablaron? ¿De qué?

—De lo que había sucedido y de lo que podría pasar, principalmente.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando?

—Un rato. No lo sé con exactitud. Desde que llegó Rafa, que estaba fuera de casa, hasta que él mismo llamó a la policía. El piso es de su tío.

Claudio Delgado se acaricia la barbilla y, a continuación, anota algo en la libreta. Iván no puede ver lo que el hombre escribe y empieza a taconear con el pie derecho, de nuevo nervioso. Los treinta segundos que el inspector jefe tarda en volver a hablar se le hacen interminables.

—Bien. ¿Conocía a algún familiar de Hugo Velero?

—No. Los padres de Hugo murieron en un accidente de tráfico cuando era un bebé. Y no tiene hermanos —comenta el joven—. Vivió con su abuela materna hasta hace unos años. Cuando esta falleció, se quedó completamente solo, hasta que se vino a la ciudad y empezó a compartir este piso con Rafa, Jorge y Fran Duque.

—¿Esa es la historia que él contaba de su vida?

—Eso es lo que me contó a mí. No sé si a otros les contó otra cosa, aunque me extrañaría.

Una nueva pausa. Delgado hace más anotaciones en la libreta ante la atenta mirada de Iván, que no aparta sus ojos de él.

—¿Sabe si Hugo tenía pareja?

—Medio salía con una chica desde hace unos meses. No sé si iban muy en serio.

—¿Cómo se llama?

—Rima.

—¿Rima? Nunca lo había oído.

—Ni yo. No sé si es su nombre verdadero o un seudónimo. Tampoco sé sus apellidos.

—No importa. La localizaremos enseguida y hablaremos con ella — dice el inspector jefe mientras apunta el nombre de la chica en una hoja y lo subraya—. ¿Sospecha de quién pudo asesinarlo? ¿De Rima? ¿De alguno de sus compañeros de piso?

Es el momento que Iván estaba esperando. Hace como que piensa la respuesta, devolviéndole la jugada a Delgado, y tras unos segundos contesta.

—Hugo salió de casa por la noche y, cuando regresó, volvió con alguien. Eran algo más de las dos. Tanto Jorge como yo lo escuchamos. Se metió con esa persona en su habitación y puso música.

—¿Esa persona era hombre o mujer?

—Eso no lo sé. Solo escuché hablar a Hugo. Pero estoy convencido de que alguien iba con él.

—¿Está completamente seguro?

—Totalmente. Y Jorge le dirá lo mismo. Los dos oímos los pasos de otra persona y cómo Hugo le hablaba antes de entrar en su habitación.

—¿Le habló a esa persona? ¿Qué le dijo?

—No pude oírlo con claridad.

—Pero le escuchó decirle algo a esa persona.

—Sí. Eso sí.

—¿En qué tono se lo dijo?

—Amable..., creo. No lo sé.

El inspector jefe Claudio Delgado vuelve a frotarse la barbilla, como si estuviera afilándola. Echa un vistazo a su libreta y reflexiona sobre algo. A Iván le encantaría estar dentro de su cabeza para averiguar qué es lo que está pensando.

—Repasemos los hechos completos —dice el hombre sin apartar los ojos de sus anotaciones—. Usted y su compañero Jorge estaban en casa, cada uno en su habitación. Pasadas las dos de la madrugada, Hugo llega al piso acompañado por otra persona, que no sabemos si es hombre o mujer. Usted y su compañero Jorge oyen a Hugo hablar y las pisadas de ese segundo individuo. Se meten en el cuarto del fallecido y ponen música. Por cierto, ¿recuerda qué canción sonaba?

—Una de los años sesenta.

—¿Una de los años sesenta? ¿Cuál?

—No lo sé.

—¿Y cómo sabe que era de los sesenta?

—Porque Hugo estaba enamorado de la música de esa época y era habitual que la escuchara. Tiene una lista inmensa en Spotify.

—Bien. Luego lo comprobaremos. Sigamos —dice Delgado antes de mojar con saliva el dedo índice de su mano derecha y pasar la página de la libreta—. Hugo y su acompañante se meten en la habitación, ponen una canción de los años sesenta y... ¿usted se duerme?

—Sí. Ya estaba dormido cuando ellos llegaron.

—¿Y se vuelve a despertar sobre qué hora?

—Sobre las cinco y media, como le he dicho antes.

—¿Es normal que se despierte de noche?

—Pues... a veces me pasa.

—¿Sufre de insomnio?

—No. Simplemente, me despierto alguna que otra vez. Voy al baño o bebo un vaso de agua y regreso a la cama.

—¿Fue lo que hizo anoche? ¿Fue al baño o a por un vaso de agua?

—Sí. Iba a la cocina a beber y me encontré la puerta del cuarto de Hugo medio abierta y la luz encendida. Me extrañó y entré.

—Y entonces lo vio muerto, sentado frente a su escritorio, con la cabeza sobre el teclado.

—Exactamente. Le tomé el pulso y comprobé que...

—Que estaba muerto.

—Eso es.

—¿Y qué hizo entonces?

—Avisar a Jorge.

—¿Y Jorge cómo actuó?

—Se marchó corriendo del piso.

—¿Por qué?

—Eso debe preguntárselo a él.

En ese instante, una mujer bajita y regordeta, que lleva gafas y el pelo recogido en un moño, entra en el salón. Se está quitando unos guantes blancos de plástico.

—He terminado aquí, Delgado. Se van a llevar el cuerpo. En un rato tendré el primer informe.

—Muy bien, Sira. Luego te llamo.

—Perfecto. La jueza Balbontín quiere hablar contigo. Está en la habitación del fallecido.

—Ahora mismo voy.

La mujer se despide de Claudio Delgado y se marcha del apartamento. El inspector jefe se pone de pie y se guarda la libreta y el bolígrafo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Es la forense del caso, Sira Gómez, una de las mejores de la ciudad. Es una suerte que nos la hayan asignado —le explica el hombre a Iván mientras camina hacia el pasillo—. Luego continuaremos en la comisaría. Le agradezco su colaboración.

—Gracias a usted.

—¡Ah! Casi se me olvida. Una última cosa —dice el inspector jefe Delgado desde el umbral de la puerta del salón—: ¿quién es la chica que vino a verle a usted a eso de las seis de la mañana?

CAPÍTULO 20

Miércoles, 3 de enero de 2018

Los adornos y los escaparates navideños invaden la calle por la que caminan Julia y su abuela. Para la chica está siendo una Navidad extraña, diferente a todas las anteriores. Si no fuera por la insistencia de sus padres en celebrar las cenas y comidas tradicionales, aquellos días habrían sido exactamente iguales a los de una semana cualquiera. Sí, se comió las uvas también, pero después no hubo nada más: ni se fue de fiesta ni a dar una vuelta con nadie. Entre otras cosas, porque sus dos mejores amigos, Vane y Emilio, ni siquiera podían salir de casa.

Una gota de agua le cae a Julia en la cabeza. Enseguida, otra en la nariz. Mira hacia arriba y después a su abuela, que sonríe.

—Ya me parecía a mí que esas nubes traían agua —dice Pilar mientras abre el paraguas e invita a su nieta a cobijarse junto a ella—. Tranquila, estamos cerca del lugar al que vamos.

—Ese sitio misterioso.

—No es para tanto.

La lluvia cae con algo más de fuerza cuando se detienen frente a un gran edificio de aspecto señorial. Pilar cierra el paraguas y le pide a la joven que entre. Las dos atraviesan un amplio vestíbulo con bonitas lámparas de araña en el techo y dos enormes alfombras rojas cubriendo el suelo de ladrillo.

—¿Qué es este lugar?

—Un antiguo palacete del siglo XVI. Ahora lo utilizan para eventos, convenciones y exposiciones.

—¿Hemos venido a una exposición?

—No exactamente, querida. —Su abuela le señala una puerta—. Creo que es por ahí. Ven.

Entran en una sala gigantesca repleta de mesas. La joven se queda con la boca abierta cuando descubre lo que hay sobre cada una de ellas.

—¿Por qué hay tantos tableros de ajedrez? ¿Es un torneo?

—Es una exhibición de partidas simultáneas.

—¿Partidas simultáneas?

—Sí. Una persona que juega muy bien se enfrenta con un montón de oponentes al mismo tiempo.

—Abuela, sé lo que son. —Le aclara Julia a Pilar—. Pero ¿por qué estamos aquí?

—Porque vas a jugar.

—¿Yo? ¿En serio?

—Sí, te he inscrito por Internet. Pensé que sería una buena oportunidad para que desconectaras de todo durante un rato y te centraras en algo que te gusta tanto como una buena partida de ajedrez.

A Julia la idea que ha tenido su abuela le parece tan loca como ilusionante. Aunque no sabe si tiene la cabeza ahora como para jugar al ajedrez. ¿Quién será la persona contra la que se tendrá que enfrentar? Rápidamente obtiene la respuesta. En la pared de enfrente puede ver un cartel que anuncia aquella «exhibición navideña a cargo de la gran maestra internacional Ana Matnadze».

—¿Qué? ¿Voy a jugar con Ana Matnadze?

—Sí. ¿Sabes quién es?

—¡Por supuesto que sé quién es! —exclama la chica, que se lleva las manos a la cabeza.

A pesar de que Ana Matnadze nació en Georgia, lleva varios años representando a España en las Olimpiadas y los campeonatos de Europa. Julia la sigue desde hace tiempo, aunque no imaginaba que algún día podría jugar contra ella. Y a pesar de que Magnus Carlsen es su ídolo indiscutible, siente gran admiración por aquella mujer que tan buenos resultados ha obtenido para el ajedrez español.

—No estoy preparada para esto.

—Claro que lo estás, querida. Solo tienes que jugar, pensar bien y divertirte. No te preocupes de nada más.

—Espero no hacer el ridículo.

—No lo harás.

—Yo no estoy tan segura. Me ganará rápidamente.

Pilar niega con la cabeza. Se aproxima a su nieta y, con sus experimentadas y rugosas manos, acaricia las mejillas sonrosadas de la joven.

—Ya vale, Julia. Debes empezar a recuperar la fe y la confianza en ti misma. Nada de lo que ha sucedido en el último año es tu culpa. ¿Entiendes? Es hora de volver a ver a la Julia de siempre. ¿De acuerdo?

—Estoy muy tensa.

—Pero no por esta partida. Estás tensa porque no paras de darles vueltas a las circunstancias que han rodeado tu vida desde mayo del año pasado. Y eso debe terminar, querida.

La mirada emocionada de su abuela contagia a Julia hasta el punto de humedecersele también a ella los ojos. Sabe que, aunque le responda que sí, que todo ha terminado, mentiría. Que el final está todavía muy lejos. Pero en algo sí tiene razón aquella mujer: debe recuperar la confianza en sí misma y volver a ser la Julia de antes.

—Lo haré lo mejor posible. Te lo prometo.



—Me sale que tiene el teléfono apagado o fuera de cobertura.

—A mí también. La he llamado tres veces y nada.

A pesar de que tanto Emilio como Vanesa han intentado ponerse en contacto con Julia, ninguno de los dos lo ha conseguido.

En cuanto se ha enterado de lo que le ha sucedido a Jonathan Vila, el joven ha salido de la cafetería en la que desayunaba con Ana Rincón para telefonar a su amiga. Quería saber si ella estaba al tanto. Al no localizar a Julia, ha llamado a Vane. También ella acaba de conocer el intento de suicidio del que fue su profesor de Filosofía.

—Es muy extraño —comenta algo preocupado el joven.

—Recuerda que está en la ciudad. Habrá ido a alguna parte en metro con su abuela y estará sin cobertura. Ya aparecerá.

—Puede que sea así. No sé cómo se habrá tomado la noticia.

—¿Cómo se la va a tomar? ¡Bien! Después de lo que le hizo a la pobre Aurora, si ese tipo se muere, todos saldremos ganando.

—Él nunca se declaró culpable del crimen.

—¡Emi! ¡Es el asesino de Aurora! ¡Todas las pruebas llevaban directamente a él! ¡El jurado no tuvo ninguna duda a la hora de condenarlo! ¡Jonathan lo hizo!

—Ya, si yo también lo pienso. Solo digo que...

—Hizo que todos en el pueblo pasáramos miedo y mató a nuestra compañera de clase. Si se ha querido suicidar, es su problema. Y si se

muere, también. No me da ninguna lástima. Al contrario.

El chico tampoco siente pena por aquel hombre. Sin embargo, el que no admitiera su culpabilidad durante el juicio le provocó cierta incertidumbre. Tal vez eso era justo lo que Jonathan Vila pretendía: sembrar la confusión en el jurado y en la gente que seguía de cerca el caso del Asesino de la Brújula.

—Te entiendo, Vane. Ojalá esto no abra más heridas.

—¿Lo dices por Julia?

—Sí. Está muy rara últimamente. Una noticia de este tipo puede resucitar fantasmas del pasado y hacer que las cosas empeoren.

—Es una tía fuerte y muy lista. Más temprano que tarde lo superará y volveremos a ver a la Julia de siempre —asegura Vanesa—. Oye, ¿estás fuera de casa? Me ha parecido oír el ruido de un coche.

—Sí... Bueno, he salido a... desayunar.

—¿Has salido tú solo? ¿Con la escayola y las muletas?

—No. Solo no —dice Emilio, que no sabe si contarle a Vanesa la verdad. Tras meditarlo unos segundos, decide revelar quién es su acompañante—. Ana Rincón me ha invitado a desayunar.

—¿Qué? ¿Estás con la viuda?

—Es una mujer agradable y muy simpática. Si la conocieras un poco más, pensarías lo mismo que yo.

—¡Venga ya, Emi! ¡Te está engañando! ¡Su marido puso una bomba en el metro! ¡Una bomba que fabricó en su propia casa!

—Fue en el trastero del edificio en el que vivían. No tenía ni idea de lo que pasaba. Ellos casi ni se hablaban.

—No me creo nada. ¡No te fíes de ella!

Al joven le fastidia que Vanesa hable así de Ana y que ponga en tela de juicio su inocencia. Aquella mujer no tuvo nada que ver con lo que hizo Marcos Frade. Cada vez está más seguro de ello.

—No me digas lo que debo hacer, por favor —se queja Emilio—. Si te enteras de algo sobre Julia, mándame un WhatsApp. Hasta luego, Vane.

—El tiempo me dará la razón. Adiós.

La llamada concluye y el chico regresa al interior de la cafetería. El plato de churros y las tazas con el chocolate se encuentran sobre la mesa.

—Lo siento. Estará todo frío —dice Emi en cuanto toma asiento.

—El chocolate está hirviendo todavía. No te preocupes.

La mujer coge un churro y lo moja en su taza. Da un buen mordisco y sonrío, divertida, con la comisura de los labios manchada. Al joven le

hace gracia. Y se enfada aún más cuando piensa en lo que Vanesa le ha dicho. ¿Cómo puede dudar de ella?

—¿Todo bien?

—Sí, aunque no he conseguido hablar con mi amiga Julia. Tiene el teléfono apagado.

—Vaya. Luego lo intentas de nuevo. Ahora desayuna tranquilo —dice Ana, que moja de nuevo el churro en su chocolate—. No había caído hasta ahora en que tú ibas al mismo instituto que la chica a la que mató el Asesino de la Brújula. ¿La conocías bien?

Emilio no responde inmediatamente. Introduce la cuchara en su taza y examina lo espesa que está su bebida. No esperaba que Ana le preguntara sobre ese asunto.

—Iba a mi clase —se limita a contestar.

—Vaya. Debió de ser muy duro para ti.

—Fue complicado para mí, para el instituto... Para todo el pueblo.

—Oye, ¿no me digas que Julia, la amiga a la que has llamado, es la misma Julia que colaboró con la policía en la resolución de los crímenes?

—¿Cómo sabes que se llama Julia? En la prensa solo salieron las iniciales de su nombre y sus apellidos.

—Soy periodista, Emi. Me entero de muchas cosas. ¿De verdad es esa Julia?

—Sí, es la misma —confirma el joven antes de dar el primer mordisco al churro que ha mojado en el chocolate.

—Qué presión para ella. ¿Cuántos años tiene? ¿Dieciséis?

—Diecisiete. Este año cumple los dieciocho.

—Muy joven, por muy madura que sea, para afrontar tanta responsabilidad. Y para colmo se ve afectada por la explosión que causó Marcos. Pobre chica... ¿Te gusta?

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Al chocolate con churros que te estás comiendo. Que si te gusta —le aclara Ana sonriente.

—¡Ah, sí! ¡Está muy rico! ¡Me encanta!

—¡Ya te dije que eran los mejores que yo he probado!

Emilio se ruboriza. Por un momento pensó que la mujer le estaba preguntando si le gustaba Julia. Esos sentimientos pertenecen por completo al pasado. Ahora mismo, ni siquiera están al nivel de confianza que antes de marcharse a Estocolmo. Y tras perder para siempre a Kerstin, no quiere que también le suceda lo mismo con ella.

De la sueca, por cierto, no ha vuelto a saber nada desde ayer, desde el momento en que ella dio por terminada la relación. ¿Debería llamarla o escribirle?

—¿En qué piensas? ¿Se puede decir? —le pregunta Ana tras unos segundos en silencio.

—En nada en concreto —responde distraído, con la mente puesta aún en Julia y en Kerstin.

—¿En la chica que fue tu novia? Estabas hablándome de ella antes de que salieras a llamar por teléfono.

—Bueno, sí. A veces me viene a la cabeza que lo hemos dejado. Es una mierda.

—El amor es lo más bonito del mundo, pero también puede ser lo más cruel. Bastan unos segundos para que todo lo que has sembrado con alguien se fastidie. Aunque, si esa persona no quiere estar contigo, es porque no es la adecuada para ese momento concreto de tu vida.

—Ya, pero duele.

—Y te seguirá doliendo un tiempo. Kerstin te dolerá hasta que lo proceses. ¿Cuánto durará? Eso ya solo dependerá de ti. Y, si quieres, yo estaré a tu lado para ayudarte en lo que necesites.

CAPÍTULO 21

Miércoles, 3 de enero de 2018

Los cuatro compañeros de piso se encuentran sentados en una salita de la comisaría a la que los han llevado. Iván ha sido el último en incorporarse al grupo; ha llegado hace pocos minutos. Les han informado de que el inspector jefe, Claudio Delgado, y el inspector Alejandro Cuevas hablarán con ellos, uno por uno, a lo largo de la mañana. Lo primero que han hecho ha sido someterse a una prueba voluntaria de huellas dactilares. Ninguno ha puesto objeción.

—Saben que Julia estuvo en casa —comenta Iván—. Según me ha contado el inspector, alguien nos vio en la calle cuando ella llegó.

—Es que no entiendo por qué la llamaste —se queja Rafa—. Espero que no nos cause demasiados problemas.

El joven no responde. Saca el móvil de su bolsillo y marca el número de Julia. Como todas las veces anteriores, el teléfono está apagado. ¿Dónde se habrá metido? Le gustaría hablar con ella antes de que lo haga la policía para advertirle que saben que estuvo con él en el piso.

—Estoy muerto de miedo —reconoce Jorge. Y la prueba es que ya no le quedan uñas que morderse.

—¿Otra vez con eso? Todo va a salir bien. Ninguno de nosotros ha hecho nada malo. Ya lo hemos repetido por activa y por pasiva —insiste Rafa, harto de las dudas de su compañero.

—Lo siento, tíos. No puedo evitarlo. Si no es por lo de Hugo, será por lo de...

Duque no permite que Jorge termine la frase. Le tapa la boca con su mano e impide que continúe hablando.

—Tío, ¿estás loco? Aquí no puedes decir nada sobre ese asunto —le advierte Rafa—. Somos inocentes de todo. ¿Entendido?

Jorge asiente con la cabeza. Su compañero de piso aparta la mano de su boca y, con cara de asco, se limpia la saliva en una de las perneras de su pantalón vaquero.

Un par de minutos después, aparece un policía uniformado y le pide a Jorge que lo acompañe.

—A ver qué le cuenta este al inspector —dice Rafa cruzándose de brazos una vez que el joven de pelo rizado ha abandonado la sala—. Tiene más peligro que una bomba de relojería.

—Sabe que no puede decir nada. Por cierto, ¿la poli se llevó el ordenador de Hugo? —pregunta Duque.

—Sí. El portátil y el móvil —responde Iván—. Vi cómo los sacaban de su habitación. ¿Nos preocupa?

—No. Para nada. Hugo era el mejor.

—No solo el mejor, también el más precavido —añade Rafa—. Estoy tranquilo.

Los tres permanecen en silencio durante un buen rato. De vez en cuando, Iván llama a Julia, pero el resultado siempre es el mismo. Su móvil sigue sin estar disponible. Al chico se le pasa por la cabeza que la joven haya querido desaparecer durante unos días. Aunque, por mucho que desee esfumarse, la policía pronto se pondrá en contacto con ella o con sus padres para tomarle declaración.

El que suena, en cambio, es el teléfono de Rafa. Iván, que está a su lado, puede atisbar el nombre de la persona que lo llama y se sorprende, aunque no dice nada.

—Ahora vuelvo. Tengo que contestar.

Rafa avisa al agente que se encuentra más cerca de la salita y le pide permiso para salir. Este lo autoriza y lo acompaña hasta la puerta de la comisaría.

—¿Desde cuándo son amigos Rafa y Rima? —pregunta Iván en cuanto se quedan solos él y Duque.

—¿Rima? ¿La que estaba liada con Hugo?

—¿Conoces a muchas Rimas?

—No sabía ni que eran amigos.

—Pues lo acaba de llamar.

—¿Seguro que era ella?

—Salía ese nombre en la pantalla de su móvil. Lo he visto claramente —asegura Iván—. Yo no tengo su número.

—Yo tampoco. Solo la he visto un par de veces.

—Es muy extraño que Rima haya llamado a Rafa y no nos haya dicho que era ella. Es como si no quisiera que supiéramos que lo estaba llamando.

—Es que a lo mejor se trata precisamente de eso. Por algún motivo, Rafa no quería que supiéramos que quien llamaba era ella.

—¿Por qué? No tiene sentido.

—Ni idea, tío —dice Duque encogiéndose de hombros—. ¿Estarán liados?

Iván no se pronuncia; prefiere no decir nada al respecto. Además, en ese mismo momento, la puerta de la salita se abre y aparece Jorge. Tiene el rostro desencajado y los ojos irritados. Le acompaña el propio Claudio Delgado, que está en mangas de camisa. El inspector jefe de la Brigada de Homicidios parece satisfecho, hasta que se da cuenta de que falta alguien en la habitación.

—¿Dónde está vuestro amigo?

—Ha salido a hablar por teléfono. Le ha dado permiso uno de sus compañeros —le explica Iván—. Volverá enseguida.

—Bien. El siguiente es usted, señor Francisco Javier Duque. ¿Me acompaña, por favor? —le dice Delgado al joven alto de la cabeza rapada. Después se dirige a Jorge—. Usted puede irse a casa. Gracias por todo.

—¿Me puedo quedar?

—Puede hacer lo que desee, señor Hurón. Si necesitamos algo más de usted, ya le avisaremos.

El hombre vuelve a girarse hacia Duque y le repite que lo acompañe. Fran se despide de sus compañeros y sigue al inspector jefe, que cierra la puerta al salir de la habitación.

Jorge se deja caer en uno de los sillones de la salita y se suelta el cabello rizado para, a continuación, recogerlo otra vez en una coleta. Iván arrastra una silla y se sienta a su lado.

—No tienes muy buena cara.

—No me extraña. Tengo mucho calor. La calefacción está al máximo.

—¿Cómo ha ido?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué te han preguntado?

—Muchas cosas.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo —responde Jorge, que saca un pañuelo de papel del bolsillo del pantalón para secarse el sudor—. Querían saber cómo me

llevaba con Hugo, cómo nos conocimos, por qué salí corriendo cuando me avisaste de que lo habías encontrado muerto...

—Entonces, todo normal. Preguntas sencillas de contestar.

—No todo ha sido tan fácil, Iván —se lamenta Jorge—. En casa hablamos, ¿vale?

El joven saca su móvil y comienza a teclear rápidamente. En ese instante, la puerta de la salita se abre nuevamente y aparece Rafa, que tampoco tiene buena cara. Todavía lleva su teléfono en la mano.

—¿Qué tal ha ido, Jorge?

—Luego te lo cuento.

—¿Y Duque? ¿Ya está declarando?

—Sí, se acaba de ir.

Los móviles de Rafa e Iván suenan al mismo tiempo. Jorge levanta el dedo índice tímidamente, en un gesto que sus dos compañeros entienden de inmediato. Ambos leen para sí el mensaje que su amigo ha dejado en el grupo que tienen juntos.

«Es mejor que no hablemos de nada importante en esta salita. No estoy seguro de que no nos estén espiando. Mientras estaba con ellos, ha entrado un tipo diciendo que se había estropeado el sonido del búnker y no se oía nada. Delgado se ha cabreado mucho y ha salido dos o tres minutos. No sé si esto es el búnker. Ya hablaremos tranquilamente en casa».

En ese mismo instante, en otro lugar de la ciudad, una joven temblorosa echa mano de su móvil y se dispone a teclear un número después de mucho pensarlo. Sus mejillas brillan como consecuencia de las lágrimas derramadas. Recuerda la primera vez que lo vio. Fue en junio del año pasado. Unos niños se estaban metiendo con ella por el color de su piel mientras leía *Cien años de soledad* sentada en un banquito de una plaza. «Negra de mierda» y «mona africana», le decían entre otros insultos. Hugo la defendió e incluso los amenazó con llamar a la policía si no la dejaban en paz. Ahora es ella la que está a punto de llamar a la policía. Las cosas han cambiado mucho desde aquel día. Y el joven del que se enamoró está muerto.

—Hola. ¿Es la comisaría? Me gustaría hablar con alguna de las personas que llevan el caso de Hugo Velero. Me llamo Rima Adebayor y hasta ayer era su novia.

CAPÍTULO 22

Miércoles, 3 de enero de 2018

Aquella inmensa sala se llena por completo en pocos minutos. Una mujer de la organización le pregunta el nombre a cada participante y comprueba en una lista que efectivamente se ha inscrito; a continuación, le asigna una mesa y lo invita a que se siente a la espera de que empiecen las simultáneas.

—¿Están las dos apuntadas? —le pregunta a Pilar cuando se acerca a ellas.

—No, querida. Solo la joven. Yo vengo simplemente de acompañante.

—Fenomenal. ¿Cómo te llamas?

—Julia Plaza.

La mujer echa un vistazo a la hoja en la que tiene anotados, por orden alfabético, los nombres de los inscritos en el torneo y subraya con un bolígrafo negro el que acaba de escuchar.

—Perfecto, Julia. Tu mesa es la número doce. Puedes sentarte cuando quieras. Mucha suerte.

—Gracias.

La mujer le sonrío y se aleja en busca de otro participante al que asignar su mesa de juego. Julia y su abuela se dirigen hacia la número doce.

—¿Estás nerviosa?

—Un poquito. Aunque me han entrado muchas ganas de jugar.

—¡Cuánto me alegro! Entonces, ¿ha sido una buena idea que vengamos?

—Creo que sí. Te lo confirmaré en cuanto acabe la partida.

La chica pasa por debajo de un cordón de seguridad para ocupar su mesa. Pilar se queda al otro lado, a un par de metros de distancia.

Es cierto lo que le ha dicho a su abuela: al ver las piezas colocadas sobre los numerosos tableros organizados por toda la sala, se le han despertado unas enormes ganas de jugar. El miedo a no dar la talla también va desapareciendo poco a poco. Intentará hacerlo bien, divertirse y ser lo más competitiva posible.

En quince minutos, todas las mesas están llenas. Julia cuenta hasta veintiocho. Le parece increíble que alguien pueda enfrentarse a tanta gente al mismo tiempo y, posiblemente, ganarlos a todos. Aunque se trate de una gran maestra internacional y una de las mejores jugadoras de ajedrez que hay en España, le impresiona que una persona tenga tanta capacidad de concentración.

El murmullo de la sala crece cuando aparece Ana Matnadze. Su aspecto es sobrio y aparenta tranquilidad en todos sus gestos. Lleva un vestido de flores que le llega por las rodillas, una rebeca negra y medias y zapatos del mismo tono. Un colorido pañuelo cubre su cuello. Los jugadores y sus acompañantes aplauden y ella saluda amablemente, con una sonrisa tímida. Sin más, se dirige a la mesa número uno, en la que está sentada una chica con rasgos asiáticos. Le da la mano, le desea suerte y mueve ficha: el peón del rey blanco a la casilla número cuatro. Ana repite el mismo movimiento en las primeras ocho mesas. A partir de la número nueve, cambia y el que adelanta es el peón de la reina a D4. Es lo que juega con Julia. La chica siente un cosquilleo interior al estrechar la mano de la ajedrecista georgiana y responde con un «gracias, igualmente» cuando esta le desea suerte. La observa marcharse hacia el siguiente tablero y después piensa durante varios segundos lo que va a hacer. Mueve el caballo del rey a F6. La partida ha comenzado.

Los primeros minutos se le hacen un poco largos pese a que es consciente de que son veintiocho tableros y Ana juega muy deprisa. Julia la espera impaciente, deseando comprobar cuál es el siguiente movimiento que aquella mujer ha calculado en su privilegiada mente.

De vez en cuando, la joven se vuelve hacia Pilar, que le sonrío y le hace el gesto de conformidad con los dedos pulgares. Debe reconocer que aquella ha sido una idea excelente. Ella fue quien le enseñó a jugar al ajedrez cuando apenas tenía cinco años. Sus padres la dejaban a su cuidado algunos fines de semana y abuela y nieta se pasaban horas y horas frente al tablero. Ya se veía por aquel entonces que aquella niña era muy especial. Pronto empezó a ponérselo difícil y a ver jugadas con bastante antelación. Leía las partidas con suma inteligencia y mejoraba a pasos agigantados. Hasta que llegó el día en que le ganó. Pilar le preparó

una riquísima tarta de manzana como premio a su primera victoria. Y aquel lance se ha convertido en una tradición que se reproduce el día uno de enero de cada año.

Sin embargo, Julia nunca se tomó el ajedrez como una obligación. Le gustaba, se divertía jugando y analizaba partidas en Internet de grandes maestros en torneos importantes. Así descubrió a Magnus Carlsen, y el flechazo fue inmediato. El noruego se convirtió en su ídolo y en un auténtico referente.

La primera hora de las simultáneas se cobra sus primeras víctimas. Varios jugadores ya han caído derrotados frente a Ana Matnadze. La partida con Julia, en cambio, continúa equilibrada. La ajedrecista georgiana intenta gobernar el centro del tablero y cada vez es más agresiva. La chica, por su parte, se defiende sin fisuras, aguardando el instante adecuado para contraatacar, aunque no está segura de poder llegar a hacerlo en algún momento.

La sala sigue vaciándose. Hasta el momento, Ana ha ganado todas las partidas que han terminado. Solo quedan siete jugadores en liza y una de ellas es Julia, que aguanta como puede los movimientos ofensivos de Matnadze. La georgiana está apretándole por el flanco del rey. Ha volcado su alfil negro y las dos torres en esa zona. Parece solo una cuestión de tiempo que la victoria caiga del lado de las piezas blancas.

Hasta que Julia lo ve. No sabe cómo, ni si lo que acaba de descubrir es tan bueno como piensa. Además, esa jugada es bastante compleja y exige el sacrificio de su dama. Si no ha calculado bien, en pocos minutos perderá.

¿Se atreve a hacerlo?

Ana se detiene y se toma su tiempo en la mesa número siete. Un señor de unos sesenta y tantos años se lo está poniendo difícil. El siguiente tablero que visitará será el suyo. ¿Realiza aquel movimiento o continúa defendiéndose?

A Julia le asaltan las dudas. Mira a su abuela, que vuelve a mostrarle su apoyo levantando el dedo pulgar de la mano derecha. Las dos se sonríen y después la joven se da la vuelta para fijar de nuevo su vista en el tablero.

Va a hacerlo. ¡Lo ha decidido! Aquella partida es lo mejor que le ha pasado en las últimas semanas y no se va a quedar con la duda de qué habría sucedido de no haber arriesgado. ¡Es su oportunidad!

La chica resopla, levanta la reina y la pone a disposición de uno de los peones blancos. El sacrificio está hecho. ¿Valdrá la pena? ¿Conseguirá

lo que se propone?

Cuando Ana Matnadze llega a la mesa doce, no puede disimular su sorpresa por el movimiento de su joven rival. Primero se cruza de brazos y luego se acaricia el mentón. Piensa durante un par de minutos y... mueve.

La sorpresa cambia de bando. Ana no se come la dama negra con el peón. Mueve una de las torres y da jaque al rey.

Jugada maestra.

Ahora la situación es dramática para Julia. Lo ve muy claro. Ha estado tan pendiente de las consecuencias del sacrificio de la dama y la ventaja posicional que le daría, que no se ha percatado de qué ocurriría si Ana hacía otro movimiento. Prácticamente no tiene escapatoria. ¡Por eso aquella mujer es campeona de todo y ella solo una simple aficionada al ajedrez!

La jugadora georgiana camina tranquila hacia el siguiente tablero. La mujer que juega en la mesa número dieciocho abandona. También el hombre que está sentado en la veintisiete.

La chica mueve el rey hacia la casilla de la izquierda y sabe que en breve terminará arrinconado en H8. Julia vuelve a suspirar y se gira en busca del consuelo de su abuela. Sin embargo, en esta ocasión no la ve detrás de ella. Se levanta de la silla para tener mejor perspectiva de la sala, pero no la localiza.

¿Dónde habrá ido?

Matnadze regresa rápido; el hombre de sesenta y tantos años de la mesa siete también ha claudicado. Observa la posición de las piezas alrededor de treinta segundos y mueve el alfil para darle de nuevo jaque a Julia.

Solo quedan cuatro mesas en las que el juego perdura, aunque Ana parece que tiene prisa por acabar. Se queda en la veinte y en la veintitrés hasta que gana a los dos chicos que jugaban en ellas. A ambos los felicita por su gran resistencia. A continuación, es la joven de rasgos asiáticos de la mesa uno la que también abandona.

La partida de Julia es la última en acabar.

No se prolonga mucho más. Con el rey atrapado en H8, las blancas lo tienen hecho. Ana, ahora sí, se come la dama negra, y la partida está decidida. Julia reconoce su derrota y le da la mano a la ajedrecista georgiana, que le sonrío.

—Enhorabuena. Lo has hecho muy bien. He estado a punto de caer en tu trampa con el sacrificio de la dama.

—Muchas gracias. Para mí ha sido un honor jugar contigo.

Unos aplausos llegan a espaldas de Julia, que se vuelve y observa a su abuela, que ha regresado. La anciana vitorea a su nieta. Entonces sucede algo que la chica no espera. Ana Matnadze se cuelga por debajo del cordón de seguridad para acercarse a Pilar. Las dos se dan un abrazo y comienzan a hablar como si fueran amigas de toda la vida.

—Así que esta es la famosa Julia.

—Sí. Es buena, ¿verdad?

—Debo reconocer que me lo ha puesto difícil.

La joven no entiende nada. ¿Es que Ana Matnadze sabía de su existencia antes de las simultáneas? ¿Por qué charlan como si se vieran a menudo?

—¿Desde cuándo os conocéis? —pregunta desconcertada Julia.

—Si no recuerdo mal, desde hace un año y medio, aproximadamente —responde Pilar, que acaricia cariñosamente el brazo de la ajedrecista—. Le mandé un mensaje directo por Instagram, me respondió y empezamos a charlar por privados.

—¡Abuela! ¿Tienes Instagram?

—Sí, pero es secreto. Solo subo fotos de flores.

—No me lo puedo creer.

La mujer le explica a su nieta que Ana y ella también juegan *online* de vez en cuando, aunque siempre pierde.

—Es especialista en partidas relámpago. No te puedes hacer una idea de lo rápido que piensa esta chica.

—No exageres. Tu abuela es un buen *sparring*. Siempre tengo que esforzarme para ganarle —reconoce Ana antes de comprobar su reloj—. Pilar, me tengo que marchar. Cojo un avión dentro de unas horas. Me alegro mucho de haberte visto.

—Igualmente, querida.

—Y a ti también, Julia. Ha sido un placer. Espero volver a jugar contigo. No dejes de lado el ajedrez, eres muy buena.

—Gracias... El placer ha sido mío. De verdad.

Ana se despide de las dos con un abrazo y se marcha corriendo de la sala. A Julia le cuesta asimilar lo que acaba de pasar. No solo ha plantado cara a una de las mejores ajedrecistas de la actualidad, sino que ha podido hablar con ella y ha recibido sus halagos. Aunque Magnus va a seguir siendo su jugador favorito, Ana Matnadze se ha ganado un lugar al lado del noruego en su corazón.

—¿Estás contenta? —le pregunta Pilar a su nieta tras salir del palacete.

—Sí. Muchas gracias, abuela. ¡Ha sido una pasada!

—Bien. Me alegro mucho —comenta la anciana, que de pronto se pone seria—. Me ha llamado tu padre mientras jugabas.

—¿Sí? ¿Qué te ha dicho?

La mujer no responde inmediatamente. Saca el móvil de Julia de su bolso y se lo entrega.

—Que tienes que ir a prestar declaración a la comisaría. Yo te acompañaré —dice Pilar, que escucha los innumerables avisos de llamadas perdidas y mensajes de WhatsApp que recibe su nieta al encender el teléfono—. Por lo visto, anoche se produjo un asesinato en el piso al que fuiste a ver a tu amigo. Espero que su ataque de ansiedad no fuera porque había cometido un crimen.

CAPÍTULO 23

Miércoles, 3 de enero de 2018

La noticia del intento de suicidio de Jonathan Vila es portada en unos cuantos diarios digitales y enseguida se convierte en *trending topic* en Twitter. Emilio lee algunos comentarios en las redes sociales mientras él y Ana Rincón se dirigen en coche hasta la redacción del periódico en el que trabaja la mujer.

Ya no debería sorprenderle lo que se cuece en Internet con ese tipo de temas. Sin embargo, no puede evitar quedarse a cuadros al ver lo que piensan algunos. Hasta hay fans del Asesino de la Brújula o gente que cree que el profesor de Filosofía es inocente del crimen de Aurora Ríos y que el responsable está todavía en la calle.

—«Vila es un grande. Uno de esos villanos que pasan a la historia. ¡Quiero la película ya!» —lee en voz alta Emilio—. Hay personas que no están bien de la cabeza —comenta indignado.

—Mejor que no busques lo que dicen de mí en algunos foros.

—¿Se meten contigo?

—Peor. Piensan que yo ayudé a Marcos o que le di la idea de poner la bomba en la estación de metro. Aseguran que lo manipulé.

Una sospecha con la que Vanesa coincide. De hecho, su amiga le ha advertido en varias ocasiones que no se fíe de Ana Rincón. En cambio, para él, creer algo así es una absoluta locura. El poco tiempo que ha compartido con ella le ha servido para establecer una opinión clara de lo que esa mujer es o no es. O, por lo menos, para saber que no sería capaz de organizar o participar en un atentado como el del pasado diecinueve de diciembre.

—¿Crees realmente que fue Jonathan Vila quien asesinó a tu compañera de clase? Su defensa siempre lo consideró inocente. Ni

siquiera buscaron un acuerdo con la fiscalía para quitarse algún año de condena.

—Yo lo tengo muy claro: a pesar de que nunca se declaró culpable, pienso que fue él —responde el joven, y suena contundente—. ¿Seguiste muy de cerca el caso?

—Trabajo en un periódico. Intento estar al día de todo lo que es actualidad.

El móvil de Emilio suena en ese instante. El corazón se le acelera al comprobar quién le llama.

—Dios. Es Kerstin. ¿Qué hago?

—¡Cógelo! —exclama Ana—. ¡Venga, responde!

—No sé si es lo mejor.

—¡Vamos, Emi! ¡Tienes que contestar esa llamada!

El chico respira hondo y pulsa el telefonito verde de su *smartphone*. Su voz no sale todo lo firme que hubiese deseado.

—Hola, Kerstin. ¿Cómo estás? —logra decir Emilio en inglés, con el pulso a mil por hora.

—Hola. Regular. ¿Y tú?

—Regular.

—Estamos empatados entonces. —La sueca deja escapar un suspiro.

Emilio lo escucha y se le revuelve el estómago. Siente una tristeza enorme que le humedece los ojos. Aguanta en silencio unos segundos, hasta que ella habla de nuevo.

—Todavía no le he dicho a nadie lo que ha pasado. Aunque mi madre se huele algo. No he salido de mi habitación desde ayer.

—¿Y qué les vas a decir?

—La verdad, Emi: que hemos roto.

Aquellas palabras se clavan en el corazón del chico. Le duelen incluso más que el mensaje que ayer le envió Kerstin dando por terminada la relación. ¿Qué debe hacer? ¿Luchar? ¿Decir que la quiere y que podrían buscar una solución?

—¿Estás segura de eso?

—¿De qué, Emi? ¿Del fin de nuestra historia? Sí, estoy segura.

—Entonces, ¿para qué me llamas? —pregunta el chico. Le molesta la seguridad con la que Kerstin ha respondido.

—Para decirte que he empezado a hacer el trabajo que tenemos que entregar la semana que viene. Pero necesito que me ayudes. Con un solo brazo voy muy lenta.

Emilio escucha incrédulo lo que le pide su exnovia. Está a punto de responderle mal o de colgarle. Sin embargo, se contiene y plantea la situación de otra manera.

—No sé si voy a volver a Suecia —dice sorprendiéndose a sí mismo de su entereza.

—¿Qué? ¿Cómo que no vas a volver?

—Eso. No estoy seguro de que vaya a regresar a Estocolmo.

—¿Por mí?

—Porque hace mucho frío allí.

Si antes sonó firme, ahora se da cuenta de que ha contestado como un niño de cuatro años al que han castigado sin merienda. Pero le da lo mismo. Se siente bien al haberle revelado a Kerstin las dudas que tiene respecto a su regreso. Y si ella se considera el motivo o se culpa por ello, mejor que mejor.

En cambio, después de unos segundos de incertidumbre, la sueca reacciona de una forma que él no espera.

—Bien. Pues decídate pronto. Si no vuelves a Estocolmo, tendré que buscarme un compañero nuevo de trabajo. Así que no tardes mucho en elegir tu futuro, por favor.

Emilio, que se alegraba de que ella pudiera sentirse culpable, finalmente es quien ha salido perdiendo en aquella conversación. Se despide rápidamente de Kerstin y cuelga. Está enfadado. Molesto por la frialdad de la joven con la que ha salido en los últimos meses y con la que ya no ve ninguna posibilidad de seguir. Aunque lo que más le duele es lo poco que significa ya para una chica con la que tanto disfrutaba hasta hace dos semanas.

—Es dura, ¿no? —pregunta Ana, que ha estado muy pendiente de la conversación.

—Mucho. Como una piedra.

—¿No vas a volver a Suecia por ella? ¿De verdad?

—No sé lo que voy a hacer.

—¿Estás a gusto en Estocolmo?

—Sí, estoy bien allí. Aunque en parte es por Kerstin. Me ha ayudado mucho a adaptarme a la ciudad. No sé si regresar ahora tiene demasiado sentido.

—Cuando te marchaste, no la conocías. Sería algo así como volver a empezar. Un nuevo reto, una nueva aventura.

—No estoy para demasiadas aventuras.

—¿Quién sabe si allí encontrarás a otra Kerstin? ¿O a una Birgitta? O quizá a una Anna. ¿Sabes que Anna con dos enes es el nombre de mujer más común en Suecia? Aunque seguro que la mayoría de las Annas escandinavas son altas, rubias y con las piernas larguísimas. Las de aquí somos más bajitas.

El chico mueve la cabeza y termina por sonreír. No cree posible encontrar a nadie más de momento, y menos en Suecia. Primero debe aceptar la ruptura con Kerstin y asumir definitivamente que otra vez está solo.

—¿Y tú? ¿Vas a buscar nuevas aventuras?

—No soy de cerrar puertas a nada, pero tampoco de abrirlas así como así. Voy a ver qué le pasa a mi vida en los próximos meses.

—Esperemos que cosas buenas.

—Crucemos los dedos y que así sea —dice la mujer, que esboza una sonrisa—. Ya hemos llegado. Voy a dejar el coche lo más cerca posible de la puerta principal.

Tiene suerte y consigue aparcar justo delante de donde trabaja. Se trata de un edificio de ladrillo amarillo, de tres plantas, situado en un polígono de las afueras de la ciudad.

—Esto es muy feo, pero me resulta bastante cómodo llegar hasta aquí. En coche son solo quince minutos desde donde yo vivo —comenta Ana mientras ayuda a Emilio a bajarse del vehículo—. Si no hay tráfico, incluso puedo llegar en diez o doce.

El joven agarra las muletas y acompaña a la mujer hasta el interior del edificio. La redacción está en la primera planta. Suben en el ascensor y enseguida se encuentran con una puerta en la que hay un cartel que reza: «*El Pulpo*: imparcialidad, veracidad y rigor». Entran y Emilio se queda gratamente sorprendido con las dimensiones de aquel lugar.

—Desde fuera parecía más pequeño.

—Es verdad. No eres el primero que lo dice.

—¿Cuántos trabajáis aquí?

—Poquitos. En la redacción, en total, somos doce. Ahora, en Navidad, solo está la mitad de la plantilla —le explica Ana tras saludar al chico que atiende en recepción—. Ven, te voy a presentar al director del periódico.

La mujer llama a una puerta de cristal tintado y enseguida recibe una respuesta que la invita a pasar. Sentado, delante de un ordenador portátil, encuentran a un hombre que el chico esperaba mucho mayor. Debe de rondar los treinta años. Lleva el pelo engominado y parece recién

afeitado. De hecho, huele a *aftershave*. Va vestido con un vaquero gris y una camisa azul marino.

—¡Tú debes de ser Emilio! —exclama eufórico el hombre, que se levanta y le da la mano al chico apretando con fuerza—. Yo me llamo Omar Barrios. Encantado de conocerte.

—Igualmente, señor.

—Ana me ha contado que quieres ser periodista. ¿Sabes dónde te vas a meter, muchacho?

La carcajada del director le suena algo forzada, como si estuviera sobreactuando. Sin embargo, Emilio sonrío y escucha lo que aquel tipo le cuenta sobre *El Pulpo*, el pequeño diario que él mismo fundó hace cuatro años.

—¿Ana te ha contado por qué le puse ese nombre?

—No, no le he dicho nada —se anticipa la mujer mientras los tres salen del despacho y se dirigen a la redacción.

—Entonces te lo explico yo. Hay dos motivos. Uno es porque los pulpos se defienden como los periodistas: a base de tinta. Me pareció una comparación ingeniosa, ¿no crees?

Tras halagar su propia ocurrencia, Omar vuelve a reírse. Emilio no le lleva la contraria: al fin y al cabo, es cierto que lo de la tinta resulta bastante ingenioso.

—El segundo motivo es por los tentáculos. El pulpo tiene ocho brazos iguales, como nuestro periódico. Disponemos de ocho secciones, y a todas ellas les concedemos exactamente el mismo espacio: Sociedad, Política, Sucesos, Deportes, Tecnología, Local, Cultura y Economía cuentan con idéntico número de páginas. No somos de izquierdas ni de derechas. Somos periodistas. Y si tenemos que darle caña a alguien, se la damos.

El hombre le muestra la sala que usan como redacción, que está prácticamente vacía salvo por la presencia de una chica. Al verla, Emilio piensa que no debe de sacarle muchos años de diferencia. La joven lo saluda con una sonrisa breve desde su ordenador y continúa escribiendo. Sin embargo, Omar grita su nombre para que vaya a su encuentro.

—Esta es mi hermana pequeña, Ariadna —comenta mientras la joven se acerca a ellos—. Una futura periodista. Aunque todavía está en el primer curso de la carrera, nos echa una mano de vez en cuando.

—Gratis —recalca la chica, que saluda a Emilio con dos besos.

—No te quejes. Algún día me retiraré y todo esto será tuyo.

—Ni de broma. Aspiro a algo mucho mejor.

Omar suelta otra de sus estruendosas carcajadas y le pide que regrese a su mesa. Ariadna se despide de Emilio y obedece, aunque no sin antes insultar a su hermano en voz baja.

—Normalmente, aquí hay más gente currando. Pero estamos en Navidad y algunos trabajan desde casa y otros se piden vacaciones. Prefiero dárselas a que me denuncien a algún sindicato o me salten con no sé qué convenio.

Ana le hace un gesto al chico para que no haga caso al director.

—Lo voy a llevar a mi despacho para que vea cómo trabajo en la web y que se siente un rato.

—Perfecto. Luego, antes de irte, pásate por el mío. Quiero hablar de una cosa contigo.

Emilio acompaña a Ana Rincón hasta una habitación situada al fondo de la primera planta. No es muy grande, pero sí tranquila y está decorada con buen gusto.

—Omar puede parecer un poco idiota, pero es un buen tío —dice la mujer antes de ofrecerle su sillón a Emilio—. Me ha apoyado mucho en este tiempo.

El joven no responde y se sienta donde Ana le ha propuesto. No duda de que sea buena persona, pero le ha parecido un auténtico capullo. En cambio, Ariadna, la hermana del jefe, le ha caído bien.

—No es fácil dirigir un medio de comunicación. Y menos un periódico como este: todo cuesta una barbaridad y nadie nos hace caso —protesta la mujer mientras enciende el ordenador—. A pesar de lo que te ha dicho, sus trabajadores son lo más importante para Omar. Paga bien y a tiempo.

—Menos a su hermana.

—Siempre están de broma y lanzándose pullas. Ariadna es un poco *tocanarices*. Aunque se quieren.

—¿Todos defienden al director tanto como tú? —pregunta Emilio con una sonrisilla burlona en los labios.

Ana se sonroja y suelta un resoplido. En ese instante, suena un pitido desde el interior de su bolso. Es su móvil. Lo saca y, mientras abre el mensaje que ha recibido, le hace una revelación a su joven amigo:

—Es lo que tiene estar liada con el jefe.

—¿En serio? ¿Sois pareja?

—Bueno, yo no lo llamaría así exactamente —dice mientras lee el mensaje—. ¿Qué coño significa esto?

—¿Qué es lo que sucede? Te has puesto blanca.

La mujer le pide silencio, avanza hasta la puerta del despacho y la cierra. Luego regresa al lado de Emilio para enseñarle el SMS que acaba de recibir.

«Hemos estado en su domicilio, pero no se encontraba presente. Nuestro hombre volverá a pasarse a las 15:00 para hacerle entrega del dinero. Por favor, le rogamos que en esta ocasión se encuentre en su casa para poder realizarle el pago. Atentamente. V».

CAPÍTULO 24

Miércoles, 3 de enero de 2018

Mientras Julia y su abuela se dirigen en autobús a la comisaría, la chica revisa todos los mensajes que ha recibido durante las horas que ha tenido el móvil apagado. Varios de sus amigos la han avisado del intento de suicidio de Jonathan Vila. De hecho, en el grupo de WhatsApp de su clase se han acumulado cientos de comentarios que hablan del mismo asunto.

Además, tiene llamadas perdidas de sus padres, de Emilio, de Vanesa y de Yi. También de Iván, que le ha dejado un aviso por escrito.

«Hola. Estamos los cuatro en la comisaría declarando, no detenidos, aunque nos han tomado las huellas. Ya saben que has estado en nuestro piso. Algún vecino nos vio entrar en el edificio. Imagino que se pondrán en contacto contigo o con tus padres. No te preocupes. Todo OK. Te he llamado, pero me sale apagado. Espero que estés todo lo bien que puedas estar. Llámame cuando veas esto o escíbeme».

La chica se frota los ojos y percibe como el cansancio se ha apoderado de ella. Le pesan los párpados y está en pleno bajón mental después del subidón que le proporcionó la partida de ajedrez con Ana Matnadze. Ahora debe volver a la realidad, y esta no puede ser más desalentadora.

—¿Me lo ibas a contar? —le pregunta su abuela, que no ha hablado mucho en el trayecto en bus.

—¿El qué? ¿Lo de Hugo? Sí. Claro que sí. Pero esta mañana no era el momento.

—Imagino que tu amigo te pidió que no dijeras nada a nadie.

—Sí. Mi amigo y sus compañeros de piso. Estamos hablando de un asesinato, abuela.

—A mis años, ya nada me impresiona, querida. He visto todos los episodios de *Crímenes imperfectos* y ya sabes la devoción que tengo por cualquier cosa relacionada con Agatha Christie, la dama del crimen. Es como tener un máster en asesinatos.

A pesar de que la situación no es la mejor ni está para muchas risas, a Julia se le escapa media sonrisa. ¡Qué ocurrencias tiene su abuela!

Además, al mencionar a su escritora preferida, Pilar le ha recordado una circunstancia que había dejado aparcada provisionalmente en algún rincón de su mente. Una idea que le vino a la cabeza mientras se duchaba esta mañana.

Julia mira a la anciana, se lo piensa un instante y finalmente decide compartir su teoría.

—Abuela, si te enseño una cosa, ¿me prometes que serás discreta?

—¿A quién se lo iba a contar, querida? —pregunta Pilar. Se le han abierto más de lo habitual sus vivarachos ojos marrones—. No suelo hablar con mucha gente.

—Por si acaso. No le cuentes a nadie lo que vas a ver. Ni siquiera a papá o a mamá. ¿Vale? ¿Lo prometes?

—Te lo prometo.

La curiosidad de la mujer es tan evidente que incluso sorprende a Julia.

La joven busca una fotografía en la galería de imágenes de su móvil. Cuando la encuentra, se la muestra a Pilar. La mujer saca de su bolso las gafas que usa para ver de cerca y se las pone. Coge el móvil de su nieta y contempla atentamente la pantalla.

—¿Este es Hugo? Pobre chico —comenta la anciana, aunque no parece impresionada por lo que ve—. Fuiste muy atrevida al fotografiar el escenario del crimen.

—Solo la hemos visto tú y yo. Y de aquí no saldrá. Pero ¿te sorprende algo?

—¿Tengo que fijarme en algún detalle en concreto?

—En su espalda. No se aprecia muy bien por culpa de la sangre, pero le clavaron cuatro veces lo que fuera que utilizaran para asesinarlo.

—¿Y eso qué significa?

—*Asesinato en el Orient Express*. La han estrenado hace poco.

—No la he visto, aunque seguro que es peor que la película de 1974 y mucho peor que el libro de Agatha.

—Eso seguro. Pero el final es el mismo. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto, querida. Uno de los finales más brillantes que se han escrito en la historia de la novela de misterio —dice la mujer, que ya sabe a qué se refiere Julia—. Sus compañeros de piso eran cuatro, ¿verdad?

—Exacto. ¿Es una locura lo que estoy pensando?

La mujer vuelve a fijarse en la fotografía del móvil. Por mucho que acerque el *zoom*, no puede apreciar si las marcas en la espalda de Hugo son todas iguales y tienen la misma profundidad.

—Me parece una locura y demuestra que estás tan obsesionada con Agatha Christie como lo estuve yo en su día..., pero es una posibilidad. Aunque eso ya sabes que implicaría que tu amigo sea uno de los culpables.

—Lo sé, abuela.

—¿Y no te preocupa?

La joven se encoge de hombros. ¿Le preocupa? Realmente no está muy segura. No se le ha despertado ningún tipo de sentimiento por Iván desde que ha vuelto a aparecer. O quizá la intensidad de lo que ha vivido en esas últimas horas lo ha ocultado. Es consciente de que estuvo muy enamorada de aquel chico, pero también de que aquel amor se había esfumado totalmente, hasta el punto de no querer volver a saber de él.

El autobús llega a la parada a la que se dirigen abuela y nieta, situada muy cerca de la comisaría. Decide no escribir ni llamar a nadie hasta estar al corriente de qué es lo que la policía quiere exactamente de ella. Mentiría si dijera que no está inquieta.

—¿Tienes algo que esconder? —le pregunta Pilar mientras caminan.

—¿Qué quieres decir, abuela?

—Me refiero a que si la policía podría culparte de algo. No hablo de asesinar al chico, evidentemente. Tengo claro que tú no lo has hecho.

—¡Vaya! ¡Gracias por tu confianza! —exclama irónica Julia—. No, no tengo nada que esconder.

Pilar dibuja otra de sus sonrisillas y le pide a su nieta que la disculpe, que solo intenta aliviar la tensión del momento.

—¿Quieres un tranquilizante? —bromea la anciana.

—No, abuela. No quiero un tranquilizante.

Julia se pone un poco más nerviosa al contemplar los coches de policía aparcados a la puerta de la comisaría. Y se hace la pregunta que antes le ha formulado su abuela: ¿tiene algo que esconder? No, claro que no. ¿O sí? ¿Las fotos de Hugo? Pueden acarrearle algún problema si las lleva encima. Aunque tampoco quiere deshacerse de ellas. No cree que le

revisen el móvil, pero, por si las moscas, las borra después de enviárselas a sí misma por correo electrónico.

—¿Preparada?

—Vamos. Acabemos con esto de una vez.

No es la primera vez que Julia entra en unas dependencias policiales. Su padre trabaja en el cuartel de la Guardia Civil del pueblo, más pequeño y con menos personal que aquella comisaría, aunque en ambos lugares se respira el mismo ambiente.

—Hola, venimos a hablar con el inspector jefe Claudio Delgado —le dice Pilar a la funcionaria que las atiende en un mostrador situado en la entrada—. Ella es Julia Plaza. Nos han citado aquí.

—Un segundo. Voy a avisarle, aunque creo que está ocupado. Hoy estamos teniendo un día de locos.

La mujer se levanta y desaparece durante un par de minutos. Julia y Pilar aguardan pacientemente al otro lado del mostrador. A cada segundo que pasa, aumentan los nervios de la chica. ¿Sabrán ya que ayer habló por teléfono con Hugo? ¿Y que intercambiaron varios mensajes? ¿Debe contarles lo del hackeo de su móvil y el plan de Iván para que fuera a su piso?

—El inspector jefe Delgado las atenderá en unos minutos —les anuncia la mujer del mostrador en cuanto regresa—. Las acompaño a una de nuestras salas para que se sienten y estén más cómodas.

Julia y Pilar siguen a la funcionaria, que se presenta como Luisa, hasta una habitación que a la chica le recuerda a la sala de espera de la consulta de su dentista. Está provista de seis sillones individuales, una mesita de cristal con revistas y periódicos encima y varios cuadros de pintura abstracta. En uno de los sillones está sentada una chica negra que las saluda con un casi inaudible «hola» cuando las ve.

—Si quieren algo de beber, un vaso de agua, un café o un refresco, tienen máquinas disponibles en la habitación de al lado —les explica Luisa antes de marcharse—. En unos minutos vendrá algún agente que las llevará con el inspector jefe Delgado.

La mujer se retira y cierra la puerta después de que Julia y su abuela tomen asiento. Lo hacen enfrente de la chica, que se ha quedado mirándolas.

—He escuchado que venís a ver al inspector jefe Delgado. ¿Estáis aquí por lo de Hugo? —pregunta la joven.

—Sí —se adelanta a responder Pilar, llevada por la curiosidad—. ¿Tú también?

—Era su novia. Me llamo Rima.

—¡Oh! Rima. Qué nombre tan bonito y original, nunca lo había oído —comenta la anciana—. Siento lo de tu novio.

—Ya. Gracias.

La mujer se levanta para cambiarse de sitio y sentarse en el sillón contiguo al de aquella joven. Julia, en cambio, se mantiene en el mismo lugar, sorprendida por el atrevimiento de su abuela.

—Yo me llamo Pilar y ella es mi nieta Julia Plaza. Es amiga de Iván, el compañero de piso de Hugo.

—¿En serio? ¿Tú eres la famosa Julia Plaza?

—Eso creo.

—Me alegro de conocerte. Es un gran placer.

La chica se pone roja. ¿Hasta qué punto Iván ha ido por ahí contando cosas de ella? Parece que conocen su historia todos los que tienen algún tipo de relación con él.

—Encantada. Aunque prefiero eliminar la etiqueta de famosa, porque no lo soy.

—Sí que lo eres. Un día, Hugo te mencionó y busqué información sobre el Asesino de la Brújula y todo eso. No aparecía tu nombre completo, solo las iniciales, pero por Iván sabemos que tú eras esa chica que había ayudado a detener al criminal. ¿De verdad que tú resolviste el caso?

—Bueno, fue la policía quien lo hizo. Yo solo colaboré en lo que pude.

—¿Y qué haces aquí?

Julia mira a Pilar dubitativa. Esta le hace un gesto afirmativo con la cabeza para que hable. La chica está segura de que lo que desea su abuela es ganarse la confianza de Rima para conseguir información.

—Iván me llamó cuando... descubrió... lo que le había pasado a Hugo.

—¿Estuviste en su piso anoche?

—Sí, aunque eran más de las seis cuando llegué.

La joven mete la mano en el bolso y saca un pañuelo de tela con el que se seca las lágrimas.

—Yo estuve con Hugo anoche —reconoce Rima sin parar de llorar—. Pero no subí a su piso.

—¿No estuviste con él en su habitación sobre las dos de la madrugada?

—No. A esa hora... a esa hora ya habíamos roto.

—¿Rompisteis anoche? —pregunta Pilar con los ojos muy abiertos.

—Sí. Ya no quería seguir con él. Hugo ya no era el mismo.

—¿No era el mismo? ¿En qué había cambiado?

—Se había convertido en... alguien indeseable.

La joven deja de hablar cuando se abre la puerta de la sala y aparece un hombre alto con bigote, vestido con una camisa que lleva abrochada hasta el último botón.

—Perdonen la espera —se disculpa algo sofocado—. Soy el inspector jefe Claudio Delgado. Señora, Julia, tengo que hablar primero con la señorita. Serán solo unos minutos. Enseguida estoy con ustedes. ¿Me acompañas, Rima?

CAPÍTULO 25

Viernes, 28 de agosto de 2015

—Estás haciendo un gran trabajo.

—Muchas gracias, señor. Lo hago lo mejor que puedo.

—Lo sé, Hugo. Ni Javier ni yo dudamos ni un segundo de tu valía cuando te conocimos —le asegura Dionisio, que muestra su dentadura postiza al sonreír—. ¿Te hemos tratado bien en estos días?

—Fenomenal. Es una pena que ya se acaben las vacaciones.

—Todo lo bueno se acaba. Aunque siempre hay oportunidad de comenzar con algo mejor. ¿Puedes llevarme hasta la piscina, por favor?

—Claro, señor.

El chico se levanta de la tumbona en la que tomaba el sol y se coloca detrás de la silla de ruedas en la que Dionisio lleva postrado desde hace siete meses. Lo empuja por un caminito de hierba artificial mientras siguen la conversación.

—¿Qué día empiezas la universidad?

—Tenemos la presentación el catorce de septiembre.

—¿Tienes ganas? ¿Te apetece comenzar esta nueva etapa?

—No puedo decir ni que sí ni que no —contesta Hugo, que no se esfuerza en pensar la respuesta—. Es lo que tengo que hacer. Ya está.

Dionisio chasquea la lengua y luego tose aparatosamente. Tarda unos segundos en recuperarse y, cuando lo hace, reprende al chico.

—Muy mal, Hugo. Debes aprender a disfrutar de la vida. Sé que no te ha tratado bien, pero tienes que encontrar algo que te haga feliz. Tienes el ejemplo de tu abuela Magda: perdió a su hija demasiado pronto y eso no le impidió ser la persona más jovial del mundo. Disfrutaba al máximo de todo. Especialmente de ti.

—Yo disfruto con mi trabajo.

—No sé si eso es bueno o malo —dice muy serio el hombre—. Aunque me alegro de que sea así.

—He aprendido mucho con vosotros en estos dos últimos años.

—Y seguirás aprendiendo. Pero quiero que también te dediques a otras cosas. Y que te diviertas, salgas, conozcas a alguien, que te enamores... Por cierto, ¿qué tal con los chicos?

—Muy bien. Nos hemos hecho muy amigos. Vamos a seguir el consejo de Javier y buscaremos un piso en la ciudad para irnos a vivir juntos.

—Me alegro. Aunque trabajéis de manera individual y cada uno tenga un cometido diferente, si estáis bajo el mismo techo, os podréis ayudar más y mejor. Me gustaría facilitaros una oficina, pero ya sabes cómo funcionamos.

—Lo sé, señor. No hay problema. Todos lo comprendemos.

Hugo detiene la silla de ruedas junto a la piscina, como Dionisio le ha indicado. El hombre le da las gracias por la ayuda prestada y comienza a toser de nuevo. Según los médicos, le queda aproximadamente un año de vida. Como máximo, año y medio.

El joven se aleja de él para regresar al jardín de la casa de la parcela, donde antes tomaba el sol. Él y otros cinco chicos llevan allí trece días de vacaciones, invitados por Dionisio y Javier. Tienen los gastos pagados y disponen de todo tipo de comodidades y opciones de ocio.

—¡Hugo! ¡Ven a bañarte con nosotros! —grita desde el interior de la piscina la única chica del grupo—. ¡Vamos! ¡El agua está muy buena!

Aretha acaba de cumplir los diecinueve años y es de origen afroamericano. Siendo aún una niña, su madre y ella viajaron desde un pueblecito de Michigan a España, donde se establecieron en la ciudad. Sus piernas y sus brazos son larguísima y el pelo lo tiene oscuro y enortijado. Con Hugo ha establecido una conexión especial en aquellos días que llevan juntos. Ambos lo saben.

—¡Luego! —exclama el joven, que se vuelve al oír la voz de la chica—. ¡Voy a por algo de beber a la cocina! ¡Estoy muerto de sed!

—¡Vale! ¡Pero espérame un segundo!

Aretha sale de la piscina y se dirige corriendo hacia él, en bikini y descalza. Hugo se da cuenta de cómo la miran los otros chicos. Es indudable que aquella joven de piel negra como el ébano no pasa desapercibida. Incluso cabe la posibilidad de que alguno se haya enamorado de ella. No le extrañaría nada.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pregunta la chica, que no se ha cubierto con ninguna toalla y, empapada de agua, tirita de frío.

—Claro, dime.

—¿Me traes mi móvil? Me lo he dejado dentro de la casa. En mi habitación.

—Ahora te lo traigo.

—¿Y una Coca-Cola?

La sonrisa de Aretha la hace todavía más bonita. Hugo nunca había visto lucir unos dientes tan perfectos; se complementan de forma inmejorable con el brillo de los ojos y la expresión de su rostro al sonreír.

—¿Con hielo y sin limón?

—¡Sí! ¡Justo así! ¡Gracias!

La chica le da un beso en la mejilla y regresa a la piscina para lanzarse al agua de cabeza. Duque, Rafa y Jorge vitorean su vuelta y alaban el salto de Aretha. Rápidamente, los cuatro se juntan en el centro, haciendo una piña.

De camino a la casa, Hugo va pensando que aquella joven es genial y que es una pena que no quiera irse a vivir con ellos. Aunque, tal vez, sea lo más conveniente para todos. Especialmente para ella.

Hugo entra en la vivienda y se dirige directamente al cuarto que Javier y Dionisio le asignaron a Aretha al comienzo de las vacaciones. Ella duerme sola, mientras que el resto comparte habitación.

La puerta está entornada. Sin embargo, el chico escucha un ruido en el interior. Abre lentamente y ve a alguien sentado en el suelo, de espaldas a él, junto a la cama de Aretha.

—¡Sergio! ¿Qué haces aquí?

El aludido se gira bruscamente al tiempo que se guarda rápidamente algo en uno de los bolsillos de su pantalón corto. Se pone de pie y se acerca a Hugo con cara de pocos amigos.

Sergio es unos diez centímetros más alto que él y también cuatro años mayor. No es muy hablador y no se ha dado a conocer demasiado durante aquellas vacaciones en grupo que Dionisio ha calificado de «días de convivencia y desconexión». Sus ojos verdes se clavan desafiantes en Hugo.

—¿Y tú? ¿A qué has venido?

—A por el móvil de Aretha. Ella me lo ha pedido.

—Yo... estaba buscando las cartas. No las encuentro por ninguna parte. Pensaba que las podía tener Aretha. Ayer por la noche estuvimos jugando. Pero aquí no están.

Hugo no se lo cree. Se nota que está mintiendo y que ha soltado lo primero que le ha venido a la cabeza.

—No deberías entrar en el cuarto de nadie sin su permiso.

—¿Me estás acusando de algo?

—No. De nada.

—Bien. El móvil de Aretha está en la mesita de noche. Me voy a la piscina.

Sergio se marcha de la habitación y deja a Hugo solo. El móvil de su amiga está, efectivamente, en el lugar que le ha señalado el otro chico. Lo coge y se pasa por la cocina a por la Coca-Cola.

¿Qué estaría haciendo allí? Buscar las cartas seguro que no.

Ese tipo no le inspira ninguna confianza, aunque en unos días vivirán en el mismo piso junto al resto de los chicos del grupo. Los cinco compartirán casa en la ciudad a petición, y por consejo, de Javier, el impulsor de aquella idea.

Hugo regresa a la piscina con un vaso de Coca-Cola con hielo y sin limón para Aretha y una botella pequeña de zumo de piña para él. La joven está fuera del agua, sentada en el bordillo. A su lado se encuentra Sergio. Cerca, demasiado cerca. Aunque a ella parece no incomodarla. A quien sí le incomoda es a él. Bastante. Mucho.

—No tiene nada que hacer con ella —dice una voz a su espalda.

El joven se da la vuelta y contempla la figura atlética de Javier, que solo lleva puestos un bañador rojo, bastante ajustado, y unas gafas de sol. Está a punto de cumplir treinta y nueve años, pero se encuentra en plena forma. Él asegura que está mejor que cuando iba a la universidad, salvo porque tiene mucho menos pelo y aquellas entradas empiezan a transformarse en grandes surcos.

—¿Tú crees? —pregunta Hugo, que entiende a la primera lo que el hombre quiere decir.

—Estoy seguro. Ella es especial. Y Sergio no lo es. Podrá intentarlo de mil formas diferentes, pero nunca conseguirá nada de Aretha, salvo una buena amistad.

—Pareces muy convencido.

—Lo estoy. Las personas especiales solo terminan uniéndose a otras personas especiales.

—Yo creo que todos tenemos algo especial.

—No, Hugo. Solo unos pocos. Los elegidos —comenta Javier antes de quitarse las gafas de sol—. De todos los que estamos aquí, solo hay tres personas especiales: mi padre, Aretha y tú.

El chico se siente halagado por las palabras de aquel hombre que en los últimos dos años le ha enseñado infinidad de cosas. Nunca se ha considerado especial, excepto por tener que vivir sin padres desde que era un bebé y solo tras la muerte de su abuela Magda.

—Gracias, Javier. Eres muy amable conmigo. Pero yo no soy especial. Lo tengo muy claro.

—Lo eres, Hugo. Lo sé desde el principio —insiste el hombre, que sonríe y posa una mano sobre su hombro—. Y el único de todos los chicos de los que estáis aquí del que Aretha podría enamorarse.

CAPÍTULO 26

Miércoles, 3 de enero de 2018

Hace diez minutos que Rima se marchó con el inspector jefe Delgado. Desde entonces Pilar no ha parado de hablar y de exponer teorías que justificaran lo último que les ha dicho la chica sobre Hugo Velero: «Se había convertido en alguien indeseable». Julia, en cambio, no puede más. Está saturada y cada vez más cansada.

—Voy a por un café. ¿Quieres algo? —le pregunta a su abuela tras ponerse de pie. Necesita estar sola durante un rato.

—Una botella de agua. ¿Tienes dinero?

—Sí, no te preocupes.

La joven sale al pasillo y entra en el cuarto que está justo al lado. Allí se encuentra con varias máquinas dispensadoras, como le había dicho Luisa, la funcionaria que las atendió en el mostrador. Unas son de refrescos, otras de agua y hay una que prepara cafés. Julia introduce un euro en esta última y elige un *latte macchiato*. Mientras espera a que su bebida esté lista, busca con la mirada si hay azúcar en alguna parte. Enseguida da con una lata de galletas de mantequilla, vacía y abierta, que está encima de una mesa y que contiene sobres en su interior. Coge un par de ellos. La experiencia al probar el café no es precisamente positiva. Está aguado y excesivamente dulce.

—Es uno de los peores cafés que he probado en mi vida —escucha decir desde la puerta de aquella habitación. Iván se acerca a ella y le sonrío de esa manera que a ella tanto le gustaba—. Me alegro de verte de nuevo, aunque sea en estas circunstancias.

—No es la primera vez que nos vemos en una de estas —dice Julia refiriéndose al año pasado, cuando coincidieron en el cuartel del pueblo. Recuerda perfectamente que fue el veintitrés de mayo, el día que se

besaron por primera vez—. Perdona por no escribirte ni llamarte. Ha sido una mañana muy completita.

—No pasa nada. He imaginado que estabas muy ocupada.

—¿Ya has declarado? —le pregunta Julia, que prefiere obviar el tono irónico que ha empleado el chico.

—Sí. Acabo de terminar. Me han dejado para el final. Los demás ya están en casa. Yo me iré ahora.

—¿Y qué tal?

—Delgado es un hueso duro. Y el inspector Cuevas, también.

—¿Te han presionado mucho?

Iván da un brinco y se sienta en la mesita en la que está la lata de galletas de mantequilla con los sobres de azúcar. Balancea las piernas y apoya las manos en las rodillas.

—Digamos que tenemos un par de problemas.

—¿Un par de problemas? ¿Graves?

—Complicados, más bien. No deben de ser tan graves porque a todos nos han dejado irnos. Aunque muy tranquilo no estoy.

—¿Me cuentas de qué se trata?

El joven da otro saltito para bajarse de la mesa. Camina hasta la máquina de refrescos y saca uno de naranja. Lo abre y da un largo sorbo. Julia aguarda impaciente a que empiece a hablar. No le gusta que se haga tanto de rogar.

—Por una parte, Jorge ha sido incapaz de mentir —dice por fin Iván, que le pega otro trago a su lata—. Se ha puesto muy nervioso y se ha liado en su declaración. Delgado y Cuevas no han tenido problemas para sacarle que en realidad no oyó a Hugo cuando regresó a casa ayer por la noche. Ni a él ni, claro, a ningún acompañante. Lo han pillado enseguida.

—Pobre Jorge.

—¿Pobre Jorge? ¡Pobre de mí! —se queja Iván en voz alta—. Se le metió en la cabeza la paranoia de que nos estaban espiando en la sala en la que nos han hecho esperar, y nos dijo que ya hablaríamos cuando estuviéramos de vuelta en el piso. Pero el tío no nos avisó de que le habían sonsacado que estaba profundamente dormido cuando Hugo regresó anoche y que no escuchó si alguien lo acompañaba. ¡Me ha dejado tirado y ha dado la impresión de que les he mentado!

—¿Delgado piensa que mientes? ¿Que Hugo llegó solo a casa?

—No lo sé. Lo que es seguro es que mi palabra ya no tiene tanta validez sin el apoyo de Jorge. Aunque yo te puedo jurar que escuché a

alguien llegar con Hugo y que esa persona entró con él en su habitación. Y, posiblemente, esa persona sea la que lo asesinó.

Iván hace una pausa y toma aire. Se ha ido poniendo más tenso conforme relataba lo que había sucedido. Julia se da cuenta. Sabe que el chico lo está pasando mal. En el fondo, siente pena por él, a pesar de todo lo que le hizo y cómo se comportó con ella en el pasado.

—¿Y cuál es el otro problema? ¿Es peor aún?

—Creo que sí —responde el chico bajando la voz—. Nuestros vecinos del octavo D nos escucharon discutir.

—¿Ayer por la noche?

—Sí. Oyeron la bronca que tuvimos Hugo y yo, en la que el resto nos tuvo que separar.

—Al final se han enterado de eso. A pesar del pacto que habíais hecho.

—No contábamos con los vecinos —dice resignado Iván—. Me han preguntado por el motivo de la pelea y les he contado que era por dinero, que yo le debía una cantidad que él me prestó hace un tiempo y que todavía no le había devuelto.

—Pero eso te incrimina todavía más. Y no es la verdad. O no la verdad completa.

—¿Qué querías que les contara, Julia? ¿Que discutí con Hugo por bromear sobre ti y por reclamarme el dinero que le había prometido por ayudarme a conseguir que vinieras a hablar conmigo al piso? ¿Que te hackeó el móvil y descubran que...?

Iván no completa la frase. Acaba de percatarse de que tienen testigos: hay una anciana junto a la puerta, y ni siquiera es consciente del tiempo que lleva allí. Tampoco Julia se había dado cuenta de la presencia de su abuela.

—Por favor, no les cuentes nada de lo que Hugo hizo con tu móvil. Es muy importante que eso no lo sepan —le susurra el joven antes de largarse de la sala de máquinas.

Julia se queda inmóvil. Aunque hayan dejado marchar a Iván, seguro que la policía sospecha de él. Estaba en el piso a la hora en que asesinaron a Hugo, tenía un motivo para matarlo y los vecinos lo escucharon discutir con el chico que, horas más tarde, aparecería muerto en su propia habitación.

—¿Era tu amigo Iván? —pregunta Pilar.

—Sí, era él.

—Es muy guapo, aunque no tenía buena cara. ¿Problemas?

—Bastantes.

—¿Quieres hablar de ello antes de que Delgado te pregunte por tu relación con él y los motivos por los que fuiste a su piso?

La joven resopla, da un último sorbo al café y se apoya en la mesita donde está el azúcar. En diez minutos se lo explica todo a su abuela, excepto lo relacionado con el hackeo de su móvil. De alguna forma, contárselo le sirve de desahogo y también la ayuda a pensar mientras habla en voz alta. Es como si ella misma estuviera repasando lo que sabe de Iván y del caso de Hugo Velero.

—Mmm. Es interesante.

—¿El qué es interesante, abuela?

—Todo. Es como en un libro de Agatha Christie. Hasta cabe la posibilidad de que el crimen haya sido una versión de *Asesinato en el Orient Express*. Cuatro compañeros de piso, cuatro puñaladas. Fascinante.

—¿Sigues pensando que es posible que pasara eso?

—Posible es. Pero también muy improbable —admite Pilar tras sacar una botella de agua de la máquina. La abre con alguna dificultad y da un pequeño trago—. Lo más importante ahora es saber quién acompañó a Hugo a casa ayer por la noche. Rima ya nos ha dicho que ella no fue.

—¿Entonces? ¿Quién pudo ser?

—Pudo ser Rima.

—¡Pero si me acabas de decir que no fue ella! Me estás volviendo loca, abuela.

—He dicho lo que ella nos ha contado —la corrige Pilar—. Y seguramente eso es lo que le está explicando a la policía, pero no sabemos lo que de verdad pasó. La persona que estuvo con Hugo pudo ser ella o no.

La chica se queda pensando en las palabras de su abuela. Y después recuerda lo que Rima les dijo hace un rato acerca de Hugo. ¿Por qué lo llamaría «persona indeseable»? ¿Qué le habría hecho? ¿Se habría portado tan mal con ella como para matarlo?

—Querida, perdona que me meta en lo que no debo, pero... he llegado diez segundos antes de que os dierais cuenta —dice Pilar mientras juguetea con el tapón de la botella de agua—. Sé lo que es hackear, lo he visto en alguna película de esas de fin de semana al mediodía. ¿Iván y Hugo te hackearon el móvil?

La boca de Julia se abre tanto como si se fuera a meter entera una galleta de mantequilla de las que antes habría en la lata que ahora está

llena de sobres de azúcar.

—Está mal escuchar conversaciones de otras personas, ¿sabes?

—Lo sé, querida. Pero ha sido sin querer. Estos zapatos que llevo no hacen ningún ruido y parece que ando sigilosa como un gato. No quería interrumpir —se disculpa Pilar—. ¿Iván y Hugo son *hackers*?

La chica no está segura de qué responder. Lo único que sabe es que de alguna manera entraron en su móvil y siguieron sus pasos. Y que eso lo hizo Hugo a petición de Iván.

—No tengo ni idea, abuela —contesta finalmente Julia—. Sí, me hackearon el teléfono. Ya se lo recriminé a Iván, que se disculpó conmigo. Pero no sé si solo lo hacía Hugo, ni si era una práctica habitual.

—Invadir la privacidad de alguien es un delito.

—Sí, como hiciste tú antes, mientras hablaba con Iván.

—No es lo mismo, querida. No es lo mismo.

Las dos guardan silencio al escuchar los pasos de alguien que se acerca. El inspector jefe Claudio Delgado entra en la sala, las saluda y se dirige hasta la máquina de café.

—Es tu turno, Julia. Imagino que no estaremos mucho tiempo. Al ser menor de edad, usted estará presente, señora.

—Será divertido —dice Pilar, que camina rápidamente hacia la puerta.

Delgado contempla con curiosidad a aquella anciana que sonrío torciendo la boca y con los ojos tan abiertos como los de una lechuza. Coge el vaso de plástico con el café solo de la máquina y sale de la sala junto a la mujer y su nieta.

Ya ha leído los informes que le han enviado sus compañeros desde la central. Sabe que la joven con la que va a hablar es la famosa Julia Plaza, la chica que colaboró con la Guardia Civil en la resolución de uno de los casos más mediáticos de los últimos tiempos. ¿Qué relación tendrá ella con el asesinato de Hugo Velero?

CAPÍTULO 27

Miércoles, 3 de enero de 2018

—Por tu culpa, ahora la policía piensa que he mentido.

—Lo siento, tío. Me puse tenso y no supe reaccionar de otra forma. Me presionaron mucho para que les dijera la verdad.

—¡Pero me podías haber avisado de lo que había pasado antes de que los inspectores hablaran conmigo!

—¡Quise hacerlo, Iván! De todas maneras, ya le habías contado a Delgado que yo escuché llegar a Hugo con un acompañante, lo de la canción de los sesenta y toda esa mierda... Y en aquella sala nos oían. ¡Estoy seguro! No podía hablar de más. ¡Vosotros mismos me avisasteis antes de que me llamaran!

—¿Y un WhatsApp, Jorge? ¡Al menos un puto WhatsApp para advertirme de las circunstancias! ¡Como el que mandaste al grupo con la paranoia de que nos estaban espiando!

—¡Perdona, tío! ¡Es que no pensaba con claridad! ¡Estaba bloqueado! ¡Tengo demasiadas cosas en la cabeza!

Iván va a recriminar de nuevo a Jorge, pero se muerde la lengua. No arregla nada echándole la culpa a su compañero de piso de lo que ha sucedido. Ya están las cartas sobre la mesa y la partida en marcha. Debe resignarse.

Los cuatro chicos han vuelto a su apartamento después de declarar en la comisaría y están sentados en el salón, debatiendo sobre el tema. El último en llegar ha sido Iván, que también ha sido el último en hablar con el equipo de la Brigada de Homicidios de la Policía Nacional. Ninguno ha sido retenido ni citado de nuevo. Al menos por el momento. Aunque los nervios permanecen a flor de piel.

—Insisto. Tenemos que permanecer juntos en esto, como quedamos esta mañana —dice Rafa, que trata de mantener al grupo unido—.

Cuando mi tío venga esta tarde para hablar con nosotros, quiero que nos mostremos calmados y demos una imagen de tranquilidad a pesar de los acontecimientos. ¿De acuerdo?

Los otros tres chicos asienten, aunque sin demasiada convicción. Hugo fue asesinado la noche anterior en una de las habitaciones de aquel piso, así que dar una imagen de calma y tranquilidad no va a ser precisamente sencillo.

—No sé si irme unos días, hasta que empiecen las clases en la universidad —interviene otra vez Jorge. Sin duda, es quien se muestra más nervioso de todos ellos—. ¿Creéis que puedo salir de la ciudad?

—Nadie nos lo ha prohibido —responde Duque mientras envía por el móvil un mensaje a Marilia—. Pero ¿adónde vas a ir?

—A algún sitio, lejos de aquí.

—¿Y no pensarán que estás huyendo?

La pregunta de Rafa hace reflexionar a Jorge, que se seca el sudor de la frente con un pañuelo de papel. Mueve la cabeza en señal de negación y resopla angustiado. El joven del pelo rizado suelta un grito cuando escucha el sonido del timbre del portero automático. Fran Duque se levanta a abrir.

—¡Joder! ¿Será la policía otra vez?

—No lo sé, tío —le responde Rafa a Jorge—. Ahora lo veremos. Pero cálmate de una puta vez. Nos tienes a todos histéricos.

Los chicos respiran tranquilos cuando el que aparece en el salón acompañado de Duque es Javier. El hombre le da un abrazo a cada uno y se sienta en el sofá de tres plazas. Iván se da cuenta de que está pálido y de que tiene unas ojeras kilométricas. Es como si hubiera envejecido diez años de golpe.

—No me puedo creer que esté muerto —dice Javier. Se le ve muy afectado—. ¿Quién ha podido hacerle algo así?

Ninguno de los jóvenes responde de inmediato. Saben que Hugo era el ojito derecho de Javier dentro de la empresa. Lo contrató cuando tenía dieciséis años y los unía una estrecha amistad.

—La policía está investigando —contesta Rafa—. De momento no saben nada.

—¿Y vosotros? ¿Sabéis algo?

Los cuatro se miran entre sí. Es Duque el que toma la palabra y decide contarle a Javier cómo se han desarrollado los acontecimientos. El hombre escucha en silencio. Se muerde las uñas y se peina y despeina con las manos, muy nervioso, sin ser consciente de lo que hace. Una vez que

el chico acaba su relato, se queda pensativo. Mira uno por uno a los cuatro y se pone muy serio.

—¿Ha salido mi nombre en la investigación policial? ¿O el de la empresa?

—No, a ninguno de nosotros nos han preguntado. Aunque se han llevado el ordenador y el móvil de Hugo —indica Rafa—. En cualquier caso, no creo que ahí encuentren nada importante.

—Esto tiene muy mala pinta. Estaré preparado por si acaso —dice Javier mientras se frota la frente—. Esa persona de la que habláis, la que regresó con él, ¿tenéis alguna idea de quién es?

—No lo sabemos —contesta Duque rápidamente—. Quizá fue Rima, la chica con la que salía a veces.

—¿La que se parece tanto a... Aretha?

El silencio y las miradas hacia ninguna parte se imponen en el salón cuando Javier nombra a la joven que hace unos años formaba parte del grupo. Hacía tiempo que su nombre no salía a escena y a todos los ha pillado un poco a contrapié.

—No fue Rima —asegura Rafa.

—¿Por qué no?

—Porque no fue ella, Duque.

—¿Cómo lo sabes? Tal vez fue Rima la que estuvo con él aquí anoche y la que lo asesinó en su cuarto. Salieron juntos, vinieron a casa, discutieron por algún motivo y ella lo mató.

—Es una posibilidad —dice Iván, apoyando la teoría de Duque—. No sabemos cómo es esa chica. No la conocemos demasiado.

Rafa, sorprendentemente, se pone de pie y abandona el salón. No tarda mucho en regresar. Vuelve a sentarse en el sillón en el que estaba antes y se cruza de brazos. La frente se le arruga, en una clara señal de preocupación, y se dirige al resto:

—No os puedo decir por qué lo sé, ¿vale? Pero estoy seguro de que Rima no vino al piso anoche. Y, por supuesto, ella no tuvo nada que ver con el asesinato de Hugo.

—Eso no nos vale, Rafa —se queja Duque—. ¿Cómo estás tan seguro? ¿Qué tienes tú con esa chica?

—¿Yo? Nada.

—¿Y por qué te llamó por teléfono mientras estabas en la comisaría? —pregunta ahora Iván, que vuelve a sorprender a su compañero de piso.

Todos los ojos reunidos en aquel salón están clavados en Rafa, que se retuerce inquieto en su asiento. El chico se siente presionado por sus

amigos y también por Javier, que lo mira fijamente, a la espera de una contestación.

—No puedo decirlo.

—¡Venga, tío! ¿Cómo que no puedes decirlo? —protesta Jorge.

—Tienes que contárnoslo ahora mismo —le ordena Javier.

Rafa se siente coaccionado por sus compañeros de piso y por el hombre para el que trabaja. Sabe que no tiene escapatoria, que no lo dejarán en paz hasta que les aclare lo de la llamada de teléfono.

—¿Estáis liados Rima y tú? —pregunta Duque.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no estamos liados! —exclama el chico, cada vez más acorralado—. Aunque... esa chica me cae bien... Pero solo la he ayudado. Simplemente eso.

—Expíciate, porque no entiendo absolutamente nada —le dice Javier—. ¿En qué la has ayudado?

Rafa suspira. Junta las manos, como si fuese a rezar, y se las coloca bajo la barbilla. Los otros cuatro lo observan fijamente y esperan ansiosos a que confiese lo que se está guardando. Consciente de que no tiene otra salida, el joven comienza a hablar:

—Rima y yo nos hemos hecho muy amigos; eso no lo voy a negar. Y a mí me gusta. Tampoco puedo esconderlo. No estoy enamorado de ella, pero me lo paso muy bien cuando estamos juntos, que ha sido muy a menudo últimamente.

—¿Hugo lo sabía?

—Hugo estaba pendiente de otros asuntos —le responde Rafa a Duque mientras aprieta los puños—. Pero, de alguna forma, él fue el responsable de que Rima y yo nos acercásemos. No la trataba bien desde hacía un tiempo. No la respetaba. Le gritaba, la insultaba. E incluso llegó a amenazarla. Y ella se había cansado de eso.

—Eso que cuentas es una acusación muy fuerte.

—Pero es la verdad, Duque —le asegura Rafa—. Hace tres semanas me la encontré en el garaje de casa. Hugo ni siquiera la había dejado subir al piso. Habían discutido una vez más. Estaba llorando, sentada en el suelo, al lado del coche de Hugo. Cuando me vio, se lanzó a mis brazos y me lo contó todo. Estaba muy mal y necesitaba desahogarse con alguien. Yo la tranquilicé, fuimos a tomar algo y desde ese día hablamos con frecuencia por teléfono, a escondidas. Empezó a confiar en mí y a revelarme todo lo que Hugo le hacía... Ayer por la noche pusieron punto final a su relación. Yo mismo le aconsejé que lo hiciera.

—¿Cortaron anoche? —pregunta asombrado Javier.

—Sí, fueron a cenar y después Rima lo dejó.

—¿Pero eran novios? Según Hugo, Rima y él solo tenían un rollo. No se lo tomaban como algo demasiado serio —comenta Duque.

—Eso es porque Hugo no estaba enamorado de ella, pero ella sí estaba muy enamorada de él y se consideraba su pareja —dice Rafa apesadumbrado—. Rima cree que había otra chica.

—¿Otra chica?

—Sí, posiblemente con la que Hugo subió ayer por la noche a casa. Quién sabe si la chica que lo mató. Pero os puedo asegurar que Rima no fue la persona que lo acompañó anoche y que entró con él en su cuarto. Ella estaba conmigo, celebrando con una botella de champán que por fin se había decidido a terminar con esa relación tóxica que tanto daño le estaba causando. Así que Rima es inocente. Tenéis que creerme.

CAPÍTULO 28

Miércoles, 3 de enero de 2018

—No te preocupes, mamá. Todo está bien. Volveré a casa después de comer. Díselo a papá... Vale, adiós.

Emilio cuelga y coloca el móvil encima de la mesa del despacho de Ana Rincón, junto al ordenador. Mira a la mujer, que sostiene su teléfono en la mano y está leyendo una vez más el SMS que recibió hace un rato.

—Arreglado. Ya he avisado a mi madre de que voy a comer contigo.

—Muy bien. Muchas gracias, Emi. No quiero estar sola en casa cuando venga ese hombre.

—Si intenta secuestrarte, poco voy a poder hacer yo con la escayola y las muletas.

La mujer sonríe y después analiza de nuevo aquel extraño mensaje mientras lo relee en voz baja. El joven la contempla ensimismado. Lleva toda la mañana con ella y cada vez se siente mejor a su lado. Le encanta. No entiende qué hace liada con el capullo de su jefe, al que ni siquiera ha enseñado el misterioso SMS.

—Posiblemente sea una broma de mal gusto y no aparezca nadie en tu casa a las tres.

—Yo pienso lo mismo. Pero ¿y si aparece?

—Pues tendrás más dinero que ahora —bromea Emilio, aunque en esta ocasión Ana no sonríe—. ¿No tienes ni idea de quién puede ser «V»?

—No, no lo sé.

—«V de Vendetta». Me suena a eso. Como la película.

—Yo soy más de los cómics.

—¿Existen cómics? No lo sabía.

—Son anteriores a la peli y, por cierto, muy buenos. Los tengo guardados en una caja en el trastero del edificio en el que vivo. Luego te los enseño.

Emilio asiente, aunque no puede evitar pensar que en aquel trastero Marcos Frade elaboró el explosivo que hizo estallar en la estación de metro. Allí se fraguó el desencadenante que ha condicionado y marcado su vida. Si aquello no hubiese sucedido, todavía estaría saliendo con Kerstin y pronto regresarían juntos a Estocolmo. Aunque no habría conocido a Ana Rincón.

—Voy a ir un momento a hablar con Omar y a decirle que nos vamos.

—Perfecto. ¿Le vas a contar lo del mensaje?

—No. Se preocuparía, se pondría a investigarlo y no me dejaría en paz. Prefiero no decirle nada de momento.

—Bien. Te espero aquí sentado. No me moveré. Prometido.

La mujer esboza otra sonrisa encantadora antes de salir de su despacho. El chico se ajusta las gafas y también él sonríe. No está acostumbrado a que la gente sea tan amable con él. Podría contar con los dedos de las manos las personas que alguna vez lo han tratado tan bien como lo hace ella.

Pasan unos minutos y Ana todavía no ha regresado. En realidad, no le ha dicho cuánto va a tardar. Emilio tiene el ordenador de la periodista delante de él, encendido. Entra en Chrome y escribe en la barra de Google: «Asesino de la Brújula suicidio». Enseguida aparecen varias noticias de aquel tres de enero referentes a Jonathan Vila y su frustrado intento de acabar con su vida. Lee las dos primeras, aunque ninguna aporta novedades. Su antiguo profesor de Filosofía sigue ingresado en la UCI del Hospital General de la ciudad con pronóstico incierto. Continúa muy grave.

Mientras Emi examina una tercera página en la que también se informa sobre el estado de salud de Jona, la puerta del despacho se abre. Sin embargo, la persona que aparece no es Ana Rincón. Ariadna, la hermana de Omar, entra en la habitación y encaja la puerta sigilosamente. Emilio se muestra muy sorprendido de verla.

—¿Sabes qué están haciendo tu amiga y mi hermano ahora mismo en el despacho del director? —pregunta muy acelerada la chica—. Ellos lo llaman «un polvo rápido clandestino». Lo llevan haciendo varios meses. Incluso cuando el marido de ella estaba vivo. A veces, hasta se les escucha gemir. Pero no les importa mucho.

A Emilio le cuesta asimilar lo que Ariadna le cuenta. La mujer le ha revelado que está liada con el director del periódico, pero ¿lo hacen allí? ¿En la misma redacción?

—Eso es asunto de ellos —responde el joven en un tono cortante—. Son adultos y libres, ¿no?

—Claro. A mí me da lo mismo. Solo te advierto que las cosas en este mundo no son lo que parecen. Siempre hay algo más detrás de la realidad.

—Lo imagino.

—Exacto, Emilio. Lo imaginas. Solo lo puedes imaginar. Porque hasta que no lo ves, no lo puedes saber —asegura la chica, que no deja de mirar de reojo la puerta del despacho—. Me has caído bien, Viñales. Por eso he venido a avisarte.

—¿Viñales? ¿Cómo sabes mi apellido?

—Aquí todos te conocemos. A ti y a las otras chicas —le explica Ariadna—. Habéis sido información: las víctimas de Marcos Frade Villanueva.

—Pero nuestras identidades no aparecieron en la prensa.

—¿Tengo que recordarte quién era la mujer del tipo que puso la bomba en la estación del aeropuerto y cuál es su profesión?

El chico se queda a cuadros cuando escucha las palabras de la hermana del director de *El Pulpo*. ¿Qué es lo que está insinuando exactamente?

—No sé qué me quieres decir —se queja Emilio—. Ana averiguó quiénes éramos para pedirnos disculpas por lo que hizo su marido. ¿Qué tiene eso de malo?

—¿Eso es lo que te ha contado?

La puerta del despacho vuelve a abrirse y en esta ocasión la que entra sí es Ana Rincón. La periodista se extraña de ver allí a Ariadna y clava sus ojos en ella.

—¿Ya has terminado lo que tu hermano te ha pedido? —le pregunta a la chica en un tono que suena a exigencia.

—Todavía me falta un poco. Enseguida lo acabo.

—Seguro que estás escribiendo un gran artículo, Ari. Pásamelo por correo electrónico cuando lo termines para subirlo a la web desde mi casa. Y no te olvides de corregirlo bien.

—No te preocupes. Voy a ello.

La joven se despide de Emilio y se marcha del despacho de Ana con la cabeza agachada. El chico se apoya en la mesa para ponerse de pie y alcanza las muletas sin decirle nada a la mujer. ¿Y ahora qué? No está muy seguro de lo que debe creer. Ariadna ha conseguido llenarle la cabeza de dudas. Quizá esa era su intención.

—¿Qué te apetece comer? —le pregunta Ana tras salir del despacho —. No soy muy buena cocinera, pero la pasta me sale decente. ¿Te gusta la salsa carbonara?

—Cualquier tipo de pasta y salsa me gusta. Menos la que lleva tomate.

—Muy bien. Nada de tomate entonces. Pasaremos por el súper antes de ir a casa y compraré lo necesario. Me puedes esperar en el coche.

Durante los primeros minutos del trayecto, la pareja habla muy poco. Hasta que Ana decide preguntarle a su joven compañero por aquel repentino cambio de humor.

—¿Estás preocupado por algo?

—Llevo dos semanas preocupado por todo.

—Ya lo sé, Emi. Y es normal que lo estés. Pero algo ha cambiado en ti. Te veo diferente al de esta mañana, como distante.

Está claro que no sabe disimular. Es excesivamente transparente y cuando está incómodo se le nota demasiado. Podría hablar con Ana e intentar solventar sus dudas. Pero tampoco quiere cuestionar a su nueva amiga y romper la conexión que existe entre ambos.

—Estoy bien. Lo que pasa es que me dan pequeños bajones. Nada grave.

—¿Ha sido por algo que te haya dicho la hermana de Omar?

—No. Solo hemos hablado un minuto de la carrera de Periodismo y me ha dado algún consejo sobre la universidad —miente Emilio, que prefiere no escharbar en lo que la chica le ha contado.

—Ari es una tía estupenda, pero a veces se le va la pinza. Su hermano la tiene en la redacción del periódico para controlarla un poco.

—¿Por qué dices que se le va la pinza?

—Porque piensa cosas raras y se inventa historias. Ve conspiraciones por todas partes. Y con Omar no se lleva especialmente bien, como te dije antes. Así que las broncas entre ellos son habituales e intenta que el resto de la redacción tome partido por ella. No suele lograrlo, pero genera ciertas dudas en los empleados respecto al jefe.

Aquellas palabras sobre Ariadna provocan que la confusión de Emilio se incremente aún más. ¿Lo está diciendo para cubrirse las espaldas por si la chica le ha confesado algo que él no debería saber? ¿O es que aquella joven le ha soltado todo eso para ponerlo en contra de Ana y del director del periódico?

Emilio no se pronuncia. Prefiere cambiar de tema, así que vuelven a hablar del mensaje que la mujer ha recibido en su móvil. Dialogan sobre

aquel asunto hasta que llegan a la calle del supermercado. Ana aparca a pocos metros y le dice al chico que no tardará mucho.

El joven mira el reloj del móvil. Es casi la una y media de la tarde. Y todavía no sabe nada de Julia. Su amiga no le ha escrito por WhatsApp ni le ha devuelto la llamada. Espera que la noticia acerca del intento de suicidio de Jonathan Vila no la haya hecho recuperar el pasado y la haya afectado más de la cuenta.

¿La vuelve a llamar? No quiere molestarla ni agobiarla. Ya tiene experiencia en meter la pata de esa forma. Si ella no se ha puesto en contacto con él, sus motivos tendrá. Aunque no puede evitar preocuparse por lo que esté sintiendo Julia en esos momentos.

¿Qué está pasando entre ellos? Ni siquiera la ha informado de lo de Kerstin. Hace unos meses, que no le contara inmediatamente algo tan importante habría sido impensable. ¿Cuánta parte de culpa tiene él de que se haya enfriado su amistad hasta tal punto? Mucha. Quizá haya descuidado su relación en los meses que ha estado en Suecia. Los estudios, su nueva vida en Estocolmo y su exnovia le robaban casi todo el tiempo. Y dicen que la distancia hace el olvido.

—¡Ya estoy aquí! —le sorprende Ana por la ventanilla que Emilio ha dejado un poco abierta para que entrara algo de aire.

La mujer se mete en el coche y coloca dos bolsas de plástico debajo del asiento del copiloto. Después arranca y se dirigen al piso en el que ella vive.

—Voy a prepararte unos tallarines a la carbonara que te vas a chupar los dedos —comenta, y sonrío de oreja a oreja.

—Seguro que me encantan.

—Y si sobran, podemos invitar a comer al hombre de V cuando me dé el dinero que he ganado de no sé qué manera —bromea la mujer, que detiene el coche en un semáforo en rojo. Se vuelve y contempla a Emilio en la parte de atrás—. Aunque intento controlarme, estoy muy nerviosa por esa visita. ¿Y si realmente es alguien que quiere vengarse?

Y entonces al chico le viene de nuevo a la cabeza la película *V de Vendetta*. Aunque espera que aquel hombre desconocido no vaya a ver a Ana con la intención de vengarse de nada, después de lo que ha vivido en los últimos tiempos, cualquier cosa le parece posible.

CAPÍTULO 29

Miércoles, 3 de enero de 2018

Aquella sala se parece mucho a las que ha visto en películas o series policíacas. Cuenta con una mesa bastante amplia y varias sillas en ambos lados. Nada más. Hace frío en su interior y resulta poco acogedora. La habitación está para lo que está: el interrogatorio de sospechosos y presuntos culpables. También para hablar con testigos o personas relacionadas con algún caso, como en esta ocasión.

Julia y su abuela se sientan una al lado de la otra y esperan a que aparezcan los encargados de la investigación del asesinato de Hugo Velero. El inspector jefe Claudio Delgado no tarda en llegar junto a un hombre bajito, escaso de pelo y de unos cuarenta y tantos años que se presenta como inspector Alfonso Cuevas. Cada uno lleva una carpeta que sueltan sobre la mesa después de tomar asiento frente a la chica y la anciana.

Delgado les explica que la conversación será grabada y que luego se le pasará el informe a la jueza Balbontín, encargada de llevar la instrucción del caso. Ella determinará si necesita volver a hablar con Julia en el futuro o realizarle alguna consulta que pudiera resultarle útil.

Después de los preámbulos y las aclaraciones pertinentes, el inspector jefe es el primero en hablar.

—No te inquietes, Julia. Simplemente queremos saber cuál era tu relación con Hugo Velero y los motivos por los que tu nombre ha aparecido en este asunto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Un vecino nos informó de que te vio a ti junto a Iván Pardo en la puerta del edificio en el que se produjo el asesinato de Hugo. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿Y qué hacías allí a las seis y pico de la mañana?

—Iván me llamó por teléfono. —Julia se muestra tranquila en apariencia, pero por dentro los nervios la consumen—. Estaba muy afectado y me pidió que fuera a verle.

—En esa llamada telefónica, ¿te dijo que había encontrado muerto a su compañero de piso?

—Sí, me lo dijo.

—¿Y qué pensaste?

—Pues... ¿qué voy a pensar? Que aquello era una tragedia.

—¿Conocías a Hugo?

—Lo conocí ayer.

—¿Ayer? Qué macabra casualidad —dice el inspector jefe mientras se atusa el bigote.

—Protesto.

Todos miran a Pilar, que es la que ha hablado. La mujer tiene levantado el dedo índice de la mano derecha.

—Señora, usted no puede protestar. No es abogada y esto no es un juicio —le advierte Claudio Delgado, que sonríe bajo su frondoso mostacho.

—Pues usted no utilice ese tonillo irónico con mi nieta. Ella es la primera a la que no le emociona el haberse encontrado con la muerte de un joven al que acababa de conocer.

—Tiene razón. No volveré a usar ese «tonillo irónico». Perdona, Julia.

La chica acepta las disculpas del inspector jefe y este continúa con las preguntas.

—¿Le contaste a alguien para qué ibas al piso de tu amigo Iván?

—No. A nadie.

—¿Ni a tu abuela? Es una hora muy rara para hacer una visita.

—Si le hubiera dicho el motivo real, posiblemente no me habría dejado ir.

—En eso tiene razón mi nieta —interviene de nuevo Pilar—. Me puso una excusa muy buena y yo accedí a que fuera a ver a su amigo. Vive muy cerca de donde vivo yo.

—¿Qué excusa le dio?

—Que el chico tenía un ataque de ansiedad muy fuerte y debía acudir a ayudarlo. No me podía negar.

—¿El ataque de ansiedad existía? ¿Era real? —pregunta ahora Cuevas.

—No. Aunque Iván estaba muy afectado por lo que había pasado.

—¿Qué te contó exactamente que había pasado?

—Me explicó que se había desvelado, se levantó, vio la puerta del cuarto de Hugo abierta y la luz encendida y entró. Entonces se encontró al chico muerto.

—¿Nada más?

—También me dijo que sus compañeros de piso no estaban en ese momento y que necesitaba estar con alguien porque estaba muy nervioso.

—¿Te dijo por qué te llamó a ti y no a otra persona para que le acompañara?

Julia piensa la respuesta unos segundos. Recuerda perfectamente lo que Iván le contestó cuando se lo preguntó:

«No lo sé, Julia. No lo sé. Estaba bloqueado. No sabía qué hacer. Siento haberte metido en esto. Pero algo en mi interior me impulsó a llamarte. Y lo siento, aunque no me arrepiento».

—No se lo pregunté —contesta la chica, que no quiere dar pie a entrar en otros asuntos del pasado—. Su amigo acababa de morir asesinado en su propia casa. Los motivos por los que acudió a mí no eran lo más importante en esos momentos.

—Entiendo. —Delgado examina sus notas—. ¿Viste a Hugo muerto?

—Sí, lo vi.

—¿Y qué te pareció?

—Horrible. No entiendo cómo alguien puede quitarle la vida a otra persona.

—¿Sabes cómo fue asesinado?

—Lo apuñalaron por la espalda, ¿no?

—Estamos esperando el informe detallado de la forense, pero parece que fue así —le confirma el inspector jefe—. ¿Conoces al resto de los chicos que viven en el piso en el que residía Hugo?

—Los he conocido hoy. Aunque apenas he pasado tiempo con ellos.

—¿Alguno de esos jóvenes te parece sospechoso del asesinato de Hugo?

—Protesto.

Otra vez todos se vuelven hacia Pilar, que mueve molesta la cabeza de un lado a otro. A Julia se le escapa una sonrisa, pero a los dos hombres de la Policía Nacional esta vez no les hace tanta gracia la intervención de la anciana.

—Señora, que no puede protestar —la regaña Delgado—. Se lo he advertido antes.

—Usted tampoco puede preguntarle algo así a mi nieta. No es su misión averiguar quién mató a ese chico ni decirles si sospecha de alguno de los compañeros de piso de Hugo, por muy inteligente y perspicaz que sea Julia, de la que seguro ustedes tienen un detallado informe. ¿Me equivoco?

Cuevas y Delgado se miran entre ellos desconcertados. Aquella mujer es peor que el abogado defensor de cualquier criminal. Tiene razón en su alegato, por lo que el inspector jefe se disculpa otra vez con la chica.

—¿Por qué no avisaste enseguida a la policía? —pregunta ahora Cuevas, que coge el testigo de su superior—. Te encontraste con un chico asesinado. Tu padre es sargento de la Guardia Civil, sabes cómo funciona esto. ¿No era lo más adecuado?

—Tal vez. Pero yo no podía tomar esa decisión. Era algo que tenían que hacer los compañeros de piso de Hugo.

—¿Te presionaron para que no nos llamaras?

—No. Para nada. Simplemente me dijeron que ellos se ocuparían de todo. Como así lo han hecho.

Cuevas asiente con la cabeza y vuelve a revisar sus notas. También Claudio Delgado lo hace. Subraya algo con un bolígrafo azul y se acaricia el bigote, pensativo. Julia los observa con atención, mucho más tranquila que cuando empezó la conversación. No está siendo para tanto. Tampoco tiene nada que ocultar.

—Como bien ha dicho tu abuela antes, tenemos en nuestras manos un informe bastante completo de ti —señala el inspector jefe sin apartar los ojos de los papeles—. No vives en la ciudad. ¿Cuándo llegaste?

—Ayer por la tarde.

—¿Y se puede saber a qué viniste?

—A visitar a mi abuela. Ella vive aquí. —Julia le da la mano a la mujer—. Estaba teniendo unas Navidades un tanto extrañas y ella me propuso pasar unos días en su casa.

—¿Y avisaste a Iván de que venías? Porque si te llamó para que fueras a su piso, es porque sabía que estabas con tu abuela, ¿no?

La chica no sabe muy bien qué responder a eso. En realidad, no avisó a Iván. Él se las ingenió, a través de Hugo, para atraerla hasta donde vivía. Pero no quiere hablar del tema de su falsa desaparición, ni del hackeo de su móvil.

—Iván sabía que venía —responde Julia después de dudar unos segundos.

—¿Cómo lo avisaste? ¿Por WhatsApp? ¿Lo llamaste por teléfono?

La joven siente como las mejillas le empiezan a arder. Espera que no se le noten los nervios, aunque de nuevo se demora más de la cuenta en contestar la pregunta de Claudio Delgado. Sabe que tarde o temprano entrarán en el móvil de Hugo y encontrarán sus mensajes y sus llamadas perdidas. ¿Qué debe hacer? ¿Miente?

—No lo recuerdo muy bien —suelta por fin temblorosa.

—¿No lo recuerdas? Fue ayer —insiste el inspector jefe—. Y, según tengo entendido, tienes una memoria prodigiosa.

—Pues no lo recuerdo.

—¿Seguro que es ese el motivo por el que no respondes? Es una pregunta muy sencilla.

—¡Protesto! —grita Pilar, que se levanta de su silla y da una enérgica palmada encima de la mesa.

—¡Señora! ¡Que no puede...!

—Cállese. Mi nieta ha pasado por situaciones de *shock* extremas en los últimos tiempos. Su maravillosa memoria le juega malas pasadas en momentos de tensión. Si Julia le dice que no lo recuerda, es que no lo recuerda. Y si no está conforme, se aguanta o la acusa de lo que sea y nos buscamos un abogado. ¿Queda claro?

Pilar está sin aliento cuando termina de reprender a Delgado. Se sienta otra vez en su silla y aprieta la mano de la chica, que tiene la mirada perdida.

El inspector jefe no dice nada más. Escribe en sus notas y luego le comenta algo al oído a su compañero.

—Bien. No tenemos más preguntas de momento —le comunica a la joven mirándola directamente a los ojos—. Julia, márchate a descansar. Se te ve agotada. Recupera fuerzas. Y si tienes algo más que decirnos, llámame. A la hora que sea.

El hombre se saca una tarjeta del bolsillo del pantalón y se la entrega a la chica. Luego se pone de pie y las invita a imitarlo.

—Os acompaño a la salida —dice Cuevas, que ya ha abierto la puerta de la sala de interrogatorios.

Julia y Pilar abandonan la comisaría de policía. Son casi las dos de la tarde y una lluvia muy fina cae en esa parte de la ciudad. La calle en la que vive la mujer no está muy lejos; aun así, cogen un taxi.

—Has estado muy bien, querida —le dice Pilar a su nieta ya dentro del vehículo.

—Seguro que piensan que me he guardado información o que los he engañado.

—Da igual lo que ellos piensen. Tú no tienes nada que ver con el asesinato de ese chico. Eso ha quedado muy claro.

—Les he ocultado lo del hackeo de mi móvil y...

—Has hecho lo que debías. No le des más vueltas. Ahora te prepararé algo rico de comer y luego te echarás una buena siesta.

—Estoy muy cansada. Esta vez no necesitaré tus tranquilizantes para dormir.

La mujer sonríe y después acaricia el pelo de Julia, que cierra los ojos. El taxi no tarda en llegar a la calle donde vive Pilar. Todo está en calma. Ni siquiera llueve cuando se bajan del coche. Sin embargo, a unos cuantos metros de allí, un indigente que rebusca entre bolsas de basura acaba de encontrar un objeto que le llama enormemente la atención. ¿Por qué alguien ha tirado un cuchillo de titanio tan bueno y prácticamente nuevo?

CAPÍTULO 30

Miércoles, 3 de enero de 2018

Mientras busca nuevas noticias acerca del intento de suicidio de Jonathan Vila, Vanesa lee en su móvil que han encontrado a un chico asesinado en su propio piso en uno de los barrios obreros de la ciudad. La agencia EFE habla de un apuñalamiento y de que la Brigada de Homicidios de la Policía Nacional se está encargando del caso. De momento no hay detenidos ni han facilitado la identidad de la víctima.

—¿Por qué no me haces caso? —protesta la chica que tiene tumbada al lado.

Ingrid le acaricia el brazo de arriba abajo a su novia. Lleva así algo más de diez minutos. Las dos han comido juntas en la habitación de Vanesa y después se han echado en la cama, aunque con intenciones diferentes.

—Sí te hago caso.

—Me refiero a otro tipo de caso. ¿No tienes ganas?

Vanesa aparta la mirada de la pantalla de su teléfono y se centra en los ojos brillantes de Ingrid. Se inclina sobre ella y le da un largo beso en los labios. Después acomoda otra vez la almohada sobre la que apoya la espalda y continúa buscando noticias de su exprofesor de Filosofía.

—¿Me tengo que conformar con un simple beso?

—¿No te ha gustado?

—Me ha encantado. Pero tengo otras necesidades —se queja Ingrid, que se sienta en la cama—. Llevamos muchos días sin hacer nada.

—¿Desde el día de la explosión? Perdona por estar hospitalizada y no poder casi moverme en estas últimas dos semanas.

—Pues no te muevas. Deja que yo me encargue de todo. Te lo pondré muy fácil.

Ingrid aproxima su boca al cuello de Vanesa y se lo besa despacio. Sensualmente. Al mismo tiempo, introduce una mano bajo la parte de arriba del pijama de su novia. Le acaricia el vientre y después sube hacia el sujetador. Bordea las copas del sostén con los dedos y termina colándose en su interior, una maniobra que logra provocar los gemidos de su chica.

—No, para. De verdad —susurra Vane, que siente un pinchazo doloroso en las costillas al estremecerse con las caricias de Ingrid—. No puedo. Lo siento.

La joven se aparta y coloca la almohada entre Ingrid y ella. Ni tiene ganas ni se ve con fuerzas para tener sexo con su novia. Alcanza otra vez el móvil, que había soltado antes encima de las sábanas, y vuelve a revisar las últimas noticias.

—¿Ya no me deseas? ¿No te pongo?

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio? —dice Vanesa, que busca con su mano la de la otra chica—. Es que me duele todo. Y no sé..., no me apetece. No me siento preparada todavía. Ni siquiera puedo cerrar los ojos sin escuchar la explosión dentro de mi cabeza.

—¿Y hasta cuándo va a ser así?

—No lo sé, cariño. ¿Crees que me gusta estar todo el día metida en la cama? Me encantaría salir a dar una vuelta, tomarme una cerveza en un bar o tener sexo contigo. Pero las cosas son como son y no como queremos que sean. Toca tener paciencia.

Ingrid asiente y masculla algo entre dientes. Vanesa la observa ponerse de pie. Va a por su abrigo, que está encima de la silla, y se lo pone.

—¿Te vas?

—Sí. Creo que aquí estoy estorbándote. Así puedes descansar tranquila.

—No me estorbas. ¿Por qué dices eso?

—Está claro que las cosas han cambiado. Y no me refiero solo a las consecuencias del accidente. No soy tonta. Sé que no te encuentras bien.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

La chica suspira y se sienta en el borde de la cama, en el lado contrario al que ocupa Vanesa. La voz le tiembla cuando habla.

—¿Por qué te siento tan lejos?

—¿Me sientes lejos? No lo entiendo. ¿Desde cuándo? ¿Desde lo que pasó en la estación de metro?

—Hace tiempo que lo pienso. Que, por más que me esfuerzo, no llegaré nunca a donde estaba antes. La explosión solo ha sido una excusa. Me he estado engañando con eso. Realmente, tus sentimientos cambiaron antes.

—Mis sentimientos son los mismos.

—No, Vane. Eso no es así.

—¿Sabes tú más de lo que siento que yo misma?

—Sé y puedo opinar de lo que veo. Y lo que veo es que estás confusa. Y que las cosas no son como eran al principio.

Ingrid vuelve a levantarse y camina hasta la puerta de la habitación. Antes de abrir, el móvil de Vanesa suena. Es un mensaje de WhatsApp. La chica sonríe al ver de quién se trata.

—Es de ella, ¿verdad?

—Es un mensaje de Julia. Dice que...

—Me importa una mierda lo que diga. ¡Por su culpa estamos así! — exclama Ingrid fuera de sí—. ¡Ella es la responsable de todo!

—¿Qué? ¿Piensas que por Julia tú y yo estamos discutiendo?

—Esa tía no nos ha traído nada bueno. Y persona a la que se acerca, persona a la que le jode la vida.

Las pulsaciones de Vanesa se aceleran y la expresión de su rostro se endurece al escuchar a su novia.

—Sé que no te cae bien, pero esto que dices es totalmente injusto.

—Lo que es injusto es que ella te importe más que yo.

—¡Qué dices! ¡Te has vuelto loca!

—¿Loca? No puedes negar que te afecta todo lo que Julia haga o diga. Me he dado cuenta. Os habéis hecho muy amiguitas.

—No puedo creer que me estés hablando así. Pensaba que habíamos cambiado. Que ya no éramos unas crías que se creían con el derecho de fastidiar a los demás. Esto es muy desagradable.

—Prefiero ser desagradable y honesta que una niñata hipócrita que estropea todo lo que toca.

Vanesa no se toma bien las últimas palabras de Ingrid. Trata de incorporarse, pero su movimiento es tan brusco que se hace daño en la espalda. Suelta un aullido de dolor y cae en la cama como si le hubieran disparado. La otra joven, preocupada, corre a su lado.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Te duele mucho?

Cuando Vanesa se vuelve, Ingrid se encuentra con el rostro de su novia y comprueba que está llorando. Tiene los ojos encharcados y

gimotea desconsolada. No está segura de si sus lágrimas son más por el dolor de espalda o por el que le ha causado con sus palabras.

—Oye, perdona. Me he pasado un poco.

—Es lo que sientes, ¿no? Has sido honesta, como tú misma me has dicho.

Otra vez suena el móvil y de nuevo es Julia quien le escribe. Vanesa no lee lo que pone. Mira a Ingrid; también a ella se le han humedecido los ojos. Es extraño, porque su novia nunca llora.

—Es mejor que me vaya. Tienes que contestarle.

Vanesa asiente y no opone resistencia a que se marche. Esta vez sí es la definitiva. La puerta se cierra y la chica se queda sola en su cuarto, tumbada en la cama y con el móvil en la mano. Se seca las lágrimas ayudándose de la manga del pijama y lee lo que Julia le ha escrito en aquellos dos mensajes de WhatsApp.

«Hola, Vane. Perdona que no te haya contestado antes. Cuando me has escrito estaba despierta, pero no me era posible responder. Ha sido una mañana complicada. Ya te contaré».

«He visto lo del intento de suicidio de Jona. Seguro que me has llamado por eso, ¿verdad? La vida te va sorprendiendo una vez tras otra. Ni se me había pasado por la cabeza que podía hacer lo que ha hecho. No sé muy bien cómo sentirme».

Un tercer pitido anuncia que los WhatsApp de Julia no han terminado. Vanesa sorbe por la nariz, se limpia la cara de nuevo y lee el último mensaje de su amiga.

«Ahora me voy a echar una siesta. Estoy agotada. En cuanto esté más despejada, te llamo y hablamos. No hagas esfuerzos y recupérate. Besitos».

La chica sonrío a pesar de que las lágrimas han vuelto a inundar sus ojos. No le responde. Prefiere hablar luego con ella, escuchar su voz y que le cuente lo que ha pasado.

Tampoco escribe ni llama a Ingrid. Le ha disgustado mucho lo que le ha dicho y también su actitud. Y, lo que es peor, no sabe si será cuestión de tiempo que se le pase. Porque, aunque le duela en el alma lo que ha sucedido, hay límites que no se pueden traspasar.



«Hola, Emi. Perdona por no haberte devuelto las llamadas. He tenido una mañana de locos. Estoy en casa de mi abuela en la ciudad. He venido a pasar unos días aquí, a desconectar un poco de todo. Ahora me voy a echar una siesta. Cuando me despierte, te llamo. Tengo cosas que contarte. Un beso».

Él también tiene muchas cosas que contarle a Julia. En las últimas veinticuatro horas se ha quedado sin novia, se ha planteado no volver a Suecia y ha pasado la mayor parte del tiempo con la viuda del tío que puso la bomba en la estación de metro del aeropuerto. Además, ha conocido al director de un periódico y a su hermana, quien podría no estar muy bien de la cabeza y, para colmo, le ha advertido sobre Ana y el jefe.

Al menos el WhatsApp que le ha enviado su amiga le ha sacado una sonrisa. De eso se da cuenta la mujer que tiene al lado y que acaba de poner a cocer macarrones para dos.

—¿Y esa sonrisilla? —le pregunta Ana Rincón mientras regula la temperatura del agua.

—¿Qué sonrisilla?

—Esa que has puesto cuando has leído el mensaje que te han mandado.

Emilio se ajusta las gafas nervioso y se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón. Luego le contestará a Julia. No ha sido consciente de que ha sonreído con su WhatsApp. Aunque no puede negar que le ha hecho ilusión. Que su amiga tenga cosas que contarle es señal de que todavía confía en él pese al distanciamiento evidente de los últimos meses.

—No sé de qué me hablas —dice el chico, que echa un vistazo a la olla con los macarrones dentro—. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Sentarte y descansar la pierna —le propone la mujer señalando hacia las dos sillas y la mesa que hay en la cocina—. Mañana te quitan la escayola, ¿verdad?

—En principio, sí. Lo estoy deseando.

—No me extraña. Yo me fastidié la rodilla cuando era una niña y fueron unas semanas desesperantes.

Emilio se sienta en una de las sillas y deja las muletas en la otra, en la que también apoya la pierna enyesada. Desde ahí observa la destreza de Ana preparando la salsa carbonara.

—¿Qué hora es?

—Las dos y cinco —responde el joven, que acababa de mirarlo en su móvil.

—Solo faltan cincuenta y cinco minutos para la visita. Sigo muy tensa.

—¿No tienes ni idea de quién puede ser ese hombre y para quién trabaja?

—No. Lo he pensado, pero nada —comenta Ana, que está batiendo huevos—. Ni sé qué es «V» ni a qué corresponde ese dinero del que habla el SMS. O si se trata de una estúpida broma.

—¿Y si es algo relacionado con Marcos?

La mujer deja de batir los huevos un instante y mira a Emilio como si le hubiera descubierto algo que hasta el momento no se le había ocurrido.

—¿Algún tipo de seguro por su muerte? —vuelve a preguntar el chico.

—Esas cosas no se hacen sin más. Me lo habría dicho.

—O no. ¿No hacía tiempo que no os hablabais? Quizá hizo un seguro de vida para que, en caso de morir, cobraras tú un dinero.

—Eso no es posible. Marcos no tenía ni un euro. Hacía tiempo que ni trabajaba. Además, estábamos mal. ¿Por qué iba a querer ayudarme?

—Porque se sentía culpable y te lo debía. ¿Es una opción?

La mujer niega con la cabeza y de nuevo se pone a batir los huevos. Emilio no dice nada más del asunto. Está claro que le afecta hablar de Marcos y de su pasado reciente con él. Es mejor no meter el dedo en la llaga. Así que saca el móvil del bolsillo del pantalón y responde el WhatsApp de Julia.

«Te llamé por lo de Jonathan Vila. Imagino que ya te habrás enterado. Es muy fuerte que se haya intentado suicidar. Aunque, siendo él, no me extraña nada de lo que haga. Muy bien, luego hablamos. Tenemos que ponernos al día. Que descanses».

—¿Otra vez esa sonrisilla? —Ana se ha acercado sigilosamente, con un cuchillo en la mano—. ¿Es Julia Plaza?

El joven la mira sorprendido al escuchar el nombre de su amiga en labios de la periodista. Pero se tranquiliza al recordar lo que Ariadna le había explicado acerca de que todos en la redacción conocían los nombres de los damnificados en la explosión en el metro.

—Sí, es ella.

—He buscado su Instagram y he visto sus fotos. Es una chica con mucha personalidad. Me encanta su peinado.

—¿Has entrado en la cuenta de Julia?

—Tenía curiosidad. Ya sabes: soy periodista —dice Ana antes de empezar a trocear la panceta—. Esto tiene muy buena pinta.

El ruido de la pasta hirviendo no impide que ambos escuchen el timbre de la puerta. La mujer mira a Emilio, que comprueba en el reloj de su móvil que no son más que las dos y cuarto de la tarde.

—Faltan cuarenta y cinco minutos para las tres.

—A lo mejor no es él.

El timbre suena de nuevo y ambos pegan un brinco. Ana suelta el cuchillo sobre la encimera. Se limpia rápidamente las manos en un paño y le pide al chico que la acompañe. Emilio se levanta con dificultad, agarra las muletas y la sigue.

—Quédate aquí, ¿vale? Si necesito tu ayuda, te avisaré.

Emilio se limita a asentir y se esconde tras la puerta que separa el pasillo y el recibidor. Desde allí se asoma para observar lo que ocurre, pero solo puede ver a Ana abriendo. Del visitante no le llega más que su voz, una voz grave de hombre.

—Buenas tardes. He subido directamente porque la puerta de abajo estaba abierta. ¿Es usted Ana Rincón?

—Sí, soy yo. ¿Y usted quién es?

—Perdone que haya venido antes de lo anunciado, pero me quedé por el barrio y probé suerte para ver si ya había llegado a su domicilio. Aquí tiene su dinero.

Emilio intuye que en ese instante aquel hombre le está entregando un sobre a Ana. ¡Al final ha resultado que era verdad! No se trataba de ninguna broma. ¿Qué cantidad será?

—¿De qué es este dinero?

—Yo solo me encargo de entregar las mercancías, señora.

—Pero ¿para quién trabaja? ¿Quién es V?

El hombre no responde a la pregunta ni dice nada más. Se despide de la mujer y lo siguiente que Emilio escucha es la puerta cerrándose.

Ana aparece enseguida con un sobre rojo en las manos.

—Vamos al salón a abrirlo —le dice con cierta ansiedad al chico.

—¿Cómo era ese tipo?

—No sé, un hombre normal. Alto, pelo corto, moreno, vestido con traje. No me ha llamado la atención por nada en concreto.

—¿No lo habías visto nunca?

—No. Esta ha sido la primera vez. Estoy convencida.

En el salón, se sientan juntos en un pequeño sofá. A Ana se la nota nerviosa. Abre el sobre sin demasiado cuidado y en su interior se

encuentra con tres fajos de billetes de cincuenta, cien y quinientos euros.

—¡Dios santo! ¿Cuánto dinero hay aquí? —exclama mientras saca un folio cortado por la mitad que había dentro del sobre.

—¿Qué pone?

Ana lee primero para sí y luego, con un nudo en la garganta, lo hace en voz alta para que Emilio también conozca el contenido de la nota.

—«¡Felicidades! Viral se complace en entregarle la cantidad de cincuenta mil euros. Que disfrute de su premio y la esperamos pronto».

CAPÍTULO 31

Miércoles, 3 de enero de 2018

Son algo más de las tres de la tarde. Iván llama por teléfono a Julia, pero esta no le responde. Quería preguntarle cómo le ha ido en la comisaría y qué tal con Delgado y Cuevas. Esperará a otro momento para hablar con ella.

Mientras Rafa ha ido a ver a Rima y Duque a comer con Marilia, Iván, Jorge y Javier permanecen en el salón del piso esperando novedades y conversando sobre lo que le ha sucedido a Hugo Velero.

—No puedo creerme todavía que alguien lo haya asesinado — comenta Javier consternado.

El hombre alterna minutos en los que permanece con la mirada perdida con otros en los que no deja de hablar sobre el chico fallecido.

—De alguna manera, me siento culpable de lo que ha pasado. A lo mejor su muerte tiene que ver con la empresa.

—Entonces, cualquiera de nosotros podría ser el siguiente —dice Jorge, que, desde hace un rato, busca en su móvil posibles destinos a los que marcharse unos días.

—Tenemos que conservar la calma. Y sobre todo que la policía no descubra nada. ¿Habéis tomado precauciones en vuestros ordenadores?

Los dos chicos asienten. Javier los felicita por ello y se levanta para ir al baño. En cuanto el hombre sale del salón, Jorge cambia de sitio y se sienta en el sofá, al lado de Iván.

—Tengo una teoría —le dice el chico del pelo rizado.

—¿Qué teoría?

—Javier asesinó a Hugo.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso?

Jorge vigila la puerta del salón para asegurarse de que el hombre no regresa rápido. Se acerca todavía más a su compañero de piso y le revela

sus sospechas en voz baja:

—Fue a finales de agosto. Tú todavía no estabas. Desde hace tres años, Javier nos lleva a todos de convivencia a una mansión que tiene en medio de ninguna parte. Son una especie de vacaciones pagadas con todo tipo de lujos y detalles.

—Algo me habíais contado acerca de esas vacaciones.

—Es espectacular. En ese sitio disponemos de piscina, pistas de pádel, barbacoa y hasta un campo de minigolf. Es una pasada.

—¿Y allí sucedió algo entre Javier y Hugo?

El chico vuelve a comprobar que se encuentran solos y que el hombre no está cerca para poder escuchar lo que va a decirle a Iván.

—Tuvieron una discusión muy fuerte. De hecho, Hugo estuvo a punto de mandarlo todo a la mierda e irse de la empresa para montárselo por su cuenta.

—¿Y eso por qué?

—Esto que quede entre tú y yo, ¿vale? Los otros no saben nada.

—Claro. Te guardaré el secreto.

—Yo me enteré por casualidad. Paseaba por el jardín, medio borracho, y escuché hablar en el cuarto de Javier, que tenía la ventana abierta, a él y a Hugo. Discutían por Rima.

—¿Por Rima? ¿Por qué discutieron por ella?

—Javier decía que no era especial. Que solo salían juntos porque se parecía a Aretha.

—No conocí a esa chica, así que no puedo opinar.

—Yo te puedo asegurar que Rima se parece mucho físicamente a Aretha. Pero no te puedo decir si Hugo empezó a salir con ella por esa razón.

—¿Y ese era un motivo tan grave como para que Javier se enfadara con Hugo?

—No. Esa discusión llegó al límite cuando Hugo le preguntó a Javier si estaba celoso de Rima —le explica Jorge bajando aún más la voz—. Y luego le soltó que, aunque ocasionalmente hubieran mantenido sexo entre ellos, nunca se enamoraría de él.

Iván se queda perplejo tras escuchar a su amigo. No tenía ni idea de que Hugo y Javier se acostaban. Ni siquiera sabía que ambos mantuvieran relaciones sexuales con hombres.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente. Hugo lo amenazó con contarle todo si no lo dejaba en paz. Además, le pidió favores.

—¿Qué favores?

—No lo sé, tío. Solo le escuché decir que tendría que hacerle algún que otro favor. Javier me cae bien y me ha dado curro. Le debo mucho. Pero tenía un motivo para cargarse a Hugo. Se hartó del chantaje que le hacía y se lo quitó de en medio.

Los dos se vuelven hacia la puerta del salón cuando escuchan los pasos del hombre. Ya regresa del baño.

—¿Vais a seguir viviendo en este piso? —les pregunta Javier tras entrar en el salón y tomar asiento en uno de los sillones libres—. Se me ponen los pelos de punta al pensar que Hugo ha sido asesinado en su habitación. No sería capaz de dormir aquí ni una sola noche.

—Tendremos que acostumbrarnos —responde Iván, que todavía está procesando la información que Jorge le ha dado.

—Si es que el tío de Rafa no nos echa...

—¿Os ha dicho algo?

—Hemos quedado esta tarde con él —dice Jorge mientras se pone en pie—. Me voy a dar una ducha. Necesito estar un rato bajo el agua caliente y no pensar en esta pesadilla.

El joven del pelo rizado sale del salón y deja a Iván a solas con Javier. El hombre examina su móvil y chasquea la lengua.

—Los medios ya han dado la noticia del asesinato de Hugo. De momento no le dedican mucho espacio. Espero que esto no se convierta en un circo. No nos conviene.

—No he visto cámaras abajo.

—Seguro que alguna aparece. Si te pregunta algún periodista, sé amable y habla bien de Hugo. No les des carnaza.

Iván asiente con la cabeza y después agarra su móvil. Busca la información del asesinato de su compañero de piso en Google y lee la noticia que ha redactado EFE. Como le ha dicho Javier, apenas hay datos y las líneas que le dedican son escasas.

—Tú eres el último que ha entrado en la empresa —le comenta de repente su jefe—. ¿Te sientes bien con lo que hacemos?

—Bueno..., a veces no es fácil.

—Pero ¿lo entiendes? ¿Entiendes el trabajo que nos piden?

—Sí, lo entiendo.

—¿Y piensas que alguien se ha podido enfadar tanto como para querer matar a Hugo?

—Comprendo que haya gente que pueda estar enfadada. Es lógico.

El hombre cruza las piernas y busca afanosamente algo en su móvil. Se trata de un *e-mail*. Le da el teléfono a Iván y el chico lee para sí mismo. Cuando termina, le devuelve el aparato a Javier, preocupado.

—¿Esto es una amenaza?

—Sí. Anónima. De alguien que dice saber quiénes somos y a qué nos dedicamos. Alguien a quien supuestamente le hemos destrozado la vida y que se vengará de nosotros cuando menos lo esperemos. Lo recibí hace una semana. No os he querido contar nada para que no tengáis miedo ni os preocupéis.

—¿Cómo han dado con tu correo electrónico?

—No lo sé.

—Se supone que trabajamos en el más absoluto de los anonimatos.

—Así es. Y continúa siendo de la misma forma. Me he encargado en estos años de que la seguridad y la privacidad de nuestra empresa sean la prioridad número uno. Somos invisibles.

—¿Y cómo contactan con nosotros si somos invisibles? Desde que entré a trabajar en la empresa me lo he preguntado.

El hombre esboza media sonrisa, pero enseguida la borra de su rostro.

—No quieras saber más de la cuenta, Iván. No te conviene.

—¿Hugo lo sabía? ¿Estaba al corriente de eso?

—Hugo sabía demasiado. Prácticamente todo. Llevaba desde los dieciséis años en la empresa. Por eso me siento culpable de su muerte. Quizá, si no hubiera estado tan implicado, ahora estaría vivo.

—¿Piensas que lo asesinó la persona que te envió el *e-mail*?

—No lo sé —responde Javier mientras busca una fotografía en su móvil. Cuando la encuentra, se la enseña a Iván—. ¿Sabes quién es?

El chico contempla la imagen con atención. En ella posan en bañador, sin camiseta y junto a una piscina, Hugo, Jorge, Duque, Rafa, el propio Javier y otro joven. Es bastante alto, tiene el pelo corto, aunque no tanto como Fran, y es el único que no sonríe.

—¿Es Sergio?

—Sí, es Sergio. El chico que se marchó en septiembre a Sídney. Tú has sido su sustituto en el piso y también en la empresa. Aunque, sinceramente, te prefiero mil veces a ti. Si estuvo dos años con nosotros fue porque mi padre se empeñó. Le tenía una incomprendible y especial devoción.

—No lo conozco. Solo he visto fotos que me han enseñado los chicos en las que sale él.

—Era un tipo extraño. Y se llevaba fatal con Hugo.

—Algo he oído. Aunque en esta casa no se habla mucho de él.

—No me extraña, después de lo que pasó con Aretha. Fue una suerte que Sergio se largara a Australia. Aunque tal vez haya vuelto.

—¿Ha vuelto?

—No estoy seguro. Solo es una hipótesis —dice Javier, que se echa hacia delante y deja el móvil sobre la mesita de cristal del salón—. A lo mejor es él quien me ha mandado el *e-mail* amenazante y la persona que ha matado a Hugo. Tenían cuentas pendientes. Sergio no estaba muy bien de la cabeza y lo veo capaz de hacer algo así.

—Es una posibilidad más.

—Exacto. Es otra posibilidad. ¿Tú quién piensas que lo hizo?

En ese instante, Jorge entra en el salón embutido en una toalla verde. Se está peinando con un cepillo de púas su gran mata de cabello rizado.

—¿De qué estabais hablando? —pregunta el joven, que se queda de pie junto a los sillones.

—Le estaba preguntando a Iván quién cree que pudo asesinar a Hugo. ¿Cuál es tu teoría, Jorge? ¿Tienes algún sospechoso?

CAPÍTULO 32

Miércoles, 3 de enero de 2018

Un trueno la despierta. Julia abre los ojos y mira hacia la ventana. Es de noche y llueve muchísimo. De pronto, un relámpago ilumina la habitación. A continuación, escucha otro potente estruendo que hace que la chica se espabile rápidamente. Se incorpora y busca su móvil en la mesita. Son casi las nueve. ¡Ha dormido más de cinco horas seguidas!

Revisa su teléfono y ve que tiene un par de llamadas perdidas de Iván y un mensaje preguntándole por cómo le había ido en la comisaría. También la ha llamado su padre. Cuando se fue a dormir, puso el móvil en silencio a petición de su abuela. Tenía que descansar «como está mandado» y «olvidarse del mundo durante la siesta». Eso hizo. Lo que no imaginó era que se pasaría tanto tiempo en la cama, desconectada de la realidad. Enciende la luz y oye el siguiente trueno. Por lo que parece, la tormenta está justo encima.

Tras ir al baño y ponerse el pijama, la chica se sienta delante de su portátil. ¿Habrá algo nuevo respecto al asesinato de Hugo Velero o al intento de suicidio de Jonathan Vila? Lee los periódicos digitales y revisa las redes sociales. Parece que no, que todo está igual que cuando se fue a dormir. Al menos, la prensa no recoge ninguna novedad. Mejor así.

Entra en Skype y encuentra a Emilio entre los conectados. También está Vanesa. A ambos les debe una conversación. Cuando cene, hablará con ellos. El olorillo a comida que penetra en el cuarto le ha dado hambre. ¿Desde cuándo no se sentía tan hambrienta?

Encuentra a su abuela en la cocina, preparando un caldo en el fuego. Pero no está sola. Junto a ella, un joven corta una barra de pan en cuadraditos. Ambos se están riendo; hasta que se dan cuenta de la presencia de Julia.

—¡Ah! Hola, querida. ¿Has dormido bien? —Pilar se acerca a ella para darle un cariñoso beso en la frente—. Tenemos un invitado para cenar.

Iván saluda sonriente a Julia con la mano que sostiene el cuchillo. En cambio, la chica no se muestra tan simpática: aunque trata de usar un tono de voz que no suene demasiado desagradable, se queda en el intento.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. Tu abuela me ha dicho que estabas dormida y me ha invitado a cenar. La estaba ayudando a hacer picatostes para la sopa.

Julia mira ahora a la mujer, que parece divertirse con la charla entre los dos jóvenes. La anciana se vuelve y continúa removiendo el caldo que tiene al fuego.

—Donde comen dos, comen tres —dice Pilar, que cierra los ojos un instante y huele lo que está preparando—. A esto le falta muy poquito. ¿Por qué no os vais al comedor y me dejáis darle el último toque a la sopa? Os va a encantar.

La joven protesta en voz baja y sale de la cocina. Iván suelta el cuchillo en la encimera y va detrás de Julia.

—Yo no quería quedarme, pero tu abuela ha insistido.

—No tendrías que haber venido.

—Estaba preocupado. Y necesitaba saber qué le habías dicho a la policía. Es probable que me vuelvan a llamar para declarar. No quiero que me pillen mintiéndoles otra vez. No puedo cometer más errores.

La pareja se sienta en la mesa del comedor. La televisión está puesta en el canal *National Geographic*: están echando un documental sobre catástrofes aéreas. Julia le quita el sonido y mira a Iván muy seria.

—¿A qué estás jugando?

—¿Crees que esto es un juego?

—No sé lo que es, Iván. Pero no me parece bien que te presentes aquí sin más y te pongas a hacer la cena con mi abuela.

—Te repito que ha sido ella la que no ha dejado de insistir para que me quedara.

—Pues deberías haber dicho que no.

El joven asiente nervioso. Apoya las dos manos encima de la mesa y mira la pantalla de la televisión, que permanece en silencio.

—Tu abuela me ha contado todo lo que pasado en la comisaría. No deberían haberte presionado de esa forma.

—¿Qué? ¿Te lo ha contado todo?

—Sí. Llegué hace un par de horas. Se puede decir que hemos tenido un provechoso intercambio de información.

—¿Intercambio de información? Esto es de locos.

—¿Alguna vez te han dicho que Pilar y tú os parecéis mucho?

La joven se da una palmada en la frente. Sí, se lo han dicho unas cuantas veces. Su padre, por ejemplo, piensa que tienen una forma de ser muy parecida. Además, de ella ha heredado la inteligencia y su gran memoria.

—Mi abuela te ha contado lo de mi declaración en la comisaría. ¿Y qué le has contado tú a ella?

—Todo. Prácticamente. —Iván se pone de pie y va en busca de algo que hay en el mueble del televisor—. Mira esto.

El chico le entrega a su amiga una libreta que abre más o menos por la mitad. Julia contempla asombrada las anotaciones que Pilar ha hecho en ella. Incluso hay una hoja con un mapa dibujado.

—¿Este es el plano de tu piso? —le pregunta la joven, completamente atónita.

—Sí. Yo le he ido explicando la disposición de las habitaciones y ella, mientras, lo ha ido dibujando.

Julia pasa las páginas y lee los apuntes que su abuela ha hecho. Al comienzo de cada una de ellas ha escrito el nombre de los chicos que viven en el piso y debajo, en columnas, una serie de puntualizaciones. Iván le ha debido de decir cómo son cada uno y la relación que tenían con Hugo. También ha apuntado los nombres de Javier, Sergio, Marilia y Rima.

—Según tu abuela Pilar, todos son sospechosos del asesinato de Hugo.

—Tú también estás.

—Lo sé. Tenía un motivo importante y la posibilidad de matarlo. No soy descartable.

—¿Eso te ha dicho ella? ¿Que no te descarta como culpable?

—Exactamente. Aunque también me ha dicho que, si pensara que yo soy el asesino, no me invitaría a cenar ni permitiría que me acercara a ti.

Iván sonríe tenso y recupera la libreta. Pasa las hojas hasta llegar a una que está repleta de flechas. La mayoría van a parar a un círculo en el que está anotado en mayúsculas el nombre de Hugo Velero. Julia observa el esquema con detenimiento.

—¿Quiénes son Javier y Sergio?

—Javier es el jefe de la empresa para la que trabajo. Y Sergio es el chico que vivía en el piso antes de que llegara yo. También trabajaba en nuestra empresa. En septiembre se fue a Sídney.

—¿Y este «desconocido/a» a quién se refiere?

—A alguien cuya identidad desconocemos. Por lo visto, pudo amenazar a Hugo.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir. Tampoco se lo he dicho a tu abuela. Ella ha comprendido que me guarde ciertos secretos relacionados con mi trabajo.

—¿Tan peligroso es ese trabajo como para que no puedas hablar de él?

—Julia, no voy a decirte nada sobre eso.

—¿Sois *hackers* informáticos?

La pregunta de Julia tiene un efecto inmediato en Iván. La joven se da cuenta y repite la cuestión. Sin embargo, su amigo no responde. Cierra la libreta y la coloca otra vez encima del mueble de la tele.

—¿Por qué no puedes contestarme? —insiste Julia—. No le he dicho nada a la policía de tu falsa desaparición, ni de que Hugo me hackeó el móvil. ¿Os dedicáis a eso profesionalmente? ¿De eso va vuestra misteriosa empresa?

—Por favor, no sigas por ahí. Es mejor que no sepas nada.

—¿Por qué? ¿Puedo terminar como Hugo? ¿Asesinada por ese «desconocido» o esa «desconocida»?

A la evidente tensión entre Julia e Iván le pone pausa Pilar, que aparece en el comedor con una cazuela tapada en las manos.

—Iván, ¿puedes ayudarme? —le pide la mujer amablemente—. Ten cuidado, que quema.

El chico se levanta y agarra el recipiente en el que va la sopa. Lo coloca en la mesa y abre la tapa. El humo que sale llega hasta el techo y se extiende por el comedor. También el olor a hierbabuena.

—Julia, ¿me echas una mano con los platos y con los vasos? —le pregunta la mujer a su nieta y después se dirige a Iván para encomendarle otra misión—: Tú puedes ir poniendo los cubiertos buenos y las servilletas de tela. Están en los dos primeros cajones de ese armario. Solo los uso para las visitas especiales.

Nada más llegar a la cocina, Julia está a punto de reprocharle a su abuela que haya invitado a Iván a cenar. Sin embargo, Pilar se anticipa.

—Ya he visto que la presencia de este chico te incomoda un poco. ¿Fuisteis novios en el pueblo?

—Bueno..., algo tuvimos. Pero... breve. Muy breve.

—El pasado pertenece al pasado, querida. En el presente, ese joven se ha visto implicado en un caso de asesinato. Muy interesante, por cierto.

—¿Cómo puedes decir que un asesinato es muy interesante? Eso es cruel.

—No, no. Un asesinato es siempre horrible. Solo digo que este caso es muy interesante —comenta Pilar mientras saca tres platos hondos de un armario—. Un joven huérfano, sin familia alguna, es asesinado en su propia habitación, después de haber roto con su novia, y sin que nadie haya escuchado nada. Un chico que, posiblemente, fuera pirata informático y tuviera un montón de enemigos y gente en contra, incluidos algunos de sus compañeros de piso. Diez sospechosos de un crimen, como mínimo. Seguro que alguno más que se me escapa. ¿Es interesante o no?

La joven recuerda entonces la página de la libreta en la que su abuela ha anotado esos diez posibles autores del asesinato de Hugo: Iván, Jorge, Rafa, Duque, Rima, Marilia, Javier, Sergio, «Desconocido/a» y «Otra Pareja» (sin identidad).

—¿Por qué has incluido a Marilia entre los sospechosos?

—¡Ah! Has visto la libreta. Te la iba a enseñar luego. Bien... Marilia... Sí, la chiquita estudiante de Veterinaria, novia del otro joven, al que Iván llama Duque... Sí...

—Abuela, no te andes por las ramas. ¿Qué pinta entre los posibles culpables? No tiene motivos. Además, ella y Duque tienen coartada. Estaban pasando la noche de su décimo mes de relación en un hotel.

—Sí, también me lo ha contado Iván. Pero me ha resultado curioso.

—¿Qué te ha resultado tan curioso?

—Que lo celebraran en un hotel que estaba lo suficientemente cerca del edificio donde viven los chicos como para ir al piso, matar a Hugo y regresar a la habitación.

—¿Piensas que lo hizo uno de ellos dos?

—Quizá lo planearon entre ambos. Se servirían mutuamente de coartada. Uno estaba con el otro en esa noche romántica, de celebración, en la habitación de un hotel. Y, en mitad de la madrugada, uno de los dos se acerca al piso y mata a Hugo. Luego regresa al hotel como si nada hubiera sucedido —dice Pilar mientras le da tres vasos a su nieta para que los lleve al comedor—. Son conjeturas sin fundamento, querida. No me hagas caso.

A Julia aquello la hace pensar. Hasta ese instante no había considerado a Marilia o a Fran Duque entre los posibles culpables. La joven le cayó bien. Estuvo con ella mientras los compañeros de piso estaban reunidos para tomar decisiones. Hablaba de más y había bebido demasiado alcohol, pero no parecía nerviosa. Y al principio tampoco la vio muy afectada por el asesinato de Hugo. ¿La llamará la policía para tomarle declaración?

—Vamos, que la sopa se enfría —le dice Pilar a su nieta al ver que esta se ha quedado pensativa en la cocina.

La joven obedece. Cuando regresan al comedor, ven a Iván sentado ya a la mesa y leyendo algo en su móvil. El chico alza la mirada hacia Julia y Pilar. Alguien le ha comunicado una noticia importante que enseguida comparte con ellas.

—Han encontrado un cuchillo de cocina. Parece que se trata del arma con la que mataron a Hugo.

—¡Eso aclarará muchas cosas! —exclama Julia, visiblemente emocionada, tras dejar los vasos encima de la mesa—. ¿Dónde ha aparecido?

—No me lo han dicho. Pero me han confirmado una cosa: es uno de los cuchillos que yo compré cuando me fui a vivir a ese piso.

CAPÍTULO 33

Miércoles, 3 de enero de 2018

La cena es rápida. Iván se toma el plato de sopa que ha preparado Pilar y se marcha. Ni siquiera prueba las manzanas asadas que la mujer ha hecho de postre. Tenía mucha prisa por regresar a su piso y encontrarse con sus compañeros. Rafa le ha enviado un WhatsApp para contarle que la policía ha dado con un cuchillo que podría ser el utilizado para asesinar a Hugo. En otro mensaje le explica que lo tenía un indigente al que ahora están interrogando. Al parecer, lo encontró en una calle paralela a la de su edificio. El inspector Cuevas ha sido quien se ha puesto en contacto con ellos para comunicarles el hallazgo.

—Esa prueba puede ser determinante —le comenta Julia a su abuela. Las dos siguen sentadas a la mesa del comedor mientras toman un té—. El cuchillo tendrá las huellas del asesino.

—O no. Si ha sido cuidadoso, se habrá encargado de eliminarlas antes de deshacerse del arma. Las que seguro que están son las huellas del mendigo que lo ha encontrado.

—De todas formas, me parece raro que dejara el cuchillo tan cerca del piso en el que cometió el crimen.

—Quizá tenía prisa por quitárselo de encima. O bien quería que lo encontraran. Veremos si contiene huellas y de quiénes son.

Julia espera que no sean las huellas de Iván. Sería un motivo más para juzgarlo culpable. El chico continúa acumulando papeletas para que la Policía Nacional lo considere el principal sospechoso de la muerte de Hugo.

—¿Qué opinas de Jorge? —pregunta Pilar, que ha recuperado su libreta y la tiene abierta por la página en la que antes escribió el nombre del chico con el pelo rizado—. Iván dice que es muy buena persona.

—Sí. Tiene pinta de buenazo. Es el que se puso más nervioso de todos con la muerte de Hugo. Esta mañana casi se desmaya.

—No estaba actuando, ¿verdad?

—Que yo sepa, no. ¿Por qué dices eso?

Pilar sonríe torciendo la boca y revisa su móvil: busca en él una captura de pantalla que hizo antes. Julia la observa intrigada. Su abuela se maneja fenomenal con las nuevas tecnologías a sus setenta y tres años. Es una mujer sin límites, que intenta adaptarse a los tiempos que corren.

—Aquí está. Mira esto.

La chica coge el teléfono y examina la pantalla. Se trata del cartel de una función de teatro *amateur*. Es de hace un par de años.

—¿Te suena el nombre de uno de los actores?

—¿Jorge Hurón? ¿Ese es su apellido?

—Sí. Es un nombre muy particular —comenta Pilar antes de recuperar su móvil—. Me pareció curioso cuando Iván me lo dijo. Y decidí buscarlo en Google. No aparecen fotos, pero sí algunas entradas sobre la obra *Perdidos*, basada en la serie de televisión *Lost*. Jorge Hurón hace el papel de Hurley.

—¡Abuela, eres toda una *stalker*!

—Intento estar al día, querida, pero ahí me has pillado. ¿Qué significa eso?

Ahora la que sonríe es Julia, que le explica a su abuela lo que quiere decir ser una *stalker*.

—¿No hablarás en serio? No soy ninguna acosadora, querida nieta. Solo me gusta estar informada de las cosas.

La chica suelta una carcajada que también hace reír a Pilar. La mujer da un sorbo de su taza de té y apunta una frase en la página dedicada a Jorge: «A veces, el asesino es quien menos lo parece».

—Sinceramente, yo no veo a ese chico matando a nadie —comenta Julia cuando su abuela le enseña lo que ha anotado.

—Por eso lo he escrito. Yo no me fiaría. Estaba en el piso cuando asesinaron a Hugo y salió corriendo del edificio, supuestamente, porque se asustó. La realidad es que tuvo tiempo de tirar el cuchillo y regresar para interpretar su papel de joven afectado.

—¿Y qué motivo podría tener Jorge para matar a Hugo?

—No lo sé. Ni siquiera lo conozco personalmente. Solo expongo posibles supuestos. Tampoco formo parte de la Policía Nacional ni trabajo en Homicidios. Me faltan datos y medios para investigar.

—Esa no es nuestra labor, abuela. Para eso están ellos.

—Ya. Pero no me digas que no tienes interés por descubrir la verdad.

¡Por supuesto que tiene interés! Le encantaría que se resolviera el caso rápidamente. Pero es consciente de que ni siquiera han transcurrido veinticuatro horas desde el asesinato de aquel chico. Debe tener paciencia y dejar que trabaje la Policía Nacional. El inspector jefe Delgado le ha parecido muy competente y seguro que él y su equipo se esforzarán al máximo por encontrar al culpable cuanto antes.

Son casi las once de la noche y Julia cae en que, pese a que se lo prometió a ambos, todavía no ha llamado ni a Vanesa ni a Emilio. Ha dormido más de cinco horas de siesta, así que prevé una noche en vela.

—Abuela, me voy al cuarto un rato. Luego vendré a darte las buenas noches.

—Muy bien, querida. Yo voy a ver alguna serie en Netflix. Estoy muy enganchada. Si vienes y me ves dormida, despiértame. A veces cierro los ojos y caigo en los brazos de Morfeo como una bendita.

La chica la entiende. A ella le ha pasado lo mismo durante estas Navidades. Desde la explosión en el metro, su vida ha consistido básicamente en ver series en Netflix y HBO. Aunque no sabía que su abuela estuviera suscrita a esas dos plataformas.

Entra en la habitación y lo primero que hace es mirar por la ventana. Llueve, aunque no con la intensidad de antes. La tormenta ha pasado. Después se sienta en la mesa donde tiene el ordenador. Elige una lista de música relajante en Spotify y, a continuación, entra en Skype. Emilio y Vanesa siguen conectados. Prefiere empezar por su amiga. Le propone una videoconferencia y aguarda a que esta acepte. Sin embargo, pasan unos minutos y la chica no aparece. Julia entonces decide enviarle un WhatsApp.

«¡Hola! ¿Quieres hablar un rato por Skype? Te he visto conectada, pero no has aceptado la videoconferencia. ¿Todo OK?».

El mensaje de vuelta de Vanesa no llega. Le preocupa un poco que no le responda, aunque intenta no darle demasiada importancia. Regresa al portátil y trata de contactar ahora con Emilio. El chico sí que acepta enseguida su petición. Lo ve como siempre. Sus gafas de pasta, ligeramente torcidas, el pelo azul de punta y ese aspecto a medias entre un chaval que acaba de romper el cascarón y un personaje de *The Big Bang Theory*.

—Hola, Emi —lo saluda Julia dejando escapar apenas un hilo de voz—. ¿Cómo estás?

—Cansado. Ha sido un día muy intenso. Tengo muchas cosas que contarte.

—Yo también. Me da la sensación de que ha pasado un mes desde que ayer hablé contigo.

—Me sucede lo mismo.

Ambos se quedan en silencio, mirándose a través de la pantalla, esperando a que alguno de los dos se arranque a explicar lo que ha vivido en las últimas horas. Es ella la que finalmente le cede la palabra a su amigo.

—No sé por dónde empezar —dice Emilio al tiempo que se ajusta sus lentes—. Ayer y hoy han sido dos días de locos.

Julia presta toda su atención al joven, expectante por lo que va a contarle, pero su móvil empieza a sonar. La chica comprueba de quién se trata y se ve en la obligación inmediata de contestar.

—Emi, perdona un segundo. Me está llamando Vane. Ahora seguimos.

—Vale, te espero.

La chica finaliza la videoconferencia en Skype para que Emilio no escuche la conversación, y atiende la llamada de su amiga.

—¡Hola, Vane! Me tenías preocupada.

—Hola, Julia. Perdona. Estaba hablando con Ingrid —dice la chica. Se la nota desanimada—. Me alegro de escucharte.

—Yo también. ¿Cómo estás?

—Regular. He vuelto al hospital.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Esta tarde. Me dio un pinchazo muy fuerte en la espalda y me están haciendo pruebas. No pinta muy bien.

—Joder. Lo siento.

—No quiero estar aquí. Me desespera muchísimo. Odio el olor permanente a desinfectante, me da náuseas.

—Tienes que ser fuerte. Seguro que te recuperas pronto.

—No lo creo. Todo me sale mal. Estoy harta de la vida.

A Julia se le parte el corazón al escuchar hablar así a su amiga. Nunca la había visto tan triste y desesperanzada. El sentimiento de culpa vuelve a ella. Si no la hubiera acompañado al aeropuerto, Vanesa ahora mismo no estaría en la habitación de un hospital, con el ánimo por los suelos.

—Vamos, tú puedes. Te pondrás bien muy pronto y lo celebraremos por todo lo alto. ¡Tenemos que ver juntas la final de *Operación Triunfo*! ¡Aunque hayan expulsado a Cepeda!

—Me alegro mucho por Roi. Merecía quedarse.

A Julia se le escapa una lágrima, así que, con disimulo, intenta recogerla con el dedo índice de la mano derecha. El dolor físico que está soportando Vanesa lo lleva ella clavado en el alma.

Las dos charlan durante un rato acerca de *Operación Triunfo*, programa del que son muy fans. Después, está a punto de explicarle lo que ha vivido en aquel día tan complicado, pero opta por no revelar nada. Ya tendrá tiempo de contarle todo lo relacionado con el asesinato de Hugo Velero cuando se encuentre mejor.

—¿Pasarás la noche en el hospital?

—Por desgracia, sí, no me queda otra.

—¿Se queda Ingrid contigo?

La pregunta de Julia provoca un silencio de varios segundos. Hasta el punto de que, en un primer momento, piensa que la comunicación se ha cortado. Sin embargo, la respiración de Vanesa le confirma que permanece en línea. Julia pronuncia su nombre y la voz de la chica aparece de nuevo:

—Ingrid no va a venir.

—¿No? ¿Y eso?

—Se lo he pedido yo. Hemos hablado por teléfono antes. Las cosas no están muy bien ahora mismo entre las dos.

—¿Habéis discutido?

—Sí —responde Vanesa con rotundidad—. Ha perdido la cabeza.

Julia recuerda el enfrentamiento que vivió ayer con Ingrid y lo que esta le pidió con amenazas: no quería que volviera a hablar con su novia.

—Seguro que lo arregláis. Como siempre. No te comas mucho la cabeza con...

—No, Julia. No sé si esta vez lo resolveremos o es la definitiva —la interrumpe Vanesa—. Prácticamente me ha dado un ultimátum. Y yo no puedo consentir eso.

Ahora es Julia la que guarda silencio. Más por miedo a que le confirme lo que cree que por no saber lo que decir. Todos sus temores se cumplen en cuanto su amiga vuelve a hablar.

—No puedo consentir que te responsabilice de nuestros problemas y me haga elegir entre ella y tú.

CAPÍTULO 34

Miércoles, 3 de enero de 2018

—Ha llamado mi tío. Dice que no nos preocupemos por nada, que podemos seguir en el piso —comenta Rafa al resto de sus compañeros.

Finalmente, su tío no pudo ir a verlos por la tarde para analizar la situación con ellos y comprobar de primera mano lo que estaba pasando. No dio ningún motivo concreto de su ausencia, aunque Rafa ha insinuado que no quería verse metido en aquella historia. De hecho, el hombre le ha confesado a su sobrino que la policía cuanto más lejos mejor y que temía que lo llamasen a declarar por ser el dueño del piso en el que Hugo ha sido asesinado.

—Todos tenemos secretos —dice Marilia, que llegó por la tarde con Duque y se ha quedado a cenar—. Hasta el tío millonario de Rafa.

—¿Tú también? —le pregunta su novio mirándola fijamente.

—Por supuesto. ¿O es que piensas que te lo cuento todo?

La chica le guiña un ojo a Duque y termina dándole un beso en los labios. Este, en cambio, se queda con la mosca detrás de la oreja y se aparta rápidamente.

—¿Qué vamos a hacer con lo del cuchillo? —interviene ahora Jorge.

—No podemos hacer nada —responde Iván—. Esperar a ver qué encuentran en él.

—¿Y si tiene huellas mías? ¿Cómo demuestro que yo no maté a Hugo?

Ninguno le responde. A pesar de que hace unas horas se prometieron ayudarse los unos a los otros, las declaraciones individuales en la comisaría y todo lo que ha salido después han debilitado la confianza del grupo.

—¿Cómo está Rima? —le pregunta Duque a Rafa. Lo tiene sentado frente a él.

—Mal. Nerviosa. Y preocupada.

—¿Le ha dicho a la policía que estuvo contigo ayer por la noche?

—Sí, no le ha quedado otra. También les ha explicado que Hugo no la trataba bien y que acababan de romper su relación.

—¿Eso no la hace más sospechosa? A ella y a ti.

—No, Duque. No nos hace más sospechosos a ninguno de los dos.

—Podías haberla invitado a cenar. Necesito una compañera que me entienda de verdad, con la que hablar y poder criticaros cuando os ponéis pesaditos —reclama Marilia antes de levantarse del sofá—. Voy a por algo de beber, ¿alguien se apunta? ¡Es Navidad!

Nadie responde. La chica se marcha del salón tarareando un villancico. A ninguno le gusta la efusividad de Marilia. No es la primera vez que esa noche acude a la cocina en busca de una copa de alcohol.

—Os lo repito por si no os ha quedado claro: entre Rima y yo no hay ni ha habido nada.

—¿Y lo intentarás ahora que ya no está Hugo?

—No voy a responder a eso, Duque. Esa pregunta está fuera de lugar.

—No te enfades. Si salieras con Rima, estarías en todo tu derecho. Los dos sois libres. A menos que uno de los dos seáis el asesino, claro.

—¡Basta ya! Ni Rima ni yo hemos asesinado a Hugo. —Rafa está cada vez más molesto con su compañero de piso—. A lo mejor lo hiciste tú, Fran. Últimamente, no te llevabas muy bien con él.

—¿Yo? ¿Cómo? Pasé toda la noche en el hotel con Marilia.

—Bueno, eso no es del todo cierto, cariño. —La voz de la chica, que acaba de regresar al salón con un vaso lleno de ron con Coca-Cola, suena burlona—. Estuviste fuera un buen rato. Viniste aquí a por condones, ¿no lo recuerdas?

Duque fulmina a su novia con la mirada. Esta, en cambio, se lo toma con humor. Lo besa en la mejilla y se sienta a su lado.

—¿Estuviste en el piso? —pregunta muy sorprendido Jorge.

—Sí, pero solo cinco minutos.

—Tiempo suficiente para ir a la cocina, coger un cuchillo y...

—Mira, Rafa, sabes perfectamente que yo no sería capaz de matar a Hugo. ¡No me toques los huevos!

—Pues no me los toques tú a mí con lo de Rima.

Iván pide paz y tranquilidad a sus dos compañeros de piso y, por suerte, le hacen caso. Parece que los ánimos empiezan a calmarse cuando Marilia, que arrastra un poco las palabras al hablar, decide que es hora de volver a echar leña al fuego:

—Fran solo vino a por preservativos, que se le habían olvidado. Quería hacerlo sin condón, pero ya sabe que por ahí no paso.

—¿Puedes dejarlo ya, por favor?

—Si hubiera asesinado a Hugo, se habría manchado de sangre las manos o la ropa, ¿no? —plantea Marilia.

—No necesariamente —contesta Jorge—. Depende de la forma en la que le clavara el cuchillo.

—¡Yo no le clavé nada a Hugo! ¡Solo vine a por los putos condones! —exclama Duque muy enfadado.

—No grites, que luego los vecinos nos escuchan discutir —le advierte Jorge—. Tranquilízate, tío.

Pero Duque no puede más. Se levanta del sofá y, tras dar un puñetazo a la pared, sale del salón. Marilia resopla. Se bebe lo que le queda de ron de un trago y también se incorpora.

—No os preocupéis. Un buen polvo y se le pasará todo. Es así de simple —asegura, y, tambaleándose, apoyándose en paredes y muebles, sigue los pasos de Duque hasta su cuarto.

Iván, Jorge y Rafa respiran más tranquilos después de que la pareja se marche del salón. Está siendo un día muy difícil para todos y las chispas que saltan se convierten en pequeños incendios con excesiva facilidad.

—Siento la bronca con Duque —dice Rafa arrepentido—. Ha sido un calentón. No creo que él asesinara a Hugo. Estoy seguro de que ninguno de nosotros lo hizo.

—Pero alguien lo mató. Alguien que entró en nuestro piso, fue a nuestra cocina y luego a su habitación para clavarle el cuchillo que más tarde abandonó en la calle —medita Jorge, que vuelve a mostrarse muy nervioso—. Los cuatro parecemos sospechosos. ¡Dios! Solo espero que mis huellas no estén en el arma.

—¿Habéis avisado a Javier de que ha aparecido el cuchillo? —pregunta Iván después de darle unas palmaditas a Jorge en el hombro para que se tranquilice.

—Le he mandado un mensaje interno. No quiere que usemos los móviles para hablar con él —responde Rafa—. Si la policía descubre lo que hacemos en la empresa, está perdido. Y nosotros también.

—Él piensa que el culpable puede ser Sergio.

—¿Sergio? ¿Ha vuelto de Australia?

—Ni idea, Jorge. Solo os digo lo que él me ha contado —comenta Iván.

—Se llevaba fatal con Hugo, no se aguantaban desde el principio. Y, desde que ocurrió lo de Aretha, las cosas fueron a peor —apunta Rafa.

—Pero eso fue un accidente. Sergio no tuvo la culpa.

—Ya, pero Hugo siempre lo responsabilizó de todo.

Iván escucha la conversación entre sus dos compañeros de piso sin intervenir. No tiene mucho que decir sobre ese asunto. Sabe de lo que hablan, se lo contaron ellos en una noche de birras y pizzas en la que no estaba presente Hugo. Con él delante, era un tema tabú. La tragedia ocurrió hace casi un año, en febrero. Después del entierro de Dionisio, el padre de Javier y fundador de la empresa para la que trabajan, Sergio llevó a casa a Aretha en coche y tuvieron un accidente. El joven salió prácticamente ileso, con algunas contusiones; ella, en cambio, sufrió graves daños internos. Finalmente, la chica murió.

—¿Desde cuándo no sabéis nada de Sergio?

—Creo que desde que se fue —responde dubitativo Jorge—. Ni siquiera se despidió de nosotros. Te lo contamos, ¿verdad?

—Sí, me lo explicasteis.

Sergio les dejó una nota en la que decía que no soportaba más vivir allí. Abandonaba el trabajo y abandonaba el piso. El fantasma de Aretha lo perseguía y necesitaba irse lo más lejos posible. Nunca había mantenido una buena relación con el resto del grupo y, sin la presencia de Dionisio en la empresa, ya no contaba con nadie que lo apoyara. En realidad, todos admitieron alegrarse de que se marchara, incluido Javier. A los tres días, una agencia se encargó de recoger sus cosas y enviárselas a Sídney. Aquel joven era historia.

—Es uno de los tíos más raros que yo he conocido —reconoce Rafa—. Aunque no entiendo en qué se basa Javier para acusarlo del asesinato de Hugo.

—Por un *e-mail* anónimo que recibió hace una semana. No nos dijo nada porque no quería que nos preocupásemos.

—¿Qué decía ese *e-mail*?

—Que sabía a qué nos dedicábamos y que le habíamos destrozado la vida. Y que se vengaría cuando menos lo esperásemos.

—¡Joder! ¡Nos han pillado! —Jorge se lleva las manos a la cabeza—. ¡Van a ir a por todos nosotros!

—Pero ¿hay alguna prueba de que sea Sergio? —pregunta Rafa, también inquieto.

—No. Javier lo ha supuesto.

—Podríamos investigar. Buscar su rastro en Internet, a ver si encontramos algo. Si ha viajado desde Australia a España, ha tenido que dejar sus datos en alguna parte.

—Seguro, Rafa. Pero te olvidas de una cosa —dice Jorge, que parece muy tenso con la posibilidad del regreso de Sergio—: ese tío se ha dedicado mucho tiempo a lo mismo que nos dedicamos nosotros. No va a ser fácil seguir sus huellas digitales.

CAPÍTULO 35

Jueves, 4 de enero de 2018

Son más de las doce de la noche. La llamada de Vanesa ha dejado muy tocada a Julia. Lleva un buen rato sentada en la cama, mirando por la ventana. La lluvia no cesa y se ha levantado un viento feroz que parece que se está batiendo a puñetazos con los cristales. Su amiga se ha puesto a llorar tras confesarle lo que ha pasado con Ingrid y ella no ha sabido consolarla. Es una situación muy complicada. Una más en su vida. Está tan saturada de malas noticias y de problemas, que le va a estallar la cabeza. El desagradable zumbido ha regresado a sus oídos y no cree que esa noche pueda pegar ojo.

Estaba tan absorta, pensando en la charla que ha mantenido con Vane, que se ha olvidado de Emilio. El joven sigue conectado a Skype cuando Julia mira la pantalla de su portátil. Duda entre hablar o no con él a través de videoconferencia. No tiene buen aspecto. Sin embargo, no quiere que el chico se preocupe y se haga preguntas sobre el motivo por el que no activa la cámara del ordenador. Así que se peina un poco con las manos, se da unas palmaditas en las mejillas para conseguir algo de color en la cara y fuerza una sonrisa que ensaya durante unos cuantos segundos. Lista por fuera, aunque siga rota por dentro. No pretende engañarlo, pero tampoco desea darle lástima. Y tampoco va a revelar nada de lo que pasa con Vanesa e Ingrid.

Le manda la petición y Emilio enseguida la acepta.

—Pensaba que ya no aparecerías. Estaba a punto de mandarte un WhatsApp para darte las buenas noches.

—Perdona. Vanesa está otra vez en el hospital y no se encontraba demasiado bien.

—¿Otra vez? ¿Qué le ha ocurrido?

—La han vuelto a ingresar. Le ha dado un pinchazo muy fuerte en la espalda y tendrán que hacerle pruebas.

—Joder. Pobrecilla. Mañana la llamaré. ¿Cuándo vuelves de la ciudad?

—El sábado o el domingo. Aún no lo he decidido.

—Podríamos ir juntos a verla la semana que viene. Al hospital o a su casa, según donde esté. Mañana me quitan la escayola de la pierna y podré moverme con mayor facilidad.

—¿La semana que viene? ¿No estarás ya en Estocolmo?

—Bueno..., sí. Supuestamente debería estar allí el lunes. Pero tengo muchas dudas, no sé si voy a regresar.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo?

—He roto con Kerstin. Era una de las cosas que te quería contar.

Durante varios minutos, Emilio le explica a Julia lo que ha ocurrido con su exnovia: desde el mensaje en el que rompió con él y le pidió que no le volviera a hablar, a la charla de por la mañana en la que la sueca lo apremió para que se pusiera con el trabajo que debían entregar en unos días.

—¿Entonces no hay posibilidades de que sigáis juntos?

—No. Ella no tiene ningún interés y a mí creo que se me han quitado las ganas por completo. Me duele, no te voy a decir lo contrario. Y la... la quiero. Pero... es mejor asumirlo y continuar adelante.

—Vaya, Emi. Lo siento muchísimo.

La chica ve dolido de verdad a su amigo por la ruptura. Lo aprecia en sus gestos, en la expresión de su rostro. En cómo, nervioso, se coloca bien las gafas una vez tras otra. Lo conoce y sabe que todavía no lo ha asumido.

—¿Y vas a renunciar a lo que tienes en Suecia por no coincidir con ella en clase?

—¿Qué tengo en Suecia, Julia? He perdido a mi novia y seguramente a mis amigos, que en realidad son los de ella. Sin ellos, voy a estar solo en un país difícil para el que no es de allí. Además, no sabes el frío que hace en esta época del año.

—Aquí también hace frío. Y llueve. Mira la que está cayendo ahora mismo.

El chico sonrío, aunque solo durante un par de segundos. Respira hondo e intenta recuperar el ánimo que ha ido perdiendo conforme iba hablando de Kerstin y de su regreso a Estocolmo. Toca pasar página.

—Hay más cosas que debes saber —dice Emilio mientras se quita las lentes y las limpia con un pañito que tiene junto al ordenador—. Ayer vino a verme Ana Rincón, la viuda de Marcos Frade.

—¿El que puso la bomba en la estación de metro?

—Exactamente. Ella es un encanto. Hoy hemos desayunado juntos, me ha llevado a la redacción del periódico en el que trabaja y me ha invitado a comer en su casa.

—¿Qué dices? ¿Te has hecho amigo de esa mujer?

—Es muy agradable, Julia. Y no tiene nada que ver con lo que hizo su marido. También ha sufrido mucho.

—No lo dudo. Lo ha tenido que pasar fatal. Pero ¿por qué has pasado todo el día con ella?

—Como te he dicho, ayer vino a verme. Después, por la noche, hablamos por Skype y quedamos para esta mañana. Creo que se siente culpable por lo que sucedió en el metro.

—¿Y te invita a comer a su casa por eso? ¿Seguro que no hay nada más?

Emilio no responde. Se piensa bien lo que tiene que decir. O esa es la impresión que le da a Julia. El caso es que, de repente, cambia de tema sin contestar a lo que ella le ha preguntado.

—¿Has oído hablar alguna vez de la empresa Viral?

—¿Viral? No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. No es importante —dice el chico al tiempo que vuelve a ponerse las gafas—. ¿Has hablado con tus padres de lo que ha hecho Jona?

—Poco. Solo sé lo que ha escrito la prensa. No he hablado mucho con ellos hoy.

—Yo tampoco sé más que lo que dicen los medios. ¿Qué tal por la ciudad? ¿Tu abuela está bien?

Ahora es la chica la que medita mucho su respuesta. ¿Es buena idea revelarle a Emilio que ha vuelto a ver a Iván y toda la historia en torno al asesinato de Hugo Velero? Es muy tarde y su amigo también ha tenido un día muy intenso. Quizá lo mejor es dejarlo para mañana o contárselo en persona cuando vuelvan a verse. De momento, dispone de margen. La noticia ha salido en los medios, pero no le han dedicado demasiado espacio.

—Sí, está bien. Me ha llevado a jugar unas simultáneas de ajedrez y me ha tenido todo el día viendo series de Netflix —miente la chica para no tener que mencionar su declaración en la comisaría.

—Tu abuela es muy moderna.

—No lo sabes tú bien.

Ahora los dos sonríen. Se contemplan el uno al otro. En esos instantes, recuerdan las mil batallas que han disputado juntos, pero sin decir nada, sin mencionarlas. No hace falta. Solo se observan. Solo conectan a través de sus miradas.

—Te echo de menos, Julia —se sincera Emilio con timidez.

—Emi...

—Es verdad. No sé si ha sido mi culpa, pero nos hemos distanciado demasiado en estos meses. Últimamente, además, te noto muy fría conmigo. Distante.

—He estado así con todo el mundo.

—Pero a mí me duele que nos pase eso. Eres mi mejor amiga. Quizá mi única amiga. ¿No podemos regresar a como estábamos en abril del año pasado?

La chica se pone las manos delante de la cara y desliza los dedos por la frente; después los baja hasta llegar a la barbilla.

—Eso es imposible, Emi. No somos los mismos. Nuestras vidas han cambiado de manera drástica. —Mientras habla, a Julia le dan pequeñas punzadas en el pecho y le zumban los oídos—. Y, si aceptas un consejo, debes volver a Estocolmo. Es lo mejor para ti.

—No lo creo, pero tengo que tomar una decisión antes de que termine la semana.

El chico se ha quedado muy serio. Incluso parece triste. Tal vez esperaba otra respuesta de su amiga. Pero a Julia le ha salido así. No se encuentra bien, ni capacitada ahora mismo para animarlo o decirle que todo va a ir mejor a partir de ahora. No lo sabe. Es más, no cree que las cosas vayan a mejorar próximamente.

—Me tengo que marchar. Es tarde. —A la joven no le apetece continuar con la charla.

—¿No me ibas a contar algo importante?

—No es tan importante. Mañana hablamos, ¿vale?

—Bien. Como tú quieras.

—Buenas noches, Emi.

—Buenas noches, Julia.

La chica apaga la cámara, termina la videoconferencia e inmediatamente se desconecta de Skype. Al final, la charla con su amigo la ha dejado peor de lo que estaba. Aunque la llamada de Vanesa ha sido

la que realmente le ha hecho daño. A ninguno de los dos ha conseguido animar ni consolar. Pero es que ella no tiene fuerzas para eso.

Se levanta de la silla y va en busca de algo que la ayude a distraerse y a pasar el tiempo. Sin embargo, no está ni en el bolso ni en la maleta. Mierda. No se ha llevado el cubo de Rubik a la casa de su abuela. Recuerda que lo puso encima de la cama, pero no debió de meterlo en su equipaje. Su cabeza le falla más de la cuenta. A lo mejor su abuela tiene uno.

En el comedor, la televisión se encuentra encendida, aunque Pilar está tumbada en el sofá, tapada con una manta y con los ojos cerrados. Julia la escucha roncar. El ruido le arranca una sonrisa. Se acerca a ella y le da un beso en la frente. A continuación, coge el mando a distancia y apaga la tele.

—¿Por qué la quitas, querida? La serie estaba muy interesante.

Julia se vuelve y contempla a su abuela, que se sienta en el sofá. La mujer estira los brazos mientras bosteza.

—Estabas dormida. Te he escuchado roncar.

—No, para nada. Es que en ocasiones respiro fuerte. Solo tenía los ojos cerrados.

—No tienes remedio. —La chica sonrío. No va a discutir con Pilar, pero sabe perfectamente lo que ha visto—. Oye, ¿por casualidad no tendrás un cubo de Rubik? No me he traído ninguno y necesito algo que me distraiga. Me va a costar dormir, y no quiero tranquilizantes.

—Sí, tengo uno de los buenos. Espera.

Pilar se pone de pie y camina hasta el armario del comedor. Abre el tercer cajón y encuentra enseguida lo que estaba buscando. Sin embargo, cuando lo tiene en la mano, lo vuelve a guardar.

—Se me ha ocurrido algo mejor —dice la mujer, a la que Julia mira extrañada—. Ven conmigo.

La chica sigue a su abuela sin entender lo que pretende. Su destino es la habitación de Pilar. Entran y la mujer le pide algo que Julia no espera:

—Quiero darte una cosa. Está debajo de la cama, en una caja negra. ¿Puedes agacharte tú? Mis rodillas no lo soportarían.

La joven se agacha para mirar bajo la cama. Enseguida la ve. Sin embargo, no llega hasta la caja de esa manera, por lo que debe tumbarse en el suelo. Estira los brazos, y esta vez sí la alcanza.

—Ten mucho cuidado con ella, querida. Lo que va dentro es tremendamente frágil.

—¿Qué es?

—Ahora lo sabrás.

A Julia le desborda la curiosidad. Se incorpora con la caja en las manos y se la entrega a su abuela con mucho cuidado.

—Vamos a tu habitación a abrirla. Esto es mejor que cualquier cubo de Rubik. Te lo aseguro.

Una vez en el cuarto de Julia, la anciana suelta la caja sobre la cama y abre un cajón del armario. Saca un bonito mantel blanco bordado artesanalmente y lo coloca sobre la mesa. A continuación, recupera la caja negra.

—Es posible que nunca hayas visto algo así —dice Pilar con solemnidad justo antes de quitar la tapa.

—No lo sabré hasta que no descubras el misterio. ¡Me estás poniendo muy nerviosa! ¿Qué hay dentro de esa caja?

La mujer sonríe maliciosa y, por fin, la abre. Aparta la tapa, que suelta sobre el colchón, y le pide a su nieta que mire en el interior de la caja. Al principio, a Julia le cuesta apreciar de qué se trata exactamente, aunque no tarda en averiguarlo.

—Es un puzle. ¿Un puzle de cristal?

—Exacto. No hay muchos. De hecho, es el único que yo he visto en mis setenta y siete años de vida. Es un regalo de mi madre. Se lo trajo una amiga de Praga.

La joven mete la mano dentro de la caja y examina una pieza. Es una especie de pequeño espejo; en él se refleja su propio rostro. Le da la vuelta y se encuentra con un puntito rojo dibujado en un extremo. El resto está pintado de negro.

—¿Qué se ve cuando están unidas todas las piezas?

—Eso deberás comprobarlo tú misma.

—¿Quieres que haga el puzle? ¿Sin imagen de referencia?

—No es fácil, pero eres muy inteligente y tienes una gran capacidad de intuición. Tampoco son muchas piezas. Novecientas, concretamente.

—¿Tú lo has hecho?

—Por supuesto, querida.

—¿En cuánto tiempo?

Pilar vuelve a sonreír, torciendo ligeramente la boca, y, con la mano, le da un toquecito a su nieta en la cabeza. Está divirtiéndose con la situación. Coge la caja y, con mucho cuidado, derrama las piezas encima de la mesa.

—¿Sabes, Julia? Existe una gran semejanza entre este rompecabezas y tú —comenta Pilar, que se ha puesto muy seria—. Eres una especie de

puzle de cristal. Cuentas con todas las piezas para disfrutar de una vida feliz y completa: tienes una familia y muchos amigos que te quieren; eres muy lista, madura y tan joven, que dispones de toda la vida por delante. Tienes buena salud; tus padres no pasan por problemas económicos y te respetan; tu personalidad destaca por encima de las demás y te has convertido en una muchacha preciosa.

—No exageres. Todo eso lo dices porque eres mi abuela.

—Eso lo digo porque es la realidad, querida nieta. Y seguro que todo el mundo que te conoce piensa lo mismo que yo. —Pilar atrapa la cara de Julia con ambas manos y se la acaricia—. Tienes todas las piezas, pero ahora mismo están separadas y revueltas. Y, lo que es más evidente: en este instante, tú eres tan frágil y delicada como los novecientos pedazos de este puzle de cristal.

CAPÍTULO 36

Lunes, 20 de febrero de 2017

La puerta de la habitación de Hugo está cerrada, como de costumbre. Jorge llama y, cuando escucha a su compañero de piso dándole permiso para entrar, lo hace. Encuentra al chico delante del ordenador, escuchando *Mrs. Robinson*, de Simon & Garfunkel.

—Voy al supermercado a comprar, ¿necesitas algo?

Hugo se vuelve para responderle, y Jorge se sorprende al verlo tan pálido.

—No, gracias.

—Tío, ¿te encuentras bien? —dice mientras se acerca preocupado a él —. Pareces sacado de una película de zombis.

—Estoy bien. Un poco cansado de trabajar.

Sin embargo, los ojos de Hugo indican lo contrario. Los tiene rojos e hinchados, como si se hubiera pasado mucho tiempo llorando. A Jorge no le extraña. Hace solo una semana que enterraron a Aretha. La chica finalmente no consiguió salir adelante de las múltiples contusiones y los daños internos que había sufrido en el accidente de coche. Llevaba ocho días ingresada en el hospital cuando su cuerpo se rindió.

—Bueno. Cualquier cosa que necesites puedes pedírmela.

—Lo que necesito no lo encontrarás en ninguna parte.

—En el súper al que voy hay casi de todo —bromea el chico para intentar animar a su amigo.

Pero las palabras del joven del cabello rizado no hacen reír a su compañero de piso. La mirada de Hugo se transforma. Ya no son unos ojos tristes, ahora parecen los de una persona furiosa.

—Jorge, ¿alguna vez te has planteado matar a alguien?

—¿Qué? ¿Matar a alguien?

—Sí. ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza?

—Pues no. La verdad es que no.

—La primera vez tiene que ser muy difícil. La segunda, algo más sencilla —dice Hugo, que habla mientras observa la pantalla de su ordenador—. La tercera vez no creo que cueste más que hacer un huevo frito.

Jorge no comprende a qué viene aquello. Las palabras de su amigo están cargadas de agresividad y parece que van en serio.

—No creo que matar a alguien sea fácil ni la primera, ni la tercera, ni la vigésima novena vez. Tío, hablamos de quitarle la vida a una persona. Es como jugar a ser Dios.

—¿Dios? Dios no existe —comenta Hugo, que sonríe irónico—. Si existiera, mi abuela habría vivido más años. Y yo no habría perdido a mis padres a los nueve meses.

—Yo no sé qué pensar, tío. Es un tema que siempre me ha resultado complicado. Algo tiene que haber.

—Si Dios existe, es un mal Dios. Se lleva de aquí a las personas equivocadas. Debió matar a Sergio y no a la pobre Aretha. Ella no lo merecía.

Jorge traga saliva y se dirige de nuevo a la puerta del cuarto. El tono que Hugo está usando y la forma en que dice las cosas le están intimidando.

—Cómprame uvas —le pide el chico antes de que su amigo se marche. Parece haber recuperado la calma—. De las oscuras, por favor. Son mejores que las verdes.

—Te pillaré un racimo de la frutería.

—Muy bien. Gracias, amigo. Y no me hagas mucho caso. Yo tampoco mataría nunca a nadie.

Cuando Jorge sale del edificio, en dirección al supermercado, está oscureciendo. En pocos minutos se hará de noche. Camina pensando en lo que Hugo le ha dicho. ¿Qué debe de pasar por la cabeza de una persona para matar? No tiene ni idea, pero algún cortocircuito debe producirse en la mente de alguien que le quita la vida a otro. Él jamás lo haría. De eso está seguro.

Entra en la tienda y lo primero con lo que se encuentra en el pasillo de la derecha es la frutería. Empezará comprando las uvas que le ha pedido su amigo. Sin embargo, al sacar el número para esperar su turno, reconoce a alguien en la cola. Jorge se acerca a Sergio, que no lo ve venir.

—Tío, me tenías que haber avisado de que estabas aquí —le dice el chico del pelo rizado a su compañero de piso al tiempo que le da un toque

en el hombro.

—¡Joder, Jorge! ¡Me has asustado!

—Perdona. No pretendía hacerlo. ¿Qué vas a comprar?

—Uvas. De repente me han apetecido mientras volvía a casa.

Jorge abre mucho los ojos al escucharlo. ¡Uvas! Precisamente lo que Hugo le ha pedido que compre.

—Casualmente, yo venía a la frutería a por lo mismo. Me las han encargado en el piso.

—¿Duque? Sé que le gustan.

—No. Hugo.

La expresión en el rostro de Sergio cambia por completo. Sin darse cuenta, arruga y estruja en su mano el tique con el número de su turno. Jorge se percata del detalle y se alegra de ser él quien esté allí y no Hugo. Esos dos cada vez se llevan peor. Solo espera que uno no envenene las uvas del otro.

—¿Crees que alguna vez me perdonará lo que pasó con Aretha? — pregunta Sergio después de un par de minutos en los que no conversan.

—No lo sé, tío. Lo vuestro ya venía de lejos.

—A mí también me gustaba, pero ella lo eligió a él. Había química entre ellos, aunque ya no estuvieran juntos. Entiendo que me culpe, porque yo conducía, pero tengo miedo de que Hugo quiera vengarse e intente hacerme daño.

—Eso no pasará.

—¿Cómo lo sabes?

Jorge va a contestarle, pero no encuentra la respuesta a la pregunta que le ha hecho Sergio. Realmente no lo puede saber. No está dentro de la mente de su amigo, ni es consciente de hasta dónde es capaz de llegar.

—No sé hasta cuándo aguantaré esta presión, Jorge. Tal vez, algún día me vaya y desaparezca para siempre.

—¿Y por qué no te cambias de piso? No es que te esté echando. A mí no me molestas. Pero si no estás a gusto con Hugo, deberías planteártelo.

—Voy a aguantar unos meses. No me apetece ponerme a buscar apartamento ahora, en mitad del curso. Además tendría que encontrar nuevos compañeros de alquiler, porque yo solo no puedo costearme algo decente ahora mismo. El máster ya me sale por un ojo de la cara. La mitad de lo que gano en la empresa se me va ahí.

La voz de un hombre que llama la atención de Sergio interrumpe la charla entre los dos compañeros de piso. Es su turno en la frutería.

—Quiero un racimo de uvas verdes, por favor —dice el chico a un señor de pelo y bigote completamente blancos.

A Jorge se le escapa una sonrisa cuando oye lo que pide Sergio. Uvas verdes. A él también le gustan esas; no como Hugo, que prefiere las oscuras. Al fin y al cabo, aunque tengan cosas en común y hayan compartido sentimientos hacia la misma chica, son distintos. Y quién sabe si algún día conseguirán limar sus diferencias. De momento, lo único que desea es que la sangre no llegue al río. Que haya paz y se respeten en la convivencia.

Pero no todo sale como uno desea. Diez meses y medio después, Hugo es asesinado en el mismo piso que Sergio había abandonado en septiembre sin previo aviso, despidiéndose con una simple nota.

En la madrugada del tres al cuatro de enero, Jorge camina descalzo hasta la cocina. Saca un cuchillo del cajón de los cubiertos y observa la hoja con atención. Se la pasa por el dedo corazón y se corta, aunque no siente mucho dolor. La sangre gotea sobre la encimera y la tiñe de rojo.

Entonces, el chico se da cuenta de que no estaba soñando. No, aquello no era precisamente un sueño.

CAPÍTULO 37

Jueves, 4 de enero de 2018

Es la cuarta lista de Spotify que pone en su ordenador durante las últimas horas. Aunque no ha prestado demasiada atención a ninguna canción, la música la ayuda a concentrarse y a que el silencio no la consuma. Ahora suena *This is me*, de la banda sonora de la película *El gran showman*. Julia tararea el estribillo de manera casi inconsciente.

El puzle de cristal que le ha dado su abuela la ha mantenido despierta hasta ese momento. Son casi las ocho de la mañana y la joven continúa sin despegarse de la mesa de la habitación. La prueba no está resultando nada fácil. Sin fotografía de referencia, fue muy complicado encajar las primeras piezas. Ahora lleva más o menos la mitad del trabajo realizado y se va apreciando la imagen que esconde el rompecabezas. Parece una chica con el pelo largo, vestida de rojo. Poco más puede ver de ella.

Se pone de pie y contempla el puzle desde otra perspectiva. Sentada, la figura de la joven no se ve tan bien. Cuando esté terminado, seguro que es impresionante, pero no haberlo acabado después de tantas horas dedicadas exclusivamente a eso le supone una especie de pequeño fracaso. ¿Es demasiado exigente consigo misma? ¿Cuánto tardó su abuela en completarlo?

No debe agobiarse. Solo es un pasatiempo. Un sustituto de su inseparable cubo de Rubik. Es lógico que no lo resuelva tan deprisa.

—Son muchas piezas —dice en voz alta mientras se frota los ojos—. Por lo menos no se me ha caído ni he roto ninguna.

El tema que suena ahora en el reproductor es *Another day of sun*, de la película *La La Land*, una de sus favoritas. Julia se da cuenta de que está hablando sola y teme empezar a desvariar. Siente que le pesan los párpados, pero se niega a irse a dormir. Si se acuesta, se levantará a las

tres de la tarde y perderá todo el día. Así que se dirige al cuarto de baño, abre el grifo del lavabo y se echa agua en la cara. Se mira al espejo y no puede creer que aquellas ojeras sean reales.

—No me digas que no has dormido nada en toda la noche, querida.

Julia ve reflejada en el espejo la figura de su abuela, que sigilosamente ha entrado en la habitación y se asoma por la puerta del cuarto de baño.

—Tu puzle de cristal me ha tenido en vela.

—Ya me he fijado en que has adelantado mucho —comenta la mujer, que no puede remediar esbozar una sonrisilla.

—¿Te estás burlando de mí?

—No, por supuesto que no. En ocho horas has avanzado bastante.

—En siete. He estado siete horas con el puzle.

—Las que sean. Sin duda, me has superado, querida —admite Pilar, que no aparta la sonrisa de su cara—. Cámbiate y nos vamos a desayunar fuera. Te vendrá bien salir un rato.

A Julia no le parece una mala idea. Desde que regresó ayer de la comisaría, no ha pisado la calle. Se ha pasado casi todo el tiempo metida en la habitación.

—Vale. Dame quince minutos.

—Estaré en el comedor. No tardes, que me muero de hambre.

La chica es bastante puntual y solo se demora un par de minutos más de lo que le dice a su abuela. Cuando entra en el salón, Pilar está viendo la televisión, sentada en un sillón, echada hacia delante, muy atenta. Julia observa también la pantalla. Son las noticias del canal 24 Horas.

—Están hablando del asesinato de Hugo Velero —comenta la mujer—. Acaban de decir que fue apuñalado en su propia habitación y que todavía no hay detenidos, aunque el Grupo de Homicidios de la Policía Nacional está investigando a su círculo más cercano.

—Familia no tiene. Así que imagino que se refieren a sus compañeros de piso y a Rima.

El presentador da por terminada la información y pasa a la siguiente noticia. Casualmente, ahora hablan del intento de suicidio de Jonathan Vila. Una joven reportera, desde la puerta del hospital en el que está ingresado el profesor, asegura que su estado de salud ha mejorado y que su vida ya no corre peligro. A Julia se le erizan los vellos de los brazos al oír aquello.

—¿Nos vamos? —le pregunta su abuela tras apagar la televisión—. Estoy hambrienta.

La chica asiente en silencio y salen del piso. No hablan tampoco en el ascensor. De hecho, Julia no abre la boca hasta que dejan el edificio atrás.

—A veces pienso que todo esto no es real.

—¿A qué te refieres, querida? ¿Qué no es real?

—Mi vida, abuela —responde la joven mientras caminan por la calle—. ¿Cómo me pueden haber pasado tantas cosas negativas en tan poco tiempo? No es normal.

—En realidad, tú solo estabas cerca en el momento en que sucedieron. Pero en realidad no te han pasado a ti. Las víctimas han sido otras personas y sus familiares.

En eso tiene razón. Por mucho dolor que haya sentido en los últimos meses, ella no ha sido la más perjudicada. Ni siquiera salió tan dañada físicamente como Emi, Kerstin y Vanesa el día de la explosión.

—Lo sé, abuela. En el fondo, he tenido suerte. Pero me siento muy rara. Se me bloquea la mente y me entran ganas de llorar continuamente.

—Esta etapa pasará, Julia. Y vendrá otra mucho mejor. Y después habrá otra mala. Y así sucesivamente. Vivirás un montón de cambios y de rachas buenas y malas hasta que seas una señora mayor como yo. Con mi edad se canalizan las cosas de otra manera y te das cuenta de que todo es relativo.

—No eres una señora tan mayor. Solo finges una pose.

Pilar se ríe y se cubre la boca con las manos. Después le da un beso a su nieta en la frente. Ni le lleva la contraria ni le da la razón. Camina unos cuantos metros por la acera, con Julia al lado, hasta que se detiene y abre la puerta de una cafetería.

—Vamos a desayunar aquí. Vengo de vez en cuando. Te recomiendo que pidas un cruasán de chocolate. Son deliciosos.

La chica le hace caso a su abuela y elige el bollo de hojaldre más un café con leche bastante cargado.

—Necesito cafeína para no dormirme durante el día —le explica Julia tras beber un sorbo de su taza—. Espero que hoy no me hayas preparado nada como las simultáneas de ayer.

—¿No te gustó?

—Mucho. Pero mi cabeza no está para esa clase de esfuerzos.

—Deberías jugar más al ajedrez. Eres muy buena. Además, te ayudaría a recuperar la agilidad mental que has perdido en estos meses. Saldrías de ese bloqueo del que me hablas.

—No sé, abuela. ¡Bastante tengo ahora con el puzle!

La mujer esboza una sonrisa y le da un pequeño mordisco a su cruasán. Mientras lo mastica, mira hacia la entrada de la cafetería. Una joven rubia acaba de entrar en el recinto y se dirige a la máquina de tabaco.

—¿La conoces?

—¿Yo? ¿A quién?

—A aquella muchacha tan guapa. La alta que parece una modelo. — Pilar señala a la chica recién llegada.

Julia se vuelve extrañada. ¿Cómo va a conocer a alguien de aquel barrio si no...? Pero sí, sabe quién es ella. ¡La reconoce enseguida!

—¡Es Marilia! ¡La novia de Fran Duque!

—Lo sé. La he buscado en Instagram. No hay muchas chicas que se llamen así y estudien Veterinaria. De hecho, es la única. Por cierto, tiene fotos muy bonitas con animalitos.

—¿También la has *stalkeado* a ella?

—No uses esa palabra. Es muy fea. Yo no espío a nadie.

—¿Y qué hace aquí?

—He quedado yo con ella. Anoche le mandé un mensaje directo — dice la mujer muy sonriente—. Creo que te puede contar muchas cosas interesantes.

—¿A mí?

—¡Claro! Ahora os dejaré solas. Yo no pinto nada en una charla entre jóvenes como vosotras. Seguro que logras que te hable de su novio y de Hugo. A ver si consigues alguna pista.

Julia se pone muy nerviosa. Aquella encerrona no se la perdonará jamás. ¡Su abuela se ha vuelto completamente loca y juega a ser Miss Marple!

—Se te ha ido de las manos.

—Para nada, querida. Bueno, yo me voy. Te espero en casa. Luego me lo cuentas todo —dice la mujer apurando el café. Le da otro beso a su nieta y se levanta de la silla. Marilia ya las ha visto y se dirige hacia ellas.

En el camino, la chica y la mujer se encuentran y se saludan afectuosamente con un abrazo. Dialogan durante casi un minuto, como si se conocieran de toda la vida, ante la atónita mirada de Julia. Le sigue pareciendo inverosímil aquella situación.

—Tu abuela es lo más —dice la joven, que se sienta en el lugar en que antes lo hacía Pilar—. Anoche me mandó un privado por Instagram. ¡Por Instagram! Mi abuela se hace un lío entre el WhatsApp y el blog de notas del móvil.

—Siento que te haya molestado y hayas tenido que venir a...

—¿Molestar? ¡Qué va! ¡Estoy encantada de que quieras dar una vuelta conmigo para que te cuente cosas de mi carrera para el personaje de tu libro de misterio! Nunca he leído una novela en la que la protagonista sea una veterinaria.

Julia intenta disimular la sucesión de pensamientos que le asaltan el cerebro en ese instante. Su abuela no solo ha espiado a esa chica y la ha citado para que hable con ella, sino que se ha inventado el motivo por el que quería que quedaran juntas. ¡Le ha dicho que estaba escribiendo un libro y quería que la asesorara como veterinaria!

—Aunque no tendría que haberte dado vergüenza. Podrías habérmelo pedido tú misma.

—Ya. Es que soy muy tímida.

Marilia suelta una carcajada y observa su teléfono, que acaba de sonar. Cambia la expresión de su rostro y resopla cuando lee el mensaje. No responde y se guarda el aparato en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero.

—Hombres —dice en voz alta—. ¿Has terminado de desayunar?

—Sí. Ya he acabado.

—Bien. ¿Te importa que salgamos de aquí? Me apetece fumarme un cigarro.

Julia se muerde la lengua y no le suelta lo que piensa sobre el tabaco y sus efectos. Prefiere no debatir con ella ni aconsejarla sobre lo perjudicial que resulta fumar. Sabe que no va a lograr nada. Así que se limita a acompañarla fuera de la cafetería y ponerse en el lado contrario al que va el humo.

—Así que tu prota va a ser veterinaria. ¡Qué guay!

—Sí, muy guay.

—¿Y cómo la vas a llamar? Marilia es un nombre precioso, ¿no te parece? —dice la joven rubia mientras le guiña un ojo—. Aunque, si te soy sincera, preferiría que mi nombre lo llevara la mala. Al final, en las novelas de misterio que leo, me olvido siempre de la víctima. Es irrelevante para mí. Sin embargo, me acuerdo de todos los asesinos de los libros. Me atraen los malos. ¿No te pasa a ti?

CAPÍTULO 38

Jueves, 4 de enero de 2018

No puede dejar de mirarse la pierna derecha: se le ha quedado muy fina. Son las consecuencias de haber estado escayolado tantos días. Ahora que ya no tiene el yeso, se nota raro, pero muy aliviado.

—¿Te sientes liberado?

—No te lo puedes ni imaginar. Echaba de menos andar sin las muletas.

—Ahora tienes que hacer ejercicio para recuperar la musculatura —le dice su padre, que es quien lo ha acompañado al médico, mientras suben al coche—. Espero que en Estocolmo tengas un gimnasio cerca de donde vives.

El chico agacha la cabeza y se pone el cinturón de seguridad en el asiento del copiloto. Todavía no ha hablado con sus padres de sus dudas respecto a volver a Suecia. Y se le va agotando el tiempo. La decisión tiene que tomarla pronto, porque el lunes sale su avión.

—En diez días tendré la pierna como siempre. No necesito ningún gimnasio, papá.

—No te sentaría mal un poco de deporte. Por cierto, ¿cómo va el brazo de Kerstin? ¿Cuándo le quitan la férula?

¿Es ese un buen momento para contarle que ha roto con su novia y que posiblemente la semana que viene no coja el vuelo de regreso a Estocolmo? Sí, es un buen momento. En cambio, Emilio prefiere dejar las cosas como están y no le revela el fin de la relación con la sueca.

—Ella tiene una fisura en un lugar complicado. El tratamiento es diferente al mío y debe permanecer más tiempo con la escayola que le han puesto.

—Pobre chica. Me hubiera gustado conocerla mejor. Tráetela en verano cuando terminéis las clases y que pase con nosotros unos días.

Seguro que le encantaría ir a la playa.

El joven no responde. Se inclina y enciende la radio del coche para que su padre no continúe sacando a relucir el tema de su exnovia. Sintoniza una emisora en la que en ese momento suena *La casa no es igual*, de Melendi. Por suerte, Antonio conoce la canción y se entretiene tarareándola mientras conduce. Eso debería de servir para que se olvide de Kerstin y de Suecia durante el trayecto hasta su casa.

Así es. El resto del camino, su padre se lo pasa cantando al son que propone Cadena Dial. Le gusta que esté de buen humor y que entre ellos no haya el mal rollo que existía hasta hace poco. ¿Qué pasaría si volviera a casa? ¿Lo aceptarían él y su madre?

El móvil de Emilio suena cuando entran en el pueblo. Se trata de Ana Rincón. Ha pensado mucho en ella en las últimas horas. Anoche no se conectó a Skype ni le mandó ningún mensaje. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Papá, déjame aquí. Ya voy yo caminando hasta casa —dice el chico, que ha preferido no responder al teléfono con su padre delante.

—¿Estás seguro?

—Sí, necesito trabajar mis piernas. Me vendrá bien andar un rato.

Antonio accede y aparca el vehículo para que su hijo se baje. Son unos dos kilómetros de distancia hasta donde viven. Se despiden hasta la hora de comer y después el hombre se aleja con el coche. Es entonces cuando Emilio le devuelve la llamada a Ana. Esta responde de inmediato.

—¡Hola! ¿Cómo ha ido en el médico? ¿Ya eres libre?

—Sí. Adiós escayola. Me he quitado un yeso de encima.

—¡Bien! ¡Eso hay que celebrarlo! ¿Te apetece una Coca-Cola?

Emilio queda con Ana Rincón en una placita del pueblo. Le sorprende que la mujer quiera volver a verlo e invitarlo a tomar algo. Mientras la espera sentado en un banquito, revisa las redes sociales y lee las últimas noticias en su teléfono. Al parecer, Jona ya no lucha por su vida y se encuentra mejor. No ha conseguido su objetivo, aunque se pregunta si volverá a intentar suicidarse. Seguramente la prisión en la que está encerrado aumentará las medidas de seguridad para evitarlo.

Hay algo que llama la atención de Emilio y que le hace dar un brinco en su asiento: el profesor de Filosofía está en el mismo hospital que Vanesa. O por lo menos ese fue en el que estuvo ingresada tras sufrir los daños de la explosión, hasta que le dieron el alta unos días atrás.

Rápidamente, le envía un WhatsApp a la chica.

«Buenos días, Vane. Julia me dijo ayer que te habían vuelto a ingresar. ¿Cómo te encuentras? ¿En qué hospital estás?».

La respuesta de la joven no llega en los siguientes minutos. Está a punto de escribirle a Julia para preguntarle si ella lo sabe. Sin embargo, anoche las cosas no terminaron demasiado bien entre los dos. Quizá fue demasiado sincero con su amiga y se abrió en canal a destiempo.

¿Qué hace? ¿Le está dando demasiada importancia a algo que no la tiene?

No le cabe duda de que Jonathan Vila estará más que vigilado y custodiado por la policía y que ni siquiera sabrá que Vanesa se encuentra en el mismo hospital que él. Seguramente ni comparten planta. Pero no puede evitar sentirse algo preocupado por la coincidencia.

El tiempo pasa y la chica no responde al WhatsApp. La que sí aparece es Ana. Emilio se levanta del banco nada más verla. ¿Por qué está tan nervioso? Sus nervios se multiplican por mil cuando la mujer se lanza a sus brazos y le da un gran abrazo. Cuando se separan, le arde la cara. Intuye que la tiene rojísima.

—¡Te veo genial sin la escayola!

—¿Sí? ¿Tan mal estaba con ella?

—No, claro que no. Pero me alegro mucho de que te la hayan quitado y ya puedas moverte con más facilidad.

—Todavía me cuesta un poco. Aunque en unos días estaré completamente recuperado.

—Seguro que sí —dice Ana, que no cesa de sonreír—. ¿Nos quedamos en el pueblo o prefieres que vayamos a otro sitio? He aparcado a cinco minutos de aquí.

Emilio se encoge de hombros y opta por que sea ella quien lo decida. Es extraño, pero los nervios continúan ahí, tamborileando en su estómago. Y no lo comprende.

Finalmente, Ana elige tomar algo en el pueblo. Caminan despacio, sin prisa y sin ninguna dirección fija.

—Tú no salías mucho cuando vivías aquí, ¿me equivoco?

—La verdad es que no. Me pasaba casi todo el tiempo metido en mi habitación —responde Emilio mientras se ajusta las gafas—. Iba al instituto y, cuando regresaba a casa, ya no volvía a pisar la calle hasta el día siguiente.

—¿Y los fines de semana por la noche?

—Nada. No me gustan las discotecas ni los *pubs*. Era más feliz en mi cuarto jugando a la consola, escuchando música o viendo series.

—¿Y Julia? ¿No te animaba a que salieras con ella?

Al chico le sorprende la pregunta y no sabe exactamente qué debe responder. Se rasca la cabeza y casi se cae al suelo al tropezar con un pequeño socavón que hay en el suelo. Eso provoca la risa de Ana, aunque rápidamente se preocupa por el joven.

—¿Te has hecho daño?

—No. Tranquila. Lo que me faltaba ahora es lesionarme el otro tobillo.

—¿Te ha puesto nervioso la pregunta? La de Julia, me refiero.

—Bueno...

—Perdona, soy muy cotilla. En ocasiones se me va la lengua y quiero saber más de lo que debo. A veces no me controlo.

—No te preocupes. Julia y yo siempre hemos sido buenos amigos. Solo eso —contesta Emilio, que trata de no alterarse más de lo que ya está—. En el instituto nos sentábamos juntos y luego charlábamos a través de Skype o nos enviábamos mensajes de WhatsApp, cada uno en su casa.

—¿No le gusta salir de noche? ¿Es como tú?

—Sí, en eso es como yo. Ella prefiere leer una novela de Agatha Christie, jugar al ajedrez o hacer el cubo de Rubik para pasar el rato por las noches.

—¿El cubo de Rubik? ¿Es buena?

—Mucho. Lo hace en menos de un minuto. Julia es una chica muy inteligente y tiene una especie de memoria fotográfica.

—Guau. Parece muy interesante.

Emilio asiente con la cabeza. Sí, lo es. La persona más interesante que ha conocido en su vida. Ni siquiera Kerstin ha llegado a su altura, a pesar de que se enamoró de ambas.

—¿Vamos ahí? —Ana señala una pequeña tasca situada en la esquina de la calle—. ¿Has entrado alguna vez?

—No, pero el dueño es el padre de una chica con la que iba a clase.

El propietario de aquella taberna es Hipólito San Juan, el padre de Ingrid. La pareja de Vanesa no es precisamente de su agrado y Emilio se plantea si es buena idea entrar allí. Pero está cansado y no le apetece continuar andando. Además, lo más probable es que su antigua compañera de instituto esté a esas horas en el hospital, acompañando a su novia. Se equivoca.

En cuanto entran en el local, Emi localiza a Ingrid: está fregando vasos detrás de la barra. La joven también lo ve y se lo queda mirando, muy sorprendida. Ya es tarde para echarse atrás y buscar otro sitio.

Ana ha elegido una de las mesas del fondo y el chico la sigue. Se sientan uno frente al otro, Emilio dando la espalda a la barra para no toparse con los inquisitivos ojos de Ingrid. Rápidamente, cae en la cuenta de que habría sido mejor que se sentaran al revés; espera que la chica no reconozca a su acompañante. Si se da cuenta de que ella es la viuda del hombre que provocó la explosión en la estación de metro del aeropuerto, puede montarse un buen lío. Su novia está en el hospital por culpa de aquel tipo.

Afortunadamente, no es Ingrid la que acude a atenderlos, sino su padre. Ana Rincón pide una cerveza sin alcohol y Emilio una Coca-Cola. La mujer se echa hacia delante y habla en voz baja cuando el hombre se aleja de la mesa.

—Ayer me pasé toda la tarde y buena parte de la noche investigando sobre... Viral.

—¿Y qué descubriste?

—Nada —responde Ana en un susurro—. No he conseguido ningún dato sobre lo que puede ser. En Internet solo hay ruido documental y entradas que no llevan a ninguna parte.

—¿No has encontrado ni un solo hilo del que tirar?

La mujer sonríe. Echa mano de su bolso, lo abre y saca una cartera. De ella extrae una tarjeta de visita blanca y verde, con el logo de una sirena de dos colas, que le enseña a Emilio. Este lee en voz alta lo que pone.

— Ibra Cardona, *district manager*.

—Marcos la debió de coger de un Starbucks. Dale la vuelta.

Emilio le hace caso y examina el dorso de la tarjeta. A mano, con un bolígrafo azul, hay algo escrito: «Viral 1158315».

—¿Qué significa esto? ¿De dónde la has sacado?

—De una sudadera de mi marido —responde Ana tras recuperar la tarjeta—. Como no encontraba nada en Internet, me puse a revisar sus cosas para ver si me tropezaba con alguna pista. Y apareció esta tarjeta con la anotación detrás. Intrigante, ¿no?

—Mucho. Pero ¿qué quiere decir?

—No tengo ni idea. Aunque es un primer paso para averiguar qué es Viral y por qué ayer recibí cincuenta mil euros de su parte.

CAPÍTULO 39

Jueves, 4 de enero de 2018

—¿Los cuatro...? Bien... Ahora mismo hablo con ellos. Gracias. Hasta ahora.

Rafa cuelga el móvil y mira inquieto a Jorge y a Iván, que están con él en la cocina, desayunando. Preocupado, se pasa la mano por el cabello y les explica quién ha llamado:

—Era el inspector Cuevas. Quiere que vayamos a la comisaría inmediatamente.

—¿Todos? —pregunta Jorge.

—Sí. Voy a avisar a Duque. En media hora tenemos que estar allí.

—¿Te ha explicado para qué?

—No, Iván. Solo me ha dicho que tenemos que ir cuanto antes.

—¡Joder! ¿Qué querrán ahora? ¡Seguro que han descubierto mis huellas en el cuchillo que encontraron anoche! ¡Joder! ¡Estoy perdido!

—Tranquilo, Jorge. Han solicitado que vayamos los cuatro a la comisaría. Si quisieran detener a alguno de nosotros, habrían venido directamente a casa a hacerlo.

Sin embargo, las palabras de Rafa no tranquilizan al chico del cabello rizado. Teme que sus huellas aparezcan en el arma del crimen. Y eso lo llevaría directamente a ser considerado como el principal sospechoso del asesinato de Hugo.

—Tíos, estoy muy preocupado.

—¡Cálmate ya, Jorge! No tienes nada que temer —insiste Rafa—. Id a cambiaros de ropa. Nos vamos en mi coche en cuanto estéis listos.

Iván se bebe el zumo de melocotón que le queda en el vaso y sale de la cocina. Va hasta su cuarto y abre el armario de par en par.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —le pregunta Jorge, que entra también en la habitación y cierra tras él.

—Claro. ¿De qué se trata?

—Verás, esta noche me ha venido algo a la cabeza. O, más bien, he tenido *flashes* muy confusos. Bueno, no es sencillo de explicar —dice el joven, que no para de gesticular muy nervioso—. Es como si yo hubiera estado allí.

—¿Estado dónde, Jorge?

—En la habitación de Hugo. La noche en que lo asesinaron. Pero no... no estoy seguro.

—¿Cómo que no estás seguro? ¿De qué hablas?

Jorge se revuelve los rizos con los dedos y mira a un lado y a otro, fuera de sí. Iván no entiende el comportamiento de su compañero de piso, que exagera todos sus gestos.

—Esta noche... Esta noche me he despertado en la cocina. Hacía mucho que no me sucedía. Y no sé..., de verdad que no sé si... Es como si mi mente quisiera que recordara... Pero todo es una nebulosa de recuerdos mal hilados y desordenados. Ni siquiera sé qué es real y qué no.

—Jorge, aclárate. No te comprendo.

El chico se sienta en la cama de su amigo y coloca las manos en la frente. Agacha la cabeza y respira hondo. A continuación, alza de nuevo la mirada y se centra en su compañero de piso.

—¿Puedes asegurarme que no fui yo quien estuvo con Hugo en su habitación cuando llegó a casa la otra noche?

—No lo sé. Solo escuché pasos y como se cerraba la puerta. Hugo iba con alguien, pero no tengo ni idea de con quién.

—Joder. Mierda. ¡Mierda!

—Si hubieras sido tú, te acordarías. No entiendo absolutamente nada.

—Soy sonámbulo, Iván —le explica cabizbajo Jorge—. Hacía más de dos años que no me pasaba.

—¿Eres sonámbulo? ¿Desde cuándo?

—Desde pequeño. Pero solo me ocurre muy de vez en cuando. Tú mismo has comprobado en estos meses que duermo como un tronco. Sin embargo, anoche me sucedió. Me desperté en la cocina. Y luego llegaron los *flashes*.

—¿Qué *flashes*?

—Imágenes sueltas: un charco de sangre, el cuchillo en mis manos, la mirada inerte de Hugo... Pero no sé si esto es real o lo ha creado mi mente. Joder, tío. ¿Y si yo lo maté?

Iván se sienta al lado de su amigo, en la cama. Le pone la mano en el hombro y se lo aprieta con fuerza. Cariñosamente.

—¿Y por qué ibas a asesinar tú a Hugo?

—No lo sé. A lo mejor mi inconsciente me lo ordenó.

—No entiendo mucho de estos temas —dice Iván tratando de calmarlo—. Pero no creo que eso funcione así.

—Yo tampoco sé cómo va. Pero he leído en la Wikipedia el caso de un tipo que, sonámbulo, condujo su coche y fue hasta la casa de sus suegros. Primero atacó al hombre y lo dejó inconsciente, y después mató con un cuchillo a la mujer. Cuando despertó, no recordaba haber hecho nada.

—No te creas todo lo que viene en la Wikipedia.

Jorge resopla y se pone de pie. Camina hasta la puerta, la abre y mira una última vez a Iván antes de salir de la habitación.

—Solo espero que mis huellas no estén en ese puto cuchillo.

Media hora más tarde, los cuatro compañeros de piso se dirigen en coche hacia la comisaría de la Policía Nacional. Rafa conduce y Duque va como copiloto. En los asientos de atrás, Jorge e Iván no vuelven a conversar sobre lo que han hablado antes.

—Bien, ¿cuál es el plan ahora? —pregunta Fran, que parece algo enfadado—. ¿Vais a contarle a la poli que estuve en el piso para pillar unos condones?

—Si no me lo preguntan, no diré nada —asegura Rafa—. Tenemos que seguir apoyándonos entre nosotros. No discutamos más.

Aquella respuesta tranquiliza a Duque. El joven de la cabeza rapada apenas ha hablado con el resto de los chicos desde la discusión que mantuvieron durante la noche anterior.

—¿Alguno ha encontrado el rastro de Sergio? —vuelve a intervenir el chico que conduce.

—No. Ese tío se ha guardado bien las espaldas —contesta Jorge—. No he localizado su nombre o sus seudónimos habituales en ninguna parte.

—Seguramente esté usando otras identidades.

—Puede ser, Duque. Era un tipo raro, pero muy bueno en lo suyo. Yo tampoco he averiguado nada de él. Ni aquí ni en Australia —comenta Rafa, que ya busca un lugar en el que aparcar el coche.

—¿Y por sus tarjetas de crédito? —pregunta ahora Iván—. Imagino que desde la empresa se puede acceder a alguna de sus cuentas.

—Lo he mirado. Le pedí ayuda a Javier, que es quien le hacía los ingresos declarables en su cuenta. Pero lo tiene todo capadísimo —explica Jorge—. Por ahí me ha resultado imposible.

—¿Y el móvil?

—Nada. No lo usa desde que se fue a Sídney. Habrá cambiado de número. Lógico. Ni me he molestado en buscar la localización actual del teléfono.

Rafa encuentra un estacionamiento libre en la misma calle en la que está situada la comisaría. Mientras maniobra para aparcar, pregunta por la familia de Sergio.

—No he hablado con ellos —dice Jorge—. Su padre sigue en la residencia de ancianos. La tiene pagada para todo este año. Y su hermano imagino que continúa viviendo en Londres, con su mujer y sus dos hijos, como nos contó Sergio.

—Vamos, que nada.

—Nada de nada. No tengo ni idea de si ha vuelto a España o está todavía en Australia.

—¿Qué esperabais? Ese tío no era tan bueno como Hugo, pero lo hacía muy bien —comenta Duque.

Rafa termina de aparcar el coche y les pide a todos un minuto de atención antes de salir del vehículo.

—No sé si Sergio es el asesino de Hugo, pero nos vendría muy bien a todos que la policía se centrara en él. Nos dejarían en paz durante un tiempo. Así que, si aparece la oportunidad, no dudéis en mencionar lo que pasó con Aretha y lo mal que se llevaban entre ellos. ¿Os parece bien?

—No son tan tontos, tío. Si mis huellas o las de alguno de vosotros están en ese cuchillo, no dudarán en sospechar de nosotros. Ni Sergio ni historias.

—Lo sé, Jorge. Solo hablo de si se nos presenta la oportunidad. Sin ser muy descarados. Que no parezca que los estamos llevando a ese terreno a propósito —insiste Rafa—. Yo no he hecho nada. Y me molesta que me sigan investigando y llamando para declarar.

—Estoy contigo —interviene Iván—. Si les damos un nombre, lo cogerán al vuelo. A mí tampoco me hace gracia todo esto.

—Tenemos la ventaja de saber a qué se dedicaba Sergio en España. Si la policía lo busca, seguro que no lo va a encontrar, por lo que empezarán a sospechar de él.

—Eso que dice Duque tiene mucho sentido —reconoce Rafa—. ¿Todos conformes entonces? ¿Jorge?

El joven del pelo rizado chasquea la lengua y termina aceptando la propuesta de sus tres compañeros de piso.

Los cuatro entran en la recepción de la comisaría y esperan de pie a que los atiendan. La misma funcionaria que presidía aquel mostrador el día anterior les dice que el inspector jefe llegará enseguida.

—¿Cuántos años te caen por asesinato? —pregunta Jorge en voz baja.

—Cállate, capullo —protesta Duque—. Me estoy empezando a hartar de tus tonterías y tus paranoias. Si te has cargado a Hugo, confíésalo ya y no nos hagas dar más vueltas a los demás.

—Tranquilos. No nos alteremos otra vez —les pide Rafa—. Y menos aquí. A ninguno nos conviene que nos vean discutir en plena comisaría.

—Tienes razón. Perdona, Jorge.

—Lo siento, tío. No hablaré más hasta que lleguemos a casa.

Jorge y Duque se dan un apretón de manos y la tensión se rebaja entre ellos.

Pasan los minutos y continúan esperando a que aparezca el inspector jefe Delgado o el inspector Cuevas. En ese tiempo, los chicos prefieren prestar atención a sus móviles antes que iniciar otro debate o intentar adivinar para qué los han llamado.

Pasadas las once y media, un hombre alto y con bigote entra por la puerta de la comisaría ataviado con una gabardina gris. A su lado camina otro más bajito, vestido con un abrigo largo azul marino.

—Venid conmigo —les ordena Claudio Delgado sin tan siquiera saludar a los chicos.

Estos obedecen al inspector jefe y todos se dirigen a la sala de interrogatorios. Cuevas entra el último y cierra la puerta.

—¿Qué sabéis de Sergio Martín Gallardo? —pregunta Delgado, que no se anda con rodeos.

Los cuatro chicos se miran entre ellos desconcertados. No imaginaban que el nombre de Sergio aparecería tan pronto y sin que ninguno de ellos lo mencionase con anterioridad.

—Fue nuestro compañero de piso —indica Rafa, que asume la responsabilidad de contestar—. Pero se marchó a Sídney hace unos meses. Iván ocupó su lugar en el apartamento.

—¿A Sídney? ¿En Australia?

—Sí. No lo vemos desde entonces.

—¿Cuándo fue eso?

—A principios de septiembre —responde Jorge timorato. Le sudan las manos.

Delgado mira a Cuevas y le hace un gesto para que vaya a buscar algo fuera de la sala. A los pocos segundos, el inspector regresa con una

carpeta. Se la entrega a su compañero y este lee para sí mismo una hoja concreta de aquel informe. Los cuatro chicos lo observan impacientes.

—Bien. Tenemos la absoluta certeza de que Sergio Martín no está en Australia.

—¿No? ¿Y dónde está? —pregunta Fran Duque sobresaltado—. ¿Es él quien ha matado a Hugo?

—Difícil, porque lo hemos encontrado muerto en el pozo de una finca abandonada a las afueras de la ciudad —comenta el inspector jefe mientras examina las caras de asombro de los presentes, una por una, para comprobar sus reacciones—. Están haciéndole la autopsia para asegurarnos de que es él y determinar cuándo falleció. Pero todo parece indicar que murió asesinado hace varios meses.

CAPÍTULO 40

Jueves, 4 de enero de 2018

Marilia es una chica peculiar. A veces parece que no se entera de nada. Se muestra ingenua, despistada y demasiado abierta y confiada a la hora de desvelar interioridades. En cambio, en otras demuestra que es una chica inteligente, que sabe lo que quiere y es capaz de llevar la conversación a donde le interesa. A Julia la tiene despistada, aunque no ha cambiado su percepción sobre ella desde la primera vez que hablaron: le cae bien y le resulta interesante.

—Sé que no debería fumar, pero solo son cuatro o cinco cigarros al día. Esa cantidad no mata a nadie, ¿no?

Las dos se han sentado en la terraza de una cafetería del barrio y cada una ha pedido un café con leche. Marilia apaga en un cenicero su segundo pitillo de la mañana. Expulsa el humo hacia un lado, para no molestar a Julia, que está enfrente de ella, y vuelve a retomar el tema por el que supuestamente han quedado. Lleva media hora hablándole sin parar de animales, esterilizaciones y vacunas.

—Creo que tengo todo lo que necesito para el personaje de mi novela —dice Julia, que interrumpe a Marilia justo cuando esta empieza a explicarle los detalles de cómo fue la experiencia de asistir al parto de una yegua—. ¿Cómo van las cosas por el piso de los chicos? ¿Muy tensas?

—Bueno, ya sabes. Son cuatro tíos. ¡Qué se puede esperar en ese campo de testosterona! —exclama la chica, que saca otro cigarro del paquete de tabaco, aunque no lo enciende de inmediato—. Discuten a menudo. Anoche Fran y Rafa tuvieron una bronca bastante gorda.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Pues porque ahora, sin Hugo, ellos son los dos gallitos del corral. Se están disputando el liderazgo del grupo.

—¿Hugo era el líder?

—No siempre ejercía como tal. Pero era muy listo. Cuando había que tomar una decisión importante, su opinión era la que prevalecía. A Fran le cansaba bastante que todo se hiciera como él quería.

—¿No se llevaban bien?

—No, no. Muy bien. Estupendamente. Esto solo me lo contaba a mí —comenta Marilia, que enciende el cigarro y da la primera calada—. Aunque no lo parezca, Fran es un tío bastante sensible.

Julia escucha varios episodios en los que, aparentemente, queda probada la sensibilidad de Duque. Algunos de esos argumentos quizá sobraban, o no tendría por qué saberlos, pero ya va conociendo a Marilia y su espontaneidad. Sin embargo, por muy jugosa que sea aquella información, no le interesa.

—Y la discusión de anoche, ¿cómo empezó?

—De una manera muy masculina: ambos se tocaron los huevos. —Marilia suelta una carcajada—. No literalmente, claro. Fueron las palabras textuales que ellos usaron. En realidad, se quieren mucho. Hugo era al que los dos tenían entre ceja y ceja. Aunque ninguno de los dos se atrevía con él. El único que de verdad le echó narices fue tu novio.

—¿Iván? No es mi novio.

—Ya, ya. No sois novios, pero ese chico está loquito por ti.

Julia bebe de su taza de café y mira hacia otro lado. No piensa hablar de su relación con Iván. Ni de la conexión tan intensa que tuvieron en su día, ni del leve acercamiento que se ha producido ahora entre ellos.

—Nunca lo había visto tan enfadado como el martes —continúa Marilia después de soltar otra bocanada de humo—. Hugo lo llevó al límite el otro día. Le gustaba provocar. Tal vez por eso alguien se lo cargó.

—¿Piensas que Iván pudo...?

—¡No! ¡No quería decir eso! No veo a tu no... a Iván capaz de asesinar a nadie. Es buen tío. Y se tranquilizó bastante cuando Hugo se fue. Incluso se arrepintió de haberse puesto así.

En ese instante, pasa un joven camarero por delante de ellas y Marilia lo llama para que se acerque. Le pide un ron con Coca-Cola y le dedica una de sus seductoras sonrisas.

—No te importa que me tome una copa, ¿verdad? Estoy algo estresada con todo esto y necesito energía extra. Un poco de poción mágica.

A Julia le sorprende que su nueva amiga vaya a beber alcohol tan pronto, pero no se lo dice. No tiene la suficiente confianza con ella como para recriminárselo.

—Todavía no me has dicho por qué discutieron Rafa y Fran.

—¡Ah! ¡Eso! Es verdad... Ambos se acusaron de ser el asesino de Hugo.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Por qué?

—Uf. Porque son estúpidos. Ninguno piensa realmente que el otro sea el responsable del crimen —asegura Marilia, que, mientras habla, examina su móvil—. Rafa es muy amiguito de Rima, a la que, por lo visto, Hugo no trataba muy bien. ¿Sabes quién es Rima?

—Sí. La conocí en la comisaría. Me pareció buena chica.

—No la conozco demasiado, la verdad. El caso es que Fran dejó caer que, para vengar a Rima, Rafa asesinó a Hugo. Una estupidez —reconoce Marilia, que suelta el teléfono sobre la mesa—. Mi novio piensa que Rafa está enamorado de esa chica, aunque él lo niega. Pero no cree de verdad que sea él quien lo mató. Ayer, después de una intensa sesión de sexo, me confesó que no pensaba que Rafa lo hiciera. Por si no lo sabes, un hombre nunca es tan sincero como después de follar. Cuando eyaculan, se comportan como corderitos.

El camarero aparece en el momento en que Marilia termina la frase. Julia agacha la cabeza y da un sorbo a la taza de café, algo avergonzada por las palabras de su amiga. Cuando el muchacho le sirve el ron con Coca-Cola, y se quedan solas otra vez, la charla continúa.

—¿Y Rafa piensa que fue Duque quien asesinó a Hugo?

—No lo creo, aunque lo dijera. A veces se comportan como un matrimonio.

—Además, Fran tiene una gran coartada. Estuvo contigo toda la noche en el hotel, ¿no?

—No.

—¿No?

—No. Salió de madrugada a por condones. —Marilia apaga el cigarro en el cenicero y le da el primer trago al ron. Se limpia la boca mojada con la mano y mira hacia arriba, como si pensara en algo importante—. El caso es que él dice que solo estuvo cinco minutos en el piso. Pero me resulta extraño.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, cuando fue a por la caja de preservativos, yo estaba despierta. Y cuando volví a verlo en la habitación del hotel, había pasado bastante tiempo. Unas dos horas. Dice que cuando regresó yo estaba dormida y no me quiso despertar.

—¿Y te ha contado qué hizo en ese rato mientras dormías?

Marilia se pone seria por primera vez en esa mañana. Se lleva la mano al mentón y se lo acaricia con bastante nerviosismo.

—Ver porno.

—¿Ver porno?

—Sí, eso me confesó ayer cuando volvió de la comisaría. Estuvo viendo porno en la tele del hotel. Sin volumen.

Julia está a punto de soltar una carcajada. Sin embargo, se contiene al ver el rostro preocupado de la chica.

—¿Te lo puedes creer? Reservó una impresionante habitación de hotel con *jacuzzi* para celebrar nuestro décimo mes de relación y el tío se pone a ver porno. ¿Por qué no me despertó cuando llegó del piso con los condones?

—Los tíos son así. —Es todo lo que se le ocurre responder a Julia, que trata de consolarla sin mucho éxito—. ¿Y vio a Hugo cuando fue a por la caja de preservativos?

—No lo sé.

—¿No se lo has preguntado?

Marilia niega con la cabeza y bebe de su copa. Da la impresión de que le preocupa más que su novio viera porno en la tele del hotel que la posibilidad de que Duque pueda ser el asesino de Hugo Velero. Tuvo la oportunidad, eso está claro. ¿Sería él quien le clavó el cuchillo a su compañero de piso?

—Es verdad que esa noche tuvimos buen sexo. Así que se lo perdoné. ¡Pero ya le vale! Ahora no para de mandarme mensajitos bonitos a todas horas para decirme lo mucho que me quiere. ¡Hombres!

Julia ahora sí ríe. Pues sí: sin duda, Marilia es una tía muy particular. Por si tenía alguna duda, aquella conversación lo confirma definitivamente. Y también que es impredecible. Puede salir de cualquier forma, cuando menos te lo esperas. Aunque de aquella charla también es posible hacer otra lectura. De alguna manera, ha puesto a su novio en el disparadero. ¿Queriendo o sin querer? Tal vez ella misma sospeche de él. Lo cierto es que Duque estuvo en el piso a lo largo de la madrugada en la que mataron a Hugo, con quien no mantenía una relación tan buena como podría parecer. Y pudo ausentarse del hotel el tiempo suficiente como para asesinar a su compañero y luego tirar el cuchillo de cocina en la calle, en su regreso.

—¡Algún día tú y yo nos tenemos que ir de fiesta! ¡Sin tíos! ¿Qué me dices?

—Bueno. No sé.

—¿Qué pasa? ¿Me ves muy loca?

Ahora es Marilia la que se ríe a carcajadas. Coge la copa y se la va a terminar cuando suena su móvil. Alguien le acaba de enviar un WhatsApp.

—Seguro que es él otra vez. ¡Qué pesado eres, Duquecito!

—¿No lo vas a mirar?

—No. Paso. Toda mi atención es para mi amiga Julia —dice Marilia, que empieza a arrastrar algunas palabras al hablar.

—¿Y si es importante?

—Pues que se vaya a la mierda. Si es importante ya...

El sonido del teléfono interrumpe a la joven rubia, aunque esta vez es el de Julia el que suena. Esta sí que comprueba quién es la persona que le escribe. El corazón le da un vuelco cuando lee lo que le han enviado.

—Dios. Es Iván.

—¿Y qué quiere ahora tu novio? Deberías pasar de él. O no, mejor liaros de nuevo.

Julia ignora las palabras de Marilia.

—Están en la comisaría. Los cuatro. Ha aparecido el cuerpo de Sergio, el chico que vivía en el piso antes que él.

—¿Estás de broma?

Un nuevo WhatsApp de Iván llega al móvil de Julia. La chica lo lee en voz alta para que Marilia también se entere de lo que dice:

«El cuerpo de Sergio estaba en el interior del pozo de una finca abandonada a las afueras de la ciudad. Ahora están haciéndole la autopsia. Aunque lo más extraño es que la policía ha descubierto su localización a través de un anónimo que alguien les ha enviado. Al parecer, lo asesinaron hace varios meses».

CAPÍTULO 41

Jueves, 4 de enero de 2018

Continúan sentados en la taberna del padre de Ingrid, tomando un refresco. A Emilio le ha quedado clara una cosa: el dinero que ha recibido Ana Rincón tiene algo que ver con su difunto marido. Que Marcos anotara la palabra «Viral» en aquella tarjeta es la prueba definitiva. Aunque todavía no sepan qué significa aquel nombre ni el número que aparece apuntado a continuación.

—Emi, hay algo que me da mucho miedo de todo esto.

—¿El qué?

—¿Y si Marcos era un sicario?

—¿Un sicario?

—Sí. He pensado que la empresa Viral puede dedicarse a contratar a personas para que maten a otras. Por eso no aparece en ninguna parte en Internet, ni está registrada. A lo mejor el dinero que me entregaron ayer fue el pago por un servicio prestado por Marcos en la estación de metro.

—¿Y por qué te lo dieron a ti?

—Porque Marcos lo dispuso así. Sabía que iba a morir en el aeropuerto y dejó el cobro a mi nombre.

El joven piensa lo que Ana dice. Tiene bastante sentido. Aunque si aquel hombre era una especie de sicario, ¿a quién tenía orden de matar? Por suerte, nadie, salvo él mismo, falleció en la explosión. Además, si no cumplió con su cometido, ¿por qué se lo han pagado? Continúa habiendo demasiados cabos sueltos y elementos inexplicables en aquel asunto.

—¿Ya sabes qué vas a hacer con el dinero?

—No sé si debo utilizarlo, Emi. Por lo menos hasta que aclare de dónde viene y cómo se ha conseguido.

—Tendrás que seguir tirando del hilo.

—Sí. No te voy a negar que me viene muy bien para pagar ciertas deudas y créditos que tengo pendientes —comenta Ana, que se echa hacia atrás en su silla—. Y me gustaría hacer un viaje y quitarme de en medio una semanita.

—¿Adónde quieres ir?

—A Suecia —responde la mujer, y después le guiña un ojo—. Es broma. ¿Cómo van las cosas por Estocolmo?

—Igual. No he vuelto a hablar con Kerstin. Y mis padres aún no saben que he roto con ella y que tengo muchas dudas sobre si regresar o no.

—Problemas, problemas y más problemas. ¿Por qué no hacemos algo divertido ahora que ya puedes andar?

—¿El qué?

—Ve pensándolo mientras voy al baño —le propone Ana, que se levanta y, al pasar por su lado, le acaricia cariñosamente su pelo azul.

Emilio se estremece al sentir los dedos de la mujer en su cabeza. Otra vez se pone nervioso y el corazón empieza a latirle muy deprisa.

Esa sensación dura poco. Hasta que ve a Ingrid salir de detrás de la barra del bar y dirigirse directa hacia él como si fuera un misil. La expresión de su cara no es precisamente la de alguien que vaya a mostrarse simpático o agradable.

—¡Viñales! ¿Qué coño hace esta tía aquí? ¿Os estáis riendo de mí? —dice la joven alzando la voz.

—Ella no ha hecho nada malo.

—¿Me tomas por tonta? ¿Creías que no la iba a reconocer? Esta es la tía que estaba casada con el hijo de puta que puso la bomba en el metro.

—Repito: Ana no ha hecho nada malo ni tiene nada que ver con lo que sucedió en el aeropuerto.

—¿Que no? ¡Su marido le ha destrozado la vida a Vane! Y tú tienes los huevos de venir aquí con ella.

—Te quiero recordar que yo también estaba en la estación cuando estalló la bomba.

—¡Peor me lo pones! ¡Aunque tú ya no tienes nada, mi novia está ingresada en el hospital otra vez!

Emilio está a punto de responderle que, a pesar de que ya se ha curado, la explosión también ha tenido consecuencias muy negativas para él. Sin embargo, Ingrid está muy enfadada y todo lo que le diga va a empeorar las cosas.

—¿Cuántos te saca? ¿Quince años? ¿Veinte? —pregunta la chica mientras se cruza de brazos—. ¿No es un poco mayorcita para ti?

—¿Qué dices? Estás loca.

—¿Loca? Loco estás tú. ¡Podría ser tu madre! Me he fijado en cómo la miras. Cómo te ríes con ella. ¿Tú no estás con una sueca?

—Paso de ti, Ingrid.

—¿Le pones los cuernos a tu novia? Joder.

El chico se niega a llevar la conversación a ese terreno. Se levanta de la silla y camina hacia los baños.

—Eras menos patético cuando ibas detrás de la sabelotodo de Julia. ¡Te has enamorado de la viuda de un asesino, capullo! —grita Ingrid mientras retrocede hasta la barra.

Hipólito, que ha escuchado el final de la discusión, le ordena a su hija que se meta inmediatamente en la cocina y no salga hasta que él se lo ordene. La chica protesta, pero finalmente obedece.

Emilio espera en la puerta del baño a que aparezca Ana. Esta tarda un par de minutos. Cuando ve al joven, se da cuenta de que algo ha pasado.

—Tienes mala cara. ¿Qué ha sucedido?

—Vámonos de aquí.

—¿Adónde?

—Adonde sea.

La pareja se acerca a la barra para pagar, pero Hipólito les dice que no hace falta, que invita la casa. Y le pide disculpas a Emilio por la actitud de Ingrid.

—No entiendo nada. ¿Me puedes explicar qué ha pasado mientras estaba en el baño? —le pregunta Ana ya en la calle.

—¿No lo has oído?

—¿Qué tendría que haber oído?

El joven le explica la situación que acaba de vivir en el bar, excepto la parte en la que Ingrid le acusaba de ser infiel a Kerstin y le aseguraba que se había enamorado de Ana. Aquella chica nunca le ha caído bien, pero a partir de ahora intentará no cruzarse más con ella.

—No te preocupes. Me he acostumbrado a que la gente piense todo tipo de locuras. Si esa chica, además, es la novia de Vanesa, entiendo que me vea como a una especie de terrorista.

—No tendríamos que haber entrado en ese sitio. Lo siento.

—¿Tú estás bien?

—Sí, más o menos. Ha sido bastante desagradable.

La mujer sonríe y le acaricia la cara antes de entrar en el coche. Emilio se ruboriza y suelta un resoplido. Ocupa el asiento del copiloto, se pone el cinturón de seguridad y reflexiona sobre todo lo que le ha soltado Ingrid. ¿Será verdad que mira a Ana de esa manera? Se siente muy cómodo y a gusto a su lado. Pero ¿amor? ¡No! ¡Por supuesto que no es amor!

—¿Te ha dado tiempo a pensar en algo divertido que podamos hacer ahora para olvidarnos del mundo?

—No sé si me apetece hacer algo divertido.

—Pues hacemos algo aburrido. También me vale.

Emilio es ahora quien sonríe. ¿Cómo puede alguien creer que Ana ayudó a su marido a preparar el atentado en la estación de metro? Quien piense algo así es que no la conoce. A él le han bastado solo dos días para descubrir lo increíble que es aquella periodista.

—¿Sabes qué me apetece realmente? —pregunta la mujer después de arrancar el vehículo.

—Sorpréndeme.

—Estar en el coche contigo y escuchar música hasta que nos cansemos.

—Me parece un plan perfecto.

—¿Sí? Pues elige tú la emisora.

El chico va probando cadenas de radio hasta que encuentra un tema que le gusta. Lo que suena es *Viva la vida*, de Coldplay. Y después, *Mi historia entre tus dedos*, una versión de Vanesa Martín y Sergio Dalma. Y luego, canciones de U2, de Maldita Nerea, de Laura Pausini, de El Barrio... Y durante un buen rato se olvidan del mundo y solo hablan de música.

Hasta que Emilio recibe un WhatsApp. Muy sorprendido, y sin saber cómo ella ha obtenido su número, lo lee:

«Hola. Soy Ariadna, la hermana de Omar, el director de *El Pulpo*. Si estás con ella, no le hagas caso ni le cuentes nada importante. Te está utilizando. Solo eres información para Ana. No es tan buena como parece. Debes creerme, Viñales».

CAPÍTULO 42

Jueves, 4 de enero de 2018

—Esto se pone cada vez más interesante. Con todos los respetos para ese chico que ha aparecido muerto y su familia.

Pilar se frota las manos para mantenerlas calientes mientras intenta ocultar una sonrisilla entre las arrugas que se acumulan alrededor de su boca. Julia le acaba de contar lo que Iván le ha escrito a través de WhatsApp. También le ha relatado con todo detalle su charla con Marilia. La mujer ha ido tomando notas en la libreta en la que va apuntando los detalles de aquel caso.

—No tiene nada de interesante, abuela. Hay por ahí alguien suelto que mató a Sergio hace unos meses y que ahora ha asesinado a Hugo.

—¿Por qué piensas que es la misma persona?

—¿Tú crees que hay dos asesinos? ¿Como en el caso del Asesino de la Brújula?

—No tengo ni idea, querida. Pero hay asuntos que me preocupan mucho en esta historia —dice Pilar mientras observa la hoja relacionada con Duque—. Alguien sabía que habían matado a Sergio y dónde se encontraba oculto su cuerpo en este tiempo. ¿Quién? ¿Cómo estaba enterado? ¿Por qué no ha dicho nada hasta ahora?

Julia no tiene respuestas para las preguntas de su abuela. Los acontecimientos han tomado un rumbo totalmente inesperado.

—Seguramente estamos hablando de la persona que lo mató. Y que ahora ha matado a Hugo.

—No sé, querida. Hay muchos detalles que no me cuadran y que me chirrían bastante. Aunque estoy convencida de que la policía está haciendo muy bien su trabajo y pronto sacará conclusiones.

—Eso lo dices con la boca pequeña, ¿verdad? ¡Menos mal que tu hijo es sargento de la Guardia Civil!

Pilar vuelve a sonreír y se levanta del sillón en el que está sentada. Julia la sigue con la mirada, hasta que sale del comedor. Al minuto regresa con una cesta de mimbre de la que sobresalen dos largas agujas de tejer. La chica la observa desconcertada.

—No me mires así. Te estoy haciendo un jersey —dice Pilar, que vuelve a sentarse en el sillón en el que estaba antes—. Lo he empezado esta mañana, mientras charlabas con Marilia.

—¿En serio tienes ganas de ponerte ahora a hacer un jersey?

—¡Claro! Tejer me ayuda a pensar. Será mi regalo de Reyes para ti.

¡Los Reyes! Son pasado mañana y ella ni siquiera se ha planteado todavía comprarles algún regalo a su abuela y a sus padres. Aquellos días están siendo tan convulsos que hasta se ha desentendido completamente de una tradición de la que siempre ha disfrutado.

—Es mucho trabajo. No hace falta que me lo hagas.

—¡Por supuesto que hace falta! Este invierno va a ser muy fresco. Ya lo verás. Me lo dicen mis viejas rodillas Y no hay nada mejor para combatir el frío que un jersey de lana hecho a mano.

—Bueno, si te ayuda a pensar... Gracias.

—Como diría mi queridísimo detective Hércules Poirot, aunque Agatha Christie tomó prestado el concepto de Conan Doyle, hay que poner a trabajar a las células grises continuamente. Y cada uno tenemos nuestra manera.

Eso que dice su abuela le recuerda a Julia que el puzle de cristal la está esperando en la habitación. De repente, le entran unas ganas enormes de seguir completando la imagen de aquella chica vestida de rojo. Es una buena forma de desbloquear su mente y mantenerla activa.

—Me voy un rato al cuarto. ¿Me avisas para comer?

—Estoy preparando unas buenas lentejas con chorizo. Te vendrán estupendamente. Necesitas hierro para recuperar fuerzas.

La chica no protesta. Aunque lentejas con chorizo es la comida que menos le apetece del mundo, menos aún le apetece discutir con su abuela ahora mismo. Así que Julia se marcha del comedor sin rechistar. Entra en su habitación y cierra la puerta. Camina despacio hasta la mesa en la que está el puzle y lo contempla de pie. Le sorprende que todavía haya tantas piezas sin colocar. Allí hay mucho trabajo por hacer. Suspira resignada, pone música en el portátil y, a continuación, se sienta en la silla, delante del rompecabezas.

Allá va de nuevo, a ritmo de Hans Zimmer y sus mejores bandas sonoras.

Sin embargo, cada vez que alcanza una pieza y observa el puzle, tiene dificultades para mantener los párpados levantados. Sus ojos se cierran durante periodos cada vez más largos. Hasta que por fin se duerme. Ni se da cuenta. La noche en vela le pasa factura.

El sonido de su móvil es lo que la despierta. Está apoyada sobre la mesa, encima del puzle, aunque, afortunadamente, no ha tirado ninguna pieza de cristal al suelo. Extrañada, repara en que son casi las dos de la tarde. Después ve que Vanesa es la autora del WhatsApp. Bosteza y abre el mensaje.

«Estoy fatal. Me duele mucho la espalda. ¿Tienes algo que hacer esta tarde? Podrías venir a verme. Te echo de menos».

El hospital está al otro lado de la ciudad. Julia tardaría más de una hora en metro o en autobús. Además, está cansada y en alerta por si Iván vuelve a ponerse en contacto con ella. Pero Vanesa es muy especial y si se encuentra postrada en la cama de una clínica, en parte es por su culpa. Eso le duele. Y también le duele y le fastidia que las cosas sigan empeorando. Que la vida no les dé ni un solo respiro. Siente la presión en sus sienas y los oídos vuelven a zumbarle.

Julia mira fijamente la imagen incompleta de la joven de rojo y se acuerda de la comparación que hizo su abuela. Sí, realmente ella tiene mucho que ver con aquel puzle de cristal y su evidente fragilidad. Pero le toca luchar y enfrentarse a su debilidad. Aunque lo más sencillo sería tirar la toalla, no va a rendirse. Por más que le cueste y se tenga que pelear con su propio destino.



A las dos de la tarde, Iván y sus compañeros de piso abandonan la comisaría. El inspector jefe Delgado les ha planteado multitud de preguntas relacionadas con Sergio Martín, el chico que ha aparecido muerto en el pozo de una finca abandonada y al que él no llegó a conocer. Por esa razón apenas ha intervenido y ha dejado que sus tres amigos respondieran a la mayoría de las cuestiones.

Nada más pisar la calle, cada uno toma un camino diferente. Rafa comenta que va a ver a su tío para asegurarse de que las cosas están bien y no va a cambiar de opinión respecto al piso. Jorge tiene planes en otro

lugar de la ciudad, aunque no les cuenta nada más. Por su parte, Duque ha quedado con Marilia, que no le ha revelado todavía que por la mañana ha estado con Julia tomando café y algo más.

Iván regresa caminando a casa. Se agazapa en su abrigo para protegerse del frío y le atrapa la melancolía. Es consciente de que le encantaría escuchar su voz. Tal vez no sea una buena idea. No quiere molestarla o que piense que la está acosando. Los errores del pasado se hacen visibles en el presente. Pueden perdonarse, pero no se olvidan. Sin embargo, esta vez las ganas le pueden. Saca el móvil y la llama.

Julia responde al tercer *bip*.

—Hola, Iván. Me pillas a punto de sentarme a comer.

—Vaya. Si quieres, te llamo luego.

—No, no te preocupes. Las lentejas de mi abuela pueden esperar un poco. ¿Qué tal?

—Bien. Bueno, todo lo bien que puedo estar después de lo que está pasando. Y tú, ¿cómo estás?

—Medio dormida. Acabo de despertarme de una siesta improvisada. Tengo los horarios un poco cambiados.

Julia le cuenta que se ha quedado dormida encima de un puzle de cristal que su abuela le dio anoche para entretenerse cuando él se marchó.

—¿Le has sido infiel a tu cubo de Rubik?

—Solo un par de veces. Le daré todo mi cariño en cuanto vuelva al pueblo.

—¿Cuándo regresas?

—Todavía no lo sé. El sábado o el domingo.

—Me gustaría verte antes de que te vayas. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

Lo ha soltado sin pensar, aunque sabe que lo más probable es que reciba una negativa por parte de Julia.

—Voy a ir a ver a Vanesa al hospital —responde de forma muy seca la chica.

—¿Está ingresada otra vez?

Desde el otro lado de la línea no le llega más que silencio. Un silencio que a Iván le resulta familiar y no le da buenas vibraciones.

—¿Otra vez? ¿Cómo sabes que estuvo ingresada antes? No recuerdo habértelo contado —dice la joven en tono desafiante.

—Julia, estoy al día de todo. Sé lo que os pasó en la estación de metro.

—¿Cómo? Nuestros nombres no aparecieron en la prensa.

—Me lo dijo mi madre. Se enteró en el pueblo. Ya sabes que allí no hay secretos. ¿Qué le pasa a Vane? ¿Secuelas de la explosión?

—Ayer hizo un gesto brusco y empezó a dolerle mucho la espalda. Le están haciendo pruebas.

—¿Puedo ir contigo al hospital? Me gustaría verla.

De nuevo otro de esos silencios que Iván conoce perfectamente. Sin que Julia responda, ya sabe lo que va a contestar.

—No es una buena idea. Vane no quiere saber nada de ti. Perdona por ser tan sincera.

—Tú tampoco querías y, sin embargo, estás hablando conmigo ahora.

—Iván, no seas idiota, por favor —replica molesta—. Eso ha estado fuera de lugar.

—Tienes razón. Lo siento. No tenía que haber dicho eso. Pero de verdad que me gustaría verla y aclarar las cosas también con ella.

—Ahora no es el momento. Está mal, Iván. Ya tendrás la oportunidad de hablar con Vane y que lo solucionéis.

—Quizá no haya otro momento.

—¿Por qué dices eso?

Iván siente como se le hiela la mano izquierda, que es con la que sostiene el móvil. La ha llamado porque quería escuchar su voz. Porque pensaba que entre ellos las cosas habían mejorado. Pero se ve que no es así y no tiene ganas de discutir. Julia se muestra a la defensiva continuamente.

—Da lo mismo. Oye, estoy a punto de llegar a casa. Ya hablaremos.

—¿Cómo ha ido en la comisaría? ¿Novedades?

—No. Muchas preguntas y pocos avances. —La apatía que siente se cuele en su voz—. Julia, espero que Vanesa se mejore. De verdad. No soy tan malo como pensáis.

—Yo no pienso que seas malo. Pero...

—No sigas. Déjalo ahí. Te mantengo informada si recibo noticias nuevas. Hasta luego.

El joven cuelga y no permite que Julia se despida. En cuanto se guarda el móvil en el bolsillo del abrigo, se arrepiente de haber sido tan poco amable con ella. Pero ya es tarde para solucionarlo. No le apetece volver a llamarla, ni escribirle. Después lo hará. O no. En ocasiones se cansa de sí mismo, y aquella es una de esas veces.

¿Podría haber hecho las cosas de otra manera?

No, salió así. Y ya no hay marcha atrás. A partir de ahora, deberá luchar contra su pasado. Todos sus pasados.



Jorge examina su móvil y luego echa un vistazo al edificio blanco que tiene frente a él. Allí es, en la quinta planta. Respira hondo y camina hacia la puerta principal, que está abierta. Un hombre bajito y con gafas lo recibe. El chico imagina que es el conserje.

—¿Adónde va, señor?

—Al piso cinco —comenta el joven del cabello rizado—. Me están esperando.

—Muy bien.

El hombre bajito lo acompaña hasta el ascensor, le abre la puerta y pulsa el botón del cinco, aunque no sube con él. Los veinte segundos en los que Jorge está dentro de aquel cubículo le sirven para replantearse si aquello que va a hacer es apropiado. Puede que esté a punto de explicarle a un perfecto desconocido lo que pasó en la madrugada del martes al miércoles. Espera que aquel tipo por lo menos sea discreto. Ha leído críticas de todo tipo en Internet. No puede negar que siente miedo. Mucho miedo de que aquel hombre le cuente a todo el mundo que Jorge Hurón asesinó a Hugo Velero. Pero es el camino que ha escogido y no puede seguir dando pasos hacia atrás.

CAPÍTULO 43

Domingo, 13 de noviembre de 2016

—Voy a la cocina a por un vaso de agua. ¿Te traigo algo?

—Con que vuelvas pronto me conformo.

Hugo y Aretha se sonríen y se dan un beso en los labios. A continuación, el chico se pone un bóxer y una camiseta de manga corta y sale de su habitación, dejando a la joven tumbada en la cama. Llevan todo el fin de semana juntos y prácticamente solos. A excepción de Jorge, el resto de los compañeros de piso han pasado el sábado y lo que ha transcurrido del domingo fuera de la ciudad.

Desde el pasillo huele a beicon. No se equivoca. Cuando entra en la cocina, descubre a su compañero de cabello rizado empuñando una sartén en la que fríe un par de lonchas bastante largas.

—Las dos y cinco de la tarde. Buena hora para despertarse —dice Jorge cuando advierte la presencia de su amigo—. Estoy preparando una hamburguesa Hurón especial. ¿Quieres una?

—No, gracias. No me entra nada todavía.

Hugo abre el frigorífico y saca una botella de su interior. Se echa el agua en un vaso y se la bebe de un trago.

—¿Aretha sigue en casa?

—Sí, está en mi cuarto.

—¿Se quedará a comer?

—No lo sé. No le he preguntado. Aunque... voy a romper con ella.

Jorge suelta la sartén y mira incrédulo a su amigo. ¿Realmente acaba de escuchar que va a dejarlo con Aretha? ¡Sería como si se separaran Christine Taylor y Ben Stiller!

—Tío, ¿me estás hablando en serio?

—Sí. Muy en serio.

—Pero si vosotros habéis nacido para estar juntos hasta que la muerte os separe —dice Jorge, que no puede asimilar la noticia—. Sois la pareja más perfecta que conozco.

—Nos tienes demasiado idealizados. No existen las parejas perfectas.

A Jorge le sorprende que su compañero de piso hable con tanta frialdad. No sospechaba que tenían problemas entre ellos y, mucho menos, que fueran a terminar la relación.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

—Ahora. En un rato. Llevo preparándome todo el fin de semana. No es fácil encontrar el momento adecuado.

—Ya. Lo imagino.

—Pero tengo que hacerlo. Es lo mejor para los dos.

—¿Ya no la quieres?

Hugo se piensa la respuesta. Se echa otro vaso de agua y esta vez solo bebe un pequeño sorbo. Guarda la botella en el frigorífico y se sienta sobre la encimera.

—No es eso, Jorge. Siempre querré a Aretha. Hay una fuerte conexión entre los dos desde que nos conocimos. Posiblemente no encuentre jamás a alguien con quien comparta esa química.

—¿Entonces? ¿Por qué vas a cortar con ella?

—No soy capaz de serle fiel —responde rotundo Hugo.

Jorge se vuelve a quedar atónito con las palabras de su amigo. En ese instante, el humo empieza a invadir la cocina. Se le está quemando el beicon. Se apresura a apagar la vitrocerámica y resopla aliviado al contemplar que se ha dado cuenta a tiempo.

—Llevamos más de un año juntos —comenta Hugo mientras abre la ventana para deshacerse de aquella humareda—. Pero si he estado con otras personas en estos meses, es señal de que no estoy enamorado. O, al menos, no de la manera en la que yo entiendo el amor.

—No te comprendo, Hugo. Ella es maravillosa y está enamorada de ti. ¿Cómo has sido capaz de serle infiel?

—No soy una buena persona, Jorge. Ya lo sabes.

—Eso no es verdad, tío. Eres igual de bueno y de malo que yo.

Hugo sonrío y, de un salto, baja de la encimera. Se termina el vaso de agua y le da una palmada a su amigo en la espalda.

—Voy a darme una ducha. Que te aproveche tu hamburguesa Hurón especial.

—Gracias, tío. Luego te preparo una, para que lleves mejor las penas —responde mientras pone en la sartén cebolla picada—. ¡Ah! Se me

olvidaba. Antes vino Javier.

—¿Y qué quería?

—Hablar contigo. Le dije que estabas ocupado. Luego te llamaré.

Hugo cabecea asintiendo y sale de la cocina. En su habitación, Aretha sigue tumbada en la cama, completamente desnuda. El chico se sienta en el colchón y, pensativo, mira hacia la ventana.

—¿Eso que huele es beicon? —pregunta la chica, que gatea hasta el borde de la cama para acomodarse a su lado.

—Sí, Jorge se está haciendo una hamburguesa.

—¿Me has pedido una?

—¿Tienes hambre?

—¡Muchísima! Te recuerdo que no he desayunado nada —dice Aretha, que muerde en el hombro a Hugo. Sin embargo, el joven no reacciona y ni siquiera le sonrío—. ¿Te pasa algo, amor? Te noto raro. ¿Estás preocupado?

Los ojos de él se clavan en los de ella y la joven prevé que algo malo va a contarle. Conoce esa mirada. La ha visto antes y nunca ha sido presagio de buenas noticias.

—Dímelo ya, por favor. Sin rodeos —le ruega Aretha, que cubre su cuerpo desnudo con una sábana.

—Te quiero mucho...

—Me estás asustando.

Hugo suspira. Agacha la cabeza y esta vez no se atreve a mirarla a los ojos. Se pone de pie y lo suelta rápido, sin pestañear.

—Necesito un tiempo. Quiero que dejemos lo nuestro durante una temporada.

—¿Qué? ¿Estás rompiendo conmigo?

—Sí. Bueno, imagino que sí.

—¿Por qué? —pregunta desconcertada Aretha, que empieza a llorar—. Acabamos de hacer el amor. Estamos muy bien. Este ha sido un gran fin de semana. ¿Qué ha sucedido para que quieras dejarlo?

Hugo le da unas cuantas excusas, aunque en ninguna menciona que le ha sido infiel varias veces. No le quiere hacer daño con eso. Piensa que, si le revela que se ha acostado con otras personas desde que salen juntos, se sentirá mucho peor.

—No quiero perderte. Eres muy importante para mí. —El joven toma las manos de Aretha entre las suyas—. Pero esto es lo mejor para los dos.

La chica no responde. Se zafa de las manos de Hugo y busca su ropa interior entre las sábanas. Mientras se viste, el chico la observa en

silencio. Es la persona más bonita que ha visto en su vida y a la que más ha querido. Y, pese a ello, está completamente seguro de la decisión que ha tomado.

La joven se pone su abrigo y sale de la habitación a toda velocidad. Él camina detrás, sin rogarle que se quede. De hecho, cree que lo mejor es que ella se vaya. En el pasillo se cruzan con Jorge y con Sergio, que acaba de llegar. No saluda a ninguno. Tampoco Aretha, que se marcha del piso sin despedirse de nadie.

Es el final de otro capítulo.

—Tío, lo has hecho. Te has atrevido —le dice Jorge.

—¿Que se ha atrevido a qué? —pregunta Sergio.

—No es asunto tuyo. Me voy a dar una ducha.

Hugo vuelve sobre sus pasos y cruza el pasillo a la inversa, para ir hasta su habitación. Pero no lo hace solo. Sergio no se conforma con la respuesta que le ha dado; necesita saber más.

—¿Qué le has hecho a Aretha para que se haya marchado así?

—No le he hecho nada. Y no es algo que te importe.

—¡Claro que me importa! Es mi mejor amiga —se queja el joven, que entra en la habitación de Hugo tras él.

Los dos se detienen y se miran fijamente a escasos centímetros uno del otro. No es la primera vez que tienen un encontronazo desde que viven juntos y trabajan para la misma empresa.

—¿Es tan difícil que te olvides de Aretha y de mí?

—Si no viviéramos bajo el mismo techo, ni repararía en tu existencia. Pero a ella la quiero como si fuera una hermana. ¿Qué le has hecho?

—Conmover. Hemos roto. Ya no estamos juntos. ¿Contento?

El semblante de Sergio cambia al escuchar las palabras de Hugo. No es que sonría abiertamente, pero la expresión de su rostro refleja cierta satisfacción.

—Es la mejor noticia que me han dado en años. Aretha no se merecía a un tipo como tú.

—Espero que no te aproveches de la situación. Ella no está enamorada de ti ni lo va a estar.

—No temas por eso. De momento, solo me tendrá ahí para lo que necesite.

—¿Para robarle sus cosas? —pregunta Hugo. Ahora es él quien esboza una sonrisa sarcástica—. ¿Creías que no lo sabía?

Aquella acusación coge desprevenido a Sergio, que se queda paralizado. Va a responderle, pero no le salen las palabras. Ni siquiera

logra balbucear una frase de protesta.

—Lo sé desde que estuvimos en la casa de campo de Dionisio y Javier en el verano del año pasado. ¿Cleptomanía? ¿Fetichismo? ¿Robar por robar?

—Cállate. No sabes de lo que hablas.

—¡Cállate tú! Si no he dicho nada hasta ahora ha sido porque Aretha es tu amiga y porque resultas tan patético como inofensivo. Solo eres un vulgar ladronzuelo. Si te denunciaba, también le hacía daño a ella — comenta el joven, que se quita la camiseta y el bóxer sin importarle que su compañero de piso esté delante—. Pero te juro que, como me entere de que le haces algo malo o intentas ponerla en mi contra, todos se enterarán de tu gran secreto. ¿*Capisci*?

CAPÍTULO 44

Jueves, 4 de enero de 2018

Su abuela se ha ofrecido a acompañarla, pero Julia ha preferido ir sola al hospital a visitar a Vanesa. Al final, las lentes le han sentado bien y se siente con energías renovadas. Y eso que la conversación telefónica con Iván no ha ayudado mucho. Pero empieza a acostumbrarse a que las charlas con él le terminen dejando un sabor agrí dulce.

Se ha decidido a ir en metro. Mientras escucha en sus auriculares *La lluvia*, de María Villalón, cierra los ojos y se queda dormida. Apenas son seis o siete minutos, pero le da tiempo a soñar con Aurora. La chica que murió asesinada en mayo va vestida solamente con una blusa blanca que le llega por las rodillas. No habla ni se mueve, hasta que, lentamente, se lleva el dedo índice de la mano derecha a la boca, pidiendo silencio. Una escena similar a la introducción de la serie *Pequeñas mentirosas*.

Julia se despierta sobresaltada. Tiene muchísimo frío en el pecho y la respiración entrecortada. La señora que está sentada a su lado se da cuenta y le pregunta si se encuentra bien.

—Sí, solo ha sido una pesadilla. Gracias.

—Freud decía que los sueños son una ventana a nuestro inconsciente y una manifestación de nuestros deseos y ansiedades —le dice la mujer, que rondará los sesenta y tantos años—. ¿Has visto alguna película de miedo últimamente?

—No, que yo recuerde —responde Julia, que pone cara de póker.

—¿Tienes fiebre?

—Tampoco.

—Bien. Entonces, posiblemente estés estresada por algo. Las pesadillas se producen muchas veces por una acumulación de estrés o de ansiedad.

—Eso sí es verdad. Estoy bastante estresada.

—Eres muy joven para sentirte así. Libera tu mente y no les des tanta importancia a las cosas. Hazme caso —dice la mujer al tiempo que se pone de pie—. Es mi parada. Encantada de conocerte.

—Igualmente. Gracias por el consejo.

El metro se detiene y la señora se baja después de dedicarle una última sonrisa a Julia. Si no fuera una auténtica locura, pensaría que a aquella mujer la ha enviado su abuela. Hablan y hasta sonríen igual.

Sin embargo, ha dado en el clavo. Está estresada. E ir a ver a Vanesa no es precisamente la mejor manera de quitarse el estrés de encima. Además, también le está pasando otra cosa: tener el puzle de cristal a medio hacer le provoca cierto malestar e incomodidad. Esa noche, si los acontecimientos se lo permiten, lo terminará. Y no se detendrá hasta que lo consiga.

Antes de llegar a su parada, recibe un mensaje de WhatsApp que le arranca una gran sonrisa. Es de su madre.

«¿Cómo está la mejor hija del mundo? Y no lo digo porque seas mi única hija. Papá y yo te echamos de menos, aunque tu abuela nos ha pedido que te dejemos con ella unos días más. Hasta el 2028. Si necesitas cualquier cosa, llámame».

A pesar de lo que ha sucedido, sus padres le han dado libertad para quedarse en la ciudad o regresar al pueblo. No han hablado mucho del asesinato de Hugo Velero ni de la relación que ella tenía con la víctima. Aunque sabe que están al tanto de todo, o casi, por parte de su abuela Pilar, que los mantiene informados.

«Hola, mamá. Estoy bien. La abuela me ha preparado lentejas para comer y he dormido algo de siesta. Ahora mismo estoy yendo a ver a Vane, que está ingresada otra vez. Cuando regrese, te llamo y te cuento las novedades. Un beso».

Prefiere no explicarle por WhatsApp lo de la aparición del cuerpo de Sergio, antiguo compañero de piso de los chicos con los que vive Iván.

Busca en su móvil si la noticia ya ha inundado Internet. Y es así, pero todavía nadie la ha relacionado con el asesinato de Hugo. Si no hay filtraciones, es lógico que no se enlacen los dos casos. Además, en la prensa solo se dice que han hallado un cadáver en el interior de un pozo en las afueras de la ciudad; aportan pocos datos más. En las redes sociales también han comenzado las especulaciones, aunque Julia no ha leído ninguna teoría que se acerque a la realidad.

Una vez fuera de la estación de metro, el viento la despeina continuamente. Entonces se da cuenta de cuánto echa de menos tener el pelo corto, y algo parecido a la melancolía se cuele en su mente. Se abrocha el abrigo para protegerse del aire frío y se dirige a la calle en la que está ubicado el hospital. Son diez minutos a pie. Más que de sobra para darles vueltas a los numerosos temas que almacena en su cabeza. Julia repara en una cuestión que demuestra que no todo funciona como debería en su vida. Y es que en las últimas horas ha tenido conflictos con Ingrid, Emilio e Iván por diferentes motivos. Es cierto que ninguno de ellos se lo ha puesto fácil. Pero también lo es que ella antes no discutía casi nunca y que su carácter actual le genera más conflictos con los demás.

¿Necesita cambiar o aquello es una racha pasajera que finalizará cuando todo vuelva a tranquilizarse?

Más preguntas sin respuesta. Quizá solo se trate de dejarse llevar.

Según se aproxima a la clínica, empiezan a caer algunas gotas. La chica se apresura para llegar a la entrada del hospital sin mojarse mucho. Sin embargo, desde la escalera que conduce hasta la puerta principal, contempla dos coches patrulla de la Policía Nacional. Se detiene en el sexto escalón y divisa a una mujer y a un hombre, uniformados, que conversan muy serios. Deduce que alguien a quien han detenido está siendo atendido por los médicos. No le da mayor importancia y entra en el edificio.

En el mostrador de la recepción la atiende una señora alta y con gafas que le indica amablemente hacia dónde debe dirigirse. Pero, al darse la vuelta, Julia ve a un hombre mayor cuyo rostro le resulta muy familiar. Su memoria no tarda en ubicarlo y en dar con su identidad. Y si antes, en el metro, al despertarse de la pesadilla, sufrió un gran sobresalto, lo que experimenta en ese instante lo supera con creces. El mayor problema surge cuando aquel señor también la reconoce a ella.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le pregunta desde lejos el hombre, que arrastra los pies al andar.

Guillermo, el padre de Jonathan Vila, camina hacia Julia con el ceño fruncido y los ojos inyectados en sangre. La chica teme sus intenciones, aunque rápidamente comprende que allí no puede hacerle nada. Está rodeada de gente y de personal del hospital.

—¿No te bastó con acusar a mi hijo de un crimen que no había cometido? ¿Has venido a comprobar por ti misma si se ha muerto para reírte de nosotros?

Julia entiende enseguida lo que sucede. A Jonathan lo han hospitalizado allí después de su intento de suicidio. Por eso están los dos coches patrulla de la Policía Nacional en la entrada. La maldita casualidad ha hecho que Vanesa y su exprofesor de Filosofía estén ingresados en la misma clínica.

Aunque la joven piensa muy rápido, le cuesta reaccionar. Tartamudea mientras mira a un lado y a otro, buscando una alternativa; un lugar para huir en caso de que la cosa se ponga fea. Aquel hombre no va a alcanzarla si sale corriendo. Pero esa es su última solución.

—Señor Vila... Verá... No estoy aquí por su hijo —dice Julia, que tiembla al hablar—. Ha sido una... coincidencia.

—¿Coincidencia? Claro. Eres una mala persona.

Y sin mediar más palabras, Guillermo Vila se abalanza sobre ella. Lo hace de una forma lenta y poco ágil. Así que Julia logra esquivarlo sin excesivas dificultades y corre hacia el ascensor, que acaba de abrirse. El padre de Jonathan la observa hecho una furia, pero no la persigue. La puerta se cierra y la joven suspira aliviada. Pulsa el tres y se inclina, apoyando las manos en las rodillas, para recuperar el aliento.

¿Qué acaba de pasar? ¡Aquello no ha sido una pesadilla! Se las ha tenido que ver con el padre del asesino de Aurora, que sigue convencido de que su hijo es inocente.

Al salir del ascensor, se encuentra un largo pasillo, con un sinfín de puertas a izquierda y a derecha. Está bastante concurrido. Distingue a miembros del personal hospitalario, que van de un lado para otro. También a algunos enfermos, que caminan con el gotero o se desplazan en sillas de ruedas, acompañados de sus familiares. Aquella escena no es la mejor para su estado de ánimo. Una enorme tristeza la atrapa y, durante un par de minutos, se queda pegada a la pared, inmóvil. Sin ganas de nada.

La habitación de Vanesa es la 327, al final de aquel pasillo. Saca fuerzas de donde no las tiene y se dirige hacia allí.

¿Sabrá su amiga que está en el mismo hospital que Jonathan?

La puerta está cerrada. Saca el móvil y lo pone en modo avión para que no haya interrupciones. El tiempo que esté con ella, se lo va a dedicar en exclusiva. Toca con los nudillos y una voz femenina la invita a pasar. La chica abre y entra en la habitación. Julia ve a su amiga en la cama ubicada al lado de la ventana. La otra está vacía. En una silla se encuentra sentada la madre de Vanesa, que se levanta de inmediato para recibirla.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! —grita Gloria muy contenta. Y se dan un abrazo y dos besos—. Muchas gracias por venir.

—Estando en la ciudad, no podía dejar de hacerlo. ¿Cómo estás, Vane?

—Regular.

Su aspecto deja mucho que desear. Su voz suena débil. Tiene unas ojeras kilométricas y sus ojos están más cerrados que abiertos. Sonríe a medias. Cuando abraza a Julia, suelta un gemido de dolor que no puede contener.

—Voy a bajar a tomarme un café —dice Gloria tras coger su bolso—. Os dejo solas un rato, chicas.

La mujer sale de la habitación y Julia ocupa la silla en la que antes estaba sentada ella. Se queda mirando a su amiga sin saber muy bien qué decir.

—Me he tomado unos calmantes para el dolor hace un rato, así que me tienes que perdonar si no estoy muy activa... Por Dios, me doy pena a mí misma. Parece que me esté muriendo. No es para tanto. Aunque no me encuentro muy bien.

—¿Te duele mucho la espalda?

—Me duele todo, Julia. La espalda, lo que más. —Vanesa hace otro gesto de dolor al colocarse una almohada detrás—. Me siguen haciendo pruebas para ver qué es lo que pasa.

—Joder. No sabes cuánto siento que estés así.

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa.

Vanesa estira el brazo y Julia le coge la mano. Se la acaricia en silencio durante unos cuantos segundos.

—¿Cómo están las cosas con Ingrid?

—Igual. No hemos hablado ni ha venido a verme. Solo nos mandamos mensajes de WhatsApp.

—Lo arreglaréis. Ya verás.

—No lo sé. Ahora mismo... todo es complicado. Me cuesta pensar.

La chica cierra los ojos. Julia escucha su respiración relajada y piensa que se ha dormido. Continúa acariciándole el brazo. La mira fijamente mientras lo hace y le entran unas inmensas ganas de llorar. Se promete a sí misma que no va a derramar ni una sola lágrima frente a ella. Ojalá la situación fuera diferente. La vida es muy caprichosa. Hace unos meses, ni se podían ver. Se odiaban. Ahora se quieren mucho, son amigas, inseparables. Hasta que ocurrió lo del metro. Aquella explosión lo ha cambiado todo. Y, para colmo, su novia le da un ultimátum.

—¿Sabes? Creo que Ingrid piensa que estoy enamorada de ti —suelta de repente Vanesa, sin abrir los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué piensa eso?

—Porque tal vez sea verdad.

Ninguna de las dos habla más en los siguientes diez minutos. Vane se duerme y Julia asimila lo que acaba de escuchar. El silencio se prolonga hasta que la puerta de la habitación se abre. Gloria regresa de tomar su café, aunque llega acompañada.

—Mirad a quién me he encontrado en el pasillo.

La voz de su madre despierta a Vanesa, que sonrío cuando contempla al chico que ha ido a visitarla. Julia, en cambio, se queda de piedra. Se le remueve algo por dentro. Y es que, desde el día en que estalló la bomba en el aeropuerto, no había coincidido en el mismo espacio con su querido Emilio Viñales.

CAPÍTULO 45

Jueves, 4 de enero de 2018

Emilio no se ha despegado en todo el día de Ana Rincón. Incluso han vuelto a comer juntos. Le encanta su compañía y escucharla hablar de todo. Están en la ciudad y se dirigen en coche al hospital en el que Vanesa permanece ingresada. La chica le contestó hace un rato al mensaje que le envió por la mañana y le confirmó que se encuentra en el lugar de la otra vez. Por tanto, ella y Jonathan Vila comparten la misma clínica. Ese dato, sin embargo, ha preferido no revelárselo a su acompañante, que aparca cerca de aquel enorme edificio blanco.

—¿Quieres que te espere? Luego puedo llevarte otra vez a casa.

—Genial. Muchas gracias. Dame una hora.

—Mándame un WhatsApp cuando estés listo. Mientras, iré a hacer unas compras por aquí. Hasta luego.

El joven baja del vehículo y se despide de Ana. Camina deprisa porque la lluvia empieza a caer con más fuerza. Cuando entra en el hospital, reconoce a Guillermo Vila, el padre del que fue su profesor de Filosofía. El hombre está discutiendo acaloradamente con un patrullero de la Policía Nacional en la recepción. No quiere que lo vea allí, así que toma la decisión de armarse de paciencia: esperará y, cuando se le presente el momento oportuno para cruzar el vestíbulo hasta el ascensor, lo aprovechará. En el mensaje, Vane le indicó que estaba en la habitación 327, por lo que tiene que subir hasta la tercera planta.

Aunque sabía que habían llevado a Jonathan a ese hospital tras su intento de suicidio, no imaginaba que encontraría allí a su padre. Aquel hombre ha concedido un par de entrevistas después de la condena de su hijo a diecisiete años de cárcel. En ellas mantenía que era inocente y que los testigos, el jurado y la policía habían estado condicionados por la

opinión pública. Aseguraba que lo habían declarado culpable antes de comenzar el juicio.

Emilio aguarda detrás de una columna de la entrada a que Guillermo se marche o se dirija a otra zona del hospital. Aquellos cinco minutos que lleva de pie no le vienen nada bien a su tobillo recién recuperado. Además, se siente cada vez más cansado. El tiempo que ha estado con la escayola y la falta de musculatura en la pierna derecha le están pasando factura.

No espera más. Caminando muy rápido, casi corriendo, atraviesa el vestíbulo y llega al ascensor. Por suerte, el padre de Jonathan no lo ha visto. Resopla aliviado y sube hasta la tercera planta.

Justo antes de que se abra la puerta, suena su móvil. Es un WhatsApp de Kerstin. No sabe con lo que se va a encontrar ni si está preparado para asumirlo. Por eso duda entre leer el mensaje en ese momento o hacerlo cuando se marche de aquel sitio. Opta por lo primero, aunque enseguida se arrepiente.

«Hola. Necesito saber si vas a hacer el trabajo conmigo. Y lo necesito saber ya. Dime algo para buscarme otro compañero o no. Quiero sacar buena nota y casi no nos queda tiempo para entregarlo».

¿Siempre ha sido así de fría o es que ahora que no están juntos es cuando se ha dado cuenta? Parece que solo le importe ese estúpido trabajo. Emilio se muerde el puño para no gritar de desesperación.

Pero aún falta un mensaje más.

«Por cierto, espero que haya ido bien lo de la pierna. No se me ha olvidado que hoy te quitaban la escayola».

Bueno, algo es algo. Por lo menos se ha interesado por él. Aunque el primer WhatsApp le ha molestado mucho. Está a punto de responderle que se busque a otro y que no le vuelva a nombrar aquel trabajo, pero justo en ese instante escucha su nombre. La madre de Vanesa acaba de salir del ascensor y avanza hacia él.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclama la mujer antes de darle dos besos.

—Hola. ¿Cómo está su hija?

—Tirando. No ha pasado una buena noche. Aunque le va a encantar tu visita. ¿Has quedado con Julia?

—¿Con Julia? No. ¿Por qué?

—Ella está con Vane ahora mismo. Llegó hace un ratito.

En un segundo, el chico se olvida del enfado por el anterior WhatsApp de Kerstin y se convierte en un manojito de nervios. No coincide con Julia en persona desde el día de la explosión. Su amiga no ha ido a su casa a visitarlo y solo se han visto a través de Skype. No está muy seguro de que aquel sea el mejor lugar para un reencuentro, pero ya no hay marcha atrás.

Gloria acompaña a Emilio hasta la habitación 327. La mujer abre la puerta y el chico ve a las dos jóvenes cogidas de la mano.

—Mirad a quién me he encontrado en el pasillo —dice muy alegre la mujer.

Vanesa sonríe desde la cama. Julia, en cambio, parece una estatua de sal. Emilio se da cuenta de la sorpresa que se ha llevado, aunque no sabe cómo interpretar la expresión de su cara. ¿Ha sido una sorpresa positiva o negativa? El joven se acerca primero a Vane y le da dos besos. Después hace lo mismo con Julia, que no se muestra demasiado entusiasmada.

—Muchas gracias a los dos por venir. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. De verdad, muchas gracias.

Las palabras y la sonrisa de la joven conmueven a su madre, que vuelve a salir de la habitación para darles más espacio a los dos chicos que han ido a visitar a su hija. Julia se levanta y le cede la silla a Emilio, que no acepta sentarse. La joven insiste y, finalmente, el joven termina accediendo.

—¿Cómo está tu pie después de quitarte la escayola? —pregunta Vanesa mientras se recoloca la almohada de la espalda para estar más cómoda.

—Bien, aunque me canso mucho al andar. He perdido toda la musculatura de la pierna derecha.

—Debes tomártelo con calma. Aunque tienes suerte de haberte recuperado tan pronto. ¡Mira cómo estamos otras!

El chico sonríe y mira de reojo a Julia, que no mueve ni un músculo de la cara. ¿Qué estará pensando? La conversación que mantuvieron ayer por la noche fue bastante extraña y terminó de una manera un poco rara. Se arrepiente de haberle contado que la echa de menos y de confesarle que la notaba muy fría con él. Tal vez su actitud tan errática es por ese motivo.

—Bueno, estáis muy callados. ¡Contadme algo! ¿Qué tal el mundo exterior? No sé nada de nada desde que me metieron aquí ayer por la

tarde.

Julia y Emilio se miran. Ambos tienen bastantes cosas por contar. Pero ninguno se atreve a hacerlo. Es finalmente el chico el que se decide a hablar.

—Han ingresado a Jonathan en este hospital.

—¿Qué? ¿En serio? ¿En qué planta está?

—No lo sé. Pero su padre discutía con un policía nacional cuando yo he llegado.

—Yo también lo he visto —dice Julia, que se apoya en la otra cama para estar más cómoda—. Y él me ha visto a mí.

—¿Te ha dicho algo?

—Me ha insistido en que Jona es inocente. Después me ha insultado y se me ha echado encima. Por suerte, he conseguido esquivarlo y llegar hasta el ascensor.

—¡Joder! ¡Ese hombre está igual de loco que su hijo! —exclama Vanesa, que inmediatamente siente un pinchazo en la espalda que la hace retorcerse de dolor.

—No te exaltes. —Julia se acerca a ella y le da la mano de nuevo. La otra chica se la aprieta.

Emilio observa la sonrisa que sus amigas intercambian entre ellas. De repente, tiene la sensación de que Julia ha cambiado de persona de confianza, de que, durante el periodo en que él ha estado fuera, Vanesa ha ocupado su lugar.

—No me preocupa que Jonathan y su padre estén por aquí. No van a hacerme nada.

—A mí sí que me preocupa un poco. Esa gente es impredecible —comenta Emilio—. Aunque imagino que estarán vigilados por la Policía Nacional.

—Yo he visto dos coches patrulla aparcados en la entrada de la clínica —añade Julia.

—¿Veis? Está todo bajo control. No hay motivo por el que alarmarse. Además, yo no declararé en el juicio. No tienen nada en mi contra. Si fueras tú la que estuvieras aquí, sí habría que tomar más precauciones —reconoce Vane refiriéndose a su amiga.

—De todas maneras, no me fío mucho. Habría que avisar. No por Jona, sino por su padre. Ese hombre me da miedo —insiste Emilio—. ¿Tú qué piensas, Julia?

—Tampoco me gusta que Guillermo Vila esté rondando por el hospital. Pero a Vane no le hará nada. En todo caso iría a por mí.

—Podemos hablar con tu madre, para que lo tenga en cuenta. Así minimizamos los riesgos.

—Quizá, si se lo decimos a Gloria, se preocupe de más, ¿no? Bastante tiene ya —comenta Julia—. Ese hombre no está para muchos trotes y no creo que conozca a Vane.

—No avisar a nadie de lo que pasa es una imprudencia.

—No lo veo así, Emi. Y mira que yo soy previsora.

Vanesa observa a sus dos amigos como si estuviera en un partido de tenis. Le da la impresión de que sucede algo entre ambos. Emilio y Julia discuten sin discutir. Ninguno alza la voz ni suelta ninguna palabra ofensiva contra el otro. Pero hay tensión.

—¿Estáis enfadados por alguna razón? —interrumpe Vanesa a la pareja—. Porque, si es así, este es un buen momento para hacer las paces.

Tanto Emilio como Julia se ruborizan. El chico se ajusta las gafas y la chica se cruza de brazos, nerviosa. Ni uno ni otro responden a la pregunta que les ha hecho su amiga.

Tras unos instantes de confusión, la puerta de la habitación se abre y ambos respiran aliviados. Gloria entra en el cuarto con un paquete envuelto en las manos.

—Os he traído algo de comer —dice la mujer mientras deposita la merienda sobre la cama libre—. Espero que os guste.

Gloria quita primero el hilo del envoltorio y luego aparta el papel para descubrir una bandeja con una docena de pastelitos.

—Los he comprado en la panadería que hay en la esquina. ¡Adelante! ¡Coged uno!

Ni Emilio ni Julia se atreven a ser el primero, aunque a los dos aquellos dulces les han entrado por los ojos. Además, huelen muy bien.

—¡Vaya dos! Si yo me pudiera levantar... ¡Estáis muy atontados hoy!

Emilio chasquea la lengua y se levanta para coger uno de chocolate. Se lo mete entero en la boca; y lo hace con tan poca pericia que se mancha la nariz y la comisura de los labios. Julia lo ve y suelta una carcajada. Por primera vez desde que están los dos juntos en aquella habitación, se ríe. El chico también esboza una sonrisilla y le ofrece la bandeja a su amiga. Esta elige un pastelito de nata y se lo come. Se miran y se sonríen.

—Yo quiero uno. ¿Puedo? —pregunta Vanesa, que intenta incorporarse un poco.

Pero cuando su madre va a acercarle los dulces, los cuatro escuchan un gran escándalo en el pasillo de la tercera planta. Emilio y Julia se

asoman a la puerta y contemplan a varios médicos y enfermeros corriendo.

No tienen ni idea de lo que está pasando, aunque no tardarán demasiado en enterarse de que Guillermo Vila se ha rajado el cuello con un bisturí, al lado de la habitación en la que continúa ingresado su hijo.

CAPÍTULO 46

Jueves, 4 de enero de 2018

Cuando Iván llegó al piso, hace unas horas, estaba vacío. Se puso ropa más cómoda, se tumbó en el sofá del salón y se cubrió con una manta. Encendió la tele y poco después se quedó dormido.

Se despierta con el sonido de la puerta principal abriéndose y cerrándose. Al escuchar las voces de un chico y una chica, se incorpora y se peina con las manos. Rafa no tarda en entrar en el salón acompañado de Rima. La joven está riéndose por algo que le ha dicho su amigo, aunque, en cuanto ve al otro joven, se pone seria y se limita a saludarlo con la mano. Iván le devuelve la cortesía con idéntico gesto.

—Tienes cara de dormido —le comenta Rafa, que se sienta en uno de los sillones. Rima, por su parte, ocupa el que está más cerca.

—Lógico. Me acabo de despertar. Ni siquiera he comido. ¿Qué tal con tu tío?

—Bien. Las cosas seguirán como están. Me ha preguntado si buscaremos otro compañero de piso para pagar el alquiler.

—¿Lo haremos?

—No sé. Ni lo había pensado. Tendremos que hablarlo entre todos. No han pasado ni cuarenta y ocho horas desde que...

Rafa no termina la frase y mira a Rima. La chica se frota las manos nerviosa y baja la mirada hacia el suelo. A Iván le encantaría saber qué es lo que está pasando por su cabeza. ¿Alivio? ¿Tristeza? ¿Sentimiento de culpa?

—¿Jorge y Duque no han vuelto?

—No. Siguen por ahí. Llevo solo desde que llegué al piso.

—Jorge está muy raro. Siempre ha sido un tío muy peculiar, pero en estos días se está superando.

—Han asesinado a un compañero de piso. Es normal que se comporte así —dice Rima, que habla por primera vez.

—Creo que está más tenso porque la policía pueda sospechar de él que por la muerte de Hugo —opina Rafa mientras saca su móvil del bolsillo del pantalón—. Por suerte, ni Delgado ni Cuevas han vuelto a reclamarnos que vayamos a la comisaría.

—Lo harán cuando tengan la autopsia de Sergio —comenta Iván—. ¿Quién pudo matarlo?

—Ni idea. Espero que no lo hicieran Jorge o Duque.

—¿Por qué alguno de ellos querría matar a Sergio?

Un sonido estridente como el de un taladro se escucha en ese instante en el interior del piso. Alguien está llamando al telefonillo del 8F. Iván se levanta a abrir. Le preocupa encontrar, al otro lado, a algún miembro de la Policía Nacional. Pero no es un agente.

El aspecto de Javier sigue siendo igual de deplorable que el día anterior. Resulta evidente que todavía no se ha recuperado de la muerte de Hugo.

—Iván, ¿qué tal? ¿Puedo pasar?

—Claro, jefe.

El hombre entra y se encuentra en el salón con Rafa y Rima. Estos se han cambiado de sitio y ahora están sentados juntos en el sofá. A Javier se le nota enseguida que no le agrada la presencia de la chica. De hecho, ni siquiera se molesta en saludarla.

—Tengo que hablar con vosotros. A solas.

—Yo me voy ya —dice Rima levantándose del sofá rápidamente.

—No, tranquila. Quédate aquí —le pide Rafa, que agarra a la joven de la mano y tira de ella para que se siente otra vez—. Vamos a mi habitación.

Javier e Iván lo siguen hasta su cuarto. Los tres forman una especie de triángulo y se quedan de pie. El hombre cierra la puerta y espera unos segundos para empezar a hablar.

—¿Por qué está Rima aquí?

—Ha venido conmigo —dice Rafa con voz autoritaria—. Es mi amiga, ya te lo dije ayer.

—¿Sigues manteniendo que no estáis liados?

—No hay nada entre nosotros, aunque ella y yo somos libres. Y, si quisiéramos, podríamos hacerlo.

—Me parece perfecto —lo sorprende Javier con su comentario—. No he venido a criticarte por eso. ¿Sabéis si Jorge y Duque van a tardar

mucho en venir?

—Ni idea —responde Iván—. Si quieres, les mandamos un WhatsApp.

—No hay tiempo para eso. Tengo muchas cosas que hacer y no puedo esperarlos. Os lo cuento a vosotros y ya los informaréis a ellos. Necesito vuestra ayuda.

—Tú dirás. ¿Qué tenemos que hacer?

Javier mira a izquierda y derecha y decide dejarse caer en una especie de puf de cuero negro. Rafa e Iván se sientan juntos en la cama.

—Necesito que reclaméis el cuerpo de Hugo y rellenéis todo el papeleo correspondiente para su entierro. Yo no puedo encargarme porque me podrían vincular con él y temo que investiguen la empresa... La otra empresa.

—¿Podemos hacer eso?

—Sí, Rafa. Lo he consultado. Al no tener familiares directos vivos o conocidos, del entierro de Hugo se ocupará el Ayuntamiento. No quiero eso. Quiero que lo enterremos nosotros, sus amigos. Yo me ocuparé de los gastos, no os preocupéis.

—Me parece bien —interviene Iván—. Déjalo en nuestras manos.

Javier busca con la mirada a Rafa, y este también asiente.

—Mañana por la mañana sería perfecto —añade el hombre, que se seca las lágrimas de los ojos—. No seremos muchos los que asistamos.

—¿Nos dejarán enterrarlo tan pronto?

—Espero que sí, Iván. Si los forenses han terminado con el cuerpo, ya se puede reclamar.

—Está bien. Nos ponemos con ello enseguida —dice Rafa tras consultar con un gesto a su compañero de piso. Los dos están de acuerdo.

El hombre les da las gracias y les pide que se lo comuniquen a los dos chicos que faltan en cuanto regresen. Después, agacha la cabeza unos segundos y, cuando la vuelve a levantar, continúa hablando:

—No solo he venido por eso. Hay una cuestión importante que debéis saber... ¿Alguno de vosotros sabe quién mató a Sergio?

—Yo ni siquiera lo conocí —contesta Iván inmediatamente, y se vuelve hacia Rafa. También Javier observa detenidamente al sobrino del dueño de aquel piso.

—No, no tengo ni idea. Yo no, desde luego —responde el chico señalado, algo presionado.

—Bien. Entonces, ¿ninguno de vosotros ha informado a la policía del lugar en el que se encontraba su cuerpo?

De nuevo Iván y Rafa dan una respuesta negativa. El hombre resopla, se inclina y apoya sus manos en las rodillas.

—Yo sé quién mató a Sergio —suelta Javier, que se fija de nuevo en los dos chicos, a los que acaba de dejar con la boca abierta—. Lo sé porque él mismo me lo contó.



—Tengo frío.

—Pues te aguantas. Dentro no puedo fumar.

Duque suelta una palabra malsonante y después le da un sorbo a su taza. Él y Marilia han comido en casa de la chica y luego han salido a tomar un café. Aunque, finalmente, ella ha pedido un ron con Coca-Cola.

—Oye, ¿no crees que te estás pasando con el alcohol? Últimamente bebes demasiado.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer?

—No, solo te digo que...

—Para, Fran. Soy mayorcita y sé perfectamente lo que puedo beber y lo que no. ¿Entendido?

El joven no dice nada y la mira fijamente, cruzado de brazos. Marilia no se achanta y aguanta su mirada. Finalmente, la chica sonríe y coloca las dos manos en las rodillas de su novio.

—No te preocupes, en serio. Cuando se tranquilice todo, empezaré a beber solo agua mineral. Te lo prometo.

—Será difícil que las cosas se calmen en las próximas semanas.

—¿Lo piensas de verdad?

Duque agarra las manos de Marilia, que continúan en sus rodillas, y se las acaricia por encima. La chica cierra los ojos y sonríe.

—Pase lo que pase, quiero estar contigo —dice el joven con cierta solemnidad—. Y también quiero que sepas que te perdono.

—¿Me perdonas? ¿Por qué? —pregunta Marilia extrañada mientras aparta sus manos de las de su novio.

—Por haberme sido infiel con Hugo. Pero ya no volverá a pasar.

CAPÍTULO 47

Jueves, 4 de enero de 2018

La propia Vanesa es quien le da la noticia a través de un mensaje:

«¿Te acuerdas de todo el jaleo que hemos escuchado antes en el pasillo? Resulta que el padre de Jonathan se ha cortado el cuello. No se habla de otra cosa por aquí».

—Ya te dije que ese hombre no estaba bien de la cabeza —le comenta Emilio a Julia después de que esta le haya leído en voz alta el mensaje—. ¿Ha muerto? ¿O solo ha sido un intento de suicidio como el de su hijo?

—Ni idea. Sé exactamente lo mismo que tú.

—Menuda familia. Aunque la única que me da pena es la pobre madre de Jona. Lo que habrá tenido que aguantar esa mujer en la vida.

—A mí también me da lástima. Primero pierde a su hija cuando era una adolescente, luego lo de Jona y ahora esto.

Después de permanecer casi una hora en el hospital, los dos chicos se despidieron de su amiga y de su madre y comenzaron a pasear juntos. Emilio avisó por WhatsApp a Ana de que no fuera a recogerlo, ya que se iría a casa en bus. Julia también informó a su abuela de que iba a llegar un poco más tarde.

—Necesito comprar regalos para los Reyes. ¿Vienes conmigo?

Emilio aceptó la propuesta de Julia y ahora caminan juntos por la ciudad. Está anocheciendo y ya no llueve. Y, aunque hace frío, no sopla nada de viento, así que la sensación térmica no es tan gélida. Hacía mucho tiempo que no pasaban un rato los dos a solas. Se sienten algo extraños. Y las circunstancias tampoco ayudan demasiado.

—¿Por qué habrá hecho Guillermo Vila algo así? —se pregunta Emilio.

—Tal vez no ha podido soportarlo más y ha intentado quitarse la vida, igual que su hijo. Habrá que ver si uno u otro consiguen su propósito.

—Las últimas noticias dicen que Jonathan se encuentra mejor, que sobrevivirá.

—Lo he leído en Internet.

—¿Esto te afecta de alguna manera?

—No lo sé, Emi. Tengo muchas cosas en la cabeza y todo esto hace que me acuerde de Aurora y de lo que sufrí en el juicio. Me he dado cuenta de que no lo he superado, de que todavía está en mi mente.

—Tienes que pasar página. Es lo que toca. Aunque te entiendo. No es sencillo y quizá todos necesitemos más tiempo.

La chica agacha la cabeza y camina durante unos segundos así. Emilio la observa y sabe que le sucede algo más. Parece triste y agobiada. La conoce perfectamente. Quizá él tenga parte de responsabilidad en su desolación.

—Perdona si anoche fui un poco intenso —dice el joven al detenerse en un semáforo en rojo—. A lo mejor te presioné sin darme cuenta.

—No me presionaste, Emi. Ya te dije que últimamente me comporto así con todo el mundo. Las cosas no paran de complicarse cada vez más y los problemas se me han ido acumulando.

—Me ha pasado algo similar. La explosión ha cambiado mi vida.

—A mí también me ha cambiado y no consigo levantar cabeza del todo. Pero... no solo ha sido culpa de la explosión —admite Julia, que no cruza cuando el semáforo cambia de color—. Siento como si todo me saliera mal. Además, esta semana ha sido una locura. Me he vuelto a meter en otro lío. Un lío tremendo.

—Sabes que puedes contarme lo que sea. Soy tu mejor amigo. O eso creo.

La chica sonrío y mira fijamente a aquel chaval con el pelo tintado de azul y que lleva las gafas torcidas hacia la izquierda. Sin pensarlo dos veces, se lanza sobre él y le da un abrazo de los que dejan sin respiración. Así están durante más de un minuto. Con los ojos cerrados, en silencio. Recordando a toda velocidad los días en los que uno y otro eran inseparables y se lo contaban todo. Un abrazo por los viejos tiempos.

—Sigues siendo mi mejor amigo.

—Me alegra saberlo —le susurra emocionado al oído.

—Vamos a algún sitio a sentarnos y te explico lo que está pasando —dice Julia en cuanto se separan.

La pareja se dirige a una calle peatonal, repleta de comercios, que está cerca de allí. Compran sendas botellas de agua en un kiosco y después se sientan en un banquito situado bajo el techo de una galería interminable. La chica da un trago antes de iniciar la charla. Una conversación que se convierte en prácticamente un monólogo y en la que todo sale a la luz. Julia le habla a Emilio de que ha vuelto a ver a Iván, del asesinato de Hugo Velero, de cómo la engañaron y le hackearon el móvil, de la aparición del cuerpo de Sergio Martín en una finca abandonada y de su declaración en la comisaría de policía. Cuando termina, Emilio trata de procesar lo antes posible la información que ha recibido.

—Cuando hagan la película de tu vida, nadie se va a creer que te hayan pasado tantas cosas, Julia Plaza.

—¿No dicen que la realidad supera a la ficción? Yo tengo la prueba.

El joven bebe de su botella de agua y examina el móvil. Son las siete menos diez de la tarde. Debería de ir pensando en volver a casa, pero está muy a gusto con Julia. A pesar de que le fastidie que haya vuelto a ver a Iván y que hasta ahora no le haya contado lo que estaba sucediendo.

—¿Crees que uno de esos chicos mató a sus dos compañeros de piso?

—No lo sé. Ni siquiera estoy segura de que solo haya un asesino. Imagino que la policía estará trabajando en ambos supuestos.

—Dos asesinos diferentes. Me suena de algo. —Emilio siente que un escalofrío le recorre el cuerpo—. Sea uno o sean dos, tiene pinta de que los crímenes los han cometido personas muy cercanas a ellos.

—Es probable.

—¿Y no tienes ningún sospechoso? Tú posees un sexto sentido para descifrar este tipo de enigmas.

—No creo que eso sea así, Emi.

—¡Claro que lo es! ¡A las pruebas me remito!

—Es difícil hallar indicios suficientes para acusar a uno, o a varios, de esos chicos de algo tan grave como un crimen. Rafa es un tipo cerebral, íntegro, que intenta tenerlo todo bajo control. Parece que está enamorado de Rima, la que fue novia de Hugo, y por ahí podría venir el móvil si el culpable fuera él.

—Un crimen pasional.

—Algo así. Pero no termino de verlo muy claro —medita Julia—. Por otro lado, tenemos a Jorge. Él estaba en el piso cuando mataron a Hugo, aunque asegura que dormía profundamente. De todos, es al que veo menos capaz de asesinar a alguien. Aparentemente, le costaría incluso

matar a una hormiga. Sus reacciones son exageradas y está siempre nervioso. Pero mi abuela ha descubierto que es actor aficionado.

—¿Es actor? Interesante.

—Sí. Quizá esté marcándose el papel de su vida —indica la chica, que da un buen trago a su botella de agua antes de continuar—. Y, por último, está Fran Duque. Según me ha contado su novia, no se llevaba especialmente bien con Hugo. Se quejaba de que este siempre lograba imponer su criterio. Además, ocultó que estuvo en el piso esa madrugada. En principio, para ir a por... condones.

—¿Eso te ha contado su novia?

—Sí. Es una de las chicas más singulares que he conocido en mi vida.

—¿Ella no es sospechosa?

—Que yo sepa, no tuvo la oportunidad de cometer el crimen. Estaba en un hotel cuando asesinaron a Hugo. Marilia y su novio estaban celebrando allí sus diez meses de relación.

—Bien. Entonces, una menos. Nos queda Iván. ¿Piensas que puede tener algo que ver en esta historia?

—Él no conoció a Sergio. Y, aunque discutió con Hugo el martes por la noche, no tenía un motivo real para asesinarlo.

—Nunca me gustó ese tío.

—Iván puede ser un verdadero capullo y ha metido la pata un montón de veces, pero no lo veo capaz de clavarle a alguien un cuchillo en la espalda hasta matarlo.

—Yo no pondría la mano en el fuego por él.

Julia se encoge de hombros. Ella tampoco pondría la mano en el fuego por nadie. Sin embargo, no ve a Iván como un asesino. Hizo trampas en un examen, la engañó cuando empezaron a salir y le pidió a Hugo que le hackeara el móvil. Pero ¿cometer un crimen? Simplemente, le resulta imposible creerlo.

—Me has dicho que todos trabajan en la misma empresa. ¿A qué se dedican? —pregunta Emilio, cada vez más interesado en aquella historia.

—La empresa tiene relación con la informática. Aunque no sé exactamente qué hacen. Mi abuela piensa que son *hackers*.

—¿Pero tu abuela sabe lo que es un *hacker*?

—Te sorprenderían los conocimientos de la actualidad que tiene esa señora de setenta y siete años. Está puestísima. ¡Hasta se ha abierto una cuenta de Instagram! —dice Julia con una sonrisa—. Evidentemente, la empresa trabajaría en desarrollo de páginas web, limpieza de virus y

todas esas cosas. Y mantendrían oculta esa parte más oscura. Aunque no sé con qué finalidad ni para quién lo harían.

—¿Iván te ha confirmado eso?

—No. No me ha dicho nada.

—Tendrías que hablar seriamente con él de ese tema. Quizá por ahí saques algo.

—La verdad es que no sé si tengo muchas ganas de volver a hablar con Iván —confiesa Julia—. Siempre que hablamos estoy a la defensiva y me termina ofendiendo por algo. O yo a él. Creo que nuestra relación, amistad o lo que sea se fastidió el año pasado. Y me da la sensación de que no tiene cura.

—No te voy a decir que lo siento. Ya sabes lo que pienso de él.

En ese momento suena el móvil de Julia. La chica saca el teléfono y ve en la pantallita que es su padre. Su intuición le sugiere que no es para nada positivo.

—Hola, papá. ¿Qué tal?

—Hola, hija. ¿Dónde estás? He llamado a tu abuela y me ha dicho que habías ido al hospital a ver a tu amiga Vanesa.

—Sí. Pero hace un rato que me marché. Ahora estoy con Emilio dando una vuelta por la ciudad. Nos hemos encontrado por casualidad en la clínica.

—Por lo que veo, no te has enterado de lo que ha ocurrido.

—¿Hablas de lo del padre de Jonathan? Sí, sé que se ha hecho un corte en el cuello, pero nada más.

—Ha muerto. Me lo acaban de confirmar.

La chica mira a Emilio, tapa el móvil y le anuncia en voz baja a su amigo que Guillermo Vila ha fallecido.

—Julia, tenemos un gran problema —continúa Miguel Ángel. Se le nota muy tenso.

—¿Qué problema, papá?

—Todavía no han informado a la prensa, ni hay ningún tipo de comunicado oficial. A mí me ha avisado uno de los patrulleros de la Policía Nacional que estaban en el hospital, que es amigo mío desde hace tiempo y sabe de nuestra implicación en el caso del Asesino de la Brújula.

—Papá, cuéntame ya qué ha pasado. Me estás poniendo nerviosa.

—Nada bueno, cariño. En la confusión que se ha originado con el suicidio de Guillermo, Jonathan ha aprovechado para escaparse.

—¿Qué dices? ¿Ha huido?

—Sí, Julia. Ha huido. Ha herido a uno de sus vigilantes y ha conseguido burlar al resto de los agentes. Lo están buscando, pero ahora mismo nadie sabe dónde está.

CAPÍTULO 48

Jueves, 4 de enero de 2018

Duque es el último en llegar al piso. El resto de los chicos le han pedido que vaya solo, que Marilia no le acompañe. Rima también se ha marchado, justo después de que se fuera Javier. Los cuatro tienen mucho de lo que hablar.

Sentados en el salón, es Rafa quien toma la palabra.

—No sé cómo va a terminar esto, pero tenemos algo importante que contaros —dice con la voz rasposa el joven—. Iván y yo hemos hablado hace un rato con Javier, que ha estado en casa. Nos ha confesado algo que nos ha helado la sangre y que vosotros también tenéis que saber... Él asegura que Hugo mató a Sergio en septiembre y luego lo llevó a esa finca abandonada.

Duque reacciona aparentemente con frialdad. Se frota la cabeza rapada con las dos manos y no dice nada. En cambio, Jorge se levanta y comienza a caminar de un lado a otro, murmurando palabras ininteligibles.

—Según Javier, se lo confesó el propio Hugo hace unas cuantas semanas —continúa Rafa.

—¿Y por qué no ha dicho nada hasta ahora? —pregunta Duque muy serio.

—Imagino que para protegerlo. Ya sabes que era su preferido.

—¿Y ese es un motivo para ocultar algo tan grave? —insiste Fran—. Estamos hablando de un asesinato. No lo entiendo.

Jorge, que hasta ahora se ha mantenido en silencio, se vuelve a sentar en el sofá junto a Iván y mueve la cabeza en señal de negación.

—Yo creo que no ha dicho nada porque estaba enamorado de él —suelta de repente el chico del pelo rizado—. Esa puede ser la razón.

—¿Eso es verdad? ¿Estás seguro? —pregunta asombrado Fran.

—Sí, tío. Lo descubrí el verano pasado, en agosto, mientras estábamos de vacaciones en la mansión de Javier. Aunque Hugo no sentía lo mismo por él.

—No tenía ni idea de que a Javier le gustasen los hombres. ¿A Hugo también? —El rostro de Duque denota confusión.

—Por lo que yo sé, mantuvieron relaciones sexuales de forma ocasional —responde Jorge—. Creo que Hugo era bisexual. Aunque nunca hablé con él de ese tema.

—Qué cabrón. Menudo currículum. ¿Con cuántas personas más se habrá liado?

Los tres compañeros miran a Duque. Parece enfadado. Ninguno sabe que hace un rato le ha desvelado a Marilia que estaba al tanto de su infidelidad con su compañero de piso asesinado.

—Hay una circunstancia más que nos preocupa —dice Rafa, que hace caso omiso a la pregunta que ha hecho el joven de la cabeza rapada—. Javier nos ha contado que él no ha sido quien ha avisado a la policía. Es más, intentó que pensáramos que Sergio fue el que asesinó a Hugo para desviar la atención cuando habláramos con el inspector.

—De hecho, a mí me enseñó un *e-mail* amenazante y me dijo que Sergio podía ser el autor —comenta Iván—. Nos ha explicado que lo que pretendía era que ninguno de nosotros fuera investigado y, de esa forma, que la empresa quedara al margen de las pesquisas policiales. Sabía que, si los agentes buscaban a Sergio, no lo encontrarían y eso haría que les surgieran aún más dudas sobre él. En ese sentido, también tenía preparado algo por si lo llamaban a declarar en relación con lo mal que se llevaban Sergio y Hugo.

—Es lo mismo que nosotros habíamos planeado antes de que Delgado nos dijera que había aparecido Sergio —señala Rafa, bastante más nervioso de lo habitual.

—¡El jefe nos podría haber avisado! Nosotros, como tontos, buscando el rastro de Sergio... y lleva muerto desde septiembre —se queja Jorge.

—¿Entonces no se fue a Australia? —pregunta Duque.

Rafa niega con la cabeza y pasa a relatar a sus dos compañeros la historia que Javier les ha contado a Iván y a él esa misma tarde: al parecer, semanas atrás, Hugo le había confesado a su jefe el asesinato de Sergio; eso sí, sin darle detalles de los motivos reales de su crimen ni de cómo lo hizo. Lo que sí le reconoció a Javier fue que, después de matar a su compañero de piso, se encargó de prepararlo todo para cubrirse bien

las espaldas: escribió la nota de despedida del chico, se guardó su móvil y lo desconectó, y contrató a una empresa para que se llevara sus cosas. En realidad, no las envió a Sídney, sino a un trastero en el centro de la ciudad. También se ocupó de mandar, desde el correo de Sergio, sendos *e-mails* al padre y al hermano, que reside con su mujer y sus hijos en Inglaterra, para contarles el nuevo rumbo que supuestamente había tomado su vida y decirles que durante un tiempo no volvería a contactar con ellos porque necesitaba estar solo, desconectar de todo.

—Joder. Hugo lo tenía todo calculado —comenta Jorge—. Por eso no había forma de encontrar las huellas digitales de Sergio.

—Ya sabéis que era muy inteligente y capaz de conseguir lo imposible.

—Era el mejor de todos nosotros —añade el joven del pelo rizado.

—Sí, pero está muerto y nosotros no. Así que ¿de qué le ha valido ser tan listo?

De nuevo, los tres chicos fijan su mirada en Duque, que se echa hacia atrás en el sillón y cruza las piernas.

—El caso, y lo más importante, es que hay alguien más que está informado de todo esto. Alguien que ha avisado a la policía del lugar en el que estaba Sergio y que puede complicarnos la vida. Tengo que preguntároslo: ¿habéis sido alguno de vosotros?

—No —responden al unísono Jorge y Duque, que se miran después de contestar a la vez la pregunta que ha hecho Rafa.

—Yo tampoco sabía nada de ese tema —indica Iván, mucho más calmado que sus dos compañeros de piso—. Cuando yo llegué, Sergio ya estaba muerto.

—¿Y si ha sido Rima la que ha alertado a la poli? Ella era la novia de Hugo. Tal vez se lo contó también a ella, como lo hizo con Javier —sugiere Fran.

—Rima no sabe nada de esto.

—¿Cómo estás tan seguro, Rafa?

—Porque me lo habría contado a mí, Duque.

—¿Tanta confianza tenéis? Guau. Aquí todo el mundo parece íntimo de todo el mundo.

—No somos íntimos, pero nos hemos hecho amigos. Y estoy informado de todo lo referente a ella y a Hugo.

—Claro. Cómo no. Y has ocupado su lugar en cuanto has podido.

—Duque, no me hables así.

—Tranquilo. Ya me callo. Esto empieza a darme mucho asco.

Y, sin decir nada más, se levanta y se marcha del salón. Los otros tres lo observan y no vuelven a hablar hasta que escuchan que la puerta de la habitación de Duque se cierra.

—¿Qué le pasa a este? Parece cabreado con el mundo.

—No lo sé, Jorge. Si tiene algún problema, ya lo contará cuando le dé la gana. Paso de ir detrás de él —comenta Rafa, que también se pone de pie—. Tengo que irme a terminar de arreglar los papeles para el entierro de Hugo. Me han confirmado que será mañana a las once.

—No sabía que mañana era el entierro.

—Pues así es. Javier nos ha pedido que lo organicemos, aunque él se encargará de los gastos.

—¿Crees que va a ir alguien más aparte de nosotros?

—No lo sé, Jorge. Yo solo quiero ayudar a Javier. El resto me da lo mismo. Después de lo que Hugo le hizo a Rima... Bueno, adiós. No me esperéis para la cena —les dice Rafa y, tras enfundarse su abrigo, sale del piso.

Iván y Jorge se quedan solos en el salón. El joven del cabello rizado agarra su móvil, que está encima de la mesa, y su amigo saca el suyo del bolsillo. ¿Qué estará haciendo Julia en ese momento? Le apetece verla, aunque la última charla con ella no haya ido demasiado bien. Le gustaría contarle las últimas novedades que su jefe les ha revelado respecto a Sergio y Hugo.

—Tío, sigo pensando que Javier es el que se ha cargado a Hugo. Y a lo mejor también es el asesino de Sergio. O por lo menos fue cómplice —suelta de pronto Jorge.

—¿Crees que nos ha mentado y está implicado en todo esto?

—Piénsalo bien. Sergio era el enemigo número uno de Hugo. Javier pudo ayudarlo a quitarlo de en medio y luego organizar todo lo demás. Quizá Hugo lo chantajeó para que colaborara con él y a nuestro jefe no le quedó más remedio que hacerlo.

—¿De ese favor hablaba cuando los escuchaste hablar en la casa?

—¡Sí! ¡Eso es! —exclama Jorge, emocionado por el descubrimiento—. Y luego Javier, cansado ya de la presión que Hugo ejercía sobre él, subió a nuestro piso el martes por la noche y lo asesinó en un acto de desesperación que además le causó un gran dolor, porque continúa enamorado de él.

—Encaja.

—¡Es eso, tío! ¡Hemos resuelto el caso!

—¿Y quién ha avisado a la policía de la localización del cuerpo de Sergio?

—¡El propio Javier! ¡Ya no le importa que se sepa porque Hugo está muerto! ¡Lo veo claro como el agua!



Mientras Jorge cree haber resuelto el misterio de los asesinatos de Sergio Martín y Hugo Velero, el inspector jefe Delgado recibe dos llamadas telefónicas de vital importancia para la investigación. Pide que, a través del correo electrónico, le manden la información pertinente con urgencia. Se trata de los resultados de una prueba dactilar y de un vídeo. Después de visualizarlo en su ordenador, avisa a Cuevas.

—Hay que hablar con la jueza Balbontín —dice Claudio, sonriente, mientras su compañero ve otra vez el vídeo grabado por una cámara de seguridad.

—¿La llamas tú o la llamo yo?

—No te preocupes, Alfonso. Lo haré yo mismo.

—¿Crees que esto es definitivo para detenerlo?

—Por menos hay gente encerrada en la cárcel. Aunque necesitaremos más pruebas para que a ese chico lo condenen por el asesinato de Hugo Velero.

CAPÍTULO 49

Jueves, 4 de enero de 2018

La huida de Jonathan Vila ha puesto en jaque a la familia de Julia. Miguel Ángel le ha insistido tanto a su hija que casi la convence. El hombre quería que la chica volviese al pueblo en el primer autobús que pudiera coger para no correr riesgos. La joven le ha explicado que su antiguo profesor, en el hipotético caso de que quisiera buscarla, no sabría dónde encontrarla en la ciudad. Eso sí, ha tenido que prometerle que andará con mucho cuidado y que regresará de inmediato al piso de su abuela, de donde no saldrá en lo que resta de día.

Quien sí va a regresar al pueblo es Emilio, que ya está al tanto del cambio de planes de su amiga.

—Al final no vamos a poder ir a por tus regalos de Reyes —comenta el joven, con tristeza, tras bajar la escalera de la estación de metro—. Me ha gustado volver a verte, Julia.

—A mí también. Llámame cuando llegues a tu casa para quedarme tranquila.

El chico asiente y, a continuación, le da un abrazo. No es tan intenso como el de antes, pero sí muy reconfortante. El abrazo que confirma que todo está bien entre ambos. Se despiden y cada uno toma una dirección, ya que deben coger trenes diferentes.

El camino de vuelta se le hace cuesta arriba a Julia. Recuerda todos los detalles del juicio contra Jonathan Vila, en el que su testimonio fue clave para que los nueve miembros del jurado lo considerasen culpable. Ella tampoco tiene dudas de que él asesinó a Aurora Ríos. Ninguna. Y que ahora esté libre le da pánico, porque es incapaz de prever lo que puede intentar hacer. Debe estar atenta y preparada.

Cuando está a punto de llegar a su destino, recibe un WhatsApp de Vanesa.

«Muchas gracias por venir a verme. Me ha servido de mucho. Espero ponerme bien pronto y celebrarlo contigo por todo lo alto. Tengo ganas de no tener nada de lo que quejarme».

Suspira al leer el mensaje de su amiga. No se le ha olvidado la conversación que tuvieron en la habitación del hospital antes de que apareciera Emilio. Vane le dijo que Ingrid pensaba que estaba enamorada de ella y que no lo podía desmentir. Luego llegó el silencio y su falta de recursos para darle una respuesta. ¿Qué tendría que haberle contestado? En momentos así, no vale de nada ser inteligente, poseer una memoria prodigiosa o pensar a la velocidad de la luz. Solo cuentan los sentimientos y la capacidad para expresarlos. En ese instante se colapsó y su mente y su corazón se cortocircuitaron.

Julia se baja en la estación en la que hace dos días, casi a la misma hora, se cruzó con Hugo. Allí se conocieron personalmente. Él se prestó a ayudarla con la maleta y a acompañarla a la casa de su abuela, y también le ofreció cobijo bajo su paraguas. Una escena fruto, en apariencia, de la casualidad, pero en realidad muy bien orquestada por él y por Iván. Cuarenta y ocho horas después, las cosas han dado un tremendo giro de guion y aquel chico que se asemejaba a un Beatle por su peinado sesentero ahora está muerto, sin que todavía se sepa quién lo asesinó. La policía tampoco ha detenido a nadie.

La conversación con Emilio le ha servido para repasar en voz alta lo que sabe de ese crimen y los motivos y las posibilidades de los cuatro compañeros de piso para cometerlo. Aun así, continúa sin verlo claro. Nadie está libre de sospecha. Incluso existe la absurda e insólita probabilidad de que todos quedaran en aquella habitación para matarlo, como ocurre en *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie. Cuatro puñaladas, cuatro culpables. Esa idea no se le va de la cabeza, aunque suene a locura transitoria. De todas maneras, es una hipótesis que se le ocurrió antes de que apareciera el cuerpo de Sergio en el pozo de una finca abandonada. Aquel factor seguro que es importante. Posiblemente, un crimen resuelva el otro.

La chica llega al edificio donde vive su abuela. Llama al telefonillo, pero no es Pilar quien responde al otro lado.

—¿Sí? ¿Eres Julia?

—Sí. ¿Y tú quién eres?

El desagradable clic que abre la puerta es la única respuesta que recibe. La chica empuja y entra en el edificio algo inquieta. Camina

deprisa hacia el ascensor y sube hasta la segunda planta. No ha podido identificar aquella voz femenina porque apenas han sido tres palabras las que ha pronunciado y no se escuchaba muy bien. ¿Y si le ha pasado algo a su abuela y la que ha contestado es un personal sanitario o una doctora? Los nervios se apoderan de Julia en aquellos escasos segundos hasta que llega al segundo piso. Se abre la puerta del ascensor y se encuentra inesperadamente con una chica rubia y alta. En esta ocasión, la joven no sonríe como suele hacerlo normalmente. Marilia la recibe con los brazos cruzados colocados delante de su abdomen, protegiéndose.

—Tengo que hablar contigo —le dice la joven sin tan siquiera saludarla—. ¿Vamos a alguna parte?

—No, mejor dentro. Estoy cansada de ir de un sitio a otro. ¿Te parece bien?

—Sí. Perfecto. Estaremos más tranquilas.

En cuanto entran en el apartamento, Pilar recibe a su nieta con dos besos.

—Ya me ha contado tu padre lo que ha pasado —dice la mujer, que parece bastante preocupada—. Luego nos ponemos al día, querida. Ahora os dejo solas. Voy a ir preparando algo de comer. Marilia, ¿te quedas a cenar con nosotras?

—No, muchas gracias. Me están esperando.

—Bien. Si cambias de opinión, estás invitada.

La chica le da las gracias a Pilar y después acompaña a Julia hasta la habitación que está ocupando esos días. Enseguida descubre el puzle encima de la mesa y se aproxima para verlo más de cerca.

—¡Vaya pasada! ¿Lo estás haciendo tú?

—Sí, lo estoy intentando al menos. Me he dejado el cubo de Rubik en el pueblo y mi abuela me lo ha dado para que me entretenga.

—¿Es de cristal? Nunca había visto uno así.

—Yo tampoco. Al parecer, lo trajeron de Praga —comenta Julia tras sentarse en la cama—. Es muy complicado, porque no tengo una imagen de referencia.

—Yo no sería capaz de hacerlo ni con referencias.

Marilia coge una pieza, la toca, la analiza con mucho cuidado durante unos segundos y luego la suelta otra vez sobre la mesa. Después le da la vuelta a la silla que está junto a la mesa y se sienta frente a su amiga.

—Siento molestarte. No sabía a quién acudir. Realmente, no tengo amigas con las que hablar. De hecho, tú eres lo más parecido a alguien de

confianza que hay en mi vida actual, exceptuando a los chicos del piso. Pero a ellos esta vez los tengo que dejar al margen.

Marilia suelta todas aquellas frases casi sin respirar. Esta vez está serena. No ha bebido alcohol o, si lo ha hecho, no se le nota. A Julia le sorprende que confíe tanto en ella. Apenas hace dos días que se conocen.

—Puedes contarme lo que quieras.

—Gracias, de verdad. Pero no les digas a los chicos nada de lo que te voy a contar. Me comprometería demasiado —le suplica Marilia, que resopla y se toma unos segundos para continuar. Cuando lo hace, directamente suelta la bomba que no ha dejado de repetirse en su cabeza en las últimas horas—: Esta tarde he tenido que admitirle a mi novio que le he sido infiel. Lo peor es que le engañé con Hugo y él lo sabía. —El labio le tiembla mientras habla.

A Julia le impacta la confesión de la joven y también el estado en el que se encuentra. No parece la misma de siempre. Está muy agitada y angustiada. No deja de mover las manos y de hacer muecas con la cara.

—¿Puedo fumar aquí? —le pregunta la chica mientras saca el paquete de tabaco y el mechero de un pequeño bolso que lleva encima.

—No sé si mi abuela es muy partidaria, pero bueno. Ponte al lado de la ventana y ábrela. Así no se quedará el olor en la habitación.

La chica se levanta de la silla y sigue las instrucciones de Julia. Coge un cigarro y lo enciende. Da una calada y echa el humo por la ventana.

—No le digas nada de esto a Iván ni a ninguno de los chicos, por favor. Joder. Estoy muy nerviosa.

—Tranquilízate. Ya no puedes cambiar lo que has hecho. Y no te preocupes, que no diré nada.

—Gracias. Es que fui una estúpida. Ni siquiera me gustaba Hugo. Fran siempre le ha dado mil vueltas en todos los sentidos.

—¿Y por qué te acostaste con él?

—Porque me daba morbo —responde Marilia después de otra calada—. Creo que fue por eso. Las tres veces que lo hicimos fue en el piso de los chicos, en su cuarto, mientras Fran dormía en su habitación.

—¿Os acostabais en su cuarto? ¿Con tu novio durmiendo a tan solo unos metros? ¡Estabais locos!

—Exacto. Era una locura que me excitaba. Sé que no era lo correcto, que no estaba bien, pero me divertía hacerlo allí.

Julia vuelve a quedarse boquiabierta.

—Las dos primeras veces fueron en octubre; y la tercera, a mediados de noviembre. —A Marilia le sigue vibrando el labio cuando habla—.

Después casi hubo una cuarta, pero le dije a Hugo que no lo haría más. No me sentía bien conmigo misma.

—¿Y cómo reaccionó él?

—Se enfadó. De hecho, no nos llevábamos muy bien últimamente.

—¿Te amenazó con contárselo a Duque?

—Me lo dejaba caer. Pero sabía que, si lo hacía, también él salía perdiendo. Así que nunca pudo hacerme chantaje.

—¿Te intentó manipular?

—Hugo hacía eso con todos, Julia. Sabía cómo controlar a los demás —le explica Marilia mientras intenta colocarse en su sitio el cabello, despeinado por el viento que entra por la ventana—. Por eso su muerte ha supuesto una liberación para mí. Y no solo por la presión que tenía por haberme acostado con él y serle infiel a Fran. Había algo peor.

—¿Peor? ¿A qué te refieres?

—He sido yo quien le ha enviado a la policía el anónimo avisándoles de dónde estaba el cuerpo de Sergio.

—¿Qué? ¿Has sido tú? ¡Pero cómo...!

Julia se pone de pie, ahora igual de nerviosa que Marilia. Camina hasta ella y le arrebató el cigarro. Lo apaga contra el marco de la ventana y lo deja a un lado. Después cierra y mira a la chica fijamente.

—Nunca se sabe quién puede estar escuchando —dice Julia para justificar su comportamiento—. Ahora explícamelo todo con detalle.

—Bien. Lo haré. Pero no me juzgues mal, por favor. No ha sido fácil guardar un secreto así todo este tiempo —indica Marilia, cuya voz va y viene. Se nota que los nervios la están devorando por dentro—. La cuarta vez que nos íbamos a acostar, Fran estaba en la universidad haciendo un trabajo. Pasó el último jueves de noviembre, por la tarde. No había nadie en el apartamento. Hugo se fue a dar una ducha antes de echar el polvo, porque venía de jugar al pádel con Javier, y entonces... lo descubrí.

—¿Qué descubriste?

—El móvil de Sergio. Estaba en el segundo cajón de su mesita de noche. Lo reconocí enseguida porque tenía una carcasa de Harry Potter que él mismo se había hecho. Yo buscaba preservativos y di con la prueba del crimen.

—Madre mía, Marilia. ¿Fue Hugo quien mató a Sergio?

—Sí. Fue él.

—Joder. No lo había pensado. ¿Y qué hiciste cuando se duchó y regresó a la habitación?

—Puse una excusa y me marché a mi casa completamente trastornada. Lo pasé muy mal durante unos días. No sabía qué hacer. Intenté convencerme de que habría alguna explicación lógica para que Hugo tuviera el teléfono de Sergio. Pero no la encontraba. Así que en el puente de diciembre quedé con él, sin que ninguno de los chicos lo supiera, y le conté lo que había descubierto.

—¿Le hablaste del móvil de Sergio y de lo que sospechabas?

—Sí. Él pensaba que habíamos quedado porque quería acostarme con él otra vez, pero se encontró con algo totalmente diferente. Se lo expuse sin tapujos.

—¿Y cómo reaccionó?

—Se partió de risa —responde Marilia, que, sin darse cuenta, saca otro cigarro del paquete—. Y me contó incluso dónde había tirado el cuerpo de Sergio. Me dijo que se merecía morir por lo que le había hecho a Aretha. Que se llevaba mal con todo el grupo y que, tarde o temprano, solo podría quedar uno u otro. Después me advirtió que, por mi bien y el de Fran, no se lo contara a nadie. Aquel sería nuestro pequeño secreto. Nuestro segundo pequeño secreto. Luego quiso tener sexo conmigo y le dije que no. Que nunca más lo haríamos. Y que si me dejaba en paz y no hablaba con Fran, yo no le contaría a nadie lo que sabía.

La chica tiene lágrimas en los ojos cuando termina de relatar la historia. Julia se da cuenta y la abraza. Son unos segundos en los que ninguna de las dos dice nada.

—No sé qué me va a pasar si la policía se entera de todo esto — comenta Marilia mientras se seca las lágrimas con un pañuelo de papel que le ha dado su amiga.

—Tú no has hecho nada.

—He ocultado que sabía dónde estaba el cuerpo de Sergio.

—Pero tú no lo mataste. De todas maneras, no tienen por qué enterarse de que has sido tú quien los ha ayudado a localizar el cadáver. Al menos yo no tengo ninguna intención de contárselo.

Marilia esboza una leve sonrisa que dura poco. Enciende otro cigarro y abre la ventana. Sigue soplando bastante viento.

—Hay otra cosa que no me quito de la cabeza desde que Fran me ha dicho que sabía que le había puesto los cuernos con Hugo.

—¿Piensas que él lo mató mientras tu dormías en el hotel para vengarse?

—Me has leído el pensamiento, Julia. Tal vez Fran no fue al piso solo a por la caja de preservativos. Me da miedo que esa noche perdiera la

cabeza y asesinara al que había sido su amigo.

CAPÍTULO 50

Jueves, 4 de enero de 2018

—Tío, tenemos que ir a la poli y contarles nuestras sospechas. Es muy probable que las cosas sucedieran como hemos dicho.

Desde hace un rato, Jorge no para de hablarle a Iván de lo mismo. Insiste en que Javier asesinó a Hugo para evitar que lo siguiera chantajeando. Cuanto más lo analiza, más le cuadra.

—Si acusas a Javier, te cargas la empresa y nosotros nos quedamos sin trabajo. Además, ya sabes lo que todo eso implicaría.

—¡Pero es un asesino!

—No lo sabes a ciencia cierta, Jorge. ¿Y si te equivocas? No solo estarías cometiendo un error: nos pondrías a todo el grupo en peligro.

El chico del pelo rizado da un pequeño grito y se revuelve el cabello desesperado. Durante los cinco minutos siguientes, se levanta y se sienta varias veces en el sofá.

—¡Tío, esto va a terminar conmigo! —exclama Jorge mientras se asoma por la ventana—. ¡Me voy a volver loco!

—Tienes que calmarte o nos vas a volver locos a los demás.

—Hoy he ido a un hipnotista.

—¿Estás hablando en serio? ¿Para qué?

—Para que me dijera lo que hice el martes por la noche. Quería saber si era posible recordar si me desperté durante esa madrugada y, sonámbulo, asesiné a Hugo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada. El tipo era un estafador. Me ha soplado doscientos euros por una sesión y no me ha dado resultados. Quiere que vuelva el lunes. Por supuesto, no voy a repetir. —A Iván se le escapa una sonrisa que molesta a Jorge—. Mira, tío, tú y yo éramos los únicos que estábamos en el piso

esa noche. Tarde o temprano, vendrán a por uno de nosotros si no... ¿Eso de ahí es una patrulla de la Policía Nacional?

Iván acude raudo y veloz a mirar por la ventana del salón y también él ve el coche policial aparcado justo enfrente del edificio.

—¿Nos estarán vigilando?

—No lo sé, Jorge. Si quisieran algo de nosotros, nos habrían llamado.

—Igual me están controlando porque han encontrado mis huellas en el cuchillo. O a lo mejor saben que me voy. Y eso que he tomado precauciones.

—¿Te vas?

—Sí, tío. Después del entierro de mañana. Me voy unos días. Necesito desconectar de todo esto.

—¿Adónde vas?

—Prefiero no decirlo, Iván. Entiéndelo.

—No lo entiendo, pero no te preocupes. No insistiré. ¿Cuándo volverás?

—No he sacado billete de vuelta.

—¿Has hablado con Javier de esto?

—Todavía no. Espero que me dé unos días libres. No quiero estar pendiente de nada. Se lo diré mañana en el entierro. Si me obliga a trabajar, ya veré de qué forma puedo hacerlo.

Iván asiente y mira otra vez hacia el exterior. El coche de la Policía Nacional sigue en el mismo lugar. Desde aquella altura no puede comprobar si hay alguien dentro. Su presencia allí puede ser casual, aunque algo le dice que tiene que ver con ellos.

—¿Por qué no bajamos y hablamos con los policías? —le propone a Jorge.

—¿Qué dices, tío? ¿Para qué quieres hablar con ellos?

—Para preguntarles si nos están vigilando.

—¡Venga ya! ¿Y crees que nos van a decir la verdad?

—No lo sé, Jorge. Podemos probar.

Iván cierra la ventana, se marcha a su habitación y regresa con el abrigo puesto.

—¿Vienes conmigo o prefieres que baje solo?

—Tío, eres lo peor.

Jorge también se abriga con un anorak rojo y salen juntos del piso. Mientras bajan en el ascensor, discuten sobre la estrategia a seguir. Quedan finalmente en que Iván será el que hable.

Salen a la calle y caminan hasta el coche patrulla, aparcado en la otra acera. Los dos policías nacionales que hay en el interior del vehículo se sorprenden al verlos aparecer.

—Buenas noches —los saluda Iván, que fuerza una sonrisa—. ¿Estáis aquí por nosotros?

Los agentes se miran el uno al otro. Son dos policías aparentemente jóvenes; deben de rondar los treinta años. Uno de ellos es fornido, lleva el pelo rapado y tiene los ojos claros. Se da un cierto aire a Duque. El otro es más delgado, con los ojos marrones, y luce una perilla. Es este el que contesta, aunque de una forma diferente a la que los chicos habrían esperado.

—¿Me puede enseñar su DNI, por favor?

—No lo tengo aquí.

—¿Usted sabe que no puede salir a la calle sin identificación?

—Lo tengo arriba. Vivimos ahí —dice Iván señalando su edificio—. Aunque eso seguro que ya lo sabéis. Habéis venido a por nosotros.

Los policías se vuelven a mirar entre ellos. El de los ojos claros, que está en el asiento del copiloto, abre la puerta y se acerca hasta los chicos.

—¿Puede enseñarme su documentación o prefiere hacerlo en la comisaría?

—¿De verdad? ¿Hay un asesino suelto, que ha matado a mi compañero de piso, y me vas a detener a mí por no enseñarte el carné de identidad? ¿Así funciona la policía de este país?

Al ver que la situación se les va de las manos, Jorge agarra por detrás a Iván y tira de él.

—Tío, déjalo. No nos metamos en más líos —le dice en voz baja al oído, temeroso de que aquellos dos policías tomen represalias contra ellos.

—¿Tiene el DNI o no? —insiste el agente.

Iván introduce la mano en un bolsillo de su pantalón y saca el carné de identidad. Se lo muestra primero al de los ojos claros y, después, al de la perilla, que asiente conforme.

—Muy bien, señor Pardo. Gracias. Estamos aquí para velar por su seguridad y la de sus compañeros de piso —comenta el policía que ha salido del coche—. Después de los acontecimientos ocurridos en los últimos días, el inspector jefe Delgado nos lo ha encargado.

—¿No nos estáis vigilando? —pregunta extrañado Jorge.

—Estamos vigilando el edificio. No queremos que pasen más desgracias. Y ya os hemos dicho bastante. Se supone que no podemos

hablar con vosotros. Si se entera nuestro jefe, nos echará la bronca.

—Gracias, señor. Ya nos vamos.

Iván está a punto de hablar de nuevo, pero Jorge se lo impide. Coge a su amigo del brazo y lo arrastra hasta el otro lado de la calle.

—Tío, para ya. ¿Quieres terminar en el calabozo y llevarme a mí contigo?

—Nos están mintiendo. Estoy seguro.

—Me da lo mismo. No quiero más problemas. Bastante tenemos ya encima —se queja Jorge mientras caminan hacia el ascensor.

—¿Crees que Delgado mandaría a dos de sus hombres para controlar que no nos pase nada? Es que suena ridículo. Ni siquiera nos han avisado de que estaban aquí. Eso es señal de que nosotros somos los vigilados.

—Si yo fuera policía, también sospecharía de alguno de nosotros — comenta resignado el joven del cabello rizado una vez dentro del ascensor —. Sobre todo de ti y de mí, que éramos los que nos encontrábamos en el piso cuando asesinaron a Hugo.

—Te olvidas de que alguien más estuvo en casa durante esa madrugada. Y no me estoy refiriendo a Duque, que vino a por los condones.

—Ya, tío. Pero eso no se puede demostrar. Además, no sabemos quién es esa persona de la que hablas.

—La que asesinó a Hugo, Jorge.

—Puede ser. Pero yo no escuché nada. ¿Estás seguro de que Hugo no llegó solo esa noche? ¿No lo soñaste?

—Segurísimo. Alguien iba con él.

Nada más entrar en el piso, se dan cuenta de que la luz del salón está encendida. Los dos se dirigen hacia allí. Duque está de pie, junto a Javier. El jefe acaba de llegar y ni le ha dado tiempo a quitarse el abrigo.

—Me han llamado desde la comisaría —comenta el hombre. Se le nota nervioso—. Quieren hablar conmigo.

—Joder. ¿Sobre la empresa? —pregunta Jorge.

—Posiblemente. Tal vez han encontrado algo en el ordenador de Hugo. —Javier, incapaz de controlar los nervios, manosea con insistencia el borde de su nariz.

—¡Tío, qué mal rollo!

—Sea lo que sea, revisad todo lo que tengáis en vuestros ordenadores que pudiera dar pistas a la policía de lo que hacemos. Guardadlo todo bien. Encriptadlo. Eliminad archivos. Lo que sea. Puede que pronto pidan

una orden y analicen vuestros portátiles. No quiero que encuentren nada que nos incrimine, ¿entendido?

CAPÍTULO 51

Jueves, 4 de enero de 2018

Lo primero que hace Emilio cuando entra en su habitación es enviarle un WhatsApp a Julia para decirle que ya ha llegado a casa. Durante gran parte del trayecto, primero en metro hasta la estación, y después en el autobús, ha estado pensando en su amiga y en lo bien que le ha venido pasar ese rato con ella. Echaba de menos sus conversaciones, aunque buena parte de la charla haya sido acerca del asesinato de Hugo Velero. En realidad, el caso ha despertado su curiosidad. Ha buscado información en Internet y ha leído todo lo que se ha publicado. La prensa en esta ocasión está bastante perdida y la gente en las redes sociales tampoco ha acertado con sus conjeturas.

—Emilio, ¿puedo pasar? —pregunta su madre desde la puerta de su cuarto. El joven la había dejado medio abierta.

—Sí, claro. Adelante.

Almudena entra en la habitación y se sienta en la silla del escritorio. Al chico le da la impresión de que está preocupada. ¿Será por lo de Jonathan Vila? Según ha comprobado hace un par de minutos en su móvil, la noticia de su huida del hospital y la muerte de su padre todavía no ha visto la luz. Aunque, tal vez, alguien en el pueblo ya se ha enterado y le ha ido a su madre con la historia.

—Acabo de hablar por teléfono con Lena.

—¿Con Lena? ¿Quién es Lena? —pregunta desubicado.

—La madre de Kerstin —responde muy seria la mujer—. Dice que su hija está muy triste porque lo habéis dejado.

Emilio se queda perplejo al escuchar aquello. Se le escapa una risilla irónica y cabecea en señal de desacuerdo.

—Ha sido ella la que me ha dejado a mí, mamá.

—Eso es solo asunto vuestro. Yo no voy a entrar a valorar lo que hagas en tu vida privada. Aunque nos lo podrías haber contado...

—Como bien has dicho, eso es cosa mía y forma parte de mi vida privada —responde el chico, a la defensiva—. ¿Algo más?

—Sí, Emilio. Hay algo más. Lo que realmente me preocupa y por lo que he venido a hablar contigo: ¿es cierto que no sabes si vas a volver a Estocolmo?

El joven vuelve a llevarse otro sobresalto, aunque esta vez no sonríe. Le fastidia que Kerstin se lo haya contado todo a su madre. Incluido lo que no le incumbe y se supone que no es cosa de ella.

—No sé qué te ha dicho exactamente esa mujer.

—Lena me ha explicado que su hija se queja de que todavía no te has puesto a hacer un trabajo muy importante que tenéis en pareja y que a lo mejor ni siquiera regresas a Suecia.

—Es que no es definitivo.

—¿Que no es definitivo? ¿Me estás diciendo que es verdad y que no es una estúpida excusa para no hacer el trabajo con esa chica?

—No, mamá. No es ninguna excusa. Me lo estoy pensando.

—¿Y cuándo pensabas contárnoslo? ¿El lunes, justo antes de tener que subirte al avión?

—Es que no es tan fácil, ¿sabes?

—Claro que no es fácil, hijo. Entiendo perfectamente que sea difícil volver a ese país y estudiar en el mismo instituto donde está la chica con la que acabas de romper. No soy tan tonta.

—No es solo eso.

—¿Que hay más? Este es el momento de que me lo cuentes todo, Emilio.

—Me da... Me da miedo fallaros.

—¿Fallarnos? ¿Por qué lo dices?

—Papá y tú habéis invertido mucho en este curso. Si no vuelvo a Suecia, lo perderé. El año que viene lo tendría que repetir y habríais tirado el dinero.

Almudena se queda mirando a su hijo y después echa un vistazo a su pierna derecha.

—¿Cómo tienes el tobillo? ¿Te duele?

—No. Me cuesta un poco andar, porque he perdido musculatura y me canso con mucha facilidad, pero no me duele.

—Pues eso es lo que más me importa, hijo. Que estés sano y te encuentres bien —dice la mujer con una sonrisa—. Y si me permites

opinar, yo volvería a Estocolmo. Nada me impediría seguir con el curso. Aunque entiendo que las rupturas amorosas son muy dolorosas, y más si estás lejos de casa. Pero imírate! Eres otro desde que te fuiste. Has madurado mucho. Te veo más hecho, Emilio. Suecia te ha sentado genial.

—No sé, mamá. Estoy indeciso ahora mismo. Necesito aclararme.

—Eres tú quien debe tomar esa decisión. Tu padre y yo la apoyaremos. No lo dudes. Y la próxima vez que ocurra algo así, cuéntanoslo. Que no me tenga que enterar por terceros.

El chico asiente y se ajusta las gafas. Le alegra que su madre le dé la posibilidad de elegir. Pero, especialmente, le agradece el apoyo. Hace unos meses, aquella conversación habría sido muy distinta. Uno de los dos, o ambos, habría terminado gritando y echándole cosas en cara al otro. Y después habría llegado su padre y se habría unido a la fiesta.

La mujer sale de la habitación y deja a su hijo pensando. Ella tiene razón en cuanto a que es alguien diferente. Él también lo siente así. Los meses en Estocolmo le han servido para crecer y evolucionar como persona. ¿Tan malo y tan complicado sería volver?

Quizá, para poder decidir con más argumentos, lo primero que tiene que hacer es ponerle fin a la guerra con Kerstin. Debería hablar con ella y aclarar las cosas.

Enciende el ordenador y entra en Skype. La chica sueca no está en la lista de conectados. Sin embargo, la que sí aparece es Ana Rincón. La mujer enseguida le propone una videoconferencia. Emilio acepta. Cuando la cámara se activa, el joven observa que ella está en pijama. También se ha hecho una coleta alta que le da un aspecto juvenil. Está muy guapa.

—¿Ya te vas a ir a dormir? —le pregunta Emilio a modo de saludo.

—No, pero he llegado a casa y necesitaba ponerme cómoda. ¿Te gusta?

Ana se levanta y da una vuelta sobre sí misma. Es un pijama rosa, con una pequeña Pink Panther dibujada en la parte trasera del pantalón, en el glúteo derecho. El chico se fija en aquel detalle y se pone nervioso.

—Es extremadamente rosa.

—¡Como la pantera! Aunque tú eres muy joven y no creo que hayas visto esos dibujos animados.

—No, no los he visto. Pero me he comido unas cuantas cuando era pequeño. Era una de mis meriendas preferidas.

La mujer suelta una carcajada y se sienta otra vez frente al ordenador. De nuevo, Emilio contempla un primer plano de su cara. Está sonriendo y le encanta. En realidad, de Ana Rincón le gusta casi todo. Lo

único que no le agrada de ella es con quién estuvo casada y la diferencia de edad que hay entre los dos.

—¿Cómo ha ido por la ciudad? ¿Estás muy cansado?

—Un poco. Tal vez he andado más de la cuenta.

—¿Y qué tal Julia? ¿Te ha contado cosas interesantes?

—Nos hemos puesto al día. No sé cómo se las arregla, pero su vida siempre parece una película.

—La tuya tampoco está mal, ¿eh? No te puedes quejar.

El chico hace una mueca torciendo la boca. Sí, también él ha vivido experiencias inusuales y extraordinarias en los últimos tiempos. De alguna todavía se está recuperando.

—El padre de Julia es guardia civil, ¿verdad? —pregunta Ana Rincón, que se pone de pie otra vez y sale del plano.

Emilio no contesta. Escucha hablar a la mujer acerca de que ha leído que Miguel Ángel Plaza fue el encargado de la investigación del caso del Asesino de la Brújula, en el que su hija fue testigo.

—No tuvo que ser fácil para él —termina diciendo Ana, que regresa delante de la cámara con una taza humeante en las manos—. ¿Lo conoces?

—Sí. He ido varias veces a su casa. Es un buen hombre.

—¿Y la madre de Julia es la forense que le hizo la autopsia a Aurora? ¿O es solo algo que se va contando en los foros?

El joven no se siente cómodo con las preguntas que le está haciendo Ana. Se le viene a la cabeza lo que Ariadna le contó en el mensaje de WhatsApp al que él aún no ha respondido. ¿Se habrá confiado demasiado y realmente esa mujer solo quiere información?

—Prefiero no hablar de ese tema. Si no te importa.

—¡Perdona, Emi! No quería meterme donde no me llaman. Mil disculpas —dice la mujer, que junta las manos y sonríe—. Quiero contarte algo. Ahí no puede oírme nadie, ¿verdad?

—No. La puerta de la habitación está cerrada.

—Bien. Cuando he llegado a casa, me he puesto el pijama y he seguido investigando qué puede ser Viral y por qué me han entregado, de su parte, un sobre con cincuenta mil euros.

—¿Has encontrado algo nuevo?

—Un tuit.

—¿Un tuit?

—Sí, he puesto la palabra «Viral» en el buscador de Twitter y, tras pasarme un buen rato leyendo comentarios que no tenían nada que ver

con lo que estaba buscando, ha aparecido uno de un tal Rompeolas —dice Ana, que coge su móvil y le muestra a Emilio la pantalla—. Apenas tiene *followers*. Te leo lo que escribió: «Otro muerto en circunstancias extrañas. ¿Estará Viral detrás?».

—¿De qué fecha es?

—Este tuit es del veinte de noviembre. Pero de 2016 —comenta Ana, que deja el teléfono a un lado—. Curioso, ¿no?

—¿Qué pasó ese día?

—Tengo que investigarlo. A ver si algún suceso de esa semana o de las anteriores encaja con lo que tenemos entre manos.

El chico busca en su *smartphone* el tuit que le ha enseñado su amiga. Al usuario Rompeolas le siguen veintiuna cuentas y él sigue a cincuenta y tres. Apenas ha escrito una decena de comentarios en la red social del pájaro azul. El último es precisamente aquel en el que habla de Viral. Después no hay nada más.

—¿Has intentado ponerte en contacto con él?

—Tiene la cuenta abierta, así que le he enviado un privado. Pero no sé si me contestará. Hace mucho tiempo que no tuitea.

—Tienes razón. Permanece inactivo desde el día que mencionó a Viral. Espero que no le haya pasado nada.

—Esto me sigue dando pánico, Emi. Está claro que lo que hizo Marcos tiene que ver con esta gente. La idea de que mi difunto marido pudiera ser un sicario o algo por el estilo me pone los pelos de punta.

—Si fuera así, tú no tienes la culpa de que se dedicara a eso.

—Lo sé, pero habría estado casada con un criminal. ¿Sabes lo duro que sería para mí si se confirma lo que pienso? Me cuesta conciliar el sueño sabiendo que Marcos estaba preparando un explosivo en el trastero de nuestro edificio sin que yo me enterara. Si resulta que, además, era un asesino a sueldo, no sé si podría soportarlo.

—Insisto en que tú no eres la causante de las maldades que hizo tu marido. Es complicado asumir que compartieras tu vida con alguien así, pero te prohíbo que hagas tuyas sus responsabilidades. ¡El malo es él!

Ana se tapa la boca con una mano y cuando la aparta tiene dibujada una sonrisa en la cara. Es una de las sonrisas más bonitas y sinceras que Emilio ha visto nunca.

—¿Te das cuenta?

—¿De qué tengo que darme cuenta?

—De lo maravilloso que eres —suelta ella, que no para de sonreír—. Un chaval de diecisiete años es capaz de hacer sentir bien a una mujer

adulta de treinta.

—Bueno, yo... digo lo que siento.

—Y nunca dejes de hacerlo, Emi. Porque, siendo de esa manera, enamoras a cualquiera.

CAPÍTULO 52

Jueves, 4 de enero de 2018

—Así que nuestra amiga la veterinaria piensa que su novio pudo volver al piso de los muchachos a matar a Hugo, quien a su vez le contó a ella que había asesinado al otro chiquito, Sergio, como venganza por haber estrellado el coche en el que iba Aretha, que murió a raíz de ese accidente. ¿Es así, querida?

—Eso parece, abuela. Ni nuestra amada Agatha Christie lo habría planeado mejor.

La mujer sonrío y se lleva a la boca una cucharada de sopa. Traga y mira hacia el televisor, que han decidido apagar durante la cena.

—No subestimes el poder de la dama del crimen. Aunque es cierto que el argumento de esta historia cada vez es más interesante.

—Esta historia forma parte de la vida real.

—Bueno, sí, sí. Claro. Son hechos que están pasando. Por eso es más interesante. Y hay de todo: infidelidades, celos, venganzas, misterio, sospechosos que aparecen hasta debajo de las piedras... y un crimen por resolver. Ahora que ya sabemos que Hugo mató a Sergio, nos queda averiguar quién se encargó de acabar con la vida del otro joven.

—¿Crees que pudo ser Duque, como se teme Marilia?

—Quizá, querida. Quizá sea él. Pero no nos olvidemos de que todavía no ha aparecido la persona que acompañó a Hugo a su casa durante la madrugada en la que lo asesinaron. O, si ha aparecido, no nos hemos enterado.

—Que yo sepa, todavía no la han identificado. De todas maneras, hoy no he hablado mucho con Iván.

—¿Os habéis enfadado otra vez?

La joven no responde. Se inclina sobre su plato de sopa y toma varias cucharadas seguidas, casi sin respirar.

—Te vas a atragantar. Despacio. —La abuela sabe perfectamente que ha metido el dedo en la llaga—. Cambiando de tema, ¿crees que Jonathan Vila es peligroso?

—¿Peligroso? ¡Es el asesino de Aurora! ¡Es un loco muy peligroso!

—Ya sé que ese hombre no debe de andar muy bien de ahí arriba, querida. Pero me refiero a que si tengo que mirar debajo de mi cama y de la tuya antes de irme a dormir. ¿Podría averiguar dónde estás de alguna forma?

—Jona es capaz de todo, abuela. Pero no creo que sepa dónde estoy. Ni siquiera sé si soy una prioridad para él ahora mismo. En estos momentos imagino que estará más preocupado por esconderse bien y que la policía no dé con él. Es difícil hacerse invisible en una ciudad con tanta vigilancia.

—También era difícil escaparse del hospital y lo ha conseguido — comenta preocupada la mujer—. Si sabe que su padre ha muerto, será todavía más peligroso.

Julia ya ha pensado en eso. Si Jonathan ha descubierto que Guillermo Vila ha fallecido, su sed de venganza hacia ella habrá aumentado. Aquel hombre debía de ser la única persona sobre el planeta a la que todavía quería.

—Tus padres habían planeado venir a buscarte para llevarte de vuelta al pueblo.

—Ya lo sé. Están muy preocupados por todo lo que está pasando.

—Normal, querida. Pero pienso que en el pueblo serías un blanco más sencillo. Ese hombre te encontraría con mayor facilidad. Por eso te he preguntado si había alguna manera de que Jonathan supiera que estás aquí.

—Yo también pienso que en tu casa estoy más segura. No creo que dé conmigo si intenta buscarme.

De repente, su móvil se vuelve loco. Empieza a sonar una y otra vez. Julia se apresura a examinarlo y se da cuenta de que el grupo de clase de WhatsApp ya no está en silencio. Ha debido de cumplirse la semana programada para que no suene cada vez que alguien escribe en él. Los comentarios se suceden prácticamente cada diez segundos y todos hablan de lo mismo.

—Abuela, por lo que se ve, acaban de anunciar en las noticias que Jonathan Vila ha huido del hospital y que su padre ha muerto al rajarse el cuello con un bisturí.

—Bueno, así la gente estará alerta.

—O entrará en pánico al saber que hay un asesino suelto.

—También. Es la otra manera de verlo.

Julia lee algunos de los comentarios que hacen sus compañeros de clase y vuelve a silenciar el grupo de WhatsApp. En general, a sus amigos les aterroriza que su antiguo profesor de Filosofía esté por ahí pululando, en paradero desconocido.

—¿Quieres que ponga la televisión para ver lo que dicen? —pregunta Pilar, que alcanza el mando a distancia.

—Prefiero no escuchar nada más por hoy.

—Me parece perfecto. ¿Te apetece un capitulito de alguna serie de Netflix?

La chica sonríe y, aunque está muy cansada, acepta la oferta de su abuela. Mientras Julia retira las cosas de la mesa y las lleva a la cocina, Pilar prepara el capítulo uno de *Cómo defender a un asesino*. Cuando su nieta regresa, se tumba en el sofá y se tapa con una manta.

—¿La has visto?

—No. Pero sé de qué va. ¿Más asesinatos, abuela?

—Así practicamos juntas.

Las dos sonríen al mismo tiempo. Mejor reír que llorar. El comienzo de la serie les parece muy interesante a ambas, aunque la chica no tarda ni quince minutos en quedarse dormida. Pilar la observa y suspira. Es consciente de la presión que Julia está aguantando sobre sus hombros. Se trata de una joven valiente y más fuerte de lo que ella misma se imagina. Otra, en su lugar, se habría derrumbado por completo. Solo espera que ese loco no aparezca por allí. No lo va a admitir delante de su nieta, pero siente miedo. Quizá hubiera sido mejor que su padre se la hubiese llevado a casa. ¿Cómo puede enfrentarse ella, a sus setenta y siete años, con un tipo que ha sido capaz de burlar la vigilancia de la Policía Nacional? La respuesta es muy sencilla: no podría. A pesar de sus dudas, se alegra de tenerla ahora tumbada en el sofá del comedor. Relajada, tranquila. Sonriendo mientras duerme. Parece feliz. Y ojalá fuera así siempre.

Aunque la realidad es la que es y, en ocasiones, toca combatir contra ella. El sonido del móvil despierta a Julia, que abre los ojos sin saber muy bien el tiempo que ha pasado desde que se quedó dormida. Alguien la está llamando. Se incorpora y mira a su abuela desorientada mientras el teléfono deja de sonar.

—Tranquila. Solo te has perdido media hora. Mañana volvemos atrás —comenta Pilar, que oculta sus preocupaciones—. ¿Quién te ha llamado? ¿Tus padres?

—No. Iván.

—¡Oh! Es una buena oportunidad para hacer las paces. Y a lo mejor te cuenta algo interesante.

La joven resopla y se peina con las manos al tiempo que piensa lo que debe hacer. ¿Lo llama o no lo llama? Antes de decidirlo, recibe un mensaje de WhatsApp de Iván.

«Acabo de enterarme de lo de Jonathan Vila. Ten mucho cuidado, por favor. Ese tío es capaz de cualquier cosa».

La decisión está tomada. Seguro que pasa algo en la conversación que provoca que vuelvan a discutir, pero se ha preocupado por ella y esa es una buena razón para devolverle la llamada.

—Abuela, me voy a mi habitación un rato. Luego vengo a darte las buenas noches.

—Salúdalo de mi parte.

La chica niega con la cabeza, aunque le dedica una sonrisa a la mujer. Si no fuera por ella, aquellos días habrían resultado mucho peores.

Julia cierra la puerta de la habitación y se sienta en la cama. Respira hondo y después marca el número de Iván. El joven responde inmediatamente.

—Hola. Me alegra saber de ti. Estaba muy preocupado.

—No tenías motivos.

—¿Que no? El tío al que encerraste en la cárcel ha huido. Y da la casualidad de que estáis en la misma ciudad. ¡Había motivos más que suficientes!

—Yo no he encerrado a nadie. Fue un jurado de nueve personas el que dictó sentencia —le rectifica Julia—. Y sé cuidarme bien. Además, tengo conmigo a mi abuela. Cinturón negro en judo y especialista en artes marciales.

—Veo que te lo has tomado con humor.

—¿Y qué hago, Iván? ¿Entro en pánico y espero a que venga a por mí, llorando detrás de la puerta de mi cuarto? Aquí no me va a encontrar si decide buscarme. Jonathan ni siquiera sabe que estoy en la ciudad.

—No me fío.

—Ni yo. Por eso mi abuela y yo no saldremos de casa en lo que queda de día y no le abriremos a nadie que no conozcamos.

La joven no está muy segura de si debe sentirse halagada por la preocupación de Iván o agobiarse. Quizá ambas cosas a la vez, aunque

está convencida de su buena intención.

—Bien. En este caso, todas las precauciones son necesarias.

—No te preocupes. Estamos a salvo.

—Nosotros tenemos a la policía debajo de casa, por si necesitas ayuda.

—¿Y qué hacen ahí?

—Según nos han contado los dos patrulleros, vigilan para protegernos y que no vuelva a pasar nada. —Julia detecta el tono sarcástico de Iván al hablar—. Nosotros pensamos que nos están controlando.

—¿Ha pasado algo para que tengáis a la policía encima?

—Bueno... Ellos aún no se han enterado, pero nosotros sabemos quién ha matado a Sergio.

—Yo también lo sé.

—¿Quién te lo ha contado?

Julia entonces se da cuenta de que ha metido la pata. No tendría que haberle dicho eso, pero ya no hay marcha atrás.

—Marilia. Ha venido a casa de mi abuela y me ha informado.

—¿Y ella cómo lo sabe?

—Pues imagino que se lo habrá contado su novio —dice la chica, que trata de salir del aprieto como puede.

No va a revelar que Marilia ha sido la que ha avisado a la policía del lugar en el que estaba el cuerpo de Sergio, ni el motivo por el que se había desatado una guerra fría entre ella y Hugo. Su amiga se lo pidió y le insistió en que no contara nada. Ni siquiera Duque está al tanto.

—Joder. Eso no tendría que haber salido del piso. Hay mucho en juego.

—Tú me lo ibas a contar a mí.

—Ya. Pero tú no eres Marilia. Me preocupa que ella lo sepa y que... — Entonces se produce un silencio en la línea que a Julia no le gusta nada. Su intuición se cumple en cuanto Iván habla de nuevo—: ¿Ha sido ella quien ha avisado a la policía de dónde estaba el cadáver de Sergio?

De nuevo se le presenta una gran disyuntiva: ¿le dice la verdad o le miente? Sabe que, si intenta engañarlo, terminará enterándose cuando hable con Duque.

—Sí, Iván. Ha sido Marilia. Ella me ha contado que Hugo asesinó a Sergio y que advirtió a la policía de dónde estaba el cuerpo.

—¿Y por qué lo hizo?

—Para quedarse tranquila consigo misma. Ha sido un secreto que la ha martirizado desde que se enteró de él. Y, sin Hugo vivo, no tenía sentido seguir guardádoselo.

—¿Se lo contó Javier?

—¿Javier? ¡No! Fue Hugo. ¿Vosotros lo sabéis por Javier?

—Sí, ha sido él quien nos lo ha revelado esta tarde. A él también se lo contó Hugo.

Durante varios minutos, Iván y Julia tratan de poner orden en lo que cada uno sabe y la forma en la que se han enterado. La chica le pide que prometa que no va a hablar con sus compañeros de lo que Marilia le ha contado. Él se lo promete y también le ruega que, a partir de ahora, lo ponga al día cuando haya novedades o descubra algo relacionado con aquellos asesinatos.

—Hugo era un cabrón —concluye Iván—. Más de lo que pensaba.

—Bueno, todos cometemos errores.

—Los suyos son imperdonables. Al final, mucha gente se va a alegrar de que esté muerto.

—No digas eso, Iván. Nadie merece morir. Y menos de la forma en la que él fue asesinado.

—¿No crees entonces en eso de que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón?

—No, Iván. Ni en el ojo por ojo. Una persona no tiene derecho a quitarle la vida a otra, por muy mal que esta se haya comportado.

—Por lo tanto, eso significa que perdonarías a Jonathan Vila, ¿no?

—No le perdonaré jamás lo que le hizo a Aurora. Y me alegro de que lo condenaran. Pero hasta ahí. No soy capaz de desearle nada malo.

El chico vuelve a callarse. Es un silencio de esos tensos. Julia lo percibe. Tiene una fuerte intuición sobrevolando su cabeza y la sospecha de que cuando su amigo vuelva a hablar será para decir algo importante. No se equivoca. La pregunta que Iván le plantea a continuación suena a órdago. Y lo peor es que ella no tiene ni idea de cuál es la respuesta correcta.

—Si tú supieras que yo soy el asesino de Hugo, ¿se lo dirías a la policía?

CAPÍTULO 53

Jueves, 4 de enero de 2018. Hace unas horas...

—¿Cómo que no puedo ver a mi propio hijo?

—Lo siento, señor. No está autorizado para entrar en su habitación.

Guillermo Vila da un puñetazo sobre el mostrador de la recepción del hospital e insiste en su derecho como padre de poder visitar a Jonathan.

—Si su hijo hubiera estado a punto de morir, ¿le gustaría que le negaran la posibilidad de verlo? ¡Por Dios, señora! ¿Qué clase de personal inhumano trabaja en este hospital?

—Usted debe entender que se trata de un caso especial. Es la propia Policía Nacional la que nos ha dado la orden. Hable con ellos.

—¡Maldita sea! Puta policía. ¡Putra policía!

El hombre vuelve a golpear con fuerza el mostrador y se dirige caminando deprisa hacia el ascensor. La mujer que lo ha atendido en recepción va tras él.

—Deténgase, no puede subir.

—¿En serio? ¿Y quién me lo va a impedir? ¿Usted?

—Señor, no me obligue a llamar a seguridad.

Pero Guillermo no le hace caso. Entra en el ascensor y pulsa el botón con el número dos. Está muy enfadado. La presencia de Julia Plaza aún le ha enervado más. No puede creerse que la culpable de que hayan encerrado en la cárcel a su hijo se haya presentado allí. Es una maldita zorra. Le da lo mismo que tenga diecisiete años. ¡Como si tiene cincuenta! Esa niñata no merece ni el aire que respira. Le gustaría que sufriera como está sufriendo Jonathan o como lo está haciendo él, que también se ha comido los daños colaterales de aquel despropósito. Desde que se celebró el juicio y el jurado declaró culpable de asesinato a su hijo, su mujer le ha dejado de hablar. Ni siquiera se molesta en hacer la cama, plancharle la ropa o preparar la comida. Lo trata como si no existiera.

Pero eso no va a terminar así. Algún día, llegará la venganza de los Vila y esa cría sabelotodo caerá. Y ellos serán los que sonrían los últimos. Estén donde estén.

El hombre sube hasta la segunda planta. En aquel largo pasillo, distingue perfectamente la habitación en la que se encuentra su hijo. Dos policías nacionales custodian la entrada. Posiblemente haya alguno más dentro. Lo consideran un preso peligroso. A su pobre Jonathan, víctima de una sarta de mentiras y de multitud de testimonios falsos. El cielo hará justicia. No le cabe ninguna duda.

—Buenas tardes —saluda, fingiendo amabilidad, a los agentes que están en la puerta. Los dos se le quedan mirando con curiosidad—. Soy el padre de Jonathan. Me han dicho que puedo entrar a verlo. No será mucho tiempo.

—Lo siento, señor. Nadie puede entrar en esta habitación salvo personal autorizado del hospital.

—No sé si han escuchado que soy su padre y que abajo me han dado permiso para pasar. ¿Quieren ver mi carné de identidad?

El hombre saca el DNI de una vieja cartera, que lleva en un bolsillo del abrigo, y se lo muestra a los dos policías.

—Señor, no podemos dejarlo pasar. Cumplimos órdenes.

—Joder, ¿órdenes de quién? Soy el padre del hombre que está ahí dentro. Tengo derecho a verlo. ¡Exijo que me dejen entrar!

—No es cosa nuestra. Mandan nuestros superiores.

—Me cago en... ¡Quiero ver a mi hijo! ¡Joder! ¡Solo estoy pidiendo verlo un minuto! —grita Guillermo desesperado.

—Señor, váyase o tendremos que detenerlo. No se lo voy a decir dos veces.

El hombre da un puñetazo en la pared y vuelve sobre sus pasos. Está completamente indignado, pero debe mantener la cabeza fría o también terminará encerrado, como su hijo. Antes de llegar al ascensor, pasa por delante de una habitación destinada al almacenamiento del material sanitario y quirúrgico. No puede entrar, lo pone en un cartel, pero Guillermo desobedece y lo hace. Nadie lo ve. ¿Esa es la seguridad que tiene aquel puto hospital? ¡Solo están atentos a lo que pase con su hijo!

Pues se la ha colado bien. Se siente satisfecho y excitado por estar en un sitio prohibido, al margen de la ley de aquella clínica de mierda.

Avanza lentamente, echando un vistazo a las estanterías que se encuentran en aquella habitación. Hay una que le llama especialmente la atención porque está cerrada con un candado tan pequeño que no

frenaría ni a un niño de primaria que quisiera abrir aquella puerta. Seguro que allí guardan utensilios de más valor. Coge un vaso de cristal y le propina un golpe seco y contundente al cerrojo. Efectivamente, tenía razón: el candado ha cedido con tremenda facilidad. Y no ha sonado ni una mísera alarma.

El hombre examina el interior de la estantería. Se fija en la balda de arriba, donde ve unas curiosas cajitas plateadas. Echa mano de una de ellas y la abre con cuidado. Lo que se encuentra es un bisturí. Lo saca de la cajita y lo observa detenidamente. Parece muy afilado y apuesta a que con él podría rajar lo que quisiese. A lo mejor, si amenaza con uno de esos a los policías nacionales, lo dejan entrar en la habitación de Jonathan.

Se pasa un rato dentro de aquel cuarto planeando su actuación. Hasta que se le ocurre algo que podría funcionar. Un sacrificio necesario que podría darle a su querido hijo una segunda oportunidad. Si logra su cometido, lo deberían nombrar padre del año.



—¿Qué pasa ahí fuera? ¿Quién grita?

Pero el policía al que Jonathan se dirige no le responde. Aquel hombre lleva con él más de tres horas y no le ha hablado ni una sola vez. Ninguno de los que han estado en aquella habitación lo ha hecho. Lo entiende. Debe de ser un fastidio vigilar día y noche a un preso que se ha intentado suicidar. Más si es un «asesino de niñas», como ha escuchado que lo llamaban algunos funcionarios penitenciarios en la cárcel.

—¿Es mi padre? Me ha parecido su voz.

Nada, aquel tipo continúa mudo. Aunque él está convencido de que ha escuchado a su padre. Tal vez ha ido a visitarlo y no lo dejan pasar. Quizá hasta sea mejor así. Le dolería ver a aquel hombre sufriendo por su culpa. Solo desea recuperarse para volver a intentar quitarse la vida. Lo ha perdido todo, así que estar vivo ni es necesario ni le apetece lo más mínimo.

Si tan solo pudiera darse un capricho antes de irse... Le encantaría vengarse de todos los que han intervenido en el proceso de su condena. Se encargaría, uno por uno, de los nueve miembros del jurado, de los testigos que declararon en su contra en el juicio y, sobre todo, de Julia Plaza. Ella ha sido la clave. La principal responsable de los diecisiete años

que le tocará permanecer entre rejas. Evidentemente, no va a consentirlo. Prefiere reunirse con su amada Virginia en el cielo de los inmortales.

Cierra los ojos y sonríe. Se duerme y sueña que hace el amor con la que fue su compañera de profesión. El futuro era de ellos, hasta que la profesora de Matemáticas se lanzó por el balcón de su piso. Estúpida. Sin Aurora Ríos, la vida iba a ser maravillosa para ambos. Juntos. Y formarían una familia. Una bonita familia. Fue tan egoísta por su parte... Tan desagradecida. Pero todavía la quiere. Sí, ama a aquella mujer. Ya la ha perdonado. Y le gusta follar con ella cuando baja los párpados y su privilegiada mente se pone en funcionamiento.

—¡Quiero que me dejen ver a mi hijo! ¡Inmediatamente!

Los gritos vienen de afuera. Ya no tiene ninguna duda: su padre es el que está quejándose amargamente en el pasillo de la segunda planta.

—¿Por qué no lo dejan entrar? —le pregunta Jonathan al policía que lo custodia dentro de la habitación—. Es un hombre mayor. No es peligroso, el peligroso soy yo. O eso cuentan.

No recibe contestación. La aparente tranquilidad de aquel hombre empieza a cansarle y a molestarle de verdad. No le gusta hablar con las paredes.

Al otro lado de la puerta, Guillermo sigue gritando. Su voz parece cada vez más desesperada y desgarrada.

—¡Solo quiero verlo un par de minutos! ¡Es mi hijo! ¡Lo han condenado por un crimen que no cometió! ¡Sois todos una mierda...! ¡No me toques, gilipollas!

¿Qué está pasando? ¿Le han hecho algo? Jonathan se está poniendo de muy mal humor. Su padre no lo está pasando bien y eso es lo que más le enfada. Observa de reojo al policía, que está sentado en una silla a apenas cinco metros de él. Piensa que, si actúa con rapidez, podría dominarlo aunque esté armado.

—¡Hijo! ¡Te quiero! ¡Te quiero mucho! ¡Y sé que eres inocente! ¡Siempre lo pensaré! ¡Suéltame, cabrón! —escucha gritar a su padre, y ya no puede más.

En un movimiento felino, Jonathan salta de la cama y se tira encima del policía, que en ese momento está mirando hacia la puerta de la habitación. Los dos caen al suelo. Armado de una violencia descontrolada, Jonathan empieza a golpear con los puños la cara y el pecho de aquel hombre.

—¡Hijo! ¡Te amo! ¡Puedes salir! ¡Ahora! ¡Ahora, Jona! ¡Vamos!

Aquella última frase de su padre sorprende a Jonathan. Coge la pistola del policía, se pone los zapatos que tiene al lado de la cama y camina deprisa hacia la puerta. Cuando la abre, ve que los dos agentes están agachados a unos diez metros de donde está él, dándole la espalda. Su padre está tumbado en el suelo, pero no tiene tiempo de auxiliarlo. Ni siquiera necesita usar la pistola. Corre lo más rápido que le permiten sus piernas hacia las escaleras de salida y baja los escalones de dos en dos. E incluso salta los tres últimos de la primera planta de golpe. Escucha gritar a gente, pero no distingue lo que dicen. Su objetivo es salir del hospital. En recepción, una mujer que trabaja en la clínica intenta pararlo, aunque no es rival para él. La empuja y sale despedida. El resto de las personas con las que se cruza no mueven ni un dedo. ¡Viva la solidaridad de aquella puta ciudad!

Cuando cruza la puerta principal, Jonathan se siente Dios. Solo se detiene un par de segundos para decidir por dónde tiene que ir. Conoce la zona y sabe que cerca hay un barrio lleno de calles estrechas y alguna peatonal. Aunque vestido así llamará la atención. Necesita ropa.

Mientras corre a toda velocidad, oye las sirenas de la policía. No han tardado mucho en ir a buscarlo. Se mete por una bocacalle estrecha y oscura. Por allí será más difícil que den con él. Y entonces lo ve. Está sentado en el suelo. Tiene una botella de vino a su lado y un sombrero para las limosnas delante de él. Aquel mendigo es su billete a la libertad. Se acerca a aquel hombre, que se lo queda mirando asombrado.

—Bonito camión, amigo —dice el indigente, que presenta una desastrada sonrisa llena de dientes amarillos y negros.

—¿Te gusta? Te lo doy.

—¿Qué? ¿Me lo das?

—Sí. Para ti.

Jonathan se quita aquel ridículo camión de hospital y se lo lanza a la cara. Al mendigo apenas le da tiempo ni a contemplar el esbelto cuerpo desnudo del preso fugado. De inmediato, siente en su cabeza el doble impacto de un objeto que le hace perder el conocimiento.

—Lo siento, amigo. No es nada personal.

El antiguo profesor de Filosofía arrastra a aquel hombre inconsciente hasta detrás de un contenedor. No tarda ni cinco minutos en quitarle la ropa y vestirse con ella. Sonríe al tiempo que se la pone, a pesar del olor insoportable de cada una de las prendas. Incluso el sombrero le queda bien. Así pasará desapercibido durante un tiempo. Habría que ser muy

perspicaz y tener muy buen ojo para darse cuenta de quién se esconde bajo aquellos andrajos.

Se guarda la pistola con la que ha golpeado al mendigo en un bolsillo del pantalón y camina hacia una calle principal, una peatonal llena de tiendas que está cerca y a la que la policía no puede acceder en coche.

Al principio, teme que alguien lo reconozca, pero enseguida es consciente de que pasa totalmente inadvertido. Nadie se fija en él porque nadie sabe quién es.

Necesita descansar. Calmarse un poco. Debe sosegar toda aquella adrenalina que se le ha disparado mientras huía del hospital. Todavía tiene las pulsaciones a mil.

Busca un banco en el que sentarse. En la galería de su derecha, repleta de comercios, hay varios, pero todos ocupados. Está a punto de darse por vencido y dirigirse a otro lugar cuando el corazón se le acelera como si quisiera escapar de su pecho. No recuerda una sensación tan bestial en su vida. Ni siquiera cuando golpeó con aquel bate de béisbol a Aurora Ríos.

Julia Plaza está allí, sentada en un banco con su amigo el cuatro ojos del pelo azul. Bebe tranquilamente de una botella de agua y se ríe como si no pasara nada.

Su primer impulso es el de ir hasta ella y pegarle un tiro. O los que le permita la pistola que le ha arrebatado al policía. Hasta que el cargador del arma se quede sin balas. No se reservaría ni una. Pero si hace eso, lo detendrían con total seguridad y se pasaría el resto de su vida en la cárcel. Necesita dominarse y ser más frío. El control de la partida está en sus manos. Ahora que vuelve a saborear la libertad, no quiere perderla tan pronto. No va a ser tan estúpido.

Sí, su venganza tendrá que esperar un poco. Aunque está seguro de que encontrará el momento adecuado para quitarle la vida a la persona que ha terminado con la suya. Completamente seguro.

CAPÍTULO 54

Jueves, 4 de enero de 2018

Coloca otra pieza en el puzle de cristal. Se pone de pie y da un paso hacia atrás. La figura de aquella chica cada vez está más clara y se ve mejor. Sin embargo, en esta ocasión Julia no ha conseguido desconectar completamente de la realidad como en el resto de las veces. Esa solo es la tercera pieza que encaja en los cuarenta y tantos minutos que lleva dedicados a su nuevo pasatiempo. La conversación de antes con Iván continúa dando tumbos en su cabeza.

—Si tú supieras que yo soy el asesino de Hugo, ¿se lo dirías a la policía?

Esa inesperada pregunta le genera un importante conflicto interior. Porque, de primeras, no le resulta tan sencillo responderle. Tampoco está segura de la intención de su amigo al plantearle aquella cuestión.

—¿Hay truco? ¿Qué se supone que tengo que contestar?

—Simplemente la verdad. Imagina que yo he sido el que ha matado a Hugo. ¿Me denunciarías?

—¿Por qué ibas tú a hacer algo así?

—Tengo mis motivos —responde Iván. Julia lo percibe demasiado acelerado—. ¿Llamarías a la policía y me delatarías?

—No lo sé. Imagino que... sí.

La joven espera a que Iván hable y se queje de su respuesta, pero el chico no dice nada. Al menos, no inmediatamente. Retoma la conversación unos segundos después con otro tono de voz, menos solemne. Parece más alegre y relajado, pero Julia no sabe si es una pose fingida.

—Julia y su innegociable sentido de la justicia y el deber.

—Mi padre es guardia civil, ¿qué esperabas?

La broma de la chica provoca la risa de Iván. Ella se alegra de escucharlo reír, pero le preocupa el motivo por el que ha salido aquella conversación. ¿Hasta qué punto están hablando de una realidad o de un supuesto?

—Mañana es el entierro de Hugo. A las once. ¿Vas a asistir?

—¿Yo? Apenas lo conocía.

—Pero lo viste muerto. Eso, quieras o no, te une mucho a él —suelta el chico en un tono contundente—. Y no seremos muchos. Deberías venir.

—No sé. Creo que allí estaría de más.

—En realidad, la mayoría de los que iremos vamos a estar de más. Pero es el último adiós a Hugo. La despedida definitiva —insiste Iván—. Ve con tu abuela y así las dos podréis seguir investigando. Seguro que a Pilar le encantará conocer a los chicos. Igual resolvéis el asesinato buscando pistas entre nichos y panteones.

—No te rías de nosotras. Somos muy buenas detectives. Hace unos cuantos años competíamos a ver quién acertaba antes el culpable en la serie *Se ha escrito un crimen*.

—¿Y quién ganaba habitualmente?

—Las dos. Algunos episodios eran bastante previsibles, incluso para una niña de nueve o diez años.

En otras ocasiones, en cambio, no daba con la solución y se sentía frustrada porque los guionistas habían logrado engañarla. Eso sí: siempre le divertía jugar a investigar con su abuela.

—No se hable más. Mañana, a las diez, me paso a por ti y a por tu abuela, ¿de acuerdo?

—Lo hablo con ella después y te digo algo por WhatsApp. Aunque no tengo nada negro que ponerme.

—Nadie te lo tendrá en cuenta, te lo aseguro. No te preocupes —le dice Iván—. Y, Julia, tranquila, no vas a tener que decidir si entregarme a la policía o no. Yo no asesiné a Hugo.

Pilar no dudó ni un instante en aceptar la propuesta de su nieta. Incluso parecía feliz cuando le preguntó si quería asistir al entierro de Hugo Velero a la mañana siguiente.

Son casi las once y Julia se siente agotada. Por lo menos, a pesar de todo lo que ha sucedido en aquel jueves, prevé que dormirá a pierna suelta esa noche.

La chica mira una vez más el puzle de cristal. Coge otra pieza y trata de encajarla con las que ya tiene colocadas. La vista se le nubla y el sopor se hace poco a poco con las riendas de su voluntad. Suelta la pieza sobre

la mesa y camina hasta la cama. Se quita las zapatillas y, justo cuando se dispone a tumbarse en el colchón, suena el telefonillo del apartamento.

¿Quién puede ser tan tarde? ¿Él? Imposible. No sabe dónde está.

Rápidamente, y algo amedrentada, sale de la habitación descalza y corre hasta la entrada, donde coincide con su abuela.

—¿Han llamado? —pregunta Julia inquieta.

—Sí. Voy a abrir.

—¡No! ¿Y si es Jonathan Vila?

—Dijiste que no había manera de que te encontrara aquí. —Pilar parece muy tranquila—. De todas formas, no es él.

—¿Cómo lo sabes? ¿Son mis padres?

La mujer niega con la cabeza, sonríe y descuelga el telefonillo de la pared. Pregunta quién es y, a continuación, pulsa el botón que abre la puerta del edificio. La chica la observa sin entender nada.

—¿Me puedes decir de una vez quién es?

—Creo que se hace llamar Bolsón.

—¿Bolsón? ¿Como el hobbit?

—¿Qué hobbit?

—¡Abuela! Quedamos en que no íbamos a abrir a desconocidos. ¡Y encima son las once de la noche!

Pero el timbre frena las réplicas de Julia. La mujer esquivo a su nieta y quita el cerrojo de la puerta. La chica protesta, pero su abuela le hace caso omiso.

—Buenas noches —saluda a Pilar un chico muy alto, con la cara repleta de pecas—. Aquí le traigo lo que hemos acordado. ¿Dónde se la dejo?

—Aquí mismo, joven. Muchas gracias.

El muchacho entra en el piso arrastrando con bastante esfuerzo un inmenso objeto envuelto en papel. Saluda a Julia y suelta el paquete en el suelo del vestíbulo.

—¿Son ochenta y cinco euros?

—Exacto, señora. No encontrará una como esta a mejor precio.

Pilar introduce la mano en un jarrón que adorna el mueble antiguo, situado en la entrada, junto a la puerta. Saca un billete de cincuenta euros y dos de veinte y se los entrega al chico.

—Toma. Quédate de propina los cinco euros que sobran. Por las horas y la amabilidad.

—Muchas gracias, señora. ¿Quiere verla antes de que me vaya para comprobar que todo está correcto o se fía de mí?

—Me fío de ti. Está muy bien envuelta. Con las fotos que me pasaste es suficiente. Te dejo que te vayas ya a tu casa, que es muy tarde.

El joven pecoso sonríe y se despide de Julia y de Pilar, que vuelve a cerrar la puerta y a echar el cerrojo. Su nieta se la queda mirando fijamente, esperando a que le explique todo lo que acaba de suceder.

—¿Conoces Wallapop? —le pregunta la mujer mientras saca unas tijeras de uno de los cajones del mueble.

—¿Wallapop? ¿Has comprado esto ahí?

—Sí, querida. Es un regalo para ti. ¿O es que pensabas que solo te iba a regalar el jersey por Reyes?

La curiosidad por saber qué es aquel objeto supera a la sorpresa que Julia se ha llevado al comprobar que su abuela es usuaria de Wallapop. ¡Aunque de qué se extraña! Aquella septuagenaria se maneja en Internet como pez en el agua.

—¿Me ayudas?

—Sí, claro. Déjame las tijeras.

Entre abuela y nieta consiguen quitar todo el papel y las tiras de plástico duro que envuelven una caja de cartón. Cuando han terminado, Pilar le pide a Julia que la abra. La chica obedece y se encuentra con algo que no sospechaba ni por asomo.

—¡Es una pizarra!

—Sí, querida. Una de esas criminalísticas. Bueno, no sé si se llama así exactamente. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! —exclama Julia, que agarra de uno de los bordes para extraer la pizarra por completo—. ¡Mil gracias, abuela!

—Sé que te encantaría escribir un libro algún día. Esto te ayudará mucho. Lo vi en una película —comenta la mujer con una gran sonrisa en los labios—. Aunque, mientras estés aquí, podemos utilizarla para... ya sabes.

Julia no tarda en deducir a qué se refiere su abuela. ¡Está obsesionada con el asesinato de Hugo Velero!

—He comprado rotuladores de tres colores —comenta Pilar, que observa encantada el regalo que le ha hecho a su nieta—. Y unos cuantos imanes.

—¿En serio?

—Claro. Ya verás lo divertido que va a ser y...

—Abuela, un crimen no tiene nada de divertido —la interrumpe Julia—. ¡Ni es interesante!

—Vaya, me has quitado la palabra de la boca. ¿Cómo sabías que iba a decir eso?

CAPÍTULO 55

Viernes, 5 de enero de 2018

Escucha que llaman a la puerta de su habitación e inmediatamente se levanta a abrir. Jorge deja pasar a Duque y vuelve a sentarse en la silla, delante del ordenador. Su compañero de piso se queda de pie detrás de él, observando la pantalla del portátil.

—¿Estás trabajando? Son más de las doce de la noche.

—Estoy borrando algunas cosas y ocultando otras, como nos ha pedido el jefe.

—Yo ya lo he hecho. Por cierto, acaba de llamarme. La policía no le ha preguntado nada relacionado con lo que hacemos. Dice que todo ha sido bastante *light*.

—¿No han mencionado la empresa?

—Javier dice que solo le han hecho preguntas relacionadas con páginas web y antivirus. Nada de lo que tengamos que preocuparnos.

—Mejor así. De todas maneras, no me fío nada. Algo están tramando Delgado y los suyos.

—El coche patrulla de la Policía Nacional continúa aparcado enfrente del edificio. Son muy pesados. ¿Qué querrán?

—Van a por nosotros. Lo sé. —Jorge suspira desesperado—. Mañana quizá no pase por casa después del entierro. Me iré directamente a la estación de trenes.

—¿Irás al cementerio con la maleta? Raro, ¿no?

—¿Sí? ¿Te parece muy cantoso? Igual será mejor que pase primero por aquí para no levantar sospechas.

Duque se encoge de hombros. Saca su móvil y mira el último WhatsApp que le ha enviado Marilia hace cinco minutos. Le dice que irá directamente al funeral, que no se pasará antes por su piso. Después le da las buenas noches. Sin ningún «te quiero», sin «besos».

—Creo que lo mío con Marilia está a punto de terminar —confiesa mientras se guarda el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué dices, tío? ¿Qué ha pasado?

—De todo, Jorge.

—¿Estás hablando de cuernos?

Fran no quiere contarle a su amigo que su novia se acostó con su compañero fallecido. No se siente con fuerzas. El propio Hugo se lo confesó durante la madrugada del martes al miércoles, cuando fue a buscar los condones. ¡Maldito hijo de...!

—Prefiero no hablar de ese tema. Las relaciones se joden por mil motivos. Y me parece que la nuestra ha tocado fondo.

—Es una pena. Me gustaba tener por aquí a Marilia.

Y a él. Le encanta que forme parte del grupo, como si fuera una más de ellos. Pero, aunque le haya dicho que la perdona, no es cierto. No es tan fácil perdonar una infidelidad. Tenía la esperanza de que lo que Hugo le había soltado aquella noche fuera mentira. De que lo hubiera hecho solo para provocarlo, para tocarle los huevos, como hacía habitualmente con todos los que lo rodeaban. Tenía esa remota esperanza. Pero, en cuanto habló con Marilia, ella lo admitió. Le había puesto los cuernos con su compañero de piso. ¿Cómo se puede perdonar algo así? Posiblemente nunca lo haga. Ni a ella ni tampoco a él.



En aquella fría noche de enero, Rafa y Rima caminan por una de las calles más iluminadas de la ciudad. El joven apunta con el dedo las luces de Navidad que tienen sobre sus cabezas. Son innumerables hileras formadas por campanas amarillas y rojas, rodeadas de ramitas de abeto verdes. La chica se queda mirándolas embobada, sonriendo. Y a él le encanta verla así. Parece feliz. Justo como tenía que haber sido siempre.

—¿Nos sentamos allí? —le pregunta Rafa, que señala un banco que acaba de quedar libre. Ella asiente.

Los dos corren hacia el banquito, antes de que alguien les quite el sitio. A pesar de que son más de las doce y media de la noche y de que no pasarán de los dos o tres grados de temperatura, hay mucha gente en la calle. Familias enteras, parejas o grupitos de chavales. Todos disfrutan de los últimos días de vacaciones navideñas.

—¿Tienes frío? —le pregunta el joven al ver que Rima tiritita.

—Un poco. Pero estoy bien. No te preocupes.

—¿Puedo abrazarte? Solo para darte un poco de calor.

Tímidamente, la chica le dice que sí y se acerca un poco más a Rafa, que la abraza con fuerza. Sus pulsaciones se aceleran al sentirla tan cerca.

—Muchas gracias por tu apoyo. De verdad —comenta ella sin despegarse de él—. Gracias a ti, todo está siendo más fácil.

—Solo hago lo que siento.

—¿Me acompañarás mañana al entierro?

En ese momento, Rafa se separa de Rima y la mira fijamente. A la chica se le han puesto los ojos rojos.

—¿Estás segura de que quieres ir? Creía que no te apetecía, que no tenías intención de asistir. Puede ser muy duro para ti.

—Lo he pensado mejor. Necesito despedirme de él. Fue mi novio hasta hace nada.

—Bien, como tú quieras. Yo estaré a tu lado para lo que necesites.

—Gracias, Rafa. Eres muy bueno conmigo.

La pareja se sonríe. La mirada de uno se instala en la del otro y las luces alumbran sus rostros. Si aquello fuera una película de Navidad, ahora vendría el beso. Es lo que Rafa piensa y por eso se lanza. Cierra los ojos y acerca su boca a la de Rima. En cambio, ella se aparta.

—Lo siento, no estoy preparada para...

—Tranquila, no te preocupes. Lo entiendo. El fallo ha sido mío.

—Es que creo que, a pesar de todo, aún sigo enamorada de él —admite Rima, que se desplaza unos centímetros en el banco para no estar tan cerca de su amigo—. Imagino que se me pasará pronto.

—Sin problema —dice Rafa con una sonrisa—. ¿Quieres castañas asadas? ¡Allí hay un puesto abierto!

El joven no espera a que ella responda. Se levanta como un resorte y camina deprisa hacia el castaño. Su expresión cambia en cuanto Rima no puede verlo. Siente rabia. Una rabia por dentro casi incontrolable. Quiere, ama y desea a Rima. Pero ella no está por la labor de pasar página. Y eso que ese tipo lo único que le hacía era daño. El desgraciado de Hugo sigue fastidiándolo hasta después de muerto.

Mañana no derramará ni una lágrima en su entierro. ¡Por supuesto que no lo hará! Al contrario. Celebrará que está bajo tierra, entre hongos, raíces y gusanos. Donde, quizá, tendría que haberlo enviado hace tiempo.



Al final, no ha sido para tanto. En la comisaría solo le han preguntado por el trabajo que Hugo realizaba para ellos en Único. El que se supone que hacía, el que estaba a la vista de todo el mundo. Si ya han revisado el ordenador del chico y solo han llegado hasta ahí, la prueba está superada.

A Javier le daba miedo que la policía encontrara algo que lo incriminara y pusiera al descubierto lo que llevan haciendo desde hace cuatro años. El portátil de Hugo esconde cientos de secretos, pero hay que saber buscarlos para encontrarlos. Y para eso hay que ser tan bueno como lo era él. Debería haber confiado más en su pupilo y no dejarse llevar por el pánico. Desde el principio supo que se iba a convertir en el mejor. Aunque como persona era una manzana podrida.

—Jamás me enamoraré de ti.

Cuántas veces se lo dijo. Se lo repitió hasta la saciedad. Solo deseaba sexo y dinero. Nunca imaginó que las cosas serían así cuando lo conoció en el funeral de su abuela. Sin embargo, hasta hace poco no lo vio como un mal tipo. Le caía bien; tal vez porque estaba ciego por amor. Pero la fastidió cuando se metió en asuntos raros y empezó a obsesionarse con ellos.

Aquel favor fue su tumba. La de ambos.

Javier entra en su habitación y camina despacio hasta la cama. Se sienta en ella y mira la almohada. La levanta y alcanza lo que guarda debajo de ella. En aquella fotografía con Hugo, ambos ríen. Es del diecisiete de septiembre de 2015. El chico cumplía dieciocho años; él, treinta y nueve. Un mes después se acostaron por primera vez, aunque él ya llevaba tiempo loco por sus huesos. Qué extraño se le hacía cada vez que lo veía y se le alteraba todo.

—Pero que sepas que jamás me enamoraré de ti.

Maldito Hugo. Maldito él y su ego.

—¿Por qué no rompes esa fotografía? —le pregunta un hombre viejo, que solo lleva puesta la ropa interior, desde el otro lado de la habitación.

—Debo hacerlo, ¿verdad?

—Está muerto. Y últimamente solo te ha dado disgustos.

—Es verdad. Se comportaba como un niño que se creía el ombligo del mundo —dice Javier, que no es capaz de soltar la fotografía.

—Ahora tendrás que olvidarte de él.

—No es tan fácil. Aunque soy consciente de que tengo que hacerlo de una vez por todas.

—Si lo hubieras hecho antes...

Javier niega con la cabeza. Si lo hubiera hecho antes, ¿Hugo estaría vivo?

—No me lo digas más veces.

—Está bien. Ya no volveré a recordártelo. Pero tú lo pusiste en contacto con Jacob. Él te pidió ese favor y tú accediste.

—¡Lo sé! ¡Cállate! —exclama Javier, que se tapa los oídos—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque tú no quieres que me vaya.

—¡Sí que quiero! ¡Quiero que te vayas a donde están todos los muertos! ¡Olvídate de mí de una vez por todas, papá!



Son las cuatro de la mañana. Iván se despierta sobresaltado después de tener una horrible pesadilla: Julia lo acusaba de haber matado a Hugo y lo amenazaba con denunciarlo a la policía. Jadea nervioso y trata de recuperarse.

El chico se sienta en la cama y tarda un par de minutos en reponerse. Va a ser difícil volver a conciliar el sueño.

Tiene mucha sed.

Se levanta, se calza las zapatillas y sale de la habitación. Enciende la luz del pasillo para llegar a la cocina sin tropezarse. En ese corto trayecto, piensa que tiene que dormir algo más, porque mañana va a ser un día duro. Un entierro nunca es plato de buen gusto y desgasta física y mentalmente a cualquiera. Aquel, en concreto, presume que va a resultar devastador.

Llega a la cocina y, cuando se dispone a dirigirse al frigorífico, ve a Jorge pegado a la encimera. Está quieto y no mira hacia ninguna parte. Iván se aproxima hasta él y le toca en el brazo. El joven del cabello rizado lo contempla extrañado.

—Oye, Jorge, ¿estás bien? ¿Qué haces aquí?

—No lo sé, tío. La verdad es que no lo sé.

CAPÍTULO 56

Viernes, 5 de enero de 2018

Cuando se despierta, el olor a tostadas y a café recién hecho llega hasta su habitación. Parece que su abuela ha renunciado a su tradicional infusión matutina y necesita algo más fuerte. De buena mañana, a Julia también le apetece una taza bien cargada. Anoche se acostaron muy tarde porque tardaron horas en trasladar a la pizarra lo que saben o suponen del caso del asesinato de Hugo Velero.

Aquel cinco de enero se presenta como un día complicado. Otros años estaba deseando que llegara esa fecha tan señalada para salir a la calle y ver la cabalgata de Reyes que organizan en el pueblo. Y después comer un trozo de roscón como postre de la cena. Este, en cambio, comienza con un entierro. Y ni siquiera ha comprado regalos para su abuela y sus padres. Todo eso lo ve en este momento como algo secundario, aunque le habría gustado pasar el día de una manera tradicional.

Se dirige al comedor en pijama y en zapatillas de andar por casa. Faltan diez minutos para las nueve, así que tiene que ponerse las pilas cuanto antes. En un rato se tendrá que empezar a preparar, porque a las diez Iván irá a buscarlas. Evidentemente, en la maleta no metió nada adecuado para un funeral. Así que no sabe muy bien lo que se pondrá.

—Buenos días, abuela —saluda a Pilar antes de plantarle un sonoro beso en la mejilla derecha—. ¿Hay café para mí?

—Claro que sí, querida. Está recién hecho. ¿Te preparo unas tostaditas?

—Ya me encargo yo, no te preocupes.

La chica le da otro beso a la mujer antes de irse a la cocina. Inserta dos rebanadas de pan de molde en la tostadora y calienta leche en un cazo. Mientras se sirve el café en una taza, observa la pizarra que su

abuela le ha regalado: está encima de la mesa, apoyada contra la pared. Decidieron colocarla allí porque es el único lugar en el que cabe y no estorba.

Escrito en rojo y subrayado, arriba del todo, una pregunta preside el resto de las anotaciones: «¿Quién mató a Hugo Velero?».

—Será muy interesante observar detenidamente a todos los que asistan hoy al cementerio. Es muy probable que entre ellos esté el asesino —dice Pilar, que entra en la cocina con el plato y el vaso que ha usado para el desayuno.

—Tiene que ser muy raro para alguien ir al funeral de la persona a la que ha matado.

—No te creas, querida. Algunos criminales se sienten orgullosos de sus hazañas y se recrean asistiendo a los entierros de sus víctimas.

—¿Lo has visto en algún reportaje?

—Exactamente. Has acertado.

Julia sonrío y apaga el fuego en cuanto ve que hierve la leche. La echa en la taza con el café y luego se pone un par de cucharadas de azúcar. Las tostadas también están listas.

—He estado pensando en la persona a la que Iván escuchó en la habitación de Hugo la noche en que lo asesinaron. Ayer pusimos un interrogante para señalarla y tenerla muy presente —dice Pilar, que se acerca a la pizarra y coge un rotulador verde.

—¿Se te ha ocurrido alguna hipótesis sobre eso?

—Es complicado teorizar con seguridad cuando cuentas con tan pocos datos. Pero, tal vez, esa persona sea alguien a quien ya tenemos fichado: puede que su nombre esté escrito en esta pizarra.

La mujer revisa pensativa las anotaciones que ella y su nieta hicieron anoche. Julia, que está untando la mantequilla en el pan, observa a su abuela. Esta se ha convertido en una especie de estatua de cera, con el brazo derecho alzado, sujetando el rotulador verde, y la mirada fija en la pizarra.

—¿Qué está pasando por tu cabeza ahora mismo?

—Nada que no hayamos expuesto ya, querida. Solo que, de todos estos chicos, Fran Duque es el que me parece que tenía más razones para matar a Hugo, pero... me dijiste que Marilia no sabía si su novio había visto o no a Hugo cuando fue al piso, ¿verdad?

—Eso es —confirma Julia, que da un primer mordisco a su tostada—. Ella no lo sabía.

—Y, según nuestra amiga, fueron dos horas las que pasaron desde que se marchó del hotel hasta que se despertó y lo vio en la habitación. Tiempo suficiente para clavarle el cuchillo a su compañero de piso y luego deshacerse del arma.

—Visto así, tiene mucho sentido.

—Sin embargo, yo no lo veo nada claro.

—¿Adónde quieres llegar, abuela?

—A que ese Duque no podía predecir que su novia iba a dormirse. No sabía que iba a tener esas dos horas de margen. Y no me imagino a alguien matando a una persona mientras es plenamente consciente de que su pareja lo está esperando en la cama para celebrar sus diez meses de relación.

—Estamos dando por sentado que hubo premeditación, y quizás no fue así: puede que el asesinato fuera un acto improvisado, sin planificar, que tuviera lugar por algo que ocurrió esa misma noche.

—Sí, es cierto. Pudo producirse de esa manera. Aun así, me resulta muy extraño. No pondría la mano en el fuego por Duque, pero lo hemos puesto en color rojo y yo escribiría su nombre en verde.

Pilar y Julia elaboraron la noche anterior una clasificación por colores para determinar el rango de posible culpabilidad de cada uno de los implicados. En rojo habían escrito los nombres de los que les parecen los principales sospechosos: Duque, Javier, Rafa y el desconocido o desconocida que llegó al piso con Hugo. En verde, los que podrían haberlo asesinado, pero *a priori* era menos probable que lo hicieran: Iván, Jorge y otra posible novia, amante o lo que fuera del fallecido. Y, en azul, las personas que también formaban parte de la vida del joven, pero que resultaría muy complicado que hubieran perpetrado el crimen, aunque tenían algún motivo para desear su muerte: Marilia y Rima. Por supuesto, la consideran una lista abierta y a la que, en cualquier momento, se pueden sumar más nombres.

—Cuando vengamos del entierro, lo analizamos todo de nuevo y nos planteamos los colores que darle a cada uno.

—No —responde Pilar con rotundidad—. Después del funeral vamos a ir a comprar regalitos para tus padres. Y, después, a la cabalgata de Reyes y a por un roscón.

—¿En serio?

—¡Claro! ¿O es que pensabas que no íbamos a disfrutar de un día tan señalado? Además, aquí la cabalgata la hacen por todo lo alto. Te encantará.

Hace muchos años que Julia no ve el desfile de carrozas que organizan en la ciudad. Y le sorprende que su abuela haya pensado en aquel plan, con todo lo que está sucediendo en sus vidas.

—¡Gracias! ¡Me hace mucha ilusión!

—Lo sé, querida. Ya he hablado con tus padres para contarles lo que haremos. Vendrán a ver la cabalgata con nosotras, para que se queden tranquilos.

—¿Vendrán papá y mamá?

—Sí. Tu padre me ha insistido y esta vez no he podido negarme —le explica Pilar, que no deja de observar la pizarra y los nombres que están escritos en ella—. Bueno, voy a cambiarme de ropa. No me pongo de luto desde que murió tu abuelo.

—Yo solo tengo aquí un vaquero negro. Aunque Iván me ha dicho que no me preocupe por eso, que no importa cómo vaya vestida.

—Iván es un buen chico.

La mujer suelta el rotulador verde sobre la mesa y se marcha de la cocina. Julia tiene la segunda tostada en la mano. ¿Iván es realmente un buen chico, como dice su abuela? Ha sufrido tantos vaivenes con él, que no sabe qué pensar. El tenerlo de color verde en la pizarra es simplemente porque es él. Si fuera otro, su nombre lo habrían escrito en rojo. En su cabeza no cesa de resonar la pregunta que le hizo en la conversación telefónica de anoche: «¿Si tú supieras que yo soy el asesino de Hugo, ¿se lo dirías a la policía?».

Su mente no para de funcionar, no le da ni un solo respiro.

Otra persona de la que se acuerda constantemente es de Vanesa. Luego le escribirá un WhatsApp para preguntarle cómo está. Le da pena que vaya a pasarse el día de la cabalgata y la posterior mañana de Reyes en el hospital. Cuando vaya a comprar regalos con su abuela, buscará algo para ella. Aunque le da miedo que Ingrid se enfade si la obsequia con cualquier detalle.

—Julia, he encontrado esto —le dice Pilar tras regresar a la cocina—. Es de cuando yo era más joven. Ni recordaba que estaba en el armario. Juraría que lo había perdido.

La mujer le entrega a su nieta un bonito abrigo negro de cremallera. La chica se mete en la boca el último trozo de pan, se sacude las manos y se lo prueba.

—¿Qué tal me ves?

—¡Te queda fantástico! Y, con el frío que hace, te vendrá perfecto. ¿Cómo te sientes con él?

—Muy bien. Me está un poco corto de mangas, pero estoy cómoda — comenta Julia al tiempo que estira los brazos—. Gracias, abuela.

—Puedes quedártelo. Es tuyo si lo quieres.

—¿Otro regalo de Reyes? Son demasiados ya. ¡Yo no te he comprado nada!

—El que estés aquí, pasando estos días conmigo, es el mayor de los regalos que me has podido hacer, querida.

Aquel emotivo arranque de sinceridad de su abuela le forma un nudo en la garganta. A la mujer también se la nota conmovida, aunque enseguida sonrío y se marcha canturreando el tema de Camilo Sesto *Vivir así es morir de amor*. Julia se quita dos lagrimones de los ojos y también sonrío. Friega la vajilla que ha utilizado en el desayuno y después se mete en su habitación para prepararse.

Antes no solía pintarse demasiado, pero, desde que se unió más a Vanesa, eso ha cambiado un poco. Su amiga le hizo varias recomendaciones para que los ojos se le vieran más grandes y los labios más deseables.

—¡No quiero que alguien se me quede mirando y tenga la necesidad de besarme!

—¿Por qué no? ¡Nunca se sabe quién puede estar observándote y deseando comerte la boca!

Echa de menos esas bromas tontas que se hacían con frecuencia. Ojalá, cuando ella regrese al pueblo y su amiga salga del hospital, las cosas vuelvan a ser como antes de la explosión. Sin embargo, tras la confesión que Vanesa le hizo ayer y el odio confeso que le tiene Ingrid, que todo regrese a la normalidad será imposible.

Para ir al entierro solo se pinta un poco los ojos y se pone algo de colorete, lo justo. No es el momento, ni el lugar, para presentarse con unos «labios deseables».

El timbre del telefonillo suena a las diez menos cinco. Julia está preparada, aunque deja que sea su abuela quien le abra a Iván. Coge el abrigo negro y se lo pone mientras sale de la habitación.

¿Y si no es él? ¿Y si el que ha llamado es...?

—Hola, querido. ¡Qué guapo estás! —dice su abuela, que también se ha encargado de abrir la puerta del piso—. Pasa, pasa. Ya casi estamos listas.

Sí, es él. Iván entra en el apartamento. Va vestido completamente de negro, de traje y corbata. Los zapatos y la camisa también son oscuros. Y su abuela tiene mucha razón: está guapísimo.

—Hola, Julia —la saluda acompañado de una de sus sonrisas.

—Hola —se limita a responder ella.

—Voy a mi habitación un segundo. Enseguida vuelvo, jóvenes.

Pilar deja a los chicos solos en el vestíbulo. Ambos se miran con cierta timidez y sin saber muy bien cómo actuar.

—Me gusta tu abrigo —comenta él para tratar de salir de esa situación algo incómoda.

—Es de mi abuela. Tiene por lo menos cuarenta años.

—¿De verdad? Pues parece actual.

—Ya sabes que lo *vintage* se ha vuelto a poner de moda.

Los dos se vuelven a mirar en silencio. Existe una férrea barrera entre ellos y les cuesta atravesarla. Un muro construido a base de discusiones, desengaños y palabras a destiempo.

El sonido de un móvil pone fin al momento embarazoso. Es el *smartphone* de Julia, que acaba de recibir un WhatsApp. Vanesa le ha escrito un mensaje que la deja muy preocupada.

«En el hospital hay un montón de policías, por si Jonathan vuelve por aquí. Acabo de leer en las noticias que sigue fugado y va armado. Ten mucho cuidado, por favor. Me da miedo que decida ir a por ti. ¡Ese tío está muy loco!».

CAPÍTULO 57

Viernes, 5 de enero de 2018

El bullicioso sonido del móvil despierta a Emilio. Ana Rincón lo está llamando. ¿Qué querrá tan temprano? No son ni las nueve de la mañana. Anoche se acostó pronto, pero se desveló alrededor de las tres de la madrugada y se pasó casi dos horas dando vueltas en la cama. Dos horas en las que estuvo recordando, entre otras cosas, el tiempo que había compartido con Julia durante el día anterior. Recuperar parte de lo que tenía con ella le hace feliz y le da un motivo más para no querer regresar a Estocolmo. Aunque eso todavía está por ver. La charla con su madre le ha servido para entender que dispone de total libertad para hacer lo que realmente sienta.

También la mujer que está al otro lado del teléfono ocupó un lugar en su mente en aquellas dos horas de insomnio.

—Buenos días, Ana —dice el joven con la voz propia de quien se acaba de levantar.

—¿Sabías que Jonathan Villa se ha fugado del hospital en el que lo habían ingresado tras intentar suicidarse? —le pregunta ella visiblemente alterada—. ¡Es el mismo hospital al que te llevé ayer!

—Sí, lo sabía. Y ha sido una gran casualidad que Vanesa y él estuvieran en la misma clínica.

—¿Y cómo estás tan tranquilo? Ese tipo anda por ahí suelto.

—¿Qué puedo hacer yo? Es la policía quien debe buscarlo y detenerlo.

—Dicen que va armado, Emi. Que le arrebató el arma a uno de los agentes que lo custodiaban.

Aquella información sí es nueva para el chico. Le preocupa que Jona esté oculto en algún lugar de la ciudad con una pistola encima. Solo

espera que no sepa dónde se encuentra Julia. Está seguro de que su amiga es el principal objetivo del que fue su profesor de Filosofía.

—¿Te has enterado de eso por las noticias?

—Sí, aunque me ha llamado mi jefe para darme más detalles. Ayer, Vila huyó de la clínica mientras su padre se rajaba el cuello con un bisturí. Por lo que me cuentan, parece que fue algo premeditado. Aunque el hombre, que se sacrificó por su hijo, murió al instante. Los médicos no pudieron hacer nada.

—No me alegro de su muerte, aunque ese tipo nunca me ha dado buena espina. Siempre ha defendido la inocencia de Jona.

—¿Lo conocías?

Emilio le explica a Ana que, cuando entró en el hospital, vio a Guillermo discutir con el personal de la clínica en el mostrador de recepción. Le dio la impresión de que no estaba muy bien de la cabeza y sobreexcitado. Nunca imaginó que planeara algo así y que hubiera ido hasta allí para ayudar a su hijo a escapar.

—¡Me estás diciendo que estuviste ayer con el padre de Jonathan Vila!

—Solo lo vi de lejos e intenté que él no me viera a mí, por si sabía quién era yo.

—Joder, Emi. Eres testigo de la noticia del día —comenta Ana, que parece que lo celebra en lugar de alarmarse—. ¿Te puedo pedir una cosa?

—¿El qué?

—¿Puedo escribir en el periódico tu experiencia de ayer en el hospital con Guillermo Vila y lo que piensas del tema? Es para la página web de *El Pulpo*. Si quieres, quedamos en un rato y lo hacemos juntos.

El chico reflexiona sobre lo que su amiga le acaba de proponer. No sabe cómo tomárselo, pero de nuevo tiene presentes las advertencias de la hermana del director del periódico en el que trabaja Ana. Esta continúa hablando al ver que Emilio no le da una respuesta.

—Creo que tendríamos mucha repercusión, ya que eres uno de los alumnos recientes que tuvo Jonathan Vila en el instituto y estabas en la misma clase que Aurora Ríos. ¡La coincidencia en esa clínica con él y con su padre es casi mágica!

Las palabras «muchas repercusión» fastidian al chico, que sale de la cama y se pone las gafas. Le molesta que Ana lo quiera utilizar de esa manera y lo vea como una forma de ganar visitas para la página de su periódico. Esta vez no se reprime y le dice a la mujer lo que está pensando.

—¿Eso es lo que quieres de mí? ¿Convertirme en un cebo de clics para tu web?

—¿Por qué me dices eso?

—Es muy raro lo que está sucediendo. Te has acercado demasiado a mí en estos días sin conocerme de nada. ¿Con qué fin?

—Me has caído muy bien y me lo paso genial contigo. ¿Qué otra razón voy a tener?

—Ariadna me ha contado que...

—¿Ariadna? ¿La hermana de Omar? —lo interrumpe Ana, que, de pronto, también parece enfadada—. ¿Qué te ha dicho esa loca?

—Que quieres información y que no eres tan buena como parece. En definitiva, que me estás utilizando para tus intereses periodísticos.

El joven escucha una breve carcajada al otro lado del móvil. Es una risa tan estridente que le hace daño en el oído.

—Mira, Emilio, eres libre de creer a Ariadna o no. Ya eres mayorcito. Pero, después de estos días juntos, tendrías que saber identificar mejor mis intenciones. Me ofende que pienses que te estoy usando para no sé muy bien qué.

—¿Y las preguntas que me has estado haciendo sobre Julia y sobre mí relacionadas con el Asesino de la Brújula?

—Ya te lo he dicho en varias ocasiones. Soy periodista. Es deformación profesional. Pregunto mucho. Ni siquiera me doy cuenta.

La voz de Ana suena tan firme y decidida que a Emilio le cuesta pensar que esté mintiendo. Sin embargo, hace dos minutos le ha pedido hacerle una entrevista con el objetivo de ganar visitas para la página web de *El Pulpo*. Eso no lo puede negar, y le disgusta.

—Emi, sé lo que es ser noticia y que los periodistas te estén dando por saco a todas horas —continúa Ana bastante más calmada—. No es mi intención molestarte. Lo que te he pedido ha sido desde el respeto y, especialmente, desde el cariño. Si no quieres hacerlo, perfecto. No volverá a suceder.

El joven ahora se siente culpable de haber reaccionado de esa forma. A lo mejor se ha precipitado, condicionado por las palabras de Ariadna. Si lo piensa bien, a esa chica no la conoce de nada. Podría haberse inventado toda esa historia contra su hermano y contra la mujer que se acuesta con él. Ana tampoco es que lleve mucho tiempo en su vida, pero sí lo suficiente como para creer en lo que le dice y darle un voto de confianza.

—No pasa nada. Siento haberme puesto así contigo.

—Estás en tu derecho. Pero, aunque no puedo dejar de ser periodista y esconder mi instinto profesional, no significa que esté ejerciendo las veinticuatro horas. Y menos con un amigo.

Emilio se coloca bien las gafas y sonríe en la soledad de su habitación. Le hace gracia que Ana se refiera a él como «un amigo». Le gusta que lo considere así. Y le gusta sentir ese cosquilleo por dentro cada vez que la ve o escucha su voz. Un cosquilleo diferente al que se experimenta cuando estás con un amigo y al que todavía no ha encontrado una explicación. Tal vez lo mejor sea no profundizar más en ello y dejarlo tal y como está.

—¿A qué hora quieres que quedemos para hacer la entrevista? — pregunta el chico, impulsado por lo que Ana acaba de decirle.

—Emi, no es necesario que la hagas. Ya sé que no te sientes cómodo.

—No, quiero hacerla, de verdad —insiste Emilio, que ya ha tomado la decisión—. Y si mi participación ayuda a que subáis el número de visitas, me alegraré por ello.

—Somos un periódico modesto. No pienses que vas a salir en *The New York Times* y recibir dos millones de interacciones.

—Tranquila. Ese tipo de cosas no me importan. No me interesa la fama. ¿Cómo lo hacemos?

Emilio y Ana acuerdan verse dentro de un par de horas en una de las cafeterías de la plaza del pueblo. Allí realizarán la entrevista.

El chico se da una ducha y se viste. Tarda un poco más de lo habitual porque, a pesar de no tener mucha barba, también decide afeitarse. Encuentra a sus padres sentados a la mesa de la cocina, terminando de desayunar. Su padre lee el periódico y su madre apura una taza de café mientras repasa las últimas noticias en el móvil. Almudena se levanta al ver a su hijo, se aproxima a él y le revuelve el pelo cariñosamente.

—¿Has dormido bien? He creído escucharte varias veces esta noche.

—Me desperté sobre las tres y luego me costó volver a dormir — comenta Emilio, que se sirve un café—. Voy a salir ahora.

—¿Adónde vas? —le pregunta su padre, que aparta la vista del diario para centrarse en su hijo—. No quiero que estés por ahí. Jonathan Vila sigue fugado y parece que lleva una pistola.

—Al pueblo no vendrá, papá. Aquí lo reconocería todo el mundo rápidamente y la policía lo detendría antes de que pudiera huir.

—Ha podido disfrazarse y robar un coche para no usar el bus — insiste Antonio—. Es un tipo listo y peligroso.

—No os preocupéis. Estaré aquí al lado, en la plaza. He quedado con... Ana.

Sus padres se miran entre ellos, en un gesto que a Emilio empieza a resultarle demasiado familiar. Almudena va a decir algo, pero finalmente no lo hace. Se sirve otro café y se sienta en la misma silla en la que estaba antes.

Durante unos cuantos minutos, ninguno de los tres comenta nada más. El chico se come dos magdalenas, que moja en la taza, y sus padres se dedican a hacer justo lo que estaban haciendo en el momento en que su hijo apareció. A Emilio aquel comportamiento le resulta extraño y muy sospechoso.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene este silencio? ¿No vais a decirme nada?

—¿Qué quieres que te digamos?

—Lo que sea que estáis pensando. Porque es obvio que esa mirada que os habéis echado significa algo que se me escapa.

Y se repite la jugada: otra mirada de esas cómplices entre el matrimonio. Aunque esta vez Antonio le hace un gesto significativo con la barbilla a Almudena para que esta hable con su hijo.

—A tu padre y a mí nos choca que quedes tanto con esa mujer. Lo hemos hablado. Pero respetamos lo que hagas. Siempre y cuando esto no vaya a más.

—¿Ir a más? ¿A qué te refieres?

—Emilio, eres casi un adulto —interviene ahora Antonio, que cierra el periódico para centrarse únicamente en su hijo—. Y vamos a apoyar todas tus decisiones. A no ser que estas decisiones se conviertan en perjudiciales para ti. ¿Comprendes?

—La verdad es que no.

—Lo que tu padre quiere decir es que entendemos que no quieras regresar a Suecia porque has roto con tu novia que vive allí y vais a la misma clase. Pero no entenderíamos que no volvieras a Estocolmo porque te hayas enamorado de una mujer que casi te dobla la edad.

—¿Enamorarme? ¿De Ana?

—Comprendemos que es una mujer muy atractiva, inteligente, periodista y que puede llamarte la atención. De hecho, respetamos tu amistad con ella y no nos inmiscuiremos en esa empatía que ha surgido entre los dos. Pero si esto va a más...

—No irá a más, papá.

—Lo sabemos. Por eso no vamos a intervenir. De momento.

El joven se queda a cuadros con la argumentación de sus padres. No está acostumbrado a ese tipo de charlas con ellos. Y le parece muy bien que confíen en él y le otorguen esa nueva libertad, que no tenía antes de marcharse a Estocolmo, para hacer lo que crea conveniente. Sin embargo...

—Creo que os habéis montado una película de algo inexistente —dice Emilio cuando acaba su café—. ¿Cómo voy a estar enamorado de Ana Rincón?

—Porque hay demasiados síntomas que lo indican, hijo —le responde su madre con ternura—. Y si renuncias a algo que te ha hecho tanto bien como Suecia por una historia que nunca será posible, estarás arrepintiéndote toda tu vida.

CAPÍTULO 58

Viernes, 5 de enero de 2018

Llegan al cementerio en taxi. Durante el trayecto, Julia, Pilar e Iván no hablan demasiado. La chica se dedica a intercambiar mensajes de WhatsApp con Vanesa, Emilio y sus compañeros de clase acerca de Jonathan Vila y la última información que han ofrecido los medios de comunicación. La prensa asegura que el antiguo profesor de Filosofía sigue fugado y va armado con una pistola.

«He quedado con Ana Rincón en la plaza para hablar de Guillermo Vila y la huida de su hijo del hospital. Lo va a publicar en la web de su periódico».

Es lo último que Julia lee de Emilio antes de bajarse del taxi. No le da tiempo a responder porque, justo en ese instante, llega otro vehículo; este conducido por Rafa. En aquel coche también viajan Rima, Jorge y Duque. Los cuatro se reúnen rápidamente con ella, su abuela e Iván. Todos observan con curiosidad a la anciana vestida completamente de negro. Pilar se presenta y los saluda, uno por uno, en la puerta del cementerio.

—Esto va a estar muy interesante, querida —le susurra al oído a Julia—. Esta situación me recuerda a las partidas del Cluedo que jugaba con mis amigas en el club del bingo. Viéndolos en persona, todos me parecen sospechosos.

—Abuela, eres incorregible —murmura Julia observando al resto de los chicos, que parecen ocupados en hablar entre sí para comentar algunos aspectos del entierro—. De verdad.

—No te enfades. Y no te pierdas detalle de sus gestos, de la expresión de sus rostros, de lo que muestran sus ojos. Uno de ellos puede ser el responsable de que hoy estemos aquí —murmura entre dientes Pilar, que saca las gafas de su bolso y se las pone—. Son para verlo todo mejor.

Julia mueve la cabeza de un lado a otro y sonríe: la anciana acaba de recordarle el cuento de *Caperucita Roja*, y no precisamente al personaje de la abuelita, sino al del lobo feroz. Tras apartar de su cabeza una idea tan surrealista como esa, consulta el m ovil, que guardaba en el bolsillo del abrigo que le ha dado Pilar. Continúan los comentarios sobre Jonathan en el grupo de WhatsApp de clase, aunque Emilio no le ha vuelto a escribir nada m as. Le ha sorprendido que vaya a hablar con Ana Rincón sobre el padre de Jonathan Vila y la fuga de la clínica.  Qu  le contar ?

— Hola, Julia! —grita una voz a su espalda. La chica se vuelve y ve la elegante y esbelta figura de Marilia.

Las dos se dan un abrazo y después se reparten halagos. Pilar también saluda afectuosamente a la joven rubia.

— C mo est s? —le pregunta Julia a la recién llegada.

—No lo s . Me siento un poco rara.

—Normal, querida. Los funerales son siempre extraños. Nadie se acostumbra a la muerte de una persona.

En ese instante, Duque deja de hablar con Jorge y se coloca junto a su novia para darle un beso cortito en los labios. Ninguno de los dos mira al otro a los ojos, ni sonríe. Tampoco hay palabras de ánimos entre ambos.

— Qui n es toda esta gente? —pregunta Marilia, que señala a varios grupitos de personas que también se han congregado en la puerta del cementerio.

—Ni idea. Pensaba que solo vendr amos nosotros —responde Fran.

—La mayoría debe de tener más o menos mi edad —calcula Pilar—. Tal vez son personas que conocían a Hugo a través de su abuela. Tengo entendido que vivió con ella hasta que murió,  no?

Duque se queda mirando fijamente a Pilar por la deducción que acaba de hacer. Julia se pone roja y se rasca una oreja, nerviosa.  Su abuela est  dando más datos de la cuenta! No quiere que los chicos que compartían piso con el fallecido sepan que han estado investigando.

—Parece que Javier ha contactado con ellos —comenta Rafa—. Son amigos de su familia. Aunque la mayoría apenas conocía a Hugo o solo lo habían visto cuando era un niño.

— Y dónde está Javier? —pregunta Duque, que no quita ojo a la anciana que acompaña a Julia.

—Me ha enviado un WhatsApp diciendo que llegar  a las once en punto. Tenía que resolver unos asuntos. El que no puede venir es mi tío —

comenta Rafa, que introduce las manos en los bolsillos de su chaqueta negra para protegerse del intenso frío que asola aquella parte de la ciudad—. Me ha confirmado esta mañana que no asistirá al entierro por unos compromisos ineludibles.

—Aunque no venga tu tío, al final vamos a ser una legión —murmura Jorge, que señala en dirección a la carretera—. Tenemos a esos hasta en la sopa.

Desde allí, contemplan como un coche patrulla de la Policía Nacional toma el desvío hacia el cementerio y estaciona a pocos metros de la puerta. Del coche se bajan los dos agentes que anoche hablaron con Iván y Jorge frente a su edificio. La pareja se acerca hasta el grupo en el que están los chicos y Pilar. Los saludan cortésmente y se alejan lo suficiente como para guardar las distancias con ellos pero, al mismo tiempo, hacerles notar que están presentes.

—Tío, nos están vigilando. Ya no hay dudas.

—Jorge, no empieces, por favor —protesta Rafa antes de dirigirse a todos—: Tenemos que mostrarnos tranquilos y más unidos que nunca. ¿Estamos todos de acuerdo?

El alegato del chico no obtiene demasiada repercusión entre los demás, aunque Iván, Jorge y Rima asienten. Duque, en cambio, chasquea la lengua y se marcha hacia otra zona de la entrada del cementerio. Marilia va tras él.

—Esos dos van a discutir. Lo presiento —le comenta Pilar a Julia en voz baja—. Voy a acercarme disimuladamente para ver qué pasa.

—Abuela, no metas la pata, por favor.

—Seré discreta. Te lo prometo.

A la chica no le da tiempo a replicar más. La mujer camina lentamente hacia donde charlan Marilia y Duque, haciendo como que habla por el móvil. Julia se da una palmada en la frente e intenta controlar sus nervios.

—Tu abuela es todo un personaje —le comenta Iván, que permanece a su lado—. Mis amigos me han preguntado qué hacéis aquí.

—¿Y qué les has dicho?

—Que yo os pedí que vinierais para que me apoyarais en este momento tan complicado.

—¿Y has resultado creíble?

—No lo sé. Tampoco me importa demasiado que me crean o no. No es relevante. Aunque se han quedado conformes con mi respuesta.

Aquel comentario le ha sonado presuntuoso, como si él estuviera por encima del bien y del mal. En algunas ocasiones, Iván la desconcierta. Por su pose, por su actitud. A veces tiene la impresión de que son dos personas en una. Credibilidad y sinceridad no son lo mismo; y a ella le parece que su amigo tiene más de la primera cualidad que de la segunda. Sabe engatusar al que tiene alrededor, aunque desprende un halo que siembra la duda sobre muchos de sus comportamientos.

—No me gustan los entierros —comenta Jorge, que tiene un ojo puesto en los policías nacionales y otro en todo lo demás. A Julia le da la impresión de que está constantemente en alerta y pendiente de cualquier movimiento—. Joder, ahí viene.

El joven del cabello rizado se refiere al coche fúnebre, que sigue idéntico camino que el que antes realizó el coche patrulla de la policía. Todos los presentes lo contemplan acercarse, hasta que se detiene frente a la puerta del cementerio.

Julia se fija en Rima, que rompe a llorar. Rafa le pasa el brazo por detrás e intenta consolarla con algunas palabras al oído. Duque y Marilia también han dejado de conversar y prestan atención al vehículo.

—Tengo noticias frescas —le susurra a Julia su abuela, que ha regresado junto a ella.

—¿Qué noticias?

—Ahora no es el momento, querida. Luego hablamos.

Detrás del coche fúnebre circula un BMW negro. Dos hombres viajan en él.

—No me lo puedo creer —dice Jorge cuando distingue de quién se trata.

—¿Quién es el que viene con Javier? —le pregunta Iván, que no conoce al acompañante de su jefe.

—Es Jacob, su hermano.

Julia escucha la conversación entre los dos chicos y después mira a su abuela. La mujer le hace una indicación a su nieta para advertirle de que también ha oído lo que han dicho.

—Vive en Estados Unidos. Yo solo he coincidido con él un par de veces. También forma parte de la empresa —indica Jorge, aún extrañado de la presencia de aquel hombre.

—Hugo me habló de él, pero nunca habíamos coincidido.

—Se prodiga poco por aquí. La última vez que yo lo vi, fue en el funeral de Dionisio. Aunque, por lo que sé, no se llevaban demasiado bien.

La charla entre Jorge e Iván termina cuando Javier y Jacob se acercan a ellos. Los hermanos saludan deprisa a los chicos que comparten piso, sin prestar atención a Julia y a su abuela. Tampoco a Marilia ni a Rima. Luego se aproximan al coche fúnebre y Javier da al conductor la orden de entrar en el cementerio. Son las once y diez minutos de aquel cinco de enero.

—A este no lo tenemos en la pizarra.

—Shhh. Abuela, aquí no.

—Ese Jacobo me da mal rollo —dice Pilar. Se ve que hacerle caso a su nieta no está entre sus prioridades—. Por lo menos lo pondría en verde.

La chica vuelve a pedirle silencio a su abuela, que por fin deja de hablar, aunque solo después de soltar de nuevo que el hermano de Javier no le ofrece ninguna confianza.

Todos caminan tras el coche fúnebre de manera ordenada y respetuosa. A Julia se le vienen a la mente los recuerdos de los entierros de Aurora y Patri; se acuerda de muchos detalles de aquellas ceremonias. Lo pasó muy mal y todavía se pregunta si pudo hacer algo más para que sus compañeras de clase no fallecieran asesinadas a manos de sus profesores de instituto. Sin embargo, el entierro en el que se encuentra ahora es diferente a los otros dos. No tiene tanta carga emocional. Ni para ella ni, según parece, tampoco para el resto de los asistentes. Solo oye llorar a Rima, de la que no se despega Rafa.

Cuando llegan a la altura de la tumba en la que Hugo va a ser enterrado, el silencio resulta casi abrumador. La treintena de personas que se han congregado allí se colocan alrededor, formando una circunferencia imperfecta. Nadie dice nada en el momento en que el ataúd desciende al foso. Tampoco lo han dicho antes.

—Querida, te vibra el bolsillo del abrigo —le comenta Pilar a su nieta en un tono casi inaudible.

Julia saca su móvil y, mientras el féretro con Hugo Velero dentro toca el suelo de la fosa, lee el WhatsApp que Emilio le acaba de enviar.

«Estoy preocupado. Ana Rincón no aparece y tiene el móvil apagado. Hemos quedado a las once y ya son las once y media. Ella es extremadamente puntual. No sé qué hacer».

La tierra cae sobre el ataúd de Hugo, que en breves momentos quedará completamente sepultado. Pilar se da cuenta del gesto preocupado de su nieta, que de nuevo se guarda el móvil en el bolsillo del abrigo. Algo que ha leído la inquieta.

—Al final han venido —escuchan las dos decir a Jorge.

El inspector jefe Claudio Delgado, acompañado de su compañero Alfonso Cuevas y de los dos policías nacionales que llegaron antes al cementerio, se dirige hasta el grupo de los cuatro amigos que han visto juntos cómo enterraban a su compañero de piso. Procurando no montar ningún espectáculo, Delgado se coloca delante de uno de ellos.

—Necesito que venga con nosotros a la comisaría.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Es mejor que no hablemos aquí. No queremos que esto se convierta en un circo.

—No voy a ir con ustedes a no ser que me detengan.

—Bien, como quiera —dice Delgado al joven. El inspector jefe muestra una tranquilidad fuera de lo normal para tratarse de un momento de tanta tensión—. Francisco Javier Duque Márquez, queda usted detenido en relación con el asesinato de Hugo Velero. Procedo a leerle sus derechos.

CAPÍTULO 59

Viernes, 5 de enero de 2018

A las doce de la mañana, Emilio ya no lo soporta más. Se levanta de la mesa y sale corriendo de la cafetería situada en la plaza principal del pueblo, en la que lleva esperando a Ana Rincón durante más de una hora. La periodista no ha aparecido ni tampoco se ha puesto en contacto con él. La ha llamado en varias ocasiones, pero su móvil está apagado o no tiene cobertura. También le ha enviado varios mensajes de WhatsApp que la mujer ni siquiera ha visto.

¿Qué le habrá pasado?

Está muy preocupado. Camina tan deprisa en dirección a su casa, que la pierna derecha empieza a molestarle. Nota el tobillo algo hinchado y el gemelo bastante cargado. Sin duda, la tensión también le está afectando.

Antes le escribió a Julia para contarle lo que sucedía. Su amiga le ha respondido hace cinco minutos.

«Emi, acabo de salir del entierro de Hugo Velero. Han detenido a uno de sus compañeros de piso. Espero que Ana aparezca pronto. No te preocupes, seguro que está bien. Luego hablamos, que ahora mismo no puedo. Mantenme informada».

En otro momento, le habría interesado saber a quién habían detenido y habría esperado impaciente la llamada de Julia para enterarse de todo. Sin embargo, en ese instante, Emilio solo tiene en su cabeza a Ana. Busca explicaciones que justifiquen su ausencia, pero no da con ninguna que le convenza. Y no quiere ponerse en lo peor, porque un accidente de tráfico grave es la teoría que más ronda por su mente.

Cuando entra en casa, se encuentra con su padre, que está regando las plantas en el patio.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunta el hombre, que esa mañana ha terminado antes de trabajar—. Has vuelto pronto.

—Ana no se ha presentado.

—Vaya. Lo siento. ¿Te ha explicado el motivo?

—No, papá. No consigo contactar con ella. Me da miedo que le haya ocurrido algo malo. Es muy extraño que no me haya avisado de que no iba a venir.

El hombre suelta la regadera en el suelo y se seca las manos mojadas con un trapito que tenía preparado. Luego se acerca a su hijo porque lo nota muy contrariado.

—Emilio, tienes que afrontar la realidad. A lo mejor ha decidido desconectar un poco.

—¿Desconectar de qué?

—A ver cómo te lo digo para que no te ofendas ni te sientas mal —reflexiona Antonio, que busca las palabras adecuadas—. Tal vez Ana se ha dado cuenta de que estaba haciendo algo que no era del todo correcto y ha optado por tomarse vuestra amistad con algo más de calma.

El joven intenta asimilar las palabras de su padre. Sus argumentos le recuerdan mucho a la conversación que han mantenido durante el desayuno. ¿Son ellos los responsables de que Ana no se haya presentado en la cafetería de la plaza como habían acordado?

—¿Habéis hablado con ella? ¿Por eso no ha aparecido?

—¡No! ¡Claro que no! Te dijimos que no nos íbamos a meter y no lo hemos hecho. Ni tu madre ni yo nos hemos puesto en contacto con ella.

—Entonces seguro que le ha pasado algo.

—Emilio, asúmelo: te estabas enamorando de esa mujer, y ella se ha dado cuenta y ha decidido cortar por lo sano.

—No, papá. Estoy convencido de que no es eso.

¡No puede ser ese el motivo! Se niega a creerlo. Cuando hablaron a primera hora de la mañana, las cosas se torcieron un poco, pero terminaron bien entre los dos. De hecho, es ella quien quería quedar para hacer la entrevista.

—Dale un poco de tiempo, Emilio. Quizá se ha agobiado.

—Algo malo le ha pasado. Lo sé —insiste el chico, que da por finalizada la conversación con su padre y se marcha a su habitación.

Lo primero que hace es encender el ordenador. Tampoco está conectada a Skype ni ha subido ningún artículo a la página web del periódico. Rastrea la Red en busca de accidentes de tráfico en las últimas horas, pero no aparece reflejado ninguno grave en la ciudad ni en los

alrededores. Emilio comienza a desesperarse y a ponerse realmente nervioso. Llama una vez más a su móvil, que continúa desconectado.

—¿Qué puede hacer?

Con el teléfono en la mano, después de analizar varias posibilidades, se le ocurre algo. Regresa a WhatsApp y busca un mensaje que recibió ayer. Allí está el número de alguien que puede aportarle un poco de claridad en este asunto. O de eso intenta convencerse. Marca el teléfono y espera a que esa persona responda. Al cuarto *bip*, una voz joven y femenina contesta extrañada.

—¿Viñales?

—Hola, Ariadna.

—¡Hola! ¡Menuda sorpresa! —exclama la hermana del director de *El Pulpo*—. ¿A qué se debe tu llamada? Porque ayer pasaste de mí y no tuviste la decencia de responder a mi WhatsApp.

—Lo siento, he estado muy liado —se disculpa Emilio, que ahora duda de si aquella ha sido la mejor de las ideas—. ¿Estás en la redacción del periódico?

—Qué remedio. Soy la pringada de turno. Me ha tocado una vez más, y eso que no me pagan. Aunque mañana no pienso pisar esta puta redacción.

—¿Y ha ido hoy Ana por allí?

—Que yo sepa, no. Y casi que mejor así. Últimamente está insoportable. Se comporta como si fuera una primera dama o algo por el estilo.

Tampoco está en el diario. El chico introduce los dedos por debajo de los cristales de las gafas y se frota los ojos.

—¿Para qué quieres hablar con ella? ¿Es que no te coge el móvil?

—Lo tiene apagado.

—Estará tirándose a mi hermano en alguna parte. Omar también ha decidido tomarse el día libre.

Eso alivia y fastidia a Emilio, al mismo tiempo y por partes iguales. Tal vez tenga razón Ariadna y esté con él y por eso no ha ido finalmente a verlo. Aunque podía haberlo avisado. Si es así, aunque le moleste que lo haya dejado tirado, por lo menos sabrá que se encuentra bien.

—¿Puedes llamar a tu hermano para asegurarnos de que está con él?

—¿Qué? Ni de coña.

—Por favor. Si no fuera importante, no te lo pediría.

—Es importante y me lo pides porque estás pillado por ella. Ya te advertí que te estabas metiendo en la boca del lobo, que solo eres un

simple peón en una partida de ajedrez.

El joven resopla e intenta no perder los nervios. Si se altera, no conseguirá nada. Así que se toma unos segundos para respirar hondo y después continúa con las súplicas.

—Vale, no le llames tú. Pero ¿me puedes dar el número de Omar para hacerlo yo?

—No creo que a mi hermano le guste que te dé su teléfono — responde Ariadna con un tono de voz plano y despectivo que fastidia a Emilio—. Si lo llamas, además, puede que interrumpas su polvete de regalo de Reyes.

—¡Mejor! ¿No os lleváis tan mal? Así lo fastidias. Te recuerdo que eres tú la que estás ahí currando hoy sin llevarte ni un euro.

El silencio de la joven hace albergar esperanzas a Emilio, que por fin parece que ha tocado la tecla adecuada.

—Viéndolo así... Muy bien. Te mando el móvil de Omar en un WhatsApp. Pero quiero algo a cambio.

—¿Algo a cambio? ¿El qué?

—Que me invites a cenar un día de estos. Entre la universidad y el trabajo en el periódico, no tengo tiempo ni para conocer a gente ni para salir con nadie.

Emilio escucha incrédulo lo que le propone Ariadna. No sabe si reír o echarse a llorar. ¿Está insinuando lo que parece? ¿Quiere salir con él?

—Tengo novia, por si no lo sabes —miente el chico para intentar librarse de aquel marrón.

—Ana Rincón no es tu novia, por si no lo sabes tú.

—No hablaba de ella.

—Pues si yo fuera tu novia, no estaría muy contenta con tu relación con esa mujer.

—Ese es asunto mío y de ella.

—Perfecto, Viñales. Mira, yo no quiero ir a cenar contigo en plan parejita. Solo me apetece dar una vuelta, comer algo rico en un restaurante bonito y olvidarme de todo lo que forma parte mi vida. ¿Aceptas o qué?

—¿Si no acepto no me darás el contacto de tu hermano?

—Has acertado. Tampoco estoy tan mal, hombre.

Por lo que se ve, no conseguirá el número del director del periódico si no cede. Aquella chica es realmente complicada. No sabe si estará tan mal de la cabeza como asegura Ana, pero a él ha logrado hacerle dudar con respecto a la periodista y ahora va a sacarle una cena gratis.

—Está bien. Acepto.

—¡Bien, Viñales! Eres un tío inteligente. Bueno, quizá no tanto, porque sigues sin creer que mi hermano y tu pseudoamiga te están utilizando. Pero allá tú. No es mi problema.

—Otra vez con eso. La verdad es que...

Pero a Emilio no le da tiempo a contradecirla. La chica cuelga antes, dejándolo con la palabra en la boca. Segundos más tarde, recibe un WhatsApp con el teléfono de Omar. Ariadna lo va a volver loco. Pero no tiene ni un segundo que perder. Marca el número del director de *El Pulpo* y espera impaciente a que este responda. Los cinco tonos hasta que el hombre contesta se le hacen muy largos.

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

—Hola, Omar. Soy Emilio Viñales.

—¿Emilio? Ho... la, ¿qué tal? ¿Te ha dado Ana mi número?

El chico inmediatamente percibe su sorpresa tras identificarse. Posiblemente, aquel hombre se esté haciendo un montón de preguntas en ese instante.

—No, tu hermana. Precisamente estoy buscando a Ana. ¿Está contigo?

—¿Cómo? ¿No ha ido a verte?

—No. No ha aparecido.

—¿Me estás hablando en serio?

—Sí, Omar. Completamente. Y la he llamado, pero tiene el móvil apagado —le explica Emilio, cada vez más tenso y alterado—. Pensaba que podía estar en la redacción del periódico o... contigo.

—Hoy no la he visto. Hablé con ella un par de veces esta mañana. Sabía lo de la entrevista que te iba a hacer, pero no he vuelto a tener noticias de ella.

—¿A qué hora hablasteis por última vez?

—Sobre las diez.

Emilio se frota los ojos de nuevo por debajo de las gafas. Los nota muy cargados y le pican.

Ahora sí que no hay duda de que algo le ha ocurrido. A no ser que le esté mintiendo y aquel tipo le esté ocultando la realidad.

—Omar, seguro que no está contigo, ¿verdad? —se atreve a preguntarle Emilio—. Te prometo que no me voy a enfadar si no quiere verme. Solo necesito saber que se encuentra bien.

—¡Claro que no está aquí! ¡Y ojalá pudiera asegurarte que está bien!

—exclama el hombre, que también se ha alterado mucho y parece que no

está actuando—. Voy a ir a su casa, a ver si está allí. Te llamo luego.

Tras colgar, a Emilio le queda la sensación, y casi la certeza, de que a Ana Rincón le ha sucedido algo malo. Piensa entonces en Viral. Aquella extraña organización que le dio cincuenta mil euros en mano y con la que presuntamente colaboraba o trabajaba Marcos. ¿Realmente son sicarios? ¿Y si ella ha sido la siguiente víctima?

A Emilio aquello lo aterroriza. Sentado en la cama de su habitación, espera ansioso a que Omar lo llame. La impotencia de no poder hacer nada le duele más que la pierna derecha, que cada vez le molesta más.

Por suerte, solo transcurren veinte minutos hasta que el director del periódico se pone en contacto con él otra vez. El chico responde tembloroso.

—Cuéntame, Omar.

—Emilio, estoy en la casa de Ana. No sé qué le ha podido ocurrir — comenta el hombre atropelladamente—. Me he encontrado la puerta del piso abierta, pero ella no está dentro. Tampoco he dado con su móvil. Aunque no hay señales de lucha ni de robo, esto tiene muy mala pinta.

CAPÍTULO 60

Viernes, 5 de enero de 2018

La detención de Duque en el entierro de Hugo Velero enseguida llega a las redes sociales. Demasiados móviles inquietos y la madre de un periodista entre los asistentes al funeral que ha captado con la cámara de su teléfono el momento en que la Policía Nacional esposaba al joven.

—No lo entiendo. No entiendo absolutamente nada.

Es lo que no para de decir Marilia, con la mirada perdida, en el comedor de la casa de Pilar. La abuela de Julia la ha invitado a comer. También a Iván. Allí estarán libres de la prensa y nadie los agobiará.

—¿Cómo ha podido Fran asesinar a Hugo? —sigue preguntándose la joven de forma insistente.

—No sabemos todavía si ha sido él, querida —comenta Pilar, que está sentada a su lado—. Simplemente, lo han llevado detenido a la comisaría.

—Si lo han detenido es porque tendrán pruebas, ¿no?

—Claro. Algo importante habrá. Pero todavía no podemos dar nada por definitivo. Ahora lo que tiene que hacer es buscarse un buen abogado.

Marilia asiente con una sonrisa triste, aunque no demasiado convencida. Julia la observa muy apenada. Ella misma le confesó que temía que Duque hubiera asesinado a Hugo, después de que este se enterase de que le había sido infiel con él. Imagina lo que su amiga debe de estar sufriendo y la cantidad de cosas que tiene que estar sintiendo en ese momento.

Otro que parece muy afectado por la situación es Iván, que prácticamente no ha hablado desde que abandonaron el cementerio. Julia se ha dado cuenta y, aunque ha intentado darle conversación y sacarlo de la burbuja en la que parece sumergido, solo ha obtenido monosílabos y frases vacías como respuesta.

—Querida, ¿vienes conmigo, por favor? Necesito que me ayudes a preparar unos aperitivos para estos jóvenes —le pide Pilar a su nieta. El guiño de ojo posterior significa que su abuela necesita de ella algo más.

Una vez en la cocina, la mujer cierra la puerta y rápidamente abre el tercer cajón de un armario, del que saca un mantel. Lo desdobra y le pide a Julia que le eche una mano.

—No queremos que, accidentalmente, ninguno de esos dos jóvenes descubra nuestra pequeña investigación, ¿verdad? —pregunta Pilar mientras cubren la pizarra con la tela.

—No, no queremos.

—Algo me dice que el caso no está cerrado todavía. Que ese chico no asesinó a su compañero de piso.

—Pero lo han detenido. Tendrán suficientes pruebas de que Duque mató a Hugo.

—Es obvio, querida nieta. Sin embargo, yo vi con total claridad como ese muchacho miraba a los ojos a su novia y le juraba que él no había sido.

—¿En la charla que tuvieron antes, en el cementerio?

—Exacto. Y me lo creí. Creí a ese joven —señala Pilar con total seguridad—. O es un gran actor o te puedo garantizar que esa mirada no mentía. Es muy difícil que los ojos de una persona te engañen.

—No me imagino a Duque como actor.

—Ni yo. El actor es su amigo Jorge. De hecho, me parece un actor estupendo.

—¿Lo dices por algo en concreto?

—He buscado vídeos en YouTube y actúa fenomenal. Podría dedicarse a ello profesionalmente.

—¿Va con segundas, abuela?

—No, querida. Va con primeras. Ese chico es un gran intérprete —insiste Pilar, que abre el frigorífico y echa mano de un gran trozo de queso que deposita sobre la encimera—. ¿Lo partes tú? Tengo las manos heladas.

—Claro, dame. Ya me encargo yo.

La chica echa un vistazo a su alrededor y encuentra un cuchillo colgado en un ganchito de la pared, idóneo para partir el queso.

—Además está el tema que comentamos por la mañana —prosigue la mujer mientras saca unos cuantos vasos y los coloca en una bandeja—: Duque no sabía que Marilia se dormiría mientras él iba al piso. No veo a ese chico con la capacidad mental de asesinar a su amigo sabiendo que su

novia lo estaba esperando en el hotel para... ya sabes. Le hubiera sido casi imposible ocultárselo a la chica en el momento de llegar a la habitación.

—Tienes razón. Duque tenía el motivo y la oportunidad de matar a Hugo, pero el resto de las circunstancias no cuadran mucho.

En ese momento, la puerta se abre e Iván entra en la cocina. El joven se queda mirando fijamente a Julia, que continúa cortando el queso sobre una tabla de plástico duro. La chica se siente observada por el recién llegado y se ruboriza. También Pilar se da cuenta de cómo mira a su nieta.

—Es un queso buenísimo. Holandés. Te encantará.

—Seguro, señora. ¿Me puede dar un vaso de agua? Es para Marilia.

Pilar vuelve a abrir el frigorífico y coge una botella de agua que pone en la bandeja, junto a los vasos.

—Puedes llevarte esto de momento, querido. ¿O prefieres algún refresco? Cerveza no tengo.

—Con el agua está bien, gracias.

Iván agarra la bandeja y sale con ella de la cocina. Julia lo sigue con la mirada, hasta que desaparece totalmente de su campo de visión.

—¿Te gusta ese muchacho? —pregunta Pilar cuando cierra de nuevo—. Puedes hablar conmigo de estos temas. También tuve diecisiete años y me colé por algún jovenzuelo antes de conocer a tu abuelo.

—Es muy extraño todo lo que se me pasa por la cabeza respecto a Iván —dice Julia, que no elude la cuestión—. Me gustó mucho en su día. Pero lo que hoy siento por él no creo que sea nada relacionado con el amor. Quizá se trate de nostalgia, por no tener ya esos sentimientos tan bonitos.

—Sin embargo, siempre que lo necesita, estás ahí. No eres capaz de decirle que no.

—Porque las circunstancias se han dado así, abuela. Pero creo que cuando vuelva al pueblo las cosas continuarán tal como eran antes. Y me parece que él lo sabe.

La mujer sonrío y asiente con la cabeza. Tiene una nieta muy inteligente y se siente orgullosa de que, poco a poco, se esté recuperando de los palos que en los últimos meses le ha dado la vida. Le servirán para madurar y encarar el futuro de otra manera. De lo malo también se pueden sacar cosas positivas.

—Bueno, querida, yo espero que vuelvas a mi casa más a menudo. Esto se va a quedar muy vacío sin ti. Te voy a echar mucho de menos cuando te vayas.

—¡Y yo a ti, abuela! Pero todavía nos quedan un par de días juntas.

—Y la cabalgata de Reyes.

—A pesar de todo, ¿sigues queriendo ir? —pregunta Julia, que corta el último trozo de queso.

—¡Por supuesto! Y me voy a llevar una bolsa enorme para guardar los caramelos que lancen sus majestades.

A la chica se le escapa una carcajada al oír a su abuela. Se la imagina empujando a la gente de su alrededor y agachándose en busca de todos los caramelos que caigan a su lado. Será divertido ver la cabalgata de Reyes con ella y le puede servir para no pensar en nada más durante un rato.

Las dos se están riendo cuando de nuevo se abre la puerta. Es otra vez Iván. Está muy serio y parece preocupado.

—Julia, ¿puedo hablar contigo un momento?

Pilar hace amago de marcharse de allí, pero su nieta le coloca la mano delante para que no sea ella quien salga de la cocina.

—Vamos a mi habitación —dice la joven.

Los dos entran en el cuarto de Julia, que cierra la puerta para que estén más tranquilos. No tiene ni idea de lo que desea contarle y eso le genera cierta angustia. ¿Será algo malo? La expresión del chico sigue siendo la misma que la que tenía en el cementerio. Iván contempla el puzle que está en la mesa, aunque no hace ningún comentario. Busca con la mirada un lugar donde sentarse y su amiga le ofrece la silla. Ella opta por el borde de la cama.

—Bueno, dime, ¿qué pasa? ¿De qué quieres hablarme?

—A ver por dónde empiezo —duda el chico, que tamborilea con los dedos sobre las piernas—. ¿Crees realmente que Duque asesinó a Hugo?

—Yo solo sé que la policía lo ha detenido.

—Ya. Pero ¿tú qué piensas?

—Da igual lo que yo piense. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tú ves más allá. Eres capaz de analizar las cosas desde un punto de vista que nadie más puede hacerlo.

—No siempre es así, Iván. En este caso...

El sonido del teléfono interrumpe a Julia. La chica saca el móvil del bolsillo y comprueba que quien la llama es Emilio.

—Contesta —le pide Iván. Ha percibido que la joven dudaba entre responder ahora a su amigo o no.

—Solo será un minuto —indica Julia, que no se levanta de la cama y atiende la llamada allí mismo—. ¿Sí? ¿Emi?

—¡Hola! ¿Puedes hablar?

—Claro, dime.

—Ha pasado algo muy grave. Ana Rincón ha desaparecido. Creo que la han raptado —dice el chico muy alterado.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro de eso?

—No es seguro, pero parece que alguien ha ido a su casa y la ha secuestrado.

Emilio le explica a Julia que Omar, el director del periódico en el que trabaja Ana, ha encontrado la puerta de su piso abierta y ella no estaba dentro. Su teléfono continúa apagado y no se ha puesto en contacto con nadie desde las diez.

—¿Habéis llamado a la policía?

—De momento, no. Omar está buscándola por su barrio y luego irá a la redacción del periódico a ver si logra encontrar alguna pista. Aunque hoy no ha pasado por allí.

—Es muy extraño. ¿Quién va a querer hacerle algo así?

—Todo apunta a Viral.

—¿Viral? —pregunta Julia, que recuerda que su amigo ya le nombró esa palabra anteriormente—. ¿Qué es Viral, Emi?

—Todavía no lo sé. Pero nada bueno. Y seguramente los responsables de la desaparición de Ana —comenta el chico, cada vez más desesperado—. Voy camino de la ciudad para intentar echar una mano en lo que pueda. ¿Podemos vernos y te lo cuento todo con detenimiento? A lo mejor tú puedes ayudarnos.

—¿Yo? ¿Cómo?

—¡Eres Julia Plaza! ¡Haces el cubo de Rubik en cincuenta segundos! Algo se te ocurrirá. Si quieres, voy a la casa de tu abuela.

Julia se pone de pie y mira a Iván, que también la observa a ella muy atento. Tienen una conversación pendiente y no quiere dejarlo tirado. Pero tampoco quiere defraudar a Emilio.

—Vale, te espero aquí. ¿Sabes dónde vive?

—No. Ni idea.

—Te paso la dirección por WhatsApp. Nos vemos ahora, Emi.

—Gracias, Julia. Hasta ahora.

La chica se despide de su amigo y, a continuación, le envía la ubicación de la casa de Pilar en un mensaje.

—¿Qué le pasa a Emilio? —le pregunta Iván, que se levanta de la silla para acercarse a ella—. ¿Has quedado con él?

—Sí, está viniendo. Parece que han secuestrado a la mujer del tipo que puso la bomba en la estación de metro del aeropuerto. Se han hecho

amigos.

—Joder. No paran de suceder cosas.

—Ya ves. Por cierto, ¿tú conoces a un grupo o una empresa, no sé muy bien qué es, que se llama Viral?

Iván no se sorprende al escuchar a su amiga. Resopla y mira hacia el techo de la habitación. El corazón le dio un vuelco cuando Julia y Emilio mencionaron a Viral hace un momento. Ya no hay ninguna duda. Coge de la mano a la chica y los dos se sientan en la cama. El joven no la suelta. La mira fijamente; como antes en la cocina, mientras ella cortaba el queso.

—¿Qué ocurre? Me estás asustando —dice la joven, que suelta bruscamente la mano del chico.

—Este momento tenía que llegar tarde o temprano.

—¿Qué momento, Iván? ¿Qué pasa?

—Yo trabajo para Viral. Y lo que te voy a contar ahora no puede salir de esta habitación. Por tu seguridad y por la mía.

CAPÍTULO 61

Martes, 21 de noviembre de 2017

Está aprendiendo mucho con el módulo de Informática que está cursando desde hace casi dos meses. Sin embargo, lo que verdaderamente está ayudando a Iván a progresar en ese sector, a pasos agigantados, es el trabajo que lleva desempeñando en las cinco últimas semanas. Cada día se enfrenta con alguna experiencia que supone un gran avance en sus conocimientos.

Cuando Hugo le preguntó si quería ganarse un dinero colaborando con Único, la empresa en la que estaban metidos todos los chicos del piso, tuvo sus dudas. Pero su compañero le insistió y acabó por aceptar. Ha descubierto que aquello se le da bien y que se siente muy cómodo diseñando webs, haciendo informes de Analytics o tratando de mejorar la posición en Google de las páginas de los clientes. Y todo esto sin salir de casa. Es feliz, por fin es feliz, aunque sigue teniendo en la cabeza algo que no consigue quitarse de encima. ¿Algún día podrá recuperar a Julia? Al menos su amistad. Desde las sombras, sigue sus pasos. Ve sus fotos en Instagram y lee lo que escribe en Twitter. Así es imposible olvidarse de aquella chica, aunque tampoco está haciendo demasiados esfuerzos para conseguirlo. Además, está pendiente de los juicios. Menuda carga tiene que ser para ella asumir tantas responsabilidades. Afortunadamente, tanto Jonathan Vila como Lázaro Martínez fueron detenidos. Ambos están ya fuera de circulación y se prevé que se pasen muchos años en la cárcel.

—Iván, ¿estás visible? —pregunta Hugo desde el otro lado de la puerta de su habitación.

—¡Sí! ¡Pasa!

Su compañero de piso abre y entra en el cuarto. Aunque está muy liado con un trabajo urgente para el día siguiente, no le importa que lo

interrumpa. Le servirá para parar un momento y tomarse un breve descanso.

En aquellos dos meses, han establecido una gran amistad. Confía en él e incluso le ha contado todo lo referente a Julia, incluidas sus meteduras de pata con ella y los juicios en los que la chica participa como testigo principal. Hugo es un tipo curioso, con su peinado a lo Beatle y esos pantalones acampanados que no le sientan nada bien. Pero tiene carisma. Una cierta aura que lo hace diferente y que utiliza para conseguir siempre lo que quiere. O eso es lo que todos dicen.

—Va a venir Javier. Quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿He hecho algo mal? ¿Me va a echar?

—No te preocupes, no te va a despedir. Al contrario. Creo que te gustará lo que te va a proponer.

Iván no entiende muy bien a qué se refiere su amigo, pero tiene curiosidad por saber lo que desea el jefe de la empresa.

Javier suele pasarse a menudo por el piso. Aquel día de noviembre, llega elegantemente vestido y muy sonriente al apartamento. Lleva un maletín en la mano izquierda y un sombrero negro. Intercambia alguna broma con Jorge, saluda a Rafa y después le pide a Iván que lo acompañe. Entran en la habitación de Hugo, donde el chico está esperando. Este ha dispuesto tres sillas en torno a una mesa redonda. El hombre se quita la chaqueta y el sombrero, que deja sobre la cama, y ocupa uno de los asientos. Los chicos hacen lo propio con los otros dos sitios libres y comienzan la reunión.

—Bien. ¿Le has contado algo? —le pregunta Javier a Hugo mientras saca un portátil del maletín y lo coloca encima de la mesa.

—No. Solo que no lo ibas a despedir, que era lo que él más temía — explica el joven, que le saca una risa al jefe.

—Estamos muy contentos contigo. ¿Cómo has pensado algo así?

El chico no responde, solo se encoge de hombros. Su risa nerviosa lo delata. No entiende el motivo por el que está tan tenso. Quizá la figura de Javier le impresiona demasiado todavía; y eso pese a que siempre se ha portado muy bien con él en las semanas que lleva trabajando en su empresa de contenidos informáticos y *marketing online*.

—¿Sabes, Iván? Me has impresionado en estos días que llevas con nosotros —reconoce Javier mientras examina la pantalla de su ordenador—. Te has adaptado muy rápido y Hugo me ha comentado que eres muy eficiente y que haces las cosas muy bien.

—Muchas gracias. Soy consciente de que me queda mucho por aprender y de que tengo bastante margen de mejora.

—Ya lo sé. Pero has empezado muy bien. Y eso tiene su recompensa. Quiero hacerte una oferta. Una que espero que no puedas rechazar.

Iván apenas consigue contener la emoción. Hacía tiempo que nadie le hablaba así y le felicitaba por sus logros. Mira a Hugo, que sonrío y asiente con la cabeza.

—¿De qué se trata?

—Antes de contártelo, debes saber que esto quedará solo entre nosotros. Si lo hablas con alguien, nos pondrás a todos en peligro. Incluido a ti mismo. ¿Lo entiendes, Iván?

—No mucho. Pero prometo que no le diré nada a nadie.

—Eso espero. La discreción es vital para nuestra seguridad. Y te lo digo muy en serio —indica Javier con rotundidad—. La empresa para la que trabajas y que conoces hasta ahora, Único, solo es la parte visible de algo muy grande. Único simplemente es el trozo de iceberg que se ve, y que queremos que se vea, de Viral.

—¿Viral? ¿Qué es Viral?

El hombre no contesta. Acerca su silla a la del chico y le muestra la pantalla del portátil. En el ordenador, Iván contempla un vídeo de YouTube que cuenta con más de treinta millones de visualizaciones.

—¿Cuántas visualizaciones reales crees que tiene este vídeo? —le pregunta Javier, sonriente.

—Treinta millones, ¿no?

—Eso es lo que pone en el contador. Lo que la empresa que nos contrató quiso que tuviera. En el próximo mes, el plan es que suba a ciento cincuenta y cinco millones.

—¿Me estás diciendo que no es una cifra real de visualizaciones?

—No, Iván. Nada en Internet es real. Y nosotros nos encargamos de eso. De crear contenidos virales.

Aquella información deja con la boca abierta al chico, y Javier le muestra otro ejemplo. Esta vez es el videoclip de una canción muy conocida, que cuenta con más de cien millones de visualizaciones. El hombre le revela que han logrado viralizarlo y añadirle más de cincuenta millones de visitas.

—Es increíble. ¿Cómo hacéis esto?

—Hugo te enseñará. No es difícil si cuentas con las herramientas adecuadas —responde Javier satisfecho—. Pero hay que ser muy

cuidadoso. No puedes meterle al vídeo cincuenta millones de visualizaciones de golpe, el primer día, porque se notaría demasiado.

—Entiendo.

—Las viralizaciones tienen sus tiempos. Eso también lo debes aprender. Aunque para cualquier duda puedes contar conmigo. O con Hugo. Él sabe tanto como yo de esto.

Iván mira a su compañero de piso, que le guiña un ojo.

—Te pagaré bien. Ya hablaremos de cantidades cuando llegue el momento. Aunque primero debes superar un periodo de prueba por el que han pasado todos los chicos: Jorge, Rafa, Duque... y los que ya no están. ¿Qué me dices? ¿Aceptas unirte a Viral?

El joven no se lo piensa demasiado y da su visto bueno. Aquello es como manejar los hilos de la Red. Se siente bien, poderoso. En los diez días de prueba, aprende a viralizar vídeos en YouTube y en las redes sociales. También le enseñan a lograr tendencias y a que las fotografías y los comentarios de algunas personas multipliquen el número de *likes*.

El lunes, cuatro de diciembre, Javier llama por teléfono a Iván y queda con él en una cafetería de la ciudad para hablar de una cuestión que prefiere no mencionar por teléfono. En esta ocasión, no le acompaña Hugo. El chico se extraña de que desee verle fuera del piso, pero acepta la invitación.

El hombre ya está en el local cuando Iván llega. Es un sitio bastante oscuro y no demasiado grande. Javier se ha sentado en una mesa para dos, situada al fondo. El chico se dirige hasta allí y estrecha la mano de su jefe antes de ocupar la silla que está libre.

—Tienes cara de miedo —le suelta Javier mientras llama con un gesto al camarero, al que tiene a pocos metros de distancia—. Una cerveza para mí.

—Yo me beberé otra, gracias.

El camarero se retira y los dos vuelven a quedarse solos. Aquel bareto está casi vacío. Huele de una forma muy peculiar, a un aroma parecido al vinagre, y destaca por la ausencia total de decoración. Sin embargo, a Iván le gusta.

—No tengo cara de miedo —le dice a Javier después de echar una ojeada a aquel sitio—. Aunque sí mucha intriga.

—Eso está bien. De momento te diré que has superado muy bien el periodo de prueba de Viral, que estamos muy contentos contigo y... ¿qué te parecería cobrar mil cuatrocientos euros al mes?

A Iván se le iluminan los ojos. No sospechaba que le fueran a ofrecer tanto dinero por trabajar para Viral oficialmente.

—¿Qué me va a parecer? ¡Genial!

—No te dejes llevar solamente por el dinero —comenta Javier, que guarda silencio mientras el camarero les sirve las dos cervezas. Cuando este se marcha, continúa hablando—. Hay varias cosas que debes saber antes de formar parte de este universo de contenidos virales. Vas a tener mucho poder en tus manos. Y no siempre va a ser agradable. En ocasiones, tendrás que dejar tu moralidad en un segundo plano. Viral no entiende de eso. Nosotros trabajamos para la gente que nos paga, ellos son los que deben cuestionarse si están traicionando sus valores.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Te pongo un ejemplo. Imagina que tu profesión es fabricar bombas. Bombas que acaban con las vidas de las personas. Sin embargo, tú no eres el que las lanzas y matas a gente. Solo las estás fabricando. Los que las utilizan son otros. Viral funciona más o menos así.

Javier se agacha y alcanza de debajo de la mesa el maletín de su ordenador. Abre una cremallera de la funda y extrae un folio de ella. Lo pone encima de la mesa y se lo muestra a Iván.

—Estos son los trabajos que nos suelen encargar los clientes. No te asustes. Simplemente somos los intermediarios. Y, ya te digo, si no te ves moralmente preparado, estás a tiempo de decir que no.

El chico da un sorbo de su cerveza y lee para sí los siete puntos en los que se basa Viral, como si se tratasen de los siete pecados capitales:

«Hackeo de cuentas y perfiles.

Incendiar o provocar polémicas en las redes sociales.

Viralizar vídeos o comentarios.

Linchamientos a personajes públicos.

Levantar o destruir movimientos sociales, deportivos o políticos.

Manipulación de encuestas en las redes sociales.

Controlar las tendencias».

CAPÍTULO 62

Viernes, 5 de enero de 2018

—Así que te dedicas a esto. No me lo puedo creer.

—Si no lo hago yo, lo hará otra persona, Julia. Internet y las redes sociales se han convertido en un caramelo para las empresas y es una especie de jungla en la que domina el más fuerte. Se mueve muchísimo dinero. Es lógico que alguien quiera controlarlo.

La chica aprieta los puños y le entran muchas ganas de gritar. Sin embargo, se contiene y lanza una mirada amenazadora a Iván. ¡No entiende cómo él y los otros chicos del piso pueden manejar a las personas de esa forma!

—Esto funciona así desde hace tiempo. No somos los únicos que lo hacemos. La Red es una mentira. Como lo son la televisión y otros medios de comunicación. Todo está manipulado y controlado.

—Es muy fuerte. Jugáis a ser los dioses de Internet y ganáis dinero a cambio. Es terrible.

—Solo viralizamos contenidos, cumpliendo órdenes de gente interesada. No somos los culpables de que haya personas malas en el mundo que deseen el mal a otros o que quieran hacerse con el poder de determinado sector.

—¡Sois colaboradores de eso, Iván! ¡La herramienta de esa manipulación! ¿No lo ves?

El chico le pide a Julia que no grite. No quiere que los escuchen Pilar o Marilia, que están en el comedor.

—Claro que lo veo. Pero, si te soy sincero, no me siento culpable.

—¿Que no te sientes culpable? ¡Menudo estómago tienes!

—No soy de piedra, ¿sabes? Ni los chicos tampoco.

—Una piedra tiene más escrúpulos y corazón que vosotros.

Iván resopla. Le duele que Julia le hable así. Quizá se ha precipitado al contarle lo de Viral. Pero tenía que hacerlo. Tarde o temprano aquello iba a salir a la luz o ella lo descubriría de alguna forma.

—Por favor, no nos juzgues. Y no hables de esto con nadie. Ni siquiera con tu abuela. Es una cuestión de seguridad. Si alguien inadecuado se entera de nuestra existencia, podríamos tener muchísimos problemas.

—¿Problemas como los que tuvo Hugo? ¿O como los que está teniendo Ana Rincón?

Julia habla como si le faltara el aliento. Jadea después de terminar cada frase. La indignación la supera y no es capaz de controlar las emociones.

—No sé qué le ha pasado a esa mujer.

—Emilio afirma que Viral tiene que ver con su secuestro. ¿Sabes algo al respecto?

—No. De verdad que no. Te lo juro.

—¿También os dedicáis a secuestrar a personas?

—Ninguno de nosotros hace eso, Julia. ¿Crees que alguno de los chicos sería capaz de algo así?

—¡Sois capaces de cosas iguales o peores, Iván! ¡No sé hasta dónde podéis llegar por vuestra empresa!

Alguien llama a la puerta y los dos chicos se vuelven de inmediato hacia la entrada de la habitación. La joven da permiso para que entren y respira hondo un par de veces para intentar calmarse. Pilar, que se ha cambiado de ropa y ya no va de negro, mira primero al chico y luego a su nieta.

—Queridos, ¿va todo bien?

—Sí, abuela. Muy bien —responde Julia enérgica.

—Los aperitivos están en la mesa. He puesto unas aceitunas aliñadas que os encantarán.

Iván contempla a la chica, que aparta su mirada hacia otro lado, sin disimular. Agacha la cabeza y sale del cuarto de su amiga.

—¿Una nueva pelea?

—No, abuela. No ha sido una nueva pelea. Pero prefiero no hablar de ello.

—Perfecto, querida. Como tú quieras.

La mujer sonrío, enlaza su brazo al de Julia y juntas se marchan de la habitación. En el comedor, Iván se ha sentado al lado de Marilia, que teclea algo en el móvil.

—Estoy hablando con la hermana de Fran —dice muy nerviosa la joven—. Han conseguido charlar brevemente con él. Ya tiene un abogado.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunta la otra chica, que también se muestra ansiosa por saber más.

—Que la policía tiene dos pruebas para acusarlo del asesinato de Hugo o, por lo menos, para retenerlo setenta y dos horas en la comisaría. Luego o lo sueltan o pasará a disposición judicial.

—¿Dos pruebas? ¿Te ha explicado cuáles?

—Sí. La grabación de una cámara en la que se ve a Fran cerca del piso, cuando había dicho que había estado toda la noche conmigo en el hotel. Y sus huellas en el cuchillo de cocina que encontró aquel mendigo. Por lo visto, solo han aparecido las de ese hombre y las de él.

Marilia deja el móvil sobre la mesa y se lleva las manos a la cabeza. Parece muy afectada por los WhatsApp que acaba de recibir de la hermana de su novio.

—Esto se ha acabado —dice la chica. Parece a punto de echarse a llorar—. Fran asesinó a Hugo. Y lo hizo por mí. Por haberme acostado con él.

—Aunque así fuera, no eres la responsable —intenta consolarla Julia—. Tú no tienes la culpa de que a Duque se le fuera la cabeza.

—De todas formas, y no soy abogada ni jueza, esas pruebas no son del todo concluyentes —señala Pilar—. El caso no está cerrado, querida.

—No quiero seguir engañándome a mí misma. Está claro que Fran es el culpable. Y yo no me di cuenta ni estando con él esa noche. ¡Joder! ¡Qué estúpida he sido!

Marilia ya no puede esconder las lágrimas por más tiempo. Se pone de pie y se marcha llorando del comedor.

—No sabía que Hugo y ella se habían liado —comenta Iván, que agarra su chaqueta—. Creo que me voy a ir.

—¿Ya? ¿No quieres quedarte a comer? —le pregunta Pilar.

—No tengo hambre, señora. Pero muchas gracias por la invitación.

El chico se marcha del piso sin tan siquiera despedirse de Julia, que tampoco hace amago de aproximarse a él.

—Voy a ver a Marilia —le dice la joven a su abuela, que la observa muy seria.

—He escuchado lo que Iván te contaba en la habitación. Y tu reacción —confiesa Pilar—. Tengo el mal vicio de poner la oreja donde no debo. Perdona, querida nieta.

—Da igual. Así me ahorras explicarte el motivo de mi enfado.

—Te comprendo, querida. Yo tampoco entiendo cómo se pueden dedicar a algo así. Aunque sigue sin parecerme un mal chico.

Julia suspira y sale del comedor, cabizbaja. Han sido tantas oportunidades las que se ha dado a sí misma para intentar no pensar mal de él, que ha perdido la cuenta. Pero Iván siempre le ha hecho sufrir una decepción tras otra. Ya no puede más.

—Marilia, ¿puedo pasar? —le pregunta a su amiga, que se ha encerrado en el cuarto de baño.

La puerta se abre lentamente, invitándola a entrar. Cuando la ve, el rímel se le ha corrido por las mejillas y los ojos se le han irritado de tanto llorar.

—Tranquila. Todo va a ir bien —le susurra al oído Julia mientras la abraza.

—No. Nada está bien ahora ni lo va a estar. No sé cómo me voy a reponer de esto.

—Saldrás adelante. Siempre se sale, Marilia.

Las chicas se separan y se miran a través del espejo. Julia sonrío, intentando contagiar a su amiga. Sin embargo, esta se cubre el rostro con las manos y vuelve a sollozar.

—¿Prefieres que te deje sola?

—No, enseguida se me pasa. No te vayas.

Julia asiente y le pasa un poco de papel a Marilia para que se seque las lágrimas. Las dos permanecen un par de minutos en el baño, sin hablar. Cada una pensando en lo suyo, reflexionando sobre lo que acaban de descubrir.

El asunto de Viral preocupa mucho a Julia. Más allá de ser la empresa para la que trabaja Iván, puede que sea una organización que esté implicada en el asesinato de Hugo y en el secuestro de Ana Rincón. Por lo que el chico le ha contado, aglutina mucho poder y mueve grandes cantidades de dinero. Motivos suficientes como para cometer actos de ese tipo. Pero si Viral solo la forman Javier y sus compañeros de piso, bajo la dirección del primero, ¿cuál de ellos se encarga de realizar el trabajo sucio? ¿Será realmente Duque el asesino de Hugo a pesar de lo que ella y su abuela piensan?

—Estoy lista —le dice en voz baja Marilia. Julia mira a la chica y la ve más recuperada—. Tienes razón, si Fran hizo algo mal, es su responsabilidad. No la mía. Yo le puse los cuernos con Hugo, pero ese no es motivo para asesinar a nadie.

—No hay ni un solo motivo que justifique algo así. Tú metiste la pata, te equivocaste. Si no pudo perdonarte, que te hubiera dejado.

—Iba a hacerlo. Me lo dijo esta mañana en el entierro.

—¿Qué? ¿Te iba a dejar?

—Sí. Aunque la conversación quedó abierta —dice Marilia, que abre el grifo y bebe un poco de agua. Se seca la boca y continúa hablando—: No era el mejor sitio para romper. Íbamos a discutir el tema esta tarde. No me he quitado esto de la cabeza desde entonces. Y mira: si tengo todavía novio es porque lo han detenido. Cómo es la vida, ¿eh?

CAPÍTULO 63

Viernes, 5 de enero de 2018

El autobús que le lleva del pueblo a la ciudad parece que no va a llegar nunca a su destino. Emilio no tiene ya uñas que morderse y sus gafas están excesivamente torcidas hacia la izquierda, incluso más de lo habitual; y ni siquiera se ha dado cuenta. Con la cara apoyada en el cristal de la ventanilla, se pregunta una y otra vez dónde estará Ana Rincón y si Viral será responsable de su desaparición.

Tal vez Julia pueda ayudarlos a él y a Omar a encontrarla. ¿Cómo? No tiene ni la más remota idea. Pero recurrir a su amiga y a su prodigiosa mente es lo único que se le ha ocurrido.

«En la redacción no está, Emilio. Ariadna no la ha visto en todo el día. Voy a ir otra vez a su piso y a bajar al trastero, que se me ha olvidado mirar allí. Si no aparece, avisaré a la policía».

El WhatsApp que le envía Omar es descorazonador, aunque no supone ninguna sorpresa. Ya sabía que la mujer no había ido al periódico durante esa mañana. El director de *El Pulpo* no quería meter a las fuerzas del orden en aquel asunto, pero no le va a quedar más remedio. Emilio sospecha que no le hace ninguna gracia que investiguen a la periodista y descubran su relación sentimental; sobre todo, porque esta comenzó cuando Marcos Frade todavía vivía. Si hay investigación policial, habrá prensa; y si hay prensa, volverá el espectáculo de hace unas semanas. Y esta vez será muy complicado que él no se vea salpicado, al ser la persona encargada de denunciar la desaparición de Ana.

Emilio también preferiría no alertar a la policía todavía. Se ha pasado los últimos tres días al lado de la periodista y hay un montón de mensajes y conversaciones entre los dos. No desearía que nadie

malinterpretase su amistad, como, por ejemplo, han hecho sus padres. Las redes sociales podrían destripar a su amiga por algo que ni siquiera se ha producido.

Cuando llegue a la ciudad, tendrá que coger un metro para dirigirse al barrio en el que vive la abuela de Julia. No conoce a aquella mujer, aunque su amiga siempre le ha dicho que se parecen bastante en algunas cosas. A lo mejor ella también puede aportar una hipótesis respecto a lo que le está sucediendo a Ana Rincón.

Faltan diez kilómetros para que el bus entre en la ciudad cuando suena el móvil del chico. ¡Kerstin! Su primera intención es la de no contestar, pero, si no lo hace, se quedará con la duda de saber qué quería. Espera que no le eche la bronca nuevamente por lo del trabajo. No tiene ganas de discutir.

—Hola.

—Hola, Emi —dice la chica en español. Aunque, a partir de ahí, hablan en inglés—. ¿Cómo está tu tobillo? ¿Andas bien?

—Sí, gracias. Todavía me cuesta un poco, pero sin escayola se vive mejor.

—Me alegro. A mí aún me quedan unos días para que me quiten la férula del brazo.

—Paciencia.

—Sí. Tengo paciencia, aunque se va agotando —comenta la joven sueca con un tono de voz que apena a Emilio. Parece triste, como su madre le había avisado—. ¿Ya sabes qué vas a hacer?

—¿Te refieres a si voy a regresar a Estocolmo?

—Sí, a eso.

—Pues la verdad es que no. No me he decidido todavía —responde el chico, que teme que Kerstin saque ahora el tema del trabajo de clase.

—Me gustaría que volvieras —afirma la sueca para su sorpresa.

—¿Qué? ¿Quieres que regrese?

—Sí. Lo he estado pensando detenidamente y eso es lo que querría que hicieras. Pero no deseo influir en tu postura.

Aquel giro inesperado cortocircuita a Emilio, que ahora sí se da cuenta de que tiene las gafas mal puestas y se las coloca correctamente. Mira por la ventana del autobús inconscientemente, en busca de algo que decir. No le salen las palabras y es ella la que vuelve a hablarle tras una breve pausa.

—Y no te preocupes por el trabajo. Le explicaré a la profesora lo que nos ha pasado en España y le pediré diez o quince días más de plazo. Así

tendremos tiempo de sobra para prepararlo y hacerlo con calma. ¿Te parece bien?

— Sí, pero ¿a qué viene este cambio de actitud?

—Ya te he dicho que he estado pensando.

—¿También has pensado en nosotros? —se anima a preguntar Emilio, que necesita saber cuál es la realidad que debe afrontar—. Quiero decir como pareja.

—Sí. También. Y en eso sigo pensando igual. Lo siento.

El chico se siente como si le hubieran lanzado una piedra y esta hubiera impactado contra su frente. Las palabras de Kerstin son un jarro de agua fría. A pesar de que los acontecimientos de aquellos días lo han mantenido distraído y no ha sufrido por la ruptura tanto como cabría esperar, el dolor está ahí. Dentro de él. Viene y se va sin control. Y cuando recuerda lo que ha tenido con ella, lo pasa mal. Sí, realmente le duele la ruptura como pocas cosas hasta ahora en su vida.

—¿Emi? ¿Continúas ahí?

—Sí, aquí sigo. Perdona. Me he quedado en blanco. No sé qué decir.

—No quiero ser la causa de que renuncies a algo que te ha hecho feliz. Aquí has estado muy bien. Y no solo por mí.

—Principalmente ha sido por ti. No sé si sería capaz de compartir clase contigo. Se me haría muy duro.

—Nos acostumbraremos. Tampoco será sencillo para mí. Pero lo conseguiremos. Y terminaremos siendo buenos amigos. Yo lo veo, Emi. Lo veo muy claro.

La fría, distante y cuadrículada Kerstin le habla desde la emoción y la ilusión de alguien que intenta rescatar una segunda oportunidad. ¿Por qué él no puede verlo tan bien y tan claro como ella? ¿Amistad? ¿Se puede ser amigo de alguien que te acaba de dejar? Posiblemente, sí. Aunque no tan pronto.

—Necesito pensarlo bien.

—Vale. Piénsalo. Yo no te molestaré más, aunque el lunes me encantaría verte en Estocolmo.

El chico va a decirle a su exnovia que no es tan fácil tomar esa decisión cuando se da cuenta de que alguien intenta ponerse en contacto con él. No puede ser. El nombre que aparece en la pantalla de su teléfono, debajo del de Kerstin, es el de Ana Rincón. ¡Ana está llamándole!

—Cuando sepa algo definitivo, te informaré. Tengo que colgar.

Y, sin perder ni un segundo más, da por finalizada la conversación con la sueca y da entrada a la llamada de Ana. Está a punto de gritarle si

está bien, pero al final es capaz de mantener la cabeza lo suficientemente fría como para pensar y controlarse. ¿Y si quien está al otro lado del móvil no es la periodista? Así que espera a que la otra persona hable.

—¿Hola? ¿Emilio?

—¡Ana! —exclama el chico, que llama la atención de los pasajeros más cercanos. ¡Sí! ¡Es ella!—. ¿Dónde estás?

—En el coche. ¿Y tú?

—En el autobús, camino de la ciudad. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde te habías metido? Hemos estado a punto de llamar a la policía. Nos tenías preocupadísimos.

—Lo imagino —se limita a decir la mujer—. ¿Te falta mucho para llegar a la estación?

—No. Estoy a unos cuatro o cinco kilómetros.

—Bien. Me paso a por ti y hablamos con calma. Espérame ahí. ¿Vale?

—Vale, pero esta vez confío en que aparezcas.

—Apareceré. Te lo prometo.



Tras salir del edificio en el que vive la abuela de Julia y discutir con un mendigo que lo ha perseguido por la calle pidiéndole dinero y que ha terminado insultándolo, Iván ha sentido un impulso muy fuerte y ha tomado un camino que hasta ese instante no se había planteado. No le apetecía regresar a su piso ni hablar con sus compañeros. Así que ha cogido el metro para dirigirse a un lugar al que jamás habría imaginado que iría cuando se despertó aquella fría mañana de enero.

El joven entra en el hospital para dirigirse a la tercera planta. Sin embargo, una señora en el mostrador de recepción le pide el carné de identidad y que rellene un formulario. Imagina que un control tan inusitado se debe a lo que ayer sucedió con Jonathan Vila y su padre. De hecho, en la puerta de la clínica hay aparcados dos coches patrulla de la Policía Nacional y ya se ha cruzado con un par de agentes que vigilan el vestíbulo. Iván le entrega el formulario completado y la mujer le indica por dónde debe subir. Cuando entra y sale del ascensor también se encuentra con algunos policías, atentos a toda la gente que pasa por su lado.

La 327 se halla situada en la pared de la izquierda, al final de un largo pasillo por el que circulan decenas de pacientes, familiares y

personal del hospital. Iván camina hasta la habitación siendo consciente de que Vanesa puede reaccionar mal cuando lo vea. Llama a la puerta y una voz femenina lo invita a pasar. Cree reconocer a la madre de la chica. Y así es. Gloria es con la primera que se encuentra al abrir. La mujer se levanta de la silla para saludar al recién llegado. No es una sorpresa para ella, ya que fue con quien el chico contactó para averiguar la habitación en la que su hija estaba ingresada.

—¿Estás de coña? —pregunta Vanesa cuando se percata de quién es el visitante—. ¿Qué pintas tú aquí?

—He venido a ver cómo estás. Sé lo que te ha pasado.

—Pues no eres bienvenido. Así que ya puedes largarte.

Iván duda un instante si obedecer la orden que le ha dado la chica. Sin embargo, en lugar de darse la vuelta y marcharse, camina hasta donde está la cama y se sienta en la silla de al lado, antes ocupada por Gloria.

—Me gustaría charlar un rato contigo. No será mucho tiempo. ¿Me das quince minutos? Por favor.

Vanesa vacila en su respuesta. Mira a su madre, que le hace una seña para que acepte lo que el chico le pide.

—Yo voy a bajar a comer algo. Subo en quince minutos —dice Gloria tras un gesto afirmativo de su hija—. Llevo el móvil por si necesitas cualquier cosa.

La mujer se va y cierra la puerta tras de sí. Iván acerca un poco más la silla a la cama de la chica. Esta se incorpora, se sienta en el colchón y coloca una almohada en su espalda. Aquel simple y sencillo movimiento le produce un intenso dolor en la zona lumbar y no puede evitar soltar un quejido.

—Perdona por el grito. No lo hago por gusto.

—¿Estás muy mal?

—Muy mal no lo sé. Pero sí peor de lo que me gustaría.

—¿Es la espalda?

—La espalda, las costillas, la cadera... Me duele el cincuenta por ciento de los huesos. El otro cincuenta apenas lo siento.

—Joder. No sabía que estabas tan fastidiada.

La chica hace otra mueca de dolor al desplazarse unos centímetros a su derecha y después se queda mirando fijamente a su visitante. Una catarata de recuerdos le vienen a la cabeza. En realidad, pasaron muy buenos momentos juntos. Aunque luego todo se fastidiara entre ellos, que ha sido lo que finalmente les ha quedado a ambos.

—¿A qué has venido, Iván?

—A verte. Quería saber cómo estabas. Ayer quise acompañar a Julia, pero me dijo que no te agradecería la visita.

—Y así es. Te hubiera mandado a la mierda.

—¿Y por qué no lo has hecho hoy?

—Lo he hecho. Has sido tú el que ha insistido en quedarte quince minutos, ¿no? —A Vanesa se le dibuja una sonrisa pícaro en el rostro—. Por cierto, no sabía que Julia y tú os veáis otra vez. No me ha dicho nada.

—Es que no hay nada que decir —comenta el joven, que se pone un poco a la defensiva—. No hemos vuelto a ser amigos, si es lo que te preocupa.

—¿A mí? Ya no me meto en la vida de otras personas, Iván. ¿No crees que con lo que me ha pasado ya tengo suficiente?

El joven no responde. Tampoco ha ido allí a enfrentarse a Vanesa. No quiere otra confrontación como la que acaba de tener con Julia.

—No me apetece discutir contigo. Solo he venido a ver cómo te encontrabas y a proponerte que nos olvidemos del pasado en la medida de lo posible.

—El pasado no se olvida, Iván. Es imposible.

—Pues quedémonos con la parte buena de ese pasado. El tiempo en el que lo pasábamos bien y disfrutábamos juntos. ¿No es mejor enterrar el hacha de guerra? El presente está resultando muy complicado y me da que la tempestad no va a calmarse. ¿Para qué vamos a seguir echándonos porquería encima por los errores que ambos cometimos?

—¿De qué tempestad hablas, Iván?

El joven se muerde el labio, inquieto. ¿Hasta dónde puede contarle a Vanesa? Está claro que ella no sabe nada del asesinato de Hugo Velero. Tampoco de Viral. Ni de nada de lo que está pasando en su mundo actual.

Se inclina sobre la chica y le agarra las manos. Vanesa lo mira sorprendida, pero no le reprende. Los enormes ojos de Iván expresan tanto que puede leerle el alma. Después, escucha sus palabras embelesada.

—¿Alguna vez has hecho una locura por amor? Una de esas que te marcan para toda la vida.

CAPÍTULO 64

Viernes, 5 de enero de 2018

«Falsa alarma. Ana Rincón se encuentra bien. Estoy con ella ahora mismo. Luego te cuento».

El WhatsApp de Emilio tranquiliza a Julia. Por lo menos la desaparición de aquella mujer se ha solucionado. Siente curiosidad por enterarse de lo que ha pasado realmente, pero deberá esperar a que su amigo se lo explique.

Sentada en la mesa, después de comer, se lo cuenta a su abuela.

—Mejor así. Me preocupaba que esa mujer hubiera corrido la misma suerte que Hugo Velero —comenta Pilar, quien, para calentarse las manos, envuelve con ellas el vaso de infusión que se ha preparado.

—¿Crees que Viral tuvo que ver en su muerte?

—Es posible, querida. Pero la policía mantiene detenido a Fran Duque.

—Él también forma parte de la empresa —le recuerda Julia, que continúa dándole vueltas a la conversación que antes ha mantenido con Iván—. Aunque, si ese chico es el verdadero culpable, da la impresión de que sus motivos para asesinar a Hugo son otros ajenos a Viral.

—Estoy de acuerdo, querida. La razón está durmiendo ahora en tu cuarto.

Después de comer, Marilia no quiso regresar a su casa, así que tanto Pilar como su nieta le ofrecieron quedarse en el piso para que descansara un rato. La chica aceptó e inmediatamente se durmió en la habitación que esos días ocupa Julia.

—¿Quieres que nos pongamos un rato con la pizarra? —le propone la joven a su abuela—. A ver si sacamos alguna conclusión nueva. No paro de comerme la cabeza con todo esto.

—No me extraña. Es para volverse loca. Vamos.

En la cocina, Pilar destapa la pizarra y coloca el mantel sobre una de las sillas. Después coge un rotulador rojo y se lo pasa a Julia.

—¿Qué tiene que ver Viral con Ana Rincón, Emilio y todo lo que está pasando? —se pregunta Julia mientras escribe en un lado, con letras mayúsculas, el nombre de la empresa de contenidos virales—. ¿De qué forma puede estar todo relacionado?

—Seguro que hay una conexión. Cuando hables con Emilio, tendremos las cosas más claras.

La chica asiente y se queda mirando la pizarra fijamente. Por un momento, no ve nada. Solo anotaciones escritas en tres colores y flechas sin sentido, que van de un nombre a otro. De alguna manera, aquello es otro puzle, igual de complicado que el de cristal, que todavía no ha terminado.

—¿Y si todo está solucionado ya? —pregunta Julia de repente—. Duque es el asesino de Hugo y este, a su vez, mató a Sergio. Y los motivos son los que ya sabemos: Duque se vengó de la traición de su compañero de piso y Hugo de lo que pasó con Aretha. Ya está. Misterio resuelto. La policía ha dado en el clavo.

—Sigo en mis trece, querida. No creo que ese joven matara a Hugo.

—Yo pienso lo mismo, abuela. Pero ¿y si es así y nos estamos haciendo un lío que no va a ninguna parte?

La mujer da un sorbo a su infusión y suelta el vaso en la encimera de la cocina. Agarra un rotulador verde y hace algo inesperado para Julia: empieza a tachar nombres en la pizarra. Primero pone una línea horizontal sobre «Marilia». A continuación, hace lo mismo con la frase «posible otra pareja de Hugo».

—No creo que haya otra pareja —comenta Pilar antes de seguir tachando a sospechosos.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque no ha aparecido nadie en el entierro con ese perfil. Si hubiera existido alguien más, se habría presentado en un momento tan delicado, ¿no?

—Sería lo lógico, a no ser que no quisiera que se supiera su identidad... porque es el asesino o la asesina.

—En realidad, querida, en ningún momento me ha parecido que existiera alguien más en la vida sentimental de Hugo. Creo que solo fue producto de la imaginación de Rima, que fue la que le contó a Rafa que pensaba que había otra persona y que por eso no estaban bien. No

aceptaba que no estuviera enamorado de ella. ¿Has visto cómo lloraba en el funeral?

—Sí, me he dado cuenta.

—En mi opinión, esa chica sigue enamorada de Hugo pese a todo lo que él le hizo. Y no quiso reconocerse a sí misma que, simplemente, pasaba de ella. Eso sí lo sabemos a ciencia cierta.

—Y si se inventó lo de la otra pareja..., ¿podría ser sospechosa?

—¿Por qué no? Pudo matar a Hugo y que Rafa le cubriera las espaldas. Es posible, sí. Ese chico ama locamente a Rima y haría cualquier cosa por ella —apunta la mujer, que hace otra anotación en la pizarra—. Aunque no son más que suposiciones, evidentemente.

Julia lee lo que Pilar ha escrito y piensa en la persona a la que esa mañana vio en el entierro de Hugo. Jacob es algo mayor que su hermano Javier, aunque no se le ha caído el pelo tanto como a él. Sus ojos son marrones y su mirada fría. Tiene la nariz aguileña y el mentón prominente. «Un tipo que da mal rollo», como su abuela ha apuntado en verde en la pizarra.

—¿De verdad piensas que ese hombre puede ser el culpable?

—Si no él directamente, alguien contratado por él —indica Pilar.

—¿Un sicario? ¿Para matar a Hugo?

—Ya sé que no lo parece. Un asesino a sueldo no mata a una persona con un cuchillo de cocina. Pero es que ese individuo me ha dado muy mala espina. A veces, la cara es el espejo del alma.

—No prejuzgues, abuela. Eso no está bien.

—Tienes razón, querida. Aunque te pido que dejemos a ese tal Jacobo en la pizarra. No lo descartemos.

Julia sonríe y no borra el nombre que la mujer ha escrito hace unos segundos. Da un par de pasos hacia atrás y vuelve a examinar las anotaciones, esta vez desde una perspectiva más amplia. Resopla y mueve la cabeza en señal de negación. Aquello se ha convertido en un auténtico galimatías.

—En las películas parece más fácil, ¿verdad? —dice Pilar, que se coloca al lado de su nieta—. Todos pueden ser el culpable del asesinato de Hugo Velero. Y, sin embargo, el chico que está detenido es el que ahora mismo menos me lo parece. Qué contradicción tan maravillosa.

Julia contempla como su abuela suelta una breve risilla y se aleja de la pizarra con el vaso de la infusión agarrado con las dos manos. Aquello la divierte, se le nota. ¡Y no debería pasarlo bien con algo tan grave como un asesinato!

—¿Por qué no descansas un rato antes de que vengan tus padres? Como Marilia está en tu cama, puedes echarte en la mía. Yo me tumbaré en el sofá a ver un documental.

—No tengo sueño ahora mismo. Si me acuesto, no lograría dormir nada. Tengo muchas cosas en las que pensar.

—Eres igual que tu abuela —dice la mujer, que da el último sorbo a la infusión y deja el vaso en el fregadero—. ¿Quieres que juguemos al ajedrez?

—¿Ahora?

—Sí, una partidita tal vez nos relaje un poco. Además, me ganarás y te sentirás mejor.

—No me voy a sentir mejor por ganarte, abuela.

—¡Claro que sí! Vamos, jugaremos en el comedor.

La mujer sale de la cocina dando pasitos cortos, casi arrastrando los pies, pero caminando deprisa. Julia se pregunta de dónde sacará tanta vitalidad. Es admirable su capacidad para hacer tantas cosas y seguir proponiéndole más.

Además, sigue siendo una gran jugadora de ajedrez.

Pilar le cede a Julia las blancas. La chica controla el centro del tablero desde la apertura y busca imponerse mediante el desarrollo de sus alfiles y caballos. La mujer, por su parte, se defiende de una manera consistente, sin tomar ningún tipo de riesgo y aguantando en la retaguardia. Sin embargo, conforme avanza el juego, las negras empiezan a cuestionar el dominio territorial de su oponente. Adelantan filas y salen vencedoras, aparentemente, de los primeros intercambios de piezas. Es en ese momento, con el combate más igualado que nunca, cuando Pilar agarra su alfil negro. Lo levanta para moverlo y dar jaque al rey blanco. En cambio, la mujer no suelta la pieza en ninguna casilla. Mira a Julia y habla en voz alta como si estuviera representando un papel en una obra de teatro.

—¡Oh, alfil negro! ¿Eres tú el culpable? —exclama la mujer, que se ha ganado toda la atención de su nieta. De hecho, la observa pasmada.

—Abuela, ¿qué dices?

—¿Eres tú el asesino? Tú, que te enamoraste de la chica con la que salía y te fastidiaba que siempre se hiciera lo que él ordenara. ¿Lo mataste tú? ¿Lo asesinaste por amor? ¿Porque no soportabas lo que le hacía a la joven que deseabas?

Julia empieza a pensar que su abuela ha perdido la cabeza. Está hablando del alfil negro como si se tratase de Rafa.

—¿Me puedes explicar qué estás haciendo? —le pregunta la chica a Pilar, que suelta la pieza sobre el tablero, en el mismo lugar en que estaba.

—El otro día, mientras buscaba información sobre Jorge Hurón, vi una escena de una obra de teatro en un vídeo de YouTube —responde la mujer, que ahora coge uno de sus caballos—. Un tipo, mediante las piezas del ajedrez, se planteaba diferentes situaciones de la vida. Yo lo he adaptado a nuestro crimen. ¿Qué te parece?

—Surrealista. Y muy extraño.

—¡Oh, caballo negro! ¿Eres tú el culpable? —exclama Pilar, que se mete de nuevo en aquel papel que Julia sigue sin entender muy bien—. Tú, que estabas en el piso cuando lo asesinaron y que eres capaz de actuar delante de decenas de personas. Tú, que, además, eres la persona que se pone más nerviosa cuando se habla de su asesinato. ¿Lo mataste tú?

La chica se tapa la cara con las manos y suelta una carcajada. ¿Era aquel el propósito de su abuela? ¿Que se riera? ¿O lo que intenta es plantear el asesinato de Hugo Velero de otra manera, acusando a cada sospechoso en voz alta?

—Me parece que la infusión que te has tomado no te ha sentado nada bien.

—¡Me ha sentado fenomenal, querida! Prueba tú. Con... el rey blanco, por ejemplo.

—Abuela, no quiero sentirme ridícula.

—¿Crees que estoy haciendo el ridículo?

Julia contempla los ojillos traviosos de su abuela y se ríe también. Toma la pieza que ella le ha indicado y la eleva del tablero.

—Oh, rey blanco.

—¡Con más entusiasmo, querida!

—¡Oh, rey blanco! ¿Eres tú el asesino?

—Perfecto. Continúa —le pide su abuela. Se la ve entusiasmada.

La chica percibe como le ha subido la temperatura en la cara. Tiene mucho calor en las mejillas y se siente bastante esperpéntica.

—Tú, que fuiste quien encontró el cadáver. Tú, que has insistido en que escuchaste a otra persona entrar en aquel cuarto. Tú, que discutiste con él la noche de su muerte. Tú, que me has demostrado que eres capaz de hacer cualquier cosa. Tú..., que me preguntaste si avisaría a la policía si descubría que eras el culpable. ¿Eres... tú... el asesino?

Julia termina de hablar del rey blanco y se queda mirando a su abuela, que tuerce la boca. El pulso le tiembla, lo que provoca que la

figura se le escurra de la mano y caiga encima del tablero, derribando a otras piezas.

—¿De qué asesino estáis hablando? —pregunta una voz desde la puerta del comedor.

Las dos se vuelven hacia la entrada de la sala y contemplan la esbelta figura de Marilia, que se acaba de despertar de la siesta.

Apenas ha podido descansar. Sigue muy preocupada por su novio, cuyas huellas han aparecido en el cuchillo que encontró aquel indigente. Marilia se sentiría mejor si supiera que la policía acaba de averiguar que esa afilada arma, que en un principio incriminaba a Fran Duque, no es con la que asesinaron a Hugo Velero. Al inspector jefe Delgado ya no le cabe ninguna duda de eso. Las pruebas son concluyentes.

CAPÍTULO 65

Viernes, 5 de enero de 2018

El autobús llega a la estación y Emilio se baja rápidamente. Camina deprisa hasta la salida, donde ha quedado con Ana Rincón. Está ansioso por saber qué le ha sucedido a la periodista y el motivo por el que no apareció esa mañana.

Transcurren unos minutos y la mujer no hace acto de presencia. El chico empieza a preocuparse e incluso piensa en llamarla. Sin embargo, el claxon de un coche rojo suena delante de él. La conductora baja su ventanilla y asoma la cabeza por ella.

—¿Aparco o vamos a otra parte? —grita Ana desde el interior del vehículo.

Al joven le da lo mismo. Lo que desea es hablar, aclarar las cosas de una vez por todas. Sin pensarlo, decide entrar en el coche. Tiene mil preguntas que hacerle, pero en ese momento, al mirarla desde el asiento del copiloto, se queda completamente en blanco. Hasta siente una fuerte angustia en el pecho, que lo oprime y le dificulta la respiración.

Todo se le pasa cuando Ana se inclina sobre él y lo abraza. Emilio cierra los ojos y, por primera vez, es consciente de la importancia que aquella mujer ha adquirido en su vida. Siente alivio al verla bien. Y, por alguna razón, después del abrazo, al volverla a mirar a los ojos le apetece besar sus labios hasta que le falte el aliento.

—Siento mucho no haber ido esta mañana a la cafetería en la que habíamos quedado. Seguro que lo has pasado mal.

—Un poco. ¿Qué te ha ocurrido? La puerta de tu apartamento estaba abierta. Omar no te ha encontrado allí. Tampoco en el periódico —dice Emilio atropelladamente—. ¿Dónde estabas?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

La mujer desea explicarle lo que le ha sucedido, pero la tensión es muy grande. Teme cometer un error con el coche mientras habla con Emilio, así que decide aparcar antes de comenzar a relatarle su historia. Estaciona el vehículo en doble fila y se vuelve hacia su joven amigo.

—Eran algo más de la diez cuando llamaron al telefonillo...



—¿Sí? ¿Quién es?

—Mensajero. Vengo a traerle un paquete.

A Ana no le resulta nada extraño y pulsa el botoncito para que aquel hombre pueda entrar en el edificio. Recibe envíos a menudo, muchos relacionados con el periódico: libros, muestras, invitaciones e incluso alguna acreditación le llegan vía correo ordinario, directamente a su casa.

El timbre de la puerta no tarda en sonar y la periodista abre sin sospechar lo que le espera al otro lado. Dos hombres, con las caras tapadas con pasamontañas y las manos cubiertas con guantes de lana, aparecen frente a ella. Uno de ellos, un tipo grueso y no muy alto, la agarra con fuerza, mientras el otro le tapa rápidamente la boca para que no pueda gritar. La mujer trata de zafarse, pero es inútil. Es demasiado fuerte para ella. Tampoco consigue morder al que la está silenciando. Entre ambos la arrastran al ascensor y, antes de pulsar el cero, tratan de calmarla.

—No vamos a hacerte daño —le dice muy tranquilo el que le tapa la boca—. Si colaboras, no pasará nada.

—Tenemos esto por si te portas mal. No querrás que la utilicemos, ¿verdad? —le advierte el otro, que le muestra la culata de una pistola que lleva guardada en el bolsillo del abrigo—. ¿Vas a ser buena?

Ana asiente con la cabeza. Además de para conservar la vida o que no le peguen un tiro, desea saber qué hay detrás de aquel secuestro. Tiene una intuición. Y es que no le extrañaría que Viral estuviese detrás de todo aquello. Uno de los dos encapuchados, el más alto, podría ser el hombre que le entregó el sobre con los cincuenta mil euros. Su aspecto físico y su voz tienen cierta semejanza.

—Bien. Espero que no hagas ninguna tontería ni intentes dártelas de lista. Tranquila, ¿de acuerdo? —pregunta y, tras recibir de nuevo la aprobación de la mujer, el hombre más grueso pulsa el botón del cero. Luego la registra y le arrebató el móvil, que apaga a continuación.

—Esto no es tan malo como parece, Ana —dice el que le impide hablar—. Cuando pisemos la calle, vas a caminar a nuestro lado de forma natural. Como si nos acompañaras voluntariamente.

—Si no lo haces así, tenemos órdenes de dispararte o lo que haga falta. Y nos da lo mismo si hay gente cerca o no —comenta el otro secuestrador, que saca del otro bolsillo del abrigo lo que a la mujer le parece una funda para guardar gafas—. Vamos a cubrirte los ojos para poder quitarnos los pasamontañas y no dar el cante en la calle.

El hombre abre la funda y, efectivamente, extrae de ella unas gafas negras que enseguida le pone a Ana. A la periodista todo se le vuelve oscuro.

—No ves nada porque los cristales están tintados y las patillas están especialmente diseñadas para que tampoco puedas ver por los laterales. La gente no se dará cuenta de lo que pasa a no ser que grites. Y si gritas, te pegamos un tiro. Así de fácil —sentencia el sujeto más bajo y grueso.

—De todas maneras, el coche lo tenemos en la puerta del edificio. No tardaremos más de diez o veinte segundos en subir a él. Pero permanecerás con las gafas hasta que nosotros te digamos.

El ascensor llega a la planta baja, aunque los secuestradores no abren la puerta de inmediato. Se aseguran de que Ana no ve nada y, a continuación, se quitan los pasamontañas.

—¿Vas a hacer todo tal y como te hemos dicho? —le pregunta el hombre que cada vez le recuerda más a la persona que le entregó el sobre con el dinero—. ¿Te puedo quitar la mano de la boca?

Ana asiente una vez más y, a pesar de no ver nada, se siente aliviada cuando deja de sentir en su cara el contacto del guante de lana.

El trayecto del ascensor al coche se produce sin ningún tipo de altercado. Como ellos pronosticaban, nadie se da cuenta de lo que sucede y apenas tardan entre diez y quince segundos en ocupar el vehículo desde que salen del edificio. El secuestrador grueso y bajito es el que conduce, mientras que el otro sube al asiento de atrás, junto a Ana Rincón, para vigilar que no se quita las gafas.

—¿Hace falta que te ate las manos?

—No, no se preocupe. Haré lo que me digan.

—Buena chica. En realidad, esto no es más que un protocolo de seguridad. No tenemos intención de hacerte daño. No somos violentos.

Ana no confía en las palabras de aquel hombre después de la forma en que la han sacado del piso. Ni siquiera ha podido cerrar la puerta. Sin

embargo, trata de mostrarse tranquila y toma nota en su mente de todo lo que está sucediendo.

El viaje en coche no se prolonga más de treinta y cinco o cuarenta minutos. La periodista calcula que deben de ser entre las once y veinte y las once y media cuando se detienen.

—Hemos llegado —dice el hombre que va a su lado—. No te quites las gafas todavía, por favor.

Los tres se bajan del coche y caminan un par de minutos. Ana no tiene ni idea de dónde pueden estar, aunque no se oye prácticamente nada, por lo que imagina que han salido de la ciudad. Posiblemente, aquel sea un lugar en medio del campo.

Escucha el ruido de unas llaves y como una puerta se abre. Se han metido en algún sitio, porque siente el calor de la calefacción. Avanzan un poco más y el tipo grueso y bajito le indica que ya puede quitarse las gafas. La periodista obedece y tras frotarse los ojos, algo dañados por la luz de aquella habitación, echa un vistazo a su alrededor.

Se trata de un salón repleto de cuadros y provisto de un techo altísimo, del que cuelga una bonita lámpara de araña. Al fondo, ve una mesa de caoba sobre la que hay un ordenador. Los dos tipos, que han vuelto a colocarse el pasamontañas en la cabeza, la conducen hasta allí. Le piden que se siente frente al portátil y, a continuación, salen de la habitación. La mujer los sigue con la mirada hasta que escucha una voz.

—¿Hola? ¿Ana? ¿Me ves?

La periodista se fija en la pantalla y descubre a un hombre en la que parece una habitación de hotel. Tiene los ojos marrones y su nariz se asemeja a la de un ave rapaz. Va vestido de negro y su aspecto es el de un hombre frío. Sonríe un instante y a Ana se le hiela la sangre.

—Sí, te veo.

—Bien. Me hubiera gustado estar ahí, pero un entie..., un compromiso me lo ha impedido. Seré breve.

—¿Quién eres?

—Un amigo. Mientras tú quieras que lo sea —dice aquel hombre, del que no le gusta ni su forma de hablar—. Voy a ir al grano. Olvídate de nosotros.

—¿Vosotros?

—Viral. Ya lo sabes. Ya cobraste tu premio. Somos muy legales en eso. Pero ¿meter las narices donde no te llaman? Eso no está bien.

—¿Por qué cobré ese premio?

—Porque tu marido jugó y ganó. No puedo decirte más.

—¿Jugó a qué?

—Ana, hasta aquí puedo leer.

—¿Por qué no me puedes contar más?

El hombre suspira y se acaricia su prominente barbilla. Mira hacia el techo y luego de nuevo a la cámara.

—Vas a dejar de tocarnos los cojones —dice aquel tipo, que ha endurecido la expresión de su rostro y cuya voz suena mucho más contundente—. O acabarás como Rompeolas. ¿Te acuerdas de él? Nos gustó mucho el privado que le enviaste.

—¿Rompeolas erais vosotros?

—No, claro que no. Era un tipo que jugaba a ser investigador privado y del que tuvimos que encargarnos porque, a pesar de nuestras advertencias, siguió metiéndose donde no lo llamaban.

—¿Lo asesinasteis?

—Qué más da eso. Ahora está donde ya no puede seguir husmeando —indica el hombre con cierta satisfacción—. Mira, Ana, Viral es una organización seria en la que mucha gente invierte mucho dinero. Si nos respetan, nosotros respetamos. Pero si alguien no nos respeta, lo paga. O esa persona. O su entorno. O su perro. O su mejor amigo. O su joven pupilo de pelo azul, con gafas de pasta y cara de friki. ¿Has comprendido, Ana Rincón?

CAPÍTULO 66

Viernes, 5 de enero de 2018

—Mi tren sale dentro de una hora y pico. Pero me sabe mal irme después de lo que le ha pasado a Duque.

—Tranquilo, Jorge. Tú márchate. Te mantendremos informado de todo —le dice Rafa.

Los dos compañeros, junto a Rima y a Javier, se encuentran en el piso de los chicos. Llevan allí desde que terminó el entierro de Hugo y la policía detuvo a Duque.

—Acuérdate de preparar bien eso esta noche —le comenta su jefe refiriéndose al linchamiento en Twitter de un cómico famoso, un trabajo que les ha encargado una empresa de espectáculos de la que formó parte aquel hombre y con la que no terminó muy bien—. Será un bonito regalo de Reyes.

—En cuanto llegue, me pondré a ello.

—Pero hazlo desde una conexión segura.

—Descuida, jefe.

Rima escucha, aunque no entiende de lo que Javier habla. Mira a Rafa, que se encoge de hombros. Antes, el joven le propuso al director de Viral que la incluyeran en la empresa, en sustitución de Hugo. Sin embargo, el empresario se negó en rotundo. Su puesto ya lo cubrirían con quien él estimara oportuno y cuando supieran lo que iba a pasar con Fran Duque.

—¿Dónde está Iván? —pregunta Jorge mientras se pone el abrigo—. Me habría gustado despedirme de él antes de marcharme.

—No lo sé. Se fue a casa de la abuela de Julia tras el funeral. Seguirá allí —responde Rafa—. No se cansa de intentarlo con esa chica. Pero me da que no tiene muchas posibilidades con ella.

—Luego le enviaré un mensaje —comenta el joven del cabello rizado, que agarra su maleta y la hace rodar hasta la puerta—. Bueno, nos vemos en unos días.

Jorge abraza a Rafa y a Javier y le da dos besos a Rima. Vuelve a despedirse con un adiós generalizado y sale del piso.

—Entre unas cosas y otras, esto poco a poco se va vaciando —comenta el jefe de Viral cuando los tres regresan al salón.

—Espero que lo de Duque no sea para mucho tiempo, que la policía haya cometido un error.

—Yo también. Pero es poco probable.

—¿Qué habrán encontrado para acusarlo del asesinato de Hugo? —le pregunta Rima a Rafa. A la chica se le ponen de nuevo los ojos rojos cuando habla de su exnovio.

—Ya nos enteraremos. Pero no pienses más en eso. ¿Quieres que vayamos a ver la cabalgata de Reyes?

—No estoy de humor. Lo siento.

—Son momentos duros, pero hay que venirse arriba. Salir un rato te vendrá bien.

—Es que no tengo ganas de nada. De verdad.

Javier chasquea la lengua y se levanta del sillón. No le apetece seguir aguantando la exagerada sensiblería de Rima. Aquella chica nunca le gustó. No sabe qué le vio Hugo ni qué le ve ahora Rafa. Es una pusilánime, y lo poco que habla es para quejarse. ¿Meterla en Viral? Antes muerto.

—Me voy. Si te enteras de algo respecto a Duque, avísame, ¿vale, Rafa? Y ponte a trabajar, que de momento somos dos menos y hay mucho que hacer.

—Luego me encargaré de todo.

Javier se despide solo del chico. A Rima ni la mira. La joven se da cuenta de ese feo detalle.

—¿Qué le he hecho yo a ese hombre?

—Nada. Simplemente, él es así.

—Es así conmigo. Me tiene manía. ¿Es misógino? ¿No le gustan las negras?

—No le des importancia —le pide Rafa, que le pasa el brazo por detrás y le acaricia el hombro—. ¿Quieres que te dé un masaje? Estás muy tensa.

—No hace falta.

—Claro que sí. ¿No te gusta esto? —le pregunta el chico hundiendo suavemente los dedos en su piel.

—Bueno. No está mal.

—Tumbate. Ya verás qué bien te vas a sentir.

La chica le obedece y se tiende bocabajo en el sofá. Rafa se inclina sobre ella y empieza a trazar pequeños círculos en sus omoplatos. Rima está disfrutando mucho, tanto que incluso cierra los ojos. Sin embargo, los vuelve a abrir de golpe cuando su amigo le desabrocha el sujetador.

—¿Qué haces?

—¿Te molesta? Es que me incomoda un poco para darte el masaje en la espalda. Pero si quieres vuelvo a ponértelo.

—Bueno..., no. Pero cuidado dónde tocas.

—No te preocupes. Solo espalda y hombros.

Rafa le sube despacio el jersey y después la camiseta que Rima lleva debajo y continúa el masaje como si estuviera amasando pan en la oscura piel de la chica, ya sin sujetador. Aquello no solo está siendo placentero para ella. El joven nota como se ha ido excitando muy rápido. Respira hondo para intentar calmarse, pero no surte demasiado efecto. Al contrario: cada vez le resulta más complicado hacerle frente al deseo.

—Esto es increíble. Muchas gracias. Me encanta.

—Me alegro de que te esté gustando.

—Hugo nunca me hizo nada así. Ni siquiera me lo propuso. Era un rancio.

A Rafa le molesta que Rima nombre a su compañero de piso fallecido. ¿Por qué no para de pensar en él? ¡Está muerto! Debería olvidarse para siempre de ese estúpido. Además, Hugo nunca la quiso. Se lo repitió muchas veces. Solo la quería para lo que la quería. En cambio, ella insistía en que solo se hacía el duro, en que estaba muy enamorado. Qué ingenua.

—Tienes los músculos agarrotados. Debería hacerte masajes más a menudo —comenta Rafa, que se inclina un poco más sobre Rima, incapaz de controlar su excitación.

—Entonces tendré que pagarte —bromea la chica.

—No hace falta. Si me encanta hacerlo. Tienes una piel increíble.

—Soy muy joven. Si tuviera mal la piel con veinte años...

Al hablar, la chica se mueve un poco hacia su izquierda y la mano derecha de Rafa roza el pecho de la joven sin querer. Aquel inocente contacto termina de encenderlo. Se echa encima de Rima y la besa: primero en el cuello y, cuando esta se da la vuelta para protestar, en la

boca. Las manos de él se dirigen a cada uno de sus senos, apretándolos. La joven se queja amargamente, aunque él parece que no oye nada. Hasta que Rima se vale de una rodilla para golpearlo con fuerza en el estómago. El dolor es intenso y lo deja sin aire.

—¡Tío! ¿De qué vas? ¿Cómo te has... atrevido a hacer eso? —grita Rima, fuera de sí, mientras se pone el sujetador.

—¿Qué he hecho? —grita Rafa con las manos en el estómago—. ¡Lo mismo que hacía tu querido Hugo! ¡Pero yo sí estoy enamorado de ti!

—¿Estás enamorado de mí e intentas violarme?

—¡Yo no he querido violarte!

—¿No? ¿Y cómo llamas tú a lo que acabas de hacer?

—¡Amor, Rima! ¡Se llama amor!

—¿Amor? ¡Vete a la mierda, Rafa! —grita la chica, que se levanta del sofá, coge su abrigo y sale del comedor—. ¡No quiero saber nada más de ti! ¡No vuelvas a llamarme en tu vida!

Lo siguiente que el chico escucha es un portazo.

Rafa se tumba en el sofá, dolorido todavía por el rodillazo que le ha dado Rima en el estómago. Aunque lo que más le duele es que ha perdido para siempre a la chica de la que está enamorado. El puto Hugo seguro que se está riendo de él desde el infierno.

Enrabietado, lo insulta varias veces, gritando, mientras mira el techo del salón. Después llegan las lágrimas de frustración y abatimiento. Un llanto que se prolonga hasta que llaman a la puerta. El chico se limpia los ojos con la camiseta de Groucho Marx que lleva puesta y se dirige hacia la entrada del apartamento.

—Hola, no deberían dejar abierta la puerta del edificio después de lo que ha pasado —dice uno de los tres policías que tiene delante—. ¿Podemos pasar?

—¿Qué ocurre?

—Tenemos una orden para llevarnos todos los cuchillos y objetos punzantes de la casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No estamos autorizados a hablar con usted de eso. ¿La cocina?



No queda demasiado para que por fin pueda marcharse de la ciudad durante unos cuantos días. Aunque quién sabe si no será para siempre.

Jorge no tiene intención de volver por un largo tiempo. Si decide irse definitivamente, ya mandará a alguna empresa a por sus cosas. Conoce una. La misma que se encargó de recoger los enseres de Sergio y llevarlos a aquel almacén. Ese Hugo era un auténtico genio. Lástima que esté muerto. O tal vez no le dé tanta pena.

Siente haberles mentido a sus compañeros de piso. Pero si les explicaba que no era un tren lo que tenía que tomar, sino un avión a Latinoamérica, lo habrían cosido a preguntas. Afortunadamente, dispone de ahorros suficientes para permitirse un billete tan caro y vivir bien durante una temporada al otro lado del charco.

Viral es un chollo, solo hay que tener decisión y pocos remordimientos. Lo demás está chupado. Dinero fácil que echará de menos.

No vio el coche patrulla de la Policía Nacional cuando salió del edificio y cogió el coche de Cabify que había pedido. Tenía un plan B si estaban allí o si lo seguían. Siempre tiene un plan B. Pero en esta ocasión ni siquiera ha hecho falta y ha llegado tranquilamente al aeropuerto.

Jorge camina hasta el mostrador de Iberia para facturar su maleta y hacer el *check in*. Está más tranquilo, aunque lo estará todavía más cuando se encuentre dentro del avión. Espera no despertarse sonámbulo en medio del vuelo y cometer alguna tontería. Se ríe al pensarlo. ¿Y si le da por coger un cuchillo y clavárselo a una azafata o al piloto?

Suelta una carcajada tan grande que el niño que tiene delante se da la vuelta y lo mira fijamente, desconcertado.

—¡Buh! —le suelta al pequeño, que se asusta y se abraza rápidamente a la pierna de su padre.

El hombre le pone mala cara y el chico le pide perdón mientras se aguanta la risa. No quiere problemas de última hora, y menos por una estupidez como aquella.

Debe poner freno a sus nervios. Y no es sencillo. Cada vez que ve a un agente, le entra un insoportable tembleque por todo el cuerpo. Como ahora. Dos policías nacionales se acercan a la zona en la que se encuentra. No tiene nada que temer. Son de la seguridad del aeropuerto. No están allí por él.

Sin embargo, conforme se aproximan a la fila de la facturación de maletas, Jorge va sintiéndose más inquieto. Intenta convencerse de que pasarán de largo. De que esos putos polis no van a decirle nada.

¿Qué van a tener en su contra? No sabrán ni quién es.

No puede ser.

El chico se queda petrificado cuando los agentes se detienen delante de su cola. Van pidiendo permiso a los pasajeros y avanzan, en dirección al mostrador, hasta plantarse justo ante Jorge. Le hablan de forma amable, pero con autoridad.

—¿Puede enseñarnos el carné de identidad o el pasaporte, por favor?
—le pide uno de los policías.

—Claro, señor.

Jorge saca, de una bandolera que lleva colgada, una cartera donde guarda su documento nacional de identidad. Se lo muestra a los agentes, que hacen una comprobación en el móvil de uno de ellos. A continuación, el que le ha pedido la documentación marca un número desde ese mismo teléfono. Cuando le responden, habla con un tono que denota satisfacción:

—Lo tenemos. Sí, en el aeropuerto... Perfecto. Ahora mismo llevamos a Jorge Hurón a la comisaría.

CAPÍTULO 67

Viernes, 5 de enero de 2018

Tiene la impresión de que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que los vio. En cambio, solo han transcurrido tres días. En cuanto entran en el piso de la abuela, Julia se abraza a su madre y después a su padre.

—Qué cariñosa te has vuelto —dice Aitana, a quien incluso se le saltan las lágrimas tras las muestras de afecto de su hija—. Pilar, ¿qué le has dado?

—Infusiones y alguna que otra pastillita tranquilizante —responde la anciana con una sonrisilla en los labios.

La mujer mira a su marido y luego a Julia. Los tres terminan riéndose, aunque la chica tiene la impresión de que se lo han tomado como una broma, y nada más lejos de la realidad.

—Os presento a Marilia, una amiga —dice la joven señalando a la muchacha alta y rubia, que todavía anda por allí.

Esta saluda tímidamente con la mano a los padres de Julia y anuncia que se marcha a casa. A pesar de que han tratado de animarla, se la sigue viendo baja de moral. Sin duda, la situación con Fran la está afectando mucho. No solo por la detención de su novio, sino también por la charla que mantuvieron en el cementerio, en la que él le dijo que lo mejor era que rompieran.

—¿No vienes a ver la cabalgata de Reyes con nosotros? —le pregunta Pilar algo decepcionada—. Te podría ayudar a despejarte un poco.

—No, gracias. Me están esperando en casa. Llevo todo el día fuera y mi madre empieza a pensar que la odio. Además, tengo que explicarle lo que está pasando.

—¿Vendrás mañana?

—Posiblemente, Julia. Quiero despedirme de ti antes de que regreses al pueblo.

Las dos chicas se dan un largo abrazo. Marilia también obsequia a Pilar con un sonoro beso en la mejilla. En poco tiempo, les ha cogido mucho cariño a aquellas dos personas tan especiales.

—Esa muchacha se hace querer —comenta la anciana cuando la chica se ha ido—. Es una pena que se haya visto envuelta en todo este jaleo.

—¿Está relacionada con el caso de Hugo Velero?

—Sí, papá. Es la novia de uno de los compañeros de piso, el chico al que han detenido hoy.

—Me he enterado de la noticia. ¿Por qué no nos ponéis al día? Sospecho que vosotras dos sabéis lo mismo o más que la propia policía.

Nieta y abuela intercambian una mirada cómplice y luego niegan con la cabeza al mismo tiempo.

—Voy a preparar café y, antes de irnos a la cabalgata, charlamos un ratito. ¿Os parece? —propone Pilar mientras los guía al comedor—. ¿Alguien prefiere una infusión?

Entre sorbo y sorbo, los cuatro conversan, sentados en el comedor, sobre los temas que forman parte de la actualidad. A Miguel Ángel y a Aitana les preocupa sobre todo la fuga de Jonathan Vila.

—No tienen ni idea de dónde está. No sé cuántos departamentos lo están buscando —asegura el sargento de la Guardia Civil—. Va armado, y eso lo hace todavía más peligroso.

—¿Estará en el pueblo?

—No lo sabemos, Julia. Es poco probable. Allí lo conoce todo el mundo y tendría menos opciones de pasar desapercibido. Creemos que continúa escondido en la ciudad. Pero, desde que se escapó del hospital, nadie lo ha visto.

—Por eso debemos tener cuidado, hija —comenta Aitana, que se calienta las manos apoyándolas en el vaso de su café—. Tu padre y yo lo hemos hablado: esta noche dormiremos aquí. Y mañana regresaremos al pueblo juntos. ¿Te parece bien?

—Yo me voy con vosotros entonces. No me apetece quedarme aquí sola el día de Reyes. Y menos con un loco con un arma suelto por la ciudad. —Pilar enciende la televisión y la pone en silencio—. Si no os importa.

—Claro que sí, mamá. Estaremos encantados de que te vengas y pases el fin de semana en el pueblo con nosotros. Yo mismo te traeré el lunes de vuelta.

—Gracias, hijo. No hará falta. Estoy acostumbrada al transporte público.

La mujer sonríe y estira el brazo para darle la mano a su nieta, que también le sonríe. Siempre se han llevado muy bien. Pero, en aquellos días tan complicados, se han unido como nunca y a ambas les va a dar mucha pena separarse.

—Bueno,  qu  pens is?  Cre is que el chico detenido es el asesino de Hugo?

Es Julia quien responde a su padre. Les explica a él y a su madre las teorías que tienen respecto a todo lo que ha sucedido en los últimos días. De vez en cuando, Pilar va soltando una pincelada de lo que suponen o dan por hecho. Así se pasan más de una hora. Las hipótesis y las conjeturas van y vienen sin parar.

—En conclusión: el caso está abierto y pens is que Fran Duque no asesinó a su compañero de piso —resume Aitana, saturada de tanta información.

—Exacto, querida. Pero podemos estar equivocadas.

—Yo te veo bastante convencida de ello, mamá.

—No, no, para nada. Solo estoy convencida de que la policía terminará dando en el clavo cuando la investigación avance.

—Al final, los malos terminan siempre en la cárcel.

—Seguro, querido. Seguro.

En la televisión, que sigue con el volumen a cero, contemplan como ya ha salido la cabalgata de Reyes por la ciudad. Dentro de un rato pasará por el barrio de la abuela. Casi al mismo tiempo, suena el móvil de Julia. La chica comprueba que es Iván. Se pone de pie y, sin decirles nada a sus padres ni a su abuela, sale del comedor para contestar.

—Hola,  qu  tal? —dice muy seria, ya en su habitación. No olvida la conversación que mantuvieron hace unas horas sobre el trabajo que hace en Viral.

—La policía ha ido a nuestro piso y ha confiscado todos los cuchillos y objetos cortantes que ha encontrado —suelta de primeras el chico, que ni le devuelve el saludo—. Y han llevado a Jorge a la comisaría.

— Qu ?  Han detenido a Jorge?

—Eso le ha dicho a Rafa cuando le ha llamado. Julia, todo va a saltar por los aires. Tenemos que vernos. Es muy importante.

—Iván, yo no...

— Tengo que verte!  Por favor!  Es importante! —grita desesperado el joven.

—Est  bien.  D nde est s?

—En el metro. He estado visitando a Vanesa en el hospital.

—¿Has estado con Vane? ¿Cómo? ¿Por qué...?

—Mira, todo está pasando muy deprisa. Necesito verte ya. Voy para la casa de tu abuela. Espérame ahí.

—Están aquí mis padres.

—Joder. ¿Puedes echarlos? También a tu abuela, por favor. Quiero hablar contigo a solas. Es muy importante.

—¡No puedo hacer eso! Además, vamos a ir a ver la cabalgata juntos.

—Es verdad, ¡la cabalgata! —exclama Iván muy nervioso—. ¡Menudo caos habrá por esa zona! Estará a punto de llegar al barrio, ¿verdad?

—Sí. Dentro de poco. Mira, les puedo decir a mis padres y a mi abuela que me adelanto yo. Que he quedado con... alguien. Y que luego me reúno con ellos —le propone Julia, contagiada por las prisas del chico.

—Perfecto. ¿Te veo en unos minutos en la salida de la estación de metro?

—Vale, ahí nos vemos.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora, Iván.

La chica se pasa las manos por el cabello y respira hondo cuando cuelga. ¿Qué demonios está sucediendo? ¿Qué es lo que pretende su amigo? No lo sabe, pero lo ha visto muy preocupado. Tanto o más que la madrugada en que la llamó para contarle que había hallado muerto a Hugo en su habitación.

Rápidamente, abre el armario y coge un abrigo y una bufanda. Se los pone y sale del cuarto. Desde la puerta del comedor, se dirige a su abuela y a sus padres:

—Me ha llamado Emilio. —Su familia la observa extrañada al verla vestida para salir—. Ha venido a la ciudad para ver la cabalgata. ¿Os importa que me adelante? Me está esperando en la estación de metro.

—¿Vas a ir tú sola?

—Sí, mamá, pero solo hasta el metro. No os preocupéis. Hay mucha gente en la calle. No me va a pasar nada.

—Yo te acompaño —dice Miguel Ángel, que se levanta del sofá.

—No hace falta, papá. ¡Ahora os veo! ¡Abuela, no te olvides de la bolsa para meter los caramelos!

Para evitar las réplicas de sus padres, Julia abre la puerta y se marcha corriendo. Como tiene prisa, pasa del ascensor y baja por las escaleras.

La chica sale a la calle a toda velocidad. Se mueve tan rápido que casi tira al suelo a un mendigo que se le ha puesto delante. Julia se disculpa

casi sin mirar y reanuda su carrera. El hombre la insulta y va tras ella, pero la joven no se percata en ningún momento de que el indigente la persigue. Su preocupación ahora es la de esquivar a toda esa gente que se ha echado a la calle y llegar a la estación de metro.

No deja de pensar en lo que puede querer Iván, y las suposiciones se entremezclan en su cabeza con lo que su abuela y ella han sentido mientras hablaban con las piezas de ajedrez en las manos. Su intuición y su lógica le están señalando el camino; sabe que el final de aquella historia está muy cerca. Iván tiene la respuesta. Es eso. Es eso lo que le va a contar, ¿verdad? El chico del que estuvo enamorada le va a revelar quién asesinó a Hugo Velero. Ese es el motivo por el que necesita verla inmediatamente. Lo sabe. ¡Lo sabe! Aquel palpito es el mismo que tuvo hace unos meses, cuando supo que a Aurora la había asesinado su profesor de Filosofía.

Los rostros de los cuatro compañeros de piso le bailan en la mente mientras avanza a zancadas y se abre paso entre los niños y mayores que van a ver la cabalgata. También vislumbra la cara de Javier. Y la de Jacob. Y, cómo no, la de su amiga Marilia y la de Rima. Todos ellos forman parte de aquella trama. Como en los libros de Agatha Christie. Todos ocultaban algo y tenían razones para acabar con la vida de Hugo Velero.

—¡Julia! —grita una voz a su espalda cuando está a punto de llegar a la estación de metro en la que ha quedado con Iván.

La chica se vuelve y ve a un mendigo ataviado con un sombrero y vestido con ropa llena de agujeros. Él es quien ha pronunciado su nombre. Se fija en sus ojos, y no tarda en reconocerlos. También se acuerda de aquella sonrisa. El indigente se mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca una pistola. Apunta a Julia, que se ha quedado clavada en el suelo. Petrificada. Atónita. Es la primera vez que la chica oye un disparo.



El telefonillo suena y Pilar se acerca a la entrada para descolgar el auricular.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola. ¿Es ese el piso de Pilar, la abuela de Julia Plaza?

—Sí, yo soy Pilar. ¿Y tú eres...?

—Emilio, su amigo del pueblo.

—¿Qué? ¿No la estabas esperando en la estación de metro?

—No, señora. Habíamos quedado y me he retrasado un poco. No he podido avisarla porque mi móvil no tiene batería desde hace un par de horas. Afortunadamente, me he acordado de la dirección que me envió por WhatsApp.

—¿Entonces no la has llamado hace diez minutos? —pregunta Pilar, tan desconcertada como preocupada.

—No, no he sido yo. Se lo aseguro. ¿Ha dicho que me está esperando en la estación de metro? ¿La he entendido bien?

CAPÍTULO 68

Viernes, 5 de enero de 2018. Unas horas antes...

—¿Te amenazaron con hacerme daño si seguías investigándolos?

—Exacto, Emi. Esa gente parece que no se anda con juegos y nos tienen a todos controlados —comenta Ana Rincón después de explicarle las razones por las que no acudió esa mañana a la cafetería de su pueblo—. Luego me volvieron a poner las gafas, me subieron al coche y me dejaron en las afueras de la ciudad. Ni siquiera tuve la oportunidad de apuntar la matrícula.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Los vas a denunciar? ¿Te vas a olvidar de ellos?

La mujer arranca de nuevo su vehículo, que había detenido para contarle al joven la historia del secuestro y todo lo que aconteció después.

—No sé lo que voy a hacer.

—Si no avisas a la policía, seguirán extorsionando a gente.

—Ya, Emi. Pero si meto a la policía en esto o continúo investigando, puede que el remedio sea peor que la enfermedad. No quiero que te suceda nada a ti ni a nadie de mi entorno.

—Entonces, ¿los vas a dejar escapar? ¿Sin más?

Ana golpea con fuerza el volante del coche al detenerse en un semáforo en rojo. Grita y da otro manotazo.

—¡Me da mucha rabia todo esto! Marcos se metió en un lío con ellos, eso está claro. Jugó a algo y ganó. Y Viral le dio cincuenta mil euros. Pero ¿a qué jugó y por qué luego se suicidó? ¿Y por qué el dinero me llegó a mí?

El semáforo se pone de nuevo en verde, pero, hasta que no escucha el claxon del coche de atrás, Ana no vuelve a pisar el acelerador. Emilio observa su rostro lleno de preocupación y le encantaría poder hacer algo que la ayudase. Qué guapa es. Antes ha sentido un impulso muy fuerte.

Sus ganas de besarla han sido casi inaguantables. Pero ya cometió ese mismo error con Julia hace unos meses. Y de los errores se aprende. ¿Qué está pasando en su corazón? ¿Serán los rescoldos de su relación con Kerstin? ¿Un clavo que saca a otro clavo? Realmente no lo sabe. De lo único que está convencido es de que con Ana no puede ni va a tener nada más que una simple amistad.

—¿Puedes buscar un momento algo en tu móvil? —le pide la periodista—. Escribe en Google la palabra «Rompeolas».

Emilio obedece a Ana, pero, cuando saca su teléfono del bolsillo de la sudadera, lo encuentra apagado.

—Mierda, me he quedado sin batería.

—Toma el mío.

La mujer se detiene en otro semáforo y le pasa su *smartphone* desbloqueado al chico. Este entra en Google y sigue las instrucciones que le ha dado ella.

—Me salen más de dos millones cuatrocientas mil entradas.

—Bien. ¿Hay algún medio o periódico que se llame así en las primeras páginas?

—No encuentro nada —responde Emilio mientras revisa el móvil—. Solo veo locales de copas, una canción de Loquillo, un hotel, una agencia de detectives privados...

—¿En serio? ¿Está muy lejos esa agencia?

—No, a unos veinte minutos de aquí.

—¡Perfecto! ¡Vamos! —exclama Ana, que introduce en el GPS del coche la dirección de la oficina de detectives que aparece en Google.

—¿Piensas que ese Rompeolas puede estar relacionado con la persona que escribió el comentario sobre Viral en Twitter?

—Lo sabremos dentro de poco.

Ana aparca el coche en un *parking* cercano a la calle en la que se encuentra la agencia de detectives. El edificio es un viejo bloque de pisos situado en el centro de la ciudad. La mujer examina el portero automático y pulsa el botoncito del sótano B.

—A ver qué nos encontramos aquí —le dice a su joven amigo mientras esperan—. Seguramente no tenga nada que ver con Viral, pero por probar no perdemos nada.

Nadie responde, así que la periodista insiste de nuevo. En esta ocasión, responde la voz ronca de un hombre.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, buenas tardes. Me gustaría hablar con la persona que regenta esta agencia. Es por un caso que ustedes llevan.

Aunque aquel hombre no dice nada más, la puerta se abre después de sonar un clic. Emilio y Ana entran en el edificio y se dirigen hacia una escalera en la que ven un cartelito, con una flecha hacia abajo dibujada, en el que pone «Agencia de detectives privados Rompeolas». La pareja baja y enseguida da con la puerta del sótano B. No hace falta que toquen el timbre. Un tipo grueso y bajito los recibe. A la periodista enseguida le resulta familiar, pese a que hace un rato llevaba puesto un pasamontañas. Su aspecto y su ropa lo delatan.

—¡Eres uno de ellos! —grita la mujer, que, en lugar de salir huyendo, da un par de pasos hacia adelante—. ¡Eres uno de los que me secuestraron!

—¡Cállate! ¡No grites! ¡Venga, entrad!

El hombre agarra de la mano a un estupefacto Emilio y tira de él hacia el interior del piso. Ana se cuelga justo detrás de su amigo. Aquel lugar es pequeño y oscuro. Apenas cuenta con un mostrador de recepción y un minúsculo despacho, con una mesa, dos sillas y una decoración tan escasa como anticuada. En total, no deben de sumar más de veinte metros cuadrados.

—¿Quién coño eres? —pregunta la mujer, muy enfadada, mientras los tres toman asiento.

—¿Quieres calmarte, por favor? Vas a alertar a los vecinos.

—¿Cómo voy a calmarme? ¡Si esta mañana me has sacado a rastras de mi casa!

—Y aquí estás, sin sufrir daño alguno —dice el hombre, que abre un cajón de la mesa y saca una pistola—. Tranquilos. Ya te lo dije: no soy violento. Es de fogueo.

—¿De fogueo? ¿Bromeas?

El hombre sonrío y le entrega el arma a Ana, que la examina. La mujer no entiende mucho de pistolas y tampoco se fía de aquel tipo. Pero su instinto le dice que, si fuera de verdad, no se la habría entregado para que la revisara.

—Me llamo Norberto Fernández. Soy detective privado y también trabajo para Viral, como ya sabes.

—¿Y cómo es eso? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Hace un par de años, un cliente muy enfadado con la empresa contrató mis servicios y me hizo buscar a Viral. Conseguí encontrarlos. Bueno, en realidad, ellos me encontraron a mí.

—¿Por aquel tuit?

—Exacto. Sabía que ellos tienen controladas las redes sociales y que verían mi comentario, aunque no imaginaba que sería tan fácil contactar con sus jefes.

—¿Contactó con los jefes?

—Bueno, sí. Con uno de ellos. El hombre con el que hablaste esta mañana —dice Norberto mientras saca un paquete de tabaco y se enciende un cigarro—. Un tipo sin escrúpulos, pero que paga muy bien. Me ofreció abandonar a mi cliente, que también había sido el suyo, y comenzar a trabajar para ellos.

—¿Y el cliente no se enfadó contigo?

—¡Claro! ¡Mucho! ¡De vez en cuando me mandan algún anónimo para amenazarme de muerte! Pero estoy con Viral, no me harán nada. Además, ellos tienen mucho que callar y no se van a pegar un tiro en el pie. Yo solo soy un mísero e insignificante peón en una partida de ajedrez de dimensiones desorbitadas.

Cuando Emilio escucha la palabra ajedrez, inmediatamente se acuerda de Julia. Había quedado con ella para explicarle lo que sabía de Viral. Ahora tiene mucho más que contarle. Irá a casa de su abuela en cuanto pueda, como le había dicho.

—Tengo muchas preguntas que hacerle.

—No es posible, cariño. Me tengo que marchar a investigar un caso. Me encanta ser detective privado, pero no me da para pagar las facturas a fin de mes. Ya apenas nos contratan —se lamenta el hombre, que recupera la pistola y la guarda otra vez en el cajón de la mesa—. Solo puedo deciros algo, Ana Rincón y Emilio Viñales. Un pequeño consejo: Viral es una organización muy poderosa. Una periodista de un medio pequeño y un estudiante de segundo de bachillerato no podéis hacerle daño a algo tan grande ni en la uña del dedo gordo de un pie. Alejaos de Jacob y sus locuras. Podéis acabar mal, con gente que no usa pistolas de fogeo, sino de esas que matan. Yo os lo he dejado claro. Ahora vosotros decidís si aceptáis mi consejo o no.

—Una última pregunta: ¿qué hizo mi marido para que le dierais cincuenta mil euros?

—No puedo responderte a eso, encanto.

—Sí que puedes. Por favor, necesito saberlo —suplica Ana—. Prometo que os dejaré en paz. Pero necesito saber por qué tengo en mi casa un sobre con tanto dinero. Me debes una, Norberto. Esta mañana me hiciste

daño en las muñecas cuando me arrastraste al ascensor. Me lo hicisteis pasar realmente mal.

—Tu marido se suicidó por pasta. Le pagamos por ello. Es todo lo que te puedo decir. —El hombre se levanta de la silla para mostrarles la salida del sótano—. Y ahora marchaos. Y seguid mi consejo: nunca más os acerquéis a Viral ni a Jacob.

—Pero...

—Fuera. Por favor. No voy a contarte nada más. Ni puedo ni debo. Adiós.

Tras las últimas palabras de Norberto, Ana y Emilio salen del edificio en silencio y cabizbajos. La pareja regresa al *parking* donde han aparcado el coche.

—Marcos se suicidó por mí, para dejarme el dinero y que yo pudiera solventar las deudas que contrajimos por su culpa —dice la periodista ya en el interior del coche—. Es tremendo, Emi. Tremendo.

—Al menos ya sabemos que no nos quiso matar a ninguno de los que nos encontrábamos en la estación de metro del aeropuerto.

La mujer parece desolada. En silencio, arranca el coche y salen del aparcamiento. Emilio la observa con tristeza. Le da pena y otra vez siente la necesidad de besarla.

—¿Dónde quieres que te lleve? —pregunta Ana, que se da cuenta de que su amigo la mira fijamente—. ¿Qué te pasa? Te veo raro.

—Estoy raro.

—Yo también tengo mal cuerpo. Esto me ha dejado muy tocada —confiesa la mujer, que resopla.

—Voy a ver a Julia. Está en casa de su abuela.

—¡Ah! Muy bien. Así desconectas un poco. Te he hecho pasar un día de lo más extraño. Perdóname, Emi.

—No pasa nada. Lo importante es que te encuentras bien.

Emilio sonrío por fuera mientras que, por dentro, lamenta no tener las agallas de soltarle lo que está sintiendo en ese momento. Le gustaría decirle que puede contar con él para días así y más extraños si cabe. Pero no lo hace. Saca su móvil para avisar a su amiga de que va hacia la casa de su abuela y se reunirá con ella dentro de unos minutos.

—Mierda. Se me olvidaba que no tengo batería en el móvil. No puedo llamarla.

—Toma el mío. ¿Te sabes el número?

—Sí. —Curiosamente, se lo sabe. Se lo aprendió de memoria el día en que Julia se lo dio—. Gracias.

—Salúdala de mi parte —bromea la periodista.

El chico va a marcar el número de Julia, pero se frena en seco. Si llama desde aquel móvil, quedará en su memoria el teléfono personal de su amiga.

Mientras duda sobre lo que debe hacer, en sus narices aparece un mensaje de WhatsApp destinado a Ana. El autor es Omar. El joven del cabello tintado de azul lee lo que el director del periódico le envía a la mujer. Primero para sí; luego, en voz alta:

«Sé que lo has pasado mal hoy con lo del secuestro ese, pero ¿le has hecho ya la puta entrevista al puto Emilio? ¿Y para cuándo la de Julia? ¡Necesitamos la exclusiva ya! ¡A ver si me das una alegría el día de Reyes y me haces el mejor de los regalos! ¡Y no hablo de polvos!».

—Para el coche, por favor —ordena Emilio, que contiene las lágrimas.

—Puedo explicarte lo que...

—¡Que pares el puto coche!

Ana Rincón se echa a un lado y aparca en doble fila. Emilio abre la puerta con el móvil de ella todavía en la otra mano.

—¡Por favor! ¡Escúchame, Emi! Todo empezó cuando descubrimos que vosotros, los que estabais en el metro cuando estalló la bomba que puso mi marido, erais del mismo instituto que Aurora Ríos. ¡Y Julia la chica que ayudó a la policía!

—Me siento estúpido.

—Compréndelo. Tenía la noticia en la mano. Y Omar me pidió que llegara hasta el final a través de ti. Pero luego te he conocido y me he dado cuenta de que...

—Ariadna tenía razón —dice el chico, que sale del coche enrabiado y da un portazo.

—¡No! ¡No! Esa chica está loca. Yo te quiero mucho, Emi. De verdad. Te has convertido en una especie de hermano pequeño para mí.

Pero Emilio no desea oír más excusas. Se da la vuelta y lanza el teléfono con todas sus fuerzas contra el cristal delantero del coche de Ana, que se quiebra en mil pedazos al recibir el impacto. Las piezas del móvil se esparcen por el suelo. Como el corazón de Emilio, que también se ha hecho añicos tras descubrir aquella dolorosa traición de la persona en la que más deseaba confiar.

CAPÍTULO 69

Viernes, 5 de enero de 2018

El inspector jefe Claudio Delgado mira a Jorge Hurón con cara de pocos amigos. Por su culpa, ahora no está con sus dos hijas viendo la cabalgata de Reyes. Además, tenía pensado comprarle algún detalle a su mujer y ya no le dará tiempo. Así que lo que en ese momento siente por aquel tipo es odio y ganas de meterlo en el calabozo, a la espera de que la jueza decida qué hacer con su futuro. Aunque él lo tiene muy claro.

—¿Por qué se iba, Hurón? —le pregunta Delgado. Están en la sala grande de interrogatorios de la comisaría, y Alfonso Cuevas se encuentra a su lado, con los brazos cruzados—. Lo hemos pillado en el aeropuerto, con un billete solo de ida a Ciudad de México. ¿Estaba huyendo por alguna razón?

—Quiero un abogado.

—Me parece muy bien que lo quiera. Lo va a necesitar. Porque sabemos lo que ha pasado. Sabemos que estaba quitándose de en medio y que no tenía intención de regresar.

—No es cierto.

—Sí lo es, Jorge. No había sacado billete de vuelta. ¿O es que pensaba regresar nadando desde el otro lado del mundo? El océano Atlántico no es precisamente tranquilo.

Jorge está sudando como un pollo asándose. Intenta no mirar directamente a Delgado mientras habla. Junta las manos como si fuera a rezar y da golpecitos con ellas en la mesa.

—¿Puedo llamar ya a un abogado?

—Enseguida. Pero antes quiero hacerle un par de preguntas. Si no tiene inconveniente.

—Esto no es legal.

—Lo es, Jorge. Lo es —le asegura sonriente el inspector jefe—. Le diré el motivo de su largo viaje: quería salir del país a toda costa tras el descubrimiento del cadáver de Sergio Martín, su compañero de piso y a quien usted asesinó.

Al chico le cambia la cara por completo al escuchar la acusación de Delgado. Tiene las axilas empapadas de sudor, igual que las manos, que mantiene unidas encima de la mesa. Está incómodo y muy agobiado.

—¿Por qué lo mató, Jorge? ¿Por qué lo hizo?

—Quiero a mi abogado.

—¿Sabe? Fue realmente torpe. Lanzó el cuerpo de Sergio a un pozo con agua. Y eso ha provocado que se conserve lo suficientemente bien como para que nos aporte una información decisiva en este caso.

—Yo no he hecho nada.

—Sí, Jorge. Solo hay que ver cómo está sufriendo. Cómo suda. Está sudando porque sabe que lo hemos pillado. Usted y su amigo, el fallecido Hugo Velero, se encargaron de matar y hacer desaparecer a Sergio Martín.

El chico vuelve a mostrar su sorpresa ante las imputaciones del inspector jefe. Agacha la cabeza y cambia la posición de las manos. Las coloca sobre la nuca y murmura unas palabras que ni Delgado ni Cuevas logran entender.

—¿Qué está diciendo? —le pregunta el inspector, que hasta ahora se había mantenido al margen del interrogatorio—. ¿Puede compartirlo con nosotros?

—Insisto: quiero un abogado. Esto es ilegal. No tienen pruebas.

—¿Que no tenemos pruebas? ¡Mi gente lleva veinticuatro horas sin parar mirando grabaciones de cámaras de seguridad de establecimientos situados entre su piso y la finca en la que lanzaron el cuerpo de Sergio! —exclama eufórico Claudio Delgado—. ¿Y sabe qué hemos encontrado? ¿Lo sabe? ¡Yo se lo diré! ¡Ocho cámaras en las que se ve nítidamente el coche de Hugo! ¡Y, casualmente, en las ocho grabaciones están usted y él en el interior del vehículo! ¡Los dos fueron y regresaron juntos a esa finca en la que, casualmente, apareció el cadáver de Sergio Martín! ¿O no es tanta casualidad?

—No. Yo no...

—¡Le rompió el cuello a Sergio! ¡Lo estranguló sin piedad! ¿Por qué Jorge? ¿Por qué lo hizo?

—¡No! ¡No hice nada!

—Y hace tres días también asesinó a Hugo Velero. ¿Por qué? ¿Para callarlo de una vez por todas? ¿Lo chantajeó? ¿Lo amenazó con revelar lo del asesinato de su compañero de piso? ¿Por qué se cargó también a su cómplice?

—¡No! ¡Joder! ¡No! ¡Yo no maté a Hugo! ¡No fui yo! —grita Jorge, furioso, poniéndose de pie—. Tienen que creerme.

El inspector jefe también se levanta de su silla. Rodea la mesa y se sitúa junto al chico para invitarlo a sentarse de nuevo apoyando las manos en sus anchos hombros. Jorge obedece y rompe a llorar desconsoladamente.

—Yo no he hecho nada... —balbucea el joven mientras se tapa la cara.

—Sí, Jorge. Sí ha hecho. Tenemos las pruebas suficientes que lo demuestran. Usted asesinó a Sergio Martín. No lo puede seguir negando. ¿Por qué no nos cuenta cómo fue?



Domingo, 3 de septiembre de 2017

El final de las vacaciones nunca es fácil. Jorge echará de menos esos días en los que ha estado descansando en la mansión de Javier con sus compañeros de piso. Aunque este año, sin Aretha, no ha sido lo mismo. El recuerdo de la joven que murió hace unos meses en aquel accidente de tráfico les ha pesado mucho a todos. Especialmente a Hugo, que está muy raro en los últimos tiempos. Él y su amigo acaban de regresar al apartamento, y lo han hecho un día antes de lo previsto.

—Voy a darme una ducha y luego me pondré a trabajar —dice Jorge, malhumorado, nada más dejar la maleta en su habitación—. Javier me ha encargado una historia que tenía que haber hecho Sergio.

—¿De qué se trata?

—Hay que viralizar los tuits chungos de un político. Los escribió hace más de tres años, cuando todavía no tenía ningún cargo. Tenemos que despellejarlo y analizar durante una semana las consecuencias.

—Joder, tío. Menuda pesadez.

—Ya ves. Pero, bueno, el jefe manda y parece que han cobrado bien por esto. —Jorge abre la puerta de su habitación—. Te veo en un rato.

El chico del pelo rizado entra en su cuarto y suelta la maleta en una esquina. Se dirige al armario para coger la ropa que va a ponerse tras la

ducha y nota algo extraño. En la segunda balda, la cajita donde guarda dinero y cosas importantes está desplazada hacia el fondo. La alcanza y se sienta con ella en la cama. Su sorpresa es mayúscula cuando descubre que le faltan unos trescientos euros y una fotografía en la que él y Aretha están juntos. Se la hicieron pocos días antes de que ella muriera y le guarda un gran cariño, porque estaba dedicada.

Muy enfadado, Jorge sale de la habitación y escucha como Hugo y Sergio discuten acaloradamente en la cocina. Rápidamente, se dirige hacia allí.

—¡Estás loco! ¡Yo no tengo nada tuyo!

—¡Eres un jodido cleptómano! ¿Dónde tienes el reloj que me regaló mi abuela antes de morir?

—¡Te repito que no lo tengo yo! Lo habrás perdido por ahí. ¡A mí qué me cuentas!

Hugo está rojísimo. Parece que va a explotar. Jorge se acerca y se coloca delante de él para intentar tranquilizarlo e impedir que haga una tontería.

—Tío, cálmate.

—No puedo calmarme. Me ha robado el reloj de mi abuela —dice Hugo, que mira a Sergio lleno de odio—. Ya no puedo aguantarlo más. Es él o yo.

El joven consigue eludir a Jorge y se lanza a por el otro chico. Sergio esquiva el intento de agresión y sale corriendo hacia el salón. Sus dos compañeros de piso van tras él.

—¡Dejadme en paz! Yo no tengo ese reloj.

—¡Sí que lo tienes! Me lo has robado.

—A mí también me falta dinero y una foto —comenta Jorge confuso—. ¿Has sido tú?

Sergio no responde. Se siente acorralado. Mira a su alrededor y de la estantería del salón agarra un trofeo que Duque ganó en una regata de remos.

—O me dejáis en paz o tendré que haceros daño.

—¡Eres un cobarde! ¡Pelea con los puños!

—Tío, ¿me has robado pasta y la foto con Aretha? —insiste Jorge, cada vez más enfadado.

—¡Es un cabrón! —grita Hugo fuera de sí—. No puede seguir viviendo aquí ni un día más. Nos roba las cosas.

Jorge ni siquiera escucha a su amigo. Le duele que aquel tipo le haya quitado el dinero y, sobre todo, que le haya robado la imagen dedicada

por la chica que tanto le gustaba. Sí, sabía que él no tenía ni una sola oportunidad con ella, pero había conseguido relativizar sus sentimientos. Ella era muy importante en su vida y aquella fotografía le hacía tenerla más cerca.

—Sois muy pesados. Yo no tengo vuestras cosas. Aprended a guardarlas mejor y así no se os perderán. ¡Capullos!

Aquellas palabras son definitivas para incrementar el enfado de Jorge. Camina hasta Sergio como si fuera un búfalo embistiendo y, tras esquivar el golpe con el trofeo de Duque, se coloca detrás de él y lo agarra por el cuello. Hugo aprovecha la ocasión y le arrebató el objeto a su compañero de piso. Con él, le atiza en varias ocasiones en el estómago y en las costillas mientras su amigo sigue apretando con fuerza la tráquea del chico. Segundos más tarde, Sergio cae al suelo desplomado.

Es entonces cuando ambos son conscientes de lo que acaba de suceder. Jorge se agacha rápidamente y descubre que no respira. Está muerto.

—Tío, lo he matado. ¡Lo he matado!

—¡Se lo merecía!

—¿Qué dices? ¡Que lo he matado! ¡Soy un asesino! —exclama el chico con los ojos clavados en el rostro inerte de Sergio.

—Él mató a Aretha. Tiene lo que se merecía. Ya está en el infierno —asegura Hugo, que no parece afectado—. Además, nos ha robado y quería pegarnos con ese trasto. ¡Solo nos hemos defendido!

—¡La policía no se lo creerá!

—¿La policía? No vamos a decirle nada a la policía.

—¿Y qué hacemos entonces?

Hugo se sienta en uno de los sillones del salón y se queda pensativo durante unos minutos. Jorge aprovecha para ir al baño a vomitar. Acaba de matar a una persona. Pero ha sido sin querer. No debería haberle apretado el cuello con tanta fuerza.

Mientras se enjuaga la boca, trata de convencerse de que las cosas no están tan mal. Sin embargo, lo están. Están peor que mal. Y con aquello tendrá que cargar durante toda la vida.

—Ya sé qué vamos a hacer —le dice Hugo cuando Jorge regresa al salón—. Lo primero es deshacernos del cuerpo.

—¿Cómo?

—Lo llevaremos en mi coche hasta algún lugar abandonado y lo dejaremos allí. Entre los dos podremos hacerlo sin problema.

—¿Y después? ¿Qué les decimos a nuestros compañeros? ¿Cómo vamos a justificar que...?

—No te preocupes. Yo me encargaré de todo. Lo prepararé de tal manera que parecerá que Sergio se ha marchado voluntariamente — indica Hugo, que no deja de sonreír—. Y no tengas remordimientos de conciencia. Ha sido en defensa propia. Y, si alguna vez esto sale a la luz o se lo tenemos que contar a nuestros amigos, diré que he sido yo el que lo ha matado. No me importa asumir la responsabilidad del asesinato de este cabrón. ¡Reconozco la autoría del crimen! Pero ahora vamos a llevarlo a algún sitio donde nadie pueda encontrarlo.

Sin embargo, pasados cuatro meses, después de que la policía recibiera el mensaje de Marilia, el cadáver de Sergio Martín fue descubierto en el pozo de una finca abandonada a las afueras de la ciudad. Sin aquel anónimo, posiblemente habrían tardado años en dar con él. Quizá ni siquiera habrían averiguado que aquel chico estaba muerto y no se había marchado a Sídney, como decía la nota que, presuntamente, había dejado.

El agua fría del pozo había conservado en buen estado parte del cuerpo; entre ellas, el cuello, que estaba roto. Enseguida descubrieron que unas manos grandes y fuertes lo habían estrangulado. Además, junto al pozo apareció un coletero con cabello rizado enredado en él. El ADN seguro que demostrará a quién pertenece.

Las imágenes de las cámaras de seguridad de aquel domingo, tres de septiembre, terminaron de corroborar la teoría de la policía. Teoría que el propio Jorge Hurón, hundido y derrotado, confesó a Delgado y Cuevas antes incluso de que un abogado se hiciera cargo del caso, mientras la cabalgata de los Reyes Magos recorría aquella parte de la ciudad.

—Muy bien, Jorge. Y ahora, dinos: ¿por qué mataste a Hugo Velero?

CAPÍTULO 70

Viernes, 5 de enero de 2018

Nadie sabe lo que sucede exactamente. Pero el sonido del disparo provoca que la gente que se encuentra en la zona corra alarmada de un lado a otro sin ningún tipo de control. Algunos padres ven como sus hijos pequeños caen al suelo en plena carrera y tienen que regresar a por ellos. Los llevan en brazos, a cuestras, o como buenamente pueden. Todos quieren alejarse de aquel lugar lo antes posible. Eso es lo único que importa en ese instante.

La sangre brota del pecho de Julia, que yace en el suelo. Jonathan camina hasta ella para terminar la faena con un tiro en la frente, otro más en el estómago y uno final en pleno rostro. Ha aprovechado perfectamente las cuatro balas de las que disponía. Misión cumplida. Él ha ganado. Ahora lo meterán en la cárcel de por vida, pero está satisfecho con su venganza.

Sin embargo, cuando vuelve a mirar en dirección a la estación de metro, Julia sigue allí de pie. La muchacha reacciona por fin e intenta alejarse corriendo de aquel mendigo y de su pistola. Afortunadamente para ella, Jonathan no es ningún experto tirador y ha fallado el disparo, aunque la mente obsesiva del preso fugado haya creído que le ha dado en el pecho y que ha podido rematarla en el suelo.

El profesor de Filosofía por fin se da cuenta de su error y sale corriendo detrás de la que fue su alumna. Su imaginación le ha jugado una mala pasada y se maldice por ello. Todavía le quedan tres balas que disparar. Tiene que administrarlas bien y no desperdiciarlas sin más. Así que lo primero que debe hacer es darle caza. Pero, con aquellos ropajes, le cuesta ir rápido.

Julia no mira hacia atrás. Corre lo más deprisa que puede y, al mismo tiempo, intenta contactar visualmente con alguien que pueda

ayudarla. No lo logra. Las personas que se cruzan con ella la observan desconcertadas. No saben lo que está ocurriendo. Lo más probable es que hayan confundido el sonido del disparo con el de un festivo petardo.

¿Cómo estará Jonathan de cerca?

En la calle de al lado escucha mucho ruido. ¡Es la cabalgata! Quizá entre la muchedumbre pueda despistarlo y regresar a la casa de su abuela dando un rodeo.

Se decide por esa idea y corre hacia el gentío, que puede ser su principal aliado. Las aceras están repletas y le cuesta moverse por allí. Esa es buena señal, porque Jona también se encontrará con dificultades para seguirla. A lo mejor ya lo ha despistado, pero le da miedo volverse y toparse con él.

—¡Qué haces! ¡Mira por dónde vas, zarrapastroso! —le grita un señor mayor gordo a Jonathan.

También lo insultan varias personas más cuando tropieza con ellas. Aquella zorra se ha metido en el tumulto. Ha sido muy lista. No podía esperar menos de la estudiante más brillante a la que ha dado clase. La ve correr delante, a unos cuantos metros de distancia. Si se descuida, la perderá de vista y entonces será su fin. Está seguro de que esa es su última oportunidad de saldar la deuda que tiene con Julia Plaza.

¿Y si le dispara? Todavía le quedarán dos balas si falla. Es mejor gastar una a no arriesgarse y que la chica logre escapar.

Si consigue acercarse un poco más, lo intentará.

Empieza a sentirse cansada, pero no puede desfallecer. Si se detiene, está muerta. Nunca imaginó que su vida podría terminar en medio de la cabalgata de Reyes de la ciudad. Piensa en su abuela y en sus padres para sacar fuerzas de donde casi no le quedan. ¿Sabrán ya que no ha quedado con Emilio? En los últimos tiempos ha mentido demasiadas veces. Si sale de esta, promete ser más sincera con la gente que quiere.

Y, entonces, escucha una voz entre la multitud gritando su nombre.

Iván sube por la escalera de la estación de metro convencido de lo que va a hacer. Tiene algo muy importante que decirle a Julia y en ello lleva pensando desde que salió del hospital. Ella tiene que conocer la verdad. Los acontecimientos se han precipitado y en cualquier momento todo se sabrá.

Cuando llega a los últimos escalones de la salida de la estación, escucha un ruido estridente que hace eco. ¿Aquello ha sido un disparo?

El joven entonces ve a Julia inmóvil y, frente a ella, a un mendigo con una pistola. ¿Qué significa aquello? Grita un par de veces el nombre

de su amiga, pero esta no le escucha. La chica corre despavorida y el indigente la persigue. ¿Por qué aquel tipo le ha disparado y ahora va tras ella? No entiende nada, solo que algo muy grave está sucediendo.

¿Viral?

No se lo piensa dos veces y sale corriendo tras ellos. Parece imposible alcanzarlos porque le llevan bastante ventaja, pero tiene que intentarlo. Imagina que su amiga se meterá en algún portal abierto o tratará de pedirle ayuda a alguien. Sin embargo, Julia toma una extraña decisión: se dirige a la derecha, directa hacia la calle por la que, en ese momento, está pasando la cabalgata de Reyes. Por ahí tendrá complicado ir deprisa. Aunque también será difícil para el mendigo. ¿Lo habrá hecho a propósito?

El chico se detiene un instante; se le ha ocurrido algo. ¡Cómo se alegra en ese momento de vivir en aquel barrio y conocer bien la zona! Hay un supermercado en la esquina que tiene doble entrada: se puede acceder por allí y hay otra puerta que da justo a la calle por la que se desplaza el desfile, por donde se supone que irá Julia. En el interior de la tienda de ultramarinos también hay mucha gente; algunos de ellos viendo la cabalgata en la otra puerta del supermercado, bloqueando la salida. Iván se abre camino como puede y finalmente sale afuera, aunque, justo allí, encuentra una fila de varias personas que forman una especie de muro humano casi imposible de rebasar. En ese instante, Julia pasa por delante de él y el joven grita su nombre.

—¡Iván! ¡Cuidado! ¡Es Jonathan Vila! —exclama Julia al ver a su amigo atrapado entre la gente.

El mendigo mira hacia el supermercado y descubre a otro de sus antiguos alumnos. La chica acaba de pronunciar su nombre. ¿Es el momento de usar una de las balas que le quedan? No está muy seguro, pero Iván se encuentra más cerca que Julia y además no se mueve. Quizá si ella oye el disparo y se da cuenta de que le ha pegado un tiro a su amigo, corra hasta él para ayudarlo y le facilite las cosas.

Jonathan da unos pasos hacia delante, apunta en dirección a Iván y dispara.

No le da de milagro, pero la bala impacta en una señora mayor que está al lado del chico. La mujer cae al suelo desplomada y se desata la histeria general. Todo el mundo empieza a empujarse y a correr hacia cualquier dirección. Incluso una banda de música y un grupo de personas disfrazadas de beduinos, que desfilaban por allí en ese momento, rompen el orden de la cabalgata y huyen asustados. También el rey Melchor se ha

bajado de su carroza y ha salido corriendo despavorido, al escuchar el disparo.

Iván se inclina para auxiliar a la mujer.

—¿Dónde le ha dado, señora? —le pregunta, y ella se señala el hombro—. No se preocupe. Se pondrá bien. Ahora tenemos que salir de aquí.

El chico la ayuda a levantarse, pero entonces siente sobre su piel el hierro frío del cañón de una pistola. Jonathan le ha puesto el arma en el cuello.

Julia contempla toda la escena desde el centro de la calle, mientras músicos y personas disfrazadas pasan corriendo a su lado. Ya no puede seguir huyendo. Jonathan Vila está encañonando a Iván.

—¡Julia Plaza! ¡Solo te quiero a ti! ¡Si vienes, lo dejaré marchar!

—¡Julia! ¡No le escuches! ¡Vete! —grita el chico, que le indica con la mano a la mujer herida que se marche—. ¡No se te ocurra acercarte!

—¡Cállate! —El hombre golpea a Iván en el hombro con la culata de la pistola—. O vienes o te juro que lo mato y luego iré a por ti con la bala que me queda en la recámara. ¡Tienes que pagar por todo lo que me has hecho!

La chica no dice nada. Observa la carroza del rey Melchor vacía delante de ella y piensa en que aquel es el peor cinco de enero de su vida. Sin embargo, no se va a achantar. Ya no. No puede tenerle miedo a aquel tipo.

—¡Julia! ¡Te estoy esperando! ¡Voy a contar hasta cinco!

Sabe que habla en serio. Está loco y le disparará a Iván si ella se niega a ir. ¿Qué hace?

Julia se dirige hasta la carroza detenida para ocultarse y ganar algo de tiempo. Pisa decenas de caramelos mientras camina. Si su abuela estuviera allí, se tiraría al suelo a por todos y llenaría la bolsa rápidamente.

Eso es. Se le enciende una bombilla al acordarse de Pilar. Es muy arriesgado, pero podría funcionar. Además, no tiene más opciones. Se la jugará a una sola carta.

La chica se agacha y trata de coger todos los caramelos que le caben en las manos. Cuando termina, sale de su escondite. De nuevo tiene a la vista a Jonathan Vila apuntando a Iván.

—¡Cinco! —grita el profesor de Filosofía.

—¡Espera! ¡Ya voy! —dice la chica. Julia se acerca lentamente a ellos sin perder de vista la mano en la que Jona sostiene la pistola. Todo el

mundo ha salido corriendo, ya no hay nadie a su alrededor.

—¡Vete! ¡Por favor! —le ruega Iván, que espera un error de Jonathan para intentar quitarle el arma.

—Tranquilo. Todo irá bien.

El hombre cambia de objetivo y apunta con la pistola a la chica; por fin la tiene a escasos siete u ocho metros. Julia entonces mira a Iván, le guiña un ojo y, con todas sus fuerzas, lanza los caramelos contra la cara de Jonathan Vila. Primero los de la mano derecha y enseguida los de la izquierda. El profesor de Filosofía no se lo espera y es incapaz de reaccionar tan rápido como lo hace Iván, quien, en un movimiento felino, le lanza una patada a la mano para arrebatarse el arma. La pistola, sin embargo, no cae al suelo y se mantiene en poder del hombre.

—Estúpido niño —dice Jona, molesto por el atrevimiento del chico.

Apunta de nuevo al joven con el arma de fuego y, en aquella calle de la ciudad, por la que desfilaba la cabalgata de Reyes, se escucha el tercer disparo de la tarde. E, instantes después, un cuarto.

Jonathan Vila cae al suelo sin vida, a los pies de Iván, que tiene las manos en la cabeza. Julia y el chico miran hacia la puerta del supermercado y ven a Miguel Ángel con su arma empuñada, jadeante. Es la segunda vez que el sargento de la Guardia Civil aparece a tiempo y salva a su hija de ese hombre. Aquella también será la última, porque el asesino de Aurora Ríos ya no podrá volver a molestarla.

CAPÍTULO 71

Viernes, 5 de enero de 2018

Ya es noche cerrada y, después del caos, todo parece haber vuelto a la calma. Miguel Ángel ha redactado un informe de lo sucedido para sus superiores y Julia e Iván han sido atendidos por los servicios de urgencias, que han comprobado que ninguno de los dos sufría lesiones. El cuerpo de Jonathan Vila ha sido levantado y la ciudad continúa celebrando aquel cinco de enero como si nada hubiese pasado.

—Tu padre es un héroe —le dice Emilio a Julia mientras coloca seis vasos en una bandeja—. Y tiene mucha puntería.

—Por suerte para Iván y para mí, así es. Donde pone el ojo, pone la bala.

La joven sonríe a su amigo, que también se va a quedar a dormir en casa de su abuela y mañana regresarán juntos al pueblo. Han pedido pizzas y refrescos para cenar.

—Últimamente, vivimos al límite.

—Y que lo digas, compañero. No sé qué nuevas desgracias me pueden pasar ya.

—Para mí también ha sido un día horrible —comenta Emilio, que se quita las gafas y las deja sobre la encimera de la cocina para frotarse los ojos—. Hoy he descubierto que Ana Rincón me ha estado utilizando. Quería sonsacarme información sobre Jonathan, Aurora y, especialmente, sobre ti. Ha sido un chasco.

—¿Qué dices? ¿Estás seguro de eso?

—Sí. Completamente.

El chico saca su móvil, entra en WhatsApp y permite que Julia escuche el mensaje de voz que Ana le envió hace un rato.

«Emi, no sabes cuánto lo siento y lo mal que estoy por todo lo que ha pasado. El mundo del periodismo es muy complicado y a veces no somos conscientes de dónde está la frontera entre lo correcto y lo incorrecto. Es cierto que me acerqué a ti buscando información sobre el Asesino de la Brújula y los chicos que formaban parte de aquella terrible historia. No te lo voy a negar. ¡El destino os había puesto en mi camino! Y nuestro periódico es un medio pequeño, que necesita grandes titulares para sobrevivir. Una exclusiva con Emilio Viñales o Julia Plaza nos habría permitido crecer hasta límites insospechados. Pero para eso necesitaba ganarme tu confianza. Sabía que Julia era inaccesible, a no ser que llegara a ella a través de su mejor amigo. Y si no podía llegar a ella, sí podía obtener información de primera mano de ti. Sin embargo, cada día me costaba más hablar contigo y no pensar en lo bajo que estaba cayendo. Por eso le pedí a Omar abandonar la idea que teníamos. Pero, como te he dicho antes, el mundo de los medios de comunicación es muy difícil y el director de *El Pulpo*, que también es la persona de la que estoy enamorada desde hace bastante tiempo, me convenció para continuar con el trabajo que ya había empezado. Y no sabes lo arrepentida que estoy, querido Emi. Te has convertido en alguien muy especial para mí. Un hermano pequeño al que le he cogido mucho cariño. Muchas gracias por todo. De corazón. Solo me queda esperar que me perdones y que este mensaje haya servido de algo. Serás un gran periodista y me encantaría compartir redacción contigo algún día. Te quiero mucho, Emilio Viñales».

—¡Madre mía! Es muy fuerte esto —dice Julia, asombrada por el mensaje de voz de Ana Rincón—. ¿Y qué le has contestado?

El chico le muestra la pantalla del móvil a su amiga. Esta lee en voz baja la respuesta por escrito que Emilio le ha enviado a la periodista.

«Vete a la mierda. Adiós».

A Julia se le escapa una risilla, pero enseguida se da cuenta de que aquel es un tema delicado para Emilio. Parece muy dolido.

—Siento lo que ha pasado. Al menos ha sido sincera contigo y no te ha puesto excusas tontas. Quizá en un par de semanas la perdones y volváis a empezar.

—Dentro de un par de semanas estaré en Estocolmo.

—¿Qué? ¿Te has decidido a regresar?

—Sí. Creo que es lo mejor. Intentaré adaptarme a la nueva situación con Kerstin y trataré de disfrutar de los meses que me quedan en Suecia.

—¡Bien por ti, Emi! —exclama Julia, que se lanza a abrazarlo. Apoya la cara en su hombro y le susurra al oído—: Y esta vez no voy a permitir que nos alejemos tanto.

—Yo tampoco lo voy a consentir.

Los dos están varios segundos abrazados. Cuando se despegan, el joven se pone otra vez las gafas, visiblemente emocionado, y coge la bandeja con los seis vasos. La pareja sale de la cocina y se dirige al comedor, donde Pilar, Miguel Ángel y Aitana charlan alegremente sobre cómo era la cabalgata de los Reyes Magos cuando ellos eran pequeños. Julia, en cambio, se fija en Iván, que está recostado en silencio en uno de los sillones. Parece ausente. Lleva así desde que llegaron a la casa de su abuela. El chico tampoco dice nada durante la cena. Se come tres porciones de pizza y sonríe con algunas de las ocurrencias de Pilar. Julia sabe que algo importante ronda por su cabeza y que seguirá de esa manera hasta que se lo saque de encima.

—¡Y ahora el roscón! —grita Pilar, que parece una niña con zapatos nuevos—. ¿Preparo café?

—Yo esta vez no quiero café —explica Julia, que se pone de pie—. ¿Sabéis qué me apetece mucho para acompañarlo?

—¿Una infusión?

—¡No, abuela! Batido de vainilla.

—¿Y este capricho? No tengo batido de vainilla.

—¡Pues voy a comprar una botella al veinticuatro horas de la esquina! ¿Me acompañas, Iván?

El chico tarda un poco en darse cuenta de que está hablándole a él. Después asiente y se levanta del sillón. Se pone su abrigo y camina junto a Julia, que ya se ha puesto el suyo, hasta la salida del piso. Pilar los sigue con la mirada. Intuye lo que va a pasar y suspira. El amor no siempre es de tonos pastel. A veces sale oscuro y nadie puede pintarlo de otro color.

—Lo del batido de vainilla ha sido una buena excusa —dice Iván ya fuera del edificio. Hace muchísimo frío.

—¿No querías hablar conmigo? Pues ahora tienes la oportunidad.

—Gracias. ¿Nos sentamos?

Los chicos se acercan al parque que hay al final de la calle y se sientan cada uno en un columpio. Están solos, así que Iván se anima a tomar la palabra:

—Sé que crees que soy un monstruo por lo que hago en Viral —suelta, sin andarse con rodeos, mientras se balancea lentamente.

—No pienso que seas un monstruo. Pero no lo entiendo.

—Ya te lo dije: si no lo hacemos nosotros, lo harán otras personas. En el mundo se mueve mucho dinero como para que no haya gente que quiera manejar los hilos. Hay poco margen para la improvisación.

—El dinero no lo es todo en la vida.

—Exacto. Es más una cuestión de poder. Lo que pasa es que el dinero da poder y, al final, no puedes mostrar tu fuerza si no cuentas con el dinero suficiente. Se entiende, ¿no?

—Eso sí lo entiendo, pero no el motivo por el que has entrado en eso.

—Quizá me falten escrúpulos. O no cuente con la suficiente empatía —dice el chico mirando hacia el cielo, que esa noche está despejado—. Creo que los motivos ya son secundarios. El caso es que me metí en esa empresa y empecé a trabajar con ellos viralizando vídeos en YouTube y haciendo que algunos tuits multiplicaran su repercusión. Pero Viral no es solo eso.

—Ya me explicaste lo de los siete pecados capitales. Los siete cometidos que lleváis a cabo —le recuerda Julia, que nota el frío de enero helándole la cara y las manos. Saca unos guantes de lana del bolsillo del abrigo y se los pone—. Es increíble que vosotros podáis hacer lo que hacéis. Controláis las redes sociales a vuestro antojo.

El joven entonces suelta una risa que molesta a Julia. Es una risa de superioridad. Como si considerara que ella es una ingenua que no sabe en qué tipo de sociedad vive.

—¿Por qué te ríes? —le pregunta enfadada.

—Porque ojalá Viral solo consistiera en el control de las redes sociales.

—¿Hay más?

—Mucho más, Julia. ¿Sabes lo que es la *Deep Web*?

—¿*Deep Web*? Sí, he leído algo sobre ese tema —dice la chica intrigada—. Es el Internet que no se ve. El que no se puede encontrar a través de los buscadores convencionales.

—Exactamente. Es eso y mucho más.

—¿Y qué tiene que ver la Internet profunda con lo que estamos hablando?

—Digamos que, en el mundo subterráneo de esa parte de la Red que no se ve, Viral ha adquirido una parcela bastante importante.

Julia intenta comprender lo que Iván le está contando. Cada vez siente más frío, y no es solo porque estén a cero grados.

—¿A qué te refieres?

—A que Viral ha conseguido también mucho poder en ese mundo. Un mundo en el que todo vale. Un mundo en el que no hay ningún límite.

—Me estás asustando, Iván. ¿A qué te dedicas exactamente en Viral?

—¿Yo? A lo que te he contado. Igual que mis compañeros de piso: Duque, Rafa y Jorge.

—¿Y Hugo?

El joven alza la mirada otra vez hacia arriba y se mete las manos en los bolsillos. Cuando habla de nuevo, su tono de voz ha cambiado y Julia lo percibe enseguida. Se ha puesto muy triste de repente.

—Hugo también formaba parte del Viral que viraliza contenidos, pero descubrió que existía otra división, la que lleva Jacob, el hermano de Javier. Y, tras ese descubrimiento, todo cambió.

Julia mira a su amigo a los ojos. Suspira y observa cómo el vaho sale de su boca. Sus dudas están a punto de resolverse.

—Maldito Hugo. ¿Por qué tuvo que ir más allá?

—Lo asesinaste tú, ¿verdad? —le pregunta la chica, llena de miedos, pero con la seguridad de quien lo ha comprendido todo—. Nadie estuvo en vuestro piso aquella madrugada salvo Jorge, Duque y tú. Tú entraste en su habitación y lo mataste. Lo sé. No me puedes engañar. Tal vez lo supe desde el principio, pero no quise creérmelo.

Iván no dice nada. Solo se balancea en el columpio, adelante y atrás. Pero sus ojos lo delatan. Los ojos de una persona nunca engañan, como bien dice su abuela Pilar.

—Contéstame, por favor. ¿Asesinaste tú a Hugo?

—Tienes razón, Julia. Yo lo maté.

La chica agacha la cabeza y suelta otro resoplido. Se agarra las mejillas con las manos enguantadas e intenta conservar la serenidad que ha aparentado hasta el momento. Por dentro, se muere de pena.

—¿Por qué lo hiciste?

—No me quedó más remedio. El martes habíamos discutido, como ya sabes. Una vez más. En diciembre las cosas no habían estado bien entre nosotros y enero había comenzado igual —dice Iván compungido—. Me desperté con el sonido de la puerta de la calle y lo escuché caminar hacia su habitación. Efectivamente, no había nadie más en el piso. Solo Jorge y yo. Me levanté de la cama y fui a hablar con él para intentar aclarar la situación. Pero no estaba en su cuarto. Hugo había ido al baño. Sin embargo, su ordenador sí que estaba encendido y me encontré con algo que no podía dejar pasar por alto.

—¿Qué encontraste?

—Hugo había apostado a que yo moriría. Y eso solo podía significar una cosa: que había planeado matarme.

—¿Qué? ¿Me estás hablando en serio?

Iván asiente. Se levanta del sillín del columpio y se agacha frente a Julia. Se apoya en sus rodillas y continúa explicándose.

—Como te he contado, en la *Deep Web* todo está permitido; las reglas, las leyes... no existen. Y ahora se han puesto de moda, entre otras muchas locuras, lo que llaman «apuestas negras», en las que se apuesta por la muerte de alguien.

—¿Y esa atrocidad la organiza Viral?

—Viral no mata, solo hace de intermediario.

—No me puedo creer lo que me estás contando. Te juro que no me cabe en la cabeza todo esto. Es completamente irreal. Una película de ciencia ficción.

—Pues debes creértelo, Julia. Funciona de la misma manera que una casa de apuestas de esas que ves anunciadas en la tele o cuya publicidad te sale en el ordenador a todas horas. Pero, en este caso, un usuario apuesta contra otros usuarios sobre la muerte de alguien. Además, puedes añadir extras como dónde va a producirse la muerte e incluso por cómo va a ser, por ejemplo. Y, apostando poco dinero, puedes conseguir una gran suma.

El chico le explica cómo funcionan las apuestas negras en la Internet profunda. Un usuario anónimo, al que llaman «iniciador», plantea la muerte de alguien y apuesta una cantidad de dinero a que eso se va a producir. El que quiera jugar lo hará en contra, y debe poner la misma cantidad para participar. Conforme se van añadiendo circunstancias extras de esa posible muerte, las cantidades de dinero van aumentando, de una forma similar a las subidas que se hacen en las partidas de póker. Al final, si el usuario iniciador gana, se lleva todo el dinero. Si la muerte no se produce, como muchas veces ocurre porque en un alto porcentaje se echa atrás en el momento decisivo de matar a la persona señalada, ganan los apostantes, que se reparten el dinero recaudado y reciben un plus que proporcionan unos patrocinadores. Todo el proceso lo gestiona Viral: la búsqueda de patrocinadores, la página en la que se reúnen los usuarios anónimos, la resolución de la apuesta y el pago del dinero a los ganadores.

—¿Cómo sabes todo esto?

—El mismo Hugo me lo contó hace unos días. Lo que me ocultó era que no solo era uno de los intermediarios del Viral de Jacob, sino también un usuario participante. Y, de hecho, iba a convertirse en un iniciador al plantear mi muerte.

—¿Esto lo sabe la policía?

—No. Pero pronto lo sabrá. Les he enviado un *e-mail* con mi confesión. Está programado para mañana a las doce.

—¿Les vas a revelar todo?

—Sí, Julia. No puedo soportarlo más. Está muriendo gente y eso ya es demasiado para mi conciencia.

—Pero te detendrán a ti también. ¡Tú mataste a Hugo!

Iván se muerde los labios y después dibuja una sonrisa, de esas que antes le encantaban a ella. Una sonrisa que le recuerda a cuando se quedaron encerrados en el ascensor de aquel supermercado del pueblo. Tiene la impresión de que han pasado cien años desde aquel día.

—Si tú no me denuncias, no me encontrarán. Lo tengo todo planeado. Esta noche me despediré de mis padres, les diré que me voy a Estados Unidos a estudiar unos meses. Y luego desapareceré.

—¿Desaparecerás? ¿Cómo?

—Eso no te lo puedo decir, Julia. Solo puedo asegurarte que esta será la última vez que nos veamos. A no ser que, antes de mañana a las doce, le cuentes a alguien lo de Viral y que yo he matado a Hugo Velero.

CAPÍTULO 72

Sábado, 6 de enero de 2018

Una vez escuchó decir a su amiga Yi que dormir estaba sobrevalorado. Lo soltó en un descanso entre clase y clase y se quedó tan ancha. Las demás se rieron y se burlaron de ella porque sabían que aquella chica solía dormir una media de nueve horas al día, no menos de diez los fines de semana. Julia, en cambio, piensa justo lo contrario que su amiga de Albacete. Dormir se está convirtiendo en una especie de quimera. En un deseo imposible. A ella le encantaría hacerlo, porque en los últimos días ha ido acumulando un montón de horas de sueño y cada vez nota más el cansancio. Aquella noche de Reyes no ha podido pegar ojo más de una hora y media.

Y es que la charla con Iván, antes de que este se marchara para siempre, no cesa de reproducirse en su cabeza. Hay partes de esa conversación que se le repiten una y otra vez y que conserva prácticamente intactas en su memoria.

—¿Por qué aparecieron las huellas de Duque en el cuchillo y no las tuyas?

—Porque el que encontró la policía no era el cuchillo que utilicé. Lo cambié. Creo que ya se han dado cuenta de eso.

—¿Lo cambiaste?

—Sí. Después de... matar a Hugo..., para mi sorpresa, no estaba tan nervioso como podría imaginar. Quizá porque todavía no era demasiado consciente de lo que acababa de hacer. Entonces me puse a pensar durante unos minutos en el rastro que podía haber dejado y que me podría condenar. Estaba en casa, así que sería uno de los principales

sospechosos. Pero no tenía sangre en la ropa ni en las manos. Sin embargo, el cuchillo de cocina que utilicé seguro que llevaba mis huellas en el mango. Fui muy torpe al no usar guantes para empuñarlo. Pero actué rápido y salió así. Una vez que pasó todo, no sabía si lavando el cuchillo se eliminarían mis huellas completamente. No soy ningún especialista en este tipo de situaciones, como es obvio. Así que decidí cambiarlo para asegurarme.

Iván fue hasta la cocina y cogió un cuchillo del mismo estilo del que había empleado, uno que estaba sobre la encimera. Unos minutos antes, Duque lo había usado para cortar un trozo de queso antes de regresar al hotel junto a Marilia. Esta vez sí lo agarró con un trapo para no dejar sus huellas en él. A continuación, lo llevó hasta el cuarto de Hugo y lo empapó de su sangre. Luego lavó bien el que le había clavado a su compañero de piso y lo colocó entre la cubertería.

—El cuchillo ensangrentado lo dejé en la calle de al lado para que alguien lo encontrara. Sabía que aparecería pronto y que, al no tener mis huellas, la policía me exculparía. Por lo menos durante unos días.

—Pero de esa forma estabas implicando a Duque en el crimen.

—En ese momento, no sabía quién lo había utilizado.

—Si no era él, habría sido cualquiera de tus otros compañeros de piso. El cuchillo lo había usado uno de ellos. Los estabas exponiendo y colocando a todos bajo sospecha.

—Puede ser, Julia. Solo pretendía que la policía no encontrara mis huellas en el cuchillo del crimen. ¿Puse en riesgo a mis compañeros? Así es, como luego se ha demostrado con Duque. Pero fue lo que se me ocurrió esa noche. No fue nada premeditado, ni quería que los chicos terminaran pagando por algo que no habían hecho. Simplemente, necesitaba ganar tiempo para ver cómo podía escapar del jaleo en el que me había metido.

La policía pensó en un primer momento que el cuchillo que encontró el indigente era el que se había utilizado para asesinar a Hugo Velero. Sin embargo, una prueba concluyente determinó, con total seguridad, que aquella no era el arma homicida, sino una muy parecida. Las cuatro heridas encontradas en el cuerpo de la víctima no concordaban exactamente con la curvatura de la hoja del cuchillo que apareció en primer lugar. El laboratorio de la Policía Científica lo había confirmado en un noventa y nueve por ciento. Una pequeña tara, casi inapreciable, en la sierra de aquel objeto era la responsable.

—Seguro que a Duque lo dejan libre pronto. No tienen nada contra él —indica Iván, que ha vuelto a sentarse en el columpio.

Julia lo mira angustiada. Realmente, está sentada al lado de un asesino. Pero, si actuó de esa forma, solo fue para impedir que Hugo lo matara a él. Ese debería de ser un motivo suficiente para justificar lo que hizo. Sin embargo, no termina de verlo del todo claro.

—¿Por qué me llamaste? ¿Yo te podía servir de coartada?

—No, te llamé porque necesitaba estar con alguien —reconoce el chico—. Bueno, en realidad, necesitaba estar contigo.

—Iván. Eso es...

—Es la verdad, Julia. Estabas cerca, en la casa de tu abuela. Y, a pesar de nuestras idas y venidas, siempre he sentido algo muy fuerte por ti. Eras la única persona en la que pensaba en ese instante. Te necesitaba a mi lado.

La joven trata de que aquellas palabras no la afecten ni la conmuevan. No quiere volver a caer en las redes de aquel chico. Con él nunca se sabe hasta qué punto la verdad es verdad y la mentira es mentira.

—¿Dejaste el cuchillo en la calle de al lado cuando saliste del edificio para esperarme? —pregunta Julia intentando alejarse de lo que está sintiendo—. Aprovechaste ese momento, ¿verdad?

—Sí. Después de deshacerme del cuchillo, me puse muy nervioso. Ahí se me vino el mundo encima y me puse a llorar como un niño. Empecé a darme cuenta de las consecuencias que tendría lo que había hecho. Me derrumbé. Solo conseguí tranquilizarme cuando te vi llegar.

Tres suaves toques de nudillos en la puerta de su habitación hacen que Julia regrese a la realidad. Pilar pregunta en voz baja si puede entrar. La chica se levanta y le abre a su abuela.

—¿Desde cuándo estás despierta, querida?

—No lo sé. Quizá desde hace tres o cuatro horas.

La mujer se fija entonces en la mesa del cuarto, ve el puzle de cristal y suelta un grito de emoción.

—¡Oh! ¡Lo has terminado!

—Sí, no quería regresar al pueblo sin acabarlo. Es muy bonito.

—Precioso. Enhorabuena. Estoy orgullosa de ti.

Abuela y nieta se quedan en silencio admirando la figura de la chica, que tiene la cabeza inclinada hacia abajo y los ojos cerrados.

—Se parece un poco a ti, ¿verdad? —dice Pilar sonriente.

—Ella tiene el pelo un poco más largo.

—Quizá. Pero no mucho más. Si no te lo cortas en un tiempo, lo podrás tener igual que esa joven.

—No voy a aguantar tanto. Echo de menos mi pelo cortito.

—Pues ya sabes: ve a la peluquería y que te hagan lo de antes. Debes lucir como tú te sientas más cómoda, querida —le recomienda la mujer mientras se acerca al puzle—. Bueno, ahora toca deshacerlo otra vez.

—¿Qué? ¿Ya? ¡Con lo que me ha costado! —exclama Julia decepcionada—. Al menos déjame que le haga una foto.

—Claro. Adelante.

La chica coge su móvil y fotografía varias veces aquel puzle de cristal que tan buenos momentos le ha hecho pasar y tanto la ha desesperado en estos días que ha vivido en casa de su abuela. Cuando termina, ayuda a Pilar a guardarlo otra vez en su caja. Mientras lo recogen, con toda la delicadeza del mundo, se da cuenta de lo bien que se encuentra. Mucho mejor que cuando llegó el martes a la ciudad. Y, a pesar de todo lo que ha experimentado en esos días de enero, ya no se siente frágil como las piezas de cristal de aquel puzle.

—Muchas gracias, abuela. Por... por todo. Me has ayudado mucho.

—De nada, querida. Para mí ha sido un placer.

—Es como si fuera otra persona. Siento que me he recuperado y que vuelvo a tener ganas de reírme.

—Eso es muy cursi pero muy bonito, querida.

—¡Abuela! —grita Julia. Su enfado es fingido, y lo demuestra con una nueva sonrisa—. En serio, muchas gracias.

—Para eso estamos las abuelas. Feliz día de Reyes, cariño.

La chica se alegra de poder estar con Pilar y con su familia en un día tan señalado. Al final, es una afortunada. No todo el mundo puede pasar el día de Reyes con sus seres queridos. Entonces se acuerda de alguien que seguro que no lo está pasando tan bien. Alguien a quien ni siquiera ha podido comprarle un pequeño regalo.

—Abuela, ¿te puedo pedir un favor enorme?

Son las nueve de la mañana y Julia entra corriendo en el metro. Delante de esa misma estación, el día anterior, Jonathan Vila le disparó y casi acaba con su vida. Ahora le parece un recuerdo lejano e irreal.

Sus padres y Emilio todavía dormían cuando ha salido del piso de Pilar. La mujer ha insistido en que se tomara una infusión y un trozo de roscón antes de salir. Y ella le ha prometido que volvería antes de las doce. Tenía que hacer lo que sentía.

El vagón en el que viaja va casi vacío. Se recuesta contra una de las ventanas y cierra los ojos. Una vez más, aparecen Iván, los columpios y la fría noche de enero en la que él le dijo adiós. A las doce, la policía lo sabrá todo. Viral tiene las horas contadas, así como los dos jefes de la organización y todos los que trabajan para ellos.

—Sé que no me vas a echar de menos, pero me conformo con haberte visto por última vez.

—¿De verdad vas a desaparecer para siempre?

—Sí, de verdad. Cuando el *e-mail* le llegue a Claudio Delgado, las fichas del dominó irán cayendo una a una y se llevará a todos por delante, en cascada. No solo la policía vendrá a por mí, también la gente a la que voy a delatar.

—Estarán en la cárcel.

—Ese no será ningún impedimento para ellos. Desde las doce de la mañana mi vida correrá peligro. Tengo que anticiparme.

La joven comprende lo que Iván le dice. Y, en cierta manera, se alegra de que se ponga a buen recaudo para que nadie lo encuentre.

—No hay marcha atrás, ¿no? Este es el final —dice Julia, que se baja del columpio.

—Sí. No es el final feliz que había soñado, pero es un final bonito.

—¿Bonito? No sé qué ves de bonito en esta despedida.

—Columpios. Noche estrellada. Navidad. Ninguno de los dos ha muerto... ¡No me digas que esto no es bonito! —dice el chico, que abre los brazos y suelta una carcajada—. Solo falta el beso.

Y, tras bajarse del sillín en el que se balanceaba, se acerca a su amiga, que permanece inmóvil, expectante y algo temblorosa. Se coloca frente a ella y le da un beso. Un bonito y tierno beso en la frente.

—Hasta siempre, Julia Plaza —le dice Iván con lágrimas en los ojos, pero sin perder la sonrisa. Se vuelve y desaparece caminando despacio,

bajo las relucientes luces de Navidad.

La chica abre los ojos cuando el metro llega a su parada. Se baja del vagón y sale a la calle. Está nublado y hace el mismo frío que ayer por la noche, incluso un poco más. A lo mejor hasta nieva.

Camina hasta llegar a un gran edificio blanco que visitó hace un par de días. Ya no hay coches patrulla de la policía aparcados en la puerta y, en el interior del hospital, se respira cierta calma. Saluda a la mujer que está en el mostrador y sube por el ascensor hasta la tercera planta. El largo pasillo esa mañana está prácticamente vacío.

Julia suspira antes de llamar a la 327. Le ha pedido a la madre de Vanesa que no le diga que la va a visitar. Cuando escucha la voz de su amiga darle permiso para pasar, se esfuerza por mostrar la mejor de sus sonrisas, la que ella se merece, y entra en la habitación.

—¡Sorpresa! ¡Feliz día de Reyes! —exclama Julia, que corre hasta la cama donde su amiga ya está llorando de alegría.

—¡Dios! ¡Creía que eras mi madre! ¡Has venido a verme!

—¡Sí! ¡No pensarías que te habías librado de mí! Tu madre vendrá dentro de un rato. Acabo de hablar con ella.

—¡Joder! ¡Muchas gracias! ¡Qué ilusión!

Las dos chicas se abrazan emocionadas, hasta que Vanesa se queja de la espalda. Se separan y la joven se percata de un paquete, envuelto en papel de regalo, que Julia ha dejado sobre el colchón.

—Es para ti.

—¿En serio? Yo no tengo ningún regalo.

—No te preocupes. Ábrelo.

—¿Qué es?

—Ahora lo sabrás, impaciente.

Vanesa quita sin ningún cuidado el papel de regalo y se encuentra con una caja negra que pesa bastante. Le quita la tapadera y se queda sorprendida con lo que hay en su interior.

—¿Son piezas de un puzle? ¿De cristal?

—Exacto. Lee la nota que hay dentro.

La chica ve un papelito en el interior de la caja, lo coge y lee en voz alta lo que su amiga le ha escrito en él.

—«Esto es un puzle de cristal. Cuando lo termines, descubrirás que es casi tan bonito como tú. Eso sí, solo tiene validez por un año. Al

acabarlo, deberás devolvérselo a su dueña y canjearlo por una cena en el lugar que quieras (máximo, treinta euros por persona, que nos conocemos). Feliz día de Reyes. Espero que recuperemos la normalidad cuanto antes. Te quiero mucho».

Vanesa lee las últimas palabras entre lágrimas. Vuelven a abrazarse y lloran juntas, liberando las tensiones a las que las dos se han enfrentado en los últimos días.

La chica deja a un lado el regalo y alcanza un táper de plástico que tiene en una repisa, junto a la ventana de la habitación.

—Tengo roscón de Reyes, ¿quieres?

—¡No! ¡Más roscón, no!

—Está muy bueno.

—Todo para ti. Estoy a un mordisco de empezar a odiarlo.

—Tú te lo pierdes —dice Vanesa, que corta un trozo y empieza a comérselo—. ¿Cómo va todo fuera del hospital?

Julia entonces se pone seria. Le cuenta lo de Jonathan Vila y la persecución de ayer en el desfile de la cabalgata, que terminó con su padre disparando al que fue profesor de Filosofía de ambas.

—Nos libró a Iván y a mí de ese loco —concluye su relato la chica. Le tiemblan las rodillas solo de recordarlo.

—¿Iván? Vino ayer a visitarme. Me sorprendió. Hacía mucho que no lo veía.

—Lo sé, Vane. Me lo dijo. Y..., bueno..., él... parece que...

—Se ha ido finalmente, ¿verdad?

—Eso parece. ¿Te contó a ti algo?

—Bueno, se desahogó bastante conmigo. Aunque le prometí que no te diría nada. Es muy fuerte lo que ha vivido.

—Me lo confesó todo por la noche, Vane. Estuvimos hablando un buen rato. Sinceramente, no sé qué pensar.

—Lo hizo por amor, Julia. No lo culpes.

—¿Por amor? ¿Qué hizo por amor?

—Lo de Hugo. Me lo explicó todo entre lágrimas. Y, si te soy sincera, no lo juzgo. Si la persona de la que me he enamorado estuviera en peligro, yo hubiera hecho lo mismo. Tuvo muchas agallas.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres? —pregunta Julia muy confusa.

—A lo de la apuesta que hizo su compañero de piso. No me digas que no sabes eso y he metido la pata...

—Claro que lo sé. Hugo apostó a que Iván moriría y por eso lo tuvo que... matar.

—¿Qué? ¡Eso no fue lo que sucedió! —grita Vanesa, que siente un pinchazo en la espalda al alterarse y realizar un movimiento brusco. Cuando el dolor remite por fin, vuelve a hablar—: A lo que Hugo apostó en esa especie de casa de los horrores digital fue a que tú morirías, Julia. Iván te salvó la vida.

EPÍLOGO

Martes, 19 de febrero de 2019

El autobús se detiene en la última parada del pueblo y las dos amigas se bajan deseosas de llegar a su casa cuanto antes. Son más de las tres de la tarde. Están cansadas y hambrientas, pero también contentas y satisfechas. Ambas han elegido la carrera que querían al acabar el instituto, aunque cada día tengan que sumar más de dos horas y media en ir y volver de la universidad. Ya han pensado que el año que viene compartirán piso en la ciudad.

—Hasta mañana, Yi.

—Adiós, Julia. Luego te llamo si tengo alguna duda, que no me he enterado muy bien de lo que tengo que hacer en el trabajo de Psicología Criminal.

—¡Pero si es muy fácil!

—¡Fácil para ti! Para el resto de los mortales, te aseguro que no lo es.

—¡Exagerada! ¡Hablamos después! ¡Adiós!

Las chicas se despiden y cada una toma un camino diferente. Julia jamás pensó que Yi Lin elegiría estudiar Criminología como ella. ¡Además han coincidido en la misma clase de primero! Sobre todo al principio, le vino muy bien tener a una persona conocida al lado. Los comienzos nunca son fáciles, así que las dos se apoyaron mucho en esos días en los que todavía no conocían a nadie en la facultad. Aunque enseguida hicieron nuevos amigos y se adaptaron a la dinámica de la universidad.

El paseo desde la parada del bus hasta su casa le sirve a Julia para repasar mentalmente todo lo que tiene que hacer para el día siguiente. Sin embargo, en esta ocasión una llamada de teléfono de un número desconocido irrumpe en mitad del recorrido.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Te acuerdas de mí?

Aquella voz es inconfundible. La chica se detiene y siente como si el tiempo no hubiera pasado. Hace más de un año que no lo ve ni sabe nada de él. Para ser concretos, trece meses y catorce días. Cada vez que hallan un cuerpo sin vida y sin identificar en cualquier parte del mundo, se pregunta si será el de Iván. Está tan asombrada que apenas le sale la voz y las ideas se le amontonan.

—Claro que me acuerdo. ¿Dónde estás?

—No te lo puedo decir, Julia.

—Entiendo. ¿Has llamado a tus padres? Están muy preocupados por ti.

Alguna vez se los ha cruzado por el pueblo y le han preguntado si sabía algo de su hijo. Ella siempre tenía que decirles que no, y ellos, sin que Julia supiera muy bien por qué, le daban las gracias. Sus padres son los que más están sufriendo la desaparición de Iván y no pierden la esperanza de que algún día regrese a casa.

—Sí, he hablado con ellos.

—¿Vas a volver?

—No puedo contarte nada. Simplemente me he puesto en contacto contigo para que sepas que estoy bien. Por si alguna vez en este último año te lo habías planteado.

—Sí, me lo he planteado —responde la joven, que sigue sin creerse que Iván esté al otro lado del teléfono—. Y tengo una pregunta que hacerte.

—Dime rápido. No dispongo de tiempo.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué no me contaste que Hugo, en realidad, había apostado a que la que moriría era yo?

La chica se queda sin su respuesta. La llamada con Iván ha concluido. Durante unos minutos espera que vuelva a contactar con ella, pero no lo hace. El joven que le salvó la vida ha desaparecido otra vez. ¿Hasta cuándo?

Enfadada, molesta y resignada retoma el camino hacia su casa. ¡Cómo se arrepiente de no haber estado más rápida y ágil en sus preguntas! El caso de Viral le dejó muchas dudas.

El seis de enero del año pasado, el inspector jefe Delgado recibió un *e-mail* en el que un anónimo le contaba una trama muy extraña en relación con una organización criminal que operaba en las redes sociales y en la *Deep Web*. Tras varios meses de investigación, fueron detenidos Javier, Rafa y Duque. También Norberto Fernández, el detective privado que colaboraba con la empresa, y otras personas asociadas que actuaban

de intermediarios en las llamadas apuestas negras y otros entretenimientos del mismo estilo que Viral ofrecía en la Internet profunda. Los únicos que permanecen en paradero desconocido son Iván y Jacob, a los que la policía busca desde aquel día. El proceso judicial continúa abierto y todavía no han dado el sumario por concluido.

Por otra parte, el caso de Jorge Hurón sí quedó visto para sentencia en octubre. El joven del cabello rizado ha sido condenado a doce años de cárcel por el homicidio de Sergio Martín.

Sin embargo, el crimen de Hugo Velero continúa siendo una incógnita para la policía. Encontraron el cuchillo con el que se cometió el asesinato, pero sin huellas con las que poder acusar a ninguno de los chicos que vivían en el piso. Delgado y Cuevas sospecharon de Iván Pardo, pero, al ser incapaces de localizarlo y, por tanto, de interrogarlo, tampoco pudieron determinar si él había sido el responsable de la muerte de su compañero de piso. Así que, más de un año después, el caso sigue sin resolverse.

Julia está a punto de llegar a su calle cuando recibe un WhatsApp.

«¿Tienes planes para esta tarde? No me apetece ir a clase».

Desde que Emilio regresó de Suecia, al terminar el instituto, no ha pasado ni un solo día en el que no hayan hablado o quedado para hacer cualquier cosa. Hasta se fueron juntos unos días el verano pasado. El chico, que se ha operado de la vista y ya no usa gafas, está estudiando Periodismo en la ciudad. Cursa el turno de tarde y vive con sus padres en el pueblo otra vez. Le costó bastante regresar a casa y las discusiones familiares han vuelto, aunque con mucha menos intensidad que en la época en la que se llevaban tan mal. El curso que viene posiblemente lo hará fuera, en algún país europeo. No ha querido saber nada más de Ana Rincón, aunque ella estuvo insistiendo para que la perdonase.

«Tengo que hacer un trabajo de clase. Pero, si te apetece, podemos ir a la plaza a tomar un café».

Emilio acepta la propuesta de Julia y quedan a las seis.

Los últimos meses que pasó en Estocolmo no fueron fáciles para él. Kerstin no cambió de idea y jamás volvieron a estar juntos. Compartieron grupo de amigos, clase e incluso trabajos, pero nunca más se dieron un beso o se plantearon salir otra vez. Ahora sabe que le gusta una

compañera de la universidad, aunque todavía no se ha atrevido a decirle nada. Por otra parte, Julia y él han recuperado la confianza que existía entre ellos antes de marcharse a Suecia. Se lo cuentan casi todo y están al día de los sentimientos de cada uno. Emilio fue vital para Julia cuando su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados y se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Normalmente, a esa hora está hambrienta. Sin embargo, desde hace un rato tiene el estómago cerrado y es muy consciente del motivo: la llamada de Iván. ¿Desde dónde se habrá puesto en contacto con ella? Por lo menos sabe que se encuentra bien, después de tanto tiempo sin dar señales de vida.

Cuando llega a la esquina de su calle observa a dos chicas sentadas en el escalón de la puerta de su casa. Al verla, ambas se ponen de pie y se sacuden el pantalón.

—¿Qué hacéis aquí?

—Esperarte, ¿qué vamos a hacer? —dice la más alta de ellas, que camina hasta Julia y le da un abrazo—. Tu madre no me ha dejado fumar dentro.

Aunque fue interrogada varias veces por la policía, Marilia se ha librado de cualquier tipo de acusación relacionada con Viral o con la muerte de Sergio Martín. La estudiante de Veterinaria finalmente cortó su relación con Fran Duque y ahora sale con un azafato de vuelo que conoció el pasado verano en un viaje a Milán. Su amistad con Julia ha crecido. A menudo se acerca al pueblo para verla o acude a la casa de Pilar, para estar con la abuela y con la nieta, cada vez que la chica visita a la anciana en la ciudad. Desde comienzos del año pasado, no prueba ni una gota de alcohol.

—La forense nos ha echado —comenta Vanesa, que parece divertirse con la situación.

—¿En serio? ¿Aitana se ha atrevido a mandaros a la calle?

—Exacto. ¿Te lo puedes creer?

Julia suelta una carcajada y después abraza a Vane. Pero ninguna de las dos se conforma con aquel simple abrazo. Se miran a los ojos y se dan un beso en los labios. Ahora ya no tienen pudor de hacerlo en plena calle.

—¡Ohhhh! ¡Qué bonito! ¡Es que formáis la pareja perfecta! —grita Marilia con los ojos brillantes—. ¡Cuánto amor!

Las dos sonríen y vuelven a darse otro beso, este más cortito. Después, las tres caminan hacia el interior de la casa de Julia, que saluda rápidamente a su madre y sube con las chicas a su habitación.

—¿Sabéis quién me ha llamado mientras venía hacia aquí? —dice la joven tras cerrar la puerta de su cuarto.

—¿Iván Pardo? —pregunta Marilia.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé. Es el primer nombre que me ha venido a la cabeza. ¿He acertado?

—Sí. ¿Desde cuándo lees la mente?

—Desde hace menos de un minuto. ¿Qué quería? ¿Está bien?

—Parece que sí. Solo he podido hablar con él unos segundos — explica Julia, que mira a su novia preocupada—. Pero no me ha dicho dónde está ni qué ha hecho durante estos meses. ¿Qué pensáis?

Vanesa la agarra sensualmente por la cintura y después mira hacia la pared.

—Pienso que deberías quitar el póster de Magnus de una vez por todas.

—Eso nunca. A ti te quiero mucho, pero a él lo venero. Es como un dios para mí. Ya lo sabes, cariño.

Marilia se ríe con la respuesta que Julia le da a Vane y, a continuación, también lo hacen las otras dos chicas. Las tres parecen muy felices porque ninguna sospecha lo que se les viene encima. Y es que un nuevo caso de asesinato está a punto de sacudir sus vidas.

El juego ya ha comenzado.

AGRADECIMIENTOS

Este es mi libro número doce publicado. ¿No os parece increíble? Hace nada, me hacía innumerables preguntas sobre mi futuro, tan incierto como descorazonador. Qué perdido andaba por aquel entonces. Sin embargo, nunca me di por vencido. No hay que rendirse jamás, porque la vida te dará una oportunidad tarde o temprano. Y, cuando esta se presente, te tienes que lanzar sin miedo a por ella. Con esfuerzo, ilusión y mucho trabajo puedes conseguirlo. Te lo aseguro.

Es más fácil llegar a la meta si cuentas con el respaldo familiar que yo he tenido siempre. Mis padres, en los buenos y en los malos momentos, han estado a mi lado. Por eso cada uno de mis libros está dedicado a ellos. El tiempo pasa y las circunstancias van cambiando. A veces, toca respirar hondo y buscar el lado positivo de las cosas, que, en ocasiones, es tan pequeño que necesitas escarbar hasta las zonas abisales de tu corazón para encontrarlo. Pero estoy convencido de que esa parte buena existe en todas las experiencias que vives. Y llega un día en el que haces recuento y descubres que no estás tan mal como pensabas. Así que gracias, papá, mamá, por todo. Porque la suma de lo que he vivido a vuestro lado, aun estando a más de seiscientos kilómetros, da como resultado lo que hoy soy. Y es para que los tres estemos muy orgullosos. En este conjunto de emociones meto también a mi hermana María. Los cuatro formamos un extraño equipo, repleto de diferencias y de semejanzas, que resiste y se supera. Al final, lo tengo más que comprobado, lo más importante es quererse. Y yo os quiero mucho.

Le escribí una vez a Ester que era algo así como mi ojito derecho. Creo que eso se queda muy corto ahora mismo. Tú me ayudas a ver la vida en toda su plenitud. A izquierda y a derecha. Por el centro. En tres planos. No concibo un solo día sin ti. Me he bien acostumbrado a tenernos. A respirar el mismo aire. A pensar distinto, para querernos igual. O más. A emocionarnos por lo que parece insignificante y hacer

natural lo que suena y parece extraordinario. Lo más bonito y auténtico es que somos dos personas normales, que se dedican a fabricar estrellas e ilusiones. Y que nos reímos y sonreímos después de cada viaje. Después de cada beso. Después de cada discusión. A tu lado no dudo. Ni dudaré. Una excepción sin reglas. Un quererse sin matices. Y la historia continúa abierta, con mucho escrito y mucho por escribir.

Los últimos meses están siendo muy complicados para gran parte de mi familia. Tito Mario, eres la persona más fuerte que conozco y tienes que recuperarte plenamente para venir conmigo a Carmona y hacernos la foto debajo del rótulo que lleva el seudónimo con el que escribo mis libros. Fuerza para ti y para la tita Loli, tus hermanas y tus sobrinos. Cada día me dais una lección de unión y solidaridad. También fuerza y ánimo para mi tío Lolo y toda su familia. El 2019 espero que sea mejor para todos. La salud es lo más importante que existe. Y salud que tampoco le falte a la familia de Ester, ni a mis amigos. ¡Os quiero a todos sanos y salvos!

Este giro que he dado en mi carrera como autor no habría tenido éxito, ni habría sido posible, sin la confianza, el apoyo y el trabajo incansable de las personas que forman parte de la Editorial Planeta. Puri, Raquel, Isa, Lolita, Silvia, Laia, Laura Franch, Belén, Lidia, Javier, María, Zoa, Vanesa, David, Marisol, Sergi, Marc, Carlos, Paco, Fátima, Ana, Carmen, Laura Verdura... (siempre se me olvida nombrar a alguien, perdón), millones de gracias. Es bonito sentirse querido y respaldado por la gente con la que trabajas. Y siempre lo digo: sin ese trato personal tan bueno que tengo con todos vosotros, esto no habría funcionado o habría funcionado peor. Porque cada vez somos más exigentes (me parece que es la mejor manera de seguir progresando, mejorando y aprendiendo) y, sin esa confianza y el trabajo riguroso que hacemos, la presión nos habría devorado. Nada sería igual.

Gracias también a mi querida Raquel de la Morena por seguir corrigiéndome y dándome caña y enhorabuena por tus éxitos. Y, por supuesto, mi más sincero agradecimiento para todos los comerciales de la editorial, que tan bien tratan mis novelas, y para la gente de Booket, de Columna Edicions y de labutxaca. Es un lujo formar parte de este gran equipo de profesionales y aportar mi granito de arena.

¡DeA Planeta Italia, allá voy!

Quiero hacer una especial mención a todos los que trabajáis en las diferentes delegaciones de Planeta en Latinoamérica; sobre todo a los que habéis logrado que Ester y yo nos sintamos como en casa en la última gira

de firmas. Es increíble lo bien que trabajáis. Felicidades. Chile, adiós a la espinita que tenía clavada con vosotros. Sin duda, volveremos siempre que queráis que regresemos.

Dicen que es difícil que alguien sea profeta en su tierra. Sin embargo, en mi caso tengo razones para afirmar lo contrario. Y no puedo estar más orgulloso de gritar muy alto que soy carmonense y que el Auditorio de la Juventud de mi ciudad lleva «Blue Jeans» rotulado en la entrada. El día del acto fue especial y todavía no termino de asimilarlo. Gracias a todos los que lo hicisteis posible y, en especial, a mi amigo Manuel Jesús Rodríguez González, el artífice de la idea. Estoy muy agradecido a Carmona por el reconocimiento y espero que esto sirva para que muchos jóvenes se den cuenta de que, si luchas por un sueño, puede hacerse realidad. A mí me sucedió y soy una persona normal y corriente, como ellos. Ojalá muchos chavales carmonenses escriban libros, pinten cuadros, den conciertos, actúen en películas, curen a enfermos... Sean lo que quieran ser y lleguen a la meta que se planteen. Sea cual sea. No soy ejemplo de nada, pero mi caso sí lo es.

El mundo del libro me ha dado muchos amigos del sector a los que respeto y admiro. Es fascinante compartir un día de firma con Javier Castillo o Megan Maxwell, tener un grupo de WhatsApp con Carlos G. Miranda y Piñol, bromear en Twitter con Loureiro, quedar con Andrea Izquierdo o Iria G. Parente, esperar una maleta en el aeropuerto con Marwan o charlar en un encuentro improvisado en el centro de Madrid con Javier Sierra. No sé qué pensarán ellos de mis libros y de mí, pero yo a todos los escritores los valoro al máximo porque sé lo difícil que es rellenar una página en blanco. A aquellos que escribís literatura juvenil, ánimo y nunca os detengáis. Formamos y creamos lectores. Y unidos somos mucho más fuertes. Digan lo que digan, pese a quien le pese.

Cada año organizo un juego en Twitter para que unos cuantos de vosotros aparezcáis en los agradecimientos del libro en representación de los lectores y de los que apoyáis desde las redes sociales. En esta novela, los elegidos son: Carla Cañete, Ana Rastrojo, Paula Arenas, Melissa Sánchez, Esmeralda Gómez, Grecia Josedt Castañeda, Angela Aguilar, Nayara Céspedes, Rocío Cabreja, Francesc Sánchez, Leonel Santiesteban, Lourdes Vargas, Azul Naon, Gala Solís, Krishna Díaz, Yarina Alonso, Guadalupe Cid, Violeta Sánchez, Rocio Moyano y Maria Serrano. Millones de gracias a los que cada día dedicáis un ratito a mandarme un mensaje, a escribirme un tuit o un comentario en Instagram o Facebook. Lo leo absolutamente todo. En diez años no se me ha escapado nada.

Aunque es imposible responder a cada persona. Sois la parte más importante de esta historia y eso no cambiará jamás.

Gracias también a todos los grupos que habéis formado y que están relacionados con mis novelas: Afortunados de Blue, Sexgus, Clásicas, Cine y Merienda con EyB, Bluejeaners con Arte, Bluecitas, los clubs de fans, a Irene Contenta... Gracias, Ejército Azul.

También me acuerdo siempre en los agradecimientos de los chicos que trabajan en la cafetería de Callao en la que escribo. ¡Sois los mejores baristas de toda España! Bea, Jesús, Deis, Veredas, Paola, Juani, Yannery, Crispulo, Jorge, Noe, Janet, Laura, Meri, Susana, Silva... A todos, mil gracias. Son muchos años yendo allí y, gracias a vosotros, me siento muy a gusto entre letras y cafés.

Dicen que estamos locos de la cabeza...

Por último, predicar mi devoción hacia las librerías y las bibliotecas. Gracias por lo que hacéis por los autores y por cuidar de nuestras historias. Hay pocas cosas mejores en el universo que un libro y, sin vuestra ayuda, los escritores no existiríamos. Ojalá me lleven a visitar muchas con esta nueva novela.

Espero que os haya gustado *El puzle de cristal*. Ha sido un trabajo arduo de muchos meses y grandes quebraderos de cabeza. Siento que he dado un paso más hacia adelante, pero esa es solo mi percepción. Todas las opiniones serán bien recibidas y respetadas. Nos vemos en las redes sociales y... en la tercera parte de *La chica invisible*. Pronto. En menos de lo que imaginas.

QUERIDA LECTORA, QUERIDO LECTOR

Estas palabras van por todos vosotros. Os las dedico a cada una de las personas que habéis leído *La chica invisible*. Porque seguís estando ahí, en este bonito camino que estamos recorriendo juntos, ya sea con la portada llena de corazones o con un asesinato como hilo argumental de la novela. No dejáis de sorprenderme. Y respirar y sentir vuestro apoyo constante es un estímulo enorme para continuar escribiendo. Así que, una vez más, gracias.

Escribir no es fácil. Se trata de una labor solitaria, compleja y en ocasiones desesperante. Luchas contra la página en blanco y contra ti mismo. Tu mente no siempre está donde tiene que estar o donde te gustaría que estuviera. Porque el escritor primero es una persona y como tal se enfrenta cada día a su propia realidad. En esa disputa, unas veces ganas y otras pierdes. Sin embargo, el plus que te da el lector te proporciona un impulso moral tan importante que, sin encontrarte del todo bien, te hace sumar. Los que nos dedicamos profesionalmente a esto no somos nada sin vosotros. Y en esos instantes de zozobra es cuando más notamos vuestro aliento. Esa ayuda extra resulta vital y fundamental para escribir un libro.

No todos venís de *Canciones para Paula* o de *El Club de los Incomprendidos*. Quizá ni siquiera me conocíais todavía en *Algo tan sencillo*. Sé que a muchos os daban miedo los corazones de las cubiertas. Por lo que sea. Existe en el mundo de los libros cierta intolerancia al amor y a lo que se le asemeja. Siempre he respetado cualquier opinión relacionada con mis novelas, entendiéndolas o no entendiéndolas, compartiéndolas o no. No solo había romance en mis historias. De hecho, creo que la amistad ha sido el enlace principal entre mis personajes. Pero comprendo que los corazones y los títulos

romanticones se llevaran toda la atención y me otorgaran la etiqueta en librerías, blogs y medios de comunicación. Y orgulloso estoy de los diez libros publicados anteriores a *La chica invisible*. ¡Por supuesto que sí! Aunque algunos me habéis dado la oportunidad ahora. A los nuevos lectores, bienvenidos. Espero haber estado a la altura y que os quedéis aquí por mucho tiempo.

Os voy a contar algo que he experimentado con *El puzle de cristal*: ha sido la novela más difícil a la que me he enfrentado. Si no has leído todavía el libro y has empezado por este texto te aviso de que puedes encontrar algún *spoiler* ahora. Así que salta este párrafo y pasa al siguiente. ¿Listos? Bien, os decía que la segunda parte de *La chica invisible* no ha sido nada sencilla. En mi cabeza estaba el argumento tripartido y no sabía cómo unirlo todo con sentido al final. Por una parte, tenía la explosión con la que termina el epílogo del libro anterior, por otra el asesinato de Hugo Velero y por último lo relacionado con Jonathan Vila y Aurora Ríos. Le di muchas vueltas para enlazar las tramas. ¡Muchas! Pero eso es lo más interesante de escribir. Te propones retos que debes ir completando. Pruebas que hay que superar en un duelo al sol con tus necesidades creativas y tus límites. ¡Y menuda sensación cuando das con ese pegamento argumental o con la clave que buscabas para que todo cobre sentido! Yo me emociono.

Bailo, canto y se lo cuento a Ester o a mis padres. Porque, aunque escribir un libro es una tarea solitaria, como os he dicho al principio, compartir lo que sientes con los que quieres no tiene precio.

¿Y ahora qué viene? Posiblemente, cuando estés leyendo esto, ya esté escribiendo la tercera parte de *La chica invisible*. La ruleta no cesa de girar. Es la primera vez que anunciamos con tanta antelación que va a haber otro libro, pero creo que

os lo merecéis. Así se terminan las incertidumbres y las especulaciones y os preparáis con tiempo para la traca final. No dudéis de que voy a dar todo para finalizar esta historia de la mejor manera posible. De nuevo, tengo muchas ideas en la cabeza. Toca ordenarlas. Analizarlas, diseccionarlas y lanzarme al vacío. Ya sabéis, escribir no es fácil y otra vez estará ahí la presión de la página en blanco. Pero, con vuestro apoyo, cariño y buen rollo todo resulta más sencillo.

Gracias por dejarme compartir este sueño con vosotros. Gracias, Ejército Azul. Nos vemos en las librerías y en las redes sociales.

El puzle de cristal
Blue Jeans

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Guillaume Lechat / Gallery Stock
© del lettering de la portada, Gonzalo Muiño

© Francisco de Paula Fernández, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20777-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

